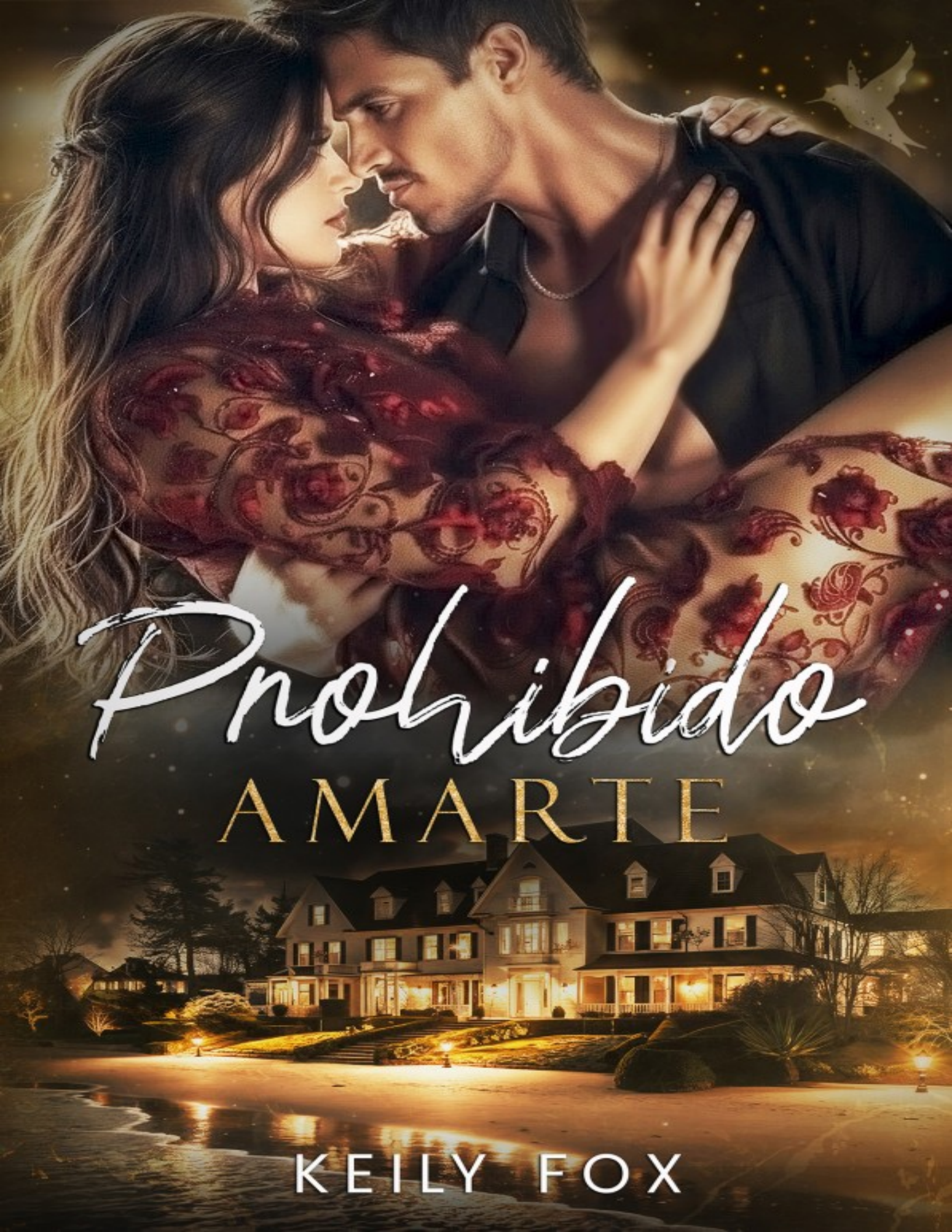

Prohibido
AMARTE
KEILY FOX

Prohibido Amarte

Entre el deber y el deseo

Keily Fox



Derechos de autor © 2026 Keily Fox

Título: Prohibido Amarte
© Keily Fox, 2026

Edición, maquetación y corrección: 2026 Marian Manzano
Diseño de la cubierta: 2026 Cálice Servicios Editoriales
Primera edición: Enero, 2026

Web Autora: www.keilyfox.com
Instagram y Facebook: @keilyfoxescritora

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Agradecimientos
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo
Libros de este autor
Acerca del autor

Agradecimientos

Toda historia nace en silencio, en un lugar íntimo donde solo existen las palabras y yo misma, pero llega un momento en que deja de pertenecerme, en que se abre paso y encuentra otras manos, otras miradas, otros corazones. Entonces deja de ser solo mía y empieza a existir de verdad.

Y por eso, el primer agradecimiento es **para ti, mi querida lectora**, porque sin tu tiempo, tu sensibilidad y tu forma única de sentir cada escena, esta historia no tendría latido. Gracias por dejarte tocar, por leer despacio o con el corazón acelerado, por hacer tuyas las emociones que un día solo fueron mías. Cada vez que me eliges, conviertes la escritura en magia compartida, en un diálogo invisible que da sentido a todo. Sin ti, estas páginas serían solo palabras; contigo, cobran vida.

A mi hogar, a mi lugar seguro, mi familia.

Javi, Luna y Sergio, gracias por ser el equilibrio cuando todo se desordena, por entender mis silencios, mis ausencias y mis días de cabeza y corazón en otro lugar. Gracias por sostenerme sin exigencias, por acompañarme sin ruido y por estar siempre, incluso cuando no sé pedirlo. Sois la base desde la que me atrevo a soñar, a escribir y a volver.

Luce Monzant G., gracias por darle un rostro a esta historia con una sensibilidad única. Tu talento no solo embellece, interpreta, traduce emociones y convierte palabras en imagen.

A mis adoradas lectoras cero, que leéis cuando la historia aún tiembla y se está buscando a sí misma. Gracias por vuestra

confianza, por vuestra honestidad y por ese cariño con el que señaláis dudas, matices y silencios. Leéis con el corazón abierto y con una generosidad que deja huella. Vuestra mirada atenta ha sido esencial para que estas páginas respiren mejor y lleguen más lejos.

Paola Gómez Piñeiro, (@loslibrosdemama), gracias por ser amiga y consejera, por sostenerme en cada duda, en cada celebración y en cada momento de incertidumbre. Tu apoyo constante es un faro que ilumina incluso los días más oscuros. Tu apoyo constante, tu escucha y tu forma tan generosa de acompañarme hacen que este camino sea menos solitario y mucho más verdadero. Eres impulso, refugio y presencia. Siempre. Y ahora que has escrito tu primera novela, tan honesta y tan bonita, verte dar ese paso y hacerlo con tanta sensibilidad es un orgullo inmenso. Sigue escribiendo con esa valentía y esa luz que te caracteriza; lo mejor aún está por llegar.

Gracias, **Esther Silveira**, (@estebecca_libros), por decir sí desde el primer momento y por leer con una entrega que se siente en cada comentario. Tu constancia, tu mirada afinada y tu forma honesta de implicarte hacen que el proceso sea más sólido y más bonito. Contar contigo en las lecturas cero es un privilegio que siempre suma y deja huella.

Jelly Reynoso, (@lovekiss_mx), gracias por estar desde el principio, por acompañarme con una fidelidad que atraviesa historias, etapas y distancias. Tu apoyo constante, tu cariño y tu forma tan generosa de recibir cada novela hacen que escribir se sienta menos solitario. Saber que siempre estás ahí, sosteniendo y animando, es un regalo que valoro más de lo que imaginas.

Gracias, **Chus Martín**, por estar siempre ahí, con tu amistad constante y tu mirada atenta. Tu generosidad, tu forma de ver más allá y tu capacidad de comprender cada matiz de la historia hacen que cada lectura cero sea un momento especial y enriquecedor. Contar contigo es un regalo que va más allá de las páginas.

Beatriz Moreno, gracias por sacar siempre un ratito para mí. Tu mirada ajena al género me obliga a mirar más lejos, a cuestionar y a pulir cada detalle. Leer con honestidad y entregar tu opinión con tanta claridad es un regalo que transforma la historia y me hace crecer como escritora. Tenerte en este camino es un privilegio que siempre agradezco.

Gracias también a todas las personas que compartís mis libros, que recomendáis, comentáis y celebráis estas páginas.

Mis queridas **Secuestradoras de Libros y Almas (Teresa Gámez / Teresa Gutiérrez / María)**, gracias por recibirme siempre con los brazos abiertos y por llenar cada lectura conjunta de entusiasmo, alegría y energía contagiosa. Vuestra pasión hace que cada historia sea un festejo compartido, y la motivación que dais es un impulso que me acompaña más allá de las páginas. Gracias también a todas las chicas que os siguen, que comentan, apoyan y participan con tanto cariño: María José Povedano, Pili Moliner, Enri Verdú, Clara, Irene Moya-Angeler, Chelo Aisa, María Montoro, Adriana, Vanesa Salas, Yolanda Fernández, Luisa Ruiz Lucas, Lola, Isa… y tantas otras. Vuestra presencia convierte cada lanzamiento en un recuerdo imborrable y un soplo de aire fresco para seguir creando.

Ceci Blackstone, (@coffee2019books), gracias por acompañarme siempre con esa ilusión que se siente desde el primer mensaje. Cada lectura conjunta contigo es un soplo de alegría y entusiasmo que transforma la historia en un momento compartido y especial. Tu cercanía, tu cariño y la energía que pones en todo lo que haces hacen que este camino sea más luminoso y divertido.

Gracias, **Enri Verdú**, (Unid@s por los libr@s), por todo el cariño con el que siempre me abres las puertas de tu grupo.

Cecilia Pérez (@divinaslectoras.cecilia), mil gracias por leerme siempre con tanto cariño, por cada post que me dedicas y, sobre todo, por ser y estar siempre ahí. Tu apoyo constante y tu

entusiasmo por la lectura son un regalo que hace que este viaje de palabras sea mucho más especial.

Patri, (@patri.lovebooks), gracias por tu entusiasmo y por tu forma de disfrutar de mis chicos. Fue un placer conocerte en persona y compartir un ratito tan agradable. Tu energía, tu pasión por los libros y cada bonita palabra que me dedicas en tu muro son muy especiales. **Alin,** (@lecturasdetodoslosgeneros), gracias por tu pasión por mis historias. Con tus últimos montajes te has superado. Ya sabes que voy a… *tomar prestada* alguna de tus fotos… (robar suena feo).

Gracias, **María,** (@lecturasdemaggie), por ser una auténtica inyección de risas, entusiasmo y buena energía. Tu alegría contagiosa y tu forma de vivir cada historia hacen que todo el camino sea más ligero y divertido. Tener tu apoyo y tus comentarios siempre tan sinceros es un regalo que valoro muchísimo.

Irene Moya-Angeler, gracias por tu entusiasmo constante por mis chicos, eres un amor. Tu pasión y tu mirada de escritora hacen que tus comentarios tengan un valor especial, y sentir tu apoyo y tu cariño en este camino es un verdadero regalo. A por 2026, amiga, ¡este tiene que ser tu año!

Gracias**, Tere Lahoz**, por tu cariño sincero y por acordarte siempre de mí y de mis chicos. Fue genial poder darte un *abrazote* en persona y compartir risas e impresiones durante un ratito. Tú sigue mandándome todos esos vídeos… inspiradores, que ya sabré yo qué hacer con ellos.

Patri Guarino, gracias por tener siempre una palabra amable y por estar siempre tan ansiosa por conocer a mis chicos.

Hay tanta gente de la que siento un cariño tan sincero que no podría mencionaros a todos. Gracias **Lolitha** (@tertuliadeletrasyescritores), **Yohana** (@brujuladelibros), mis chicas de **Universo Keily** (Caro, Helena, Aimee, Faby, Jasminia, Nina, Niyireth, Marisol, Deyanira, Ivonne, Luisa, Ale, Loli…) Y un

agradecimiento especial a **Glory y sus chicas de @essenslybooks**, por tanta dedicación y cariño, que siempre me regalan reseñas tan hermosas…

Sé que me dejo gente, espero que sepáis disculparme. Valoro mucho vuestro apoyo, día tras día, hasta los pequeños gestos…

¡Un millón de gracias a todos! Cada palabra, cada mensaje, cada gesto, me recuerda por qué amo escribir.

Para ti, con todo mi cariño
Porque sin lectoras como tú,
la magia no existiría

Prólogo

Brigham Hospital
Centro de Donación de Sangre
Paciente: Lindsay Madock

Ref/ Resultados de la analítica previa a la donación de sangre.

Estimada Sra. Madock:

Tras la revisión de la analítica practicada en nuestra unidad, lamentamos informarle de que su solicitud para el carné de donante de sangre ha sido rechazada por no cumplir con los parámetros médicos requeridos.

Adjuntamos copia de los resultados para su conocimiento y le recomendamos consultar a su médico de referencia para la interpretación detallada de los mismos.

Atentamente,

Departamento de Evaluación Clínica
Brigham Hospital

Lindsay repasó la carta por segunda vez, sin acabar de comprenderla. ¿Rechazada? ¿Cómo era posible?

Una semana atrás había acudido al Brigham Hospital casi por compromiso, cuando su tío, jefe de Medicina Interna, le comentó que andaban escasos de voluntarios para reforzar el registro de donantes de sangre.

Había rellenado el formulario, soportado el pinchazo de rigor y olvidado el asunto hasta que comprobaran que era apta para donar. Ahora, aquella negativa la desconcertaba. Era una persona sana, no debería haber ningún problema con su muestra.

Frunció el ceño, desplegó la hoja con los resultados de la analítica y recorrió las cifras sin hallar nada anómalo…, hasta que la última línea le cortó la respiración:

Beta-hCG: POSITIVO
EMBARAZADA

—¡¿Embarazada?! —La palabra estalló en su garganta mientras se ponía en pie igual que si estuviera impulsada por un resorte—. ¡No puede ser!

El papel tembló entre sus manos. Volvió a leer la última frase y sintió cómo el aire le ardía en la garganta, incapaz de llegarle a los pulmones.

«¡Embarazada!», repitió para sí, parpadeando incrédula, como si al cerrar los ojos pudiera hacer que aquellas palabras desaparecieran.

Cuando lo leyó por tercera vez, las letras se clavaron en su retina, tan imposibles de borrar ya como la verdad que traían consigo.

El suelo pareció ceder bajo sus pies. Una risa nerviosa, ajena, casi histérica, pugnó por escapar de su garganta, pero lo único que consiguió fue que las lágrimas le nublaran la vista.

—No es posible.

«Como posible…, sabes que sí», le gritó su conciencia en un tono demasiado grosero para su gusto.

Y no tenía duda de cómo y cuándo había sucedido. Aquella gala, su gala, organizada al milímetro, se le había escapado de las manos de una manera que nunca imaginó. Una noche que lo cambió todo, que se había visto obligada a apartar de su cabeza y que, al parecer, sería imposible de olvidar jamás.

Se abrazó a sí misma, intentando contener el temblor que le recorría el cuerpo. Su vida acababa de convertirse en un caos

absoluto, uno mucho más complicado que cualquier embarazo.

Corrió al escritorio junto a la ventana de su habitación y abrió los cajones con manos torpes, desparramando carpetas y sobres por todas partes, sin encontrar lo que buscaba. Después le tocó el turno a la mesilla, el armario, la enorme cómoda… Cinco minutos más tarde, la habitación se había convertido en un reflejo del caos que reinaba dentro de su cabeza.

Nada. Ni rastro. Aquella maldita tarjeta, prueba inequívoca de su propia estupidez, se había desvanecido sin dejar rastro…

…Y con ella, cualquier posibilidad de encontrar a la única persona capaz de devolverle a su bebé lo más importante… ¡a su padre!

Capítulo 1

Tres semanas antes…

A solo unas pocas horas de que diera comienzo la gran gala, el salón del hotel lucía maravilloso, vestido de luces suaves, arreglos impecables y detalles cuidados al milímetro. Todo desprendía una elegancia especial, una armonía invisible que lo envolvía por completo. No era solo cuestión de los focos ocultos entre las molduras del techo abovedado, ni de la serenidad de los centros de mesa minimalistas que atrapaban la luz como espejos de agua, era el conjunto: las flores colocadas con precisión, el cuarteto de cuerda afinando en la esquina, los menús impresos con trazos dorados que captaban la mirada sin esfuerzo… Todo parecía respirar belleza y equilibrio, al igual que la mujer que lo había hecho posible.

Lindsay Madock suspiró y se quedó quieta en medio del espacio vacío contemplando su gran obra, temiendo que al moverse pudiera romper algún tipo de hechizo. Tras trabajar en la preparación de aquel evento durante semanas, al fin había llegado el día en el que todo el esfuerzo cobraba sentido. Giró muy despacio sobre sí misma, absorbiendo el conjunto como si pudiera guardarlo en la memoria para siempre. Todo lucía como un eco exacto de su visión inicial, una casi perfecta, de la que se sentía orgullosa.

Aun así, no podía evitar estar nerviosa. Todo estaba listo para recibir a casi un centenar de invitados, y si algo salía mal, la culpa sería solo suya. No había margen para el error. Aquella noche marcaría la diferencia entre el impulso que catapultaría su carrera… o el tropiezo que la enterraría sin contemplaciones, y no podía permitirse fracasar.

Soltó aire con fuerza, intentando liberar la tensión que le oprimía el pecho.

Durante el último año, tras organizar la boda de su hermano y comprender que aquella era su pasión, se había empeñado en levantar su empresa sin ayuda de nadie. Fundó Somnia Corp usando el apellido de soltera de su madre, decidida a demostrar que no necesitaba depender de su linaje para lograr el éxito. Sabía que la sola mención de su apellido real habría bastado para abrirle las puertas de cada evento social relevante, no solo en Boston, sino en todo Massachusetts, pero precisamente por ser una Madock, no podía permitirse triunfar por inercia. Tenía que hacerlo sola o no hacerlo en absoluto.

Somnia Corp ya se había ganado un lugar en el sector como una firma de alto nivel, especializada en organizar actos corporativos, lanzamientos de marca, galas benéficas y presentaciones exclusivas como la de aquella noche. Eventos donde todo, desde la iluminación hasta el aroma del salón, debía sentirse como parte de una experiencia diseñada para ser recordada.

Y esa noche, si todo salía bien, sería la consagración definitiva de su apuesta. Claro que si algo salía mal, también sería un espectáculo. Bastaría el más mínimo error para que algún iluminado descubriera su apellido y corriera a anunciar al mundo su desventura. Y en ese mundillo de sonrisas perfectas y puñales por la espalda, no había placer más sabroso que ver caer a alguien con pedigrí. El fracaso en esos círculos no solo se notaba, se celebraba.

«*Lo intentó, pobrecita, pero ya ven, no todos los Madock vienen con talento incluido…*», casi podía escuchar con solo imaginarlo.

Sintió un ligero vértigo, pero se obligó a recomponerse.

—¡Eh, ¿por qué esa cara de susto de repente?! —la sorprendió Karen, llegando hasta ella—. Habría jurado que sonreías hace un momento.

Lindsay le regaló la sonrisa que estaba esperando y posó los ojos en su excéntrica asistente con un afecto sincero. No podía haber elegido a nadie mejor para acompañarla en aquella aventura cuando decidió emprender su propio camino. Karen había irrumpido en su vida poco más de un año atrás, junto a Maddie, su cuñada, y el pequeño Leo, y los tres se habían colado en su corazón sin pedir permiso.

—Todo está perfecto, nena, vas a causar impresión esta noche —aseguró Karen.

—*Vamos* a causarla —rectificó Lindsay.

—Ah, no, yo solo sigo órdenes —se encogió de hombros—, el mérito es todo tuyo. A no ser que te refieras a mi nuevo look. —Se agitó la melena con gracia.

Karen acababa de cambiar el color de su pelo de un rosa fucsia a un azul intenso, a juego con sus gafas, que le sentaba muy bien a su bonito rostro. A sus cincuenta años la mujer seguía llamando la atención, y no solo por su color de cabello.

—Como sea, a partir de mañana vamos a tener que instaurar unos criterios básicos de selección de clientes para elaborar la agenda —opinó Karen—. No vamos a dar abasto, nena, ya lo verás.

Lindsay la miró divertida.

—¿Y en qué crees que deberíamos basar esos criterios?

—A ver, ya que tenemos que trabajar, cuanto más nos alegremos la vista, mejor, ¿no te parece? —expuso, arqueando las cejas con picardía mientras empujaba las gafas por la patilla con un gesto tan exagerado y cómico que hizo reír a Lindsay a carcajadas.

—¿Sugieres dar prioridad a los modelos?

—Mujer, modelos… —dijo muy seria, pero lo estropeó al añadir —: buenorros en general.

Lindsay rio y bromeó:

—Claro, no podemos discriminarlos por profesión, sería muy injusto.

—Exacto —asintió Karen.

—¿Y qué crees que le parecerá a tu Anthony que instauremos esa norma? —repuso en un tono jocoso.

—Nena, que esté a dieta no implica que no pueda leer el menú. —Se encogió de hombros con fingida chulería.

—Tiene gracia —suspiró Lindsay.

—Claro, solo leer… no engorda.

—No, si lo gracioso es que quieras convencerme de que te interesa mirar a nadie más que a tu flamante inspector.

—¡Eh! —interrumpió, fingiendo ofensa—. ¡Yo soy muy mirona!

La carcajada de Lindsay fue épica.

—Tú serías muy mirona AA.

—¿AA?

—Antes de Anthony.

Karen frunció el ceño y la observó con una sonrisa pícara.

—Bien, pues ya que estamos, hablemos de tus siglas, Lindsay.

—No uso de eso.

—Las dos sabemos que sí.

Aquello trastocó un poco a la chica, que se limitó a carraspear y mirarla como si se hubiera vuelto loca y no tuviera ni la más remota idea de qué le hablaba.

—¿Están todas las habitaciones reservadas? —dijo como única respuesta.

Karen sonrió.

—Sí, señorita, casi todos los que asisten al evento desde fuera de la ciudad han decidido hacer noche.

Aquello había sido otra de las ideas brillantes de Lindsay. Al evento al que se enfrentaban, donde se presentaba un proyecto pionero centrado en el tratamiento de la amnesia y los traumas mediante técnicas avanzadas de hipnosis, asistirían invitados desde distintos puntos de Estados Unidos. Escoger el mejor hotel de Boston para organizarlo había sido una solución mucho más que práctica para todos, además de conseguir que el propio hotel, a cambio de un lleno garantizado, cediera su mejor salón a un precio simbólico, ahorrando unos costes considerables para el cliente.

—¿Has dejado un par de habitaciones libres por si cualquiera de nosotros necesita usarlas?

—Por supuesto, pero ¿la asociación de ideas entre *las siglas* y las habitaciones…?

—Por Dios, ¡ese cuarteto desafina! —interrumpió Lindsay, mirando hacia los músicos que ensayaban al fondo.

Karen soltó una carcajada divertida.

—Sí, cambia de tema. Tú no te relajes ni un segundo.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Lindsay encontró las fuerzas para mirarla con una sonrisa cómplice.

—Las únicas *siglas* que me interesan están en las novelas románticas —aseguró con una expresión soñadora—. Esos

protagonistas de infarto, con cuerpos cincelados por los dioses, mirada penetrante…

Karen puso los ojos en blanco y añadió:

—Y lo que no es la mirada.

—¿Qué?

—Penetrante también.

Lindsay rio con ganas y aceptó:

—Por supuesto, todo penetrante.

—Y grande, nena, que estén bien dotados —puntualizó—, que si no ni me molesto en pasar de capítulo.

—El tamaño importa —asintió Lindsay, teatral.

—¡Ya te digo!

—Y ese aguante, que ni tres turnos de gimnasio.

—Oh, sí —canturreó Karen, llevándose la mano al corazón como si recitara una plegaria—. Amén, nena.

Ambas estallaron en carcajadas. Por un segundo, a Lindsay se le olvidaron los nervios, la música y todo lo que podría salir mal, que era lo que su asistente pretendía.

—Pero lo más importante de todo… —suspiró Lindsay.

—No te pongas moñas, que ya te veo venir —interrumpió la mujer—. Ya te brillan los corazoncitos en los ojos.

Lindsay sonrió, esta vez con una mezcla de diversión y anhelo. Tuvo que esforzarse por echar a un lado la imagen de la persona que se empeñaba en adentrarse en su cabeza. Para una romántica incurable como ella, que vivía entre novelas subrayadas y finales felices en bucle, no había emoción más peligrosa que la esperanza.

—Ya sabes que para mí todo empieza con una mirada intensa bajo la lluvia… o una declaración a gritos en mitad de un aeropuerto —murmuró con la voz cargada de sinceridad.

—Dios, sí, es que somos incorregibles. —Karen rio y suspiró como ella—. Y eso que yo ya tengo a mi Anthony versión carne y hueso. Que, por cierto, no grita en aeropuertos, pero sí cocina en calzoncillos.

Lindsay resopló entre risas y replicó con cierta sorna:

—Podría haber vivido sin esa información.

Para ella, Anthony era casi como un padre, ya que era el de Maddie. Imaginarlo en calzoncillos la incomodaba, por muy en forma que el hombre estuviera.

—Nena, tú imagina en tu cocina a quien prefieras —propuso Karen—. Alguien que te mueras porque te haga una buena… —se detuvo en seco, de repente cohibida.

Lindsay soltó una carcajada.

—¿Ibas a decir comida?

—No.

—¡Claro que sí!

Sin remedio, a Karen se le escapó la risa floja.

—A veces se me olvida que eres muy joven para algunos comentarios.

—Veinticuatro es casi un cuarto de siglo.

—Pues eso, muy joven —afirmó la mujer, que la conocía ya muy bien—. ¿Cuánta gente ha… cocinado para ti, amore?

Lindsay frunció el ceño.

—¿Eso de mirar el menú se aplica en este caso?

Recibió una expresión un tanto maternal de vuelta.

—Si a ti te sirve…

No, ya no, y aquello comenzaba a ser un problema, porque cuando solo deseas el único plato de la carta que no te puedes comer…, nada es fácil.

Karen la miró de reojo, con una ceja en alto, leyendo con claridad la expresión de desaliento de la chica. Se puso seria para decirle:

—Cuando necesites hablarlo…

—Mira, ahí llega Maddie. —Señaló hacia la puerta del salón.

—¿Por qué ha sonado como ¡salvada por la campana!?

La carcajada de Lindsay se escuchó un poco forzada, pero no se molestó en desmentir a Karen. En su lugar, echó un vistazo a su reloj de pulsera mientras observaba cómo su cuñada se acercaba a paso tranquilo entre las mesas. Habían quedado en que ella y Mark pasarían a buscarla para que pudiera vestirse como Dios manda antes de la fiesta, aprovechando que llevaba una semana entera alojada con ellos en Cambridge. Su casa en Osterville quedaba a

más de una hora y cuarto de distancia, y entre ensayos, ajustes de última hora y cambios de programa, se había instalado allí para poder trabajar a destajo sin perder el juicio.

—Lo siento, sé que llego tarde —saludó Maddie con su dulce sonrisa habitual—. Es que… nos ha surgido algo en el despacho justo cuando salíamos.

Karen y Lindsay se miraron entre sí con sorna.

—Siempre les surge algo —bromeó Karen mirándola con picardía—, ¡cuántas emergencias de última hora!

Maddie se limitaba a sonreír, sin molestarse en desmentir lo que parecían estar insinuando. En realidad, apenas había borrado la sonrisa del rostro en el último año. Tanto ella como el propio Mark rebosaban felicidad por cada poro de su piel. Algo que se habían ganado a pulso tras atravesar cada uno un verdadero infierno, donde estuvieron a punto de perderlo todo, incluso la vida.

—¿Y dónde has dejado a mi hermano? —se interesó Lindsay.

—En el vestíbulo —contó—. Se han topado con un antiguo cliente de la empresa justo en la puerta.

«¿Han?», en la cabeza de Lindsay sonaron todas las alarmas, pero no le dio tiempo a preguntar.

—¡Esto ha quedado maravilloso, chicas! —Miró Maddie a su alrededor—. ¡Está precioso!

—Nuestra joven genio es una crack —agregó Karen mirando a Lindsay.

«Si Mark estuviera solo, habría dicho se *ha* quedado hablando, ¿no?».

—¿Lindsay?

«Pero ha usado el plural».

—Lindsay, ¿te ha dado un aire? —insistió Karen.

«Y si han salido de la empresa al mismo tiempo, no sería tan raro que él se hubiera apuntado a la excursión».

—Pues nada, se le ha fundido un fusible —repuso Maddie con cierta diversión.

«Y seguro que se han topado fuera a un cliente que ambos conocían».

—Igual solo está en trance y necesitamos usar las palabras mágicas —bromeó Karen.

Maddie la miró con diversión.

—¿Y las sabes?

—Sé las siglas —declaró en un tono jovial—. AC.

—¿AC?

—Antes de Chris… —Lindsay ahora sí se giró a mirarla con el ceño fruncido, y Karen añadió—: Cristo. Antes de Cristo.

Maddie miró a ambas con una sonrisa de extrañeza.

—¿Antes de Cristo? —sonó desconcertada—. ¿Me he perdido algo?

—Muchas cosas, nena —se apresuró a añadir Karen—. Fue una época muy movidita aquella. La prehistoria, el imperio romano —miró a Lindsay—, Sodoma y Gomorra… *Puf*.

Lindsay posó una mirada mezcla irritación y diversión sobre Karen, sin poder evitar sonreír.

—Ahora entiendo por qué Anthony amenazaba con despedirte a diario cuando trabajabais juntos.

Karen soltó una carcajada.

—*Touché* —admitió—, ya lo echaba de menos, no hay como vivir al límite.

Ambas esbozaron una sonrisa.

—¿Quién de las dos me explica lo de Sodoma y Gomorra? —intervino Maddie con curiosidad.

Lindsay se ruborizó hasta las orejas y repuso en un tono jovial:

—No le hagas caso, la he tenido muchos días trabajando a destajo, y ya tiene una edad —se mofó—, es eso o algo que le han puesto en ese tinte nuevo.

Karen, lejos de ofenderse, rio a carcajadas.

—¿Podemos irnos ya? —se adelantó Lindsay para prevenir una réplica mordaz.

—Espera a que entren los chicos —pidió Maddie—. Seguro que querrán ver esta maravilla.

Ahora sí que no se pudo contener.

—¿Chicos en plural?

Aguardó la respuesta con el corazón acelerado.

—Chris ha venido con nosotros —confirmó Maddie un segundo después.

Casi de forma instintiva, entre decenas de emociones distintas, Lindsay cruzó los brazos sobre el pecho y se aferró a la más segura, la que no la hacía sentir como la adolescente que se moría porque él la mirara como a una adulta.

—¿Y qué quiere? —inquirió—. ¿Seguir metiéndose en mis asuntos?

Maddie suspiró.

—¿No crees que ya es momento de hacer las paces?

Con un gesto obstinado, Lindsay apretó los dientes y guardó silencio.

—Tu hermano dice que en estos diez años jamás os había visto discutir —insistió Maddie—, y no lo lleva muy bien.

—¿Quién no lo lleva bien, mi hermano o Chris? —preguntó.

Maddie la miró algo confusa.

—Bueno…, tu hermano, la verdad es que con Chris no he hablado de ello—admitió—, pero eres la niña de sus ojos, dudo de que no esté jodido.

«¡La niña de sus ojos!», aquello le dio de lleno. Soltó un bufido de irritación. Maddie y Karen intercambiaron una mirada, junto con un principio de sonrisa.

—Nena, ahí has jugado sucio —susurró Karen solo para Maddie.

—Tenemos que conseguir que lo admita —opinó en respuesta.

—Juramos no meternos en eso.

—¿La has visto salir con alguien desde que la conoces? —replicó Maddie. La mujer negó con un gesto—. ¡Pues eso!

Saliendo del trance, Lindsay las miró con una expresión irritada.

—¿Qué demonios estáis cuchicheando vosotras dos? —inquirió, pero se amonestó a sí misma un segundo después—. ¿Veis? ¡Ya me ha cambiado el carácter! Es ese… ¡metomentodo!

Soltó un bufido y apretó los dientes.

Casi un mes atrás, Lindsay había corrido a contarle a Chris, con una mezcla de orgullo y felicidad, que acababa de firmar el contrato más importante desde que fundó su empresa. Esperaba entusiasmo por su parte, que la apoyara como solía hacer, pero Chris no lo

encajó como esperaba. Al parecer, el proyecto sobre el que giraba el evento no era santo de su devoción, e intentó convencerla por todos los medios de que rechazara el trabajo, algo que Lindsay no estuvo dispuesta ni a valorar. Demasiado molesta porque volviera a tratarla como si fuera una cría sin criterio, había acabado gritándole por dónde podía meterse sus opiniones.

De eso hacía tres semanas.

—Venga, seguro que ya lo estás echando de menos —opinó Maddie.

—Ni un poco.

«No mientas», le gritó su conciencia, y se le escapó un improperio. Por supuesto que lo echaba de menos. Extrañaba compartir cada paso del proyecto con él, como solía hacer en cada evento importante desde que Somnia echó a andar. Y no solo porque Chris fuera uno de los mejores expertos en marketing del país, sino porque también era su cable a tierra. Y, aunque le costara admitirlo, incluso añoraba ese mensaje nocturno de buenas noches que él le enviaba a diario. Pero de alguna manera aquella discusión había tenido un efecto extraño en ella. Para Chris, incluso diez años después de conocerlo, ella seguía siendo su protegida, la pequeña Madock, la chica a la que había que cuidar. Y quizá por eso, en el fondo, casi se alegraba de la discusión. Sentía que ese día habían cruzado una línea nueva. Él ya no era solo el caballero que siempre la defendía con una sonrisa paciente de hermano mayor. De alguna forma, discutir con él la había hecho sentir adulta, igual a él. Y había algo liberador en que por fin la viera como una mujer capaz de tomar sus propias decisiones, aunque fuera para llevarle la contraria.

—¿Te ha dicho si va a venir esta noche? —le preguntó Lindsay a Maddie, a regañadientes.

—No lo sé, pregúntaselo tú misma —sugirió—. No tardarán en entrar.

La chica soltó un improperio. Era evidente que no pensaba preguntar.

—Nosotros sí vendremos —le recordó Maddie con una sonrisa—. Confieso que tengo mucha curiosidad con todo eso que promete Neurothea. Durante mi amnesia probé todo tipo de terapias para

recuperar mis recuerdos, pero nada funcionó. Me intriga saber si de verdad han encontrado una manera de aplicar la hipnosis tan efectiva como dicen.

—Evelyn Whitmore es una mujer fascinante —comentó Lindsay ahora—. Me contó que ella misma sufrió un episodio de amnesia, y que por eso fundó Neurothea.

—¿La conoces en persona?

—Poco, suelo tratar con Jasper, su asistente —aclaró—. Con Evelyn solo he tenido una conversación por videoconferencia, pero me dejó impresionada —admitió—. Es de esas personas que transmiten control sin ser frías, que te escuchan como si fueras lo más importante del mundo y que parecen saber algo que tú no. Muy elegante, muy serena, del tipo de mujer que no levanta la voz para hacerse notar, pero a la que todo el mundo escucha cuando habla.

Además, Evelyn se había asegurado de que todos los grandes nombres del sector estuvieran presentes esa noche. No solo hipnoterapeutas reputados, también psiquiatras especializados en trastornos disociativos, expertos en neurociencia aplicada, psicólogos clínicos e incluso un par de investigadores europeos que trabajaban con traumas complejos. Quería que Neurothea naciera con peso, con legitimidad, y que los mejores del mundo pudieran conocer el proyecto de primera mano.

—Se lo ha tomado en serio —comentó Maddie, con un deje de admiración—. Da la impresión de que no está aquí solo para vender humo.

—Eso es lo que más me gusta de ella —respondió Lindsay—. Tiene claro que lo que proponen va a generar polémica, así que ha decidido empezar rodeándose de los mejores, que hablen los hechos.

—Pues ya tengo mucha curiosidad —reconoció Maddie—. Me gustan las mujeres así. Por eso admiro tanto a tu madre. —Y era verdad, adoraba las formas y el saber estar de su suegra—. Por cierto, siento haberle endosado a Leo para que Mark y yo podamos estar hoy aquí. Seguro que le habría encantado venir.

—Si debe elegir entre cualquier evento y su nieto, lo tiene claro, no te preocupes —aseguró Lindsay—. Y podría haberlo dejado con

Hattie, pero prefiere malcriarlo en persona. Por cierto, ¿ya te ha dicho que quiere otro?

—Otro…

—Otro nieto. —Rio frente a la expresión de la chica.

—Sabes que los tuyos también serán sus nietos, ¿no? —le recordó Maddie en un tono divertido—. Y dado que eres la mujer más bonita que he conocido nunca, tendrás unos hijos adorables.

—¿Propones que me haga una inseminación? —bromeó Lindsay.

«Porque me gustaría perder la virginidad antes», agregó para sí.

—¿Crees que te faltarán voluntarios para conseguirlo de la forma tradicional?

—Difícil estará —opinó Lindsay—, porque no pienso conformarme con menos de lo que tú tienes —suspiró con evidente ensoñación—. Quiero una historia de amor igual de intensa que la tuya, y despertarme como tú…

—¿Moribunda, amnésica y embarazada de dos meses?

—¡No! —declaró horrorizada.

Maddie rio, era obvio que estaba entendiéndola de sobra.

—Me refiero a como tú esta mañana —puntualizó Lindsay—, o una mañana cualquiera, en brazos del amor de mi vida

—Ah, eso —repuso Maddie con teatralidad, pero los ojos brillantes—, sí, eso lo compensa todo, no te voy a engañar.

—Quiero alguien que me ame tanto como mi hermano a ti, que consiga hacerme arder solo con una mirada. —Exhaló con fuerza—. ¡Quiero llegar tarde a todos lados!

—¡Nosotros no llegamos tarde a todos lados!

Tanto Karen como Lindsay sonrieron mientras la miraban con las cejas arqueadas, hasta que se vio forzada a admitir:

—Las reclamaciones a Mark —propuso con una sonrisa resignada —, yo pierdo el control sobre mi propio cuerpo en cuanto me toca.

—Pues eso mismo quiero —se abrió la puerta del salón y perdió el hilo de su propio razonamiento—, yo…, eh…, quiero…

Suspiró.

«A él».

Capítulo 2

Se le secó la garganta en cuanto posó sus ojos sobre Chris. Era el tipo de hombre que provocaba que las conversaciones se detuvieran unos segundos cuando entraba en cualquier parte.

Lindsay se quedó inmóvil, consciente de cada latido acelerado de su propio corazón. Llevaba casi un mes sin verlo, aun así, debería ser imposible que estuviera todavía más guapo, ¿no?

No podía evitar mirarlo mientras avanzaba hacia ella. Desde que era una adolescente, aquel hombre era el protagonista de cada novela que leía.

Con su metro ochenta y siete de absoluta perfección masculina, y esa clase de presencia que no se aprende ni se imita, caminaba hacia ella con el ritmo preciso para hacerla olvidarse hasta de tomar aire.

Por alguna extraña razón, que podía abarcar desde oxígeno insuficiente a hormonas traicioneras, Lindsay tenía la sensación de que avanzaba hacia ella a cámara lenta, como si aquel momento fuera el comienzo de una película erótica, donde el protagonista hace su aparición y la cámara lo muestra empezando por los caros zapatos, para subir muy despacio por su increíble cuerpo, mientras una música sexi te avisa de que estás a punto de quedarte sin aliento en cuanto pongas los ojos en su atractivo rostro.

El problema real para Lindsay llegaba cuando era él quien ponía su mirada en ella, tal y como sucedía en aquel momento, consiguiendo que fuera incapaz de moverse un milímetro, sintiendo que había nacido solo para aquellos ojos de un azul profundo, intensos, cambiantes como un mar embravecido.

Se deleitó con cada parte de él mientras llegaba hasta ella. Vestía un pantalón negro y camisa blanca, que parecía hecha a medida, que te invitaba a imaginar si lo que escondía bajo la tela era

tan impresionante como insinuaba. La llevaba remangada hasta el codo, mostrando unos antebrazos fuertes y varoniles, y, para colmo, se había desabrochado un par de botones del cuello, revelando justo lo suficiente de su clavícula para convertirse en una provocación.

Como siempre, su negro cabello se veía revuelto en su punto justo entre el descuido y la elegancia natural, como si nunca tuviera tiempo de peinarse y, aun así, le quedara perfecto. Lindsay se moría por enterrar las manos entre su pelo mientras lo atraía hacia sí y…

«Por Dios, ¿qué demonios me pasa?», se alarmó, turbada, pero ni aun así pudo romper el contacto visual.

Nunca lo había deseado con tanta intensidad como en aquel instante.

No sabía si eran las más de tres semanas sin verlo o el efecto colateral de aquella discusión que había resquebrajado todo lo que creía tener bajo control, pero de repente sentía que algo dentro de ella había cambiado.

Ya no era el amor tierno, idealizado y un poco iluso de la adolescente que había sido durante años o de la mujer a la que le daba miedo desear más. Aquello era otra cosa. Más cruda, más visceral. Una necesidad que le recorría la piel como una corriente eléctrica y que le encogía el estómago con un hambre nueva, peligrosa. En aquel instante, ya no quería que la cuidara ni que la protegiera, quería que la desarmara, que la tocara como si él también lo hubiera deseado durante años y acabara de rendirse. Quería verlo perder el control.

Y lo más alarmante era que, por primera vez, no se sentía culpable por pensarlo…, aunque sí estaba muy desconcertada. Tanto que todo a su alrededor se volvió difuso y tuvo que recordarse que aún estaba enfadada con él para salir del trance. *Muy* enfadada. Furiosa. Lo suficiente como para no pensar en lo bien que le sentaba la camisa ni en lo mucho que echaba de menos su voz, sus sonrisas, su presencia. O en cómo le temblaban las rodillas y lo absurdamente guapo que estaba.

«Genial. Muy maduro todo, Lindsay. Solo falta que se te caiga la baba para parecer un bebé», se regañó. Y de repente se sintió tan irritada consigo misma que al fin pudo reaccionar.

Apartó los ojos de él, le dio la espalda y, por algún absurdo motivo, creyó leer decepción en su rostro antes de perderlo de vista.

Por suerte para ella, Jasper Avery, mano derecha de Evelyn y la persona ante la que respondía en aquel proyecto, entró por la puerta trasera del salón y reclamó su atención desde unos metros más allá.

De un modo quizá un tanto infantil, Lindsay se limitó a saludar a su hermano, ignorar a Chris y alejarse unos metros para atender a Jasper.

Esbozó su mejor sonrisa mientras se acercaba al joven que la esperaba junto al acceso lateral, impecable como siempre, con su traje impoluto y su cabello rubio peinado a la perfección. Jasper Avery tenía todo para ser considerado un hombre irresistible: era guapo, elegante, joven, y miraba a Lindsay como si el mundo girara en torno a ella. Para cualquiera que tuviera ojos, resultaría evidente el interés en la chica, y que solo necesitaría algo de aliento por su parte para ganarse una declaración formal por todo lo alto.

Lindsay le brindó la misma inspección ocular que a Chris hacía un instante. El resultado, por desgracia, fue radicalmente distinto: cero mariposas. Ni una chispa.

—Ya está todo listo —anunció Lindsay en un tono profesional.

—Perfecto —repuso Jasper—. Acabo de hablar con Evelyn. Va un poco pillada de hora, quizá llegue justa a la presentación.

—No te preocupes, hay margen —aseguró con calma—. El catering mantendrá a la gente entretenida y el cuarteto es muy bueno. El ambiente será distendido.

Jasper asintió, aunque parecía tener algo más en mente. Bajó un poco la voz y se frotó la nuca con un gesto casi tímido.

—Escucha, estuve pensando que… si no tienes ya con quién asistir esta noche…, podría pasar a buscarte y hacerlo juntos.

Lindsay parpadeó, intentando disimular su sobresalto. Por suerte, no tendría que mentir, aquello no tenía sentido.

—Me encantaría, pero no podrá ser. Recuerda que yo sigo trabajando hasta que acabe el evento —declaró con una sonrisa forzada—. Son muchas las cosas de las que tendré que estar pendiente durante toda la velada.

—Ya, claro, ¿en qué pensaba? —carraspeó algo avergonzado—. Quizá, si no acabamos muy tarde, podamos… ¿cenar?

Lindsay se sintió halagada y se preguntó si era posible que las mariposas llegaran con retraso y aparecieran más adelante.

El problema era que aún las sentía aletear como locas en su pelvis… por alguien que solo necesitaba estar en la misma sala que ella para trastocarlas.

—El *planning* dice que serán más de las once cuando acabemos —empezó a excusarse—, y tú tendrás que cenar con Evelyn y un montón de gente más.

—Podrías quedarte a cenar.

—Ha sido un día muy largo —expuso en un tono amable—. Unas semanas muy largas, en realidad.

—Entiendo, ¿lo posponemos unos días?

«Entiendo, dice. No entiendes nada. Es evidente», pero le daba pena decírselo.

Antes de que ella pudiera replicar, una voz grave irrumpió a su espalda:

—Espero no interrumpir nada memorable.

El corazón de Lindsay dio un salto. Se giró de golpe y se encontró con Chris, de pie tras ellos, con las manos en los bolsillos y una media sonrisa en los labios. Solo que no parecía una sonrisa real y mucho menos amistosa.

Lindsay tuvo que contenerse para sonar serena y profesional. Hizo las presentaciones oportunas y ambos se estrecharon la mano con educación.

—¿Christopher Allen? —murmuró Jasper mirándolo con una mezcla de extrañeza y curiosidad.

—Sí —asintió el propio Chris.

—Hablamos hace un par de meses por teléfono, ¿verdad?

Durante unos segundos, Lindsay pensó que se estaba confundiendo de persona, por eso miró perpleja a Chris cuando lo vio asentir.

No pudo contenerse.

—Me he perdido —intervino con tirantez—. ¿Ya os conocéis de algo?

Jasper sonrió, asintiendo, y explicó:

—Ya sabes que Evelyn quería contar solo con los mejores para el proyecto Neurothea —comenzó—. Y eso incluía a los más brillantes en marketing y publicidad, una pieza clave para asegurar el éxito —añadió, dirigiendo una mirada a Chris—. Y él tiene el expediente más impresionante de todo Boston. Nadie más puede presumir de un currículum así.

Sorprendida, Lindsay miró a Chris y se limitó a asentir con una sonrisa tensa. Sí, que era brillante lo tenía claro, pero no entendía por qué él no le había contado nada acerca de aquella llamada, aunque no era momento para preguntar.

—Sí, nuestro Chris es una joya —ironizó, forzando aún más la sonrisa—. Pero está pillado, como un buen partido. Trabaja en exclusiva para ZenithCorp, la compañía de los Madock.

—Eso dijo él, sí —asintió Jasper en un tono jovial—. Y confieso que le ofrecimos una auténtica millonada por unirse a nosotros.

Chris apenas sonrió. No necesitaba palabras para dejar clara su postura; aun así, cuando habló, su voz sonó firme y sin un ápice de duda:

—Tengo muy claro dónde está mi lealtad —repuso, clavando los ojos en Lindsay—. La familia no se cambia por dinero.

Ella sintió que algo le oprimía el pecho. Aquella mirada, tan directa y tan suya, tenía una forma absurda de calarle hasta los huesos. No sabía si se refería a su apellido, a su hermano o… a ella, pero le daba igual.

Diez años atrás, Chris había irrumpido en sus vidas de forma inesperada, cuando la rescató de lo que podría haber terminado muy mal para ella. Desde entonces, había ocupado un lugar cada vez más sólido en la familia Madock. Ahora era el mejor amigo de Mark, el director de Marketing y Publicidad de un gigante como ZenithCorp y, a todos los efectos, uno más en la familia. Y aunque nunca lo hubieran puesto en palabras, el vínculo era tan real y fuerte como la sangre.

Jasper asintió con una expresión vivaz. Después, miró a Lindsay con los ojos brillantes y una sonrisa sincera.

—No me importaría formar parte de una familia así —dijo casi en un susurro.

Para Lindsay, aquello sonó tan dulce que no pudo evitar que su corazón se acelerara. Por desgracia, el motivo no eran las palabras, sino el hombre delante de quien habían sido pronunciadas.

—Sí, eso es evidente —murmuró Chris con una sonrisa mordaz.

Soltando un improperio, Lindsay se concentró en no mostrarse avergonzada. Jasper era un hombre increíble, solo debería sentirse halagada porque alguien como él mostrara un abierto interés en ella.

—Te veo después —se despidió el tipo con una de sus sonrisas de adoración—. Y tranquila, el trabajo está hecho y es de diez, así que todo saldrá perfecto.

Se alejó de allí y desapareció por la puerta principal del salón esta vez.

—Qué tipo tan majete este Jasper —repuso Chris de inmediato, y el tono sarcástico era demasiado evidente como para pasarlo por alto.

Lindsay se giró a mirarlo, con los brazos cruzados sobre el pecho, echando fuego por los ojos.

—¿Qué pasa contigo? —replicó irritada—. ¿Era necesario ser tan borde?

—¿Borde? —Sonrió con sorna—. Borde habría sido decirle que no habrían conseguido que me sumara a su proyecto ni estando desempleado y muerto de hambre.

—Sí, ya me dejaste muy claro tu punto de vista hace un mes —declaró molesta—. Pero ¿por qué no me dijiste que te habían contactado?

Chris le devolvió una expresión ácida.

—Tampoco me diste mucha opción de hablar antes de empezar a gritar, ¿no te parece?

—¡Venga ya!

—Me ofrecen ofertas de trabajo a diario, Lindsay —aclaró con sequedad—, no veo necesario hablarte de todas.

—Oh, vaya, qué solicitado —masculló con sarcasmo, clavando en él una mirada helada.

«Y no solo en lo profesional…», pensó, al recordar la ristra de mujeres distintas que solían colgar de su brazo.

—Bueno, me gradué *summa cum laude* en un tiempo récord —añadió Chris, sin perder la calma—. Soy mucho más que una niñera, aunque tú estés acostumbrada solo a esa faceta.

Aquello fue como una bofetada para Lindsay. El impacto fue seco, directo, sin margen para esquivarlo.

No añadió una palabra más. Solo se giró de golpe, con la mandíbula tensa y el orgullo hecho trizas, y echó a andar entre las mesas vacías con pasos rápidos y decididos.

Chris resopló y fue tras ella.

—Vale, lo siento, ¡joder! Qué carácter —se quejó, alcanzándola —. He venido hasta aquí solo para hacer las paces. Dame algo de cancha, ¿quieres?

Lindsay se giró a mirarlo con la furia escrita en sus ojos verdes.

—¿Y quién te ha pedido que vinieras? —preguntó, intentando controlar la ira—. No te necesito, Chris, así que, no te preocupes, te relego del cargo de niñera. Creo que ya va siendo hora.

—Linny… —sonó pesaroso.

—¡Estás despedido! —se reiteró—. ¡Del todo!

—Joder, solo era una broma —insistió—, ¿por qué te pones así?

Si él aún no entendía el motivo, jamás lo haría, por mucho que intentara explicárselo. Sería mejor cerrar aquel capítulo e intentar verlo lo menos posible a partir de ese momento, aun sabiendo que estaba renunciando a uno de los pilares fundamentales de su vida.

Lo miró a los ojos, intentando no mostrar ninguna debilidad, y habló con calma.

—Estás arruinando uno de los días más importantes de mi vida, Chris.

La frase fue demoledora para él, o al menos pareció darle fuerte. Se quedó inmóvil, como si le hubieran vaciado el aire de los pulmones. La expresión segura y desafiante con la que iba por la vida parecía ahora sustituida por una mezcla de culpa, desconcierto y algo más profundo. Algo que Lindsay no quiso mirar demasiado, porque si lo hacía…, no iba a poder mantenerse firme.

—Lo lamento —se excusó él en un tono bajo—. No era mi intención.

Ella lo miró algo cohibida mientras él siguió hablando:

—Sé que me comporté de un modo un tanto irracional el día que discutimos —admitió—, y no espero que me entiendas, pero te he dado espacio desde entonces. Creí que lo mejor era mantenerme al margen de este proyecto.

—¿Y eso hacías retirándome hasta el saludo de buenas noches? —replicó malhumorada—. ¿Darme espacio?

Se arrepintió de decir aquello nada más hacerlo. Y más cuando vio la sonrisa de Chris asomar a sus labios, algo que estaba segura de que terminaría ganándole la partida.

—¿Has echado de menos mis buenas noches?

—¡Yo no he dicho eso!

—Claro que sí. —Amplió la sonrisa, sin ironía esta vez—. Y, si te sirve de consuelo, confieso que cada noche tomaba mi teléfono con toda la intención de escribirte, es algo que me sale solo.

Aquellas simples palabras bastaron para desinflar la rabia de Lindsay. Detestaba que supiera siempre cómo decir justo lo que ella necesitaba escuchar, incluso cuando no tenía derecho a hacerlo.

—¿Me habrías contestado? —preguntó él, ladeando la cabeza con una leve sonrisa torcida.

—No —reconoció, sin suavizar el golpe pero sin dureza.

Chris asintió despacio, como si aceptara perder una batalla. Luego alzó una ceja.

—¿Y podemos borrar este último mes y fingir que nunca sucedió?

Parecía esperanzado. Demasiado.

Lindsay bajó la mirada y tragó saliva.

«No del todo…». Porque no podía regresar al Chris protector y condescendiente de siempre. A esa versión de él que la trataba como si fuera de porcelana. ¡Quería romperle la imagen perfecta! Necesitaba que la viera tal cual era ahora: capaz, decidida, estaba cansada de que su corazón latiera como el de una adolescente cada vez que él aparecía en escena.

—Podemos intentarlo —dijo al fin—, pero esta vez tú vas a tener que aprender a verme.

Chris frunció el ceño, confuso, sin entenderla.

Pero bastaba con que ella se entendiera a sí misma. Ya no quería ser la niña a la que rescató, sino la mujer con la que se atreviera a quedarse. Ahora solo faltaba que él dejara de verla como a aquella niña.

«¿Y qué pasa si como mujer no te encuentra ni un poco atractiva?», le gritó la Lindsay *tocanarices* que habitaba dentro de ella.

Suspiró con cierta desazón mientras recordaba la lista interminable de modelos con las que él solía salir. Una diferente cada vez, a cuál más impresionante, y nunca parecía repetir.

—¿Amigos de nuevo? —insistió Chris, un tanto confuso frente a su gesto.

Lindsay se preguntó qué haría la protagonista descarada e irresistible de la novela que estaba leyendo… Probablemente le agarraría de la camisa, lo besaría sin avisar y después lo dejaría ahí, boquiabierto y sin un gramo de control. Pero ella no era Lexi Michaelson.

«Aunque quizá hay un término medio…».

—Vale, ok —aceptó, mirándolo con una expresión serena demasiado engañosa—, borrón y cuenta nueva, sellemos el acuerdo con un abrazo.

Abrió los brazos, haciendo un divertido gesto, aunque preocupada porque él pudiera escuchar los latidos de su alocado corazón incluso desde lejos.

Chris la miró con una sonrisa de perplejidad, el ceño fruncido y sin moverse un milímetro.

—No lo veo necesario. —Le tendió la mano.

Lindsay bajó los brazos y entrecerró los ojos.

—¿Por qué?

Él parecía desconcertado.

—¿Tiene trampa? —preguntó—. ¿Me vas a pegar una colleja o algo así?

Lindsay dejó escapar una carcajada sincera.

—No tenía pensado hacerlo, aunque no será porque no te la merezcas.

—¿Merecerla? —Sonrió a medias—. Te recuerdo que fuiste tú la que me dijo lindezas como que me metiera mis opiniones por una parte muy fea.

Sí, ahí se había pasado.

—Esa parte no es tan fea para algunos —opinó divertida.

—En mi caso solo es de salida, te lo aseguro —declaró con una expresión de horror.

La carcajada de Lindsay resonó con fuerza en el salón vacío.

—Sin colleja, prometido —repitió con una sonrisa traviesa, abriendo los brazos de nuevo con teatralidad.

Chris no se movió de inmediato. Para sorpresa de Lindsay, lo vio mirar de reojo hacia donde Mark, Maddie y Karen charlaban con tranquilidad, como si necesitara asegurarse de que nadie los estaba observando demasiado de cerca.

«¿Y eso a qué viene?», se preguntó, algo confundida, ladeando la cabeza. No era la primera vez que se abrazaban, pero él solía acogerla contra su hombro, como quien arropa a una hermana pequeña o consuela a una amiga. Esta vez se le veía dudar, como si temiera que ese abrazo pudiera parecer otra cosa frente a ojos de Mark, algo que no estuviera bien. ¿Mala conciencia?

Lindsay no pudo evitar sentir una chispa extraña recorrerle la espina dorsal. ¿Esperanza, confusión, diversión cruel? No lo tenía muy claro, pero no iba a dejar pasar la oportunidad de… comprobar su forma física, aunque se estuviera engañando y viendo señales sin sentido.

Dio un paso en su dirección y por fin él cedió. Recortó la distancia hasta ella y la rodeo con sus brazos, aunque con cierta rigidez inicial, y con la evidente pretensión de que fuera solo un leve contacto. Lindsay no se lo permitió. Lo estrechó con fuerza, pegándose a él más de lo necesario, notando cada músculo bajo la camisa y deleitándose con cada uno de ellos. Se concedió ese momento sin culpa, aspirando incluso el aroma de su *aftershave* con descaro.

Chris la sostuvo durante unos segundos que parecieron eternos. Luego se apartó con lentitud…, aunque no del todo. La miró a los ojos con una expresión indescifrable y, antes de que ella pudiera reaccionar, le besó la frente.

¡La frente!

Lindsay parpadeó y se sintió la mujer más idiota del planeta. ¿De qué se sorprendía? ¿Por qué creía que iba a recibir otra cosa que no fuera un beso fraternal, protector, como si tuviera diez años y acabara de caerse de la bicicleta?

—Genial —murmuró, mirándolo con evidente cinismo—. Justo lo que necesitaba, un beso del tío Chris.

Él guardó silencio mientras Lindsay giraba la cabeza hacia otro lado, temiendo que leyera en sus ojos mucho más que la decepción que la asolaba.

Tras unos segundos en los que ambos miraron a su alrededor con calma, el propio Chris declaró:

—Déjame decirte que has hecho algo increíble con este sitio —siguió paseando su mirada por el salón—. Podrías vender hasta humo en un entorno así, algo que en este caso no me entusiasma, pero que sé apreciar.

Lindsay asintió sin demasiado entusiasmo, y Chris añadió en un tono mezcla sinceridad y diversión:

—Estoy muy orgulloso de ti, mi pupila. Has hecho un trabajo espectacular.

Ella alzó una ceja y clavó sobre él una mirada mordaz.

—¿Pupila? ¿No tendrías que haberme enseñado algo primero para llamarme así?

Chris fingió tambalearse hacia atrás, como si sus palabras le hubieran atravesado el pecho.

—¡*Auch*! En toda la dignidad —suspiró divertido—. ¿Así me pagas todos mis años de sabios consejos no solicitados?

—Sabios, dice… —murmuró Lindsay, pero se le escapó una inevitable sonrisa, a pesar de todo.

—Algo habrás aprendido de mí en diez años —sonrió con una arrogancia encantadora—. Hay cosas que se me dan especialmente bien.

—No creo que aprender a ligarme a rubias de piernas largas pueda servirme de mucho. —Se encogió de hombros con fingida inocencia.

—No, claro, es obvio que tú eres más de rubios trajeados, ¿no?

«Sí, eso es obvio para un obtuso cegato como tú», estuvo a punto de decirle, pero se contuvo.

—Lo dices por Jasper Avery, supongo.

—Supones bien.

—No voy a negar que es un tipo encantador —aceptó con exagerada emoción—. Y, por lo visto, le gustan las morenas, lo que también suma puntos. —Le sostuvo la mirada un par de segundos antes de rematarlo—. Y mis piernas tampoco son cortas, ¿sabes? Tienen el tamaño perfecto para rodear las caderas de cualquiera.

Lo vio tragar saliva con total claridad y aquello la fascinó.

—¿En serio? ¿Y Mark qué opina de tu afición a… rodear caderas?

Lindsay sonrió.

—Mi hermano sabe dónde están sus límites —le recordó—. Y hay opiniones que no le permito a nadie. —Lo miró con una expresión ahora algo más fría.

—Pues como hermano postizo que me considero…

Tuvo que controlarse mucho para no arrearle un guantazo.

—Ese *nadie* también te incluye a ti, ¿sabes? —interrumpió, conteniendo la ira.

Chris soltó un suspiro teatral.

—Pensé que ya habíamos hecho las paces —se quejó entre dientes—, pero si vas a estar tan irascible…

—¿Irascible yo? —Se esforzó por soltar una carcajada desprovista de humor—. No, hombre, estoy genial, puedo darte otro abrazo para demostrártelo, si quieres.

«¿Quieres comprobar lo largas que son mis piernas?», habría querido tener las agallas de preguntarle, pero aquello sería una declaración de intenciones que no sabía si estaba preparada para enfrentar. Y no porque tuviera dudas, sino porque un rechazo abierto de Chris en aquel momento la destrozaría.

—¡Ni que me hubiera vuelto un oso amoroso de repente! —replicó Chris, frunciendo el ceño, como si la sola idea lo irritara—.

¿Qué te ha dado con los abrazos?

Lindsay ladeó la cabeza y le regaló una mirada tan inocente que parecía sacada de una comedia romántica. A ver si cambiando de registro…

—Estoy sensible —susurró con voz suave, casi un suspiro—. Supongo que estoy cansada. Han sido unas semanas muy duras.

Aquello funcionó. Chris pareció bajar la guardia, su expresión se relajó y algo en sus ojos se volvió cálido, íntimo, pero el hechizo se rompió en cuanto ella añadió con la misma dulzura:

—De verdad que me vendría genial otro abrazo.

Y lo decía en serio. Porque, aunque lo disfrazara de broma o de capricho, lo necesitaba. Se sentía expuesta, agitada por dentro. Vulnerable de una forma que solo él lograba despertar. Estaba agotada, sí, pero lo que más la agotaba era fingir que no deseaba perderse entre sus brazos, que no anhelaba con desesperación ese tipo de consuelo, el que solo Chris parecía saber darle…, incluso cuando no tenía ni idea de lo que provocaba en ella.

Chris la miró, suspiró como si estuviera a punto de hacer algo muy estúpido y acabó abriendo los brazos con resignación.

—Solo uno más —murmuró.

Lindsay no esperó una segunda invitación. Se refugió en él como si pudiera detener el mundo un instante, y él, pese a su aparente incomodidad, la sujetó con firmeza. Esta vez, sus manos descendieron sin prisa por el cuerpo femenino hasta asentarse en la curva de su espalda baja, mientras respiraba con un ritmo contenido, casi tenso. Ella cerró los ojos, perdiéndose en el calor de su cuerpo, en su olor, en el cosquilleo que le provocaba la fricción de su camisa contra su clavícula… Y entonces sintió un leve movimiento de sus dedos, apenas un roce, como si, de forma inconsciente, su cuerpo lo hubiera traicionado.

Sin contención, Lindsay disfrutó de su contacto hasta que él se revolvió, inquieto, tensándose de golpe. Estaba tan distraída que no supo si de verdad lo había escuchado exhalar un gruñido por lo bajo o solo se lo había imaginado.

Cuando la miró a los ojos, aún sin soltarla, el tiempo pareció quedar suspendido unos largos segundos. El aire se sentía

enrarecido, igual que si algo invisible se tensara entre ambos, vibrando con una intensidad diferente a la habitual.

—A partir del tercero, los cobro doble —susurró Chris sin apartar la mirada.

Estaba tan absorta en sus ojos que le costó entender que hablaba de los abrazos.

—¿A cuánto? —se interesó una vez comprendió, usando el mismo tono tenue.

—Demasiado caros —aseguró—. No podrías pagarlos.

Lindsay tragó saliva.

—¿Puedo… beneficiarme de algún tipo de bono?

—Depende —murmuró él, con una sonrisa muy diferente a las que solía brindarle—, ¿piensas repetir tan seguido?

Apenas pudo contener un gemido que, por desgracia, tuvo el efecto de devolverle a Chris la cordura que parecía haber perdido. La soltó como si le quemara su contacto y se apartó de golpe.

—Ven conmigo a la fiesta —pidió Lindsay sin pararse a pensarlo.

Chris la observó con más seriedad de la que esperaba, y aquello bastó para que su aplomo se desmoronara. Bajó la mirada, incómoda, y trató de disfrazar su impulso con una excusa cualquiera.

—Quiero decir…, tendré que estar trabajando, claro, no podré estar contigo todo el tiempo, pero…

—Linny…

—Mark estará con Maddie —siguió, atropellando las palabras—. Sé que no te agrada la temática, pero estoy nerviosa, y quisiera estar rodeada de la gente que me importa, así que…

—Vendré —la interrumpió.

Ella se quedó en blanco. Lo miró sin pestañear, y después una sonrisa enorme se dibujó en su rostro, como si el mundo hubiera dejado de pesar.

—¿En serio?

—Por supuesto —confirmó él, con una naturalidad que la desarmó.

El corazón de Lindsay se agitó de más. ¿Estaba él aceptando una cita? Era posible que… aquel abrazo… Necesitaba saberlo.

—Y…, bueno…, eh… —intentó tantear el terreno con una timidez impropia de ella.

—Espero que no haya problema en que venga acompañado —declaró él antes de que completara la frase—. Tengo una cita para esta noche.

Sintió aquellas palabras como un golpe certero, directo a donde más dolía. Lo miró durante un segundo interminable, sintiendo que algo dentro de ella se había agrietado. Después, sonrió…, porque era lo único que sabía hacer cuando la herían; no podía permitirse mostrarle cuánto dolía.

—Genial —murmuró con un tono que no logró sonar del todo creíble—. Espero que la rubia de turno no se aburra demasiado.

La divina providencia, el karma o el jodido Murphy devolvió a Jasper al salón justo cuando luchaba por recuperar el control de su respiración.

—Me he dejado el móvil en la mesa junto al cuarteto —anunció con su entusiasmo habitual, pasando ante ellos, sin siquiera sospechar que acababa de interrumpir un pequeño colapso emocional.

Lindsay le lanzó una sonrisa automática, de esas que no llegan a los ojos, pero parecen sinceras y amables. Lo observó recoger el teléfono y desandar el camino, azorado.

Antes de pararse a pensar en lo que hacía, Lindsay informó:

—A las ocho, Jasper, te pasaré mi dirección por *WhatsApp*.

La sonrisa mezcla desconcierto y felicidad de Jasper podría haber iluminado un estadio, y Lindsay se sintió un poco culpable, pero no lo suficiente como para desdecirse.

—Allí estaré —asintió el chico, sin poner una sola traba.

Lindsay sonrió. Jasper sonrió… y después se alejó de allí hasta salir del salón.

—Qué bonito —exclamó Chris en un tono jocoso—. Como una de esas novelas que tanto te gusta leer… *Romeo y Julieta* versión moderna.

Lindsay se esforzó por sonreír.

—¿Tienes algo en contra de *Romeo y Julieta*?

—Nada en absoluto —esbozó una sonrisa irónica—, pero te recuerdo que duró tres días y terminó con seis muertos.

Ella entrecerró los ojos y lo miró con cierta animosidad.

—Tú céntrate en tu cita con la descerebrada de turno y déjame el romance a mí.

La sonrisa socarrona de Chris le provocó instintos asesinos.

—¿Vas a tener tiempo para todo? —replicó el chico en un tono mordaz—. Me parece muy poco profesional por tu parte ligar mientras trabajas.

Lindsay lo miró con una expresión un tanto sorprendida. Pues no había tenido la impresión de que sonaba molesto…

—Nadie pondrá en duda mi profesionalidad, te lo aseguro —sonrió, fingiendo una seguridad que estaba a años luz de sentir—. Y por alguien como *Jas,* soy multitarea. —Amplió la sonrisa—. Te veo luego, se me hace tarde para arreglarme.

Se dio media vuelta y comenzó a andar. Mientras se alejaba con paso firme, aunque el pecho le pesara como si llevara un yunque dentro, Lindsay se prometió que, si sobrevivía a aquella noche, su próxima lectura sería un thriller sangriento, con asesinatos, traiciones… y ni rastro de abrazos.

—¿Todo bien? —preguntó Maddie cuando llegó hasta ellos.

Haciendo un esfuerzo, Lindsay asintió, esbozando una sonrisa.

Mark le puso un brazo sobre los hombros y la atrajo hacia sí con cariño. Lindsay le devolvió el abrazo, esta vez dejándose invadir por un amor fraternal y sincero.

—Has hecho magia con este sitio —la alabó su hermano, mirando a su alrededor—. Estoy muy orgulloso de ti. Y mamá quiere fotos hasta de los baños —bromeó.

Aquello le arrancó una carcajada. Sabía que su madre estaría encantada cuidando de Leo, pero su pensamiento estaría con ella en la fiesta.

Charlaron unos minutos más sobre el evento, pero Lindsay se mantuvo demasiado callada y dejó hablar a Karen, evitando mirar a Chris desde el instante en que se había unido al grupo. La tensión aún flotaba en el aire, al menos para ella, y mucho más cuando Chris anunció de forma repentina que se marchaba ya.

Se largó antes de que nadie pudiera decir una sola palabra. Lindsay observó cómo se alejaba, fingiendo indiferencia, mientras por dentro se le revolvía todo.

—Será mejor que nosotros también nos vayamos ya —dijo en un tono neutro.

—¿Ya habéis solucionado las cosas? —se interesó Mark, mirando a su hermana con un gesto de extrañeza. Era imposible no notar que algo no estaba del todo bien.

—Más o menos —aceptó ella, restando importancia.

—¿Más o menos? —repitió el chico, frunciendo el ceño—. Parecía que por fin habíais hecho las paces.

Se refería al abrazo, claro. Y qué irónico, porque tenía la sensación de que aquello solo había complicado las cosas, al menos para ella. Algo que nadie allí necesitaba saber.

—Sí, ya está todo bien —mintió sin culpa.

—Pues venga, en marcha —la instó Mark, comenzando a caminar hacia la salida—. Supongo que pasará pronto a recogerte. ¿A qué hora tienes que volver aquí?

Recibió una mirada algo desconcertada de Lindsay.

—Jasper pasará a buscarme a las ocho —informó, arqueando una ceja—. ¿Cómo sabes que he quedado con él?

¿Tan buena era la acústica del salón o es que se habían vuelto todos unos cotillas profesionales?

—¿Jasper? —repitió Mark, parpadeando, sin disimular su sorpresa.

—¡Eh! Bien por ti —saltó Karen, con esa sonrisa traviesa que siempre anticipaba un comentario picante—. AJ también son unas *siglas* muy interesantes, y es evidente su interés en ti.

Por suerte, Mark intervino de nuevo antes de que tuviera que hacer comentario alguno.

—Pero ¿quién es Jasper? —insistió Mark, aún más confuso—. ¿Al final no te trae Chris?

Ella se atragantó con la saliva. Literalmente. Tosió, se aclaró la garganta y buscó algo de dignidad para salir del paso, pero estaba avergonzada. ¿Todos allí la habrían escuchado pedirle a Chris que

fuera con ella a la fiesta? Solo esperaba que su hermano no hubiera visto nada raro en aquello.

Se esforzó por sonar indiferente.

—Él tiene otros planes —sonrió con esfuerzo—. ¿Nos vamos?

—¿Otros planes?

Puf. Empezaba a desesperarse. Alzó los ojos al techo, perdiendo la paciencia.

—Sí, Mark, él siempre tiene otros planes —replicó, ya malhumorada—. No sé de qué te sorprendes tanto.

—Pues en el vestíbulo me ha dicho lo contrario —comentó Mark, encogiéndose de hombros—. Me aseguró que pensaba redimirse contigo y que iba a recogerte esta noche para traerte él a la fiesta.

Lindsay se quedó perpleja.

—Se le veía muy convencido, la verdad —opinó Mark—, y teniendo en cuenta que odia este evento con todo su ser, eso es decir mucho.

Ella no respondió, estaba demasiado desconcertada. Se limitó a avanzar en silencio, preguntándose qué narices habría pasado del vestíbulo al salón… ¿Chris le había mentido a Mark? ¿Había cambiado de opinión sobre la marcha? ¿O simplemente era un idiota integral?

Escogió la tercera para preservar su salud mental.

Capítulo 3

Dominar los nervios era algo a lo que estaba muy acostumbrada. Desde fuera, parecía imperturbable, fría y serena, pero por dentro sentía el mismo cosquilleo eléctrico que precedía a cada evento. Había aprendido a transformarlo en energía, en una sonrisa medida, en pasos seguros que ocultaban cualquier titubeo. La gala apenas empezaba y ya había ojos puestos en cada detalle: las luces, la música, la disposición del salón… Todo debía rozar la perfección. Todo llevaba su nombre grabado en silencio.

Aquello no era una gala, ni una simple conferencia. El evento de Neurothea se había diseñado como una experiencia envolvente. Un cóctel elegante para relajar a los asistentes, seguido de una presentación central a cargo de Evelyn Whitmore, la fundadora del proyecto.

—Sabía que eras buena, pero no imaginaba que tanto —le dijo Jasper casi al oído, sobresaltándola—. Todo el mundo está relajado y expectante.

Lindsay sonrió. Así era como lo había concebido, dándole un toque eficiente, sofisticado y provocador a cada aspecto. El ambiente propicio para un evento como aquel. Perfecto para que Neurothea consiguiera su propósito: abrirse camino entre inversores escépticos y profesionales exigentes.

—¿Ya te he dicho que estás preciosa? —la alabó Jasper ahora, mirándola sin tapujos.

«Seguro que lo habrías hecho… si no hubiera cancelado nuestra cita», pensó Lindsay, que aún se sentía culpable por haberle escrito casi sin tiempo para pedirle que se vieran ya en el hotel, en lugar de que pasara a recogerla.

—Muchas gracias, tú también estás muy elegante —afirmó con una sonrisa sincera.

—No me puedo comparar contigo —opinó.

Y era cierto. Lindsay lucía espectacular aquella noche; nadie en la sala podía compararse con ella. Su elegancia era innata, de las que no necesita artificios para imponerse. Era alta, esbelta, con curvas suaves y proporcionadas que no pedían atención, pero la conseguían sin esfuerzo. Caminaba como quien no tiene prisa, como si el tiempo tuviera que adaptarse a su ritmo, no al revés. Cada gesto suyo, al acicalarse el cabello, girar la cabeza, alzar una ceja, tenía algo de coreografía involuntaria. Una sensualidad natural, sin buscarla, sin impostura. Su cabello oscuro le caía indomables sobre la espalda y sus asombrosos ojos verdes eran capaces de iluminar o desarmar en un solo parpadeo. El vestido negro de gala, ceñido en la cintura y abierto en una discreta pero letal obertura lateral, parecía hecho a medida para realzar cada curva sin necesidad de excesos. Llevaba muy poco maquillaje, apenas lo justo para resaltar el brillo natural de su piel, y aun así resultaba deslumbrante, a pesar de que se había esforzado en arreglarse para pasar desapercibida y poder centrarse en su trabajo.

—Siento mucho el plantón, Jasper —se excusó de nuevo—, pero necesitaba salir antes. Estaba nerviosa por si podía pillar algo de tráfico hasta aquí.

—Lo entiendo, no te preocupes.

Sí, aquel hombre lo entendía todo. Daba gusto lo fácil que era tratar con él, sobre todo sin que el aleteo de las mariposas en la pelvis o la necesidad de provocarlo todo el tiempo le impidieran pensar con claridad.

—Nena, da gusto lo comprensivo que es —escuchó decir a Karen a través del pinganillo que llevaba al oído y que las conectaba en todo momento—. Si es igual de complaciente en todos los aspectos, estás de suerte.

Lindsay miró hacia otro lado para sonreír. Por un momento, se le había olvidado que tenía una espía viviendo dentro de su oreja.

—Disculpa, Jasper, tengo que asegurarme de que todo vaya bien con el catering.

Se alejó de él, caminando por el extremo del salón, y solo habló cuando estuvo lo suficiente lejos.

—Empiezo a arrepentirme de la inversión en los comunicadores —sonrió divertida.

Escuchó a Karen reír.

—No puedo culparte, pero tampoco puedes ponerle puertas al campo.

Eso sería más fácil que conseguir que Karen guardara silencio cuando debía, pero aquello formaba parte de su encanto.

Lindsay observó a los invitados mezclarse entre risas suaves y copas doradas. El champán ya corría de mano en mano, las conversaciones se elevaban como un murmullo constante y la sala brillaba bajo las arañas de cristal, como si la noche entera hubiera sido diseñada para deslumbrar. Mientras tanto, el cuarteto de cuerda acompañaba y dejaba caer notas delicadas que parecían flotar sobre el aire perfumado.

Consultó su reloj con precisión.

—Los camareros ya deberían haber entrado con los primeros aperitivos —se tensó ahora—. Será mejor que me acerque a la cocina.

—Sosiega, nena —rogó Karen, haciéndole señas desde el otro extremo del salón—. No seas tan exigente.

—Evelyn se va a retrasar —le contó—, necesitamos tener a la gente ocupada.

—¿Y te parecen impacientes?

—Lo estarán cuando el champán empiece a hacer efecto y no tengan nada que llevarse a la boca.

—Pues que no beban tanto —declaró divertida—, nadie los está obligando.

—Será mejor que…

—Ahí vienen por fin tus camareros —anunció la mujer.

Lindsay miró hacia la puerta de la cocina y respiró aliviada al comprobar cómo las bandejas de deliciosos canapés, escogidos uno por uno por ella misma, comenzaban a circular de manera uniforme entre todos los invitados.

Al fin todo estaba en orden. Ahora solo debía asegurarse de que no surgiera ningún imprevisto mientras esperaban a que Evelyn Whitmore llegara al hotel.

—Buenorro a las tres en punto, junto a la columna —anunció Karen, dispuesta a ayudarla a relajarse—. Madre mía, tiene la espalda como un armario ropero de dos puertas.

Lindsay sonrió y no pudo evitar girar la cabeza hacia donde decía.

—El traje está hecho a medida —bromeó Lindsay—, no hay duda.

—¿Le tomarías medidas en persona?

—¿Y tú?

—Yo estoy comprometida, nena, solo puedo mirar, ¿recuerdas?

—Usar el metro cuenta como solo mirar.

—No en mi caso —aseguró Karen—. Yo sería de las que me aprovecharía de la situación.

—Tú eres de las que ladra, pero no muerde, reconócelo.

—¡Uy lo que me ha dicho! —sonó indignada.

—Miedo me da la represalia —declaró divertida.

Karen guardó silencio unos segundos y acabó diciendo:

—No soy vengativa, nena, no te preocupes —informó—. Uy, mira, otro buenorro que entra en escena, y seguro que este te gusta un poco más.

Lindsay posó la vista en la puerta buscando al maromo en cuestión… y se topó con Chris. Su corazón se aceleró casi al instante.

—¿Qué me dices de ese? —insistió Karen—. Guapo, ¿eh?

Guapo no se acercaba ni de lejos. El tiempo se detuvo para Lindsay en cuanto le puso los ojos encima. La música, los murmullos, las luces, todo pareció diluirse durante un par de segundos a su alrededor. Lucía un traje oscuro impecable, sin corbata, como siempre desafiando las normas, y aun así parecía más elegante que cualquiera en aquella sala. Había en su presencia una gravedad magnética que atraía miradas, una belleza insolente que hacía imposible ignorarlo…

…y estaba tan centrada en él, que le costó ver antes a la rubia que se colgó de su brazo en aquel momento.

—Mierda, nena, a la Barbie no la había visto —se disculpó Karen justo en ese instante.

No debería pillarle de sorpresa, pero por alguna estúpida razón, tras las palabras de Mark, había esperado que fuera solo.

«Él nunca está solo», le recordó su conciencia. Y aquella mujer era impresionante, debía reconocerlo.

—Ni punto de comparación contigo, nena —aseguró Karen como si le leyera el pensamiento—, ni siquiera cuando es evidente que ha hecho ricos a varios cirujanos plásticos.

—Me da igual —se vio obligada a decir—. Él sabrá con quién sale, no es mi problema.

—Claro, claro —carraspeó Karen—. ¿Quieres que me acerque y tropiece junto a ella con mi copa de champán rebosante?

Lindsay no pudo evitar reír y deleitarse con la idea unos segundos.

—Serías capaz.

—¿Perdona? —inquirió Karen en un tono jocoso—. ¡La duda ofende!

Sin poder disimular su abatimiento, Lindsay declaró:

—Ella no tiene la culpa de nada.

—Un poco sí, nena, que he visto pañuelos de bolsillo con más tela que ese vestido que lleva puesto.

Exageraba, claro, pero no demasiado. Lindsay observó a la chica en cuestión, preguntándose si Chris le habría advertido del tipo de evento al que la traía, porque con aquel vestido solo estaría presentable para bailar dentro de una jaula en alguna discoteca.

—Apuesto lo que quieras a que Chris está avergonzado —opinó Karen.

—Sí, pero se le pasa cada vez que la mira —casi gruñó.

—Es más listo que todo eso —aseguró—. No todos los hombres piensan con la punta de…

—¡Ya te entendí! —se acaloró la chica—. Dios, te va a escuchar alguien.

La mujer rio divertida. Desde lejos, Lindsay la vio taparse la boca para disimular sus palabras. Al parecer pensaba seguir *haciéndole un traje* a aquella mujer.

—Alguien que se presenta en un evento así vestida con poco más que un bañador tiene luces fundidas.

—No seas mala —se esforzó en decir.

—No le llega el ascensor al ático, nena, te lo digo yo.

La pareja caminaba hacia el centro del salón. Lindsay intentaba no mirarlos, fingiendo centrarse en cualquier otra cosa, pero avanzaban en su dirección. O huía ya o pronto no podría hacerlo.

—Ya están cerca —insistió Karen—. ¿Tiene pelos en el pecho, nena?

—¿Ella? —interrogó confusa.

—Me parece verlos desde aquí, y si no los tiene…, es que lleva el escote demasiado bajo.

La carcajada de Lindsay al comprender la broma estalló sin remedio, clara y cristalina, llenando el salón con su eco ligero. Su risa, tan espontánea como contagiosa, arrancó sonrisas y atrajo miradas que ella ni siquiera advirtió. Demasiados hombres la contemplaban, fascinados, incapaces de apartar los ojos de ella…

…entre ellos… unos ojos azules que Lindsay se habría sorprendido de encontrar sobre ella, observándola como si nada más existiera.

∞∞∞

Desde el mismo instante en que Chris puso un pie en el salón, aun después de habérselo prohibido a sí mismo segundos antes, sus ojos buscaron entre la multitud a la última persona que debería querer encontrar con tanto anhelo.

«Es la anfitriona, es normal que la busque», se dijo, sin ser consciente de que se adentraba en el salón sin recordar siquiera a la mujer que había traído con él. Claro que la rubia no estaba dispuesta a dejarse olvidar, y corrió a engancharse de su brazo.

Sandy…, Mandy…, ¿cómo narices se llamaba? Dios, ¿qué lo había impulsado a buscar acompañante para aquel evento?

Pero sabía qué. No podía engañarse con el motivo, aunque resultaba cada vez más evidente que en lo que sí se había engañado era pensando que llevar a aquella muñeca siliconada del brazo iba a servir de algo.

«Dios, Chris, estás fatal», se lamentó, intentando sonreírle a su acompañante.

—Esto va a ser un muermo —protestó la rubia de inmediato, y lo miró poniéndole ojitos—. ¿Podremos irnos pronto a un lugar más íntimo? —Se lo comió con los ojos con descaro—. Hace calor aquí.

Chris no logró sentir ni un poco del acaloramiento femenino. Calor. No pudo esconder una sonrisa irónica. Resultaba gracioso que ella sintiera calor, teniendo en cuenta lo fresquito que era el vestido que llevaba, y eso que la había advertido que iban a un evento formal. Si subían un poco el aire acondicionado, pillaría una pulmonía.

Suspiró con hastío y volvió a pasear su mirada por el salón.

La escuchó reír antes de verla. Lindsay. Reconocería aquella risa cantarina en cualquier parte, y solo tuvo que seguir las miradas de cada hombre que había en el salón para localizarla.

Decir que estaba preciosa era quedarse muy corto, y resultaba curioso, porque estaba seguro de que habría escogido aquel vestido, el más sencillo que tenía en su armario, para intentar camuflarse. Pero Lindsay no pasaría desapercibida ni esforzándose. Y no era solo el vestido, aunque le quedara peligrosamente bien, ni los tacones con los que se movía como si hubiera nacido sobre una pasarela, era su elegancia innata y esa energía imposible de calificar que irradiaba a cada paso.

La admiró durante unos eternos segundos. Llevaba el largo cabello suelto, luciendo aquella rebeldía natural que ni el mejor de los recogidos podría domar. Aún no distinguía sus impresionantes ojos verdes desde donde estaba, pero los conocía demasiado bien como para no poder imaginarlos. Unos ojos que brillaban, se reían, desafiaban, acariciaban. Y su sonrisa… era su mejor arma. Ligera, irónica, pero capaz de desarmar hasta al más blindado.

«¡Pero no a mí!», gritó para sí, demasiado abatido. Y miró a su alrededor con el ceño fruncido, muy consciente de la cantidad de ojos que había puestos sobre ella.

Lindsay volvió a reír y él mismo sonrió a su vez. Era evidente que Karen debía estar haciendo de las suyas a través del pinganillo que solían usar para comunicarse. Adoraba escucharla reír, su risa

siempre había tenido un efecto extraño en él, casi hipnótico, le sucedía desde el mismo día que la conoció.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

Chris se sobresaltó y se giró a mirar a Mark como si lo hubiera cazado in fraganti robando en un ultramarinos.

—Acabamos de llegar —aclaró, intentando serenarse, y miró a Maddie—. Estás preciosa.

La aludida agradeció con una sonrisa, y Chris sonrió frente a la mirada embobada con la que Mark contemplaba a su mujer, deseando cada vez con más intensidad… poder mirar hacia donde sus ojos se movían solos.

En silencio, ambos aguardaron en vano a que Chris les presentara a su acompañante, así que tomaron la iniciativa y saludaron sin más.

—¿Has visto a Lindsay? —preguntó Maddie después.

—No —rotundo—, claro que tampoco la he buscado.

«Joder, Chris, eres de un absurdo…», se regañó, pero no rectificó.

—Andará por aquí.

—Supongo, sí.

—Allí está —señaló Maddie, y suspiró—. Está preciosa.

Todos miraron hacia donde señalaba, a tiempo de ver a Lindsay dar algunas instrucciones a los camareros con una calma y profesionalidad absolutas.

—Brilla con luz propia —dijo Mark sin ocultar la nota de orgullo en su voz, y miró a Chris—. ¿Verdad?

Chris asintió, intentando que el halo de luz que Lindsay parecía irradiar no lo cegara. La vio avanzar hacia ellos como si se deslizara, etérea… y maravillosa.

Todos la recibieron con una sonrisa, y otra para Karen, que se unió a ellos también.

—Gracias a todos por venir —exclamó la chica, emocionada, y miró a la rubia que parecía observarla con curiosidad a su vez—. Soy Lindsay, ¿y tú eres?

—Carly.

«¿Carly? Primera noticia», se dijo Chris algo azorado. Madre mía, menos mal que no la había presentado él, habría hecho el ridículo.

—¿Va a durar mucho… lo que sea esto? —fue lo primero que le preguntó la rubia en un tono de evidente desagrado.

—Puede que un ratito, me temo —declaró Lindsay sin esconder su ironía—. Y ese *esto* es una presentación médica sobre un proyecto basado en la hipnosis.

Aquello pareció animar a la rubia.

—¿Van a dormir a alguien y hacerle creer que es una gallina o algo así? —interrogó esperanzada. Aquello parecía motivarla un poco más—. Eso quiero verlo.

—No es ese tipo de evento —respondió Chris con una sonrisa divertida. No era muy lista, pero estaba causando estragos.

—Una vez me hipnotizaron en una fiesta de cumpleaños —siguió contando Carly, que iba por libre—. Fue algo que jamás olvidaré. ¡Me hicieron comer patatas fritas! —exclamó casi con un redoble de tambores, como si aquello fuera una anécdota digna del *Saturday Night Live*—. ¡Hidratos! ¡A mí! ¿Os lo podéis creer?

—¡No! ¡Madre mía! —gritó Karen de forma teatral, fingiendo asombro—. ¡Para mear y no echar gota, nena!

Las risas que hasta aquel momento habían logrado contener fueron ya inevitables. Por suerte, un par de camareros, a los que Lindsay había hecho señas desde lejos, llegaron ahora hasta ellos y todos se centraron en las bandejas de comida y bebida.

Chris observó a Lindsay con atención. Estaba enfadada con él, aquello era evidente. Apenas le había dirigido una sola palabra.

«Es mucho mejor así», se dijo, algo abatido, pero en el fondo era muy consciente de que le pateaba el hígado sentirla tan distante.

—¿Ya ha llegado Evelyn Whitmore? —se interesó ahora Maddie —. Estoy deseando conocerla.

—Aún no —informó Lindsay—, y sí, te va a encantar.

—¿Qué tiene esa mujer para tenerte tan abducida? —indagó Chris, leyendo la admiración en sus ojos.

—Su historia es impresionante —le confió Lindsay—. Sufrió un accidente, perdió la memoria y usó su experiencia para fundar este proyecto.

Chris bebió de su copa, consciente de que lo mejor que podía hacer era callarse. Lástima que las palabras le quemaran en la garganta y casi salieran solas.

—Claro, una más que encontró iluminación en la hipnosis —sonrió mordaz—. Qué conveniente.

Recibió una mirada afilada como respuesta.

—¿Siempre tienes que burlarte de todo?

—No me burlo —se encogió de hombros—, solo me incomoda la facilidad con la que algunos convierten traumas en negocios millonarios.

—¿Y si no es solo por el negocio? —Sonaba cada vez más enfadada—. ¿Y si de verdad está intentando ayudar? ¿Tan inconcebible te resulta?

Sí, por desgracia, era incapaz de otorgarle el beneficio de la duda a la tal Evelyn Whitmore, pero lo intentó para reconciliarse un poco con Lindsay, aunque lo hizo a su manera.

—Incluso así, los psiquiátricos y los cementerios están llenos de buenas intenciones.

—Eres cuadriculado —se ofuscó Lindsay, mirándolo con hastío.

Chris soltó un suspiro de resignación.

—Nadie debería poder adentrarse en la mente de otra persona —dijo ahora, convencido—. Da igual para qué. Nunca se sabe qué puedes desatar.

Los recuerdos no son cajones que abres y cierras, son cables pelados, los tocas y saltan chispas —opinó con un deje de tristeza—. Una palabra mal puesta, una imagen mal devuelta pueden causar estragos. ¿Quién asume esa culpa?

Lindsay lo miró con evidente admiración y cierta sorpresa, pero era obvio que estaba demasiado enfadada como para dar su brazo a torcer.

—¡Qué sabrás tú! —se obcecó.

—Me gano la vida afinando palabras para forzar decisiones —le recordó—. Sé cómo una sola frase bien dirigida puede sugestionar a una persona para incitarla a hacer algo que ni siquiera se habría planteado.

Y no se sentía demasiado cómodo admitiendo aquello. Algo que en ese momento debía de ser evidente para todos.

—¿Y te atreves a condenar a otro por algo que tú convertiste en tu trabajo?

Aquello sí le dio de lleno. Entornó los ojos y clavó en ella una mirada seria, exenta de todo rastro de ironía.

—No te equivoques. Yo vendo ideas, campañas, cosas que se eligen o se rechazan, sin más —le recordó—. No manipulo recuerdos ni fuerzo emociones que no me pertenecen.

Suspiró y declaró en un tono de voz más bajo:

—Las heridas se curan con tiempo, Lindsay, no con atajos forzados de quien se impone como salvador a toda costa.

Durante unos eternos segundos, compartieron una mirada silenciosa cargada de significado. Chris notó en los ojos de Lindsay algo distinto: no era furia lo que le devolvían, sino un desconcierto que lo incomodó más que cualquier reproche. Como si, por un instante, ella lo viera de un modo que él no quería mostrarle, y hubiera adivinado una grieta demasiado honda que prefería mantener enterrada.

Por suerte o por desgracia, Jasper Avery llegó hasta ellos buscando a Lindsay antes de que nadie pudiera replicar nada más.

—Quiero presentarte a algunas personas —le dijo el chico al oído, y se ganó una sonrisa risueña por parte de Lindsay.

Chris apretó los dientes, incómodo por la forma en la que aquello le molestaba. Al parecer, ella tenía sonrisas para todo el mundo excepto para él.

—Disculpadme —declaró Lindsay un segundo después, para alejarse junto a Jasper hasta perderse entre la gente.

Carly se excusó también, alegando tener que ir a retocarse el maquillaje al baño, lugar hasta el que Karen se ofreció a guiarla.

Chris sintió la mirada intensa de Mark sobre él un segundo después.

—¿Qué? —acabó preguntando con algo de brusquedad.

—¿De qué va todo esto, Chris? —interrogó Mark—. Estoy desconcertado con tu actitud.

—No te entiendo —mintió.

—Pensé que no te gustaba la hipnosis, pero es más que eso —adivinó—, es algo personal.

Las cosas se estaban poniendo difíciles y odiaba sentirse acorralado.

—Personal y privado —sentenció de repente, sorprendiendo a su amigo—. ¿Algún otro tema que quieras comentarme?

Mark soltó un improperio.

—Pues mira, sí, ahora que lo dices, creo que ya tienes edad para… comer hidratos, amigo.

Aquello sí le hizo soltar una carcajada sin rastro de humor.

—Cada uno come lo que le da la gana —se defendió—. Y aunque admito que me he equivocado con el menú de esta noche, a mí me gusta comer a diario y cada día un plato diferente, ¿algún problema con eso?

Mark lo miró algo asombrado por el tono de nuevo irritado y soltó un suspiro de hastío.

—Ninguno en absoluto.

En los últimos meses, habían mantenido aquella conversación más veces de las que podía soportar. Mark, feliz, enamorado hasta las trancas y un padre de familia perfecto, parecía obcecado en que él también sentara la cabeza, o al menos lo intentara, y aquello ni era ni sería una opción para él.

Miró entre la gente para descubrir a Lindsay charlando con Jasper y varias personas más unos metros más allá. Todos prestaban atención a la chica, que parecía estar contándoles la cosa más increíble y divertida del planeta, a juzgar por la carcajada general que estalló al terminar.

La echó de menos como nunca antes, y eso que el último mes había sido una pesadilla total y absoluta.

—¿Estás bien? —interrogó Maddie ahora, mirándolo con un gesto preocupado.

«Saturado y al borde del colapso», habría sido la respuesta sincera, pero no podía permitirse sinceridad.

—Estoy perfecto, sí, ¿por qué? —Se esforzó por sonreír, pero no le dio lugar a réplica—. Disculpadme, tengo que… ir a…

Ni se molestó en acabar la frase. Lo observaron alejarse un tanto asombrados.

—¡Dios, ¿qué le pasa esta noche?! —se lamentó Mark.

—Pues creo que tiene varios frentes abiertos —dio Maddie en el clavo.

—Pero no es propio de él comportarse así.

—No sé qué problema tiene con este evento, pero es obvio que pertenece a un pasado del que no quiere hablar —repuso Maddie con convencimiento—. Y debes respetarlo.

Mark soltó un suspiro resignado.

—Sí, eso lo tengo claro, pero no parece él esta noche. —Movió la cabeza con preocupación—. Para empezar, ¿por qué narices ha traído a esa mujer con él si es evidente que no le interesa en absoluto? De verdad, no entiendo nada, Maddie.

—Quizá lo presionas demasiado en ese sentido—opinó la chica.

—Es que estoy preocupado —admitió.

—Si él es feliz de flor en flor…

—Es que no lo es —aseguró Mark, frunciendo el ceño.

A Maddie aquello la sorprendió, y miró a su marido con cierta curiosidad.

—¿Por qué piensas eso?

Mark hizo un gesto de negación con la cabeza, parecía abatido.

—No lo sé, es solo una sensación —le confió—. Chris es mi mejor amigo desde hace diez años, y a veces siento que no lo conozco en absoluto.

—Todos tenemos secretos —le recordó Maddie.

—Sí, supongo que sí, y siempre he sentido la reticencia de Chris para hablar de su pasado, hasta de su familia —concedió—, pero últimamente está más raro de lo normal. —Guardó silencio unos segundos y siguió diciendo—: ¿Recuerdas nuestra fiesta de compromiso?

—No —sonrió Maddie con una expresión pícara—, recuerdo la fiesta de nuestro compromiso *fingido*. ¿Te refieres a esa?

Mark asintió con una sonrisa y le robó un beso tierno al recordar aquellos tiempos.

Después, no pudo evitar rememorar cada palabra de la conversación que mantuvo con Chris aquel día. Había sido tan extraña y diferente que por eso podía recordar hasta el más mínimo detalle…

—Envidio tu capacidad para no involucrar jamás tus sentimientos con nadie —había afirmado Mark con sinceridad, que en aquel momento estaba mucho más que echo polvo por todo lo que estaba sucediendo con Maddie—. Cuántos problemas me habría evitado de haber hecho lo mismo.

Chris había sonreído con una extraña expresión de tristeza.

—Cuando la única persona a la que quieres… es a la única que no puedes permitirte ni mirar, el resto es fácil.

Se había ganado la atención de Mark de inmediato.

—¿De qué estás hablando?

—Todos tenemos nuestros propios demonios, Mark.

—¿Y por qué no sé nada de los tuyos?

—Porque jamás los dejaré salir de mi cabeza, hasta ponerlos en palabras tengo vetado.

Mark apenas pudo disimular su perplejidad. Jamás antes había tenido que preocuparse por el corazón de su amigo, puesto que era un mujeriego empedernido, inmune a todo lo que no fuera el sexo.

—Chris, sabes que estoy aquí para lo que necesites.

—¡Solo quiero animarte, amigo, no le des más vueltas! —Había sonreído con su habitual buen humor—. Yo encontraré a alguien que me caliente la cama al final de la noche, es todo lo que necesito.

Mark salió de sus recuerdos sin poder evitar fruncir el ceño.

—Yo estaba hecho polvo por lo nuestro —le confió a Maddie—, y no me sentía con fuerzas para dar consejos, pero cada vez que he intentado retomar aquella conversación desde entonces, se cierra en banda.

—¿Y por qué te estás acordando de todo eso ahora? —se interesó Maddie con curiosidad.

Mark le devolvió una expresión de preocupación.

—Porque acabo de ver en su rostro la misma melancolía que aquel día. —Miró a su alrededor, confuso—. ¿Crees que la mujer de la que hablaba puede estar en esta fiesta?

Maddie suspiró con pesar, ahora era ella la preocupada. No podía poner sus sospechas sobre los hombros de Mark, no en aquel momento y sin estar segura.

—¿Cuál piensas que puede ser el problema? —insistió el chico—. ¿Crees que ella podría estar casada? Quizá por eso era tan reticente a venir a este evento, puede que temiera encontrarla aquí.

Soltando un suspiro, Maddie recortó las distancias y le rodeó el cuello con los brazos.

—Desfrunce ese ceño —le rogó, lográndolo al instante—. Eso está mejor.

Le robó un beso tierno.

—Quizá sí necesitéis esa conversación, pero no es momento —opinó Maddie.

Mark se había centrado ya en aspirar su perfume mientras aprovechaba para darle pequeños besos en el cuello.

—¿Qué conversación? —susurró ahora en su oído, jugando con el lóbulo de su oreja.

Maddie rio a carcajadas. Mark sonrió también y le robó un beso largo y sensual.

—Oye, tampoco es sitio para esto —se quejó Maddie cuando pudo respirar.

—Dios, dulzura, es que sabes tan bien…

—Pero acabamos de llegar —protestó la chica, aunque sin demasiado énfasis, haciendo un esfuerzo para dejar de besarlo—, no podemos irnos aún.

—¿Quién lo dice?

—¡Eh, vosotros dos! —intervino Karen en un tono divertido, llegando hasta ellos—. Tenemos habitaciones reservadas para eso.

Mark la miró con un gesto interrogante, pero ni una pizca de vergüenza.

—¿En serio? ¿Y quién tiene la llave, porque…?

—¡Acabáis de llegar! —se quejó Karen—. Y no vais a dejarme sola con Miss Silicona.

Maddie miró a su alrededor.

—¿Y dónde está?

—Cargándose la capa de ozono. —Karen bajó la voz, como si compartiera un secreto de Estado—. Se ha tirado un pedo en el baño, nena, que yo creía que nos estaban bombardeando.

Mark, que bebía de su copa en ese momento, se atragantó y tuvo que toser con fuerza, mientras no podía evitar reírse al mismo tiempo; al igual que Maddie, que se esforzaba por darle pequeños golpecitos en la espalda, aunque doblada de la risa igual que él.

—Eh, poca broma —añadió Karen intentando mantenerse seria —, que justo entraba una anciana y me ha matado con la mirada convencida de que la responsable era yo. Y, oye, le ha bastado medio segundo para decidir que semejante estruendo solo podía salir del culo de la madurita del pelo azul, porque, claro, los pibones exuberantes tienen el culo cosido y no peen.

—¡Para, por favor! —rogó Maddie, llorando ya de la risa.

—Y el tufillo a hidratos, nena, ¡porque eso eran hidratos!

—¡Por Dios, Karen, el pinganillo! —escuchó decir a Lindsay en su oreja, casi sin poder hablar del ataque de risa—. ¡Que estamos rodeadas de psiquiatras, que me van a internar!

Karen chasqueó la lengua.

—¿Y el pedo no lo has escuchado? —interrogó la mujer, de veras muy interesada.

—He oído un ruido.

—¿Y no te ha preocupado que me estuvieran atacando con una bazuca?

Capítulo 4

Apostado tras una de las pocas columnas del salón, Chris intentaba hacerse invisible. Cada minuto allí confirmaba lo que ya sabía al salir de casa: que aquella noche iba a ser un infierno. Y eso que la presentación aún no había comenzado. Cuando lo hiciera…, mejor no pensarlo. No tenía ninguna gana de escuchar hablar de hipnosis, de técnicas avanzadas para Dios sabía qué y similares.

—Se te ve preocupado —dijo una voz de hombre a su espalda.

El corazón le dio un vuelco. No necesitaba girarse para reconocer a quién pertenecía. Esa voz arrastraba demasiado pasado como para confundirse. Cerró los ojos un instante, maldiciendo en silencio. Al parecer, siempre había margen para que las cosas fueran a peor, y uno de sus mayores temores al asistir a un evento como aquel acababa de materializarse.

Se volvió despacio hacia el hombre que lo miraba ahora con una mezcla de nostalgia y simpatía serena, demasiado serena para ser cierta. Chris no correspondió a ninguna de ellas.

—Vaya, no esperaba verlo aquí, señor… —hizo una pausa irónica y sonrió con acidez—. Lo siento, recuérdeme su nombre.

—Kendrick —le devolvió el tipo una sonrisa jocosa.

—Ah, sí —frunció el entrecejo —, Nathan, ¿cierto?

El hombre asintió con una mezcla de resignación e ironía.

—Buena memoria.

—Fotográfica, por desgracia —admitió Chris con sequedad—, pero no ha contestado a mi pregunta. —Su mirada se endureció—. ¿Qué hace aquí?

—He recibido una invitación a la gala.

—¿Usted? Mira que me extraña.

—Bueno, en realidad… fue Victor quien la recibió.

Chris apretó los dientes. Incluso el simple nombre lo ponía de mal humor.

—Y él no estaba disponible, claro, así que envió a uno de sus lacayos, para variar.

El tipo exhaló con hastío y abandonó el juego ambiguo.

—¿Tienes que ser tan cínico, Christopher?

—Digamos… que la ocasión lo merece.

Se encogió de hombros, aunque sin poder disimular su desagrado. Estaba más incómodo de lo que le gustaría admitir. Aquella visita lo afectaba demasiado, y empezaba a flaquear, no sabía por cuánto tiempo podría fingir que no le importaba. Lo observó unos segundos con atención. No podía dejar de ver que los años no parecían haberlo tratado muy bien. Su rostro se veía cansado, cargado de arrugas prematuras que no estaban ahí la última vez que se vieron, pero de aquello hacía mucho tiempo ya. Chris no dejó que eso lo afectara y lo miró con una expresión exenta de emociones.

—Yo sí me alegro de verte —dijo ahora Nathan en un tono que parecía sincero—. Aunque confieso que este es el último lugar del mundo donde esperaba encontrarte.

—No estoy aquí por voluntad propia —replicó Chris con frialdad.

El hombre rio divertido.

—¿Hay alguien capaz de obligarte a hacer algo que no quieras, Christopher? —Lo observó con atención—. Eso es nuevo.

—Y sin recurrir a la hipnosis —puntualizó, mordaz—. ¿Qué te parece?

«Solo una persona en el mundo puede lograrlo…», suspiró para sí.

—Me parece que solo podemos estar hablando de una mujer.

Chris se limitó a guardar silencio. No pensaba contarle más de lo necesario.

—En fin…, Nathan, una charla interesante, hasta dentro de otro montón de años, espero.

Echó a andar, pero el hombre intervino.

—Christopher, por favor… —Le puso una mano en el brazo para retenerlo, pero recibió tal mirada asesina que la apartó de golpe—.

Tan difícil es concederme unos minutos sin ironías.

—Lo es, sí.

El hombre agachó la cabeza.

—¿Se los concederías a… Victor?

Chris tuvo que controlarse mucho para contestar en un tono sereno.

—Tendría más posibilidades —admitió, mirándolo ahora a los ojos—. Pero él es demasiado cobarde, ambos lo sabemos.

—Y tú más cruel de lo que recordaba.

—La vida, que te enseña a hostias.

Justo cuando iba a dar por zanjada la conversación, esta vez sin excusas, Lindsay pasó ante ellos. Venía riendo y hablando sola, o eso parecía.

—Por tu culpa, cada vez que la mire solo voy a ver un globo aerostático —decía mientras reía de nuevo.

Chris desvió la mirada, cruzando los dedos para que no se detuviera junto a ellos, pero Lindsay era demasiado perspicaz. Solo necesitó un segundo para intuir que algo no andaba como debía, y al chico no le dio tiempo a esconder su estado de ánimo.

—¿Todo bien? —interrogó, deteniéndose junto a ellos, palpando la tensión en el aire.

—Sí —se apresuró a afirmar Chris—. Todo perfecto.

Ella miró al hombre que estaba junto a él con genuina curiosidad.

—Lindsay Madock. —Le tendió la mano.

El tipo se apresuró a estrechársela con una sonrisa, y a Chris se le revolvió el estómago.

—Nathan Kendrick —se presentó.

Recibió una mirada vivaz por parte de la chica, que después dirigió a Chris, con un gesto interrogante. Cuando la posó de nuevo en aquel hombre, argumentó:

—No recuerdo que su nombre estuviera en el listado de asistentes.

—No —sonrió Nathan—, me temo que he venido con una invitación regalada.

La chica frunció el ceño y aguardó en silencio, obligándolo a explicar:

—Victor Wexler.

—Ah, sí, ese nombre sí lo recuerdo.

—Perfecto —intervino Chris ahora—, te felicito por tu buena memoria, pero seguro que tendrás montones de cosas que hacer, Lindsay, así que buen viaje.

La empujó con suavidad para instarla a andar, pero ella se quedó clavada donde estaba con un ceño fruncido evidente. Aquello era lo único que le faltaba para acabar de joderlo todo con Lindsay, pero no podía soportar verla cerca de aquel hombre.

Lindsay entrecerró los ojos y murmuró apenas para Chris.

—Sabes que puedo echarte de aquí cuando quiera, ¿no?

A pesar de la tensión, Chris no pudo evitar esbozar una sonrisa socarrona.

—¿Tú sola? No pareces tan fuerte.

Ella lo fulminó con la mirada y dio un paso hacia él.

—Calma, Hulk, y continúa trabajando. —Señaló hacia la puerta —. Por el revuelo que se ha montado, creo que ha llegado la mujer del momento.

En ese instante, Lindsay se llevó la mano al oído, desde donde era evidente que Karen le informaba justo de aquello mismo.

Le hizo un gesto de despedida con una inclinación de cabeza a Nathan Kendrick y miró a Chris con irritación. Después, se alejó con paso firme hacia la puerta.

«Dios, la furia le sienta demasiado bien, podría volverme adicto a provocarla», pensó mientras la seguía con la mirada, observando su sutil contoneo y gracia natural, que parecían un insulto a su autocontrol. Para empeorarlo, no podía dejar de ver la cantidad de ojos masculinos que se posaban sobre ella a su paso, ni cuánto lo molestaba aquel hecho. En ese instante ni siquiera era capaz de disfrazarlo de interés fraternal. El problema era que algo había cambiado en Lindsay, en su actitud hacia él, en su forma de mirarlo, como si lo desafiara con cada palabra; y pocas cosas le gustaban tanto como un buen desafío…, salvo una.

—Así que es ella —lo sobresaltó Nathan en un tono divertido.

Chris se giró a mirarlo, sorprendido.

—Sigues aquí —ironizó con frialdad.

—De otra forma me habría perdido el espectáculo.

—No es lo que crees.

—Christopher… —Nathan sonrió con desdén—, sabes que puedo leerte casi al vuelo.

Chris tuvo que tomar y expulsar aire muy despacio para contener la furia que amenazaba con tomar el control de la situación

—No se te ocurra ni respirar cerca de ella.

La expresión del tipo cambió de la diversión a una seriedad absoluta.

—Como desees, no estoy aquí para discutir contigo —concedió.

Con el ceño fruncido, Chris lo estudió a conciencia hasta incomodarlo y obligarlo a preguntar:

—¿Qué?

—¿Cuánto me va a costar tanta complacencia? —interrogó convencido.

—¿Comemos mañana?

Una carcajada sin rastro de humor salió de la garganta de Chris, que miró al tipo con la misma agresividad con la que lo había recibido.

—Ya me extrañaba que no intentaras coaccionarme de algún modo.

El hombre suspiró con fuerza.

—Vamos, Christopher, solo te pido unas horas de tu tiempo —casi sonó a ruego—, un rato para charlar, ponernos al día…

—No me interesa nada de lo que tengas que contar. —Lo atravesó con una mirada cortante.

El revuelo que se montó a unos metros los sacó de su duelo verbal. Ambos se giraron al mismo tiempo, de forma instintiva, como si una corriente hubiera recorrido el salón.

Una mujer avanzaba entre los invitados, rodeada de sonrisas y apretones de manos, saludando aquí y allá con la soltura de quien está acostumbrada a ser el centro de atención. No era solo que todos la reconocieran, era la forma en que la seguían con la mirada,

igual que si se tratara de un Beatle en pleno apogeo. La música y el murmullo del salón parecían plegarse a su paso.

Chris apenas alcanzó a verla de perfil, entre cabezas y copas, sin distinguir bien su rostro, pero había algo en su porte que resultaba inconfundible: elegancia, clase y un magnetismo que imponía silencio.

A su lado caminaba Jasper, atento, con gesto serio. Se encargaba de abrirle paso y parecía tomar nota de cada saludo, como el más eficiente de los asistentes.

Más allá, entre el trasiego de camareros, Chris alcanzó a distinguir a Lindsay. Estaba junto a la mesa de sonido, concentrada en los controles, con el gesto tenso de quien necesita que todo salga perfecto. No parecía reparar en el espectáculo que se desplegaba a unos metros, demasiado ocupada en localizar el micrófono que debía darle a la anfitriona.

—¿Crees que pueden hacer lo que venden? —interrogó Nathan, consultando ahora el programa publicitario que tenía en sus manos.

Chris sonrió con sequedad.

—Dímelo tú, ¿es todo eso posible?

La sonrisa arrogante del tipo no le pasó desapercibida. La prepotencia no se podía esconder siempre, y a Chris le sorprendía que lo hubiera logrado durante tanto rato.

—La mayoría de los puntos no son muy originales —admitió Nathan en un tono cínico—. Hace años… que alguien puede hacer todo esto y más —izó el programa— con la misma facilidad con la que pela una manzana.

—Lástima que no esté aquí para defender su hazaña —replicó Chris, mordaz—, pero decidió cederte su invitación a ti.

Recibió una mirada acerada como respuesta.

—Empiezas a divertirte, ¿no? —casi gruñó el hombre—. El sarcasmo parece haber arraigado en tu naturaleza.

Chris esbozó una sonrisa helada.

—El sarcasmo no mata gente —sentenció, mirándolo en un tono acusador.

Con una expresión de lo que parecía pesar, Nathan encajó el comentario, pero no pronunció palabra.

—¡Estás aquí! —repuso Carli llegando hasta él haciendo pucheros, y se abrazó con demasiada intimidad a su costado—. Te he buscado por todas partes.

Chris la miró algo asombrado, se había olvidado por completo de ella, y se sintió algo culpable.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó la chica al hombre, mirándolo con atención—. Dime que eres uno de esos hipnotistas, quiero conocer alguno.

Sin poder disimular una sonrisa socarrona, Chris dio por bueno el haberla traído a la fiesta solo por ver la cara de indignación del tipo frente al comentario.

—Soy hipnoterapeuta, entre otras cosas —la corrigió en un tono ofendido.

—¿Y no es lo mismo? —Carly se estaba coronando.

—No, no es lo mismo, yo no soy un charlatán con un péndulo —puntualizó—. Tengo más títulos en medicina que cien de esos payasos juntos.

Por desgracia, las luces de la chica no daban para mucho debate.

—Eres raro —acabó diciendo, y perdió el interés en el tipo para centrarse en acosar a uno de los camareros para que la dejara tomar varios canapés juntos.

Nathan soltó un suspiro de resignación y miró a Chris.

—¿Has venido con la señorita de los fusibles fundidos pudiendo compartir tu tiempo con la belleza de los ojos verdes? —Soltó un bufido desaprobatorio—. Te recordaba más listo, Christopher.

Sí, nada que replicar a aquel comentario, por desgracia.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia —declaró irritado—. Pero, para que no te montes películas, no hay nada de lo que crees entre Lindsay y yo.

—¿Por qué? ¿Perdiste facultades?…

Chris apretó los dientes. ¿Por qué narices seguía hablándole?

—…porque es evidente que te mueres por…

Por suerte, Carli intervino justo cuando estaba a punto de mandarlo al carajo.

—¿Podrías hipnotizar al camarero para que deje aquí la bandeja? —interrumpió, masticando canapés a dos carrillos y con un par de ellos en cada mano—. Tengo hambre.

Los dos hombres la observaron perplejos durante unos segundos.

—Puedo hipnotizarla a ella, si me lo pides —le susurró Nathan a Chris en un tono confidente.

—¡No digas sandeces!

—¿Seguro? Porque creo que puedo convencerla para salir por su propio pie del hotel y subirse a un taxi.

Chris lo miró con una expresión asesina por la gracia, aunque no podía decir que la idea del taxi no le resultara tentadora.

Capítulo 5

Lindsay aguardaba junto al escenario, conteniendo la respiración, mientras veía a Evelyn abrirse paso entre los invitados, con esa seguridad natural que hacía que todos giraran la cabeza para mirarla.

Cuando llegó hasta ella, la mujer le dedicó una sonrisa cálida y estrechó sus manos antes de inclinarse a hablarle.

—Impecable. Sabía que no me equivocaba al escogerte para organizarlo todo—le dijo en voz baja, con una seguridad que atravesó a Lindsay más que cualquier halago.

Jasper tomó la delantera y subió al escenario con paso firme. Encendió el micrófono y, sin perder tiempo en rodeos, iban tarde y todos lo sabían, presentó a la protagonista de la noche. No hacía falta un discurso extenso. Bastó con pronunciar su nombre junto con el título que la precedía: *referente internacional en psiquiatría clínica y neurociencias aplicadas*. El efecto fue inmediato. El murmullo del salón se desvaneció como si alguien hubiera bajado el volumen de golpe.

Las luces descendieron hasta sumir el salón en penumbra. Un foco suave encendió el escenario y bañó el podio de un resplandor casi ceremonial. Evelyn subió con una elegancia serena, sin prisa. Era una mujer de mediana edad, mirada templada y porte impecable, que parecía ocupar todo el espacio con solo estar de pie. Detrás de ella, el logo de Neurothea se proyectaba limpio y etéreo sobre una enorme pantalla blanca.

Avanzó hasta el atril que habían dispuesto en el centro del escenario, con paso sereno. Sonrió, con esa calma estudiada que parecía envolverlo todo, y dejó que el silencio se alargara unos segundos antes de hablar.

—Buenas noches. Gracias por estar aquí.

Hizo una pausa breve, recorriendo con la mirada a los invitados como si de verdad buscara conectar con cada uno de ellos, aunque las luces de escena solo le permitían ver a los más cercanos.

—Dicen que el tiempo lo cura todo.

Otra pausa.

—Yo no estoy de acuerdo.

Con una ligera inclinación de la cabeza y un destello de ironía en los ojos, continuó:

—El tiempo solo pasa. Lo que cura es lo que hacemos con él.

El salón quedó suspendido en un silencio expectante. Evelyn bajó un poco la voz, dándole un matiz más íntimo:

—Hace años sufrí un grave accidente —contó—. Sobreviví, pero no entera. Perdí cosas que no sé si alguna vez recuperaré del todo.

Sus manos se posaron sobre el atril, firmes, y la luz del proyector recortó su perfil contra el logo de Neurothea.

—Gracias a la hipnosis, ética, profesional y guiada por manos sabias, encontré una forma de seguir adelante, de reconstruirme.

Alzó la barbilla con un orgullo sereno.

—Y de ahí nació Neurothea. No para borrar el dolor, no se equivoquen, el dolor es necesario, sino para acompañar a quienes buscan comprenderlo. Para que nadie más tenga que vivir con la sensación de que le falta un capítulo en su historia y que no puede hacer nada para intentar recuperarlo.

Una sonrisa leve, casi maternal, suavizó su rostro.

—Pero no quiero que solo escuchen mis palabras. Quiero que vean lo que hacemos y lo que podemos llegar a ser juntos.

En lugar de retirarse, Evelyn descendió del atril con calma y, mientras los aplausos cedían, se situó a un lado del escenario. Las luces se atenuaron y el logo de Neurothea se expandió en la pantalla central, envolviendo el salón.

El vídeo comenzó con imágenes limpias, casi hipnóticas: paisajes tranquilos, un corazón latiendo, ondas cerebrales proyectadas en azul eléctrico… Una voz en off, profunda y envolvente, explicaba los fundamentos del programa. Hipnosis clínica combinada con neurociencia experimental. Protocolos diseñados para tratar traumas, estrés postraumático, bloqueos de memoria.

Aparecieron testimonios de pacientes que hablaban de la primera noche en la que lograron dormir en paz; un hombre que describía cómo había vuelto a reconocer la voz de su hija; una mujer que aseguraba haber encontrado estabilidad después de años de vacío. Las imágenes se intercalaban con laboratorios modernos, especialistas trabajando con precisión y gráficos que mostraban el avance en las investigaciones.

«*Neurothea no borra el pasado, lo ilumina*», afirmaba la narración. «*No suplanta recuerdos, los acompaña. Crea puentes donde antes había abismos*».

La sala permanecía en silencio absoluto, atrapada por la mezcla de ciencia y emoción. Al final, la pantalla se fundió en negro y el logo volvió a aparecer, etéreo, brillante.

El aplauso estalló con fuerza. Evelyn avanzó de nuevo hasta el centro del escenario. Esperó unos segundos, dejando que la ovación muriera, y sonrió con esa serenidad que parecía blindada contra cualquier duda.

—Recordar es volver a casa —dijo, con una voz clara sobre el eco de las palmas— y nadie debería vivir desterrado de sí mismo.

El salón estalló de nuevo en aplausos. Evelyn inclinó la cabeza en un gesto de despedida y sostuvo la mirada del público con la serenidad de quien domina el efecto que quiere dejar tras de sí.

Lindsay aplaudió con el resto, admirando una vez más a Evelyn Whitmore y su saber hacer. Era una mujer increíble, un proyecto ambicioso y una visión que parecía capaz de cambiarlo todo para mucha gente, y ella se moría de ganas de comentar la jugada con la persona más importante de su vida. Al inicio del discurso, había esperado que él cambiara de opinión, aunque ya no tenía mucha esperanza.

Durante la intervención de Evelyn había observado a Chris desde lejos. Él seguía apostado al final del salón, desde donde ni siquiera distinguiría del todo a la mujer sobre el escenario, y lo sentía a un mundo de distancia. Aun así, lo conocía demasiado bien como para no entender cada gesto, o la tensión de su cuerpo mientras escuchaba. La rubia a su lado no dejaba de parlotear y decirle cosas al oído, pero de alguna forma, Lindsay sabía que él estaba pendiente

de cada cosa que se decía en el escenario. Y no era indiferencia lo que transmitía, pero tampoco admiración, era… disgusto, como si cada palabra que escuchaba lo molestara más.

A Lindsay aquello le había irritado hasta el punto de ensombrecer el discurso. Apenas pudo apartar los ojos de él, preguntándose qué demonios le ocurría y por qué parecía incapaz de concederle a Evelyn y a Neurothea ni el más mínimo beneficio de la duda. Chris no era así. Siempre había sido alguien abierto, dispuesto a escuchar, incluso cuando no estaba de acuerdo. Solía cuestionarlo todo, sí, pero lo razonaba, lo debatía, no se atrincheraba de aquella manera en sus opiniones.

Frunció el ceño mientras seguía aplaudiendo. ¿Y aquel tipo que, resultaba evidente, no pretendía presentarle? Kendrick… Se conocían, no había duda, pero tampoco la había en que para Chris no era un encuentro agradable.

«¡Olvídalo, Lindsay, no le dejes fastidiarte más!», dijo para sí mientras seguía aplaudiendo. Desvió la cabeza al frente prometiéndose no prestarle más atención, pero rompió la promesa apenas un minuto después, justo a tiempo para verlo ponerse en movimiento.

El corazón le dio un vuelco. Caminaba con la rubia hacia la puerta de salida. Lo observó cruzar el salón sin mirar atrás y desaparecer. Así, sin más, sin despedirse… y con aquella mujer.

Un nudo se le formó en la garganta. No debería doler tanto. A esas alturas, tendría que estar acostumbrada. Pero aquel día, por alguna razón que no lograba entender, algo había cambiado, y no podía soportar la idea de imaginarlo con ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó una voz a su espalda.

Lindsay se giró hacia el hombre que le hablaba y se sintió desconcertada al ver frente a sí a Nathan Kendrick.

—Estoy bien —aseguró casi en un murmullo.

No era cierto, no lo estaba, pero no podía decírselo a aquel hombre. En su lugar, aprovechó para preguntarle:

—¿De qué conoce a Chris? —Sin paños calientes.

El tipo la miró algo sorprendido porque fuera tan directa, pero por su actitud, supo de inmediato que no tenía intención de contarle

gran cosa.

—Una respuesta larga esa —sonrió el hombre—. Dejaré que sea él quien la conteste.

—¿Por qué no me sorprende…? —murmuró Lindsay casi para sí.

Y estaba dispuesta a seguir atacando cuando Jasper llegó hasta ellos, acompañado de Evelyn, que se detuvo frente a Lindsay y le regaló una sonrisa cálida.

—Déjame darte las gracias y la enhorabuena de nuevo —declaró la mujer.

—¿Usted a mí? —Lindsay esbozó una sonrisa, algo aturdida, sintiendo que se le aflojaban las rodillas—. Creo que nos hemos quedado cortos de aplausos.

La risa melódica de Evelyn inundó la estancia.

—Dejémoslo en un empate técnico.

Sus ojos también reían, y esa sinceridad resultaba tan contagiosa que Lindsay no pudo hacer otra cosa que aceptar el cumplido, aun sabiendo que no había comparación posible entre ellas.

Entonces, Evelyn desvió la mirada hacia Nathan Kendrick. Lo observó de frente, sin tapujos, con esa curiosidad afilada de quien está acostumbrada a leer a la gente en cuestión de segundos.

—¿Y usted es…?

El hombre sostuvo la mirada sin pestañear, y en sus labios apareció una sonrisa tranquila que suavizó por completo sus facciones curtidas.

—Nadie importante a su lado —respondió con un tono tan sincero que, por un instante, parecía casi vulnerable.

«Guau», pensó Lindsay, sorprendida. «Si al final el tipo va a tener algo de encanto».

Se apresuró a intervenir, consciente de que lo correcto era hacer las presentaciones pertinentes, pero tampoco conocía mucho más que su nombre, así que fue todo lo que expuso.

—Un honor verla en acción, doctora —alabó Nathan—. No todos los días uno asiste a un discurso capaz de silenciar a tanta gente sin alzar la voz.

Evelyn le sostuvo la mirada con una sonrisa.

—No exagere, señor Kendrick. Aquí la verdadera magia la hacemos en equipo. Yo solo soy la cara visible.

—Y la mente tras la cara —sonrió Nathan—, además de la única persona en este momento capaz de congregar en un mismo salón a los nombres más respetados de la profesión.

Evelyn asintió. Aquello no era discutible. Para alguien entendido, la lista de asistentes era de veras admirable. Muy poca gente había rechazado la invitación.

—¿Y qué opinión le merece a usted nuestro programa? —interrogó Evelyn con interés, ladeando apenas la cabeza, como si quisiera calibrar cada matiz de la respuesta.

Kendrick pareció meditarlo más de lo necesario, y Lindsay contuvo la respiración, expectante. Al fin, él respondió con calma.

—Ambicioso. Eso sin duda. Y con un alcance que asustará a muchos, si me permite la franqueza.

Evelyn arqueó una ceja, intrigada con la respuesta.

—¿Asustar? ¿Usted cree?

—Toda herramienta poderosa lo hace —argumentó él con una media sonrisa—. El fuego puede dar calor… o arrasar una ciudad.

Evelyn sostuvo la mirada sin parpadear, como si esa comparación le hubiera resultado demasiado certera.

—Por eso insistimos tanto en la ética y en el control —explicó la mujer—. Sin disciplina, el conocimiento no sirve, se convierte en amenaza.

—Disciplina —repitió Kendrick, saboreando la palabra—. Una cualidad rara, incluso entre los mejores.

Jasper y Lindsay se limitaban a mirar de uno a otro con curiosidad.

—Por eso estamos aquí —asintió Evelyn—. Para demostrar que la ciencia puede caminar de la mano de la conciencia.

Lindsay esbozó una sonrisa frente al entretenido debate, aunque en su interior no pudo evitar pensar que aquella conversación, más que un cruce de opiniones, parecía un duelo en toda regla.

—No sé si estoy de acuerdo —discrepó Nathan en un tono muy medido—. En algún punto del camino, uno debe escoger entre

avanzar para cambiar las cosas… o estancarse en los límites de lo moralmente aceptable.

—¿Está diciendo que hay que traspasar esos límites? —preguntó Evelyn con interés.

—No hay avance sin controversia.

Evelyn sonrió ahora con cierta tirantez y lo observó con curiosidad.

—Los más brillantes, esos destinados a cambiar el mundo —insistió Nathan—, siempre deben tomar riesgos. La ética, a veces, es un lastre insalvable.

—¿Habla de saltarse las leyes, señor Kendrick?

—Doctor Kendrick —puntualizó él ahora—. Y no me malinterprete, solo es una opinión.

La mujer asintió.

—¿Cuál es su campo, doctor Kendrick? —se interesó ahora—. Porque no recuerdo haber estudiado su expediente. Y envié todas y cada una de las invitaciones en persona.

Aquello pareció mermar la confianza del tipo. Lindsay, absorta en la conversación, aguardó a que aceptara que no estaba en la lista de asistentes.

—Un colega me cedió su invitación —comentó Kendrick con una media sonrisa cargada de acidez—. De hecho, recibió varias de su parte, en cada una de sus residencias, y no parecía muy dispuesto a hacer uso de ninguna.

La sonrisa de Evelyn se desvaneció en un instante, como si analizara si podían estar hablando de la persona que tenía en mente. Miró al tipo con fijeza, y en su rostro apareció algo difícil de interpretar. Lindsay, que estaba a su lado, no supo si era recelo, curiosidad… o un interés genuino.

—¿Un colega, dice? —repitió Evelyn, midiendo cada sílaba.

—Un hombre de ciencia —añadió Kendrick con naturalidad—. Con ideas que parecen resultarle interesantes, dada la cantidad de invitaciones que se molestó en enviarle.

A Evelyn se le iluminó el rostro, ya sin rastro de duda.

—¿Trabaja usted con el doctor Wexler? —interrogó con evidente y renovado interés.

Ambos sabían que lo de doctor era una formalidad que podían ahorrarse.

Un hombre de mediana edad, ataviado con unas minúsculas gafas, intervino en la conversación sin ser invitado, atrayendo con él más miradas curiosas.

—Disculpen, no he podido evitar escucharlos, ¿están hablando de Victor Wexler?

Kendrick asintió.

—¿Él está aquí? —indagó una mujer mayor, abriendo el círculo, y miró a Evelyn—. ¿Ha salido de su exilio para venir a verla?

Perpleja, Lindsay miraba de unos a otros con demasiada curiosidad. ¿Quién demonios era el tal Victor Wexler? ¿Y por qué llamaba tanto la atención en aquel círculo?

Lanzó a Jasper una mirada confusa, cargada de preguntas. Él se inclinó hacia su oído y murmuró en un tono entre confidencial y divertido:

—Victor Wexler…, psiquiatra brillante, con más títulos que paredes para colgarlos —empezó diciendo—. Fue pionero en hipnosis clínica y técnicas de inducción rápida, demasiado pionero.

Lindsay arqueó una ceja, sin entender. Jasper bajó un poco más la voz.

—Digamos que se obsesionó con demostrar que podía implantar recuerdos, manipular decisiones, borrar vínculos afectivos…, y lo intentó con pacientes que no habían dado un sí muy claro.

Los ojos verdes de Lindsay se abrieron de par en par.

—¿Sin consentimiento, dices?

—Exacto. Lo expulsaron del Colegio Médico hace veinte años. Lo desacreditaron ante todos. Oficialmente, está acabado. —Jasper sonrió con ironía—. Extraoficialmente… es una leyenda. Y la clase de nombre que provoca escalofríos en cualquier cóctel.

Lindsay clavó ahora su mirada en Nathan Kendrick. Al parecer, no era un tipo nada común, por el simple hecho de haber venido con la invitación del tal Wexler. Recordó la tensión extraña que había notado en Chris mientras hablaban antes, como si aquel encuentro lo hubiera descolocado más de lo razonable. Y la inquietud le cerró el estómago.

Recorrió toda la estancia con la mirada buscando a Chris, con la esperanza de que se hubiera arrepentido de su escarceo y regresado al salón.

«Ilusa, ¿todavía crees que no está pasándolo en grande desde hace rato?».

Sintió una punzada de angustia y se le humedecieron los ojos, pero se esforzó por concentrarse en la conversación.

Cuando prestó los oídos de nuevo, fue evidente que se había perdido algo.

—Pues yo agradecería que no siguiéramos usando el título de doctor para referirnos a Wexler —decía ahora el hombrecillo de las gafas minúsculas, con voz aguda.

—Fue un pionero en el campo de la hipnosis —le recordó Kendrick en un tono seco, con una calma que solo hacía más punzante el reproche—. Le debemos muchos avances, de los que, permítame recordarle, más de uno de ustedes se lucra hoy en sus flamantes clínicas.

El comentario crispó los ánimos, y varios se removieron incómodos. Lindsay desvió la vista hacia Evelyn, que mantenía una media sonrisa y escuchaba el debate con una atención que parecía casi expectación.

—No olvidemos —añadió otro de los asistentes, un psiquiatra de renombre que Lindsay reconocía de haberlo visto en televisión— que Wexler también fue el primero en desarrollar un sistema de anclajes verbales. Palabras que podían activar o suprimir recuerdos enteros.

Un murmullo recorrió el corrillo. Evelyn ladeó la cabeza, interesada.

—Un hallazgo único —concedió Kendrick, con la voz más grave ahora, como si cada sílaba pesara—. Algo que muy pocos, poquísimos, pudieron replicar.

Evelyn, que había permanecido en silencio un buen rato, inclinó apenas la cabeza y preguntó con su calma habitual:

—¿Se cuenta usted entre esos pocos, doctor Kendrick?

El efecto fue inmediato. La conversación se congeló, y un silencio expectante se extendió entre los presentes, todos pendientes de la respuesta.

—No, me temo que Victor siempre ha sido muy reservado en ese sentido.

«Curioso», pensó Lindsay. Cualquier otro quizá habría aprovechado para dar una respuesta algo más ambigua para sumar puntos frente a lo más selecto de la psiquiatría moderna. Su juicio sobre él volvió a cambiar. Aquel tipo la confundía demasiado.

—En cualquier caso, doctor Kendrick, es un honor tenerlo aquí. —La sonrisa de Evelyn se veía sincera—. Neurothea está abierta a escuchar voces diversas. Y por lo que veo, la suya no carece de matices. —Se giró a mirar a Lindsay—. ¿Aún disponemos de habitaciones para ofrecerle al doctor?

—Por supuesto —asintió la chica.

—Será un honor pasar el resto de la velada con todos ustedes —aceptó el tipo, esta vez con una expresión complacida.

—Ayúdalo a registrarse, por favor, Lindsay —le pidió de nuevo—. Después, podrá unirse a nosotros en la cena.

Aquella cena ya no era competencia de Lindsay. Se había encargado de diseñar el menú y la repartición de asientos, pero su trabajo terminaría en cuanto pasaran al restaurante. Algo que empezaba a necesitar, la tensión nerviosa comenzaba a hacer mella en ella, aunque aún quedaba al menos una hora de tertulia entre los asistentes.

—Venga conmigo, señor Kendrick —le pidió en cuanto pudo intervenir—. Hagamos el registro ahora, así no tendrá que perder tiempo cuando pasen al restaurante.

—Por supuesto, pero déjame hacer una visita al baño antes —rogó—. He venido directo desde el aeropuerto.

Lindsay asintió, le indicó dónde estaba el baño y miró abatida hacia la puerta. Todos allí tenían una conversación de lo más interesante, y ella solo podía pensar en aquel… ¡*tontoriego*!, porque lo de mujeriego le quedaba grande estando con miss globo aerostático.

En cualquier otro momento, aquello le habría hecho gracia, pero no en ese. Estaba cada vez más abatida. ¿Era posible que incluso hubiera reservado una de las pocas habitaciones que el evento había dejado libres?

«Dios, ¿por qué te fustigas?», se regañó mientras notaba un escozor de ojos incontrolable, dando muestras de cómo se sentía. No podía seguir así, ya no más. Debía sacar a Chris de su vida, incluidos el amigo, el confidente y el mentor, todos ellos.

—Lindsay, por favor —la sorprendió Evelyn ahora—, dale al doctor Kendrick una buena habitación.

La chica asintió, intentando no mirarla a los ojos. La avergonzaba que la mujer pudiera notarle el bajón que estaba sufriendo en ese instante. Y sabía que, si se permitía parpadear, era posible que una lágrima traicionera escapara de sus ojos.

Pero Evelyn Whitmore no era una mujer a la que fuera sencillo esconderle nada. Su perspicacia estaba demasiado desarrollada.

—¿Qué sucede? —se interesó, apretándole un hombro con suavidad.

—Nada, yo…

—Soy la reina del drama, Lindsay —esbozó una sonrisa sincera, intentando sonar divertida—, me conozco todas y cada una de las técnicas para esconder las emociones.

Lindsay tragó saliva y ahora sí la miró a los ojos, algo azorada.

—¿Puedo hacer algo por ti? —insistió la mujer.

—Me temo que nada —sonrió a medias—. A no ser que además de recuperar memoria, también sepa cómo borrarla.

—¿Qué quieres borrar? —interrogó con curiosidad—. ¿O debería preguntar… a quién?

La leche, sí que era suspicaz. Lindsay se limitó a asentir.

—Pues lo siento, pequeña, pero incluso los malos recuerdos son necesarios —opinó—, nos ayudan a aprender de los errores.

Lindsay asintió de nuevo. No quería robarle más tiempo, se sentía mal por hacerlo. Pero a Evelyn parecía darle igual tener esperando por ella a tanta eminencia en medicina. Siguió hablando con la chica como si estuvieran sentadas en un parque sin prisa alguna.

—Lindsay, eres hermosa, inteligente, la elegancia personificada y una de las mejores profesionales que he conocido —alabó la mujer mientras la chica se sonrojaba—. Si ese tipo no ve todo eso, quizá

deberías preguntarte si se merece tus lágrimas. Y que conste, soy de la opinión de que nadie merece las lágrimas de nadie.

—Lo sé —admitió en un susurro—, y ya he decidido poner distancia de forma definitiva.

Evelyn la observó con atención, como quien mide no solo las palabras, sino la convicción que hay tras ellas.

—Si ya agotaste hasta el último cartucho, entonces sí, es lo mejor.

Lindsay frunció el ceño, confundida. Aquella seguridad la descolocaba.

—¿Te refieres a…?

—Has intentado llegar hasta él, le has dicho cómo te sientes… —bajó la voz a un tono confidencial—, incluso has tratado de seducirlo.

—Eh… —balbuceó Lindsay, entre sorprendida y avergonzada.

—Si ya agotaste tus recursos, una retirada a tiempo es lo más inteligente.

Las palabras le cayeron como un jarro de agua fría. Lindsay bajó la mirada, sintiendo un peso extraño en el pecho.

—¿Y sí… aún quedara alguno de esos cartuchos… que…?

Evelyn sonrió, y en sus ojos brilló algo parecido a la complicidad.

—Entonces, no hables de retirada.

Lindsay la miró, todavía perpleja, y Evelyn continuó:

—Dices que vas a poner distancia —insistió, y Lindsay asintió con un gesto abatido—. Bien, si de verdad estás dispuesta a perderlo, hazlo a lo grande y muere luchando. Claro que dependerá de cuántas veces te haya rechazado.

Lindsay abrió mucho los ojos.

—Bueno, él no… me ha rechazado exactamente.

—Entonces ¿qué demonios haces alejándote? —Evelyn arqueó una ceja como si la respuesta fuera obvia—. Si lo pierdes sin intentarlo todo, nunca sabrás si podías haber ganado.

El corazón de Lindsay latió con fuerza. Evelyn se inclinó apenas hacia ella, bajando la voz hasta un susurro cálido:

—Escucha, si el desenlace es el mismo, si el final es perderlo, ¿por qué no arriesgarte a jugar con todas las cartas? No puedes

perder más de lo que ya tienes asumido.

«El *no* ya lo tienes», eso era el equivalente.

Lindsay tragó saliva, consciente de que algo se movía dentro de ella, una claridad incómoda pero poderosa. Evelyn le había dado la vuelta a todo con unas cuantas frases.

«Pues podría haber sido antes de que se fuera con esa rubia pedorra». Su conciencia siempre dando la murga…, pero en esa ocasión tenía razón. Por algún motivo, sabía que nunca podría perdonarle del todo aquel desliz. Dolía demasiado.

Kendrick volvió del baño, Jasper llamó la atención de Evelyn y aquella conversación se disipó en el aire como si nunca hubiera tenido lugar.

—¿Reservamos esa habitación? —interrogó Nathan ahora.

Y ambos salieron del salón, charlando de trivialidades, hasta llegar al mostrador de recepción.

Mientras registraban los datos, Lindsay aprovechó para profundizar en la conversación. La incomodidad del salón aún le daba vueltas en la cabeza.

—Le encanta sembrar polémica, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa diplomática, recordando los comentarios que había lanzado en el salón minutos atrás.

—Detesto la hipocresía —respondió Nathan sin rodeos, como si fuera una simple obviedad.

—Sí, y eso será lo que mejor recuerden de usted todos los de ese salón —opinó Lindsay, ladeando la cabeza con cierta ironía—, ¿de verdad merece la pena?

Kendrick sostuvo su mirada con calma.

—Bueno, los recuerdos son caprichosos. Subjetivos —declaró en un tono serio—. Cada quien recordará lo que más le convenga de esa conversación.

Lindsay entrecerró los ojos, intrigada.

—Los recuerdos son subjetivos —repitió casi para sí, como saboreando las palabras—. ¿Podría explicarse mejor?

Él se inclinó apenas hacia ella, bajando el tono de voz.

—Digo que nunca importa lo que pasó, señorita Madock —aclaró —, importa lo que usted cree que pasó. Su propia percepción de las

cosas. Eso es lo que marca su vida, lo que condiciona lo que siente, lo que decide.

—¿Está diciendo que la verdad no importa? —replicó Lindsay, incómoda.

—No. Lo que digo es que la verdad rara vez es absoluta. —Sus labios dibujaron una sonrisa indulgente—. Cada uno de nosotros carga su propia verdad, esa es la que nos guía.

Lindsay frunció el ceño, sin saber si le parecía una idea brillante o una peligrosa falacia. Había algo inquietante en la seguridad con la que hablaba aquel hombre, como si no estuviera teorizando, sino hablando desde una experiencia demasiado concreta.

Por suerte, la recepcionista acabó el registro. Debía reconocer que Nathan Kendrick le provocaba sentimientos encontrados, aún no tenía clara su opinión sobre él.

—Dejé mi maleta en el cuarto de equipajes —explicó el tipo cuando tomó la llave de la suite.

Lindsay lo acompañó hasta la puerta, apenas unos metros más allá. Cuando usaron la llave que les habían facilitado en recepción, se asombraron de la cantidad de maletas y bolsas de viaje que inundaban la estancia. La habitación era grande, por fortuna, para que no tuvieran que estar apiladas. Al fondo, incluso habían dispuesto unos sofás alrededor de una mesa, como un pequeño salón de espera improvisado.

—Bueno, doctor Kendrick, yo ya me despido.

—Gracias, señorita Madock, ha sido…

—¡Qué demonios está pasando aquí! —tronó una voz a su espalda, cargada de furia—. ¡No vas a poner un pie en esa habitación!

Lindsay, perpleja, se giró hacia el dueño de la voz. No tenía intención de cruzar el umbral…, ¡pero ni muerta iba a admitirlo delante del hombre que avanzaba hacia ellos con los ojos azules ardiendo de ira!

Capítulo 6

Lindsay miró a Chris muy sorprendida. La furia brillaba en sus ojos azules con una intensidad que la descolocó por completo. Su voz sonaba tan cortante como un latigazo. Nunca lo había visto tan enfadado, y menos aún con ella.

—¿De dónde sales? —preguntó desconcertada, mirando a su alrededor en busca de la rubia de piernas largas, de la que le sorprendió que no hubiera ni rastro.

—Eso no importa, ¿a dónde ibas tú? —posó una mirada asesina sobre Nathan—, ¡y con él!

—Christopher…

—¿Qué parte de *ni respires cerca de ella* no entendiste? —le dijo al hombre en un tono tosco.

Empujó con ímpetu la puerta frente a la que estaban y miró en su interior, y Lindsay tuvo la sensación de que se calmaba un poco al comprobar que solo se trataba de la sala de equipajes.

—No es que tenga que darte explicaciones —declaró Lindsay, que una vez vencido el desconcierto inicial comenzaba a recuperar su enfado—, pero estoy haciendo mi trabajo. Neurothea le ha pagado una habitación.

Chris miró al hombre con una expresión cínica.

—¿Y qué pasa, que no sabes apañártelas solo?

Que Nathan sonriera con cierta diversión no ayudó.

—Así que me quedé incluso corto en mis suposiciones… —murmuró el hombre.

Lindsay no entendió el comentario, pero al parecer Chris sí, porque avanzó unos pasos hacia el tipo con una expresión asesina que la obligó a interponerse entre ambos.

—Oye, ¡¿a ti qué mosca te ha picado?! —exclamó confusa.

—Creo que te estás excediendo en los límites de tu trabajo.

Aquello la enfureció y lo enfrentó con los ojos echando fuego. Nathan fue lo suficiente listo como para escabullirse en busca de su maleta y dejarlos a solas.

—Pues yo creo que tú excedes los límites de… ¡todo! —replicó furiosa—, ¿qué te da derecho a meterte en mi vida? —Forzó una sonrisa ácida—. Ya no eres mi niñera, ¿recuerdas? ¡Te despedí!

—Considera que aún me debes los quince días de preaviso.

La gente en la recepción comenzaba a observarlos con interés. Lindsay miró a su alrededor, algo apurada, y lo arrastró a la sala de equipajes para resguardarse un poco. Nathan, unos metros más allá, buscaba sus maletas y fingió no verlos.

—No te debo nada, ni siquiera las gracias —discrepó ofuscada—. ¿Para qué demonios has venido esta noche, Chris? Si pensabas largarte apenas comenzara el evento, haberte quedado en casa disfrutando de tu… afición a los gases nobles.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿A mi qué?

—¡Nada! Olvídalo.

—Sigo aquí, ¿no? —replicó Chris ahora.

Sí, aquello era verdad. Lo miró algo confusa, pero se negaba a preguntarle dónde había dejado a su cita. Si le confirmaba que ella lo aguardaba en alguna habitación…

—Si lo que te molesta es que no me haya quedado para conocer en persona a la gurú del olvido… —ironizó Chris.

—¿Y a ti siempre te molesta tanto que alguien hable con más alma que tú? —interrumpió irritada.

—¿Ya te sientes con potestad para psicoanalizarme? —se burló irónico—, y eso que solo has estado una hora rodeada de loqueros.

—¿Por qué tienes que ser tan cínico? —interrogó, ahora con genuina curiosidad—. Ni siquiera conoces a Evelyn Whitmore, ¿por qué le tienes tanta manía?

—No es nada personal.

—¿No? ¿Crees que no te he visto durante la presentación? —Cruzó los brazos sobre el pecho—. La mirabas casi con cara de asco mientras hablaba.

Chris se encogió de hombros con desgana.

—Lamento decepcionarte, pero desde donde estaba no veía gran cosa —admitió con sinceridad—. Con esas luces de teatrillo y el humo de ambiente bien podría haber sido mi profesora de latín del instituto —hizo una pausa y sonrió mordaz, torciendo el gesto—, aunque dudo de que ella supiera vender traumas con tanto estilo. Eso sí, las luces le quedaban divinas.

—Pues es una mujer digna de conocer —intervino Nathan, llegando hasta ellos arrastrando su maleta—. Te sugeriría que lo intentaras.

Ambos se sorprendieron frente al comentario, y no por lo que decía, sino porque hacía rato que se habían olvidado del tipo en cuestión.

Chris se giró a mirarlo.

—De verdad, ¡deja de hablarme! —exigió en un tono contundente.

Para Lindsay aquello fue otra sorpresa. Jamás había visto a Chris comportarse así con nadie. Y que aquel tipo fuera un doctor de renombre resultaba aún más desconcertante.

—¿Cuánto te queda aquí? —se interesó Chris, y miró a Nathan de reojo—. Te llevo a casa. ¿Duermes donde Mark o regresas a Osterville?

La chica entrecerró los ojos, intentando disimular su sorpresa, pero eso no disipó su rabia.

—Eso no es de tu incumbencia —aseguró, alzando el mentón—. Jasper me llevará de regreso.

Algo que no pasaría, pero él no tenía por qué saberlo. Una mirada acerada se clavó en ella.

—Ni hablar.

—Tú encárgate de tu rubia pedorra y déjame en paz —replicó molesta, y sonrió mordaz—. Y lo de pedorra lo digo en sentido literal, no pienses que es un insulto, bastante me importa a mí que te vayas con ella o con siete como ella.

Lo vio fruncir el ceño, era evidente que confundido ante tanto comentario junto.

—Que tú te conformas con tu Jasper, ¿no? —ironizó.

—Al menos él viene vestido a las fiestas.

Chris soltó un bufido.

—Para no importarte, pareces obsesionada con Mandi.

—Carli —puntualizó Nathan de inmediato—. Esa memoria fotográfica está desconcentrada…

Chris lo asesinó de nuevo con la mirada.

—¿Por qué sigues aquí?

—Porque me estáis cortando el paso. —Se encogió de hombros el doctor, señalando la puerta.

Lindsay miró de uno a otro con extrañeza. Tenían una relación muy extraña aquellos dos.

Sin previo aviso, Chris tiró del brazo de Lindsay hacia el interior de la sala para dejarle paso.

—¡Suéltame! Esta conversación se ha acabado —protestó ella, forcejeando.

—Bien, ¿podemos irnos entonces?

—¡No! ¡No pienso ir con vosotros a ninguna parte! —se sulfuró —. ¿Quieres llevarme de carabina hasta mi casa?

—¿De carabina? —Frunció el ceño, sin entender.

Lindsay echaba fuego por los ojos. Solo pensar en tener que ver cómo *miss globo aerostático* iba haciéndole insinuaciones mientras ella fingía no verlas la enfurecía. Tuvo que contenerse para no soltarle un golpe solo por atreverse a pedírselo.

Chris al fin pareció entender a qué se refería.

—¡Jamás se me ocurriría llevarte de carabina! —aclaró.

—¡Exacto! Porque no pienso acceder a…

—Vale, señorita desesperante —replicó molesto, elevando la voz —. ¡Hace rato que mandé a la jodida Mandi, Carli o como carajos se llamara en un taxi de vuelta a su casa!

Aquello la silenció de inmediato. Lindsay lo escrutó con los ojos entrecerrados, tratando de decidir si lo creía o no.

—Jamás debí traerla conmigo en primer lugar —añadió él con un suspiro cansado.

Lindsay estaba perpleja.

—¿Dices que no la tienes aguardando en una habitación? — indagó, aún desconfiada.

Chris arqueó las cejas con indignación.

—¿En una habitación? Pero ¿quién demonios te crees que soy?

—Giacomo Casanova —le salió solo.

Fue entonces cuando una carcajada baja, grave y divertida, los sobresaltó. Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo. Nathan Kendrick seguía allí, apoyado en el marco de la puerta, contemplándolos con una tranquilidad pasmosa, como si hubiera estado disfrutando de la función desde el principio.

—Dios, creo que voy a golpearte —susurró Chris avanzando hacia él.

Y Lindsay no podía culparlo, pero tuvo que intervenir. Una vez más, se interpuso entre ambos.

—Me alegro de que aceptaras mi consejo —dijo el tipo en un tono sincero—. Has elegido bien.

—Esto no tiene nada que ver contigo —se quejó Chris.

Lindsay miraba de uno a otro sin entender nada, aunque tampoco le importaba demasiado. Todavía luchaba por contener la sonrisa al darse cuenta de que la rubia había salido de escena. Solo aquel detalle bastaba para que, de repente, todo pareciera posible. Una puerta nueva se había abierto delante de ella, y la voz de Evelyn regresó a su mente como una sacudida.

«*Si ya agotaste todos tus cartuchos, retírate…, pero si aún te queda alguno, no huyas. Muere luchando. Si lo pierdes sin intentarlo todo, nunca sabrás si podías haber ganado*».

De aquella forma se podía resumir una de las mejores conversaciones que había tenido en su vida.

—El *no* ya lo tienes —murmuró para sí, sintiendo que la sangre le hormigueaba en las manos.

Miró a Chris y no pudo evitar morderse los labios de puros nervios. El chico entrecerró los ojos y le devolvió una mirada de extrañeza.

—¿Qué? —acabó preguntando, desconcertado, enarcando una ceja.

—¿Podrías dejar vivir al doctor Kendrick al menos hasta el final de la velada? —le pidió ella con una amplia sonrisa, medio provocadora, medio suplicante—. Por favor.

Lo vio entrecerrar los ojos. Sí, suponía que para él en aquel momento era una persona que sufría de un trastorno bipolar serio, pero le daba igual.

Lo que no esperaba era que mirara a Nathan y preguntara con una expresión confusa:

—¿Le has hecho algo?

El doctor soltó una risa suave, más divertida que ofendida.

—Jamás se me ocurriría —aseguró—. Aprecio mi vida.

Lindsay no entendía nada.

—¿Algo como qué? —interrogó confusa, sin comprender el subtexto.

—Chris se pregunta si he podido manipular tu mente de algún modo —contó con una media sonrisa, disfrutando del efecto de sus palabras.

—¿Manipular cómo? —Lindsay también estaba intrigada.

—Con hipnosis, por ejemplo.

Ahora fue ella quien rio. Aquello era demasiado descabellado como para tomárselo en serio. Pero la risa murió en su garganta cuando vio que Chris no sonreía. Y la sonrisa de Nathan era algo mordaz, no nacida del absurdo.

—Espera, ¿podrías hipnotizarme así sin más? —Sonrió incrédula.

Nathan le devolvió una expresión jactanciosa.

—Podría hipnotizar a casi cualquiera, en cualquier momento.

—¡Venga ya! —se burló Lindsay—. Estoy convencida de que conmigo no lo lograrías.

—No pongas la mano en el fuego —alardeó el médico.

—¡Ya basta de tonterías! —intervino Chris—. Vamos a…

—Hazlo —dijo Lindsay de pronto, con esa mezcla de orgullo y terquedad que le nacía cuando estaba decidida.

—¿Qué?

—Intenta hipnotizarme —propuso con más firmeza.

—¡Por encima de mi cadáver! —sentenció Chris, agarrándola del antebrazo con insistencia.

Ella se resistió.

—Linny, por favor…

Lo miró sincera y obstinada al mismo tiempo.

—Sabes que soy cabezota, Chris —le recordó—, ¿prefieres estar presente o que te dé esquinazo y vuelva cuando esté sola?

Ambos sabían que aquello era cierto. Se conocían demasiado bien.

—No me hagas esto —rogó.

Lindsay se sintió pesarosa, pero la curiosidad era su peor defecto.

—Una vez leí que no pueden hipnotizarte si tú no quieres. —Se encogió de hombros—. Y estoy dispuesta a defender ese argumento.

—¿Frente a mí? —Nathan rio con arrogancia.

—Mi mente es fuerte —sentenció.

Aquello parecía divertir mucho al doctor, que intercambió una mirada taimada con Chris y declaró:

—Apuesto a que podría conseguir… —señaló al chico— que vieras en él al hombre más irresistible del planeta.

Lindsay soltó una carcajada nerviosa y se obligó a exclamar:

—¡Ja!

«Para eso no necesitas hipnosis», pero eso no lo dijo.

—¿A qué mierdas estás jugando? —Chris avanzó de nuevo hacia el hombre con un gesto asesino.

—Cree que puede conseguir lo imposible, Chris —intervino Lindsay en un tono divertido—. Tengo curiosidad, quiero probar.

Lo vio apretar los dientes y no supo si era por la hipnosis en sí… o por el hecho de que le pareciera tan imposible encontrarlo irresistible.

Sonrió, cada vez más animada, aunque perdió la valentía cuando él la miró a los ojos y aseguró:

—Si haces esto, te retiro la palabra.

—No te pongas tan serio —rogó abatida—, mi mente no cederá.

—Conseguiré que lo mires con adoración con un solo chasquido de dedos —intervino Nathan de nuevo.

—¡Ya, claro!

—Subo la apuesta a un beso.

—¡Antes besaría a un sapo! —Miró a Chris—. No te ofendas, eres más mono que un sapo, pero…

—¡Deja de decir sandeces! —protestó algo irritado.

Lindsay caminó hasta la silla más próxima y tomó asiento, dando así a entender su predisposición a participar.

—Kendrick… —murmuró Chris en un tono asesino—, sabes que no voy a permitirlo.

—¿Puedes confiar en mí por una vez? —Sonrió el tipo.

—Me pides la luna.

—Parece una mujer con carácter —opinó—. ¿Quieres que te eche en cara este momento durante años? —interrogó, y bajó la voz para susurrar—. Déjala intentarlo, hombre. Se quedará tranquila cuando me gane la partida, y prometo dejarla ganar.

El chico pareció valorarlo. Tras varios segundos, guardó silencio, aunque posó una mirada asesina sobre Nathan, que alertaba de lo que pensaba hacerle si aquello no salía como debía.

Al fin, el psiquiatra caminó hasta Lindsay, que sintió un repentino escalofrío.

—No apartes la mirada de mis ojos —pidió el hombre.

«No pasa nada, Lindsay, no podrá contigo».

—Céntrate en mi voz.

—Ok —aceptó con una sonrisa.

—Voy a contar desde el cinco —explicó—, y cuando llegue a uno, caerás en trance.

—Venga —asintió.

—Cinco.

—Esto es absurdo —rio divertida.

—Cuatro.

—Oiga, va a perder su reputación conmigo.

—Tres.

Lindsay carraspeó nerviosa y se limitó a soltar un suspiro de resignación.

—Dos… Uno… —Chasqueó los dedos frente a su rostro—. ¡Duerme!

La cabeza de Lindsay cayó hacia adelante… y todo quedó en silencio.

Lo único que se escuchó fue el susurro de Chris.

—Ay, Dios…

Nathan tuvo que controlarse mucho para no soltar una carcajada, y Chris estuvo en un tris de pegarle un guantazo.

Capítulo 7

El aire en la sala de equipajes parecía haberse espesado de repente. Chris miraba con disgusto a Lindsay, que permanecía inmóvil en la silla, con la cabeza inclinada hacia abajo, vulnerable en apariencia.

—Acaba con esto —exigió Chris de inmediato.

El hombre lo ignoró por completo.

—Voy a tutearte a partir de ahora, Lindsay, para poder darte bien las órdenes —empezó diciendo—. Te sientes muy relajada, como si flotaras en una nube de algodón —susurró como lo haría un prestidigitador en plena función—. Cuando chasquee los dedos, abrirás los ojos y tendrás la sensación de estar despierta, de que nada ha pasado, pero… al posar tus ojos sobre nuestro amigo Chris, te parecerá el hombre más increíble y apuesto que has visto jamás.

—¡Déjate de estupideces, Kendrick! —reclamó Chris, irritado.

El tipo no se dignó a responderle, se inclinó un poco más hacia Lindsay y murmuró en un tono pausado:

—Sentirás un impulso irresistible…

—Dios, voy a matarte.

—…tu corazón latirá solo por él. Y lo desearás más que nada, más que respirar.

—¡Basta ya de tonterías! —exigió el chico, ya muy nervioso.

El chasquido de los dedos del hombre quebró el silencio como un disparo y, casi de forma automática, Lindsay izó la cabeza y abrió los ojos.

Miró al doctor con una sonrisa socarrona.

—Así que yo tenía razón —se jactó con cierta diversión—. No ha podido conmigo.

—No —sonrió Nathan.

—Le he ganado a todo un erudito —bromeó con orgullo, paseando la mirada por la sala.

Hasta que se detuvo en Chris.

En cuanto clavó sus ojos sobre él, el chico supo que estaba perdido. Ya no existían barreras ni sarcasmo en ella, y la frialdad con la que lo había tratado aquella noche se había desvanecido y, en su lugar, brillaba una intensidad distinta, desconcertante… y peligrosa. De la niña dulce que había protegido durante años tampoco parecía haber ni rastro. Su mirada estaba cargada de sensualidad, como si al fin hubiera dejado caer la máscara y le mostrara el deseo que siempre se había esforzado en ocultar. Y no estaba solo en sus ojos, sino en cada gesto, cada movimiento de ella transmitía un magnetismo que lo desarmaba.

La vio humedecerse los labios sin apartar la vista de él, y mordérselos después como si se estuviera conteniendo y fueran los labios masculinos los que quisiera saborear. Un parpadeo lento hizo vibrar sus pestañas, subrayando la fijeza de esa mirada que lo atrapaba sin remedio. Incluso el leve roce de sus muslos bastó para que Chris sintiera un latigazo en el pecho, y… lo que no era el pecho, consciente de que cada detalle de ella parecía estar diseñado para tentarlo.

—Arréglalo —le ordenó a Nathan sin poder apartar sus ojos de ella.

Kendrick sacó su teléfono móvil y miró el visor con atención.

—Tengo que contestar esta llamada.

—Kendrick…

—Es importante, dame unos minutos.

Antes de que pudiera detenerlo, el hombre salió de la sala con premura, asegurándose de cerrar la puerta, y Chris quiso matarlo. Los dos sabían que se había sacado la llamada de la manga.

«Maldito tramposo». Aquello no debería sorprenderlo.

—Lindsay, será mejor que pares ya y…

Ella se puso en pie con una media sonrisa peligrosa.

—…no te levantes.

—Tarde —sonrió, clavando en él una mirada brillante que lo dejó sin aire.

Volvió a morderse los labios mientras lo observaba

—Oye, te sienta bien ese traje —inclinó la cabeza mientras se lo comía con los ojos—, como hecho a medida.

—Linny, estás confundida ahora mismo.

—Estoy mejor que nunca. —Avanzó hacia él con una clara intención en los ojos.

—Kendrick te ha… —carraspeó— hipnotizado.

—No —esbozó una descarada sonrisa mientras recortaba la distancia hasta posar las manos sobre su pecho—. Solo lo ha intentado. —Suspiró, recorriendo su torso con lentitud—. Quiero comprar un bono de abrazos, ¿me lo vendes?

—No, Linny… —tragó saliva.

La chica hizo la mueca triste más sexi que había visto jamás.

—Por favor —rogó.

Por Dios…, todo en ella hablaba de sexo salvaje en aquel momento.

—Será mejor que pongas distancia y…

Aún no había acabado la frase cuando Lindsay ascendió por su pecho y le echó los brazos al cuello.

—Linny, no estás en tu sano juicio.

Sintió aquel cuerpo tibio pegado al suyo y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener las manos quietas.

—Abrázame —pidió ella en apenas un susurro—, no muerdo.

—Esto no está bien —trató de apartarla, sin éxito—. Linny…

—Chris… —lo miró a los ojos, mordiéndose de nuevo los labios con una sensualidad que lo mataba—, es que… no te gusto ni un poquito.

¿Un poquito? ¡En aquel momento sería feliz si solo le gustara un poquito!

—Estás bajo hipnosis —insistió Chris.

—¿Y qué?

—¡Que no puedo aprovecharme de eso!

—¿Querrías aprovecharte? —musitó con una sonrisa que le cortó la respiración—. Porque… yo quiero que lo hagas.

«Y yo quiero hacerlo…, ¡joder que si quiero!», estuvo a punto de decirle, pero se contuvo, al menos de momento. Tenía ante sí el

pecado hecho mujer, y empezaba a flaquear.

Los ojos de Lindsay echaban fuego y siguió atacando.

—Míralo así… —Se amoldó aún más a él, acariciándole el cuello —. Dices que estoy bajo hipnosis, por lo que no recordaré nada después. Así no tendrás que sentirte culpable.

Que le diera excusas era lo último que necesitaba.

Lindsay recortó la distancia hasta rozar su cuello con la nariz, y Chris cerró los ojos.

—Dios, Chris, qué bien hueles —susurró entre suspiros—, me muero por… comprobar si sabes igual de bien.

Se puso de puntillas y ascendió por su cuello, su mandíbula, depositando suaves besos, hasta llegar tan cerca de su boca que Chris sentía su aliento quemándole los labios. Sabía que debía empujarla, que aquel era el punto de no retorno, pero sus manos ya se habían cerrado en su cintura, sin que hubiera sido ni consciente de en qué momento.

—Chris, ¿crees que… —se mojó los labios— esa puerta tiene un pestillo?

Él lo comprobó con la mirada casi sin pensar, maldiciéndose en el acto.

—Linny, no vamos a echar el pestillo.

—¿Y si nos descubren aquí mientras…?

—¡Mientras nada!

—Mientras todo —suspiró, y casi rozó sus labios con los suyos.

Chris sentía su aliento con la misma deliciosa intensidad que si fuera una brisa bajo el sol frente a un mar dorado.

—Necesito… —insistió la chica ya con la respiración entrecortada.

—Linny… —rogó, pero sabía que nada serviría ya.

No supo en qué momento cedió a atraerla de la cintura contra su cuerpo, reclamándola. Su capacidad de resistencia ya era inexistente, tanto que era él quien rozaba su nariz contra la de ella, postergando lo inevitable, como un suplicio que se imponía como castigo antes de pecar…

…Y entonces ella lo sorprendió rozándole el labio inferior con la punta de la lengua, y Chris soltó una especie de jadeo incontenible

que lo delató.

—Lin…

Ya era tarde. Ella se coló en su boca en cuanto la abrió, y Chris no tuvo voluntad para cerrar los labios. Un segundo después, era él quien la reclamaba con un hambre feroz, tomando posesión de su boca y buscando su lengua con anhelo, que resultó tener el sabor más dulce que había probado jamás.

La devoró como si en ese beso se le fuera la vida, y ella le correspondió con la misma imperiosa necesidad. Chris ya no pensaba, era incapaz de razonar, solo sentía el sabor de Lindsay, ese que había deseado probar desde que era ilegal hasta pensarlo, y el calor abrasador de su cuerpo contra el suyo. Ella se aferraba a su cuello, arañando con suavidad su piel, mientras él la atraía con fuerza por la cintura hasta fundirla por completo contra su pecho.

El roce de sus labios se volvió desesperado y cada vez más profundo. La lengua de Lindsay buscaba la suya con un ansia feroz, reclamando cada rincón de su boca. Gimió contra sus labios con un sonido ahogado que a Chris lo incendió aún más, y respondió con un jadeo ronco, dando rienda suelta a todo el deseo que se había esforzado en reprimir durante demasiado tiempo.

Lindsay frotó sus caderas contra él con un descaro que lo desquició. Giró con ella en sus brazos y la apoyó sobre la pared, acorralándola, empujando su dureza con fuerza entre sus piernas mientras la devoraba con besos entrecortados que se deslizaban por su boca, su mandíbula, su cuello… El pulso le retumbaba en las sienes, en las manos y en cada centímetro de su cuerpo.

—Dios, Linny… —gruñó contra su piel, sin que nada ya fuera suficiente para saciar su sed.

Ella lo atrajo aún más, buscando su boca de nuevo, mordiéndole el labio inferior antes de volver a besarlo con un hambre ciega. El roce de sus dedos se coló bajo la solapa de su chaqueta, recorriéndole los hombros y bajando después hacia el duro torso. Chris la atrapó de nuevo por la cintura, descendió por sus caderas y la levantó apenas del suelo para acoplarse mejor entre sus piernas. La sintió suspirar contra su boca, meciéndose sobre él, disfrutando

del roce de su dureza sin disimular cuánto lo deseaba más y más cerca.

El mundo desapareció para ambos. Se redujo al calor de sus cuerpos, a la respiración entrecortada y a la urgencia de un deseo que los desbordaba…

…hasta que la puerta se abrió de golpe.

—Vaya, vaya. —La voz de Kendrick los atravesó como un cubo de agua helada.

Chris la soltó y se apartó de inmediato, poniendo distancia con ella, aunque su respiración seguía desbocada y sus manos temblaban reclamando mucho más.

—Qué poco cuesta probar una teoría cuando los sujetos colaboran tanto —observó Kendrick, con una sonrisa socarrona, deteniéndose en el umbral.

Chris lo miró con una mezcla de vergüenza y ganas de matarlo, pero no tenía claro si eran por el comentario… o por haberlos interrumpido. Miró a Lindsay y, lejos de calmarse, una punzada de deseo salvaje lo asoló por dentro, al mismo tiempo que la culpa comenzaba a asfixiarlo. Ella estaba maravillosa, y lo miraba con los labios hinchados, la piel encendida y los ojos brillando como brasas, sin poder ni querer ocultar su ardor. Y Chris se odiaba por haber cedido, por haber saboreado lo prohibido y, sobre todo, por sentir que si no la volvía a besar en ese instante iba a volverse loco.

«Dios, ¿qué he hecho?», se lamentó, demasiado consciente de que acababa de abrir una puerta… que ya no podría cerrar.

Kendrick los observaba con una calma que sacaba de quicio a Chris, como un espectador que disfruta demasiado del espectáculo.

—Y algunos todavía dudaban de mi talento… —murmuró el tipo entre dientes, divertido.

—Oiga, *doc* —suspiró Lindsay sin apartar sus ojos de Chris—, a ver si va a llegar tarde a su cena.

Kendrick rio.

—Cierto.

—Pues cierre al salir —pidió con descaro.

El doctor volvió a reír con ganas.

Con una expresión mezcla disgusto e irritación, Chris le cortó la risa con solo mirarlo.

—Todo esto es culpa tuya —masculló molesto—. ¡Arréglalo!

—¿Culpa mía? No era yo quien…

—¡Ya me has entendido, maldita sea!

Un crujido en la puerta los hizo girarse. Karen se asomaba ahora con cautela desde fuera, con una expresión interrogante.

—¿Qué hacéis aquí?

Los ojos de la mujer miraron a Lindsay con una sonrisa curiosa cuando observó su aspecto. Aún estaba acalorada, con los labios enrojecidos y el deseo brillando en sus ojos verdes.

—Uy, nena, tengo que dejar de leer tanta novela romántica, porque juraría… —guardó silencio al sentir la mirada ácida de Chris. Después puso sus ojos en Kendrick y frunció el ceño—. Su presencia aquí me desconcierta.

El doctor fue el único que rio. Tanto Chris como Lindsay seguían perdidos en lo sucedido. Ella, mirándolo con anhelo; él, sintiendo ya la culpa aplastándolo como una losa.

Chris miró a Karen con una mezcla de malestar e irritación.

—Quédate con ella —exigió—, asegúrate de que no haga ni una locura más.

—¿Y me la encargas a mí para eso? ¿Lo has pensado bien? —repuso la mujer, divertida, pero guardó silencio cuando una mirada afilada de Chris se posó sobre ella.

Todos callaron mientras Chris atravesaba la habitación camino a la puerta. No miró a Lindsay, no pudo, pero posó una mirada acerada sobre Kendrick.

—Debí echarte en cuanto apareciste —murmuró entre dientes, y salió de la sala sin darle ocasión de replicar.

El hombre soltó un suspiro de resignación. Después, miró a Lindsay, que mantenía la vista puesta sobre la puerta abierta, desde donde aún podía divisar a Chris alejarse, atravesando el vestíbulo.

Cuando la chica al fin se giró hacia Nathan Kendrick, caminó hasta la silla, volvió a tomar asiento y lo miró con una expresión que pretendía ser imparcial, aunque le estaba costando horrores mantenerla.

—¿Tiene que… despertarme? —preguntó en un tono neutral

—No.

—¿No? Pero…

—¿Crees que soy un aficionado? —sonrió divertido.

Lindsay carraspeó sin saber si sostenerle la mirada o huir de ella.

—No sé si le entiendo.

—Para tener que despertarte… primero tendría que haberte dormido, ¿no te parece? —Amplió su sonrisa aún más—. Y los dos sabemos que siempre has estado bien despierta.

Lindsay se quedó en silencio, hasta que no pudo contenerse y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios… con un punto de picardía, un leve sonrojo y algo mucho más profundo. Sus mejillas ardían aún, y el temblor dulce de su cuerpo no le permitía negar lo evidente, todo su ser vibraba de pura adrenalina. Por supuesto que estaba despierta.

«Muy despierta. ¡Increíble y gloriosamente despierta!». Tuvo que contenerse para no gritarlo a los cuatro vientos, casi no cogía dentro de sí misma, mientras sentía la excitación recorrerle aún las venas.

—Ay, Dios, me tienes en ascuas, nena —no pudo Karen contenerse.

La chica amplió su sonrisa aún más y miró a Kendrick con un brillo travieso en los ojos, aunque se puso algo más seria para pedir:

—¿Esto… podría no salir de aquí?

—¿Quieres decir que él no tiene por qué enterarse?

Lindsay asintió, algo cohibida ahora. Ni siquiera sabía cómo iba a enfrentarse a Chris después de aquello, pero de momento era preferible que él pensara que ella no era consciente de nada.

—Exacto, sí.

—Ay, nena, me pirran los secretos. Por Dios, cuéntame —rogó—, que me va a dar algo.

La chica volvió a sonreír, pero no apartó la mirada del hombre. Para ella era importante que él accediera a callar, aunque debía reconocer que no se sentía culpable. No podía. Había disfrutado demasiado como para arrepentirse, y la temperatura de su cuerpo aún era la de un incendio.

—No seré yo quien lo ponga en palabras —aceptó Kendrick al fin.

Después, caminó hasta la puerta, se despidió con una inclinación de cabeza, aderezada con una de sus cínicas sonrisas, y se marchó.

—Sea lo que sea que te hace sonreír así, ¡viva tú! —alabó Karen en cuanto se quedaron a solas.

Lindsay se apresuró a cerrar la puerta tras él, incapaz de contener sus emociones, y tuvo que taparse la boca para ahogar un grito de pura euforia.

Karen la imitó, levantando ahora las manos al aire como si celebraran un gol.

—Dios mío, Lindsay, ese brillo en tus ojos es de novela erótica por lo menos —festejó al verla tan feliz—. A ver, ¿qué ha pasado aquí? Necesito un *report* urgente.

—Nada.

—¡Esa no es una sonrisa de *nada*! —Karen arqueó una ceja, divertida—. A punto estoy de ir a buscar a Anthony a comisaría a por mi ración de *nada*.

Lindsay suspiró con una mezcla de emoción y preocupación.

—Sí, sí, ya sé —bromeó Karen de inmediato—. Lo que pasa en la sala de equipajes se queda en la sala de equipajes, nena, no te preocupes.

La chica esbozó una sonrisa con una mezcla imposible de picardía y vergüenza.

—Exacto.

—Pero seguimos dentro de la sala —le recordó, dándole un codazo—, venga, suéltalo.

—No sé si puedo hablar de ello.

Se tapó la boca con las manos, como si el recuerdo volviera a arderle bajo la piel.

—Ay, por Dios, pero ¿hasta qué base habéis llegado? —se alarmó Karen con los ojos como platos.

Aún acalorada, Lindsay se abanicó con la mano, incapaz de borrar la sonrisa que le temblaba en los labios. El recuerdo la golpeó de lleno: aquella boca que la devoraba volviéndola loca, la presión de su cuerpo contra el de Chris, el calor desbordado y la punzada

brutal, nueva e inesperada, que le había atravesado la pelvis al sentir contra ella por primera vez… cierta parte de él, tan real, tan contundente que le había robado la cordura.

—Karen… —murmuró, llevándose la otra mano a las mejillas encendidas.

—¡Ay, Dios Santo! ¡No ha sido un simple tonteo! Esa cara lo dice todo.

Lindsay apretó los labios, entre avergonzada y excitada todavía, incapaz de negarlo ni de poner en palabras lo que acababa de experimentar. Solo podía volver a sentir el temblor en las piernas y esa mezcla de vértigo y euforia que la hacía querer reír y gritar al mismo tiempo.

No era una ingenua, suponía que tarde o temprano pagaría las consecuencias…

…lo que no esperaba era que fuera aquella misma noche.

Capítulo 8

«Quizá debería llamarlo», se dijo Lindsay una hora después, cuando al fin pudo dar su trabajo por finalizado.

A duras penas había podido concentrarse en nada tras salir de aquella sala de equipajes. Tuvo que esforzarse mucho para mantener la compostura y esperar con paciencia hasta que todos se dirigieran al comedor.

Evelyn le ofreció quedarse a cenar, incluso insistió con amabilidad varias veces, pero Lindsay no estaba en condiciones de compartir mesa con nadie. Necesitaba aire, distancia, la libertad de perderse consigo misma para poder pensar con claridad, toda la claridad que le permitiera aquel calor abrasador que le arrasaba el cuerpo aún, con el simple recuerdo.

Suponía que Chris estaría ya en su casa. Mark y Maddie se habían marchado hacía rato y a Karen también le había dado permiso para irse mucho antes. La mujer había protestado por no recibir tanta información como le habría gustado, pero Lindsay aún no estaba preparada para hablar de ello con nadie; y tampoco necesitaba miradas curiosas ni preguntas incómodas, antes debía ordenar el caos que bullía en su interior.

La soledad del salón vacío le concedió un alivio a medias. Allí, sin nadie alrededor, lo único que quedaba era el eco de sus pensamientos y el recuerdo abrasador de sus labios.

Una sonrisa lenta se le escapó al revivir lo sucedido. Todavía se sorprendía de haber tenido el coraje de comportarse así, de lanzarse sin red, pero sabía que las palabras de Evelyn habían sido el detonante. Su mente ya estaba decidida a luchar por lo que quería, y aquel absurdo juego de la hipnosis se convirtió en la excusa perfecta. Claro que no esperaba que le saliera tan bien.

Se recordó a sí misma avanzando hacia él, con cada gesto calculado, cada mirada cargada de intención. Había jugado sus cartas como una auténtica profesional de la seducción, y lo había conseguido: él, el autocontrolado, el que siempre imponía la distancia, no había podido resistirse a su encanto. Había sentido cómo su cuerpo respondía con la misma urgencia que el suyo, cómo la tensión entre ellos alcanzaba un punto de no retorno. Él también había estado excitado, y mucho, aquello era innegable, pero aun así no podía apartar de su memoria la expresión con la que se había marchado. Chris no parecía nada contento. Había deseo en él, sí, pero también rabia contenida, reproche, un conflicto que lo había hecho huir. Y esa mezcla la hacía suspirar de felicidad y morderse el labio con un rastro de preocupación al mismo tiempo.

«Antes de todo aquel despliegue de erotismo él se ofreció a llevarme a casa», se dijo, buscando una excusa. «No es descabellado que lo llame para preguntarle si aún anda cerca y el ofrecimiento sigue en pie».

Sin pararse a dudarlo, marcó su número, aunque le temblaba el pulso cuando se lo puso al oído.

«Compórtate con normalidad, Lindsay, tú estabas hipnotizada y no recuerdas nada de nada».

Un tono, dos… y al fin respondieron al otro lado. Lo que no esperaba era que lo hiciera una mujer.

El corazón de Lindsay casi se detuvo. Durante unos segundos no supo qué decir, y se encontró tragándose sus palabras como si fueran cuchillas. ¿Chris había apagado su deseo por ella con otra? Solo pensarlo le revolvió el estómago.

—¿Hola?… ¿Linny? —interrogó la voz femenina, desconcertándola por completo.

—Eh…, sí, ¿cómo sabes quién…?

—Lo pone en el visor de llamada entrante —respondió la chica con una voz cantarina, casi despreocupada.

—¿Y tú quién eres? —logró articular con la garganta seca.

—La camarera del bar del Hotel Four Seasons —explicó con naturalidad—. El dueño o dueña del teléfono se lo ha dejado olvidado en la barra. ¿Podrías decírselo? Lo guardaré por aquí.

El alivio que la invadió acabó arrancándole una carcajada nerviosa, entrecortada, como si necesitara liberar de golpe toda la tensión acumulada.

—Estoy en el hotel —contó antes de que la chica colgara—. Voy para allá.

Y dos minutos después estaba frente a la camarera, que le tendía el teléfono de Chris con amabilidad.

—Qué suerte que llamaras —opinó la chica—. No sabes la cantidad de móviles que tenemos en objetos perdidos.

—Muchas gracias, seguro que Chris estará feliz de recuperarlo.

Intercambió dos frases amistosas más y se giró dispuesta a irse…

…y entonces lo vio.

Al fondo del bar, hundido en uno de los sofás de piel, Chris estaba medio recostado con abandono, con un vaso en la mano, perdido por completo en sus pensamientos.

Lindsay se sintió atraída hacia él de forma irremediable y caminó en su dirección.

La penumbra de las lámparas de mesa realzaba las sombras en su rostro, endureciéndole las facciones, pero lo que más llamó su atención fue la botella de whisky abierta sobre la mesa. Apenas quedaba un tercio, y era evidente que no se trataba de la primera copa de la noche.

Lindsay se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, como si el simple hecho de observarlo así, perdido en sus reflexiones, vulnerable, fuera un secreto que no le correspondía.

Él aún no la había visto, y eso le permitía contemplarlo sin reservas. Se había quitado la chaqueta, tenía los dos primeros botones de la camisa desabrochados y el pelo revuelto, hablar de simple atractivo era quedarse a años luz de aquella imagen.

Lindsay sintió un cosquilleo recorrerle el estómago. Lo deseaba con la misma urgencia con la que se necesita aire tras hacer un largo buceando, y la sola visión de su pecho apenas expuesto le bastaba para querer deslizar los dedos por allí, descubrir más, perderse bajo la camisa…

Pero algo en la escena no encajaba. Beber solo en un bar no era propio de Chris, y el gesto abatido con el que apretaba el vaso contra su mano hablaba a gritos de cómo se sentía por dentro. Y temía descubrir que aquella botella era su refugio, su manera de escapar… de ella.

«Pues tendrás que hacerle cambiar de opinión, Lindsay», se dijo, intentando infundirse valor para hablarle.

No fue necesario dar el primer paso. Justo en aquel momento él levantó la cabeza y posó sus ojos sobre ella, soltando una maldición susurrada casi al instante.

—Márchate a casa, Lindsay —ordenó con voz ronca y una expresión torturada en el rostro.

Arrastraba las palabras y sus ojos parecían nublados, enturbiados por algo que Lindsay no supo si era el alcohol o el torbellino de emociones que lo asediaba. La miraba con el ceño levemente fruncido y un gesto que oscilaba entre la furia y la derrota. La manera en que sujetaba el vaso, con los nudillos tensos y la muñeca ladeada, delataba que ya llevaba whisky de más. Había en él un aire abatido, vulnerable, como si estuviera a punto de desmoronarse; y al mismo tiempo, la chispa que aún ardía en sus ojos parecía idéntica a la que tenía cuando había salido de aquella sala, algo que Lindsay supo que él habría ocultado de no ser porque el alcohol se lo impedía.

—Espero que te hayan dado esa botella a medias —suspiró Lindsay ahora.

—Eso no es de tu incumbencia —replicó con solemnidad—. Nada de lo que yo haga lo es, así que sal de aquí y deja que…

—Qué lengua tan suelta, ¿no?

Tomó asiento y Chris soltó un improperio.

—¿Qué parte de *quiero que te vayas* no has entendido?

—La que prometió llevarme a casa. —Se encogió de hombros—. Pero es evidente que no estás ni para conducir un patinete.

Recibió una mirada acerada en respuesta.

—Yo nunca prometí nada.

Y aquella frase tenía tantos matices…

«Bueno, tu cuerpo prometía mucho allí adentro», pero no podía decirle aquello.

—Ah, espera, sí, prometí retirarte la palabra si te empeñabas en dejarte hipnotizar —le recordó ahora, en un tono mordaz.

«Vale, *mea culpa*». Carraspeó, algo abatida.

—Pues ya es tarde para eso, ¿no te parece? —sonrió con cierto azoramiento—. Ya me estás hablando. Y yo vengo en son de paz. —Levantó el teléfono a la altura de sus ojos—. ¿No has perdido algo?

—Sí, la decencia y el sentido común —murmuró entre dientes.

—Y el teléfono —proclamó, izándolo un poco más como si lo exhibiera.

Chris se inclinó hacia adelante para cogerlo, pero Lindsay lo apartó con un gesto juguetón. Con el alcohol enturbiándole los reflejos, perdió el equilibrio y cayó sobre ella. El golpe la obligó a recostarse hacia atrás, y los dos terminaron medio tumbados en el sofá, atrapados en una cercanía peligrosa.

El calor de su cuerpo la envolvió de inmediato, y el vaso que aún sostenía Chris quedó a un lado, olvidado, mientras apoyaba una mano torpe en el respaldo para no aplastarla del todo. Sus miradas se encontraron a quemarropa, intensas, cargadas de todo lo que no se decían. Lindsay sintió que el aire se le escapaba de los pulmones, consciente de la presión de su pecho contra el de él, del perfume mezclado con el aroma fuerte del whisky, del magnetismo insoportable de sus labios tan cerca.

Durante un segundo, ninguno se movió, como si cualquier gesto pudiera sellar un destino del que ya no habría marcha atrás.

—Lindsay…

Supo al instante que no vendría nada bueno tras su nombre o habría usado el diminutivo.

—…hay cosas que nunca pasarán entre nosotros —aseguró, arrastrando las palabras—. Grábatelo a fuego.

El impacto fue brutal, como si la golpeara con una maza en el pecho, y fue peor cuando leyó la certeza que había en sus ojos: lo decía en serio. Aun así, intentó reponerse, algo nada fácil teniendo en cuenta que él hablaba…, pero no se movía un centímetro. Sentía su calor sobre ella, junto con cada músculo de su duro cuerpo.

—¿Tendría que saber de qué estás hablando? —preguntó, obligando a su voz a sonar firme, forzando una calma que dolía.

Él curvó los labios en una sonrisa mezcla mordacidad y amargura.

—Solo te lo anticipo, por si acaso tu mente decide recordar algo de tu… *momento de hipnosis.*

De repente, aquello de *el no ya lo tienes* tomaba otro cariz muy diferente, y Lindsay notó cómo la tristeza la invadía, sutil pero profunda.

—La hipnosis puede confundirnos, Linny… —susurró ahora—, y hacernos creer cosas… que en realidad nunca sucedieron.

Aquello la molestó. ¡No se podía tener más cara! Se rebeló sin remedio. Ella también sabía dar golpes bajos cuando tocaba.

—¿Qué podría recordar de ese momento que pudiera confundirme, Chris? —interrogó en un tono que sonó de lo más inocente.

Lo vio tragar saliva, y por un segundo la mirada masculina se deslizó hacia sus labios, acariciándolos con los ojos, y algo en ella se estremeció. Era evidente que él no quería mirar su boca, pero no podía evitarlo. Aquello la alentó un poco.

—Nada en absoluto —sentenció él con voz seca, regresando a sus ojos.

—¿Nada? ¿Estás seguro? —se mordió los labios—, porque estás raro. ¿Hay algo que quieras contarme?

Él negó con un gesto.

—Si ha pasado algo que deba recordar…

—Lo que debes recordar es que la hipnosis no es divertida —dijo ahora en un tono irritado—, y hacerme caso la próxima vez que te aconseje algo.

—Claro, porque siempre estás en posesión de la verdad absoluta —ironizó.

Él sonrió a medias, de forma cansada y sincera a la vez.

—La experiencia me da puntos, sí —repuso—. Tengo once años más que tú, Lindsay, no lo olvides.

—Cómo podría olvidarlo —suspiró— si llevas diez años recordándomelo.

«Y muy a menudo», cayó ahora en la cuenta, preguntándose por primera vez el porqué de tanta insistencia.

—Eres un anciano de treinta y cinco años, lo tengo claro.

—No soy un anciano, pero sí he vivido mucho más —declaró con pesar—, y he visto cosas que no te imaginas. Por eso no voy a ser yo quien te ponga en situaciones que te perjudiquen, no podría perdonármelo si te hiciera daño. Y menos aún podría volver a mirar a Mark a la cara si lo hiciera. Le debo todo a tu hermano. —Cada palabra era un ladrillo en el muro que levantaba—. Así que hazme caso la próxima vez que te dé un consejo.

Lindsay sintió que usaba la palabra Mark como un ancla. Sonó a responsabilidad y a familia, a deber y lealtad, a obligaciones que pesaban más que la súbita pasión del instante. Ella percibió el lastre y la verdad de eso, pero no estaba dispuesta a ceder del todo.

—Así que consejos… —repitió con una media sonrisa que no alcanzó sus ojos—. ¿Eso es todo lo que tienes? ¿El manual del buen protector?

—Eso es lo que he sido siempre para ti —replicó con firmeza y cierto pesar—, y lo que seguiré siendo toda tu vida.

Lindsay lo miró desafiante.

—Sí, bueno —dijo en un tono engañosamente suave—, solo que antes… no me dabas los consejos medio tumbado sobre mí en un sofá.

La frase fue una punzada sin anestesia, lanzada con precisión quirúrgica.

Chris se quedó helado, como si acabara de recibir un guantazo invisible. La sorpresa se le dibujó primero en los ojos, amplia, incrédula; después, la irritación endureció sus facciones y frunció el ceño; tras eso, la vergüenza lo golpeó y se apartó de ella con cierto esfuerzo, incorporándose en el sofá, intentando tocarla lo menos posible en el proceso.

No la miró. El peso de sus propias contradicciones lo mantenía clavado en el sitio, con los ojos al frente, consciente de que Lindsay acababa de exponer lo que él trataba de enterrar bajo discursos falaces.

—Vete a casa, Lindsay —sentenció al fin, sin mirarla, con un tono grave y seco, como si cada palabra fuera un cerrojo echado entre los dos.

Ella torció el gesto, negándose a ceder con tanta facilidad.

—¿Y si no quiero? —tanteó con suavidad, pero en sus ojos brillaba una chispa desafiante.

Ahora él sí giró la cabeza para mirarla y a Lindsay se le secó la garganta. Sus ojos estaban cargados de furia contenida.

—No es una sugerencia, Lindsay —su voz sonó tajante—, es una orden. No soy tu amigo de juegos ni tu experimento. Soy el hombre que le debe demasiado a tu hermano, y que jamás… te dará otro consejo en posición horizontal.

Las palabras la atravesaron como cuchillas. No fue solo lo que dijo, sino la frialdad y el modo en que las escupió, arrancándole de cuajo la ilusión que aún palpitaba en su pecho.

Después, él apartó la mirada y bebió un sorbo del vaso, como si con ello diera por finalizada la conversación. Cuando comprobó que ella seguía allí, inmóvil, su voz se endureció aún más.

—Márchate ahora, Lindsay, por tu propio bien —clavó otra mirada gélida en ella—, o te aseguro que vas a acabar escuchando cosas que no van a gustarte nada.

Incluso enfadado, Lindsay tenía la sensación de que él parecía a punto de claudicar al recuerdo en cualquier momento. En los ojos de ambos se leían cosas que no decían: la memoria abrasadora de lo ocurrido aquella noche, la certeza de que los dos fingían un olvido que no existía y la convicción de que, pese a todo, algo entre ellos había cambiado de forma irrevocable.

Lindsay respiró hondo, clavada aún en aquel sofá como si el aire pesara toneladas. Muy despacio, con un movimiento lento, deliberado, apoyó las manos en el asiento y se incorporó. Su vestido se deslizó contra sus piernas con un susurro tenue, casi solemne. No dijo nada. No le dio el gusto de discutirle ni de mostrarle cuánto la hería.

Se limitó a alisar con calma la tela de la falda, erguirse con el mentón alto y encaminarse hacia la salida. Sus tacones resonaron en

el mármol del bar, marcando un compás firme, como si con cada paso afirmara que no pensaba dejar que la destrozara del todo.

Antes de alcanzar la puerta, giró apenas la cabeza. No lo suficiente como para mostrarle sus ojos, solo lo bastante para que supiera que no era rendición lo que dejaba atrás, sino una tregua forzada. Después, salió sin titubear, aunque por dentro sentía que cada paso le costaba un pedazo del corazón.

Y el destino, caprichoso como siempre, aún quiso jugarle otra mala pasada. Solo cuando salió a la puerta fue consciente de que la batería de su teléfono había muerto, no llevaba un solo dólar para un taxi y… no tendría más remedio que hacer noche en el maldito hotel, cuando lo único que quería era poner distancia.

Para complicar las cosas, al regresar al vestíbulo se topó de frente con Jasper Avery, que le sonrió con esa complacencia suya que le prometía la Luna… y que, por primera vez, se sintió tentada a aceptar.

Capítulo 9

Embarazada. Era lo único en lo que podía pensar desde que recibió aquella maldita carta hacía ya dos días. Tras eso, no había hecho otra cosa más que caminar por la playa, con la mente hecha un caos, y poner patas arriba cualquier rincón de la casa donde aquella condenada tarjeta pudiera haberse extraviado, incluido el cuarto de la colada. Pero la esperanza se le había ido agotando. La residencia Madock no era precisamente pequeña.

Desde la playa, observó la mansión que se erigía frente a sí. No era un palacio desbordado de columnas ni una caricatura de lujo, era belleza contenida, sólida y armoniosa. La fachada, de madera pintada en un blanco suave que el salitre había acariciado con los años, lucía ventanales amplios que se abrían al océano, reflejando la luz como espejos tranquilos. El tejado oscuro, las chimeneas de piedra y las galerías acristaladas le daban un aire clásico, casi atemporal, como si siempre hubiera pertenecido a ese paisaje.

Cada línea transmitía elegancia sin ostentación: amplios porches cubiertos, senderos de grava que descendían hacia la playa, jardines cuidados que parecían extenderse sin esfuerzo, como si la naturaleza se hubiera puesto de acuerdo con la familia Madock para embellecer el lugar.

Lindsay entrecerró los ojos y pensó en lo útil que sería tener un poder de rastreo ocular estilo Superman. Así podría atravesar aquellas paredes impecables y localizar de inmediato la endemoniada tarjeta que necesitaba con urgencia.

Soltando un resoplido resignado, giró la vista de nuevo hacia el paisaje que de verdad cortaba la respiración: la línea infinita del océano, las olas golpeando contra la arena húmeda y el horizonte extendiéndose como una promesa imposible de abarcar. Allí, frente

al mar, todo parecía más auténtico, aunque la mansión siguiera dominando el paisaje con su discreta perfección.

Lindsay suspiró y se dejó caer sobre la arena, agotada de tanto darle vueltas a lo mismo sin encontrar salida. Se sentía atrapada. Cuanto más pensaba, más parecía que se estrechaba el laberinto en torno a ella. Quizá era miedo lo que la mantenía inmóvil, quizá simple cansancio, pero en aquel instante lo único que quería era detener el mundo un segundo y respirar.

El principio del ocaso de la tarde acrecentaba la belleza del lugar, y pronto el horizonte se teñiría de pinceladas doradas y carmesí, como si el mar se incendiara bajo la última caricia del sol. Las nubes, desperdigadas sobre el cielo, parecían algodón encendido, y la brisa salada arrastraba consigo un murmullo que se confundía con el rumor pausado de las olas.

Bajó la vista hasta el pequeño dragoncito de peluche que sujetaba entre sus manos, y suspiró de nuevo, preguntándose por qué demonios se empeñaba en llevarlo a todos lados. Aquel peluche era el recordatorio de la noche más maravillosa… y al mismo tiempo dolorosa de su vida. Soltarlo se le antojaba imposible, como si dejarlo atrás significara renunciar al recuerdo y a la única prueba tangible de que aquella noche había existido y no estaba solo en su cabeza. El pequeño dragón guardaba un secreto que nadie más que ella conocía. Nadie. Ni siquiera la persona que lo puso en sus manos. La misma que había escrito dentro de la tarjeta que el peluche llevaba al cuello, escondida a su vez en el interior de un colgante que no podía abrir, porque las palabras que había en su interior la destrozaban siempre que lo hacía.

Un estremecimiento le recorrió la piel. Ya no era solo el dragón quien custodiaba ese recuerdo. Ahora había algo más…, alguien más. Su mano se deslizó hacia el vientre en un gesto instintivo, protector. Allí, bajo la calidez de sus dedos, la certeza latía con fuerza.

El peluche era un recordatorio, sí, pero aquella vida que crecía dentro de ella era el vínculo imposible de romper, la verdad que aún no se atrevía a pronunciar. Y aunque el mundo entero siguiera en la ignorancia, Lindsay lo sabía. Ese secreto la ataba para siempre a

aquella noche y a él…, pero jamás podría decírselo si esa maldita tarjeta no aparecía.

—Ay, mi bebé, ¿qué hago? —casi sollozó, muy agobiada, acariciándose el abdomen con un gesto instintivo—. ¿Cómo te devuelvo a tu papá?

Era absurdo seguir vaciando muebles esperando un milagro, debía tomar acción, y rápido, pero ¿cómo? Sus búsquedas en internet también habían resultado del tono infructuosas.

De golpe, una idea le cruzó la mente. Sin pensarlo, sacó el teléfono móvil de su pequeña mochila y marcó un número, con el corazón acelerado, poniendo todas sus esperanzas en aquella llamada.

—¿Anthony? —dijo al fin, con urgencia apenas contenida.

—Lindsay, qué sorpresa —respondió el inspector con esa voz grave que siempre transmitía calma—. ¿Cómo estás?

«Desesperada» Esa era la verdad, pero se la guardó. El hombre tendía a preocuparse en exceso, quizá debido a todo lo que Maddie había vivido en el pasado, o a lo que había visto en sus años como policía y detective privado. No quería añadir más peso a sus hombros.

Tras un breve intercambio de cortesía, fue directa al grano.

—Quiero pedirte un favor enorme —confesó con un hilo de voz —, pero tienes que prometerme que quedará entre nosotros.

Se hizo un silencio breve al otro lado, como si él calibrara sus palabras.

—¿Qué necesitas?

—Que me consigas un número de teléfono.

—Lo intentaré, ¿de quién? ¿Cómo se llama?

Tragó saliva, ya no había marcha atrás.

—Kendrick —aclaró—. Doctor Nathan Kendrick.

Lindsay le contó todo lo que sabía de él para facilitar la búsqueda, aunque enseguida se dio cuenta de lo poco que era en realidad.

—A ver si puedo darte la información cuando nos veamos en un rato —sugirió—. El resto de la tropa hace tiempo que ha salido para allá, pero yo aún estoy en comisaría.

Aquellas palabras encendieron una alarma en su memoria. Solo entonces recordó que su madre había organizado una cena familiar esa misma noche. La mujer había cumplido años a mitad de semana, pero había pospuesto la celebración para aquel sábado. Se frotó la frente con resignación. Estando tan absorta en sus propios líos lo había olvidado por completo.

Se despidió de Anthony con unas gracias efusivas, se puso en pie y regresó a la casa con premura. Era tarde. Todos estarían a punto de llegar, aunque siempre aprovechaban los viajes a Osterville para bajar un ratito a la playa con Leo, que adoraba el mar y la arena, y aquello le daría algo de margen para adecentarse un poco.

—¿Aún estás así? —interrogó Rachel Madock cuando la vio entrar por la puerta con apenas el vestido de playa y unas chanclas.

—¡Lo siento! —se disculpó alzando las manos—. Se me ha ido el santo al cielo.

Su madre, impecable como siempre con un sencillo conjunto de seda que parecía diseñado para ella, la miró con un ligero ceño fruncido que, incluso contrariada, no lograba restarle elegancia. Rachel no necesitaba joyas para deslumbrar, le bastaba con esa presencia serena y contenida que llenaba la estancia.

—Dime que recordabas la cena —rogó con un tono más maternal que severo.

—¡Claro que sí! Por supuesto —afirmó con demasiado énfasis.

Rachel soltó un suspiro de resignación y miró a su hija con paciencia infinita y una pizca de ternura divertida.

—Vamos, que se te ha pasado —acertó.

—Eh…, puede ser —admitió con un simpático gesto—, pero estaré lista en un plis.

—Tranquila. Ya sabes que querrán bajar a la playa un rato —confirmó la mujer—. Y Anthony y Chris llegarán algo más tarde, y el tío Devon tenía una urgencia en el hospital, así que ni sé cuándo aparecerá.

Lindsay, que iba ya camino de las escaleras para subir a su cuarto, se detuvo en seco. Con el corazón en la garganta, se giró hacia su madre intentando que no leyera nada en su rostro que la delatara.

—No sabía que Chris iba a venir —dijo, tratando de sonreír con normalidad.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Viene cada año —se extrañó, y frunció el ceño—. Aunque ahora que lo dices, me ha costado horrores convencerlo.

«Ah, fantástico…, está claro que se muere por verme», ironizó para sí, aunque el sarcasmo no bastó para acallar los nervios que se le arremolinaron en el estómago.

«Recuerda que estás enfadada con él», cruzó los brazos sobre el pecho.

«Furiosa».

«¡Más que eso!».

Rachel la observó con ese sexto sentido maternal que lo percibía todo.

—No me digas que aún no habéis solucionado las cosas, hija. Creía que lo hablasteis el día de la gala.

—Y lo hicimos —carraspeó incómoda—. Solucionarlo, digo.

Rachel la miró con extrañeza. Esconderle algo a su madre era muy complicado, y nadie la conocía mejor que ella.

—Tengo que arreglarme —murmuró al fin, buscando la salida más rápida.

Y no era mentira. Saber que Chris iba a estar allí cambiaba todo, la obligaba a arreglarse más de lo que tenía previsto. Debía escoger un conjunto sexi y maquillarse y peinarse con cuidado, para que no pareciera que se había esforzado en estar guapa.

«¡Colérica! ¿Aquello era más que furiosa?».

—Lindsay —la llamó su madre cuando se alejaba.

Suspiró y se giró a mirarla.

—¿Está todo bien contigo, hija? —se interesó en un tono de evidente preocupación—. Sabes que puedes contarme lo que sea.

Abatida, se vio obligada a asentir, y se esforzó por contestar con naturalidad.

—Lo sé, claro, es que no tengo mucho que contar. Todo va genial —aseguró, y se sintió mal por mentirle de aquella manera, pero de momento no podía hacer otra cosa.

La mujer la escrutó durante unos segundos y acabó asintiendo con una sonrisa comedida. Lindsay sabía que solo la dejaba ir porque estaban justas de tiempo, pero no dudaba de que no tardaría en asaltarla de nuevo, aunque tenía mayores preocupaciones en aquel momento.

Subió las escaleras casi de puntillas, con los nervios a flor de piel, como si el mero roce de la barandilla pudiera delatarle el temblor de las manos.

No veía a Chris desde la fiesta. Ni un mensaje, ni una llamada, ni una palabra suya desde aquella noche que aún le ardía en la memoria. ¿Cómo iba a enfrentarlo? ¿Cómo iba a mirarlo sin que se notara todo lo que se le removía por dentro? Y peor aún, ¿cómo iba a soportar que él la tratara con indiferencia o frialdad? Y lo haría, de aquello no podía tener ninguna duda…, y era culpa suya.

Se llevó una mano al abdomen en un gesto inconsciente, instintivo. Luego sacó el pequeño dragón de peluche de la bolsa y lo dejó sobre la colcha, mirándolo unos segundos con una mezcla de ternura y desasosiego.

En ese instante, un precioso gato atigrado saltó a la cama con la agilidad de quien conoce el terreno de sobra, ronroneando con descaro, buscando su dosis de caricias.

Lindsay sonrió sin ser ni consciente.

—No tengo tiempo para darte mimos, Danger. —Le acarició la cabeza y la parte interna del cuello—. Ese idiota viene a cenar, ¿sabes?

El gato respondió con un ronroneo más profundo, ajeno a la tormenta que hervía en su dueña, como si no entendiera la seriedad del asunto. Danger estaba acostumbrado a Chris; al fin y al cabo, ambos habían irrumpido en su vida el mismo día, y su nombre hacía honor a aquel instante. Si ella no se hubiera empeñado en salvar al gato, Chris nunca habría tenido que salvarla a ella.

—Tú eres el culpable de todo lo que me está pasando, ¿lo sabías? —suspiró, y lo tomó en brazos antes de dejarse caer en la cama. Danger ronroneó feliz, ajeno a la acusación, disfrutando de ser el centro de un delito que solo existía en la mente de su dueña.

Lindsay no pudo evitar sumergirse en el pasado, diez años atrás. Bastó con cerrar los ojos para que el presente se desdibujara, y de pronto volvió a estar allí, en el mismo instante en que todo cambió: el día en que conoció a Danger… y a Chris.

La gente se arremolinaba alrededor del edificio de apartamentos a medio derruir, con las miradas fijas hacia lo alto. Los murmullos crecían como un rumor inquieto cada vez que alguien señalaba con el dedo la figura que trepaba por la fachada.

Una Lindsay con diez años menos y un exceso de determinación peligrosa era el centro de todas las miradas. Había empezado usando un cubo metálico olvidado junto al solar para alcanzar la primera cornisa, luego había trepado por una barandilla oxidada y se había impulsado hasta un saliente de la pared desconchada. No miraba hacia abajo. No pensaba en lo mucho que había subido. Solo podía oír los maullidos desesperados que venían desde más arriba.

El gatito, de apenas un par de meses, estaba encaramado a un alféizar estrecho, aterrado e incapaz de bajar por sí solo.

—Tranquilo, pequeñín, ya llego, no tengas miedo —susurraba Lindsay, con la voz temblorosa pero dulce, como si pudiera calmarlo con palabras.

No se dio cuenta de la cantidad de ojos que seguían su ascenso, de los rostros crispados por el miedo a que cayera. En ese momento, su mundo era solo aquel gatito al que debía rescatar.

Cuando por fin lo alcanzó y lo metió bajo su chaqueta, el corazón le dio un vuelco. Ahí, con el animal acurrucado contra su pecho, por primera vez comprendió las repercusiones de su impulsividad: no tenía manera de bajar.

Miró hacia abajo y el vértigo la golpeó como una ola helada. Si caía desde allí, acabaría en el hospital…, con suerte, porque la morgue también parecía una opción posible.

—Eh, tranquila… —La voz masculina llegó desde el gentío, firme pero serena, cortando los murmullos—. No te muevas, ¿vale?

Lindsay apretó al gatito contra sí, incapaz de apartar la mirada del muro que tenía delante por miedo a perder el equilibrio. La voz

volvió a sonar, más cerca esta vez. Un chico joven estaba intentando escalar por las rejas oxidadas de una ventana baja. Subía con rapidez, pero al llegar a la mitad se detuvo y valoró la situación.

—No servirá —acabó diciendo—, incluso si llego hasta ti no podré bajarte.

La frustración en su tono era evidente, pero un instante después cambió a determinación.

—Escúchame. Quédate quieta, no te muevas —pidió—. Te ayudaré, confía en mí.

No sabía por qué, pero Lindsay lo hizo. Algo en su voz la envolvía, le hacía sentir segura en medio del pánico, incluso cuando él descendió y dejó de escucharlo.

Pasaron minutos que parecieron eternos, hasta que oyó un golpe seco de metal contra uno de los cristales un poco más arriba. Él había logrado colarse en el edificio en ruinas y forzar una de las ventanas, por la que se asomaba ahora buscando la forma de llegar hasta ella. Un par de movimientos más tarde, lo vio aparecer casi a su lado, extendiéndole una mano firme.

Lindsay se dejó guiar, temblorosa. Sintió el tirón decidido que la llevó hacia dentro y el alivio de tener suelo bajo los pies otra vez, mientras escuchaba los aplausos desde la calle.

Y entonces, por primera vez, miró a su salvador a los ojos…

No necesitó más. En aquel instante, con el corazón desbocado y el gatito ronroneando bajo su chaqueta, Lindsay supo que estaba perdida.

Se enamoró en el acto.

El chico la miraba con una sonrisa en los labios y una expresión difícil de descifrar, mitad alivio, mitad algo que a Lindsay le erizó la piel sin saber por qué.

—Estás muy loca, ¿lo sabías? —dijo él, aún con una sonrisa incrédula.

Ella alzó la barbilla y esbozó también una media sonrisa.

—No tenía opción. —Abrió un poco la chaqueta y sacó la pequeña bola de pelo que se movía contra su costado.

—Para estas cosas existen los bomberos, ¿te suenan? —bromeó, arqueando una ceja.

—No podía arriesgarme a que se cayera —reconoció, encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio del mundo.

—Claro, mucho mejor poneros en peligro los dos.

Lindsay frunció el ceño, ofendida.

—Oye, ¿me estás regañando? —preguntó—. Porque ya tengo un hermano que se encargará de eso en cuanto llegue.

Lo que no tardaría mucho. El edificio al que había escalado no estaba muy lejos de ZenithCorp. Sería un milagro que entre tanto alboroto nadie la hubiera reconocido e ido con el cuento hasta Mark.

—Eres un peligro, ¿sabes? —le dijo Lindsay al gatito, que maulló con ternura y ronroneó satisfecho.

Chris rio entre dientes y opinó:

—Ha sido amor a primera vista.

—¿Tú crees? —suspiró Lindsay, acariciando al felino, cautivada por su dulzura.

—No conozco gato capaz de resistirse a unos ojos tan verdes.

Lindsay levantó la cabeza y lo miró sorprendida. El comentario iba con segundas, lo supo al instante. Había algo en la forma en que sus ojos se cruzaron, en esa sonrisa que apenas se dibujaba en los labios de él, que le cortó la respiración.

—Gracias —murmuró ahora Lindsay, cohibida—. Creo que aún no te las he dado.

—Es comprensible, él se ha llevado toda tu atención.

Ella sonrió.

—Es que es muy mono.

—Debería sentirme ofendido —protestó él con una media sonrisa, mirando al gato—, pero tienes razón, no puedo competir con esa carita.

Ella estaba obnubilada. El felino hacía rato que había pasado a un segundo plano. Nunca había visto unos ojos tan azules como los suyos. Era el chico más guapo que había conocido jamás, y cada vez era más y más consciente de ello.

—Tu cara tampoco está mal —se atrevió a decir con una sonrisa cargada de interés.

Él frunció un divertido ceño.

—Vaya, gracias, pero si pretendía ser un piropo, sigue practicando.

La carcajada de Lindsay resonó en el edificio.

—También escalas mejor que Danger —alabó, con una sonrisa divertida.

—¿Danger?

—Mi gato —explicó, señalando al felino con una chispa traviesa en la mirada—. Voy a llevarlo conmigo.

Él rio.

—Pues has elegido el nombre perfecto —aseguró, inclinándose para acariciar al animal—. Y es un gatito con suerte, no hay duda.

Sus manos se rozaron al coincidir sobre el pelaje del felino… y el aire entre ambos se llenó de algo distinto, vibrante. Lindsay lo notó, aunque no supiera nombrarlo. Era como electricidad en la piel, una conexión que no esperaba sentir.

—De veras, gracias por ayudarme —insistió ella, bajando la vista de pronto, dominada por una timidez inesperada.

—Gracias a ti por dejarme ser el héroe al menos durante un minuto —respondió él, guiñándole un ojo, gesto que la desarmó por completo.

Lindsay sonrió, incapaz de evitarlo. Había conocido a muchos chicos en el instituto, pero ninguno la había hecho sentir así jamás.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —preguntó con inocencia.

Él sostuvo su mirada, y en sus ojos brilló algo que Lindsay no supo interpretar, una chispa entre misterio… y promesa.

—Seguro que se me ocurrirá algo —repuso, esbozando la sonrisa más increíble que ella había visto en su vida.

Y ese fue el instante en el que Mark hizo su aparición, con la cara tan blanca como la nieve.

—Estoy bien —se apresuró a declarar Lindsay, antes de que abriera la boca.

El miedo en su hermano era comprensible. Apenas habían pasado dos años desde que perdieron a su padre, y la sola idea de otro accidente en la familia…

—¡Por Dios, Lindsay! —La abrazó con fuerza antes de regañarla —. ¿En qué estabas pensando?

—En salvarle la vida a Danger. —Le mostró al gato con orgullo—. Ya lo he bautizado.

—Pues *Danger* no me gusta demasiado ahora mismo —se quejó él, todavía con el susto en el cuerpo. Y, aun así, se contradijo en seguida acariciando al animal con suavidad.

Después, se giró a mirar al chico que observaba la escena con curiosidad.

—Es mi hermano —se apresuró a aclarar Lindsay para que no hubiera dudas—. Y él es…

—Chris —se presentó, tendiéndole una mano que Mark estrechó con firmeza, y señaló a Lindsay—. Escala bien, aunque tiene que perfeccionar el descenso.

Mark sonrió con un gesto cansado.

—Me temo que a su edad aún nos creemos inmortales —dijo con una mezcla de diversión y abatimiento.

—¿Quieres decir que no lo soy? —fingió Lindsay sorprenderse, abriendo mucho los ojos—. ¿Y por qué nadie me había informado de eso?

Chris dejó escapar una risa baja, y Lindsay, sin querer, se descubrió disfrutando demasiado del sonido.

—Fallo mío —bromeó Mark—, quería esperar a que cumplieras al menos los quince para darte la mala noticia.

A Chris se le borró la sonrisa del rostro casi al instante, pero ambos hermanos estaban ahora demasiado concentrados en bromear mientras Danger se llevaba toda la atención.

Lindsay parpadeó para regresar al presente. Aquel recuerdo siempre la ponía nostálgica.

Desde ese día, Chris se había quedado en sus vidas, como si el destino hubiera decidido atarlo a los Madock. Lo que empezó como un rescate improvisado pronto se convirtió en mucho más. Resultó ser justo lo que ZenithCorp necesitaba en un momento crítico y, casi sin darse cuenta, pasó a ocupar un lugar central en su mundo.

Él mismo se asignó el papel de salvador y protector, un escudo que se impuso sin que nadie se lo pidiera. Pero para Lindsay nunca

había sido solo un adulto responsable que velaba por ella, sino el chico que un día la miró como nadie lo había hecho antes…

…como al fin volvió a hacerlo en aquella sala de equipajes, en aquel bar o mientras…

—No, Danger, mejor cambiar ese último pensamiento por una ducha fría.

Capítulo 10

Mark y Rachel Madock estaban sentados en la terraza del porche trasero, mientras el pequeño Leo correteaba por el jardín, persiguiendo una pelota con la energía inagotable de sus tres años. La brisa marina arrastraba olor a salitre y el cielo se teñía con los últimos tonos cálidos de la tarde.

—La conozco demasiado bien, Mark, te digo que le pasa algo —insistió Rachel, con esa seguridad que solía tener cuando hablaba de su hija—. Me preocupa que me lo niegue con tanta vehemencia. Sabes que suele contármelo casi todo, o al menos así era hasta ahora.

Mark se removió en la silla, pensativo.

—Yo apenas la he visto o he hablado con ella en estos días —confesó—, un par de veces, si acaso, desde el día de la gala de Neurothea. Quizá sí ha estado un poco esquiva.

—Algo pasó esa noche, Mark —aseguró Rachel—. No está bien desde entonces, y lo que fuera empeoró hace un par de días. La noto inquieta, distraída, como si llevara un peso encima.

Mark la miraba con un gesto de extrañeza, intentando cuadrar las piezas.

—Todo fue genial en la gala —murmuró casi para sí, recordando las sonrisas y el orgullo en los ojos de su hermana—. Estaba feliz cuando nos despedimos de ella. ¿Qué diablos pudo cambiar tras irnos?

Rachel lo observó en silencio unos segundos, esperando que él tuviera la respuesta que ella no lograba alcanzar. Entonces, el sonido de pasos en el sendero de gravilla los hizo girar la cabeza.

Chris apareció desde la entrada lateral, con las manos en los bolsillos y el andar relajado, aunque su expresión dejaba entrever

algo más contenido, también parecía traer consigo sus propias cargas.

Rachel se levantó en cuanto lo vio, esbozando una sonrisa cálida antes de rodearlo con un abrazo fraternal, feliz de tenerlo allí.

—Llegas justo a tiempo —dijo con un tono que podía sonar tan tranquilizador como inquietante.

Él arqueó una ceja, intentando aligerar el ambiente con una sonrisa.

—¿Para qué? ¿Me he ganado algo?

—Una conversación necesaria.

Él frunció el ceño, como si sintiera que aquella frase tenía más filo del que aparentaba, y esperó en silencio y con una expresión de lo que parecía tensión el siguiente comentario.

—¿Lindsay y tú habéis arreglado las cosas? —preguntó Rachel sin rodeos.

La incomodidad fue evidente. Chris desvió la mirada hacia el jardín, donde Leo se esforzaba por botar la pelota, sin demasiado éxito, antes de volver a clavar los ojos en ellos. Su expresión lo delató: cansancio, abatimiento, una pizca de frustración…

—Más o menos —admitió al fin.

Rachel lo miró con un suspiro cargado de una triste resignación.

—Entonces tampoco te habrá contado nada —musitó casi para sí, pero lo bastante alto para que él lo oyera.

—¿Contado qué?

Sin dilación, la mujer le hizo partícipe de sus preocupaciones.

—¿Por qué estás tan segura de que todo viene desde aquel día? —se interesó él, esforzándose por mantener la expresión neutra.

—Porque la he parido —repuso Rachel sin titubeos. Y para ella aquello era explicación suficiente.

Mark resopló con un amago de sonrisa, pero no intervino. Rachel prosiguió, cada vez más convencida.

—Y desde hace dos días va a peor —insistió Rachel—. No hace otra cosa más que vaciar cajones y pasearse como alma en pena cargando con ese dragón a todas partes.

—¿Qué dragón?

—Un peluche que, por cierto, trajo al día siguiente de la gala.

Chris frunció el ceño con evidente extrañeza. No sabía nada de aquel peluche.

—¿Y por qué dices al día siguiente? —interrogó ahora, confuso —. ¿No vino a dormir esa noche?

—No —negó Rachel, y miró a Mark—. Se quedaría a dormir en tu casa.

Mark hizo memoria unos segundos.

—Bueno, dormir, dormir…, llegó cerca de las siete.

Aquello sí llamó la atención de Chris, que miró a Mark con una evidente expresión de asombro.

—¿Cómo que a las siete? —indagó ahora más inquieto—. Eran apenas las doce cuando… nos despedimos —aseguró—, y ya se iba.

—¿Y qué demonios hizo desde las doce hasta las siete? —se preguntó Mark, desconcertado.

—Ay, Dios —suspiró Rachel con un hilo de voz—, lo que sea que pasara en esas horas es el motivo de que esté así.

La voz de Lindsay los interrumpió desde la puerta del porche.

—Vaya, qué emocionante debe de ser mi vida para que la diseccionéis sin mí —ironizó en un tono molesto.

Llevaba entre las manos una jarra de limonada fresca y varios vasos apilados, que dejó con más fuerza de la necesaria sobre la mesa. Su sonrisa era tan fría como tensa.

—¿Sabéis qué es lo más divertido de hablar a espaldas de alguien? —añadió, arqueando una ceja—. Cuando esa persona aparece.

El ambiente se cargó al instante. Sus ojos se encontraron con los de Chris, y fue demasiado consciente de la forma en que los del chico la recorrieron de arriba abajo. Intentó disimularlo, pero Lindsay sintió aquel escrutinio como un roce físico. Primero bajó la vista por su vestido corto, de azul profundo, que le ceñía la cintura y dejaba al descubierto sus largas y perfectas piernas; después se detuvo en el escote discreto que resaltaba su clavícula, y terminó en su rostro, donde se perdió de forma definitiva.

A Lindsay se le aflojaron las rodillas frente a su mirada, aunque no se permitió demostrarlo. El recuerdo de lo sucedido en la gala se cruzó en su mente como un latigazo y, pese a todo, lo único que

dejó escapar fue una sonrisa irónica que le supo amarga en los labios.

—¿Podrías saludarme antes de empezar a ironizar? —sugirió Chris forzando una sonrisa que buscaba apaciguar el ambiente.

Lindsay no sonrió. Estaba demasiado tensa. Sus ojos recorrieron uno a uno los tres rostros que tenía delante.

—Lo que ocurriera o no esa noche no es asunto de nadie —replicó en un tono neutro pero firme.

—Lo es si pasó algo que te tenga triste, hija —insistió Rachel.

Lindsay no podía culparla por estar preocupada, pero hubiera preferido que se callara cosas como aquella. No soportaba la idea de que Chris pensara que él tenía ese poder sobre ella. Y mucho menos podía explicar qué había hecho durante esas horas perdidas de la madrugada.

—Linny, si te pasó algo… —empezó Mark, preocupado.

—¡Que no! —cortó ella con vehemencia.

—Puedes contárnoslo —se reiteró Rachel, más suave.

Chris parecía inquieto. ¿Acaso se la imaginaba llorando por las esquinas durante siete horas? Aquello la irritó por demasiados motivos.

Decidió tirar por la calle del medio.

—A ver…, soy una mujer adulta —empezó diciendo, cruzando los brazos sobre el pecho, y miró a Chris—. Por mucho que os empeñéis en seguir pensando que tengo catorce años.

—¿Eso qué demonios significa? —preguntó Chris de inmediato. Ahora parecía molesto.

—Justo lo que estás pensando.

—¿Y qué es? —interrogó su madre, desconcertada.

Chris la miraba con una sonrisa socarrona, como si estuviera convencido de que se lo estaba inventando todo sobre la marcha, y aquello fue como darle munición extra y permiso para usarla.

—Digamos… que no lo pasé mal en esas horas, mamá —acabó por soltar, con una sonrisa descarada.

Sonrisa que se ensanchó cuando vio desvanecerse la de Chris.

Tanto Mark como Rachel tardaron unos pocos segundos en entenderla del todo, y cuando lo hicieron, su madre fue la primera

en lanzar una exclamación de asombro.

—¡Oh, Dios mío! —se le escapó, llevándose una mano a la boca.

Lindsay suspiró y se esforzó por sonreír con picardía.

—Sí, esa fue justo mi frase de la noche también —volvió a suspirar—, incluso en varios idiomas.

—¡Linny! —se quejó Mark de inmediato—. No necesitamos más detalles.

Ella se encogió de hombros. Intentaba no mirar a Chris, pero incluso de reojo podía ver su expresión seria de absoluta contrariedad.

—Pues una vez aireados mis trapos sucios… —repuso con una sonrisa juguetona—, voy a ver si Maddie y Karen han terminado en el baño. Y Hattie me ha pedido que os avise de que la cena estará lista en veinte minutos.

Y sin dar opción a réplica, se adentró en la casa, dejando tras de sí un silencio espeso.

Mientras caminaba por el pasillo rumbo a la cocina, Lindsay pasó por un torbellino de estados de ánimo, sin saber a cuál aferrarse. Ira, orgullo, nervios, una punzada de culpa y otra de satisfacción mal disimulada, todas esas voces gritaban dentro de ella al mismo tiempo. Estaba tan metida en aquel caos que le costó advertir los pasos tras los suyos.

—Lindsay… —la llamó Chris, con un tono bajo cargado de advertencia.

Ella apretó el paso, como si con ello pudiera huir también de lo que sentía.

—Lindsay, detente.

—Tengo algo de prisa —se excusó con sequedad, con la voz más firme de lo que se sentía por dentro.

—No seas absurda —insistió, y sonaba cada vez más cerca.

Ella negó con un gesto rápido, aunque él no pudiera verlo. No quería enfrentarse a esos ojos, a lo que pudiera leer en ellos. Si se detenía, perdería la coraza que tanto le había costado levantar.

—Lindsay… —Su voz sonaba más dura ahora, cargada de frustración contenida.

—He dicho que no —respondió alterada, con el pulso desbocado.

Él explotó.

—¡Ya está bien, maldita sea! —Esta vez alcanzó su brazo y la obligó a girarse.

El contacto la sacudió como un latigazo.

—¿Qué demonios quieres? —lo encaró irritada, con el corazón acelerado.

—¿Qué ha sido esa payasada de ahí fuera? —Sus ojos la taladraban.

Con descaro fingido, ella le sostuvo la mirada, algo sorprendida de que él estuviera tan furioso, y ese descubrimiento la estremeció.

Dios, hasta cargados de ira eran impresionantes aquellos ojos azules. Y los recordaba demasiado bien ardiendo de… otra emoción muy diferente que le calentó el alma.

—¿A qué te refieres? —preguntó con la inocencia más ensayada del mundo.

—A tu comentario.

Lo miró con una expresión interrogante.

—¡No te hagas la tonta! —sonó molestó—. ¿Qué hiciste en todas esas horas?

—¿Qué parte no entendiste? —interrogó.

Ahora le sorprendió la mirada inquieta que sintió sobre ella.

—Mientes.

—No.

Lo vio apretar los dientes.

—Déjate de estupideces y dime la verdad.

Lindsay tragó saliva, intentando refrenar su tristeza. La verdad… era lo único que no podía decirle.

—Mi mundo no gira a tu alrededor, Chris —replicó, tratando de sonar seca—. Y mi noche empezó cuando salí del bar.

Intentó alejarse, pero Chris soltó un bufido incrédulo, y antes de que ella pudiera dar un solo paso, volvió a tirar de su brazo, pero esta vez se aseguró de acorralarla contra la pared del pasillo para que no pudiera huir. Sentía su calor envolverla ya como una llama ardiente, y la rabia que ardía en su mirada la consumía.

—¿Me estás diciendo que te largaste del bar para meterte en la cama de otro? —masculló, observándola con los ojos como ascuas,

cargados de demasiadas cosas.

A ella le sorprendió una pregunta tan directa, y estaba demasiado cerca como para permanecer impasible mucho más tiempo. Pese a todo, logró esbozar una sonrisa insolente.

—Corrección: me echaste del bar.

Él parpadeó, contrariado por un segundo, y la estudió en silencio, como si intentara arrancarle la verdad con la mirada.

—Lindsay, si estás diciendo todo esto por despecho…

—¿Despecho? —ladeó la cabeza, inocente y provocadora a la vez —. ¿Qué motivos tendría yo para estar despechada?

Chris apretó los dientes.

—Si no encajaste bien algo de lo que te dije en el bar…

—La verdad —ironizó, bajando la voz— es que no entendí demasiado todo lo que dijiste.

—Lindsay… —su tono fue una advertencia.

—Si fue por algo que hice mientras estaba hipnotizada —dejó caer con indiferencia—, no entiendo tu insistencia en seguir dándome sermones.

Una chispa en los ojos de Chris se encendió, más allá de la furia.

—Así que ¿tienes lagunas de memoria? —sonrió él sin rastro de humor.

—Un lapsus enorme —mintió sin inmutarse, aunque el pulso le temblaba—. Lo que fuera que pasara, supongo que mi mente no lo consideró importante.

—O quizá lo que necesitas… es un recordatorio.

Clavó sobre ella una mirada demasiado brillante como para cargar solo furia. Había mucho más en sus ojos, y Lindsay lo sintió en cada fibra de su ser y se estremeció sin remedio. Podría mentir con las palabras todo lo que quisiera, pero… su cuerpo anhelaba su contacto con demasiada intensidad, y clamaba alto y claro por aquel recordatorio.

Tragó saliva y no pudo evitar mirarle los labios.

Chris se dio cuenta, y la sonrisa que curvó su boca fue tan peligrosa como tentadora.

—Dime, Lindsay…, ¿cuánto deseas ese recordatorio? —preguntó en un susurro ronco.

Ella tragó saliva y se obligó a mantener la compostura.

—Nada de lo que pasara allí es mi problema —susurró, aunque su cuerpo la traicionaba—, yo… estaba hipnotizada.

Él sonrió sin humor, con arrogancia y un brillo letal en los ojos. Y entonces dijo algo impensable.

—¿De verdad crees… que habría permitido que ese tipo te hipnotizara?

—Eh…, ¿qué…?

—No seas ilusa, Lindsay, nadie puede inducir un estado de hipnosis en cinco segundos con un chasqueo de dedos.

La chica se quedó de piedra. ¿Así que él siempre supo que no estaba dormida? La sangre le golpeó en las sienes al recordar cómo lo había acorralado sin pudor alguno, cómo había humedecido sus labios y rozado los suyos, alimentando el deseo entre ambos hasta casi perder la razón. Ella, desatada, descarada, jugando a ser una loba hambrienta.

La vergüenza la invadió y se reflejó en sus ojos durante unos segundos, pero duró apenas un instante. No, ella no tenía nada de lo que avergonzarse. Levantó el mentón y lo miró a los ojos, desafiante.

—¿Me llamas ilusa a mí? —Su sonrisa fue un reto—. Yo jugué mis cartas, Chris. ¿Qué hiciste tú con las tuyas?

Él perdió un poco de firmeza en la mirada, y ese titubeo le dio alas.

—Tú fingiste creerme —le recordó.

—Para no avergonzarte —carraspeó.

—Ah, claro, y después te viste *obligado* a seguirme el juego —sonrió con cierta mofa—. ¿Fue eso?

Él parecía abatido.

—Algo así.

—Algo así —repitió fascinada.

Ahora se le veía inquieto, y aquello la enterneció, pero él se encargó de fastidiarlo un segundo después.

—Te pusiste muy pesada, ¿sabes? —replicó en un tono ahora seco—. Y uno no es de piedra.

Aquello le dolió de un modo lacerante, y más si pensaba en… ¡No, mejor no pensarlo! Lo odió con todas sus fuerzas en ese momento, pero se cuidó de exteriorizarlo.

—No, tú no eres de piedra, eres dinamita, al parecer, solo hay que encender la mecha un poco, ¿no? —repuso en un tono mordaz —. Da igual quién sostenga la cerilla, ¿es eso?

—No, Lindsay, no te equivoques de nuevo —aclaró con la voz grave—, que fueras tú quien tuviera las cerillas… fue un error que no volveré a cometer. Nada de lo que dije en el bar ha cambiado — insistió en un extraño tono de resignación.

Tuvo que controlarse mucho para no abofetearlo allí mismo.

—Uf, menos mal que me lo aclaras, Chris —ironizó, esforzándose por sonar con una mezcla de descaro e indiferencia a la vez—, porque imagina que hubiera confundido tu furia y el hecho de seguirme hasta aquí con un ataque de celos, y yo… y mis cerillas te hubiéramos arrastrado a mi cuarto…

—Lindsay…

—…tú te habrías visto *obligado* a seguirme el juego para no avergonzarme —se llevó la mano al pecho fingiendo horror—, y yo me habría puesto muy muy pesada…

—Ya basta. —Su voz era un gruñido bajo.

—…y habríamos acabado echando un polvo casi sin querer — añadió con una irónica alarma—, mientras todos nos esperan abajo para cenar. ¡Tú vida tal y como la conoces se habría acabado, Chris! —exclamó, fingiéndose horrorizada—. Ya no podrías mirar a Mark de nuevo a la cara. Habrías tenido que dejar ZenithCorp —se alarmó aún más—. Sí, habrías disfrutado del clímax más impresionante de tu vida, pero ¿merecería la pena? No lo creo, teniendo en cuenta que quizá tendrías que largarte hasta del país.

Chris la observaba en silencio, con los ojos entornados y el ceño fruncido.

—¿Ya has terminado? —ironizó.

—Aún no.

Él consultó su reloj con un gesto mordaz.

—Pero acabo rápido —sonrió ella con acidez—. Solo me resta decirte que siento herir tu orgullo de macho, de hermano protector o

a lo que sea que responda este numerito, pero sí, esa noche pasé unas cuantas horas muy bien acompañada, disfrutando de eso de la dinamita y la cerilla con alguien a quien no lo escuché protestar en ningún momento por lo pesada que soy. Por suerte, decía otras cosas mucho más interesantes.

La expresión de Chris se endureció, pero no en un gesto de furia explosiva, sino en algo mucho peor: una frialdad gélida que la atravesó hasta el alma. Era imposible que no hubiera leído la veracidad en sus ojos, porque cada palabra que ella había lanzado era cierta. Y también era evidente que le estaban golpeando con fuerza, ¿en su orgullo?, ¿en algún lugar más profundo? No lo sabía, y tampoco importaba.

Demasiado dolida como para consolarlo, Lindsay sostuvo su mirada esperando cualquier cosa: una réplica, una disculpa, incluso un grito. Lo que no esperaba era el silencio absoluto.

Chris apretó la mandíbula, respiró hondo como si estuviera conteniendo un torrente de palabras y, sin decir una sola, se apartó de ella. El roce de su brazo al retirarse fue lo único que dejó tras de sí, junto con un vacío que pesaba demasiado.

Ella lo siguió con la mirada, viendo cómo se alejaba por el pasillo con paso firme, sin darle la satisfacción de girarse ni una sola vez. Y ese silencio, más que cualquier insulto o reproche, la desarmó por dentro.

Sintió una punzada en la pelvis, como si el bebé le recriminara su comportamiento, y se estremeció sin remedio.

«Lo siento, mi pequeño…, pero de momento eres solo mío».

Capítulo 11

A Lindsay, aún de pie en mitad del pasillo incluso cuando él hubo desaparecido, le habría gustado mantenerse fría, pero las lágrimas contenidas cobraron vida.

Unos segundos después, una cabecita de pelo azul se asomó con sigilo por la puerta del baño, aunque lo de *sigilo* era un decir. Karen se inclinó tanto que casi se cayó contra el marco, y al incorporarse, su coleta se enganchó en el picaporte, arrancándole un quejido bajito que la delató al instante.

Lindsay se giró a mirarla, y la mujer sonrió con una expresión de niña pillada en plena travesura, mientras Maddie asomaba ahora tras ella. Ni siquiera había recordado que ambas mujeres estaban allí mientras discutía en el pasillo junto a la puerta. Era imposible que no hubieran oído gran parte de la conversación, atrapadas como oyentes forzadas de la tormenta que se había desatado en el pasillo.

Aceptó el abrazo de ambas y regresaron al baño.

—Ay, nena, límpiate las lágrimas antes de acabar como un mapache borracho en Nochevieja —sugirió Karen, y le tendió un pañuelo de papel—. No queremos que ese…, ¿puedo insultarlo o vas a sacarme los ojos?

—Puedes y debes —suspiró Lindsay, dejándose caer en la tapa de la taza del váter, limpiándose con cuidado—. Empieza a insultarlo ya, por favor.

Maddie y Karen compartieron una sonrisa cómplice.

—Parece que me he perdido algunas cosas —comentó Maddie en un tono entre curioso y divertido.

—No te veo muy sorprendida.

La mirada que intercambiaron entre ellas encendió todas las alarmas en Lindsay.

—¿Tanto se me nota? —se lamentó con un gemido—. Creí que lo escondía mejor.

—Que estornudes purpurina cuando está cerca no ayuda, nena.

Lindsay se giró hacia Maddie, alarmada.

—¿Lo sabe Mark?

—No me ha dicho nada —admitió—, pero no es tonto, Lindsay, y se te nota cada vez más.

Aquello le molestó y bufó indignada.

—Pues eso se acabó —aseguró. Se levantó con mucha más entereza de la que sentía, y se inclinó en el espejo para cerciorarse de que el maquillaje seguía en su sitio. Lo último que necesitaba era que él viera el resultado de su rechazo en su rostro.

—¿Ahora que la cosa se está poniendo interesante? —se quejó Maddie, cruzándose de brazos—. Ni se te ocurra darte por vencida.

—Tiene razón, nena —apostilló Karen—, sería como dejar una novela a medias tras un simple magreo por encima de la ropa. Eso no se hace.

—Mi protagonista masculino da asco —soltó Lindsay con obstinación.

—Mujer, asco, asco…, es un gran prota, las cosas como son —opinó Maddie con una sonrisa indulgente—. Es un diez: guapo, sexi, con ese aire torturado…

—Un nueve como mucho, nena —corrigió Karen con rapidez—. El diez no se lo gana hasta que sepamos cómo se le da el empotramiento.

—¡Karen! —la regañó Maddie, pero no pudo evitar reír.

Lindsay se tapó la cara con las manos, entre risas y desesperación, mientras su mente se empeñaba en gritarle: ¡se sale del baremo y lo sabes!

«Dios, necesito encontrar a Nathan Kendrick, esto es una pesadilla».

Se debió de poner lívida, porque ambas mujeres se miraron con complicidad antes de suavizar el tono.

—Lindsay, solo queremos animarte, si prefieres que no bromeemos… —empezó diciendo Maddie con cautela.

—Estoy algo desanimada —confesó con un suspiro—. Y dolida, enfadada, decepcionada, con los nervios de punta…

«No te dejes embarazada», le recordó la vocecilla implacable que vivía dentro de su cabeza.

—Ay, Dios —se le escapó en alto.

—No te agobies, quizá solo es cuestión de tenerle paciencia —insistió Maddie—. Sabes que Chris puede ser algo… hermético.

—¡Hermético, no! —se quejó Lindsay—. ¡Es una almeja! Y de esas que no se abren ni con un kilo de Goma-2 y un soplete.

—Pero te mira bonito —reconoció Maddie.

—Ella no quiere que la mire bonito, nena —intervino Karen con un gesto teatral—. Quiere que la mire como si estuviera decidiendo si le arranca la ropa con las manos o con los dientes.

Lindsay suspiró.

—Ahora mismo me conformaría con que me mirara, a secas.

—Eso ya lo hace —aseguró Maddie.

—Sí, para calcular por qué lado tiene que huir —replicó con sarcasmo.

—Corrígeme si me equivoco, pero… ¿no era él quien corría detrás de ti hace un momento? —preguntó Maddie con cierta inocencia.

—Sí, para hacer de hermano mayor. —Apretó los dientes, maldiciendo aquel hecho.

—¿En serio? —Maddie se encogió de hombros—. Desde el baño apestaba a celos, pero…

—¿Celos? —Alzó una ceja.

—De los de toda la vida, nena —apoyó Karen con una sonrisa franca—, de los de ¡a quien toque lo que es mío lo reviento!

Maddie rio y bromeó:

—De forma simbólica, espero.

—No, nena, de forma literal —contradijo Karen—. Los celos de los machos alfa no entienden de metáforas.

—¿En las novelas?

—En la vida real —corrigió.

Lindsay las escuchaba charlar como si su vida fuera un debate de sobremesa. Cada palabra la ponía más y más nerviosa. Acabó

alterándose más de lo que pensaba.

—¡Hola! —explotó, poniéndose en pie—. Es mi vida de la que estáis hablando, aunque ahora mismo la siento más como una comedia negra, y ni siquiera de las buenas.

Las dos se miraron con un gesto preocupado, aunque Karen no tardó en añadir en voz baja:

—Mira, como serie de Netflix tendría un éxito brutal.

Maddie la fulminó con la mirada, pero Karen se encogió de hombros. Aquello logró arrancarle a Lindsay una media sonrisa.

—Acabarían cambiando toda la trama —suspiró al fin.

—Eso sí —sonrió la mujer—. Y nosotras terminaríamos cabreadas como monas porque habríamos leído primero el libro.

Lindsay soltó otro suspiro.

—Y aun así la veríamos igual.

El ambiente se alivió lo justo para que las tres sonrieran unos segundos.

—Pues te digo yo que esta trama va ganando peso —opinó Maddie.

—Agradezco tu optimismo, pero…

—Sin peros —la interrumpió—. ¿Cuántos años llevas loca por él?

—Diez.

—¿Diez? —casi graznó Karen—, pues…

Maddie la silenció con un gesto divertido.

—Ostras, nena —respondió por lo bajo—, es que es una década.

—Pero hemos pasado de una década de nada a un… —miró a Lindsay interrogante— ¿beso?, ¿beso intenso?

—¡Un morreo de los que saltan empastes!

—¡Karen! —se quejó Maddie, aunque sin poder evitar reír.

—La cara de ambos en esa sala de equipajes lo decía todo —añadió.

Ambas miraron ahora a Lindsay, esperando confirmación. La chica se sentía cohibida, pero no por vergüenza, sino porque sabía todo lo que debía callarse.

—Fue… intenso —admitió.

—Entonces ya has dado un paso de gigante —insistió Maddie—, eso por no hablar del espectáculo de ahí fuera.

Lindsay se irritó al recordarlo.

—¡Me ha acusado de irme del bar para meterme en la cama de otro! —Aquello aún la enfurecía. Tendría cara el muy…

—¿Y lo hiciste? —preguntó Karen, sin filtro.

—¿El qué?

—Acostarte con otro.

—¡No! Por Dios…, yo… —Tragó saliva y tuvo que tomar asiento de nuevo y calmarse antes de añadir—: No.

—Pero le has dicho que sí —apuntó Maddie.

—¡Porque me ha provocado! —protestó—. ¡Es un…!

—Hombre celoso —acabó la frase.

Lindsay cruzó los brazos sobre el pecho. Sería muy bonito dejarse llevar por aquella esperanza, pero no debía. Aun así, no pudo evitar preguntar:

—¿Por qué crees que está celoso?

—Analiza sus palabras —propuso Maddie, encogiéndose de hombros.

Recibió una mirada confusa.

—¿Qué palabras?

—*Te fuiste del bar para meterte en la cama de otro* —repitió Maddie—. ¿Eso fue lo que dijo?

—Sí, pero ¿eso tiene importancia?

—La tiene lo que no dijo —aclaró Maddie.

Lindsay soltó un improperio.

—¿Puedes activar el *modo habla para lelos*? —rogó ofuscada.

—Tú no eres lela.

—En este momento me siento como una.

Maddie suspiró y explicó:

—Te fuiste del bar para meterte en la cama de otro… que no soy yo —sonrió—, eso fue lo que omitió.

Los ojos de Lindsay se entrecerraron y la escrutaron con recelo.

—¿Y crees que eso significa algo?

—Claro: que en su mente es perfectamente capaz de imaginarte en su cama… y que le revienta la idea de que estés en la de otro.

Era evidente que Lindsay no lo veía claro, así que Maddie miró a Karen buscando algo de apoyo.

—A ver, nena… —opinó la mujer con un ligero titubeo mirando a Maddie—, eso está cogido con pinzas.

Pero Maddie estaba muy segura de lo que decía. Pasar dos años con amnesia, sin recordar ni tu nombre, agudiza el instinto. Había aprendido a fiarse de él y a tomar información precisa de cada palabra, cada matiz. De alguna forma, ahora tenía un sexto sentido muy agudizado, un séptimo, incluso.

—Es algo subliminal —explicó Maddie.

—Mucho, nena, es sub-sub-subliminal —remató Karen, divertida.

—Pero bueno, ¿quieres desanimarla o qué? —se quejó Maddie.

—Dios me libre, solo hablaba de la frase —aclaró Karen, y miró a Lindsay—. De que ese pedazo de dios griego está coladito por tus huesos, no tengo ninguna duda.

Perpleja, Lindsay miró de una a otra, sin saber si hablaban en serio o solo querían consolarla. Suspiró con fuerza, confusa.

—¿Y qué hago entonces?

—Seguir como vas, hasta que te dé otro viaje que te arregle el cuerpo —sugirió Karen, arqueando una ceja con picardía—. Una vez probado semejante manjar, querrá más. A la fuerza ha tenido que quedarse con hambre.

Eso logró animarla un poco, aunque en seguida tuvo que recordarse que aquello solo eran meras opiniones, no podía tomarlas como un hecho. Además, seguía muy enfadada con él, eso sin contar… aquel otro problemilla que latía en su abdomen.

—¿Habrá llegado Anthony? —interrogó en alto. Era posible que parte de la solución a su problema estuviera muy cerca.

—¿Mi Anthony? —sonrió Karen, y se apresuró a abrir la puerta—. Hablando de meneos…

—Oye, tú recuerdas que estás hablando de mi padre, ¿no? —se quejó Maddie, aunque con una sonrisa vivaz.

—Ay, nena, yo no recuerdo nada en cuanto lo miro —admitió sin pudor.

—No sé si Maddie necesita saber la afición de su padre a cocinar en calzoncillos —bromeó Lindsay.

Las tres salieron del baño.

—Habría podido vivir sin esa información —suspiró la aludida, haciendo un divertido gesto de espanto.

—¿Mark no cocina en ropa interior?

—Él prefiere comer —repuso con los ojos brillantes—. Y si es directamente de mi cuerpo, mejor.

—Eh, ¡qué hablas de mi hermano! —protestó Lindsay, escandalizada.

Maddie la miró con una sonrisa cargada de lujuria mientras caminaban hacia afuera.

—Que sepas que tu hermano es un protagonista de esos que llamáis de diez, comprobado y contrastado —exhaló aire de forma teatral y frunció el ceño—. De once, no…, ¡doce!, ¿qué nota del baremo se considera *increíble que te mueres*?

—Esa misma —rio Karen—, es el último escalón de la tabla.

—Pues eso —declaró Maddie, feliz, y miró a Lindsay—. Habrá que seguir… posicionando gente, ¿no?

—De cualquier ranking que hagáis… —afirmó Lindsay en un tono neutro—, os aseguro que Chris se sale por goleada

Lo dijo con tanta convicción que tanto Karen como Maddie se miraron entre sí con un gesto mezcla interrogación y sorpresa, aunque no les dio tiempo a preguntar nada, puesto que las tres salieron a la terraza en ese instante.

Lindsay sintió la mirada iracunda de Chris sobre ella de inmediato.

«¿Cómo se atreve a ser él el enfadado?», pensó con rabia.

—Alguien lleva fatal tu supuesto desliz —murmuró Karen casi en su oído—. Y eso, nena, no es solo subliminal.

Capítulo 12

La comida fue muy difícil para Lindsay. Por su madre, se esforzaba por estar tranquila y participar de las diferentes conversaciones, pero no estaba tan dicharachera como era habitual. A menudo los ojos de Chris se encontraban con los suyos, y cuando no la miraban con ira, lo hacían con una frialdad que le helaba la sangre. Claro que ella tampoco se quedaba atrás. Además, estaba loca por hablar con Anthony para ver si le había podido conseguir aquel número, que necesitaba marcar con urgencia.

Ya en los postres, sorprendieron a Rachel con un montón de velas sobre una tarta, y todos disfrutaron del espectáculo de verla apagarlas, haciendo gala de unos pulmones ágiles. En ese momento, el pequeño Leo llegó hasta Lindsay y le hizo gestos para que lo cogiera.

—¿Quieres más tarta? —interrogó al pequeño mientras lo sentaba sobre su regazo. Adoraba a su sobrino con toda su alma.

—No, tarta no —sonrió con una expresión pícara—, quiero un *pimo*.

A sus tres años casi recién cumplidos, Leo aún tenía dificultades con algunas palabras, y resultaba adorable hablar con él.

—¿Un *pimo*? —Lo miró divertida, sin entender.

—Para *jubar*.

—Si me dices dónde lo venden, te lo compro —ofreció Lindsay.

Escuchó a Mark reír, mirándola divertido.

—Tienes que encargarlo con antelación, Linny —bromeó—. Nueve meses antes, para ser exactos.

Solo entonces Lindsay fue consciente de lo que Leo le estaba pidiendo y, casi por inercia, miró a Chris, que la observaba a su vez con una extraña expresión en el rostro.

Devolvió su mirada sobre el pequeño, algo azorada, y Leo insistió.

—Puedo *pestarle* mi pelota —ofreció, como si así pudiera convencerla.

Algo que tomarse como una broma la estaba revolviendo por dentro, pero se esforzó por sonreír y miró a Mark, que reía con evidente diversión.

—¿Qué tal si le pides un hermanito a tu papá? —propuso.

El niño abrió mucho los ojos, como si no hubiera contemplado aquella idea y fuera la mejor que había oído jamás.

Miró a su padre igual que si acabara de descubrir el chocolate.

—¡¿Puedo tener uno, sí, papi?! —instó a Lindsay a bajarlo del regazo, corrió alrededor de la mesa y se lanzó sobre su padre—. Por fa, por fa.

—Muchas gracias —ironizó Mark mirando a su hermana, pero sin borrar la sonrisa.

—No te quejes, he podido aconsejarle que pidiera un pony.

Bromearon durante un rato, pero Lindsay ya no pudo quitarse de encima la inquietud. No poder compartir con nadie el secreto que cargaba empezaba a pasarle factura. ¿Y qué pasaría si… no localizaba jamás a Kendrick? Aquella posibilidad comenzaba a aterrarla.

—Lindsay —le dijo su tío ahora—, ¿ya te llegaron los resultados de la analítica?

«¡Perfecto, más leña al fuego! ¿Quién da más?», pensó, esforzándose en fingir calma.

—Sí, hace un par de días —contestó con una sonrisa rígida.

—Y todo bien, espero.

El aire se le atragantó y sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—Sí, yo… estoy genial.

—Pues no lo parece —se preocupó ahora el médico—. Estás muy pálida.

—No —negó con torpeza, llevándose las manos al rostro.

—¿Cómo que no?

De repente, todas las conversaciones en la mesa se interrumpieron para centrarse en ella, que estuvo tentada a gritar de pura desesperación.

—Estoy bien.

—¿Hay algo mal con esa analítica? —se preocupó Devon.

—¡No! —saltó demasiado rápido.

Rachel intervino en la conversación al instante.

—¿La carta que llegó del hospital hace un par de días era el resultado de la analítica? —interrogó, mirando a su hija con sorpresa —. Me dijiste que era un informe oftalmológico del que habías solicitado una copia.

Lindsay maldijo en silencio. Esa solo fue una excusa improvisada, y ahora era evidente que habría sido más inteligente decir la verdad desde el principio. El calor le subió al rostro, pero su piel seguía helada.

—Hija, estás bien —insistió Rachel, inquieta.

Su tío Devon le pidió la mano, que se vio forzada a tenderle, y, con gesto profesional, presionó con el pulgar la cara interna de su muñeca.

—Tienes una taquicardia considerable.

—¡Porque me estáis agobiando! —protestó con un hilo de voz—. Solo necesito… refrescarme un poco.

Se levantó con brusquedad, decidida a escapar de la mesa, pero apenas dio dos pasos. El nudo de tensión en su estómago se desató en un mareo repentino. El suelo pareció inclinarse bajo sus pies y el zumbido en los oídos le hizo perder el equilibrio.

No llegó a desplomarse. Unos brazos firmes la rodearon justo a tiempo, impidiendo la caída. El mundo giraba, pero el calor que reconoció al instante era inconfundible: Chris.

En la terraza cundió el caos.

Devon Stiles le pidió a Chris que la llevara arriba, a su alcoba, para poder revisarla con calma, mientras ella se debatía entre luchar para que la bajara y acurrucarse en su pecho para siempre.

—Puedo… caminar —se esforzó por protestar mientras él subía ahora las escaleras con ella en brazos como si pesara lo mismo que

una pluma. La calidez de su cuerpo la envolvía, y Lindsay tuvo que morderse el labio para no apoyarse más de lo debido en su hombro.

—Relájate, Linny —pidió el chico en un tono cargado de preocupación sincera.

«Linny… ¿Ya no está enfadado?», se preguntó, sin atreverse a mirarlo por si acaso se reencontraba con su furia en su rostro. En cambio, prefirió cerrar los ojos y dejarse llevar por esa sensación de estar en casa, de pertenecer a aquellos brazos por completo. Aquel era el Chris que siempre la protegía, el que la arropaba entre algodones sin pedir nada a cambio, y lo echaba mucho de menos.

Habría dejado que la llevara hasta el fin del mundo sin volver a protestar. Por desgracia, una vez en la habitación, la soltó sobre la cama y tuvo que apartarse para dejarle paso a su tío, al que Rachel le hizo entrega del maletín médico que tenían en la casa para emergencias, por petición del propio Devon.

—¿Podéis salir, por favor? —rogó el médico cuando miró a su alrededor y comprobó que había más gente en la alcoba que en la sala de espera de cualquier hospital.

Un montón de rostros preocupados le devolvieron una expresión inquieta, pero obedecieron. Todos menos uno. Chris se quedó junto a la cama, como si la petición no fuera con él.

Devon lo observó con cierta curiosidad.

—Yo me quedo por si necesitas algo —informó de inmediato.

Lindsay estaba perpleja.

—Ya me encuentro mejor —les aseguró—. Creo que solo me he levantado muy rápido.

—Ya que estamos aquí, voy a revisarte de todos modos —afirmó el médico—. Y de paso, déjame ver la analítica.

Aquello acrecentó su ansiedad y volvió a ponerse pálida. Algo que no pasó desapercibido para ninguno de los dos.

—No sé… dónde la tengo ahora mismo —titubeó, acusando la falta de aire.

Devon soltó un suspiro algo afligido y miró a Chris.

—Necesito que salgas —le pidió.

Y no hacía falta que le dijera por qué. Era evidente que Lindsay estaba ocultando algo.

Chris no protestó esta vez, pero antes de irse la ayudó a acomodarse en la cama. Tomó el segundo almohadón del lateral y se lo dobló para que estuviera más cómoda.

El gesto, tan simple y doméstico, estuvo a punto de enternecerla… hasta que algo lo cambió todo. Al mover el almohadón, un par de papeles asomaron por debajo. Chris arqueó una ceja, curioso, y Lindsay sintió cómo se le helaba la sangre en las venas.

«¡No, no, no!», gritó por dentro, al mismo tiempo que se lanzaba hacia ellos, pero estaba demasiado débil y él fue más rápido.

—Dámelos, Chris —suplicó con la voz alterada por la urgencia.

Él ya tenía el informe en la mano, donde se veía con claridad el logo del hospital. Lindsay se lamentó por su mala costumbre de releerlos una y otra vez hasta quedarse dormida, como si tuviera la esperanza de que en algún momento cambiaran su resultado.

—Por favor —se reiteró, casi jadeando de ansiedad, tendiéndole la mano.

Impotente, vio cómo él ya los estaba desplegando, ignorando su súplica.

—Eso no es tuyo —se quejó, y miró a su tío—. ¿Puede hacer eso?

—No debería. —Devon lo amonestó con la mirada, pero Chris ni siquiera levantó la suya del informe

Cuando revisó la segunda hoja, el final escrito en mayúsculas era lo que más llamaba la atención. Aquel POSITIVO era como un grito demoledor, que pareció golpearlo con fuerza.

Y de repente el aire se espesó, como si quedara en suspenso. Chris no dijo nada, pero Lindsay lo vio todo en su rostro: primero incredulidad, luego un destello de shock, y al final… algo imposible de descifrar. Sus ojos, azules como cuchillas, se alzaron hacia ella buscando respuestas.

Lindsay sintió que el mundo se le venía encima. No hubo reproches ni preguntas inmediatas, solo aquel silencio cargado, esa mirada que la atravesaba y la desarmaba más que cualquier palabra.

Sin decir nada, el chico le tendió el informe a Devon, volvió a mirarla con una expresión indescifrable y salió en silencio de la

habitación.

—Dios, ¡odio que haga eso! —se quejó Lindsay, con lágrimas en los ojos.

Su tío, tras repasar también el informe, posó sobre ella una mirada de preocupación.

—¿Es suyo?

Lindsay parpadeó desconcertada.

—¿Qué?

—El bebé —aclaró con gravedad—, ¿es de Chris?

El corazón le dio un vuelco tan fuerte que sintió que le faltaba el aire. La respuesta era simple, pero no por ello fácil de dar.

—Tío Devon… —susurró con voz casi inaudible—, ¿la confidencialidad médico-paciente también se aplica cuando el paciente es tu sobrina?

Para sorpresa de Lindsay, cuando permitieron regresar a todos a la habitación, nadie parecía saber aún lo que escondía aquel informe. Chris, por alguna razón que no terminaba de comprender, se había guardado la verdad para sí.

Las miradas de su familia se centraban en ella, todas teñidas de preocupación. Devon se apresuró a tranquilizarlos y explicó que solo había sufrido una pequeña bajada de tensión, nada grave, y tanto Lindsay como su analítica estaban perfectas.

A ella casi se le escapó una risa amarga. Conseguir que su tío le concediera unos días para ser ella quien compartiera la noticia había sido casi una negociación desesperada, y sabía que quizá sus ruegos no servirían de nada si a Chris se le ocurría abrir la boca. Debía hablar con él cuanto antes, apelar a su silencio y pedirle que callara un poco más.

Necesitaba tiempo. Tiempo para decidir qué camino tomar. Tiempo para encontrar a Kendrick, si es que los astros, por una vez, se dignaban a alinearse a su favor.

—Me gustaría hablar con Chris —pidió Lindsay antes de perder la valentía—. ¿Dónde está?

Mark le devolvió una mirada tensa.

—En algún punto de la playa.

—¿La playa? —titubeó confusa—. ¿Por qué?

—Ni idea, Linny —admitió Mark—. Por lo que sea que le dijeras para echarlo de la habitación.

Ella tragó saliva.

—Yo no…

—¿Podrías dejar de torturarlo un poco? —rogó el chico con una media sonrisa para restarle tensión al asunto—. Lo veo jodido últimamente, creo que no lleva bien vuestras discusiones.

Aquello la dejó perpleja, y decidió no pensar demasiado en lo que podía significar. Tenía muchas cosas más por las que preocuparse.

—Tienes razón —suspiró, y se le ocurrió—. Creo que bajaré a la playa a buscarlo.

Todos la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—Es noche cerrada —le recordó su madre.

—¿Y qué? —Se encogió de hombros—. He caminado por la playa montones de veces solo a la luz de la luna.

Demasiadas objeciones cayeron sobre ella.

—¡Me encuentro perfecta! —Acabó elevando la voz por encima de todas las demás—. Y me vendrá genial el aire fresco.

«Y llegar hasta él antes de que él llegue hasta vosotros es vital», dijo para sí.

Le costó diez minutos y un buen enfado con casi todos conseguir que la dejaran salir de la casa. Permitir compañía no era una opción. Cuando al fin enfilaba el sendero que conducía a la playa, una voz la sorprendió antes de que pudiera pisar la arena.

—¿Dónde narices vas a estas horas, Lindsay?

Chris estaba allí, medio oculto entre las sombras del jardín. Se había sentado en un banco de piedra, al resguardo de un enramado cubierto de hiedra, un rincón discreto donde apenas se filtraba la luz del porche. La penumbra lo envolvía, pero había en su postura algo tenso, como lo estaría un animal enjaulado que no encontraba salida.

—¿No hay nadie con autoridad en esa casa como para prohibírtelo? —disparó en cuanto la vio acercarse.

Lindsay recortó la distancia en silencio, con el corazón en la garganta.

—Ah, no… —añadió él, con un deje de ironía que sonó más a condena que a reproche—, se me olvidaba que siempre haces lo que te da la gana —hizo una pausa y murmuró—: así pasa.

El filo de sus palabras la atravesó. No era una simple recriminación, era el recordatorio cruel de que sus decisiones ya tenían consecuencias irreversibles.

Guardó silencio. Sabía que no se podía permitir enfadarse con él en ese momento.

—Les he prometido hacer las paces contigo —dijo en un tono mezcla amabilidad y cautela.

Él soltó una risa amarga.

—No hay forma de que eso ocurra —discrepó.

Lindsay se aventuró a sentarse a su lado. La oscuridad lo protegía, pero la luna perfilaba sus facciones, tan familiares que le resultaba imposible no leerlas. El gesto duro, la mandíbula tensa, la mirada clavada en un punto que no era ella.

Fue al grano. No tenía tiempo que perder.

—Chris… —se le quebró la voz antes de empezar.

Él giró la cabeza, y lo que encontró en sus ojos fue una mezcla de ironía y de dolor que la desarmó.

—Vas a pedirme que no diga nada —adivinó con un deje amargo —. Por eso te has molestado en salir a buscarme en plena noche, ¿verdad?

«Te buscaría en pleno huracán», pensó abatida, pero se mordió la lengua.

—Pues lo siento —concluyó él en un tono más bajo, más duro—, pero has perdido el tiempo.

Lindsay sintió un mazazo en el pecho. Le costó varios segundos recomponerse y atreverse a insistir.

—Solo necesito unos días.

—Tendrás nueve meses para que todos se acostumbren a la idea —destilaba tanta amargura en la voz que Lindsay estaba sorprendida.

Él se inclinó hacia adelante, con los antebrazos firmes sobre las rodillas y los dedos hundidos en el cabello revuelto. No era la voz irónica lo que más la desconcertaba, sino la tensión latente en cada gesto, como si estuviera librando una guerra consigo mismo.

—Chris… —repitió ella apenas en un susurro.

—¿Es de Jasper? —interrogó sin mirarla.

El impacto de aquella pregunta la dejó sin aliento. Fue un puñetazo directo al estómago, a pesar de saber que tarde o temprano saldría de sus labios.

—No —aclaró con rapidez.

Eso sí consiguió que él levantara la cabeza. La miró de lado, con los ojos entrecerrados y evidente extrañeza.

—¿No?

Ella negó con firmeza. Verlo tan desconcertado, tan incrédulo frente a la negativa, le desgarró el alma. Era una sensación que no le deseaba a nadie. Jamás pensó verse en un lío así.

Las lágrimas le humedecieron las mejillas, pero la noche las disfrazó.

—Maldita sea, Lindsay… —Chris apretó los puños, y ahora la miraba de frente, con una intensidad insoportable—. ¿Cuándo pasó? ¿En la noche de la gala?

Ella asintió, tragando saliva con dificultad.

Él parpadeó confuso, como si intentara ordenar piezas de un puzzle que no sabía cómo encajar.

—¿Quién…?

—Olvidemos el quién de momento —rogó abatida, bajando la mirada.

—¿Por qué? —El tono de Chris se volvió cortante, casi un látigo —. ¿Se lo has dicho? ¿Acaso él no está dispuesto a hacerse cargo?

—No nos adelantemos —volvió a suplicar.

—¿Que no nos adelantemos? —Chris se puso en pie de un salto. La sombra de su figura la envolvió cuando se inclinó hacia ella, furioso—. Te exijo que me digas ahora mismo quién es el tipo.

Lindsay se mordió la lengua. Decirle que no tenía derecho a exigirle nada sería echar gasolina al fuego. No podía, no debía… y no sería verdad.

—Yo… no sé cómo se llama, Chris —se aventuró al fin, soltando la mentira que había preparado como quien lanza un anzuelo al vacío.

Tal como había anticipado, la sorpresa se dibujó en sus rasgos.

—¿Perdona?

—Me lo presentaron esa noche y no recuerdo su nombre —improvisó, mordiéndose los labios, permitiendo que la vergüenza coloreara su voz.

Aquello no la dejaba en buen lugar y lo sabía; aun así, era infinitamente mejor que la verdad.

La reacción de Chris fue peor de lo que había imaginado. La miraba con una mezcla de espanto y decepción que le arrancaba el aire.

—Te juro que no te reconozco —murmuró con un deje de angustia en la voz que sonó más a lamento que a reproche.

Y eso, justo eso, fue lo que la quebró por dentro. La molestó, la hirió, la hizo arder de rabia y de impotencia. No pudo controlarse.

—¿Qué pasa? —inquirió, con un brillo acusador en la mirada—. ¿Tú jamás te has acostado con alguien nada más conocerla?

—Tú no eres yo. —Apretó los dientes.

—¿Por qué? ¿Porque soy una mujer? —lo desafió, con la voz cargada de furia.

—No es eso.

—¡Claro que sí! —estalló, perdiendo los nervios—. Es una cuestión de machismo retrógrado. No se nos mide por el mismo rasero.

—¡A ti no, joder! —la interrumpió iracundo.

—¡Soy una mujer adulta!

—Pues no lo parece, maldita sea —replicó, recortando la distancia hasta quedar frente a ella, con los ojos ardiendo—. No una con cabeza.

—¡Esto es cosa de dos, ¿sabes?! —lo enfrentó con la respiración entrecortada y echando fuego de pura furia por los ojos—. Así que no me acuses solo a mí de…

Se interrumpió de inmediato. ¡Por Dios, pero ¿qué demonios estaba diciendo?! Se había vuelto loca del todo. Aquel desliz fue

suficiente para calmar su furia. No podía permitirse cegarse o se le escaparían cosas que… no debía ni podía decir, no todavía, al menos.

Soltó aire con fuerza y tomó asiento para intentar serenarse.

—Estoy asustada, Chris —se sinceró con un hilo de voz—. Tengo claro que esto no es lo ideal, pero es lo que hay. Debo tomar decisiones —suspiró con una tristeza amarga—, y no sé cómo llegar hasta él.

Aquello pareció apagar un poco la furia masculina. La miró en silencio, con una expresión torturada, aunque la dureza aún latía bajo la superficie.

—¿No sabes dónde localizarlo? —su voz sonó más baja, pero cargada de incredulidad.

«Algo así».

—No.

—Pero alguien podrá decirte algo. ¿Cómo lo conociste?

—Me lo presentaron.

—¿Quién?

A Lindsay se le pasó por la cabeza algo que sabía descabellado, pero no desechó la idea. Anthony, ante la imposibilidad de hablar a solas con ella en toda la noche, había acabado escribiéndole un mensaje corto solo para decirle que le iba a costar más de lo esperado dar con el teléfono que le había pedido. Y sí…

Nerviosa, carraspeó y decidió arriesgarse. Era posible que fuera una mala idea, pero estaba desesperada.

—No te enfades —empezó diciendo.

Chris arqueó las cejas, predispuesto ya a lo peor.

—Me lo presentó el doctor… —Se le atragantaron las palabras. Si las decía, no habría marcha atrás.

—¿Qué doctor? Había montones en la gala.

Ella cerró los ojos por un segundo, como quien salta por un precipicio sin red.

—Kendrick.

Una granada que le hubiera lanzado al rostro no lo habría noqueado tanto.

—¡¿Cómo?! —bramó, con los ojos desorbitados—. ¡Dime que no fue con él!

—¡No! —casi gritó horrorizada—. ¡Por Dios, no!

El aire se volvió denso, irrespirable. ¿Cómo le contaba que la realidad era mucho más complicada que todo eso? ¡Infinitamente más complicada! No podía decírselo.

—Él solo nos presentó —aclaró—. Era mucho más joven, de tu edad más o menos.

—Ah, genial, de mi edad —sonó de lo más irónico mientras reía sin rastro de humor—. ¿Vino con Kendrick?

—Creo que no, él… ya estaba en la fiesta —carraspeó—, pero Kendrick es la única persona que puede llevarme hasta él —dijo ahora de carrerilla—. Le he pedido a Anthony que busque su teléfono, pero, al parecer, no es fácil de localizar.

—Imposible, más bien —murmuró Chris entre dientes—, que ni se moleste.

—¿Tú puedes ayudarme a dar con él? —rogó ahora—. Es evidente que os conocíais de algo, quizá…

Chris se llevó una mano al cabello, tirando de él con violencia.

—Dios, esto es una pesadilla.

—Kendrick me dio una tarjeta —insistió—, pero la he perdido, y sin ella no puedo… —se le quebró la voz— llegar hasta el padre de mi bebé.

El silencio que siguió fue insoportable. Chris la miraba con una expresión extraña, mezcla de espanto, incredulidad y algo más profundo que le estaba retorciendo las entrañas.

—¿Tienes su teléfono? —se reiteró esperanzada.

—No creo que Kendrick ni siquiera tenga uno —opinó—. ¿Acaso estaba en la tarjeta que te dio?

Lindsay frunció el ceño. No lo sabía. En realidad, la tarjeta solo fue una libreta improvisada.

—No me fijé —se limitó a decir.

—Pues te aseguro que Anthony no va a encontrar nada sobre Kendrick —sentenció con certeza—. Ni teléfono, ni email, ni dirección. Nada.

Perpleja, lo observó en silencio. No parecía decirlo para fastidiarla, sino con absoluta seguridad.

—Alguna forma de localizarlo habrá. —Tragó saliva, con el corazón en la garganta—. Por favor, dime que sí.

Sin Kendrick… no había esperanza. Se sintió enferma solo de pensarlo.

—Chris, yo… — el aire empezó a faltarle—, tengo que… encontrarlo…

La respiración se le volvió un jadeo irregular.

—Intenta tomar aire despacio —pidió él, acercándose con el ceño fruncido.

—…no puedo… no encontrarlo…

Empezaba a hiperventilar mientras sus lágrimas cobraban vida.

—Cálmate, por favor —acabó Chris abrazándola para ayudarla a respirar.

—Chris…, Dios, lo lamento tanto…

Sentía que todo su mundo colapsaba, segundo a segundo. Se dejó abrazar, temblando, sollozando sin control.

—*Shhh*, tranquila. —Su voz sonaba rota, casi tan desesperada como la de ella.

El tiempo se volvió un espejismo. Solo existían los latidos desbocados de ambos y el olor a hiedra húmeda a su alrededor.

—Intentaré encontrarlo —acabó diciendo Chris, muy angustiado, bajando el rostro para que solo ella pudiera escucharlo—. Yo… trataré de dar con él.

Lindsay lo miró con los ojos empañados, sintiendo que volvía a respirar por primera vez en minutos.

—¿Podrás? —susurró.

—No lo sé —admitió—, pero no por teléfono, Linny, es posible que tengamos que desplazarnos.

Ella asintió, dispuesta a todo, y se abrazó a él con fuerza. Allí estaba de nuevo su protector, su refugio en mitad de la tormenta, el único capaz de hacerla sentir a salvo incluso cuando el mundo parecía desmoronarse a su alrededor.

En la penumbra, oculto entre la arboleda que delimitaba la propiedad privada, alguien los observaba en silencio. Llevaba siguiendo los pasos de ambos desde la gala, vigilándolos con paciencia, aunque hasta ahora todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos, como piezas sueltas de un rompecabezas imposible. Pero estaba seguro de que su suerte acababa de cambiar.

Sus labios se curvaron apenas en una sonrisa contenida, más fría que satisfecha, antes de volver a fundirse con la oscuridad.

Capítulo 13

Dos días después, Lindsay preparaba una pequeña maleta con manos temblorosas y el corazón acelerado. La emoción la recorría como un cosquilleo eléctrico, aunque iba acompañada de un nudo de nervios difícil de deshacer. El día anterior, Chris la había llamado con noticias. Tenía una pista sobre Kendrick, una que exigía viajar, y eso bastaba para que la esperanza, diminuta pero insistente, echara raíces dentro de ella. Por su voz cortante, sabía que Chris seguía muy enfadado, era evidente en cada pausa seca, en cada palabra medida, como si no quisiera darle más que lo justo; pero también estaba dispuesto a ayudarla.

El miedo a lo que pudieran encontrar le oprimía el pecho, al igual que el temor a cómo serían esos días junto a él, tan cerca y al mismo tiempo tan lejos. Y, aun así, no podía evitar que una parte de ella se sintiera ilusionada, casi como si aquel viaje fuera una oportunidad robada al destino, aunque supiera que la realidad distaba mucho de parecerse a un sueño.

Cuando ya casi había terminado, sin pensarlo, sus manos fueron directas al pequeño dragón de peluche. Lo sostuvo contra el pecho y lo miró con una mezcla de cariño y nerviosismo, como si aquel objeto insignificante tuviera más poder del que debía. Por primera vez en muchos días, con un gesto titubeante, abrió el colgante que pendía del blandito y suave cuello…

Sintió las letras escritas dentro como un zarpazo que le arañaba el corazón.

Quiero mirarte

Apenas dos palabras, pero decían un mundo, que nadie salvo ella entendería.

Sus ojos se nublaron al instante, y un escozor ácido la obligó a apartar la vista y cerrarlo de golpe, como si quemara, respirando hondo para alejar ese recuerdo de su mente antes de que se le deshiciera el corazón.

Por suerte, un golpe suave en la puerta le dio la excusa perfecta para recomponerse. Karen asomó la cabeza y entró con una sonrisa, mientras Lindsay se apresuraba a dejar el dragón sobre la cama. La había llamado para darle unas carpetas con la documentación más importante. Durante su ausencia, sería ella quien guardara el fuerte del negocio.

Tras charlar un rato sobre trabajo, Karen acabó sentándose en la cama y la miró con mucho más que interés. Era obvio que se estaba mordiendo la lengua y a punto de estallar de pura curiosidad.

—Venga, suéltalo —suspiró Lindsay, cuando la vio abrir las aletas de la nariz por tercera vez y resoplar.

Karen no se hizo la tonta.

—*Sorry*, nena, pero todavía no entiendo del todo este viaje —sonrió con picardía—. Lo que no significa que no me encante la idea, eh, porque me encanta —aclaró—, pero tu madre cree que vas a visitar a un cliente, y que Chris va contigo para que no viajes sola, pero las dos sabemos que no hay cliente que valga, así que…

Siguió parloteando un rato sin que Lindsay la detuviera, hasta que guardó silencio, esperando una respuesta.

—Perdón, pero desconecté hace rato —bromeó Lindsay.

—¡No seas mala! —protestó—. Y cuéntame algo antes de que me estalle la cabeza de tanto darle vueltas y te ponga todo esto perdido de sesos.

Lindsay valoró la idea de sincerarse. Necesitaba hablar con alguien, pero la aterraba sentirse juzgada.

—Se me olvidaba —dijo Karen antes de que pudiera hablar—. Te he traído un regalo.

Buscó su bolso, rebuscó entre mil cosas y al fin extrajo un pequeño paquete envuelto en papel de colores llamativos, coronado con un lazo ridículamente grande.

Lindsay la miró sorprendida, aceptó el obsequio y lo desenvolvió con cuidado. Sus mejillas se encendieron cuando descubrió el contenido: una caja de preservativos tamaño familiar. Treinta y seis unidades bien apiladas y brillando como si fueran lingotes de oro.

—¡Karen! —su voz salió un par de octavas más alta de lo normal.

La mujer rio divertida.

—¿Qué? —La observó con total inocencia—. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar un arsenal.

—Te mato.

—Nena, el viaje es largo… y el roce hace el cariño. —Arqueó las cejas—. Hazme caso, mejor que sobren que no que falten.

Lindsay se llevó la mano a la frente, entre la risa nerviosa y la desesperación.

—¿Has echado lencería potente?

—¡Karen!

—¿Qué? Hay que ir preparada, nena. Si resulta que se te cae un café de forma accidental encima y tienes que quitarte la camisa frente a él porque no hay un solo recoveco donde esconderte, y te ves obligada a permanecer medio desnuda hasta que la laves y la seques porque resulta que tu maleta se perdió de forma accidental y no tienes nada que ponerte…, te alegrarás de llevar debajo ese conjuntito negro de encaje que parece sacado de un anuncio de Victoria Secret —suspiró y tomó aire—. Él se quedará sin habla, tú harás como que no te das cuenta y ¡*pum*! —le lanzó la caja de preservativos a los brazos—, resulta que la madurita del pelo azul sabía lo que se hacía.

No había forma de escuchar aquel monólogo sin reír. Aunque debía reconocer que lo primero que había metido en la maleta eran sus mejores conjuntos de lencería.

—No creo que esto me haga falta. —Le tiró la caja de preservativos de regreso.

—A Chris se le pasará el cabreo, nena, en cuanto os veáis obligados a compartir habitación porque en el pueblo donde hacéis noche haya una convención de… criadores de cobayas gigantes.

Lindsay rio con ganas.

—¿Cobayas gigantes?

—Exacto. Y todas las habitaciones estarán reservadas desde hace semanas —continuó Karen muy seria y metida en su papel—. Y querréis huir y buscar otro sitio, pero el recepcionista pelirrojo dirá algo como… —enronqueció la voz— ¡*ustedes verán, pero no hay habitaciones libres en ninguna parte, y el pueblo más próximo está a cuarenta kilómetros*! Y claro, miraréis el reloj, será medianoche…

—¡Ay, Dios, vale! —acabó aceptando Lindsay, arrancándole la caja de condones de las manos y lanzándolos dentro de la maleta—. Pero no los necesitaría ni aunque todos los astros se alinearan para que compartamos habitación.

—Mujer de poca fe.

—No es cuestión de fe, sino de necesidad —balbuceó, mordiéndose los labios—. Es que a lo mejor estoy un poco…

—Nerviosa, sí, es normal, pero…

—Embarazada más bien.

—Ah, ya, eso es… —se interrumpió de golpe y abrió los ojos de par en par—. ¡¿Embarazada?! ¿Cómo que embarazada? ¿Y cómo que un poco?

Lindsay se mordió los labios, algo avergonzada.

—Vale, un… mucho, un completo —carraspeó—, sí, embarazada del todo.

Karen la miró con el asombro más absoluto en los ojos. Abrió la boca… y la cerró de nuevo. La volvió a abrir… Nada. Ni una palabra.

—Vaya —musitó Lindsay, aún más nerviosa—. Creo que estoy presenciando uno de esos fenómenos paranormales de los que tanto se habla: Karen Foster muda. Lo nunca visto.

—Eh…, ¡¿cuándo?! —acabó articulando, perpleja.

Lindsay tragó saliva.

—El día de la gala.

—¡No!

La chica se encogió de hombros.

—¡Pero nos dijiste que no te habías acostado con nadie ese día! —le recordó perpleja.

—No…

—¡Sí, señorita!

—Dije… —carraspeó y tragó saliva— que no me había acostado… con otro.

A Karen le llevó solo un segundo procesar aquella información y, ahora sí, Lindsay temió que se le salieran los ojos de las cuencas.

—¡Ay, Dios! —exclamó, llevándose la mano a la boca—. ¡La Virgen Santa!

—Qué cristiana de repente…

—¡¿Cómo se me pasó ese matiz?! —suspiró y frunció el ceño, mirándola confusa un segundo después—. Pero me dio la sensación de que… él no…

—Y no es solo una sensación —interrumpió—, pero agradecería que no me hicieras preguntas.

—¡¿Que no te haga preguntas?! —casi graznó—. ¡Pídeme la luna, mejor! Sería más fácil.

—Karen…

Por suerte, o por desgracia para Karen, Rachel Madock tocó a la puerta y se coló en la alcoba para anunciar que Chris acababa de llegar y estaba esperando abajo.

Los nervios de Lindsay pasaron de un leve cosquilleo a ¡nivel Dios! Hasta ese momento había temido que él acabara poniendo una excusa y todo se chafara, pero no. Se iba de viaje con Chris… a… vete a saber dónde, pero poco le importaba el sitio.

Suspiró, tomó su maleta y cuando fue a bajarla de la cama, Karen se le adelantó y se la arrebató de las manos.

—Tú no cojas peso, nena —susurró, mirándola ahora emocionada.

Lindsay tomó solo su pequeña mochila y sonrió agradecida.

Todas salieron de la habitación, pero la chica acabó volviéndose desde el pasillo, corrió hasta la cama y tomó el pequeño dragón que descansaba sobre la colcha.

—Te vienes de viaje, Draco —murmuró al tiempo que lo metía en la mochila. Después acarició a Danger y le lanzó un beso—. Y tú pórtate bien, no armes ninguno de tus líos.

∞∞∞

En el salón, Chris aguardaba junto a Anthony, que había llevado a Karen hasta allí. Ambos estaban mirando el móvil de Chris.

—Yo pillaría mejor la interestatal —opinaba Anthony ahora, señalando la pantalla—. El tráfico será menos intenso a esta hora.

—Sí, calculo que en unas cuatro horas estaremos allí —afirmó Chris.

Anthony lo miró con curiosidad.

—¿Y por qué Littleton en New Hampshire? —interrogó por pura deformación profesional—. ¿Qué te hace pensar que ese tipo puede estar allí? Ni yo ni mi gente hemos sido capaces de hallar una sola pista del tal Kendrick.

Chris soltó aire con fuerza.

—No estoy seguro de encontrarlo —informó—, pero espero que desde allí podamos seguir su pista de alguna forma.

—Conoces al tipo —adivinó el inspector.

—Algo así.

—Pues qué suerte, porque yo no he sido capaz de encontrar ni una foto. —Lo miró ahora de forma inquisitiva, y Chris suspiró—. ¿Debo preocuparme?

—No, yo me encargo.

—¿Lindsay está bien? —se interesó—, porque la noto rara.

—¡Estoy estupenda! —declaró la chica con una sonrisa, sorprendiéndolos a ambos

Cuando Chris se giró a mirarla, Lindsay se estremeció. Le dedicó una sonrisa especial, solo para él, pero no pareció gustarle demasiado. En realidad, la miró como si le debiera dinero y se centró en Rachel, que le pedía ahora que tuvieran mucho cuidado, antes de disculparse para ir a la cocina a por no sé qué pequeño tentempié que Hattie había preparado para el camino.

—Voy a llevar la maleta al coche —repuso Chris, saliendo de la casa al instante.

«Mal empezamos… Ni me ha saludado», se lamentó abatida.

—Puedo darle un mamporro, si quieres —ofreció Karen, chocando el puño de una mano contra la palma de la otra.

—¿Ahora eres una matona? —sonrió Anthony mirándola con diversión.

—Lo que haga falta por mi chica —aseguró la mujer.

—¿Quieres meterte en el maletero por si te necesita durante el viaje? —bromeó el inspector.

—No sé —arqueó las cejas—, ¿te meterías conmigo?

El hombre carraspeó y miró a Lindsay, que rio divertida. Karen insistió:

—No es mucho más pequeño que la despensa de Mark, pero la postura es más cómoda.

Anthony interrumpió con premura y señaló a Lindsay.

—Esta conversación no es para la niña.

—La niña es un huevo *Kinder* —expuso Karen, volviendo los ojos.

—¡Eh! —protestó Lindsay de inmediato.

—Prefiero no preguntar —suspiró Anthony, con un gesto resignado—. Voy a aprovechar para hacer una llamada antes de irnos.

Se alejó unos metros con el teléfono en la mano.

Lindsay la miró con el ceño fruncido.

—Lo del huevo *Kinder* no ha sido gracioso.

—Mujer, ahora mismo eres lo más parecido a uno, vienes con sorpresa dentro.

Contra todo pronóstico, Lindsay no pudo evitar sonreír.

—¿Podrías darme algún detalle antes de irte? —rogó Karen, incapaz de contenerse—. Venga, ahora que estamos solas.

—No es momento.

—¡Claro que sí! No puedes dejarme con semejante *Expediente X* en la cabeza —se quejó de forma teatral—. Que soy demasiado novelera, nena, que me voy a obsesionar.

Lindsay sonrió a medias, y Karen suplicó:

—Al menos confírmame con todas las letras lo que sospecho, a ver si me estoy imaginando cosas.

—No lo veo necesario.

—Nena, si esto fuera una novela, a estas alturas todas tendríamos claro ya quién es el padre de ese niño.

—¡Por eso no hay ninguna necesidad de decirlo en alto!

—Pero…

—*Shhh*, las paredes oyen, Karen —susurró, bajando mucho la voz.

La mujer le devolvió un gesto inquieto.

—Es que las paredes tienen derecho a enterarse de que van a tener… un tabique pequeñín.

—Aún no —afirmó con cierta ansiedad.

—¿Y al menos puedo saberlo yo? —rogó—. ¡Dios, necesito entender cómo demonios es posible… edificar ahí dentro —señaló su abdomen— sin que la viga maestra lo sepa! Y con viga maestra me refiero a…

—¡Que no lo digas! Y busca otra metáfora —protestó—, esa deja mucho que desear.

—Estás esquivando el tema.

La mujer soltó un quejido lastimoso, y Lindsay resopló, derrotada, y se inclinó hacia su oído.

—Vale, pesada, resumiendo: resulta que la noche de la gala…

—Listo, ¿nos vamos? —interrumpió Anthony, llegando hasta ellas.

Ambas dieron un respingo y Karen soltó una divertida exclamación ahogada. Entre risas, Lindsay aprovechó para escabullirse hacia la puerta.

—¡Dios, Lindsay, vuelve aquí! —le gritó la mujer en un tono desesperado—, ¡me has dejado en mitad de un orgasmo!

Anthony la miró con una expresión mezcla sorpresa y diversión.

—Y ¿puedo yo ayudar de alguna manera? —preguntó con las cejas arqueadas.

Karen suspiró y lo observó con descaro.

—Entre un buen chisme y un buen polvo… —fingió sopesarlo.

—Joder, espero que elijas lo segundo.

—En el camino de vuelta te lo digo.

∞∞∞

Chris estaba apoyado en el maletero del coche en una postura despreocupada, consultando aún la pantalla de su móvil. Lindsay lo

contempló a placer mientras caminaba hacia él. Le encantaba verlo vestido con ropa informal. Llevaba unos vaqueros azules que se ajustaban a la perfección a sus largas piernas, mientras una simple camiseta negra remarcaba su cuerpo atlético, la anchura de sus hombros y la firmeza de su torso.

Lindsay se descubrió imaginando lo fácil que sería deslizar las manos por su pecho hasta perderse en él…, y el calor que le subió al rostro la obligó a apartar la mirada antes de que él la sorprendiera.

Se miró a sí misma, y al simple vestido que había escogido para el viaje, preguntándose si ella podía siquiera tentarlo lo más mínimo. Era un vestido de gasa en tonos anaranjados, abotonado por delante, que se amoldaba con suavidad a su cuerpo hasta la cintura, antes de abrirse en una falda ligera que acompasaba cada uno de sus pasos, dejando al descubierto sus largas piernas desde los muslos.

Cuando Chris alzó la cabeza, sus ojos se clavaron en ella con una intensidad desconcertante. Aquella mirada, seca y sin concesiones, bastó para acelerar el pulso de Lindsay e hizo temblar sus rodillas. Aún caminaba hacia él y, por un instante, temió tropezar antes de llegar.

—¿Podemos irnos? —fue todo lo que él preguntó.

«Ni un atisbo de sonrisa», se lamentó Lindsay, soltando un suspiro.

—Hattie está acabando de prepararnos algo de comer.

—No nos vamos de pícnic —replicó Chris con brusquedad.

Cohibida, se encogió de hombros. Aún no sabía cómo tratar con aquella versión huraña e irascible de él. Decidió probar con un poco de conversación ligera.

—He leído que Littleton es un pueblecito encantador.

—Ni idea.

—Tenemos que hacer una visita a Chutters —sugirió, obligándose a sonreír—. Dicen que es la tienda con el mostrador de caramelos más grande del mundo.

Chris la miró con acidez, como si sus palabras fueran un capricho fuera de lugar.

—Tú sabes que no vamos de vacaciones, ¿verdad?

Lindsay forzó una sonrisa, buscando suavizar el golpe.

—¿Serías tan cruel de negarme unos pocos dulces?

Lo único que obtuvo a cambio fue una mirada acerada, cortante como una cuchilla.

—Guárdate los antojos para el padre de la criatura, cuando lo encuentres —soltó a bocajarro.

La frase la dejó helada. Necesitó unos segundos para recomponerse, pero no lo logró del todo. Chris estaba mucho más enfadado de lo que había pensado. Por primera vez, se preguntó qué demonios era lo que le molestaba tanto.

—Centrémonos en el viaje —declaró Chris unos segundos después—. Necesito que tengas claro que vamos un poco a ciegas —explicó—. Al parecer, Kendrick vivió un tiempo en Littleton y…

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé —dijo sin más—, pero no tengo idea de si sigue allí o se ha mudado a la Conchinchina.

Ella asintió.

—Entiendo.

—Puede que hagamos este viaje para nada —insistió.

—Lo asumo.

—Pero si tenemos suerte y lo encontramos —continuó—, estaremos con él el tiempo justo.

Aquello la sorprendió, aunque no objetó nada.

—Vale.

—Te lo digo en serio —se reiteró—. Ni cafés, ni charlas, ni nada que no sea pedirle ese nombre y largarnos.

—Prometido —aseguró, levantando la mano como si jurara—. ¿Algo más?

Chris le sostuvo la mirada un segundo más y su respuesta llegó como un mandato:

—Sí. Me obedecerás sin protestar durante todo el viaje.

Frente a aquello, Lindsay entrecerró los ojos.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Todo el tiempo? —tanteó con el ceño fruncido.

En cualquier otro momento él habría sonreído, pero no en aquel.

—Al mínimo desacuerdo, te traigo de vuelta —sentenció.

—Pero…

—Sigo muy enfadado contigo, Lindsay —le aclaró con una voz baja y firme que no admitía réplica—, y eso no va a cambiar en breve.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró con una mezcla de desafío y herida, como si quisiera devolverle el golpe y al mismo tiempo le doliera demasiado hacerlo.

—No creo que tengas ningún derecho —acabó diciendo, con un deje de irritación en la voz.

—¿A qué?

—A estar enfadado. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Entiendo que quieras amonestarme porque esta situación —se llevó una mano al vientre— no es la ideal, pero…

—¿Quieres hacer este viaje? —la interrumpió con un tono cortante. Ella asintió, insegura—. Entonces deja de hablar.

—Pero…

—Una de las cosas que menos deseo en este mundo es volver a ver a Kendrick —aclaró con irritación—. Dame una excusa y te quedas sola.

Se dio la vuelta con brusquedad y subió al coche, cerrando la puerta de un golpe seco. Lindsay se quedó inmóvil, desconcertada. Tal vez había sido arrogante al pensar que aquel enfado tenía algo que ver con ella o con algún… resquemor personal.

¡Esperaba que estuviera celoso, qué narices! Tuvo que acabar admitiéndose a sí misma.

Para Chris, se había metido en la cama de otro y quedado embarazada, ¿cómo podía no importarle nada? ¡Si fuera al revés, ella querría pegarle con un bate de béisbol!

«Pero tú estás enamorada hasta las trancas», tuvo que admitir.

Sí, aquel era un matiz importante, pero de inmediato se recordó que ella tenía muchos más motivos que él para estar enfadada.

¡Muy enfadada!

Capítulo 14

El viaje estaba resultando interminable para Lindsay. Chris no había dicho mucho en todo el trayecto, incluso se limitaba a contestar con monosílabos cada intento de ella de entablar una conversación, así que había terminado desistiendo.

No paró en ningún momento. De vez en cuando le preguntaba si ella necesitaba ir al baño o estirar las piernas, pero frente a la negativa, el coche avanzaba sin descanso.

El paisaje cambiaba a través de la ventanilla: primero bosques espesos, luego colinas ondulantes, tramos de carreteras solitarias que parecían interminables… Hasta que, tras una curva amplia, al fin apareció Littleton. El pueblo se desplegaba como una postal detenida en el tiempo: la calle principal con fachadas de ladrillo, banderolas ondeando en farolas antiguas, un puente cubierto que se arqueaba sobre el río Ammonoosuc y, en la distancia, las montañas recortadas contra el cielo de tonos grises y ámbar. Había algo acogedor en aquel rincón escondido, un encanto inesperado que contrastaba con la tensión dentro del coche, como si el lugar prometiera una tregua, aunque Chris no pareciera dispuesto a concedérsela.

—Oye, esto es muy bonito —murmuró Lindsay, poniendo todos sus sentidos en el exterior.

Él no habló, para variar.

—¡Eh, mira! —exclamó la chica, señalando con los ojos brillantes —. ¡Chutters! Y necesito azúcar. Ahí tienes un hueco para aparcar.

Chris ni siquiera redujo la velocidad. Pasó de largo con el gesto impasible.

—¿En serio? —protestó ella, girándose a mirarlo con un deje de tristeza.

Él no respondió. Dio un par de vueltas más por el pueblo, callejeando con calma deliberada. Lindsay bufó, cruzándose de brazos, pero antes de que pudiera lanzar otro reproche, el coche se detuvo frente a la tienda de caramelos.

Lo miró con extrañeza.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un tour improvisado?

—Solo quería comprobar si estabas dispuesta a obedecer sin protestar. —Se encogió de hombros y soltó una media sonrisa menos rígida de lo habitual.

Ella volvió a cruzar los brazos y lo mató con la mirada.

—¿Y he aprobado?

—Es posible.

—Guau, qué suerte la mía —ironizó, y miró por la ventanilla—. ¿Me he ganado unos caramelos, jefe?

—No me llames así —se quejó.

—¿Prefieres amo?

—¡No! —Casi grazno—. Baja del maldito coche, Linny.

Ella sonrió a medias.

«Me ha llamado Linny», suspiró mientras obedecía.

Caminaron juntos hasta la tienda y Chris le abrió la puerta.

—Entra, yo voy en un segundo.

—Si me como todas las chuches, luego no te quejes.

—Lo superaré —repuso—, pero tengo que hacer una llamada.

Lindsay frunció el ceño, desconcertada, aunque se dejó arrastrar por la ilusión y desapareció en el interior de la tienda.

Chris, en cambio, no sacó su teléfono. Sus ojos se clavaron en un Ford aparcado tan solo unos metros más allá. Caminó por la acera en su dirección, con las manos en los bolsillos, y pasó de largo sin mirarlo. Dos segundos después rodeó el vehículo, se apoyó junto a la puerta del conductor y golpeó el cristal de la ventanilla con los nudillos.

El tipo del interior tardó unos segundos en decidirse a bajar el cristal, con un gesto de sorpresa, y Chris habló en un tono bajo pero letal.

—Tienes cinco segundos para decirme quién mierdas eres y por qué nos estás siguiendo.

El hombre al volante lo miró con frialdad. Era un tipo grandote, con el cuello ancho y unos hombros que apenas cabían entre el respaldo y la ventanilla. Tenía la mandíbula cuadrada, la mirada gélida y el aire de alguien acostumbrado a intimidar.

—No pienso decirte una mierda —gruñó, aferrando el volante con los nudillos blancos.

Chris arqueó una ceja, se inclinó sobre la ventanilla y el tipo intentó llevar la mano hacia la maneta para abrir la puerta.

—Ni se te ocurra bajarte.

El silencio se tensó un segundo, hasta que Chris lo rompió con calma calculada.

—Las cosas están así. —Señaló con un gesto de la cabeza—. La comisaría está justo ahí, al otro lado de la calle. Me bastaría con alzar la voz para que tuvieras al menos tres agentes encima, pidiendo documentación que los dos sabemos que no te interesa facilitar.

El tipo apretó la mandíbula, sin responder.

—Y te la pedirían, de eso no hay duda —sonrió—. Les bastará con echar un vistazo al faro roto y a la matrícula, con ese par de agujeros nuevos en la chapa, para darse cuenta de que algo no encaja —le dijo sin levantar la voz—. Y no solo es que la matrícula sea un apaño, además, las placas son de New Hampshire, pero la pegatina de inspección es del estado de Massachusetts… —chasqueó la lengua—. Un agente solo necesitaría mirarte dos segundos para hacerte perder la tarde entera en explicaciones.

El grandote permaneció callado, respirando por la nariz, con el pulso marcado en la sien. Al fin, se limitó a escupir:

—No tengo ningún piloto roto.

Chris esbozó una sonrisa cínica.

—¿No? Fallo mío —inclinó un poco más la cabeza y clavó una mirada letal sobre él—. Asumo que no vas a decirme por qué nos sigues —continuó—, pero vas a hacer un giro en sentido contrario aquí mismo, incluso arriesgándote a que te multen, y vas a largarte por donde has venido, justo en sentido opuesto al nuestro —sonrió sin humor—. Los dos sabemos que si terminan haciendo un registro

en el coche, pasarás en Littelton algo más que unas pocas horas, conociendo la comisaría por dentro.

Chris esbozó una de esas sonrisas peligrosas que no llegaban a los ojos.

—¿Quieres que avise a un agente o ya te ibas? —remató con la calma de quien controla la situación.

El tipo, con un gesto tenso que apenas disimulaba la rabia, encendió el motor.

Chris se enderezó y, sin prisa, se apartó unos pasos. Caminó hacia Chutters, y al pasar junto al coche hacia la acera, giró la cadera y le soltó una patada seca al faro delantero, que se astilló con un crujido limpio.

Sin mirar atrás, se guardó las manos en los bolsillos y siguió andando hacia la tienda. Ya echaba de menos… conocer el mostrador de caramelos más largo del mundo.

Al entrar lo envolvió un estallido de color: frascos y tarros de cristal alineados hasta el infinito, rebosantes de caramelos brillantes, gominolas de todas las formas y chocolates envueltos en papeles dorados. El aire estaba impregnado de azúcar, de cacao tibio, de recuerdos de infancia que no tenían nada que ver con la oscuridad que él arrastraba.

El famoso mostrador era enorme. Ocupaba casi toda la pared del fondo, donde montones de bandejas rebosantes de dulces surtidos se desplegaban como una invitación tentadora, para que los clientes pudieran catarlos y perderse en esa dulce tentación sin remedio.

Y allí estaba ella. Lindsay deambulaba frente a todas aquellas delicatessen, con una sonrisa radiante, una ilusión en el rostro que parecía iluminar cada rincón del lugar. El vestido ligero se ceñía a su cintura y seguía el vaivén de sus pasos; sus piernas, largas y firmes, habían sido un tormento constante durante el viaje.

Chris la observó en silencio, obnubilado, incapaz de apartar la vista. Aquellos últimos días lo habían convertido en un hombre amargado. El descubrimiento de su embarazo lo corroía como el ácido, la rabia lo carcomía por dentro, pero ahí estaba…, mirándola como un imbécil, sintiendo que la coraza férrea que siempre lo definía se resquebrajaba. Ya no sabía cómo sentirse, sus emociones

le estaban ganando la partida. La persona segura y contenida que solía ser se desvanecía por completo al mirarla, cada vez con más rapidez. Siempre supo que ceder a la tentación de besarla una sola vez sería su perdición. Y en aquel momento sentía las mismas ganas de abrazarla que de zarandearla por haber siquiera permitido que nadie más le pusiera ni una mirada encima.

Y entonces ella se giró, le regaló una de sus sonrisas luminosas… e iluminó todo su mundo. A pesar del enfado, de la ira que apenas podía controlar, acabó devolviéndole la sonrisa.

Lindsay escogió otra gominola de una de las bandejas y la dejó caer en su boca con un gesto exagerado, como si se tratara de un banquete de reyes. Chris negó con la cabeza, medio sonriendo.

—¿Piensas comerte toda la tienda? —murmuró en un tono que sonó más cálido de lo que pretendía.

—Quizá —repuso ella, divertida—. Aunque necesitaría ayuda.

Tomó ahora una chocolatina, le dio varias vueltas entre sus dedos comprobando la textura, olió el chocolate y acabó al fin llevándosela a la boca. Chris la observó con atención. Lindsay degustaba el dulce ahora con los ojos cerrados, saboreándolo a conciencia, dejando escapar al fin un suspiro de puro placer.

«Mierda», protestó Chris para sí cuando su cuerpo reaccionó como si aquella chocolatina formara parte de él.

Cuando Lindsay abrió los ojos y los posó sobre él, estaba demasiado absorto en ella, en su boca, su expresión de deleite…

—Tienes que probarlas —le dijo, tendiéndole ya una chocolatina hacia los labios.

Y Chris no habría podido negarse ni queriendo, así que no lo intentó.

Se inclinó hacia ella, abrió la boca y, sin dejar de mirarla a los ojos, la aceptó entre sus labios.

El sabor dulce explotó en su boca, pero lo que le erizó la piel fue la chispa de complicidad que se encendió en los ojos de Lindsay mientras él saboreaba el chocolate.

—¿Te gusta? —preguntó la chica con una mirada brillante.

Chris se lamió los labios sin dejar de mirarla.

—Me encanta.

Y la vio tragar saliva al tiempo que un sonido familiar escapaba de su garganta, arrastrándolo un poco más al infierno.

Le miró los labios, perdido en los sabores, los olores, las sensaciones.

Ahora fue él quien escogió otra bandeja, tomó una pequeña onza de chocolate, blanco esta vez, y se lo ofreció a ella con un gesto lento, casi provocador. Lindsay sonrió y aceptó el ofrecimiento, rozándole los dedos con los labios al atrapar el dulce, provocándole una descarga. Casi de forma involuntaria, Chris se llevó los dedos a la boca y se lamió el chocolate restante.

Lindsay siguió aquel gesto con los ojos y se relamió los labios, con una mirada cargada de calor, como si quisiera ser ella quien lamiera sus dedos, y su propia necesidad de devorar su boca lo asaltó de un modo insoportable. Un calor incómodo se instauró en su pecho, mientras la prueba inequívoca de su estupidez comenzaba a resultar dolorosa, contenida por la dura tela de sus vaqueros.

Se obligó a apartar la vista, endureciendo de nuevo el gesto. ¿Qué estaba haciendo? No podía permitirse flaquear. No con ella. No ahora.

Una especie de vértigo lo golpeó de inmediato. Recordó la rabia que lo quemaba por dentro desde hacía dos días, y se agarró a ella para resistir. La sonrisa se le borró del rostro y carraspeó, recuperando su rigidez.

—Termina lo que quieras comprar —dijo con voz firme, casi áspera—. Te espero en el coche.

Se giró sin darle tiempo a responder y salió de la tienda, dejando que la campanilla tintineara tras él.

Lindsay se quedó quieta, observando la puerta. La sonrisa que hacía un segundo le iluminaba el rostro se apagó, y una punzada de tristeza le recorrió el pecho. Durante unos minutos… todo había sido perfecto entre ellos.

∞∞∞

Cuando Lindsay regresó al coche, Chris la aguardaba dentro, muy concentrado en la pantalla de su móvil. Apenas la miró cuando ella se acomodó en su asiento, lo que permitió a Lindsay observarlo a placer. Algo había sucedido ahí dentro, y era muy consciente de ello. Durante unos largos minutos él había bajado la guardia y la había mirado de un modo que le hacía temblar las rodillas… y desear arrastrarlo al baño más próximo.

Sonrió con tristeza. Ojalá él la deseara tanto como para perder los papeles y rendirse al deseo hasta el punto de tomarla en un baño o cualquier otro lugar público…

«Por Dios, Lindsay, contrólate». Se ruborizó sin remedio, y se abrazó al frasco de dulces de todo tipo que traía consigo. Decían que el chocolate era el sustitutivo para el sexo, pero no era eso lo que le había parecido ahí dentro, habría jurado que era más bien el desencadenante perfecto. Acarició el bote, preguntándose si sería tan insensato intentar recuperar aquel instante de dulzura y sensualidad.

—¿Qué buscas? —interrogó antes de ceder a la tentación.

—La dirección de la oficina de correos —explicó.

—¿Para qué?

—Porque es nuestro pasaje hasta Kendrick.

Ella lo miró confusa. La mente de Chris solía fascinarla a menudo.

—¿Puedes explicarte un poco más?

—Necesitamos una dirección física.

—Pensé que ya la tenías.

—Aún no —dijo como si hacerse con ella fuera tarea sencilla—, pero jamás encontraremos nada en Internet.

—Sí, escuché tu conversación con Anthony —admitió—. ¿Cómo es posible que no haya ni rastro? Una identificación, una licencia de conducir… —torció el gesto con extrañeza—. Es un doctor de prestigio, ¿cómo puede ser un fantasma?

—No intentes buscarle un sentido a Nathan Kendrick —sonó seco —. Pero si queremos encontrarlo, la oficina de correos es la puerta, y yo voy a abrirla.

Y lo decía con absoluta seguridad, pero al mismo tiempo sin ningún tipo de presunción. Lindsay lo observó con curiosidad. Chris jamás hacía gala de su inteligencia, pero siempre veía hilos donde los demás solo percibían caos. Era meticuloso y sorprendentemente rápido para conectar causas y consecuencias, y tenía una capacidad asombrosa para saber lo que todo el mundo parecía estar pensando en cada momento. Por eso era tan impresionante en su trabajo. Después de diez años, Lindsay sabía leer esos gestos quedos. Cuando Chris callaba y se concentraba, significaba que ya había trazado varias jugadas por adelantado.

—134 de Main Street —dijo casi para sí—. Perfecto, busquemos un negocio a las afueras.

Lindsay era consciente de que solo elucubraba para sí y no hablaba con ella, pero aun así se esforzó en preguntar, confusa:

—¿Un negocio?

—En la oficina de correos no nos darán la dirección sin más —aclaró, o eso pensó, porque aquella información y nada eran lo mismo para ella.

Decidió permitir que él terminara de hacer… lo que fuera que estuviera haciendo sin molestarlo.

—Una floristería… no… —murmuraba mientras pasaba pantallas —. Muebles… tampoco. ¿Una imprenta? —Sonrió—. Sí, eso puede funcionar.

Hizo varias búsquedas más, muy concentrado, mientras lanzaba nombres en alto, como intentando memorizarlos. Personas, ciudades que no había escuchado jamás…, pero no apuntaba nada. Dos minutos después, por fin se giró hacia una atónita Lindsay.

—¿Ya has acabado? —interrogó la chica en un tono alegre.

—Sí, yo…, ¡joder, no lo había más grande! —ironizó, señalando el enorme bote cargado de dulces que ella acunaba en sus brazos.

Lindsay esbozó una sonrisa risueña.

—No es para tanto.

Chris frunció el ceño.

—A lo mejor me he pasado un poco —acabó aceptando, divertida.

—¿Tú crees? —sonrió a medias—. Esa cosa necesita un asiento individual para él solo.

La risa cantarina de Lindsay inundó el habitáculo.

—No, en serio, habrá que pasarlo atrás y ponerle el cinturón de seguridad —insistió Chris.

Durante unos instantes ambos sonrieron y bromearon. Hasta que él pareció recordar que estaba enfadado y se cargó el ambiente.

Lindsay suspiró cuando lo vio ponerse odioso de nuevo.

—Abróchate el cinturón —exigió.

—Eso es fácil decirlo —protestó Lindsay, soltando el bote de dulces a sus pies—. Podrías arreglarlo un año de estos.

El cinturón de seguridad del copiloto estaba roto desde hacía siglos. Había que tirar de la parte superior con delicadeza, mantener la cinta recta, o de lo contrario se viraba y encajaba solo a medias en la hebilla, para acabar soltándose en el momento menos pensado. Ella forcejeó un par de segundos, frustrada.

—No es tan difícil —replicó Chris, con esa calma exasperante.

Antes de que pudiera responder, se inclinó sobre ella. El movimiento fue lento, deliberado, y de pronto Lindsay lo tenía encima, invadiendo su espacio con el calor de su cuerpo. La tela de la camiseta rozó su brazo desnudo y el olor de su *aftershave* la envolvió.

Chris tomó el cinturón con firmeza, maniobrando con paciencia, como si estuviera disfrutando del instante y quisiera prolongar el momento. Cada vez que tiraba de la cinta, sus hombros rozaban los suyos y el aire entre ellos se espesaba.

Ella lo miró, incapaz de apartar la vista. Sus ojos se encontraron a medio camino y ninguno cedió. La hebilla chasqueó al fin, pero Chris no se retiró enseguida. Permaneció allí, demasiado cerca, con la respiración de ambos entrelazándose.

Durante un segundo, Lindsay estuvo segura de que iba a besarla.

En cambio, él se incorporó despacio, con esa media sonrisa torcida que no aclaraba nada.

—Ya está. No era tan complicado, ¿ves?

Y volvió la vista al frente, como si nada hubiese pasado.

Cuando se detuvieron junto a la oficina de correos, Lindsay aún sentía los cientos de miles de mariposas montando una algarabía, atrapadas en su pelvis. Y los treinta minutos que tuvieron que esperar en el coche para un supuesto cambio de turno que Chris estaba seguro que se iba a llevar a cabo en la oficina no ayudaron a calmarlas. Ella se moría por sugerir cómo podían matar el tiempo, pero a Chris se le ocurrió que era el mejor momento para degustar los delicatessen varios que Hattie había empaquetado para ellos. Así que además de tener que controlar las ganas de gritarle como una loca que lo único que quería comerse era su boca, tuvo que soportar que él la regañara por comer tantos dulces que ahora era incapaz de probar bocado.

Capítulo 15

La oficina de correos de Littleton olía a papel y café rancio. Detrás del mostrador, un hombre entrado en años movía sobres con la parsimonia de alguien a quien nunca matará el estrés. Chris apoyó la mano en la encimera con una calma estudiada. Lindsay se mantuvo detrás, a la expectativa, sosteniendo una carpeta llena de folios en blanco que él le había dado al bajarse del coche mientras le susurraba: sígueme el rollo.

—Buenos días —dijo Chris en tono afable, con un marcado acento inglés, y al mismo tiempo con ese leve deje de quien ha trabajado décadas en tratos cara a cara—. Soy Tom Gallagher, de la imprenta Hanover. Mandé unos trípticos y unas tarjetas de visita esta mañana para el P.O. Box 315, y parece que algo se devolvió. ¿Podría comprobar si ya han recogido el pedido? Me urge confirmarlo para que la factura quede registrada. El chico del almacén no tomó bien los datos y ahora nos vemos en un problema.

Lindsay intentó no mirarlo con el asombro escrito en sus ojos verdes. ¿Todo aquello había salido de los pocos minutos que había estado mirando internet? ¿Y a santo de qué el acento? ¿Y cómo demonios le salía tan perfecto?

El hombre le devolvió la sonrisa con amabilidad.

—¿De qué parte de Inglaterra es usted, amigo? —preguntó mientras se dirigía al ordenador. Su propio acento inglés era inconfundible, incluso para Lindsay, que lo reconoció enseguida, asombrada.

Chris sostuvo la mirada, inclinando apenas la cabeza con una cortesía medida.

—Oxford —respondió con naturalidad—. Aunque llevo años saltando de un lado a otro.

El empleado asintió, más dispuesto a ayudar. La ilusión de familiaridad ya estaba sembrada, y Lindsay… más perpleja que nunca.

Chris no forzó nada más, solo dejó que la sensación de hermandad recién formada hiciera el trabajo.

—¿Imprenta Hanover, eh? —murmuró el hombre, tecleando en su ordenador—. Suelo ser yo quien gestiona vuestros envíos, pero hoy tengo turno de tarde y acabo de llegar.

—Me hago cargo.

—¿Dice que eran dos paquetes?

—Correcto, sí —Chris frunció el ceño como si hiciera memoria—. Eran dos cajas con nuestro logotipo por fuera.

—Una paloma, si no recuerdo mal —expuso el tipo.

—Casi, un colibrí —aclaró Chris.

Ambos sonrieron, y Lindsay no podía dejar de mirarlo embobada. Aquello era ser meticuloso.

—Aquí no veo nada —empezó a decir el hombre.

—¿Pueden haberse devuelto los dos?

—O que no se registrara y el cliente se los haya llevado ambos.

—Pues esto es un problema —suspiró Chris con preocupación—. El chico del almacén solo anotó el número de Box, así que ahora no tenemos ni idea de a nombre de quién debemos hacer la factura. Sé que quizá va contra las normas, pero ¿podría facilitarme al menos el nombre de la persona que lo tiene contratado?

Lo soltó con toda la naturalidad del mundo

—Uf, eso está difícil.

—Lo entiendo, y no le pido la dirección ni nada parecido —insistió—, solo un nombre. Con suerte lo tendremos registrado en nuestra base de datos.

El hombre dudó un segundo, pareció valorarlo y acabó sonriendo.

—Porque es usted un compatriota… —ensanchó la sonrisa aún más—, y no se ven muchos por aquí.

—No sabe cómo se lo agradezco.

—¿Qué número de Box dijo?

—El… ¿315? —Miró a Lindsay con un gesto interrogante.

La chica carraspeó y, muy seria, abrió la carpeta con cuidado y examinó el primer folio en blanco.

—Correcto, sí —aseguró con rotundidad.

—315… —El hombre accedió a la base de datos mientras la pareja aguardaba en silencio.

El corazón de la chica bombeaba sangre a marchas forzadas. Dios, ¡lo estaba pasando en grande!

—El registro indica que el Box está activo y a nombre de Roy Parker.

Lindsay estuvo a punto de soltar una exclamación de desconcierto.

¿Quién demonios era Roy Parker?

Pero Chris no dijo nada al respecto. Se limitó a dar las gracias y sonrió con cortesía y estudiada gratitud.

—No sabe cuánto se lo agradezco —afirmó—. Espero que la suerte nos sonría y dispongamos de una ficha con la dirección del señor Parker. —Esbozó una amplia sonrisa—. Si necesita algo de la imprenta, pásese por allí y le haremos un descuento.

El empleado asintió satisfecho. Chris se giró dispuesto a irse.

—Aguarde, señor Gallagher.

Lindsay miró a Chris de reojo y lo vio esbozar una sonrisa de espaldas al tipo antes de volverse.

—27 River Road —dijo el hombre casi en un susurro—, pero yo no le he dicho nada.

Chris se acercó con una sonrisa enorme, le tendió la mano y se la estrechó con efusividad cuando recibió la del hombre.

—Estoy en deuda con usted.

En cuanto salieron afuera, Chris y Lindsay intercambiaron una mirada que no necesitaba palabras. Caminaron hasta el coche, en silencio, y fue ella quien rompió la quietud al subirse.

—¡Eso ha sido alucinante! —alabó, todavía con la euforia del triunfo en la voz.

Chris asintió, algo rígido.

—Sí, acabamos de engañar a un hombre para que se juegue su puesto de trabajo. —Esbozó una mueca cínica que no llegó a sus ojos.

Lindsay lo observó algo sorprendida. Lo vio apretar la mandíbula, de veras parecía sentir aquel triunfo un tanto amargo.

—Pues a mí me has puesto como una moto —admitió entre suspiros—. No te voy a engañar.

Se encogió de hombros como si acabara de decir algo de lo más normal. Miró a Chris con una sonrisa pícara y añadió:

—Me vendría genial que me abrocharas el cinturón de seguridad —arqueó las cejas—, para rematar la jugada.

Recibió un amago de sonrisa, tal y como esperaba.

—¿No? —suspiró resignada tras unos segundos—. Entonces me comeré otro bombón.

Tomó el frasco, lo abrió y escogió uno de los más grandes. Le dio un bocado y le tendió la otra mitad a Chris, que esta vez no se la jugó y lo tomó con la mano antes de llevárselo a los labios.

Cuando se metió el medio bombón en la boca, torció el gesto. Después, miró a Lindsay, que contenía la risa a duras penas.

—Qué cabrona… —murmuró.

Y entonces ella estalló en carcajadas mientras lo veía hacer evidentes esfuerzos para tragarse el chocolate relleno de coco, muy consciente de que Chris odiaba aquel sabor con todas sus fuerzas.

Frente a sus carcajadas, él acabó sonriendo mientras ponía el coche en marcha.

—Esta me la vas a pagar.

—Ha merecido la pena solo por verte la cara —reconoció, muerta de la risa.

—Qué simpática —declaró mientras metía la dirección en el GPS.

Lindsay lo observó con atención. Ella ya no era capaz de recordar la dirección completa, pero sabía que Chris sí lo haría. Nunca alardeaba de ello, aunque tampoco escondía que tenía memoria fotográfica, algo que a ella no dejaba de sorprenderla.

—¿Crees que Kendrick estará en esa dirección?

—Ni idea, pero no tenemos otra cosa de la que tirar —le recordó, poniendo el coche en marcha.

—¿Y quién será el tal Roy Parker?

Chris la miró con las cejas arqueadas.

—¿Crees que soy adivino?

Lejos de molestarse, Lindsay sonrió.

—Mago —suspiró—. Lo que has hecho ahí dentro ha sido…

—Simple persuasión —completó por ella—, o manipulación mental, llámalo como quieras.

Iba centrado en la carretera y Lindsay lo observaba a placer.

—Pues eres un experto, no me extraña que seas tan bueno en tu trabajo.

Él esbozó una sonrisa ácida, y la chica tuvo la sensación de que aquello no lo había encajado como un cumplido, pero ella estaba fascinada.

—Tu acento inglés es impecable —dijo unos segundos después —. James Bond no sonaría más británico que tú ahí dentro.

—Los acentos son fáciles —se encogió de hombros—, todos se reducen a lo mismo. Solo tienes que conocer el ritmo, colocar bien las pausas… Con unas cuantas pautas muy simples ya lo tienes.

Lindsay lo miró, arqueando una ceja.

—¿Eso significa que puedes poner más acentos aparte del inglés? —Él asintió—. ¿Cuáles?

—Cualquiera, supongo, estudiando un poco la cadencia. —Se encogió de hombros como si aquello fuera algo de lo más normal.

—¿Y por qué yo no lo sabía?

Él sonrió.

—No lo sabes todo de mí.

Lindsay frunció el ceño. Sí, eso era una verdad inexorable. En realidad, si se paraba a pensarlo, era poco o nada lo que sabía de la vida de Chris antes de llegar a ella. Y no podía evitar sentir mucha curiosidad, cada vez más.

—¿Y si quisiera saberlo? —se aventuró.

Aquello ya no pareció agradarle.

—Hay cosas que es mejor no saber, te lo aseguro —repuso sin mirarla.

—¿Por qué?

—Porque de algunas no me siento orgulloso —admitió.

—Todos tenemos cosas que cambiaríamos, ¿no? —Se encogió de hombros—. Y lo importante es la persona que eres ahora.

—El pasado siempre te encuentra, Linny —afirmó en un tono amargo—. Da igual cuánto intentes huir.

Lo miró abatida. Por primera vez, fue consciente de cuánto se guardaba.

—Chris, si necesitas hablarlo…

—¿Y arriesgarme a dejar de gustarte? —Se esforzó tanto en sonreír que Lindsay tuvo que aceptar la retirada.

—No es por nada, Chris, pero estás presuponiendo que me gustas.

Ahora él sí rio con ganas.

—*Touché* —concedió.

—¡Oh, francés! —sonrió la chica—. ¿También lo imitas?

—*Oui*, *mademoiselle,* y es de mis preferidos—dijo con un acento perfecto—, aunque mejor que hablarlo, prefiero… practicarlo.

A Lindsay se le aceleró el corazón, aunque tenía un problema serio. Sabía que acababa de hacer algún tipo de comentario sexual, pero… no tenía muy claro qué. Aunque no podía preguntar.

—Oh, sí —suspiró sin pensarlo—, a mí también me gusta mucho el francés.

«Y más si es contigo…, sea lo que sea», se dijo, tragando saliva. «¿Un beso francés no era un beso con lengua?».

Él la miró de reojo con cierta sorpresa por el abierto comentario.

—¿Y lo practicas muy a menudo? —se interesó.

Por su tono de voz y la mirada que le lanzó tuvo claro que no estaban hablando de un beso, pero ya no podía echarse atrás sin arriesgarse a que se burlara de ella durante los próximos cien años.

—Pues sí —carraspeó—, es mi parte preferida… del idioma.

«Ay, Dios, Lindsay, para ya», pero no podía.

—Sí, soy… pro-francés total —insistió.

«Solo espero que no estemos hablando de algún tipo de perversión rara», comenzaba a preocuparse.

—*Mon dieu, mon petit* —sonrió Chris con una mezcla de diversión y malicia, hablando con perfecto acento francés—. Cuidado, que me están dando ganas de pararme en la primera cuneta que encuentre.

Lindsay se esforzó por sonreír.

—Así que ¿a ti también te gusta bastante? —indagó como si estuvieran hablando de un donut.

Él le devolvió una mirada irónica.

—¿Conoces a algún tío al que no? —interrogó.

Lindsay sacó su móvil en el acto. Ya no podía permanecer en la inopia. Y solo tuvo que ponerlo en *Google* para tener claro de qué estaban hablando.

«¡Sexo oral!».

—A mí, además —puntualizó Chris en ese instante, mirándola de reojo—, me encanta devolver el favor.

«¡Ahí tienes un área de descanso!», estuvo a punto de gritarle Lindsay. El solo pensamiento revolucionó cada hormona de su cuerpo.

Con la cantidad de novelas románticas que había leído y aun así acababa de aprender lo que se conocía como *hacer un francés*.

—Qué políglota —carraspeó, ahora algo avergonzada, aunque intentando sonar divertida—. Y seguro que has… conversado con media Francia.

Él admitió con un gesto divertido:

—Lo hablo todo lo que puedo, sí, me encantan los idiomas.

«Claro, cómo no, como buen mujeriego…». Aquello le molestó, y más cuando él añadió:

—Pero estaba convencido de que tú no los hablabas, hasta la gala, claro.

—Pues ya ves —esbozó una sonrisa intentando disimular su azoramiento—. Fíjate que no sé si podré contenerme durante el viaje. A lo mejor necesito buscarme a alguien.

«¡Hala, viva!».

—Soy… parlanchina —añadió.

«Lindsay, te estás coronando…».

Recibió una mirada acerada como respuesta.

—Ni se te ocurra pensarlo, *bambina*.

—¿Eso no es italiano?

—Y yo qué sé —suspiró, y añadió en un murmullo solo para sí—: si hace rato que la sangre no me riega el cerebro.

Capítulo 16

Cuando se detuvieron en el 27 de River Road, a Lindsay le temblaban las manos sobre el regazo. De repente, le aterraba lo que podía suceder en los próximos minutos si Nathan Kendrick resultaba estar allí.

Chris se bajó del coche, observó la casa durante unos largos segundos y acabó dándole la vuelta al vehículo para abrirle la puerta a Lindsay, extrañado.

—¿Qué haces?

La chica intentó sonreír.

—Estaba… mirando unos mensajes —mintió, y no tuvo más remedio que bajarse.

La casa era una construcción de madera pintada en blanco, con el tejado grisáceo y un porche delantero que en otro tiempo debió de ser acogedor. Ahora, las cortinas parecían marchitas tras los cristales, y la entrada se veía desangelada, como congelada en el tiempo.

—Me temo que aquí no vive nadie desde hace bastante —opinó Chris sin dudarlo.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué piensas eso?

—El césped lleva semanas sin cortarse, las flores del parterre están secas y en el buzón no cabe un solo folleto publicitario más —enumeró con calma.

Sí, aquello tenía sentido. Lindsay soltó un suspiro de decepción.

—Así que ¿hemos hecho el viaje para nada?

—Bueno, antes de tirar la toalla, vamos a echar un vistazo dentro —propuso Chris.

Ella lo miró incrédula.

—¿Quieres colarte en la casa?

—Ya que estamos aquí… —Se encogió de hombros como si fuera lo más lógico.

Por un momento, Lindsay creyó que bromeaba, hasta que lo vio avanzar hacia la entrada. Se apresuró a seguirlo, con el pulso acelerado.

—¿Y esto no es delito?

Chris le dedicó una media sonrisa.

—Solo si te pillan.

Recibió un golpe en el hombro como respuesta, pero aquello no le borró la mueca jocosa.

—¿Llevas una horquilla en el pelo? —preguntó divertido—. Me he dejado el juego de ganzúas en el otro pantalón.

—No te burles —protestó, aunque un rubor le asomaba a las mejillas frente a un recuerdo que debería olvidar. Esa no sería la primera vez que le veía forzar una cerradura.

«Dios, Lindsay, no es momento para recordar aquello…».

—Por un instante he creído que de verdad ibas a…

Chris no la dejó terminar.

—Tiene que haber otra entrada. —Le tomó la mano y tiró de ella para rodear la casa.

Estaba en lo cierto, había una puerta trasera mucho menos robusta justo al otro lado.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó cuando lo vio comprobar el pomo.

—No quieres saberlo.

Lindsay guardó silencio y se limitó a observarlo. Chris sacó su cartera y de ella una tarjeta de crédito. No explicó nada, no hacía falta, solo se inclinó sobre el cerrojo… Sus manos trabajaron con la calma de quien no improvisa, sino que tiene muy claro lo que debe hacer. En un gesto medido, apoyó la tarjeta, la deslizó y el pestillo cedió con un pequeño sonido seco.

—Ay, Dios —exclamó Lindsay entre asombrada y escandalizada.

—Las casas viejas no se defienden demasiado bien —bromeó Chris, atravesando el umbral, y le tendió una mano a ella—. ¿Vienes o prefieres quedarte a vigilar?

Lindsay lo fulminó con la mirada, pero acabó tomando su mano. La adrenalina le ardía bajo la piel.

Dentro de la casa se respiraba un silencio pesado. Las cortinas, corridas; una mecedora con la funda raída; una mesa con una taza vacía, casi amarillenta, olvidada en el tiempo, y algunos muebles sueltos más. Lindsay tragó saliva y miró a Chris. Ya no había diversión en sus ojos, solo concentración, pero ni un resquicio de culpa.

—Hace más tiempo del que pensaba que Kendrick se marchó de aquí —opinó Chris mirando a su alrededor.

—Suponiendo que alguna vez haya estado —le recordó Lindsay —. Hasta donde sabemos, esta casa pertenece al tal Roy Parker.

Chris guardó silencio mientras revisaba la taza que había sobre la mesa del salón. Blanca en otros tiempos, ahora lucía un color casi ocre. En el exterior tenía escrita solo una frase: nada como un buen chocolate junto a la chimenea.

—¿Te la quieres llevar de recuerdo? —ironizó Lindsay—. Lástima que tú no tienes chimenea.

Él sonrió y se giró a mirar a su alrededor.

—¿Y ves alguna aquí?

—Solo la del cuadro. —Señaló, encogiéndose de hombros—. ¿Podemos irnos?

Concentrado de repente en la pintura que ella había señalado, Chris la estudió a conciencia. Era uno de los pocos adornos colgados en las paredes, un lienzo en tonos apagados que representaba una chimenea encendida, con llamas de un rojo irreal ardiendo en la pintura.

Caminó hasta el cuadro y, sin dudarlo un segundo, la descolgó de la pared.

—¿Qué estás…?

A Lindsay no le dio tiempo a formular la pregunta completa. Se quedó muda en cuanto vio que en la parte trasera del cuadro, pegado con cinta adhesiva al mismo, había un sobre de plástico.

—Ostras, ¿qué es? —preguntó intrigada, olvidándose ahora de sus nervios, absorta en el descubrimiento.

Chris ya estaba en busca de la respuesta. Sacó del sobre un papel doblado en varias veces que resultó ser un mapa de la costa este de Estados Unidos. En el estado de Maine, un círculo rojo hecho con rotulador rodeaba la ciudad de Greenville. Junto a él, alguien había garabateado una serie de números.

—¿Qué demonios son esos números? —interrogó perpleja

Como siempre, Chris tenía la respuesta.

—Coordenadas.

—¿Para llegar al lugar que marca el círculo?

—Tiene pinta, sí —admitió.

—¿Y qué habrá allí? —La curiosidad podía con ella.

—Si tienes suerte, Nathan Kendrick —opinó Chris.

La chica le devolvió un gesto de sorpresa, y más aún cuando lo escuchó preguntar:

—¿Conoces Greenville?

Recibió una expresión de asombro. Lindsay lo miró como si se hubiera vuelto loco del todo.

—No lo dices en serio. —Frunció el ceño, observándolo con más atención—. ¿Por qué narices crees que eso tiene algo que ver con el paradero de Kendrick?

Chris soltó aire con fuerza. En su gesto se adivinaba que no se sentía cómodo con la conversación, y Lindsay lo conocía demasiado bien.

—¿Qué no me estás contando, Chris? —preguntó convencida.

Él la miró con una seriedad absoluta.

—¿Confías en mí, Linny? —dijo como única respuesta.

Ella clavó una mirada seria en sus ojos. No había nadie en el mundo en quien confiara más. Se limitó a asentir.

—Bien, entonces haremos noche en Littelton —contó—, y por la mañana saldremos para Greenville. Calculo que debe de haber unas tres horas de viaje.

Con cierta incredulidad, Lindsay interrogó:

—¿De verdad crees que Kendrick puede estar allí?

—Mañana saldremos de dudas. —Se encogió de hombros—. De momento, vamos a buscar un hotel.

Lindsay asintió y, mientras caminaba hacia la puerta, se encontró pensando en si podía tener suerte y que la convención de criadores de cobayas gigantes se estuviera celebrando justo en aquel momento.

∞∞∞

La suerte no la acompañó. Incluso el hotel más céntrico de Littelton disponía de espacio suficiente como para alojar a un equipo de rugby. Tuvo que conformarse con que les dieran habitaciones contiguas, pero ¿para qué le servía eso?

Habían cenado juntos en un pequeño restaurante, muy cerca del hotel, mientras consultaban la ruta para el día siguiente. Después disfrutaron de un largo paseo por el centro de Littelton, que resultó tener un encanto peculiar, y justo cuando las cosas se ponían interesantes y algo más personales, Chris había dado por finalizada la velada, mirándola igual que si a ella le hubieran salido cuernos de repente y huir fuera la única opción para salvar la vida.

Ahora, tras la ducha menos relajante de su vida, estaba sentada en la cama de su habitación, sola, mirando hacia la pared contigua intentando atravesarla con la imaginación. ¿Qué estaría haciendo él al otro lado? ¿Estaría pensando también en ella?

«Soñar es gratis», suspiró, abrazándose a sí misma. «Al menos tengo mi dosis de azúcar…».

—¡No! ¡Mierda! —Se llevó las manos a la cabeza—. ¡Me he dejado el tarro en el coche!

Sin pensarlo dos veces, salió disparada de la habitación y golpeó la puerta de Chris con insistencia, hasta que este abrió entre protestas irritadas.

—¡¿Qué se está quemando?! —gruñó.

Lindsay, sin embargo, se quedó sin voz…, por fortuna, porque de haber podido hablar le habría gritado que era ella quien ardía por dentro. Chris acababa de salir de la ducha y estaba frente a ella con el pelo aún húmedo, chorreándole agua por el cuello y el torso desnudo, y apenas cubierto por una toalla anudada a la cintura. El

vapor de la ducha todavía parecía seguirlo y la chica casi no podía respirar. ¡Aún peor! No conseguía apartar los ojos de él, que era, por mucho, la imagen más sexi que había visto jamás. Ni el protagonista de novela mejor descrito del mundo se acercaba ni de lejos a la visión de aquel cuerpo frente a ella.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —acabó exigiendo él con una expresión irritada.

Ella le devolvió un gesto de desconcierto. Si intentaba hablar, solo le saldrían balbuceos incoherentes.

—Lindsay…

—¿Eh?

—Deja de mirarme como si estuviera dentro de tu frasco de dulces —ahora sonó a ruego.

Aquella mención le devolvió algo de cordura.

—¡Mi frasco de dulces! —exclamó—. Me lo he dejado en el coche.

—¿Y?

—Lo necesito.

—¿Para provocarte un coma diabético? —ironizó.

—Eso es problema mío —replicó—. ¿Puedes darme las llaves del coche?

«Antes de que empiece a babear y forme un charco en el suelo», suspiró, sin poder comportarse con normalidad.

—Pues no —negó él—. No pegarás ojo si te pones ciega de azúcar a estas horas.

Aquello la enfureció.

—¡No me trates como si fuera una niña! —protestó.

—La respuesta sigue siendo la misma —declaró Chris, e intentó cerrarle en las narices.

—¡Ni se te ocurra! —Golpeó la puerta.

—Regresa a tu cuarto, Lindsay, por favor. —La miraba con una expresión seria, cargada de una incomodidad evidente.

¿Sería porque estaba desnudo?

A Lindsay le dio igual. Lo empujó con ímpetu y se coló en la habitación, ignorando las protestas masculinas. Después miró a su alrededor intentando localizar el llavero.

—¿Qué demonios crees que haces?

—Dame las llaves y me iré.

Él se giró hacia otro lado y Lindsay se desesperó.

—Hace calor, Chris —le recordó—, así que mañana por la mañana es posible que mis queridos chocolates se hayan convertido en una enorme boñiga de vaca, y será culpa tuya —corrió hacia él y se puso delante de nuevo, tendiéndole una mano—. Las llaves.

Chris apretó los dientes y suspiró con fuerza.

—¿Y piensas bajar de esa guisa o vas a tener la decencia de vestirte antes?

Lindsay se sintió desconcertada por unos segundos. Después se miró la indumentaria que llevaba puesta… y un calor enorme subió hasta sus mejillas.

—Eh…, esto…

«Por Dios, ¿cómo no me he dado cuenta?», se lamentó azorada. En su afán por tocar a su puerta con la excusa perfecta, no había reparado en que apenas llevaba puestos unos shorts minúsculos y una camiseta ligera, que ni siquiera le llegaba al ombligo. Aun así, no dio su brazo a torcer.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—He visto *streepers* más vestidas que tú.

—Si tanto te molesta, no me mires.

—Yo no tengo problema para eso —aseguró—, pero el resto de hombres con los que te cruces no creo que cierren los ojos. —Se giró, rompiendo el contacto visual, y murmuró por lo bajo—: Ningún otro se arriesgará a morir congelado para mantenerse a raya.

Lindsay frunció el ceño.

—¿Qué demonios estás murmurando? —se quejó.

Chris se giró a mirarla, y durante unos segundos lo hizo a conciencia, de arriba abajo, provocando que Lindsay sufriera un cortocircuito.

—Yo bajaré a por el maldito frasco, ¿te parece bien? —replicó malhumorado—. En cuanto te largues y me dejes vestirme.

Lindsay estaba de acuerdo en todo… menos en lo de vestirse. Aquello no le parecía una idea brillante. Más bien sobraba ropa, aquella toalla era…

«¡Un momento! ¿Llevará algo debajo de la toalla?».

Se deleitó con la idea y aquel pensamiento convirtió su cuerpo en una estufa. Moría por acercarse, tirar de aquel pedazo de tela y pasear sus manos por…

—¡*Aggrr*! ¿Qué narices haces? —protestó, saliendo del trance mientras él tiraba de su brazo y la ponía ahora de patitas en mitad del pasillo —. ¡Eres un…!

No pudo terminar. Un portazo en la cara fue todo lo que obtuvo como respuesta.

No tuvo más remedio que regresar a su cuarto.

¿Qué mosca le había picado para echarla así?

Idiota. Imbécil. Tonto del culo.

«¿Tonto del culo?», se quejó su yo interno. «Venga, Lindsay, puedes hacerlo mejor…».

Se dejó caer en la cama, desmoralizada. Tomó el pequeño dragoncito entre sus manos, al que miró con los ojos de repente acuosos.

—¿Por qué no puede vernos, Draco? —suspiró abatida.

Diez minutos después, cuando ya había pasado los cien canales de televisión de ida y de vuelta, llamaron a la puerta con el mismo ímpetu que ella antes.

—¡Que te aprovechen! —le dijo Chris, poniéndole el frasco de dulces en los brazos.

La pilló tan desprevenida que para no dejar caer el bote tuvo que soltar el peluche que llevaba en la mano. Fue Chris quien se agachó a recuperar el dragón, que miró con una expresión de disgusto.

Lindsay recorrió la distancia hasta la cama, soltó el frasco y regresó a por Draco. Cuando tendió la mano para recuperarlo, Chris la esquivó.

—Así que este es el peluche de marras… —Lo miraba muy serio.

La tensión en el rostro de Lindsay era extrema. Sería posible que él…

—¿Lo habías visto antes? —preguntó con el corazón en la garganta.

Chris volvió a revisarlo.

—No, tu madre me dijo que andabas con este bicho como alma en pena por todas partes.

«Gracias, mamá», se lamentó.

—¿Te parece un bicho? —protestó

Chris lo observó mejor.

—Es feo.

—¡Y tú un idiota! —se quejó de inmediato, intentando recuperarlo.

Él volvió a esquivarla y se adentró en la habitación huyendo de ella.

—¡Devuélvemelo!

El gesto de burla de él era innegable.

—¿No eres mayor para peluches?

—Tiene un valor sentimental —aclaró.

—Sí, ya lo veo, hasta el punto de traerlo contigo.

¿Por qué parecía molesto? Lindsay estaba desconcertada. Si tan solo supiera lo absurdo que sonaba…

Chris volvió a mirar el peluche con una expresión de disgusto.

—¿Te lo regaló él?

Lindsay tragó saliva. Aquello era lo que le faltaba.

—¿Quién?

—No te hagas la idiota. —Apretó los dientes.

—Hay cosas que no son de tu incumbencia.

—¿Que no lo son? —Sonrió sin humor—. Te recuerdo que estoy aquí para ayudarte a encontrar a ese tipo.

Parecía destilar amargura. Ella soltó un improperio.

—Pues en este momento no sé si quiero encontrarlo o mandarlo al carajo —replicó muy enfadada—. ¡Dámelo!

Él volvió a esquivarla y se alejó con el peluche, mirándolo ahora con una expresión rara. Para asombro de Lindsay, acarició el colgante que Draco llevaba al cuello, como si de repente entendiera que podía haber un mensaje dentro, y frunció el ceño.

—Ni se te ocurra —exigió Lindsay cuando vio que tenía toda la intención de abrirlo.

—¿Por qué? —esbozó una sonrisa cínica—. ¿Es tan privado?

—¡Sí! —intentó alcanzarlo de nuevo, sin éxito—. ¡Respeta mi privacidad!

Él rio con mordacidad.

—Mientras viajes conmigo, no tienes de eso.

—¡No seas idiota!

No podía permitir que abriera aquel colgante, aquello no era una opción, o tendría que contestar demasiadas preguntas, estaba segura.

Avanzó decidida, con la firme intención de recuperar el dragón a como diera lugar. Chris lo alzó por encima de su cabeza, fuera de su alcance. Lindsay protestó con un bufido y trató de saltar para atraparlo, pero él retrocedió, esquivo, hasta tropezar con el sillón que aguardaba junto a la pared. El golpe de sus piernas contra el mueble lo desequilibró justo en el momento en que ella volvió a lanzarse, y ambos cayeron de golpe sobre el asiento mullido, entre un estrépito de cojines que amortiguó el impacto.

Lindsay, sin detenerse, quedó sobre él a horcajadas, retorciéndose y moviéndose para alcanzar el dragón que Chris aún mantenía izado. Cuando elevó su trasero para llegar hasta él, levantando los brazos, también lo hizo la pequeña camiseta que llevaba puesta, y su perfecto abdomen quedó expuesto frente a los ojos de él, casi hasta donde comenzaban sus pechos.

—Vale, toma el dichoso dragón —acabó por decir Chris en un tono extraño—. Todo tuyo.

Lindsay se detuvo con el ceño fruncido, se sentó de nuevo sobre él y tomó el peluche que le tendía.

—Eres un idiota.

Él asintió, y Lindsay lo observó tragar saliva. Su expresión había cambiado, y sus ojos brillaban… ¡del mismo modo que en aquella sala de equipajes!

Y entonces fue consciente de la situación, del calor, la cercanía, la intimidad…, y todo su cuerpo se estremeció de deseo contenido.

—¿Puedes quitarte de encima, por favor? —pidió Chris en un tono ronco que la fascinó mientras clavaba los ojos en ella con una intensidad peligrosa.

¡Madre mía! La deseaba, en aquel momento no tenía ninguna duda.

Aquello resultó ser el afrodisiaco más potente del mundo.

—Lindsay… —protestó Chris, e intentó obligarla a levantarse, pero aquel gesto, unido a la resistencia de ella, solo provocó un roce inevitable entre sus cuerpos.

—Oh… —exclamó ella soltando un suspiro cuando sintió con total claridad su dureza entre sus piernas. Su lujuria se disparó y dejó de poder pensar con algo de coherencia. Solo quería mecerse sobre él… hasta conseguir que claudicara.

—¿Puedes apartarte?

—No. —Se mojó los labios con la lengua y volvió a moverse, pero él la izó levemente para evitar el roce.

—No sé qué crees que has sentido, pero…

Ella sonrió y él soltó un bufido.

—Vale, ¡llevas todo el día atiborrándome de chocolate, así que no es de extrañar que mi cuerpo vaya por libre —se excusó con irritación.

—¿Dices que la culpa la tienen mis bombones?

—El chocolate es el mayor afrodisiaco del mundo.

«De modo que no era solo un sustitutivo del sexo…». Sonrió con lascivia.

—Así que ¿por eso siento tantas ganas de… practicar idiomas hasta quedar exhausta? —interrogó en un murmullo.

Él la observaba con los ojos nublados, cada vez más recostado en el sillón, sin poder evitarlo.

—Oh, joder… —sonó a protesta, pero los dos sabían que no lo era.

—Sí, eso después. —Lindsay se mordió los labios al tiempo que se mecía sobre él con suavidad.

Ambos contuvieron el aliento frente a la punzada de deseo que los asoló por dentro. Para Lindsay, sentir aquella dura erección presionando justo donde debía era una sensación electrizante. Los shorts eran demasiado finos como para no sentir aquel roce casi igual que si no hubiera nada entre ellos. Su cuerpo pedía a gritos que continuara meciéndose sobre él…, y aquellos ojos azules la

contemplaban ahora con una resignación absoluta, como si se hubiera rendido y estuviera dispuesto a permitir que ella hiciera su voluntad.

—Lindsay…, esto no… —Pero de repente sus manos estaban apoyadas en su cintura, abrasándole la piel que la camiseta dejaba al descubierto.

Ella volvió a mecerse.

—¿No? —exhaló un gemido—. Pues tu cuerpo dice lo contrario.

—Eso es porque eres una mujer bonita —se aclaró la garganta —, y yo… soy un hombre, y como tal estoy diseñado para responder a ciertos estímulos.

Ella frunció el ceño.

—¿Dices que reaccionarías igual con cualquier mujer?

—Casi con cualquiera, sí.

Aquella respuesta fue como encender una mecha, pero esta vez la de su furia. Aquel hombre era imposible. Ya no solo era experto en negar lo evidente, sino que era único para hacerla sentir mal, como si fuera una especie de acosadora desesperada de la que debía defenderse.

Incluso con el punto de excitación en lo más alto, se puso en pie y se deleitó con el gesto de sorpresa de Chris, que la miraba con desconcierto. Era evidente que no esperaba que se levantara.

¡Pues que le den! ¡Que aprenda a ser más respetuoso!

Caminó hasta la mochila y guardó dentro a Draco. Lo último que necesitaba era que él leyera aquella nota.

Valoró sus opciones antes de volver a mirarlo, y cuando se giró hacia él, había una nueva resolución en sus ojos.

—Supongo que yo también he comido demasiado chocolate —declaró, contemplándolo con seriedad, cruzando los brazos sobre el pecho—. Deberíamos salir.

—¿Qué?

—Al pub que vimos calle abajo —propuso—. Quizá allí ambos podamos encontrar a otras personas que nos ayuden a… quemar las calorías de tanta azúcar.

—¡Espera! —La miró anonadado—. ¿Quieres acostarte con otro?

¡Con otro! Allí estaba de nuevo aquel matiz sutil, y ya no le pareció nada subliminal, sino algo que hablaba alto y claro.

—Sí, yo con otro y tú con otra, si es que te apetece. —Se encogió de hombros—. Pero cada uno en su cuarto, eh, no compliquemos las cosas con…

—¡Basta ya de tonterías! —exigió irritado.

Ella lo miró con un gesto de inocencia.

—¿Esa opción tampoco te motiva?

—Pero bueno, ¿quién coño eres tú? —protestó molesto—, porque tengo la sensación de no conocerte de nada.

Lindsay no estaba dispuesta a callarse.

—¿Quieres que te diga quién *no* soy? —apretó los dientes—: la virgencita modélica y santurrona que pareces creer.

Chris soltó un improperio y ella clavó una mirada acerada sobre él. Resultaba curioso verlo repantingado en el sillón de su habitación, sin ninguna intención de moverse.

—Si no te importa, tengo que cambiarme —le dijo con los brazos ahora en jarras.

—No te molestes, porque no vas a ninguna parte.

—No irás tú, pero te aseguro que yo voy a conocer la fauna local.

Chris sonrió con una arrogancia que estuvo a punto de conseguir que ella se saliera de sus casillas, pero logró controlarse.

—Lindsay, esto puede no salirte como esperas.

—¿Crees que tendré problemas para encontrar a alguien?

Él volvió a sonreír y comentó:

—Si estás intentando usar algo parecido a la psicología inversa con alguien como yo…

—¡Ni siquiera sé lo que es eso!

—Algo que no funcionará conmigo.

Lindsay comenzaba a desmoralizarse, pero soltó aire y contraatacó.

—¿Tengo que burlarme imitando a una gallina para que te levantes de ese sillón?

Chris rio, hasta que ella empezó a mover los brazos mientras cacareaba con una sonrisa cínica.

—Vale, está bien, ¿quieres hacer el ridículo? —sonrió—, pues voy a dejarte. Nos vamos de excursión.

Por un segundo, Lindsay dudó. ¿Y si estaba jugando demasiado fuerte?

«Bueno…, siempre puedo decir que no encuentro a nadie que me atraiga, ¿no?».

Más animada se giró para vestirse, pero un pensamiento tambaleó su valentía de nuevo.

«¿Y si él… no tenía ningún problema en escoger a alguien?».

Tragó saliva y se giró a mirarlo. Para su sorpresa, él tenía los ojos puestos en su trasero con un interés evidente.

Lejos de sentirse avergonzado, sonrió con mordacidad.

—Prueba a ir así —propuso—, seguro que te ganas todas las miradas nada más entrar.

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—Creo que puedo subir la apuesta —afirmó con una convicción que parecía real—. Buscaré algo que lleve a cada hombre del bar a… ese estado —señaló su entrepierna con total descaro— solo con mirarme.

Chris chasqueó la lengua y le devolvió una sonrisa cínica, pero no se molestó en negarlo.

Lindsay se agachó frente a su maleta y rebuscó entre sus cosas. Tomó una minifalda negra y un top que jamás había usado sin una camisa encima… hasta aquella noche. Miró a Chris con recelo.

—¿Piensas irte para que me cambie o…?

—O.

Ella le dedicó una mirada asesina como respuesta.

—Como quieras —aceptó al tiempo que se quitaba los shorts, intentando que la vergüenza no la impulsara a resguardarse.

¡Qué se avergüence él!

Para su asombro, Chris la observaba sin perderse un centímetro y, de alguna forma, sus ojos calentaban su sangre, que sentía hervir poco a poco.

«Dios, ¿cómo me he metido en este lío?», suspiró para sí. Pero ya no podía echarse atrás. Debía ganar aquella batalla o no le quedaría dignidad suficiente para mirarlo a la cara de nuevo.

—¿Quieres ver la retaguardia? —ironizó, algo molesta por su propia reacción.

—No me importaría —murmuró Chris sin dejar de mirarla, y Lindsay tuvo la sensación de que no había pretendido decir aquello.

Le dio igual. Se giró por completo para mostrarle su perfecto trasero, ataviado con un tanga que poco dejaba a la imaginación, y por un segundo creyó escucharlo respirar con dificultad.

Como colmo del descaro, se quitó la camiseta, mostrándole la espalda desnuda… Acababa de salir de la ducha, de modo que no llevaba sujetador, y durante unos segundos todo lo que tuvo puesto fue aquel diminuto tanga…

De alguna forma, saberlo en la habitación hacía hervir su sangre cada vez más. Estaba a punto de girarse y abalanzarse sobre él…, a ver si tenía las agallas de negarle lo que ambos sabían que se moría por tener de ella.

Se tomó su tiempo para vestirse. Empezó poniéndose el top negro de licra, que era similar al triángulo de un bikini, ataviado con pequeños cristalitos brillantes, que llevaba un cordón enorme que iba enrollado en zigzag en el resto de su torso, desde el pecho hasta la cintura, dejando nada a la imaginación. Después se inclinó hacia adelante con total premeditación, luciendo un trasero de póster porno del que esperaba que estuviera disfrutando, para meterse por los pies la falda, que subió muy despacio hasta acomodarla en la cintura. Negra, recta y licrada se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Para molestarlo un poco más, se dio un par de vueltas en la cinturilla, lo que dejó el dobladillo tan corto que debía tener cuidado de no agacharse demasiado o le enseñaría el culo a medio Littelton. Completó el atuendo con el único par de tacones de vértigo que había echado, y que torneaban sus piernas haciéndolas parecer kilométricas.

Cuando se giró a mirarlo, él tuvo el descaro de recorrer su cuerpo con los ojos de la cabeza a los pies con lo que parecía prepotencia, sin esconder que había disfrutado de cada segundo.

—Sabes que vestida así la mitad de hombres van a querer pagarte por tus servicios, ¿no? —dijo a bocajarro, sin preámbulos.

Lindsay no esperaba un piropo, pero tampoco un comentario tan ácido, aunque no se amilanó.

—Imagina qué emoción la del afortunado que descubra que puede tenerme gratis. —Sonrió con esfuerzo, pero lo que de verdad quería era darle un guantazo.

Para calmarse, caminó hasta el baño y se entretuvo maquillándose lo justo para acompañar el conjunto. Y no necesitaba demasiado, su belleza hablaba sola, sin una gota de maquillaje. Se limitó a delinearse los ojos y ponerse algo de colorete, dándose el toque final con un sutil brillo de labios.

Cuando se giró para regresar a la habitación, le sorprendió toparse con Chris, que la observaba con atención, apoyado en el quicio de la puerta sobre uno de sus brazos.

—Ya estoy lista —le dijo antes de perder la valentía.

—Joder, y yo —murmuró Chris mirándola con los ojos echando fuego.

Lindsay carraspeó, de repente con los nervios a flor de piel, y tragó saliva.

Él dio un paso en su dirección con una intención evidente… y su corazón enloqueció. Pero quiso gritar de pura frustración cuando el teléfono de Chris sonó de forma estridente, amplificado por la acústica del baño.

El propio Chris soltó un improperio, se sacó el teléfono del bolsillo y miró la pantalla con cierto disgusto. Unos segundos después se la mostró a Lindsay, que no tuvo problema para leer el nombre de su hermano en la información de llamada.

—No contestes —rogó sin disimular su angustia. Algo le decía que, de hacerlo, aquello se habría terminado antes de empezar.

Lo vio valorarlo con una mezcla de culpabilidad e irritación, y acabó respondiendo mientras Lindsay blasfemaba por lo bajo.

—Puedo hablar, no te preocupes —lo escuchó decir tras un intercambio de palabras, y la miró a los ojos—. No estoy haciendo nada… importante en este momento.

Lindsay pasó ante él y salió del baño con la furia escrita en sus ojos. Chris suspiró con evidente desesperación, pero no la detuvo.

Se apoyó en el lavabo, en un intento de calmarse un poco antes de enfrentarse a ella de nuevo.

—¿Me estás escuchando, Chris? —interrogó Mark con extrañeza.

—Sí, deja que regrese a mi habitación.

—¿Y dónde estás?

Chris no contestó. Salió del baño dispuesto a ser fuerte y pasar de largo frente a Lindsay, pero… palideció cuando se enfrentó a una habitación vacía.

—No, no, no —susurró con la garganta seca, saliendo al pasillo con rapidez mirando en todas direcciones.

Ni rastro.

—¿Chris? ¿Todo bien? —escuchó a Mark al otro lado.

No, ¡nada estaba bien en aquel momento!

El recuerdo del tipo sentado al volante del Ford fue lo primero que le voló la cabeza. No había sido capaz de encontrar una sola pista sobre él. Como había sospechado, la matrícula no se correspondía con el vehículo, y no tenía la más remota idea de por qué iba tras ellos.

—Maldita sea, Lindsay, este no es momento para rebelarse —murmuró con el corazón acelerado por el miedo.

Pero en el fondo… sabía que era culpa suya y se maldijo por ello.

Capítulo 17

Cuando empujó la puerta del pub cercano al hotel, el murmullo de conversaciones y el olor a cerveza derramada lo golpearon de lleno. Su corazón latía tan fuerte que sentía cada pulso en los oídos. Su mirada recorrió el local con urgencia, buscando, casi devorando cada rincón, hasta que por fin la encontró.

Allí estaba Lindsay, sentada al final de la barra, con la melena iluminada por las luces cálidas y rodeada de sonrisas masculinas que parecían celebrar su sola presencia. Una descarga de alivio le atravesó el pecho al comprobar que estaba a salvo, pero se mezcló al instante con un arrebato de celos feroces, casi asesinos, que le crisparon la mandíbula y los puños, obligándolo a aferrarse a la barra para no perder el control.

Había pasado miedo; miedo real que todavía le temblaba en las manos. La sola idea de que algo pudiera ocurrirle lo había desgarrado por dentro mientras corría hacia allí. Y ahora verla así, riendo nerviosa entre desconocidos, lo incendiaba de una forma que apenas podía contener.

Lo único que quería era cruzar el local, reclamarla como suya y sacarla de allí a rastras, arrancarla de entre todas esas miradas hambrientas. Pero sabía que no podía. Necesitaba calmarse, respirar, reunir la sangre fría que solía definirlo, porque una parte de sí mismo ya estaba demasiado cerca de perder la compostura.

La culpa lo estaba matando, lo carcomía por dentro. Y no era solo por desearla de aquel modo tan insoportable cuando no tenía derecho ni a mirarla. Lo atormentaba saber que de alguna forma él era el responsable de que ella hubiera buscado consuelo en otros brazos cuando la echó de aquel bar la noche de la gala, intentando hacer lo correcto.

Miró por encima del hombro hacia el otro extremo de la barra. Ella ya lo había visto, estaba seguro, solo tenía que ver cómo se esforzaba ahora por tontear con unos y otros, cuando en un principio había parecido muy desmotivada. Sabía que lo hacía para fastidiarlo, que no estaba interesada en ninguno de aquellos tipos, que era él quien tenía toda su atención, ¿no debería aquello mantenerlo sereno? ¡Pues lo único que deseaba era ponerse a repartir guantazos!

«Dios, estoy perdiendo los papeles».

Y sí, aquello era un hecho. Y los habría perdido del todo… de no recibir aquella llamada a tiempo. No podía engañarse. Estaría ardiendo entre las sábanas junto a ella si Mark no hubiera escogido justo aquel momento para marcar su número.

—Hola, guapo —lo sorprendió una bonita pelirroja, tomando asiento a su lado—. ¿Me invitas a una copa?

Chris maldijo para sí. Miró hacia donde Lindsay se revolvía ahora inquieta en su asiento, era evidente que debido a la compañía junto a él.

En cualquier otro momento se habría divertido dándole una lección, pero las reacciones de Lindsay últimamente estaban resultando imprevisibles. Y si ella decidía vengarse e intentaba poner un pie fuera de aquel local con cualquier otro que no fuera él…, era posible que acabara durmiendo en el calabozo acusado de desorden público.

La camarera del pub se unió a la fiesta y se apoyó en la barra, mostrándole un generoso escote del que era obvio que se sentía orgullosa.

—¿Qué puedo hacer por ti? —interrogó la chica con evidente doble intención.

«Dejarme en paz sería genial», estuvo a punto de decirle.

—Yo lo vi primero, Rhonda —protestó la pelirroja, acariciándole un brazo con la yema de los dedos.

Chris soltó un improperio para sí. Estaba cansado de todo aquello. Siempre era lo mismo. Entraba en un bar, escogía entre más de lo que cualquier hombre debería tener a su disposición y se esforzaba por calmar sus ardores. Durante mucho tiempo aquella

fue la única forma de evitar ceder a la única tentación en la que no podía caer…, hasta que dejó de funcionar. Ya no era capaz de desear a ninguna otra.

Hacía meses que prefería incluso una conversación por *WhatsApp* con ella que a todas las mujeres del mundo en su cama. Lindsay había madurado en aquel último año, desde que había decidido dejar de ser solo una Madock para montar su propia empresa, demostrando una inteligencia, profesionalidad y una mente ágil que él admiraba por encima de todo, y que la convertía en alguien de quien ya no podía escapar. A duras penas lograba mantenerse a raya…, hasta ese maldito beso. Siempre supo que el día que cediera a tocarle un solo pelo… estaría perdido, pero había intentado mantenerse lejos con todas sus fuerzas, y solo había conseguido arrojarla en los brazos de otro.

Aquello lo mataba. Y que además ella fuera a darle un hijo a aquel tipo era algo en lo que no podía pensar sin que se le revolviera el estómago. Estaba enfadado con ella, necesitaba estarlo, pero sabía que tenía parte de la culpa.

Suspiró abatido y puso sus ojos en Lindsay, que se veía cada vez más incómoda. Podía leer cada emoción en ella con absoluta claridad, era un experto en lenguaje no verbal, el problema era que nunca sabía qué haría Lindsay a continuación, no era nada previsible, y aquello lo desquiciaba y lo mantenía siempre alerta.

—Así que… ¿quieres un dos por uno? —ofreció la camarera ahora, sonriéndole como una actriz de peli porno, mientras la pelirroja reía por lo bajo, al parecer muy de acuerdo con el ofrecimiento.

«Pero ¿qué narices pasa en este pueblo?», se preguntó con curiosidad. «En Sodoma y Gomorra eran menos descarados».

Esbozó una media sonrisa para no sonar grosero y miró a las dos mujeres.

—Lo siento, pero voy a declinar la oferta. —Leyó la decepción en sus rostros—. He discutido con mi novia y no quiero seguir metiendo la pata.

Al parecer aquello lo hizo mucho más interesante. Ambas mujeres pasaron de mirarlo con deseo a hacerlo con una sonrisa de

adoración.

Chris observó de reojo a Lindsay, que le devolvió una mirada gélida. El chico soltó un suspiro de hastío.

—Mujer con suerte —murmuró la pelirroja captando su mirada, y se alejó de allí.

La camarera puso un vaso de chupito frente a él, lo llenó de whisky y sonrió:

—Invita la casa.

Ni lo pensó. Se tomó el chupito de un trago y volvió a mirar al final de la barra, donde seguían agasajando a Lindsay con montones de halagos.

La escuchó reír a carcajadas y torció el gesto.

—Tranquilo —le dijo la tal Rhonda con una sonrisa divertida—. Todos esos son inofensivos, y los pongo firmes en cuanto me lo digas.

Chris se sintió algo más aliviado. De veras temía tener problemas cuando decidiera sacar a Lindsay de allí.

—Yo me preocuparía más por el tipo que está junto a la máquina de dardos —sugirió ahora la chica, algo más bajo.

Con disimulo, Chris se giró a mirar hacia donde señalaba.

Apoyado en la máquina había un tipo alto, de aspecto desgarbado, con una camiseta desgastada sin mangas y una barba descuidada que le daba aire de matón de carretera. No parpadeaba, sus ojos oscuros estaban fijos en Lindsay, como si no existiera nada más en el local.

—¿No es de por aquí? —interrogó de inmediato.

—Es la primera vez que lo veo —aseguró, y bajó la voz para decir—: y ha entrado al mismo tiempo que ella.

—¿Estás segura?

La chica asintió.

—Llevo diez años tras esta barra —informó cómo única respuesta.

Chris maldijo por lo bajo. Ignoraba si aquel tipo guardaba relación con el mastodonte del Ford. Tampoco sabía si podía haberla seguido hasta allí o solo era simple coincidencia.

Sin el menor disimulo, Chris clavó su mirada en él. No pestañeó, no se movió. Incluso cuando el tipo se dio cuenta y le devolvió el gesto, Chris se limitó a sostener aquella presión muda con la serenidad de un depredador que no necesita demostrar nada. El matón arqueó una ceja, incómodo, y trató de mantener el pulso, pero la intensidad implacable de Chris no cedió un milímetro.

Al cabo de unos segundos el tipo masculló algo, se irguió con brusquedad y abandonó el local entre empujones, como si nada allí le interesara ya.

Chris inspiró hondo, apoyando la mano en la barra mientras un alivio oscuro le recorría el pecho. Sus intenciones habían surtido efecto, y la técnica también. Tal vez sus viejos mecanismos de control y manipulación mental estuvieran algo oxidados, pero desde que emprendieron aquel viaje había comprobado que aún sabía utilizarlos. No se sentía orgulloso, excepto si era la única manera en la que podía mantener a salvo a Lindsay.

Miró hacia el final de la barra. Había llegado el momento de regresar al hotel y…

¡¿Adónde ha ido?!, gritó su cerebro, desconcertado, y se puso en pie de forma automática. Solo se había distraído con aquel tipo unos segundos.

—Al fondo a la derecha, por el pasillo, están los baños —sonrió la camarera con evidente diversión—. Claro que al final del pasillo también hay una máquina de condones…

∞∞∞

Lindsay salió del baño con los nervios a flor de piel, decidida a marcharse. Ya estaba harta de aquello. No servía para ser el centro de atención de hombres salidos, babeando por ella solo porque era bonita y llevaba una falda cinturón. Y la atención del único hombre que quería estaba puesta en aquellas dos depredadoras que solo habían tardado dos segundos en acapararlo.

Lamentando la impulsividad que la había llevado hasta aquel pub y asumiendo que se había equivocado, caminó hasta una máquina

de chicles que había visto al final del pasillo antes de entrar al baño. Perdida en sus pensamientos mientras buscaba algunas monedas sueltas en su mochila, se detuvo frente a la máquina.

—Invito yo, si quieres —le dijo uno de los tipos que babeaba por ella en la barra hacía un momento.

—No es necesario.

—¿No? Esperaba ser el afortunado.

Estaba muy cerca y Lindsay no se sentía cómoda. Y fue mucho peor cuando posó su mirada en la máquina y se quedó helada. ¡Aquello no eran chicles!

—Tengo monedas sueltas —insistió el tipo, acercándose un poco más hasta casi invadir su espacio.

Lindsay lo sentía a su espalda, muy cerca, tanto que le daba miedo volverse… Estaban demasiado aislados, al final de un pasillo estrecho. Ni siquiera sabía si alguien la escucharía gritar hasta que fuera demasiado tarde.

Sin mirarlo, intentó esquivarlo, pero él no la dejó pasar.

—¿Ya te vas?

—Que corra el aire, por favor —rogó Lindsay, poniendo las manos como parapeto.

El chico no se movió.

—La señorita le está pidiendo que se aparte —repuso una voz en un tono cortante, inundando el pasillo.

Lindsay suspiró aliviada al reconocerla. Chris estaba apoyado en la pared, a apenas un par de metros de ellos, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el acosador, con una absoluta tranquilidad.

El hombre se giró con un amago de insolencia en el gesto. Chris no se movió, solo inclinó la cabeza un poco, estudiándolo. Habló con una calma peligrosa, demasiado como para ignorarla, y su mirada era una cuchilla afilada.

—Si le pones una sola mano encima, te garantizo que no vas a salir caminando de este sitio.

El silencio que siguió fue tan denso que hasta el zumbido del neón sobre la máquina se volvió audible. La sonrisa socarrona del

hombre se desmoronó en segundos. Carraspeó, retrocedió un paso y levantó las manos.

—Entendido —admitió mientras pasaba ante Chris lo más pegado posible a la pared, sin bajar los brazos.

Chris lo siguió con la mirada hasta asegurarse de que desaparecía del pasillo. Luego, por fin, clavó sus ojos en Lindsay, y después en la máquina tras ella.

—Creí que eran chicles —le salió solo, sin pararse a pensarlo.

Él asintió y sonrió a medias.

—Dios, ¿qué voy a hacer contigo? —se lamentó ahora, sin dejar de mirarla.

—Eh…, eso ha sido… —carraspeó y se mordió los labios— ¡*Omg*!

—¿*Omg*? —Imitó en el mismo tono, y apretó los dientes.

—Rezumas peligro ahí apoyado, con las manos en los bolsillos con esa confianza…

—¿Y por qué te crees que tengo las puñeteras manos en los bolsillos, Lindsay? —La miró irritado—. Puede que la cosa no funcione tan bien si dejas que tu adversario vea cómo te tiembla el pulso, ¿no crees?

—¿Te… tiembla el pulso?

—¡No! —se enfadó, sacando ahora las manos y mostrándoselas —. Me refiero a que hemos tenido suerte, joder. Puedo quitarte de encima a un mierda así, pero la mitad de los tipos de ahí fuera son amigos suyos, estamos en su territorio.

Ella se mordió el labio, ahora nerviosa. Sí, podían haberse metido en un problema serio por su culpa, no tenía dudas. Debería estar asustada, pero… por algún extraño motivo, el comportamiento de Chris la había puesto como una moto. ¿Qué le pasaba? Por Dios, era peor que los tipos de aquel bar. ¿Serían las hormonas del embarazo?

—Jamás vuelvas a desaparecer así sin decírmelo, Lindsay —la amonestó ahora, avanzando hacia ella.

—Estaba enfadada —confesó como si aquello fuera una disculpa suficiente.

Chris llegó hasta ella, llevó las manos a su falda y, para asombro de Lindsay, desenrolló las vueltas que ella se había dado en la

cintura y tiró de la tela hacia abajo, hasta acomodarla en un lugar algo más decente…, pero no se apartó al terminar.

—Esa camarera no la llevaba mucho más larga —le recordó ella disfrutando de su calor—. ¿Piensas esperar a que acabe su turno?

«Dios, ¿por qué no te callas», se rogó a sí misma.

Chris sonrió.

—No, creo que tendré que pasar —aclaró.

—Vaya, qué pena.

—Sí, es lo que tiene viajar con niños —clavó una mirada mordaz en sus ojos—, que no puedes perderlos de vista.

Estaba muy cerca. Demasiado para sonar normal.

—Ah, es verdad, la carta de la edad, se me olvidaba lo viejo que eres —suspiró, fingiendo decepción—. Once años de diferencia eran, ¿no? Entiendo que te sientas frustrado y te molestemos los jóvenes, ¿es por un problema de vigor? —interrogó en un tono sereno—. ¿Eso te acompleja? Ahora hay pastillitas azules para solucionar esas cosas, ¿sabes?

—¿Intentas provocarme para que me sienta en la obligación de demostrarte algo? —sonrió con acidez.

—Yo no intento nada —se encogió de hombros—, si me dices que estás en forma, me lo creo.

—No he tenido queja.

—*Buah*, eso dices —opinó—, pero que cambies de mujer como de camisa no significa nada, ¿quién dice que las tengas a todas satisfechas? —Fingió sopesarlo y frunció el ceño—. Más bien es sospechoso.

—Sospechoso —murmuró con cierta diversión.

—Pues sí, ¿y si no repites nunca con alguien porque son ellas las que no quieren? —repuso con una sonrisa desafiante—. Claro, si tu vigor no… es tan grande como debería…

Chris arqueó una ceja, divertido, y atrapó un mechón de su pelo entre los dedos.

—Dímelo tú —susurró, recortando la distancia—, no hace tanto que lo has sentido muy de cerca. ¿Te pareció que tenía algún tipo de problema con el tamaño de mi… vigor?

«Dios, esto es… un infierno», tragó saliva, acalorada. Su sangre bullía a borbotones ya.

—Bueno… —se esforzó en decir sin titubear—, pudo ser casualidad.

Chris no respondió. Sus manos descendieron muy despacio por la curva de su espalda, bajaron hasta apoderarse de sus nalgas y, con un movimiento firme, la atrajo contra su pelvis. Lindsay dejó escapar un gemido ronco cuando sintió su dureza contra su vientre con absoluta claridad.

Lo miró a los ojos… y se encontró con un fuego que ardía con tanta intensidad o más que el suyo. Entonces Chris deslizó una mano bajo uno de sus muslos y lo alzó con suavidad, acomodándose con firmeza entre sus piernas.

Lindsay tuvo que morderse el labio para contener el sonido que amenazaba con salir. Sus miradas se mantuvieron ancladas mientras él empujaba sus caderas con una lentitud calculada, provocando un roce delicioso que la hizo estremecerse.

Era exquisito. Una caricia insoportable, una tortura que deseaba que no terminara nunca.

—¿Sigues pensando que es una casualidad? —Sonrió frente a la forma en que lo miraba.

Lindsay estaba a punto de jadear.

—A ver… —suspiró—, la vida está llena de casualidades.

—Entiendo —asintió Chris.

Él volvió a frotarse contra ella y Lindsay tuvo que aguantar la respiración para contenerse, aunque sus palabras fueron un arma decisiva.

—La cuestión es… —tragó saliva— si sabes hacer algo con eso además de vanagloriarte.

Ahora él rio con cierta ronquera.

—Joder, no sabes cómo admiro esa capacidad tan tuya para encontrar siempre una réplica perfecta —murmuró mientras la miraba con lo que parecía sinceridad—. Tienes una agilidad innata para devolver cada golpe con una palabra. Siempre tienes una respuesta lista y eso me vuelve loco, en todos los sentidos. Tu lengua es mordaz, ágil —le miró la boca— y la recuerdo tan dulce…

Lindsay se estremeció y fue incapaz de esconder el temblor. Comenzaba a sentirse mareada de anhelo contenido. Cada uno de sus sentidos estaba agudizado, cada roce le quemaba la piel. El deseo, intenso y voraz, la trastornaba, le robaba el aire y la coherencia.

—Chris… —musitó con la voz rota.

—Dime.

—Si finjo estar hipnotizada…

No le dio tiempo a acabar la frase. Chris devoró su boca sin previo aviso, asaltándola con un beso devastador, urgente, que la dejó sin defensas. Ella jadeó contra sus labios antes de rendirse al contacto, aferrándose a sus hombros como si pudiera anclar el mundo entero en ese instante.

El beso no fue tierno, ni cargado de contención alguna, fue una arremetida contra la cordura que borró cualquier distancia, cualquier duda. Chris la sostuvo por la cintura y la atrajo aún más, como si no pudiera soportar un milímetro entre ellos. Lindsay respondió con la misma avidez, con la misma furia dulce de quien lleva demasiado tiempo conteniéndose.

Se devoraron sin control alguno, sin pararse a pensar dónde estaban… El deseo palpitaba en el aire, incendiando el estrecho pasillo mientras sus lenguas se saboreaban a conciencia, buscando apoderarse de cada resquicio de la boca del otro. Chris la atrajo con fuerza ahora del trasero contra su erección, al mismo tiempo que la empujaba contra la pared para sentirla más y más cerca. Lindsay gemía en sus brazos con abandono, dispuesta a darle lo que le pidiera allí mismo.

Cuando sintió una mano de Chris colarse entre sus muslos, abrió las piernas todo lo que pudo, anhelando el contacto. El deseo era acuciante, apenas contenible. Lindsay necesitaba sus manos por todas partes, su cuerpo desnudo junto al suyo y aquella gloriosa dureza dentro de ella, robándole el sentido. Lo quería todo…

…y él no parecía querer menos. Devoraba ahora su cuello con avidez, descendiendo después por su escote camino a sus pechos mientras la mano entre sus muslos llegaba ya hasta su tanga, lo apartaba a un lado y sus dedos se empapaban de su deseo casi al

instante y por completo. Estaba tan preparada para él que incluso el propio Chris se sorprendió, hundiendo más los dedos entre sus piernas al tiempo que exhalaba un gemido ronco, cargado de pura lujuria.

Regresó a sus labios, asaltó su boca de nuevo y devoró su lengua mientras la masturbaba a conciencia. Lindsay jadeaba, respirando desacompasada dentro de su boca. El deseo que la asolaba era una tormenta que crecía a cada movimiento de sus dedos, que Chris movía de forma experta, primero sobre la fuente de su placer femenino, después… dentro de ella, con el movimiento perfecto para llevarla a la locura, algo que no tardó en suceder…

…Lindsay aguantó todo lo que pudo, hasta que su cuerpo estalló en un universo de cientos de miles de colores brillantes mientras gemía sin contención dentro de su boca.

—Dios, dulce sonido —escuchó susurrar a Chris sobre sus labios.

Y un segundo después, una de sus manos ascendió y buscó sus pechos, y su boca descendió por su cuello mientras ella se afanaba por liberar aquella parte de él que necesitaba con urgencia.

—Linny…, joder, estamos en…

En cuanto ella desabrochó su cinturón, los botones de su pantalón saltaron casi solos por la fuerza con la que aquella gloriosa erección empujaba contra la tela, pugnando por salir.

—Dios…, Linny, yo… —se le atragantaron las palabras mientras la alzaba del suelo, montándola sobre sus caderas—, joder, te necesito… ya…, aquí…

—Sí…, sí… —Se meció sobre él hasta encontrar entre sus piernas la dureza que anhelaba, y Chris ya no pudo contenerse. Ya no había lugar para las dudas, para pensar en si estaban o no lo suficiente escondidos. Lo único que importaba era saciar aquel incendio antes de que ambos enloquecieran.

Apartó el tanga de un tirón seco y se hundió en ella de una única embestida, que los dos celebraron con un gemido idéntico de puro deleite.

Chris se movía de forma exquisita dentro de ella, casi en trance, mientras Lindsay creía morir de placer a cada embestida que recibía, cada una más y más profunda. Hasta que el deseo se volvió una

bomba de relojería, la cuenta atrás se aceleró… y explotaron de un modo brutal e impredecible, con una intensidad que los pilló desprevenidos.

Cuando el zumbido que el intenso clímax había causado en sus oídos fue cesando, aún tuvieron que permanecer unos largos segundos abrazados, intentando normalizar la respiración y calmar sus latidos. Luego fue la propia Lindsay, con las manos todavía temblorosas, quien se ocupó de abrocharle el pantalón, el cinturón…, antes de recolocarse su propia falda. Un ligero rubor asomaba ahora a su rostro, un azoramiento inesperado que un minuto antes no existía.

Al alzar la cabeza y encontrarse con sus ojos, Chris la observó con una expresión mezcla asombro, desconcierto y diversión. Para sorpresa de Lindsay, no parecía haber arrepentimiento en él.

—¿Eso que leo en tu cara es vergüenza? —interrogó Chris en un tono jocoso.

Lindsay apoyó la frente en su pecho, escondiendo su rostro.

—Estamos… muy expuestos.

Chris rio y ella se escondió aún más.

—¿Y lo dices ahora?

—Bueno, antes estaba ocupada —le recordó como si aquello no fuera obvio—. ¿Crees que nos habrá visto alguien?

—Sin duda.

Lindsay lo miró con una expresión de alarma, preguntándose si lo decía en serio, pero se perdió en sus ojos casi en el acto y sintió unas ganas tan intensas de besarlo de nuevo que volvió a darle todo igual.

—Será mejor que salgamos de aquí —propuso Chris, que parecía leer con absoluta claridad el deseo de nuevo en su mirada.

—¿Por la puerta? —Tragó saliva.

—¿Sabes atravesar paredes y no me has dicho nada? —ironizó.

—No te burles —rogó un poco abatida—, yo… es la primera vez que hago algo así.

Él la miró con las cejas arqueadas mientras caminaban ya hacia el interior del pub.

—¿Y crees que yo soy una especie de exhibicionista?

—Eh…, ¿no?

Ahora se puso mucho más serio.

—Me vanaglorio de mi autocontrol, Linny —la sorprendió diciendo—, que es evidente que acabo de mandar por el retrete —suspiró y murmuró algo más bajo—: junto con una buena dosis de mis principios.

¿Eso significaba que era la única mujer capaz de hacerle perder el control? Aquello aleteó en su corazón. Claro que ahí estaba ya también el arrepentimiento.

—No dramatices, Chris, que solo ha sido un polvo —se encogió de hombros intentando restarle importancia para que no comenzara a hacer un mundo de aquello.

—¿Solo? —La miró con una expresión tensa, y en ese momento su teléfono móvil volvió a sonar, lo sacó de su bolsillo y se lo tendió a ella con un gesto irritado—. Tu hermano, ¿contestas tú?

Lindsay miró el teléfono como si fuera una serpiente de cascabel mientras atravesaban el bar y caminaban hacia la puerta de salida.

—¿Y qué quiere otra vez?

—Pues supongo que asegurarse de que seguimos vivos —protestó Chris—. Le he colgado sin una explicación cuando he visto que te habías ido y he entrado en pánico.

Aquello la sorprendió. Sonrió, todavía divertida, y caminó junto a él hasta la calle sin reparar siquiera en las miradas jocosas que los observaban desde varios puntos del local. Al salir, aspiraron con ansia el aire fresco de la noche que contrastaba con el calor sofocante del bar.

—Con lo de pánico exageras, supongo —interrogó Lindsay con curiosidad.

—Ni un poco.

Chris la atrajo entonces hacia sí por un brazo.

—Jamás vuelvas a hacerme algo así. —La miró ahora con una expresión seria—. Me da igual lo enfadada que estés.

Ella tragó saliva, reconociendo la sinceridad y la súplica en sus ojos, y asintió con cierto remordimiento. Después, para aliviar la tensión, se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y sonrió traviesa.

—¿Puedo… hacer algo para disculparme?

Él entrecerró los ojos y la contempló mientras ponía las manos en su cintura.

—Es posible, sí —reconoció, mirándole la boca.

Se acercó muy despacio… Sus labios estaban a punto de encontrarse cuando una sombra se interpuso.

—Qué escena más bonita —gruñó una voz áspera a su lado.

Chris giró la cabeza con brusquedad. El tipo con aspecto de matón que observaba a Lindsay apoyado en la máquina de dardos estaba allí frente a ellos, y los miraba con un brillo amenazador en los ojos.

Lindsay se tensó de inmediato y un escalofrío le recorrió la espalda. Chris reaccionó sin pensarlo: se colocó delante de ella, cubriéndola con su cuerpo, con una mano instintivamente alargada hacia atrás para apartarla.

El desconocido dio un paso más al tiempo que les mostraba una navaja enorme, obligándolos a recular hasta que se internaron en el callejón que había junto al pub, una trampa en las sombras.

Tanto Chris como el matón se sostuvieron la mirada durante unos largos segundos, tomándose el pulso. El silencio se volvió asfixiante, la tensión cargaba el aire.

Chris, sin apartarse un milímetro, mantenía el cuerpo erguido y firme frente al intruso, como un muro entre él y Lindsay. Ella podía ver la tensión en su espalda, el modo en que contenía cada músculo, dispuesto a reaccionar.

—¿Qué quieres? —interrogó Chris con una voz baja, cortante.

—Respuestas —informó el matón con una expresión acerada—. Una en concreto.

Tanto Lindsay como Chris lo miraron algo confundidos. Aquello era lo último que esperaban que dijera.

Aguardaron a que siguiera hablando.

—Quiero el paradero de Malcolm Lake.

Chris no movió ni una ceja. En cambio, Lindsay preguntó perpleja:

—¿Quién?

—No cuela —replicó el tipo, posando una mirada fiera en ella—. Sabes muy bien de quién te hablo.

—Yo… no —aseguró.

El matón se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo una fotografía, que alzó frente a sus ojos para que pudieran verla bien.

—¿Refresca esto tu memoria?

Perpleja, Lindsay observó una imagen de sí misma acompañada de…

—¡Nathan Kendrick! —exclamó atónita. Y la foto estaba tomada justo en la puerta de la mansión de Mark.

¿Alguien los había seguido aquel día? Parecía evidente que así era.

Escuchó a Chris blasfemar por lo bajo mientras miraba la foto, y Lindsay supo, con la misma certeza que se sabe cuándo va a estallar una tormenta, que aquello sería un revés para su frágil avance. Eso si conseguían salir airosos de aquel callejón…

Capítulo 18

A Chris le faltó tiempo para interrogarla, sin importarle la navaja que tenía frente a los ojos, aunque no se movió un centímetro y siguió protegiéndola con su cuerpo.

—¿Qué mierdas significa esa foto, Lindsay? —espetó con la voz tensa.

Un ligero balbuceo fue lo único que ella pudo articular.

—¿Qué demonios haces con él frente a la casa de Mark? —insistió.

—Solo… me acompañó.

—¿A las siete de la mañana?

Una risotada del matón rebotó en las paredes del callejón.

—Vaya, vaya, ¿problemas en el paraíso? —se burló—. ¿Justo después del polvo de reconciliación? —Chasqueó la lengua.

Lindsay se ruborizó hasta las orejas y fue incapaz de replicar nada.

—¿Te cambió por este viejo? —continuó, miró la foto y después a Chris—. Joder, debes de ser muy malo en la cama, pero entiendo tu cabreo. —Volvió a reír.

Por algún absurdo motivo, Lindsay se sintió en la necesidad de defenderse.

—No fue nada de eso.

—Bueno, ya *si eso* lo solucionáis echando un polvo en mitad de la plaza del pueblo, si es lo que os pone —ironizó el matón, enderezando la mano con la que sostenía la navaja—. A mí me da igual cómo llames al tipo o que te lo hayas tirado o no, solo quiero su dirección.

—Perfecto —intervino ahora Chris con frialdad—. Cuando la averigües, la compartes con nosotros.

La respuesta no hizo más que irritar al tipo, que recortó la distancia con la navaja en alto.

—No te hagas el chulito conmigo —escupió—, porque no me impresionan ninguno de tus trucos —sonrió mostrando unos dientes torcidos—. Me han advertido sobre ti y, lo siento, pero así de cerca no pareces gran cosa.

Lindsay lo miraba perpleja, incapaz de encajar las piezas. Cada vez entendía menos… y estaba más asustada.

—Así que volveré a preguntarlo antes de plantearme aprovechar mi ventaja para divertirme con la señorita —amenazó con frialdad— y obligarte a mirar.

Posó una mirada tan lasciva en ella que Lindsay sintió una arcada.

—Si le tocas un solo pelo… —replicó Chris en un tono helado—, no vas a tener tiempo para arrepentirte.

La amenaza quedó suspendida en la noche. Incluso Lindsay se estremeció por la intensidad gélida con la que pronunció aquellas palabras.

—Oye, no sabemos dónde está Kendrick —intervino, intentando sonar lo más sincera posible para apaciguar los ánimos—. Nosotros también lo estamos buscando.

—Mientes.

—No.

Intentó salir de detrás de la espalda de Chris, pero él no lo permitió, y se movió hacia el mismo lado que ella para impedírselo.

—Chris…

—No se puede razonar con un tipo así —le dijo con un convencimiento absoluto—, ni lo intentes.

—En eso estás en lo cierto —admitió el matón—. Por eso, vamos a acabar ya con esto. Si es verdad que no sabéis dónde está Lake… —miró a Chris—, tú vas a encargarte de buscarlo y traerlo hasta mí. —Enseñó sus asquerosos dientes en una sonrisa prepotente—. Prometo cuidar de ella y no tocarle un pelo hasta que regreses.

Lindsay se estremeció. La sola posibilidad le revolvía las tripas.

Chris sonrió sin rastro de humor.

—Déjame hacerte una contraoferta.

El tipo arqueó las cejas algo sorprendido, y Chris se inclinó apenas hacia él, lo suficiente para invadir su espacio e incomodarlo. Habló con voz baja, templada, pausada de forma deliberada, marcando con claridad el compás de la conversación, logrando que cada palabra sonara como una condena.

—Me das la foto, me das el nombre de quien te paga y a cambio yo te dejo conservar todos los dientes —le dijo sin apuro, con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—, ¿qué te parece?

El matón bufó y alzó la navaja para imponer control, pero sus dedos, antes firmes, se aferraban ahora al mango, traicionando su nerviosismo.

—Soy yo quien sostiene la navaja —repuso con la voz algo alterada.

—Solo hasta que yo me aburra de toda esta pantomima… —aseguró.

Cada palabra empujaba al matón a un rincón intangible donde la valentía se medía en la capacidad para sostener la mirada.

—¡Cállate!

—…y cuando me aburra, lo que será pronto porque no tengo mucha paciencia —insistió Chris, cambiando el tono y bajando la voz aún más—, no estarás en condiciones ni de reprochármelo.

La respiración del matón se aceleró y la carcasa de seguridad que estaba construyendo se empezó a resquebrajar. Ahora solo se limitaba a soltar pequeños gruñidos que trataban de sostener la mala reputación que le quedaba. Era evidente que se estaba preguntando si Chris podía ser tan peligroso como aparentaba.

Lindsay, todavía detrás de Chris, notó cómo la bravata se desplomaba. Vio las manos del tipo temblar levemente, su boca parecía intentar recomponerse y lanzar una amenaza para la que no encontraba la valentía. En sus ojos apareció, fugaz, el mismo miedo que ella había tenido segundos antes. El matón ya no imponía, ahora calculaba su salida.

—Esto no… se acaba aquí —balbuceó mientras empezaba a recular.

—La foto —exigió Chris, implacable.

—Creo que no.

Cuando era evidente que no iba a tardar en desaparecer, la balanza sufrió un revés. Otro tipo, cortado por el mismo patrón, melena grasienta, sonrisa mellada, apareció en la entrada del callejón.

—¿Por qué tardas tanto? —gruñó con voz ronca.

El primero, que segundos antes parecía dispuesto a huir, recuperó la valentía de golpe. Enderezó los hombros e infló el pecho con fingida calma. Ya no temblaba, la seguridad de ser dos contra uno le devolvía la chulería.

Lindsay sintió que Chris se tensaba y era evidente el motivo. Acababan de perder la ventaja.

—¿Quieres saber quién va a necesitar un dentista ahora? —sonrió el matón, guardándose la foto en el bolsillo con evidente regocijo.

Estaban tan pendientes los unos de los otros que la voz cortante surgida desde detrás de un contenedor a pocos metros los pilló desprevenidos.

—Ha sido muy ameno, pero esto se acaba aquí —declaró alguien alto y claro.

Todos miraron en esa dirección, a tiempo de ver salir desde detrás del contenedor a un hombre enorme, del tamaño de un armario ropero.

Chris lo reconoció al instante. Era el tipo del Ford, y parecía aún más grande de lo que aparentaba encajonado entre el volante y el asiento.

Ni siquiera necesitó hacer amenazas para que los hermanos Dalton se pusieran en alerta.

—Tú…, tú… no te metas… —objetó el primer matón, balbuceando, mirándolo con los ojos desencajados.

—¿En serio? —protestó Chris de inmediato—. ¿Te estás cagando de entrada solo por su tamaño?

—¡Cállate! —escupió el matón, apuntándole de nuevo con la navaja como si eso bastara para sostener su autoridad.

—De verdad —se burló Chris—, eres un delincuente lamentable

Lindsay se agarró a él con fuerza. No sabía si lo que mostraba eran agallas o es que se había vuelto loco de remate.

—Dedícate a otra cosa —insistió Chris, adelantando un paso—. La extorsión no es lo tuyo. ¡Échale huevos, hombre! ¡Tienes una navaja!

El mastodonte del Ford soltó una carcajada ronca que rebotó contra los muros del callejón. Después, con un gesto lento y deliberado, se llevó la mano a la espalda y sacó un objeto… que a la luz mortecina brilló con un frío destello metálico. Era un revólver grande: cañón largo, cilindro voluminoso, peso en la empuñadura que prometía retroceso… Sostenía un Magnum .44 imponente y sin necesidad de presentación.

—Vaya…, Harry Callahan —murmuró Chris, algo más incómodo —. Solo te faltan el puro y la placa para completar el disfraz.

Aquella mención a Harry el Sucio hizo sonreír de nuevo al mastodonte.

—Sabía que sabrías apreciar los detalles —le dijo con un gesto de orgullo, acariciando el revólver. Después lo alzó, apuntándoles con una calma que heló la sangre en las venas de Lindsay.

El tipo siguió hablando mirando a Chris.

—Me encantaría quedarme a presenciar cómo te las apañas para manipular a este imbécil hasta ponerlo en mi contra —aseguró con voz áspera, y la amenaza tenía algo de diversión cruel—, pero tendré que conformarme con la forma en que has logrado que estuviera a punto de echar a correr. Te reconozco el mérito, pero el tiempo apremia.

Chris no perdió la compostura, aunque se tensó un poco más. Lindsay podía sentirlo en su postura, en la forma en que cerraba sus puños y el modo en que volvía a alargar la mano para obligarla a permanecer tras él. Apretó los dientes y su mundo se redujo a la punta del cañón y a la figura de Chris, clavada como un muro entre el peligro y ella.

El matón intervino de inmediato con el rostro crispado.

—¿Correr? —gritó—. ¡Si estaba a punto de darle una paliza!

Harry soltó un improperio frente al grito y giró el arma hacia los dos matones.

—¿Por qué seguís aquí? —les preguntó con impaciencia, asombrando a todo el mundo—. ¡Largaos de una puta vez si no

queréis acabar como un colador!

No tuvo que repetirlo. Antes incluso de que terminara la frase, ambos corrían como un gamo calle arriba.

Cuando el tipo puso sus ojos al fin sobre Chris, ambos guardaron silencio durante unos largos segundos, tomándose el pulso. El grandullón fue el primero en hablar.

—Tal y como yo lo veo, acabo de salvaros el culo —replicó en un tono neutro—, aunque ayudarte no era la ilusión de mi vida, como podrás suponer. —Suspiró con teatralidad—. Aún no tengo claro si eres tan bueno con los puños como con las palabras, ¿sabes?, y no es por falta de ganas de comprobarlo…

—Fuerza bruta versus agilidad, no es un mal plan.

Harry sonrió a medias.

—Joder, no sé si tienes las pelotas de acero o es que estás como una puta cabra, muchacho.

Chris ahora sí se limitó a callar.

—Me debes un faro, por cierto —apostilló.

—Te haré una transferencia en cuanto bajes el arma.

Para desconcierto de la pareja, no solo dejó de apuntarlos, sino que regresó el revólver a la espalda.

—Será mejor que la guarde… antes de que cometas la tontería de creerte más rápido que una bala.

—Soy rápido, pero no estúpido —aseguró Chris.

—Al menos hasta que se me ocurra meterme con ella, ¿no? —Sonrió con evidente cinismo—. Todos tenemos un punto débil, y me temo que el tuyo es grande.

Lindsay estaba cada vez más perpleja y deseando acabar con aquello. No entendía una palabra de la conversación.

—¿Puedes decirnos qué quieres? —interrogó con un ligero temblor en la voz—. No sabemos dónde está Kendrick, Lake o… como quiera que se llame, así que si lo quieres a él…

—Kendrick me importa una mierda —aclaró el mastodonte de inmediato—, yo voy detrás de un pez mucho más gordo.

Lindsay sintió a Chris ponerse tenso incluso antes de que pronunciara el nombre.

—Victor Wexler —aclaró—. Y sí, Kendrick me importa un pimiento, pero es el único que puede llevarme hasta Wexler.

—Wexler… —musitó la chica con el ceño fruncido. ¿No era el psiquiatra del que todos hablaban en la gala? Y a ella le constaba que el propio Kendrick había accedido a la fiesta usando una invitación extendida a su nombre.

El hombre siguió hablando, en vista de que Chris parecía haberse quedado mudo de repente.

—Sé que no sabéis dónde está Kendrick, pero también sé que lo estáis buscando. —Se llevó la mano a la espalda y Lindsay se estremeció, pero se calmó al ver que no era el arma lo que sacaba, sino una tarjeta de visita, que le tendió a Chris—. Solo quiero hablar con él y convencerlo para que me lleve hasta Wexler.

Chris seguía mudo. Tampoco se había molestado en tomar la tarjeta que le tendía. Fue Lindsay quien la cogió, asomando con timidez tras Chris, que la obligó a resguardarse en cuanto la tuvo entre sus manos.

Harry sonrió frente al férreo afán de protección y comenzó a caminar hacia el acceso a la calle.

—En algún momento te pasaré la factura por el faro —dijo sin mirarlo, perdiéndose entre la gente un segundo después.

Al fin, Chris exhaló aire y se giró hacia Lindsay, a la que atrajo a sus brazos con fuerza. Solo entonces ella fue consciente de que la fachada de Chris nada tenía que ver con la realidad que albergaba en su interior. La sorprendió que su cuerpo pareciera temblar igual que el suyo, al menos su corazón palpitaba a cien por hora, algo que era el opuesto a la imagen que presentaba.

—¿Estás bien? —se interesó con una expresión preocupada.

—Yo…, sí —afirmó la chica—, pero todo esto ha sido una locura. ¿Qué demonios…?

—Luego lo hablamos —cortó Chris en voz baja pero firme, tomándola de la mano con un gesto brusco—. Tenemos que salir de aquí y ponernos a salvo.

Se deslizaron pegados a la pared, ocultándose entre contenedores y coches aparcados, avanzando por calles laterales apenas iluminadas. El silencio era espeso, interrumpido solo por el

eco lejano de una sirena. Al doblar la última esquina, el hotel apareció ante ellos con su fachada iluminada.

Lindsay soltó un suspiro de alivio… que se congeló de inmediato. Detrás de las cortinas de la recepción se movían tres siluetas familiares. Los dos matones del callejón, acompañados de otro sujeto igual de desagradable, estaban registrando el hotel y vigilaban la entrada como si esperaran a sus presas.

—¿Tienes toda la documentación y lo importante en esa mochila? —preguntó Chris sin apartar la vista de ellos.

—Sí —titubeó—, ¿por qué lo…?

—Tenemos que irnos. Ahora.

—¿Qué? —Lo miró incrédula.

—Son tres y están cabreados —señaló—. ¿Crees que nos van a montar una fiesta?

—Pero toda mi ropa está en la habitación.

—Ya iremos de compras —anunció él con sequedad.

—¡Voy vestida como en los primeros minutos de *Pretty Woman*, Chris! —protestó.

—Haberlo pensado antes. —Ahora lo vio apretar los dientes—. Igual vestida así encuentras a algún madurito interesante al que engatusar.

Ella tragó saliva, dolida.

—Chris…

Él no respondió. La tomó de la muñeca y la arrastró hacia el coche. En cuanto abrieron las puertas, un grito alertó a los hombres del hotel.

—¡Eh, ahí están!

Los tres salieron corriendo hacia ellos. Chris encendió el motor de un tirón y aceleró, justo cuando el primero de los matones se lanzaba hacia el capó. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto al salir disparados de la entrada. Por el retrovisor, Lindsay vio cómo los otros dos corrían hacia un sedán negro aparcado a pocos metros.

—Nos siguen —anunció, girándose en el asiento.

Chris tomó una curva cerrada, luego otra, zigzagueando por las calles de Littleton como si las conociera de memoria. El sedán los siguió durante varias manzanas, pero un cambio repentino de

dirección hacia un camino lateral mal iluminado les dio ventaja. Al fin el coche de los matones quedó atrás, perdido entre las calles estrechas.

Durante unos segundos el interior del vehículo quedó en silencio, salvo por la respiración agitada de ambos. La maestría de Chris volvía a resaltar por encima de todo lo demás.

—¿De dónde narices has salido tú, Chris? —interrogó con perplejidad.

—Tuve una adolescencia difícil —repuso en un tono helado, sin mirarla.

Mantenía la vista fija en la carretera, los nudillos blancos sobre el volante. Estaba enfadado y no hacía ningún esfuerzo por disimularlo.

Y Lindsay quería gritar de pura frustración.

Capítulo 19

Durante al menos media hora el silencio dentro del coche fue tan denso que parecía ocupar cada rincón. El único sonido era el del motor y el roce constante de las ruedas contra el asfalto, marcando un ritmo monótono mientras se alejaban de Littleton por una carretera apenas iluminada por la luna.

Lindsay miraba a Chris de reojo, intentando encontrar las palabras que disuadieran un poco su enfado y le permitieran un acercamiento. Necesitaba que él la mirara con un atisbo de ternura, que la abrazara y que la besara hasta borrar el eco de aquel callejón y todo lo que había ocurrido allí.

—Chris… —se atrevió por fin.

Lo vio tensarse y apretar las manos sobre el volante.

—Ahora no, Lindsay —respondió con voz baja y tan cortante como un portazo.

—Pero…

—Duerme un poco —propuso con sequedad, sin mirarla—. Te avisaré cuando lleguemos a Osterville.

Aquello hizo sonar todas las alarmas y la obligó a enderezarse en el asiento.

—¿Osterville?

—Te llevo de regreso a tu casa —confirmó.

—¡No! —No se le ocurría nada peor que aquello—. ¡Necesito encontrar a Kendrick!

Chris apretó la mandíbula con tanta fuerza que un músculo le tembló en la mejilla. De repente golpeó el volante con la palma abierta; un sonido seco que la sobresaltó y le hizo dar un respingo. Él giró con brusquedad hacia el arcén y detuvo el coche con un chirrido de ruedas.

Salió dando un portazo y el aire nocturno lo envolvió al instante. Caminó unos pasos hacia la cuneta, con las manos en la nuca y la respiración agitada. Su silueta, recortada contra la oscuridad de la carretera, transmitía una mezcla peligrosa de rabia contenida y agotamiento.

Lindsay se quedó en el asiento, con el corazón acelerado, sin saber si seguirlo o darle espacio. Desde fuera Chris apoyó las manos sobre el techo del coche, bajó la cabeza y soltó un largo suspiro que parecía arrastrar todo el peso del universo.

Solo tras unos minutos, en los que pareció calmarse, Lindsay se atrevió a bajarse.

—Chris, por favor… —Le puso una mano en el hombro, pero él se revolvió con brusquedad para quitársela de encima, un gesto que a Lindsay le dolió como una bofetada.

Más silencio. Enervante, casi hostil.

—¿Podemos hablarlo? —rogó.

—No.

—No volveré a subirme a ese coche si insistes en regresar.

Aquello fue como echarle gasolina a una hoguera. Chris se giró a mirarla con los ojos echando fuego de pura furia, pero Lindsay no se amilanó. Su futuro y el de su bebé dependía de lo que sucediera en los próximos minutos.

—¿Tú eres consciente de lo que ha podido pasar en ese callejón? —habló entre dientes—. ¡Estás loca si crees que voy a exponerte así de nuevo!

—Pero necesito…

—¡Me da igual lo que necesites! —bramó—. Haberlo pensado antes de acercarte a Kendrick.

A Lindsay le costó morderse la lengua y no arrojarle a la cara verdades que en ese momento solo empeorarían las cosas.

—No pensé que…

—¡Es que no tenías nada que pensar! —interrumpió—. Tenías clara mi postura con respecto a él, y te dio igual —soltó casi como un rugido—. ¿Qué demonios hacías con él a las siete de la mañana, Lindsay?

—Solo tuvo la amabilidad de llevarme a casa de Mark —contó abatida.

No podía explicarle que su estado emocional en ese momento dejaba mucho que desear, que no habría sido capaz de regresar sola a casa sin ayuda.

Ahora él rio con evidente hostilidad.

—Pues su amabilidad te ha costado bien cara, aunque todo es así con él —soltó un improperio—. Maldita sea, Lindsay, ¿eres consciente de que esa foto te pone en el punto de mira de toda esa gentuza?

—Pero yo no he hecho nada malo.

—¡Es él! —exclamó—. Todo su mundo es como una lacra que…

Se mordió los labios y concluyó:

—Jamás debiste permitir que te llevara a casa.

Ahora enfrentó su mirada con una angustia creciente.

—Sé sincera —tragó saliva—, ¿él es… el padre del bebé, es por eso que te empeñas tanto en encontrarlo?

—¡No! ¡Te juro que no! —aseguró, intentando acercarse a él, que reculó al instante—. Solo me llevó a casa porque… aquel otro tipo no podía.

Lo escuchó maldecir entre dientes.

—¿Y qué clase de hombre se acuesta con alguien y no tiene la decencia ni de acompañarla a casa?

Sí, también había una explicación para aquello, una que tampoco podía darle.

—Eso no es importante ahora.

—¿Que no es importante? —Blasfemó y la miró con desesperación—. ¿Por qué narices quieres encontrar a un tío así? ¡No tiene pinta de ir a convertirse en el padre del año!

Las lágrimas de Lindsay ya fueron incontenibles, y resultaron como una bofetada para Chris, que la miró con una mezcla de desesperación y dolor.

—Yo lo encontraré por ti —suspiró, ahora con un infierno en los ojos.

—¿Qué?

—Encontraré a Kendrick —prometió—, y me aseguraré de que me diga cómo localizar al hombre que te presentó esa noche. A cambio, tú tienes que esperarme en casa, a salvo.

Las lágrimas de Lindsay brotaron aún con más fuerza.

—No puedo aceptar eso —murmuró con la voz rota—, debo ser quien hable con Kendrick.

Chris se desesperó.

—¡Joder, Lindsay, no eres coherente! —protestó—. Esa gente es peligrosa.

—Pues nos aseguraremos de que no nos encuentren.

—No seas ilusa —ironizó ahora—. Somos su billete hasta Kendrick y lo saben, no dejarán de perseguirnos.

—Nos esconderemos.

Él maldijo entre dientes.

—Los hemos despistado, Chris —le recordó esperanzada—, quizá solo necesitamos llegar a las coordenadas del mapa para encontrar a Kendrick y todo habrá acabado.

—O empeorado —opinó abatido—, eso no lo sabemos.

Lindsay lo observó con una mezcla de ansiedad y curiosidad. Era evidente que todo aquello estaba removiendo algo profundo en su pasado. Una herida antigua que él se negaba a mostrar.

—Chris, ¿de qué conoces tú a Kendrick? —se atrevió a preguntar.

Él torció el gesto aún más.

—Eso no importa.

—A mí sí —insistió—. Es evidente que hay mucho más en ti de lo que me has mostrado todos estos años.

Chris soltó una risa amarga, sin alegría, y desvió la mirada hacia la carretera.

—Todos tenemos habitaciones cerradas, Linny, y algunas es mejor no abrirlas. —Hizo una pausa, apenas perceptible—. Créeme, no quieres entrar en las mías.

Después, más suave, casi en un murmullo, agregó:

—Kendrick es… parte de un pasado que no debería haberse cruzado contigo.

Aquello la desarmó por completo, sobre todo la angustia fugaz que se reflejó en sus ojos antes de que él volviera a alzar sus

murallas.

—Pero yo quiero conocer todo de ti, Chris —confesó con la voz temblorosa pero firme—. Cada puerta, cada habitación… me importa.

Él no la miró, pero ella lo vio apretar los dientes con una intensidad contenida, como si estuviera frenando algo que amenazaba con desbordarse. En sus ojos azules se mezclaban angustia e inquietud, como un océano agitado que prefería mantener oculto.

—Yo no soy bueno para ti, Linny —susurró con una tristeza que le quebró la voz—. Tú eres toda luz…, y yo cargo con demasiada oscuridad.

Sus palabras flotaron en el aire como una confesión inesperada, pesada, imposible de ignorar. Tras un silencio que pareció alargar la noche, Chris se giró hacia ella. Había algo distinto en su mirada: determinación, como si acabara de trazar una línea invisible entre ambos.

—Si quieres que te lleve conmigo hasta Greenville —dijo despacio, midiendo cada palabra—, tienes que prometerme que respetarás las distancias entre nosotros.

Lindsay lo miró desconcertada. Le tomó unos segundos asimilar lo que acababa de oír. ¡No! No podía exigirle eso, no después de lo que habían compartido.

—Pero…

—Sin peros —la interrumpió con una firmeza que no admitía grietas—. Si rompes esa regla, te envío de vuelta.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, más frío, más denso.

—Prométemelo —exigió él al fin, rompiendo la quietud con una voz baja pero implacable.

Lindsay soltó un suspiro resignado. Sabía que no tenía elección; no si quería seguir a su lado.

—Prometido —asintió, y alargó la mano hacia él para cerrar el trato.

Chris la miró en silencio. Durante unos segundos su mano permaneció suspendida en el aire, indecisa, mientras él la miraba como si estrecharla significara abrir una compuerta que no podría

volver a cerrar. Al final sus dedos se deslizaron sobre los de ella, y el contacto, en apariencia simple, fue cualquier cosa menos eso.

Una corriente sutil, eléctrica, los recorrió a ambos. Ella lo sintió en el estómago, en la respiración que se le volvió torpe, y leyó con absoluta claridad en los ojos de Chris el tormento que suponía contenerse, el deseo desbordado, el impulso de rendirse… y la decisión obstinada de no hacerlo. Cuando él retiró la mano, fue con un movimiento controlado, casi forzado, como si cada milímetro de distancia costara.

—Tenemos unas tres horas hasta Greenville —fue todo lo que dijo antes de caminar hasta el coche y subirse.

Lindsay soltó aire muy despacio, buscando algo de calma. Jamás había hecho una promesa… siendo tan consciente de que acabaría rompiéndola.

Capítulo 20

Recorrieron la distancia hasta Greenville en menos tiempo del que esperaban, si hacían caso del reloj, pero Lindsay tenía la sensación de llevar media vida metida en aquel coche. Fingía dormitar, intentando controlar las lágrimas unos ratos y las ganas de gritar otros.

Una vez que entraron en el pequeño y remoto pueblo de Greenville, sintió como si hubieran cruzado una frontera invisible. La civilización se fue desdibujando tras ellos, sustituida por un paisaje agreste que imponía respeto: extensiones interminables de bosque, montañas recortadas contra el cielo nocturno y, a lo lejos, el brillo oscuro y sereno del lago Moosehead. El aire era más frío, más limpio, y el silencio tenía un peso distinto, casi primitivo.

Las coordenadas que habían introducido en el GPS los desviaron pronto de la carretera principal. El asfalto dio paso a un camino estrecho de tierra y grava, flanqueado por árboles tan altos que sus copas parecían tragarse la poca luz de la luna. A medida que avanzaban el coche se internaba en la espesura como si se adentrara en otro mundo, lejos de cualquier atisbo de vida humana.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Lindsay en voz baja, casi por respeto al entorno.

—Pues eso espero.

Chris estaba concentrado en seguir el camino que serpenteaba entre troncos y raíces, iluminado apenas por los faros.

Finalmente, tras varios minutos de avanzar por la senda solitaria, el bosque se abrió en un pequeño claro. Frente a ellos apareció una cabaña de madera, modesta y acogedora, con el techo a dos aguas cubierto de ramas y un pequeño porche delantero, donde una vieja mecedora parecía moverse con el viento. La casa estaba aislada por

completo, sin más compañía que los árboles y la oscuridad envolvente.

Era noche cerrada y solo la luz de la luna, junto con los faros del coche, les permitía distinguir los contornos: la puerta de madera envejecida, una ventana lateral con postigos cerrados y la chimenea, que se recortaba como una sombra firme contra el cielo estrellado.

Chris apagó el motor. El silencio del bosque los envolvió al instante, tan denso que Lindsay tuvo la sensación de que incluso sus pensamientos hacían demasiado ruido.

Bajaron del coche para verla bien, y ambos se quedaron en silencio observando el lugar, como si cruzar el umbral fuera más que una simple entrada, fuera una decisión.

—No parece que haya nadie en casa —murmuró Chris casi para sí.

—Quizá su coche está a la vuelta —opinó Lindsay, sin mucha confianza.

Chris caminó ahora con paso firme hasta el maletero, lo abrió y sacó una potente linterna.

—Quédate aquí —pidió, adelantándose con paso firme.

Algo inquieta, Lindsay lo siguió con la mirada mientras él rodeaba la cabaña por el lateral dispuesto a inspeccionar la zona. Eran las tres de la madrugada, no podían tocar a la puerta sin más, pero si la casa estaba vacía, tendrían que encontrar una forma de entrar. No estaba dispuesta a pasar la noche encerrada en el coche. Si tenía que seguir compartiendo dos metros cuadrados con el silencio de Chris, iba a acabar volviéndose loca del todo.

Paseó la mirada a su alrededor, esforzándose por agudizar la vista en la penumbra. Probó a enfocar con la linterna del móvil, pero la luz era débil y apenas penetraba la oscuridad que rodeaba la cabaña. Tenía la sensación de que a la luz del día aquel lugar podía resultar encantador, pero en ese momento, envuelto en la oscuridad del bosque, cada sonido nocturno le erizaba la piel. El crujido de las ramas, el murmullo del viento entre los árboles e incluso el ulular distante de lo que parecía un búho, adquirían un matiz inquietante que le estaba poniendo los pelos de punta.

Se metió en el coche dispuesta a encontrar otra linterna que le permitiera ver algo más allá. Resopló con frustración y abrió la guantera, rebuscando entre el revoltijo que había dentro: mapas arrugados, un par de bolígrafos, una navaja, pilas sueltas, un paquete de chicles medio abierto… Aquello parecía un pequeño bazar improvisado. Había de todo, excepto una maldita linterna.

Cuando estaba a punto de rendirse, algo llamó su atención. En un lateral, medio escondido bajo unos papeles, había un pequeño fajo de cartas atadas con una goma reseca. Contó por encima, al menos eran una decena.

Las tomó con cuidado y al enfocarlas con el móvil el corazón le dio un vuelco. Todas estaban dirigidas a Chris y ninguna tenía remitente. Solo se distinguía el matasellos de correos y, para su sorpresa, en muchas de ellas era de Littelton.

Frunció el ceño, desconcertada. ¿Esas cartas los llevaron hasta allí? ¿Y qué relación tenían con Kendrick?

Sabía que no debía, pero la curiosidad pudo más. Intentó abrir una con cuidado y descubrió que estaban todas intactas. Cerradas. Sin una sola marca que indicara que Chris hubiera leído siquiera una. ¿Por qué?

Era evidente que él se estaba callando demasiadas cosas. Tenía muchas preguntas que hacerle, y no solo referente a aquellas cartas, pero debía esperar a que él estuviera más receptivo. Lo conocía demasiado bien como para saber que no le sacaría una palabra mientras continuara tan enfadado.

En ese momento, un golpecito en el cristal provocó que diera un respingo y soltara un pequeño grito de sorpresa. Se afanó por esconder las cartas y cerró la guantera de golpe, bajándose del coche con apremio.

—No hay nadie —fue lo primero que dijo Chris—. Y todas las ventanas están selladas a cal y canto.

Ambos avanzaron con cautela hacia la puerta principal. Chris echó un vistazo rápido a su alrededor, evaluando la situación con esa mezcla de control y resolución que lo caracterizaba. Se agachó junto a la cerradura y la enfocó con la linterna, dispuesto a forzarla.

—¿Quién crees que dejó esas coordenadas en el mapa? —interrogó Lindsay ahora, algo confusa—. Estamos dando por supuesto que fue Kendrick, pero no podemos estar seguros ni de cuánto llevaba ese mapa allí.

Chris estaba centrado en la cerradura y no contestó, pero conociéndolo, Lindsay sabía que no era solo concentración y estaba evitando hacerlo.

Recordó las cartas y cómo el matasellos de correos los había llevado hasta Littelton, y si tenía en cuenta el extraño comportamiento de Chris durante todo el viaje, no era descabellado pensar que estaban siguiendo una especie de ruta hacia… ¿Kendrick o alguien más? ¿Por qué ese tipo, quien fuera, dejaría un rastro que solo Chris parecía poder seguir?

—Quizá esas coordenadas no eran para nosotros —siguió casi hablando para sí—, pero serían para alguien, ¿no?

—Pues supongo, Linny, pero ¿eso que…?

—¿Por qué atraer a alguien a una cabaña en mitad del bosque y obligarlo a romper la puerta para poder entrar? —preguntó, frunciendo el ceño—. Incluso casi oscuras, se nota que es una cabaña bonita, ni mucho menos ruinosa.

—Supongo que pensaría estar aquí para recibir a las visitas.

—Sí, pero si yo esperara visita y decidiera salir… —dejó la frase en el aire.

—Dejaría una llave —completó Chris por ella.

—Exacto.

Chris la miró con una expresión de desilusión.

—Podría forzar esa puerta con los ojos cerrados —casi gruñó.

—No lo dudo.

—Me hacía algo de ilusión —resopló con la expresión de un niño al que acaban de quitarle su capa de superhéroe.

Lindsay rio, que estuviera bromeando era un avance que no esperaba.

—Preferiría que no lo hicieras.

—¡Aguafiestas! —murmuró para sí mientras recorría el porche con la linterna—. ¡A saber dónde está la llave!

Pasearon la mirada por todo el porche. Sus ojos recorrieron la barandilla, el suelo cubierto de hojas y la vieja mecedora arrimada a un lateral, junto a la que había una maceta vacía de vida, pero llena de tierra. Esperanzada, Lindsay levantó el tiesto, convencida de que bajo él hallaría la ansiada llave, pero se llevó una gran desilusión al no encontrarla.

—Será cabrón… —se quejó Chris casi para sí.

—¿Qué te pasa?

—La llave está en la maceta —afirmó sin ninguna duda.

—No, yo…

—Entre la tierra.

Lindsay miró el tiesto. Sí, era raro que estuviera lleno sin nada plantado.

—Entonces vamos a buscarla y…

—Prefiero forzar la cerradura.

—¡No!

—Odio las lombrices —masculló entre dientes.

Lindsay lo miró ahora con asombro.

—No puedo soportarlas —insistió Chris apretando la mandíbula —, es una de mis fobias.

—¿Y por qué va a haber lombrices en una maceta? —Lo miró con curiosidad.

Él soltó un improperio acompañado de un gruñido.

—Porque es un cabrón retorcido, aunque él lo disfrazará de superación personal y todas esas mierdas.

—¿Quién?

Al notar su reticencia y cómo se le volvía a ensombrecer el rostro, Lindsay optó por no insistir.

—Yo la sacaré —se ofreció, y se agachó frente a la maceta.

—No quieres meter la mano ahí —aseguró Chris, deteniéndola.

—Pero…

Chris tomó ahora el tiesto con un gesto de asco que le arrancó una sonrisa a la chica, y caminó hasta un extremo del porche con ella. Para su asombro, vació el contenido de la maceta al completo. Cuando Chris iluminó la tierra, distinguieron la llave metálica, qué brilló bajo la luz, pero… no fue lo único. Desconcertada, Lindsay

observó la cantidad de lombrices de todos los tamaños que se retorcían entre la tierra. Había decenas.

—¡Por Dios, qué asco! —casi gritó, perpleja—. ¿Por qué narices hay tantas?

Chris no contestó. Con un evidente gesto de irritación, pateó la tierra y a todas sus huéspedes, hasta sacarlas por un lateral del porche, dejando solo la porción con la llave. Después usó el morro de la linterna para aislarla por completo y al fin la tomó en sus manos.

Lindsay lo observaba de reojo, preguntándose qué acababa de pasar.

Cuando Chris introdujo la llave en la cerradura, esta cedió con un clic seco. Empujaron la puerta con cuidado y entraron en la cabaña.

La oscuridad interior los envolvió al instante, pero Chris enfocó la potente linterna y el haz de luz barrió la estancia. La cabaña era pequeña, pero acogedora. Todo estaba dispuesto en una amplia sala al estilo de un loft. Una enorme cama de madera rústica ocupaba un lateral, mientras que al otro lado se encontraba un pequeño salón con dos sillones frente a una acogedora chimenea. Junto a la ventana había una mesa de comedor, y las paredes contiguas estaban vestidas con unas enormes estanterías cargadas de libros, montadas sobre un mueble con cajones. En un costado había una pequeña cocina, muy ordenada, con los utensilios alineados como si alguien acabara de guardarlos. Al fondo, una única puerta cerrada parecía llevar al baño.

Lindsay recorrió la habitación con la mirada. No parecía un lugar abandonado. Todo estaba limpio, organizado, incluso tenía pinta de no tener apenas polvo acumulado. Daba la sensación de que su ocupante tan solo había salido por un momento.

—Es bonita —opinó Lindsay, sonriendo.

«Idílica, diría yo». Suspiró. No le importaría nada perderse allí con Chris durante… un par de vidas o tres.

—Llámame ilusa, pero ¿no hay luz? —interrogó—. Dudo que alguien pueda vivir aquí sin ella.

—Tiene que haber un generador en alguna parte —aseguró Chris —, pero habrá que esperar la luz del día para buscarlo y hacerlo

funcionar.

Caminó hasta el baño y Lindsay fue tras él. Era pequeño, pero tenía todo lo necesario para hacer cómoda la estancia, incluso una buena provisión de jabones y champús.

Lindsay no tuvo problema para imaginarse dentro de aquella ducha mientras él la ayudaba a enjabonarse y…

—Joder, ¡qué fría! —se quejó Chris mientras se lavaba las manos —. ¿De dónde mierdas viene esta agua, del polo norte?

«Pues como siga así, pronto me va a hacer falta una ducha…», pensó abatida.

Chris se secó las manos en el pantalón, tomó de nuevo la linterna y enfocó el techo, donde lo que parecía una enorme caja metálica pendía colgada en lo más alto de la pared.

—¿Qué es eso?

—Un termo para calentar el agua —explicó Chris—, pero no funcionará hasta que arranquemos el generador eléctrico.

Salieron del baño y, por instinto, sus miradas recorrieron de nuevo la estancia, asegurándose de que todo seguía en orden. Lo siguiente fue registrar los cajones hasta encontrar varias velas y un par de linternas más, que distribuyeron por la cabaña para tener al menos una visibilidad media. Después Chris se adelantó hacia un armario situado junto a la cama y lo abrió con un gesto firme.

—Aquí hay todo tipo de sábanas, mantas, toallas…, y huele a limpio —informó, iluminando el interior con la linterna.

—¡Perfecto! —exclamó Lindsay, y corrió hacia él con una sonrisa repentina. Sin medir la distancia, lo empujó con suavidad con el cuerpo para asomarse al armario, arrinconándolo entre la pared y la puerta abierta. La cercanía fue inmediata, envolvente.

—Oye, controla tu impaciencia —protestó Chris, divertido, aunque sin apartarse—. Yo estaba antes.

—No te metas conmigo —replicó con una chispa maliciosa en los ojos—, que soy capaz de salir a por una de esas monerías del tiesto y ponértela entre las sábanas.

Él soltó un gruñido fingiendo fastidio.

—Luego querrás que te defienda de los osos.

—¿Osos? —Lindsay lo miró con los ojos como platos—. No hay osos aquí…, ¿no?

Chris arqueó una ceja y, como no podía moverse, se apoyó con calma contra la pared, observándola con una sonrisa traviesa.

—No, era broma —aclaró tras una breve pausa—. Se habrán ido hace tiempo huyendo de los coyotes.

Durante unos largos segundos Lindsay lo miró muy seria, intentando discernir cuánto de verdad podía haber en sus palabras. Cuando Chris terminó sonriendo, le dio un manotazo.

—Eres un idiota —acusó.

—Tienes razón —aceptó, conteniendo la risa—. En realidad… un oso jamás huiría de un coyote.

Lindsay cruzó los brazos sobre el pecho.

—Y tú te enfrentarías a un oso, ¿no?

—¡Por supuesto! —afirmó Chris con una divertida expresión de arrogancia—. Y ganaría.

—Salvo si trae una lombriz sobre el lomo. —Rompió a reír ante su gesto de fastidio.

—Nunca vas a olvidarlo, ¿verdad? —suspiró él.

—Voy a consagrar mi vida a recordarte el momento.

La conversación absurda les arrancó una risa compartida, un respiro inesperado tras horas de tensión, pero en cuanto el eco de sus voces se apagó, la cercanía entre ambos se hizo asfixiante. Ella seguía sin moverse de delante del armario, impidiéndole el paso; él, apoyado en la pared, con la linterna en una mano y los ojos fijos en ella… Cuando Lindsay pudo recuperar su hilo de pensamiento, fue consciente de que llevaban un rato mirándose sin pronunciar palabra. Demasiado. Los ojos de Chris abrasaban su cuerpo, y pronto se encontró contemplando su boca con un anhelo apenas disimulable. El silencio se cargó de electricidad.

—Por favor, Linny, no me hagas esto —susurró, y esta vez sonó a ruego.

—Yo no hago nada —repuso al tiempo que se mojaba los labios con la lengua… y él seguía el movimiento igual que si estuviera hipnotizado.

Un aleteo brusco sobre el tejado, seguido de un golpe seco, hizo que el corazón de Lindsay se desbocara. El sonido recorrió la cabaña como si algo enorme se hubiera posado justo encima de ellos, sobre el techo.

Lindsay soltó un pequeño grito ahogado y, sin pensarlo, se arrojó en sus brazos, con el corazón martilleando contra su pecho. Él estaba tenso, alerta, pero la calidez de su abrazo la envolvía por completo, y por un segundo el mundo se redujo al sonido de su respiración compartida.

Se mantuvieron así durante más tiempo del necesario, hasta que las manos comenzaron a escapar de su control, el aire se hizo irrespirable y el calor de sus cuerpos empezó a resultar abrasador.

—Estás en un bosque —le recordó Chris en un tono tenso, que sonaba algo irritado—, tienes que acostumbrarte a ruidos de todo tipo ahí fuera.

A Lindsay no le sorprendió que usara aquel tono seco para batirse en retirada.

—Llevamos en el bosque ¿cuánto?, ¿unos tres minutos? —protestó, aún poco dispuesta a abandonar su refugio entre sus brazos—. Y esta noche me han amenazado con una navaja, apuntado con una pistola y perseguido por carretera como en una versión de *Fast & Furious*, disculpa si aún ando algo nerviosa —ironizó.

Chris guardó silencio, esperó unos segundos e intentó apartarla de su lado, pero ella no lo permitió.

—Linny… —sonó ronco.

—Aún no estoy lista —se quejó, abrazándose a él con más fuerza —. Sigo teniendo la piel de gallina.

«Aunque ya no tiene nada que ver con el susto», pensó para sí, pero le dio igual. Si tenía que aprovecharse de la situación, no dudaría en hacerlo. Hasta que la necesidad de él fue tan intensa que supo que se había equivocado. Sentía aquel torso firme y caliente contra ella, y deseaba acariciarlo con toda su alma.

«Por Dios, mira el tamaño de esa cama», quería susurrarle al oído, tentarlo, saltarse aquella promesa de todas las formas posibles.

Suspiró acalorada. No sabía que el deseo no satisfecho podía sentirse tan desesperante y doloroso, pero era como una herida abierta que solo él podía sanar.

—Chris…

Solo el tono en que pronunció su nombre habló alto y claro. Tanto que él ahora sí la obligó a apartarse y casi la lanzó sobre la cama, alejándose después varios metros.

—Duerme un poco —replicó en un tono tenso.

A Lindsay le costó no gritar de pura frustración.

—Yo dormiré en el sofá —siguió diciendo él.

—La cama es grande, podemos compartirla si…

—¡Ni loco voy a meterme contigo en esa cama!

Aquello le dolió y no le dio tiempo a disimularlo. Guardó un profundo silencio mientras buscaba en el armario unas sábanas limpias. Los ojos le escocían del esfuerzo que hacía por contener las lágrimas. Él tampoco pronunciaba palabra, se había sentado en el sofá mirando hacia las estanterías, mientras la tensión se masticaba en el ambiente.

Decidió concentrarse en hacer la cama… antes de ceder a la tentación de lanzarle algo a la cabeza desde donde estaba.

Capítulo 21

Lindsay prefirió darle veinte vueltas a la cama para vestirla de limpio antes que pedirle ayuda. Después pasó ante el sofá sin mirarlo y se perdió en la puerta del baño, donde se limitó a lavarse como pudo, y lo justo para no congelarse.

Cuando regresó al interior, tenía toda la intención de pasar ante él sin hablarle, pero cometió el error de mirarlo y se topó con sus ojos, que la observaban sin esconderse.

—Siento si he sonado duro antes —lo escuchó murmurar con cierto pesar—. No quería ofenderte, yo quería decir…

—Ha quedado clara tu postura, no te preocupes —replicó aún dolida.

—Linny…

—Pero que conste que solo te estaba ofreciendo descansar algo más cómodo, pero tú…

—¡Yo estoy a punto de largarme a dormir al coche! —interrumpió en un tono desesperado.

Aquello la pilló desprevenida, parecía decirlo en serio.

—Ni siquiera sé si puedo compartir la maldita cabaña entera contigo sin… —no concluyó la frase, pero quedó muy claro a qué se refería, acabó añadiendo—: así que no hablemos de una cama.

Lo miró con el corazón acelerado. De repente se le había pasado el enfado del todo.

—Tienes que poner de tu parte, Linny —insistió, y sonó a ruego.

—¿Yo? —Sonrió incrédula, como si acabara de pedirle la luna.

Él de veras parecía muy abatido y preocupado, así que se apiadó un poco en lugar de decirle que lo único que ella quería era hacerle un traje de saliva… Frunció el ceño frente al pensamiento y esbozó una media sonrisa. Definitivamente, Karen no era una buena influencia. Aquella era una frase muy suya.

—Vale, intentemos pensar en otra cosa —propuso Lindsay.

—Mejor vamos a acostarnos —pidió Chris, y abrió los ojos de par en par—. ¡Me refiero a dormir! Tú en la cama, yo… aquí en… — Lindsay no pudo evitar reír y él soltó un improperio—. Sí, yo también me reiría de mí mismo si pudiera —dijo, ahora malhumorado—. Son casi las cuatro, intenta dormir.

Lindsay miró hacia la cama con una expresión abatida.

—¿Qué? —preguntó Chris de inmediato.

—¿No puedo quedarme aquí contigo? —sugirió, y se explicó con rapidez—. Tú para un lado, yo para otro…

—¿Por qué tendríamos que dormir incómodos los dos?

Lindsay tragó saliva y admitió algo cohibida.

—Es que… estoy un poco inquieta. —Se sentó al otro extremo del sofá, lo más lejos de él que pudo para demostrarle su buena voluntad—. Al menos deja que me quede aquí hasta que me dé algo de sueño.

Cuando lo escuchó suspirar con resignación, se acomodó un poco más en el mullido colchón. Después Chris se levantó, caminó hasta el armario y regresó con una sábana para que pudiera arroparse un poco.

—Estás tiritando, tápate —le dijo, extendiendo la tela.

—Es que estoy casi desnuda. —Habría reído por el gesto de él si no fuera porque temía que la mandara a la cama—. Mañana nos toca la fase dos de *Pretty Woman* —le recordó mientras él dejaba caer la sábana sobre su cuerpo—. Necesito comprar bastantes cosas hasta convertirme en una mujer decente.

Él asintió.

—¿Cuánto efectivo tienes? —interrogó ahora.

—Unos doscientos, ¿por?

—Yo tengo otros cien —informó Chris—. No creo que podamos comprar todo lo que necesitamos. Habrá que sacar dinero, lo que supone un problema.

—¿Por qué?

—Porque una tarjeta es muy fácil de rastrear —explicó—, y no queremos visitantes indeseados, ¿no te parece?

Sí, aquello tenía sentido.

—¿Y qué hacemos?

—Usaremos un cajero de carretera, un par de pueblos más allá —sugirió—. Como si hubiéramos pasado de largo.

Ella asintió y lo miró ahora un tanto preocupada.

—¿Crees que nos estarán buscando?

A Chris pareció costarle admitir:

—Eso me temo, sí —afirmó—. Están convencidos de que los llevaremos hasta Lake.

—Lake… —repitió con el entrecejo fruncido—. No me extraña que Anthony no encontrara nada sobre Nathan Kendrick si ni siquiera es su verdadero nombre —suspiró—. ¿Qué crees que quieren de él?

Chris negó con un gesto.

—Nada bueno —opinó—. Suele pasar cuando tienes tantos cadáveres en el armario.

—¿Y… crees que Kendrick los tiene?

—Te lo aseguro.

Estuvo en un tris de preguntarle en qué le afectaban a él, pero se contuvo. Le había costado demasiado normalizar la conversación y no quería fastidiarla.

—¿Y el grandullón?

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué demonios crees que quiere del tal Wexler?

No le costó nada comprobar cómo Chris se ponía aún más tenso, tal y como sucedió en aquel callejón, y aquello la asombró de nuevo.

—Ni idea.

—Escuché hablar de ese tipo en la gala, ¿sabes? —contó ahora, observando sus reacciones con más cuidado.

—¿De quién?

¿Memoria fotográfica y había perdido el hilo de la conversación? Supo que iba por buen camino.

—Victor Wexler.

Chris asintió sin hablar, y Lindsay se sintió demasiado intrigada por su silencio.

—En la gala hablaban de él como si fuera una especie de doctor Frankenstein de la hipnoterapia —siguió diciendo Lindsay.

—Es una descripción muy acertada—asintió Chris.

—Resultaba curioso, porque la gente parecía idolatrarlo en la misma proporción en la que lo condenaban —explicó—. Lo pintaban como un genio, de esos que deslumbran y asustan a partes iguales.

Chris soltó una risa seca, sin humor.

—Sí, Victor causaba esa impresión en todo el mundo —admitió —. Deslumbraba a cualquiera que se le acercara demasiado. Y si tenías la mala suerte de quedarte atrapado en su órbita… —hizo una pausa breve—, acababas pagando el precio.

—Usas el pasado.

—Se retiró hace mucho tiempo —aseguró en un tono extraño.

—Hablas como si lo conocieras bien.

Él suspiró. Su expresión era cada vez más incómoda.

—Algo así. Digamos… que he leído mucho sobre él —repuso, aunque su tono sonó más personal de lo que, estaba segura, pretendía—. Victor tenía una inteligencia brutal y cero límites. Si se proponía algo, lo conseguía, aunque para ello tuviera que destrozar a la gente que tenía alrededor.

Lindsay frunció el ceño, procesando sus palabras.

—Suena… intenso.

—Lo era. Y muy carismático. Sabía cómo hacer que todos creyeran que estaban en presencia de alguien excepcional. Y lo estaban —aceptó con cierta amargura—. El problema era lo que escondía detrás de esa brillantez.

Lindsay tragó saliva, y estaba a punto de profundizar cuando él declaró:

—Es tarde para esta conversación. Prometo hablarte de él con más detalle, pero no ahora.

A ella le costó renunciar al interrogatorio, pero se lo llevó por otros derroteros.

—¿Y qué relación crees que habrá entre Kendrick y Wexler?

—Una muy estrecha —murmuró Chris casi para sí.

Lindsay abrió mucho los ojos y lo miró con asombro.

—¿Ellos son… pareja? —preguntó.

Chris suspiró.

—Digamos… que son tal para cual —afirmó en un tono mordaz —. Te aseguro que no hay nadie en este mundo a quien Victor adore más.

—¡Guau! Nunca habría dicho que el tal Kendrick fuera gay —declaró, asombrada de veras, mientras se acomodaba un poco más en el sofá. El calor de la manta y el murmullo tranquilo de su voz empezaban a envolverla. Los párpados le pesaban como si alguien hubiera echado arena sobre ellos—. Me pregunto si estarán juntos ahora mismo…

Se aferró a la sábana y se acurrucó, buscando una postura cómoda.

—…igual están celebrando el reencuentro —susurró con la voz cada vez más tenue—, y nosotros… aquí perdiendo el tiempo…

Chris la observó desde el otro extremo del sofá. Su respiración empezó a acompasarse, lenta, regular.

—…no me parece nada justo —alcanzó a decir en un último suspiro antes de rendirse al sueño.

Él sonrió al verla quedarse dormida poco a poco, como si la tensión de las últimas horas se hubiera disuelto por fin en ese instante, y ya no pudo dejar de mirarla.

La contempló en silencio, temiendo que el simple parpadeo pudiera borrar la imagen que tenía delante. Había algo hipnótico en ella así, desprovista de defensas, con el cabello suelto sobre el cojín y la piel iluminada apenas por la tenue luz de la linterna apoyada en la mesa.

¡Dios, estaba preciosa!

Y él… se sentía al límite. Desde lo ocurrido en el bar, la deseaba con una intensidad que apenas podía contener. Cada gesto, cada mirada, cada roce involuntario lo encendía por dentro como si alguien avivara un fuego que siempre estaba encendido. Resistirse le estaba resultando insoportable.

Cerró los puños, esforzándose por contener el impulso de cruzar esa distancia mínima que los separaba. No sabía cuánto más podría aguantar antes de claudicar. El miedo por lo que podía haberle pasado en aquel callejón y la furia al ver aquella foto eran, de momento, lo único que lo mantenía a raya, pero sabía que ambas

emociones terminarían desvaneciéndose. A la luz de la mañana bastaría con que ella lo mirara con esos ojos verdes intensos, mordiéndose los labios carnosos, esos malditos labios que parecían existir solo para meterlo en problemas, para que cualquier barrera saltara por los aires.

Suspiró derrotado. Lindsay era eso que no debería tocar y, a la vez, lo único que parecía hecho justo para él.

Recordó lo ocurrido en el bar y su cuerpo respondió de inmediato con una intensidad casi febril. Las manos comenzaron a moverse solas, como si la distancia fuera un castigo imposible de soportar. Tuvo que tensar todos sus músculos para no rozarla siquiera. El calor subió por su cuerpo como una oleada implacable, concentrándose en un punto que se volvió doloroso.

Había perdido por completo la cabeza en aquel pub. Tantos años resistiéndose… y había acabado tomándola de pie, contra una pared, en un lugar casi público. Se sentía fatal por asaltarla de un modo tan irrespetuoso, pero no podía olvidar la sensación de su piel, su boca, la forma en que se había rendido a él y lo había arrastrado consigo. A pesar de su culpa…, debía reconocer que había sido algo glorioso poder besarla, tocarla, hundirse en ella hasta perder la cabeza… No le extrañaba que todo hubiera desembocado en el clímax más jodidamente increíble de su vida. Cambiaría sin dudarlo a todas las mujeres que habían pasado por su cama por un solo minuto con ella.

La miró con una necesidad imperiosa de… cometer la locura de despertarla. La erección era insoportable, y el recuerdo, un tormento.

Se levantó de golpe y cruzó la estancia casi a oscuras, como un hombre huyendo de sí mismo. Entró en el baño y abrió la ducha al máximo. El agua helada lo golpeó con violencia, como una bofetada, robándole el aliento.

Aquella era, sin duda, la ducha fría más desagradable de su vida, y la única capaz de devolverle un mínimo de control.

Cuando salió del Polo Norte, aún con el cabello húmedo y la piel erizada por el frío, se acercó en silencio hasta el sofá. Se agachó

frente a ella, sin tocarla, temiendo que cualquier roce pudiera romper el hechizo.

La contempló durante una eternidad. Sus ojos recorrieron cada detalle de su rostro con una devoción silenciosa: el modo en que un pequeño mechón de cabello se enredaba sobre su mejilla, la curva delicada de sus labios entreabiertos, la serenidad que pocas veces mostraba despierta. Había algo hipnótico en verla así, rendida al sueño, ajena a todo.

Se quedó embelesado, atrapado en la imagen, grabándola a fuego en su memoria. Su belleza tenía algo devastador, íntimo, que le agitaba el pecho y lo dejaba sin aire. En ese instante, más que deseo lo que lo dominaba era una mezcla extraña de ternura y vértigo, como si estuviera contemplando algo que no debía pertenecerle… y que, aun así, sentía que era más suyo que él mismo.

«No eres bueno para ella», le gritó una voz interna con grosería. Intentaba acallar aquella voz cada vez que la miraba, que sentía que quizá, solo quizá, podían tener una oportunidad juntos, pero la realidad no tardaba en golpearlo. Aún le debía demasiadas cosas a la vida como para merecer algo tan puro. Solo tenía que ver el lío en el que estaba metida… por haber tenido la desgracia de cruzarse con las sombras de su pasado, uno que jamás podría soltar del todo.

Ella se movió en el sofá, buscando una posición más cómoda, y Chris comprendió que no podía dejarla allí toda la noche. Por mucho que intentara no pensarlo para no perder la cabeza, no debía ignorar que Lindsay estaba embarazada. Necesitaba descansar de verdad.

Se inclinó sobre ella con cuidado, conteniendo el aliento para no despertarla. La tomó en brazos con una delicadeza que contrastaba con la fuerza que sabía que poseía. Sentirla tan cerca lo desarmó: el calor de su piel, el peso liviano de su cuerpo relajado, la forma en que su cabeza encajaba instintivamente contra su pecho…

Avanzó despacio hasta la cama. Cada paso era un ejercicio de control, como si temiera que el más mínimo error rompiera el hechizo de ese instante íntimo.

La depositó sobre el colchón con suavidad, procurando no perturbar su sueño. En cuanto sus dedos rozaron la sábana, tuvo

que apartar la vista. Verla así, casi desnuda bajo la tenue luz, era una tortura deliciosa. Se apresuró a cubrirla, sentía que con cada segundo que pasaba aumentaba el riesgo de sucumbir a lo que no debía.

Justo cuando se incorporaba para alejarse, Lindsay entreabrió los ojos, con esa mirada vidriosa de quien sigue atrapada entre el sueño y la vigilia.

—Draco… —murmuró adormilada.

Él se quedó quieto, desconcertado. Draco. El peluche. Sintió un nudo en el estómago al pensar que ella asociaba aquel muñeco con otro hombre. Aun así, no dudó. Buscó en su mochila hasta encontrar el pequeño dragón de peluche y volvió a su lado.

Ella lo tomó con un gesto casi infantil y, sin abrir del todo los ojos, lo apretó contra su pecho.

—Gracias… —susurró. Para su asombro, atrajo a Chris del cuello con una delicadeza soñolienta y le regaló un beso suave, cálido, cargado de una ternura imposible. No fue largo ni profundo, pero bastó para desbaratarle cada defensa.

Se quedó paralizado, con el corazón martilleando en el pecho, hasta… que llegó la frase que lo golpeó como una losa.

—Draco será el primer regalo para nuestro bebé —musitó Lindsay en sueños, acurrucándose con el peluche entre los brazos.

Chris sintió cómo el aire se le atascaba en los pulmones. El dolor lacerante que le asoló el pecho fue demoledor. Se quedó inmóvil, contemplándola mientras el peso de esas palabras lo aplastaba. ¿Ella pensaba que… besaba al padre de su hijo? ¿Era aquel otro tipo quien visitaba sus sueños cuando dormía? ¿Alguien a quien había conocido solo unas pocas horas? La idea le atravesó como un cuchillo. No podía soportarla.

Se apartó en silencio, con el estómago revuelto, y se alejó de ella sintiendo que necesitaba poner distancia antes de quebrarse. Salió al porche y dejó que el aire frío de la madrugada le azotara el rostro, intentando apagar la angustia que lo devoraba por dentro.

El bosque lo rodeaba, inmenso y oscuro, respirando en silencio. Por un instante sintió que aquella soledad le devolvía una claridad brutal: ella no era suya, y si seguía por ese camino, quedaría herido

de muerte cuando tuviera que entregársela al hombre que habitaba sus sueños.

Apretó los dientes y cerró los puños, obligándose a anclar ese dolor en algún lugar profundo. No podía permitirse flaquear. No ahora. No con lo que se avecinaba. Aún tenía que enfrentarse a su pasado, quisiera o no, y mantenerla a salvo.

Alzó la vista hacia el cielo negro, cuajado de estrellas, y respiró hondo. Aquella etapa de su vida estaba llegando a su fin. Siempre supo que tarde o temprano tendría que alejarse de allí, de Boston, de ella, porque jamás soportaría verla formar una familia con nadie más, y él… ni siquiera sabía lo que era tener una.

Capítulo 22

Cuando Lindsay abrió los ojos por la mañana, lo primero que la sorprendió fue descubrir que estaba acostada en la cama. Parpadeó un par de veces, confundida. Aquello solo podía significar una cosa: Chris la había llevado hasta allí.

Aún más sorprendida, notó el suave tacto del dragón de peluche entre sus manos. Lo abrazó con fuerza unos segundos, y una calidez inesperada se apoderó de ella, pero no fue lo único que la dejó sin palabras.

Se incorporó despacio y se llevó una grata sorpresa. La cabaña a la luz del día era preciosa. La penumbra de la noche había dado paso a una claridad dorada que se colaba por las ventanas, filtrándose entre las rendijas de la madera y dibujando haces de luz en el aire. El espacio parecía otro: acogedor, íntimo, casi mágico.

Deslizó las piernas fuera de la cama y, descalza, avanzó con cuidado por el suelo de madera hacia el sofá. Allí estaba Chris, aún dormido, tendido boca arriba, con una sábana blanca enredada a la altura de la cintura. El resto… era pura piel. Su torso desnudo, definido a la perfección, atrapaba la luz de la mañana igual que si esta se hubiera confabulado para resaltarle cada línea, cada músculo. Su rostro, relajado por el sueño, tenía una belleza serena y casi peligrosa. La dureza habitual de sus facciones se había suavizado, dejando al descubierto una versión de él que pocas veces se dejaba ver.

Lindsay se quedó quieta, observándolo en silencio, disfrutando de las vistas. El deseo corría ya desbocado por sus venas, tan intenso que casi le cortaba la respiración. Sintió el calor subirle por el cuerpo y la tentación instalándose en cada fibra.

Sabía que la noche anterior había hecho una promesa, que se había comprometido a mantener las distancias para quedarse a su

lado, pero mientras lo miraba, tan de cerca y tan irresistible, una sonrisa traviesa curvó sus labios.

«Lo siento, Chris, pero si yo tengo que respetar esa promesa, tendré que asegurarme de que seas tú quien me obligue a romperla».

Con una sonrisa en los labios, caminó de puntillas hasta el baño para asearse, intentando no despertarlo. Cuando salió él seguía dormido, así que decidió aprovechar la oportunidad para inspeccionar la cabaña a conciencia.

Se movió despacio, dejando que la luz matinal guiara sus pasos. Cada rincón revelaba algo nuevo. Se acercó por pura curiosidad a una de las estanterías, la que estaba repleta de libros, y, para su sorpresa, descubrió que la mayoría eran volúmenes sobre hipnosis clínica, neurociencia, psiquiatría y ciencias médicas. Extrajo algunos y comprobó que casi todos tenían los márgenes llenos de anotaciones diminutas, y otros estaban tan usados que parecían reliquias de un estudio obsesivo.

En la mesa del salón había una pila ordenada de tomos gruesos, como si alguien hubiera estado trabajando con ellos no hacía mucho, junto con varios cuadernos y libretas cargados de anotaciones. Lindsay alzó una ceja. Había tanto que explorar…, pero se dijo que ya tendrían tiempo para eso más adelante.

Caminó hasta la cocina, que sintió un pequeño espacio acogedor y bien organizado, cuyo hornillo por suerte funcionaba por gas. Feliz, encontró una cafetera de metal en perfecto estado, varios paquetes de café y, en un armario, galletas cerradas que no tardó en abrir. De pronto era consciente del hambre que tenía. Mientras el aroma del café recién hecho inundaba el aire, se sirvió una taza bien caliente y tomó un par de galletas, dispuesta a disfrutar del silencio tranquilo de la mañana.

Con la taza humeante entre las manos, salió al porche. Era la primera vez que veía el exterior de la cabaña a plena luz del día y la escena la dejó sin aliento. El bosque la rodeaba como un manto vivo: árboles altísimos que se mecían con la brisa, el murmullo constante del lago cercano y el aire fresco y limpio que le acarició la cara dándole una bienvenida silenciosa.

La madera del porche crujió bajo sus pies descalzos mientras respiraba hondo, saboreando el café y la paz. Por primera vez en días, sintió que el mundo se detenía un instante, suspendido en aquella calma salvaje y hermosa.

Tras unos largos minutos, y por primera vez, miró el reloj de su móvil y se sorprendió de que ya fueran las once de la mañana.

Entró, fue hasta la cocina para servir una taza de café para Chris y, con ella en la mano, caminó de regreso al salón. Divertida, se inclinó para colocar el café tan cerca de él que el aroma no tardó en envolverlo y despertarlo. Al fin comenzó a moverse y abrió muy despacio los ojos, y ella contuvo el aliento cuando aquellos luceros azules somnolientos la miraron por primera vez.

Sonrió encantada con la escena, pero la ternura duró poco. Chris no pareció amanecer de buen humor. Se incorporó con gesto hosco y los buenos días fueron apenas un gruñido.

—Tenemos mal despertar… —comentó Lindsay sin perder el optimismo y sin tomarse por lo personal que él pareciera mirarla igual que si le debiera dinero—. Solo hay café y galletas, me temo, y caducan pasado mañana, así que no están para hacerles una fiesta, aunque al menos te quitarán el hambre.

—No tengo hambre —dijo en un tono ácido mientras se incorporaba en el sofá. Aun así, tomó la taza de café que Lindsay le tendía, como si su cuerpo obedeciera antes que su mal humor.

A pesar de su gesto arisco, ella lo miraba embelesada. Tenía el pelo revuelto, rebelde en todas direcciones, y aquel aire adormilado no hacía más que acentuar el atractivo peligroso de su rostro. Había algo hipnótico en verlo así, recién levantado, con los párpados aún pesados y la voz grave por el sueño. Por un instante se olvidó de que no estaba de buen humor; solo lo contempló, atrapada entre la ternura y el deseo.

—¿Puedes dejar de inspeccionarme? —exigió él de inmediato.

—¿Siempre te despiertas así de arisco? —se quejó ella, alzando una ceja.

—Solo cuando me agobian tanto recién levantado.

Lindsay frunció el ceño, herida en su orgullo.

—Oh, vaya, siento haber pensado que te haría bien algo de cafeína —ironizó—, pondré mi atención en otro lado.

—Pues sí —respondió él sin suavizar el tono. Apartó la sábana de un tirón y se levantó—. Céntrate en tu dragón y déjame en paz.

Perpleja, Lindsay lo observó alejarse hacia el baño. ¿Sería él consciente… de que estaba en calzoncillos? ¡Porque ella sí! ¡*Mamma mía*! En aquel momento daría igual cuánto se esforzara en enfadarse y tratar de indignarse por el desplante, apenas podía razonar lo suficiente para mantener la baba dentro de la boca.

¡Por el amor de Dios, ¿cómo se podía tener una retaguardia tan impresionante?!

Cuando escuchó el agua de la ducha correr, se quedó perpleja. ¿Iba a meterse en aquel cubo de hielo de cuerpo entero? Si a ella le había costado incluso lavarse por partes…

Intentó no mirarlo cuando salió del baño. Se centró en lavar la cafetera, dándole la espalda, pero no pudo cerrar los oídos.

—¿Qué narices hace tu tanga colgado del toallero, Lindsay? —soltó él con una mezcla de incredulidad y exasperación.

Sin remedio, una sonrisa traviesa le curvó los labios, aunque aún no se giró. Sí, tal vez había sido un poco atrevida, pero ya estaba hecho, y no pensaba disculparse… por algo que era totalmente premeditado.

Inspiró hondo antes de volverse, decidida a mantener la compostura. Error. Se topó de frente con su pelo aún mojado, el torso desnudo y el agua resbalando en lentas gotas por sus músculos, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar normal, sin sonar medio orgásmica.

—Lo he lavado y lo he tendido ahí para que se secara —dijo al fin, encogiéndose de hombros con fingida inocencia, como si aquella fuera la cosa más lógica del mundo.

Chris arqueó una ceja y bajó la mirada hacia su falda. Por su expresión y por cómo se le tensó la mandíbula, tuvo muy claro lo que estaba pensando y no se atrevía a preguntar.

Lindsay, por supuesto, no tenía ninguna intención de sacarlo de dudas.

—¿Otro café o ya estás del todo despierto?

La respuesta fue un sonoro improperio. Lindsay observó cómo se vestía a toda velocidad y salía de la cabaña, soltando apenas un murmullo en la puerta:

—Voy a ver si encuentro el dichoso generador.

Quince minutos después, mientras Lindsay curioseaba entre las libretas apiladas sobre la mesa, se hizo la luz. Llegó de improviso, anunciando su presencia con un chasquido seco que hizo parpadear las bombillas y un zumbido breve que recorrió la cabaña como un latido.

Chris apareció unos segundos después, igual que si la corriente lo hubiera convocado, con el pelo aún húmedo y el mismo ceño fruncido.

—Antes de acomodarnos, vamos a salir a comprar —le dijo él de inmediato.

Lindsay no protestó. Corrió a ponerse los zapatos, tomó la mochila y lo miró con una expresión risueña.

—Estoy lista.

Él le devolvió una mirada de evidente sorpresa. Carraspeó y bajó la vista intentando disimularlo, pero su gesto lo delataba. A Lindsay le estaba costando la vida no reír. Alzó una ceja, divertida

—¿Segura? —interrogó Chris.

—Del todo.

Él carraspeó, se pasó la mano por el pelo y desvió la vista hacia la puerta, pero acabó girándose a mirarla con una mezcla de irritación y exasperación.

—¿Me vas a obligar a preguntarlo? —le dijo de mal humor.

Ella lo observó con el corazón acelerado, sabiendo con exactitud qué cruzaba por su cabeza.

—No te entiendo.

—Es evidente que a tu tanga no le ha dado tiempo a secarse, así que… si no llevabas ropa interior extra en la mochila… —empezó él, entornando los ojos con sospecha.

—No —lo interrumpió Lindsay con una sonrisa pícara—. No a todo. Incluso a lo que no has preguntado.

Él alzó las cejas, desconcertado, y ella decidió aclararlo con suma y engañosa amabilidad.

—*No* se ha secado, *no* tenía un tanga extra en la mochila, así que *no* —admitió con total naturalidad—, no llevo ropa interior alguna bajo la falda. —Y, tan tranquila, caminó hacia la puerta—. ¿Podemos irnos?

Una mano firme, casi de hierro, la detuvo cuando pasó ante él. Lindsay se estremeció frente al contacto, aunque intentó que su voz sonara tan neutra como su expresión.

—¿Qué pasa?

—Ponte el tanga —exigió él con los ojos clavados en los suyos.

Lindsay lo miró sin alterarse, con una calma que era un puro desafío.

—Está mojado.

—¡Me da igual! —explotó, perdiendo la compostura—. No vas a pasear por ahí sin bragas.

Ella ladeó la cabeza y le habló como si estuviera explicándole algo a un niño obstinado.

—¿Quieres que pille una cistitis por ir con la ropa interior mojada? —preguntó en el tono más dulce e inocente que pudo adoptar—. No podré medicarme si enfermo, ¿sabes?

Aguardó su reacción con lo que aparentaba ser una calma absoluta, aunque por dentro sentía una mezcla peligrosa de excitación y triunfo travieso. Verlo perder el control por algo tan nimio… tenía un efecto deliciosamente adictivo.

Los ojos de Chris refulgieron con una intensidad cristalina, tan directa y afilada que a Lindsay se le heló y encendió la sangre al mismo tiempo. No necesitaba palabras. Era una mirada cargada de frustración, deseo contenido y una advertencia muda que la atravesó como un relámpago.

Por un instante el aire entre ellos pareció tensarse, vibrante, cargado de algo que ninguno de los dos se atrevía a nombrar, pero que ambos sabían qué era. Lindsay sostuvo su mirada, desafiándolo, aunque por dentro el pulso le latía desbocado.

Él acabó saliendo de la casa, furioso, empujando la puerta con más fuerza de la necesaria. El golpe resonó en la cabaña como un portazo seco, dejando tras de sí un silencio cargado, casi eléctrico. Lindsay permaneció inmóvil unos segundos, aún sintiendo en la piel

el eco de su mirada encendida, con el corazón acelerado y una sonrisa difícil de contener asomándole a los labios.

∞∞∞

Fueron directos al pueblo a comer algo más consistente que unas galletas. Se acomodaron en una pequeña cafetería que estaba ubicada casi a las afueras para llamar la atención lo menos posible.

Mientras comían, se centraron en organizar el resto de cosas que debían hacer. Buscaron en Internet un cajero lo bastante alejado de Greenville como para no levantar sospechas, además de localizar una zona con tiendas donde pudieran comprar ropa, productos básicos y todo lo que les hacía falta. También buscaron un supermercado cercano para llenar la despensa y la nevera mientras revisaban a fondo la cabaña, en la que esperaban poder encontrar alguna pista sobre el paradero de Kendrick que pudieran seguir.

Con todo el itinerario trazado, salieron a la calle. Lindsay se había puesto encima una de las camisas de Chris que habían encontrado en el maletero. Era demasiado grande para ella, pero perfecta para disimular un poco y pasar más desapercibida. Aun así, la incomodidad iba en aumento. Quién iba a decir que ir sin bragas no sería, ni de lejos, una experiencia liberadora. Cada paso era un recordatorio irritante de su decisión, y el roce constante de sus muslos, cuando era incapaz de sacarse del tono el punto de excitación, no ayudaba en absoluto. Para colmo, Chris caminaba a su lado con el ceño fruncido y el gesto crispado, como si cada fibra de su ser estuviera en tensión. Para Lindsay, verlo igual de incómodo al menos compensaba un poco todo lo demás.

Cuando iban caminando hacia el coche, pasaron por delante de una tienda de ropa y Lindsay se detuvo en seco frente al escaparate.

Allí, en el centro de la vitrina, un vestido captó toda su atención. Era de un azul profundo con sutiles destellos más claros, como si imitara el movimiento del agua bajo la luz. El tejido, ligero y con una caída perfecta, prometía adaptarse a cada curva sin resultar vulgar o exagerado. Tenía un escote cruzado sexi pero elegante, tirantes

finos y una falda corta con un pequeño vuelo y abertura lateral, lo bastante práctica como para moverse con libertad, pero con el toque justo de atrevimiento para no pasar desapercibida.

Un vestido así podía ser muchas cosas: informal con unas sandalias, sofisticado con tacones… o letal si lo llevaba ella.

—¡Es perfecto! —suspiró, enamorándose al instante.

Ambos miraron al mismo tiempo el pie del vestido, donde un cartel escrito en letras doradas marcaba el precio, que era ridículamente barato para lo que ella estaba acostumbrada.

—¿Sesenta dólares? —Sonrió algo desconcertada—. ¡Creo que lo quiero en todos los colores!

—¿Y no prefieres un chándal y unas zapatillas?

—También —se encogió de hombros—, pero no soy capaz de resistirme a esta preciosidad.

Chris asintió como si la entendiera a la perfección, solo que… la miraba a ella, no al vestido. Arqueó una ceja y, sin decir nada, le abrió la puerta de la tienda con un gesto amplio, casi teatral, igual que si estuviera haciéndole una reverencia burlona.

—Adelante —la instó a entrar y aguardó a que pasara ante él para agregar—: Con un poco de suerte… tendrán las bragas a juego.

El vestido no era la única prenda increíble que había en la tienda, pero debían acogerse al dinero que llevaban en metálico. Tenía que escoger muy bien qué probarse y, a ser posible, incluir unas sandalias en el presupuesto.

A pesar de que Chris seguía con ese gesto serio que parecía haberse vuelto su estado natural, Lindsay lo pillaba una y otra vez mirándola de reojo, con los ojos fijos en el dobladillo de su falda y una tensión visible en la mandíbula. Fingía indiferencia, pero sus miradas fugaces lo delataban por completo: estaba nervioso… y bastante más pendiente de ella de lo que querría admitir.

La atmósfera dentro de la tienda era ligera y entretenida. Pasaron un buen rato escogiendo prendas para que se probara. Lindsay recorría los percheros con entusiasmo, y Chris, aunque intentaba mantener su aire distante, terminaba señalándole aquí y allá vestidos o tops con un gesto casi involuntario.

Las dependientas, encantadas con la escena, no tardaron en unirse al juego con sonrisas cómplices y sugerencias. Eran amables, atentas, y resultaba obvio que estaban embelesadas con Chris. Lo seguían con la mirada cada vez que se movía por la tienda, intercambiando risitas entre ellas como adolescentes, y Lindsay no podía culparlas.

Cuando se metió en el probador cargada con varias prendas y cerró la puerta tras de sí, alcanzó a escuchar a una de las chicas cuchicheando con otra clienta al otro lado.

—Es impresionante —decía entre suspiros—. Yo quiero un hombre así.

—Y yo —respondió la otra—, pero solo si me mira como él la mira a ella.

—Ay, sí. —Ambas suspiraron a coro, soñadoras.

Lindsay se quedó inmóvil unos segundos.

¿Como él la miraba a ella?

Una sonrisa incrédula le curvó los labios. No hacía tanto, ella misma le había dicho esas palabras a Maddie, hablando de cómo Mark la miraba. Y ahora… ¿ella era la protagonista? ¿Podía atreverse siquiera a pensarlo?

La simple idea le dio alas. Un calor suave le subió por el pecho, acompañado de un cosquilleo travieso, y se tocó el abdomen, donde crecía su bebé, permitiéndose un atisbo de esperanza.

«¿De verdad me mira así?».

Si era cierto, entonces tenía mucho más poder sobre él del que había imaginado. Y, desde luego, pensaba jugar bien sus cartas.

Asomó la cabeza por la puerta y localizó a Chris a solo unos metros, dentro de la zona de probadores. Estaba apoyado sobre la pared mientras consultaba el móvil

Respiró hondo, reunió valor y lo llamó con un tono cargado de urgencia.

—Tengo un problema —anunció en cuanto Chris se acercó.

—¿Uno solo? —Arqueó una ceja, con esa ironía que le salía sola —. Qué optimista…

Lindsay no pudo evitar sonreír. Por debajo del mal humor seguía asomando ese Chris suyo, el que lanzaba pullas y la hacía reír

incluso en medio del caos.

—Y tú qué simpático —replicó fingiendo indignación—. Pero esto es serio.

Echó un vistazo rápido a ambos lados del pasillo, asegurándose de que no hubiera nadie cerca, y luego tiró de él hacia el interior del probador

—¿Pero qué…? —protestó entre dientes, aunque terminó dejándose arrastrar, medio desconcertado.

Lindsay sintió que su cuerpo ardía solo por tenerlo tan cerca en un espacio tan reducido, y agradeció que el probador tuviera una puerta sólida, con cerrojo, y no una de esas cortinas finas.

—Espero que tengas un buen motivo para… —empezó a decir Chris, pero sus palabras se evaporaron cuando la vio desabrocharse la camisa y deslizarla por los hombros.

Capítulo 23

Lindsay sonrió frente al evidente silencio de desconcierto de Chris. Le habría gustado asaltarlo sin rodeos, pero de esa forma habría roto su promesa.

«Y tampoco tienes las agallas suficientes», la increpó su yo interno. Y tuvo que reconocer que estaba en lo cierto, pero… ¿y lo excitante que sería dar un pequeño rodeo?

Se quitó la camisa y le dio la espalda, que el top triangular dejaba expuesta al completo, salvo por el cordón que descendía por su torso cruzado en zigzag, hasta atarse en la parte trasera a la altura de la cintura.

—No puedo desabrochármelo —confesó, echando la cabeza hacia un lado para mirarlo de reojo—. Me hice un nudo demasiado apretado.

El silencio de Chris le erizó la piel. Podía sentirlo tras ella, observándola con una intensidad abrasadora, y su respiración se aceleró cuando notó la caricia accidental de sus dedos al rozar la piel antes de alcanzar el nudo.

—¿Por qué narices no te hiciste una lazada? —gruñó, intentando sonar molesto, aunque su voz tenía un matiz más bajo, casi áspero.

—Me daba miedo que se soltara —explicó ella, con un hilo de voz que sonó más sensual de lo que pretendía—. El cordón es elástico, y que permanezca bien atado es lo único que mantiene mis pechos tapados y en su sitio.

Chris soltó un resoplido tenso.

—Ah, qué bien —ironizó—, una información que te aseguro que no necesitaba en este momento.

Lindsay lo miró a través del espejo mientras estaba concentrado en el nudo. Tenía la mandíbula apretada, los dedos firmes y una mirada que se debatía entre la irritación y el deseo. El aire se volvió

más denso entre ellos, cargado de una electricidad que ambos sentían ya en cada poro de su piel.

Unos largos segundos después, Chris consiguió desatar el nudo y soltó el cordón sin previo aviso. Lindsay estaba distraída, disfrutando de cada roce accidental de sus dedos, y no lo vio venir.

El top cedió de golpe y la tela se deslizó hacia los lados, dejando a la vista la parte externa de sus pechos.

—¡Eh, avísame! —protestó, llevándose las manos al pecho en un intento por sujetar la tela, aunque era evidente que tarde.

Al alzar la vista hacia el espejo se encontró con la imagen de Chris, que miraba el reflejo con una intensidad cortante, inmóvil, como si cada detalle grabado en el cristal lo tuviera hipnotizado. Sus ojos azules no se apartaban ni un milímetro del reflejo, y el leve temblor de su mandíbula traicionaba el esfuerzo sobrehumano que hacía para mantenerse donde estaba.

—Chris…

Aquello pareció devolverle la cordura de golpe.

—Te espero fuera —dijo con rapidez, reculando un paso como si necesitara aire.

—¡Espera!

—Ni un segundo más —lo escuchó murmurar.

—Por favor, voy a necesitarte para subirme la cremallera del vestido —rogó, intentando sonar normal.

Lo escuchó soltar una blasfemia ahogada y estuvo a punto de sonreír.

—Joder, Lindsay… —protestó sin moverse.

—No tardo nada —insistió—, solo que…

—¿Qué?

—Date la vuelta y no se te ocurra mirar ni un poco —pidió, mordiéndose los labios—. Cuando me quite el top y la falda, yo estaré…

—Lo sé.

—Y recuerda que no llevo ropa interior… —añadió en un susurro temerario.

Él se giró de inmediato hacia la puerta, tensando los hombros como si le hubieran dado una descarga.

—Joder, eso también lo sé —murmuró, y su voz sonó ronca, cargada de una frustración densa, casi peligrosa.

Durante unos segundos, Lindsay se deleitó imaginando que él no se contenía, echaba un vistazo… y perdía el juicio por completo, pero no sucedió. Suspirando, tuvo que ponerse el vestido cuando fue consciente de que no tenía sentido permanecer más tiempo desnuda si él seguía manteniendo aquel férreo autocontrol sobre sus emociones.

La prenda le quedaba espectacular. El tejido azul abrazaba su figura como hecho a medida, resaltando cada línea de su cuerpo. Esbozó una sonrisa satisfecha frente a su reflejo.

—Ya puedes volverte —avisó, y le sonrió a través del espejo—. ¿Cómo me queda?

Él se giró y avanzó un paso hasta situarse tras de ella. La miró a través del espejo, primero con una intensidad muda, como si intentara memorizar cada curva, cada pliegue de tela. Luego sus ojos se posaron en la cremallera abierta que ascendía desde casi el coxis, y su expresión cambió. Se concentró en ella… con una seriedad que tenía algo peligrosamente sensual.

Lindsay aguardó con el corazón acelerado a que sus manos se posaran sobre su piel, y Chris se tomó su tiempo para decidirse a hacerlo. Cuando tomó acción, llevó las manos a su espalda y subió la cremallera muy despacio, deslizándola con exquisita lentitud. Sus dedos rozaban la piel desnuda en el ascenso, acariciando cada vértebra de forma deliberada.

Lindsay cerró los ojos al sentir el contacto, ligero, cálido…, íntimo, y un estremecimiento le recorrió la espalda como una corriente eléctrica.

Cuando la cremallera llegó a su fin y ella abrió los ojos, se encontró con la mirada de Chris a través del espejo. No había palabras, solo esa intensidad contenida que lo traicionaba por completo. Sus pupilas estaban dilatadas, su respiración más pesada, y en ese instante los dos supieron que estaban demasiado cerca de cruzar la línea.

Las manos de Chris se posaron ahora en sus caderas con una firmeza contenida que la hizo jadear en silencio. Sus dedos

comenzaron a jugar con el vuelo del vestido, rozando el tejido con movimientos lentos, como si midieran hasta donde podían llegar sin quemarse.

Ambos eran demasiado conscientes de la desnudez absoluta escondida bajo la tela ligera, y el aire entre ellos se volvió espeso, eléctrico, aguardando una única chispa para prenderse en llamas. Cada respiración se volvió más profunda, más caliente. Cada roce de sus manos era una línea peligrosa que ninguno se atrevía a cruzar…, pero que los dos ansiaban romper.

Hasta que Chris soltó un improperio áspero, como si maldijera su poco autocontrol, y se apartó con brusquedad, dándose la vuelta. Lindsay estuvo a punto de gritar de pura frustración. El corazón le martilleaba en las sienes, el cuerpo le ardía.

Se giró hacia él con los ojos encendidos, justo para verlo detenerse en seco junto a la puerta, con la mano en el picaporte, dispuesto a salir. Permaneció allí unos segundos eternos, con los hombros tensos, respirando con fuerza, hasta que giró sobre sus talones con una decisión súbita.

—¡A la mierda con todo! —masculló, recortando la distancia que lo separaba de ella.

Y antes de que Lindsay pudiera reaccionar, la asaltó y devoró su boca con un beso hambriento, desesperado…, como una tormenta imposible de contener.

El gemido de bienvenida que escapó de los labios de Lindsay cortó el aire como un latigazo, envolviéndolos en un torbellino del que ninguno quería ni podía ya escapar.

Y de repente las manos de Chris estaban por todas partes, recorriéndola con una urgencia casi reverencial, como si hubiera estado negándose aquello durante tanto tiempo que ahora necesitara recuperar de golpe cada segundo perdido. La sujetaba, la exploraba, la atraía más y más hacia sí, casi como si temiera que al soltarla desapareciera entre sus dedos. Y aquel deseo desesperado aumentaba el de ella hasta resultar insoportable.

—Dios, Linny… —murmuró sobre sus labios—, estoy perdiendo el norte…, a punto de volverme loco.

—Sí, sí, pero enloquece conmigo —rogó.

—Sí…

—A mi lado…, por favor.

Volvieron a devorarse con apremio igual que si no existiera nada más allá de ese instante. Las manos de Chris se colaron por la parte trasera del vestido, firmes y hambrientas, cerrándose sobre sus nalgas desnudas. La atrajo contra sí sin reservas, y Lindsay jadeó al sentir la dureza de su excitación presionándola, celebrando el contacto con pequeños gemidos que lo enloquecían más.

Con un movimiento fluido, él la hizo girar entre sus brazos hasta abrazarla por la espalda. Ambos quedaron frente al espejo, con sus cuerpos tan pegados que respiraban el mismo aire, observándose con un hambre voraz. Las manos de Chris se movían sobre ella con precisión lenta, anhelando grabar cada curva en su memoria, sin apartar la vista del reflejo. La escena que compartían frente al espejo era tan sensual que el deseo crecía a un ritmo peligroso.

Chris comenzó a besarle el cuello con avidez, sin perder de vista el espejo, mientras sus manos ascendían y se cerraban sobre sus pechos, que acarició a placer. Lindsay apenas podía contener los gemidos que escapaban de su garganta. Inclinó las caderas hacia atrás, frotándose contra su erección con abandono, buscando más, exigiendo más, algo que él se moría por darle.

Entonces sintió cómo la cremallera del vestido descendía muy despacio, el sonido metálico parecía amplificado por el silencio denso del probador. Se quedó quieta, con la respiración entrecortada y la garganta seca, con los ojos fijos en el espejo. Chris deslizó los tirantes del vestido con una lentitud casi cruel, empujando la tela hacia abajo hasta que esta resbaló por su piel y cayó a sus pies.

El cuerpo desnudo y encendido de Lindsay quedó expuesto por completo ante el espejo, glorioso y tembloroso de deseo, mientras los dos lo contemplaban, atrapados en el vértigo de lo inevitable.

—Dios…, qué belleza —susurró Chris mirándola embelesado, como si no pudiera creer que la escena fuera real. Sus manos se deslizaron despacio, tomando posesión de cada palmo de piel que tenía ante sí, explorándola con una mezcla de adoración y hambre contenida. Cuando regresaron a sus pechos, ya sin tela de por medio, Lindsay sintió que la excitación alcanzaba un punto de no

retorno. Las caricias firmes y expertas de Chris, la forma en que sus dedos moldeaban sus pechos y jugueteaban con sus pezones erectos, enviaban descargas eléctricas que se propagaban por todo su cuerpo. Gemidos ahogados escapaban de sus labios, imposibles de contener.

Sus miradas se encontraron en el espejo y aquello los incendió aún más. La respiración de ambos se volvió irregular, y Chris ya no pudo seguir conteniendo sus ansias de avanzar. Una de sus manos descendió por su abdomen en una lenta caída, hasta perderse entre sus piernas. Lindsay se arqueó por instinto, deshaciéndose contra sus dedos, convertida en un manojo de placer palpitante.

—Joder…, me enloquece encontrarte tan… excitada —le susurró al oído, explorándola con precisión devastadora mientras sus labios atrapaban el lóbulo de su oreja en una caricia húmeda que la hizo temblar.

—Siempre… para ti… —murmuró ella de forma entrecortada, con la voz rota por el placer. Los dedos de Chris parecían conocer cada rincón de su cuerpo, cada punto exacto para arrancarle suspiros y temblores.

—¿Quieres saber cómo estoy yo, Linny? —su voz sonó grave, cargada de lujuria—. ¿Cuánto te deseo a cada segundo del día?

Lindsay respondió frotándose contra él, presionando sus caderas hacia atrás hasta sentir con claridad su dura erección contra su trasero, al tiempo que se movía sobre sus dedos con desesperación, buscando algo de alivio.

—Sí… —musitó, perdida en el vaivén, entregada por completo al instante—, quiero.

Y entonces Chris sacó las manos de entre sus piernas y solo tardó unos segundos en abrirse los pantalones y liberar su erección, palpitante, ansiosa… Después tomó las manos de Lindsay y las llevó hasta el espejo, instándola a apoyarlas contra el cristal. Colocó las suyas encima, firmes, inmovilizándola con suavidad, mientras empujaba su erección contra ella para que la sintiera en todo su esplendor, rozando justo donde la hacía temblar.

—No puedo pensar en nada más que en esto desde hace demasiado tiempo —le susurró al oído con la voz áspera, frotándose

contra ella—, y saberte sin bragas ha sido un tormento insoportable que te juro que voy a hacerte pagar muy caro.

Lindsay gimió con fuerza.

—¿Me lo prometes? —jadeó, casi provocándolo.

—Prometo… —murmuró pegando su boca a su oído— que vas a pedirme clemencia en algún momento —sentenció al mismo tiempo que la instaba a inclinarse un poco, sujetaba sus caderas y se hundía dentro de ella con sorprendente precisión y facilidad, casi en la misma secuencia de movimientos.

Lindsay tuvo que morderse los labios para no gritar cuando un clímax súbito e intenso la sacudió de improviso con la primera embestida.

—Oh, por Dios… —gimió tras varios segundos de gloriosa explosión, inclinándose un poco más, sintiendo que las oleadas de placer del intenso orgasmo no se disipaban. Al contrario, seguían latiendo en su interior, manteniéndola en un punto de excitación casi insoportable, que creció aún más cuando él volvió a inmovilizar sus manos contra el espejo, algo que provocaba en ella una exquisita sensación de entrega. Su cuerpo temblaba contra el de Chris, atrapada en esa frontera deliciosa entre el clímax y el deseo que no se apaga, sino que exige más…

…Y quería más, mucho más, y él estaba dispuesto a darle todo lo que era, con absoluta entrega. Se movía dentro de ella con un ritmo firme y frenético, cada embestida era más profunda que la anterior, grabando a fuego su presencia en cada rincón de su cuerpo.

—Linny…, Linny… —jadeaba en su oído, contra su cuello, como si el hecho de pronunciar su nombre multiplicara las sensaciones por mil y fuera una necesidad física, un modo de intensificar cada embestida, cada caricia, cada latido.

Y su nombre en sus labios, casi jadeado en su oído, resultó ser un afrodisiaco brutal para ella, una descarga directa de lujuria que se deslizaba por su columna y la incendiaba por dentro. Cada vez que lo susurraba así, con la voz rota y cargada de deseo, Lindsay sentía que perdía un poco más el control, que todo su cuerpo respondía a él igual que si estuviera hecho solo para eso. La nube de

deseo en la que flotaba ascendió de nuevo a una velocidad de vértigo. Él la seguía, perdido en ella, gimiendo contra su piel como si respirar dependiera de tenerla así de cerca.

Cuando sus miradas se encontraron a través del espejo, el mundo entero se redujo a ese instante: pura electricidad, deseo crudo y una intimidad tan obscenamente excitante que resultaba abrumadora. Ambos perdieron el norte por completo, y Chris comenzó a moverse con más fuerza. Ahora cada embestida era más intensa, más entregada, casi como si todo lo que había reprimido durante años se estuviera liberando en ese instante. Sus manos se aferraban con fuerza a su cuerpo, guiándola, acompañándola. Parecía temer que si la soltaba, el mundo se desmoronaría con ella. Y entonces su respiración se volvió irregular, entrecortada, y un temblor recorrió su cuerpo, atrapándolo en una espiral que pronto lo arrastraría a la locura.

Cuando al fin sucedió, ella solo tuvo que escuchar los primeros gemidos entrecortados de su clímax, mezclados con su nombre escapando de sus labios como una súplica, para sentir que el placer la arrastraba de nuevo sin remedio. Aquellos sonidos, graves, vulnerables y cargados de deseo, fueron suficientes para desatar en ella otro espectacular clímax, solo comparable al de él, como si sus cuerpos hubieran sincronizado hasta el último latido.

—Joder… —jadeó Chris en su oído, aún intentando recuperar el aliento. El silencio posterior se llenó con el roce lento y delicado de sus manos sobre la piel de Lindsay, ahora cargadas de una ternura inesperada, casi de seda—. Esto ha sido…

Pero no terminó la frase, y Lindsay se quedó en vilo, sin saber cómo interpretar aquel silencio mientras él salía de su interior, la instaba a volverse y la abrazaba de nuevo. Al menos no parecía querer agregar *un error* a la frase.

—Ha sido ¿malo, bueno…, regular? —preguntó ella con un deje de nerviosismo, buscando su mirada.

Él sonrió, la miró a los ojos y exhaló una risa entrecortada.

—Aún estoy buscando las palabras para definirlo —admitió antes de robarle un beso que la tranquilizó de inmediato—. Pero no creo que existan.

—¿El gran Christopher Allen sin palabras? —bromeó, arqueando una ceja—. Eso es nuevo.

—Sí, como todo esto —respondió él, más serio, con una chispa de algo que Lindsay no supo descifrar del todo. En sus ojos había una mezcla compleja de emociones, y ella se preparó para lo peor.

Pero en lugar de distanciarse, la sorprendió bromeando:

—Tienes que dejar de asaltarme en lugares públicos, Linny.

—¿Perdona? —fingió indignación, conteniendo una sonrisa que ya amenazaba con escapársele.

—Me vas a meter en un problema.

—¡Tendrás valor! —le dio un golpe juguetón en el brazo.

Chris la miró con una intensidad ardiente, esa que parecía desnudarla incluso cuando ya no quedaba nada por quitar. Luego se apartó apenas lo justo para observarla mejor y murmuró con una sonrisa maliciosa:

—A ver, hazlo de nuevo…

—¿El qué?

—Golpearme —dijo divertido—. Me encanta cómo se mueven tus pechos cuando…

Ella volvió a arrearle, esta vez entre risas contenidas, y él soltó una carcajada ronca.

—Oh, sí… —exclamó con un deleite teatral, provocándola aún más.

—¡Eh!

—No, en serio, son algo… —deslizó la mirada hacia sus pechos con descaro— digno de admirar —estiró una mano y le rozó un pezón con suavidad— y de tocar…

Un calor sofocante la recorrió de arriba abajo, dejándola sin aire. La voz masculina bajó de tono y la sonrisa traviesa desapareció y fue sustituida por una expresión oscura y concentrada.

—Y seguro que también… son dulces.

—Chris… —musitó temblorosa.

Pero incluso antes de acabar de pronunciar su nombre, él ya se había inclinado para atrapar sus pechos con la boca, saboreándolos con un deleite absoluto, como si cada caricia fuera un festín anhelado. Usaba los labios, la lengua, las manos…, y Lindsay se

convirtió en un manojo de sensaciones, arqueándose contra él, incapaz de contener los gemidos que brotaban de nuevo de su garganta.

—Chris… —susurró entre jadeos, con la voz rota por el placer.

—Dime —murmuró él contra su piel, sin dejar de enloquecerla, como si no tuviera intención de darle ni un segundo de respiro.

—Quizá podríamos… regresar a la cabaña… —alcanzó a decir entre gemidos, soñando ya con desnudarlo por completo y tenerlo para ella sin interrupciones.

—Sí —respondió ronco, pero no se detuvo.

—Vale, eh… —gimió, estremeciéndose al sentir cómo tomaba entre sus labios y lamía ahora el otro pezón.

—Solo dame unos minutos para…

—¿Para…?

No obtuvo respuesta en palabras. Chris hizo algo mucho mejor, algo que Lindsay no esperaba en absoluto: la alzó sobre sus caderas y se hundió en ella de nuevo, arrancándole un grito de sorpresa que se mezcló con un gemido desgarrado de placer. La apoyó contra la pared, ajustando la postura hasta que ambos encajaron a la perfección, como piezas hechas a medida.

—Oh, Dios… —exhaló Chris sobre sus labios, jadeante, como si estuviera tan sorprendido como ella—, eres tan… increíble, me llevas al límite.

Lindsay apenas podía pensar, y aquellas palabras acabaron de robarle la cordura. Las oleadas de placer la golpeaban con una intensidad que la desbordaba, algo que debería ser casi imposible tan pronto.

—Chris…, voy a…, ah, ah… —balbuceó, temblando contra él, al borde del abismo, sin saber ni cómo había llegado hasta allí tan deprisa.

—Sí, sí… —murmuró él, moviéndose dentro de ella con un ritmo exquisito, profundo, arrastrándolos a ambos a la locura. Sus embestidas eran firmes, sensuales, perfectas.

Ella lo rodeaba con las piernas, aferrándose a sus hombros, hundiendo los dedos en su cabello. Los dos respiraban de forma entrecortada, jadeando como si el mundo se hubiera reducido a ese

instante, a ese rincón de la tienda, a sus cuerpos encajando una y otra vez.

Cuando el clímax la alcanzó, fue como una explosión dulce y abrasadora. Enterró el rostro en su cuello y esta vez fue ella quien gimió su nombre como si fuera la única palabra que existía, lo que provocó que él se precipitara al vacío casi al instante.

Lindsay se descubrió adorando la forma en que él gemía cuando alcanzaba su propio clímax: grave, entrecortado, rendido por completo, como si en ese momento no quedara ni una sola barrera entre ellos. Era una mezcla perfecta de fuerza y vulnerabilidad, una confesión sin palabras que se grababa en su piel como fuego, alimentando su propio placer.

Se aferró a él durante unos eternos segundos hasta que ambos fueron normalizando la respiración de nuevo.

—Para ser un anciano…, eres vigoroso —murmuró Lindsay, aún entre jadeos.

Las carcajadas de Chris resonaron en el probador, profundas y espontáneas, llenándolo todo. Ella no pudo evitar unirse a ellas, contagiada por ese sonido que tanto le gustaba. Adoraba escucharlo reír así, libre, sin máscaras, y que lo hiciera en un momento como aquel resultaba tan íntimo, tan perfecto, que por un instante sintió que el mundo se reducía a eso: a ellos dos, entre risas y jadeos, todavía pegados, aún temblando.

Por eso casi le dio pena cuando él se apartó para acomodarse la ropa, pero ambos sabían que no podían permanecer más tiempo allí encerrados. El mundo exterior los esperaba, aunque dentro de aquel probador todo se sintiera suspendido.

—Seremos el tema de conversación de la tienda durante meses —dijo Lindsay, agachándose a recoger el vestido con una sonrisa medio culpable.

—¿De la tienda? —Chris arqueó una ceja, divertido—. Del pueblo, me temo. Esto es pequeño.

Ella se ruborizó solo con pensarlo, aunque acabó encogiéndose de hombros con desenfado.

—Por suerte no vivimos aquí —respondió entre risas mientras se vestía—. ¿Te gusta el vestido?

—¿Es que no se notó? —repuso, mirándola de arriba abajo con un interés renovado que hizo que se le acelerara el pulso.

—Creía que el hecho de no llevar bragas podría haber influido en tu criterio —contraatacó divertida.

Chris sonrió de lado, con ese gesto suyo peligroso que la desarmaba cada vez.

—Digamos que ayudó a poner las cosas… —se miró la bragueta — demasiado en perspectiva.

Lindsay soltó una carcajada suave, disfrutando del descaro.

—Vaya, entonces tendré que usar esta técnica más a menudo.

—Ni se te ocurra —murmuró él, acercándose lo justo para que la advertencia sonara deliciosa. Le besó los labios, la instó a darse la vuelta y le subió la cremallera del vestido con la misma sensualidad deliberada que la primera vez. Antes de apartarse, se inclinó y le susurró al oído—: Para tu información, prefiero ser yo quien te arranque las bragas.

A Lindsay se le escapó un gemido ronco, y él sonrió con evidente regocijo

—Te espero fuera —informó, abriendo ya la puerta del probador.

Apenas cruzó el umbral, una de las dependientas se acercó con una sonrisa curiosa.

—¿Todo bien ahí dentro? —preguntó en tono amistoso, pero con un matiz ambiguo, echando un vistazo disimulado al interior.

—No te haces idea —declaró Chris casi para sí con una media sonrisa.

La dependienta lo miró algo confusa.

—Me alegro.

«¡Yo me alegro más!», estuvo a punto de gritar Lindsay, con una sonrisa en los labios, aunque se limitó a decir:

—Me llevo puesto el vestido, ¿tendrías unas sandalias a juego?

Apenas podía borrar la sonrisa del rostro, por más que lo intentaba. Era muy consciente de que la dependienta sospechaba el motivo por el que… solo le había dado tiempo a probarse el vestido, pero a esas alturas a Lindsay le importaba un comino.

Cuando salieron de la tienda, Lindsay casi podía sentir todavía el calor de Chris sobre la piel, aún tenía la sensación de flotar sobre

una nube…

…nube de la que se cayó de sopetón nada más pisar la acera. Bastó alzar la vista para que la realidad la golpeara y cayera sobre ella como un cubo de agua helada.

Apoyado con desfachatez en su Ford, esperándolos como si tuviera todo el tiempo del mundo, el grandullón, alias Harry el Sucio, los observaba con una sonrisa ladeada cargada de ironía, mientras tomaba una onza de chocolate… de un recipiente que tenía apoyado sobre el maletero.

—¡Mi frasco de dulces! —exclamó perpleja, con los ojos como platos, antes de fruncir el ceño y fulminarlo con la mirada—. ¡Quiero darle una patada en el culo a ese tipo!

Capítulo 24

Lindsay se giró hacia Chris buscando apoyo, pero él no apartaba la vista del grandullón. Lo observaba con la calma tensa de un depredador midiendo a otro, analizándolo en silencio, recibiendo idéntico trato desde el otro lado de la acera.

Chris dio un paso hacia la calzada, dispuesto a cruzar, y Lindsay lo detuvo con la mano en el brazo.

—Puedo vivir sin mis dulces —le dijo con una súplica muda en la mirada.

—No pasará nada —respondió él, sereno.

Ella no aflojó el agarre; la preocupación le ardía en la garganta.

—Te recuerdo que ese tipo lleva un arma.

—Lo sé —contestó Chris sin vacilar—, pero no tiene permiso para usarla contra nosotros.

—No puedes estar seguro de eso —titubeó, apretando la mandíbula.

—Pues lo estoy —afirmó—. Te aseguro que si pudiera, ya me habría calzado una hostia. —Miró hacia el tipo—. Tiene orden explícita de no tocarnos.

—Incluso así…

—Quédate aquí —pidió ahora—, yo me acercaré y…

—No.

—Linny…

—Si tú vas, voy contigo —insistió ella en un tono que no admitía discusión.

Chris le tomó la mano, aceptando en silencio su exigencia, y, contra todo pronóstico, ese simple gesto la tranquilizó. Si él cedía, era porque estaba seguro de que aquel hombre no representaba una amenaza inmediata. Aun así, el chico se aseguró de mantenerla tras él todo el tiempo.

—Cuando uno entrega una tarjeta… —empezó diciendo Chris una vez llegaron hasta él—, suele esperar a que lo llamen.

El grandullón sonrió apenas, ladeando la cabeza con gesto tranquilo.

—He pensado que querríais recuperar vuestras cosas —dijo, encogiéndose de hombros como si aquello fuera un favor sin importancia.

Metió las llaves en la cerradura del maletero, lo abrió despacio y, para asombro de Lindsay, comprobó que dentro estaba todo lo que habían dejado *olvidado* en el hotel. Todas sus pertenencias, las de ambos. De no ser por la tensión del momento, lo habría abrazado. No pudo evitar sonreír con sinceridad.

—¡Gracias! —le salió solo—. Podría besarte ahora mismo…

Chris frunció el ceño al mismo tiempo que el grandullón sonreía con sorna.

—No creo que eso agradara a nuestro amigo en común.

Lindsay miró a Chris y se retrajo un poco. Se había emocionado demasiado, y no debía perder de vista que aquel tipo, incluso haciendo de buen samaritano, llevaba un arma y los había seguido hasta allí.

—¿Habéis pensado en mi propuesta? —interrogó. Y aunque hablaba en plural, miraba solo a Chris.

—Aún estamos lejos de encontrar a Kendrick —fue todo lo que Chris comentó, evitando contestar—, pero agradeceríamos algo de margen.

—Y os lo estoy dando —aseguró el tipo—. Me he encargado de que vuestros… otros amigos sigan una pista falsa durante un tiempo. De momento no os molestarán.

Lindsay estaba cada vez más asombrada. ¿Había despistado a los matones para ayudarlos?

—Tranquilo, no espero que me des las gracias —insistió el hombre.

—Menos mal, porque no tenía intención —afirmó Chris—. Te limitas a jugar las cartas a tu favor. Solo quieres llegar hasta Kendrick antes que ellos.

Harry asintió sin disimular una sonrisa.

—Y no vas a ganarte nuestra confianza solo porque nos traigas nuestras cosas —puntualizó Chris.

—Bueno…, la mía un poco sí —suspiró Lindsay por lo bajo, acariciando con adoración su neceser.

El grandullón soltó una risa contenida cuando Chris la miró con un evidente gesto de resignación, pero el ambiente no tardó en enrarecerse aún más.

Chris se puso serio, se apoyó sobre el coche y clavó en el tipo una mirada afilada, exenta ya de cualquier atisbo incluso de ironía.

—¿Qué quieres de Victor Wexler? —preguntó con un tono tan bajo y cortante que incluso el aire pareció inmovilizarse entre ellos.

A Lindsay le fascinaba su capacidad de transformación.

—Yo nada, mi trabajo es solo encontrarlo —informó el hombre, y sonó sincero.

—Sí, eso lo tengo claro —reconoció Chris—, pero qué quiere tu jefe de él.

—No lo sé, no hago preguntas.

Chris sonrió con acidez.

—¿Y crees que Kendrick te dirá dónde encontrarlo sin que le digas algo más?

—Deja que sea él quien lo decida.

Chris pareció valorarlo unos segundos, y acabó asintiendo, pero todos allí sabían que aquello no era un sí, sino solo una forma de terminar con la conversación.

—Tengo tu tarjeta —le recordó ahora.

—Confiaré en que me llames.

Y una vez más estaba claro que ninguno de los dos tenía intención alguna de cumplir con el acuerdo.

Chris se concentró ahora en sacar todas sus cosas del maletero, le tendió la maleta con ruedas a Lindsay y el resto lo cargo él. Caminaron en dirección a su propio coche, que estaba justo al otro lado de la calle.

—¿Qué pasa con este pedazo de muerto? —les gritó, señalando el enorme tarro de cristal.

—Ponle el cinturón y acuéstalo temprano —sugirió Chris, sin volverse.

—¿Por qué no puedo llevármelo? —se quejó Lindsay mientras metían las cosas en el maletero de su propio coche.

—¿No te preocupan la cantidad de manos que han podido manosear todo lo que hay dentro de ese bote?

Lindsay torció el gesto. Acababa de convencerla.

—¿Tienes un espejo en el neceser? —le pidió Chris de repente.

—¿Para qué? —interrogó sorprendida, y se miró en una de las ventanillas—. ¿Tan mal estoy?

Chris sonrió y posó una mirada brillante en ella.

—Estás preciosa —aseguró, y luego añadió más serio—: pero necesito comprobar algo.

Lindsay, sin más preguntas, rebuscó entres sus cosas y le tendió un pequeño espejo compacto. Él lo tomó y, con un movimiento calculado, se agachó junto al coche. Lo deslizó bajo el chasis, girando el espejo con precisión hasta que algo captó su atención.

—¿Qué haces? —interrogó ella, mirando alrededor con nerviosismo.

—Confirmando una sospecha —murmuró mientras su mirada se volvía gélida.

Un segundo después, Chris se incorporó con algo entre los dedos: un diminuto dispositivo negro con una luz roja parpadeante. Lindsay frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Un rastreador —contestó él en un tono irritado. Resultaba evidente que le molestaba no haberse dado cuenta antes—. ¿Cómo crees que nos ha encontrado tan rápido?

Giró muy despacio la cabeza hacia el grandullón, que seguía apoyado con fingida calma en su Ford, observándolos como si disfrutara del espectáculo. Chris levantó el dispositivo entre los dedos, mostrándoselo desde lejos.

El tipo sonrió con una media sonrisa cargada de descaro, sin molestarse en disimular.

—Bonito detalle —comentó Chris con una frialdad cortante. Luego, sin apartar la vista de su oponente, lo lanzó con precisión quirúrgica hacia la alcantarilla más cercana, en la que hizo canasta.

El sonido metálico del impacto retumbó en el silencio—. Sube al coche, Linny, ahora.

Por el tono, Lindsay no necesitó una segunda orden. Rodeó el vehículo y obedeció.

Chris se dirigió entonces hacia la puerta del conductor, sin prisas, pero con esa calma que resulta más intimidante que un grito. Se apoyó un instante en el marco de la puerta y habló alto, lo justo para que el grandullón lo oyera bien:

—Te dejaré las llaves en la gasolinera que hay en esa dirección —indicó con un leve movimiento de cabeza hacia la carretera—. En coche son tres minutos, andando tardarás algo más.

Fue entonces cuando el grandullón se incorporó, cerró el maletero de golpe y maldijo entre dientes al comprobar que las llaves que había usado para abrirlo ya no pendían de la cerradura. Cuando quiso cruzar la calle para llegar hasta Chris, solo alcanzó a golpear el culo del coche con evidente irritación.

—Te has arriesgado mucho —lo regañó Lindsay un tanto preocupada.

—¿Querías que me llevara las llaves sin decirle dónde encontrarlas? —Esbozó una sonrisa jocosa—. Eres cruel, encima de que se ha molestado en traernos todas nuestras cosas.

—Podías haberle escrito un *WhatsApp* al número de la tarjeta.

—Pero eso no habría sido tan divertido, ¿no te parece?

Lindsay sonrió a medias, mirándolo con una admiración apenas disimulable.

—¿Era necesario quitárselas, para empezar? —interrogó.

—Lo era, sí, no podía arriesgarme a que nos siguiera hasta la cabaña.

Llegaron a la gasolinera donde debían dejar las llaves, pero en vez de entrar de inmediato, Chris abrió el maletero. Lindsay se bajó del coche y, sorprendida, vio que él estaba registrando todas sus cosas, las de ambos.

—¿Qué haces? —preguntó confundida mientras se le escapaba una risita traviesa—. ¿Tantas ganas tienes de que me ponga unas bragas?

La respuesta de Chris fue una media sonrisa lenta y sensual que le aceleró el pulso.

—Ningunas —murmuró con voz grave—. De hecho, estoy considerando confiscar toda tu ropa interior hasta nueva orden.

El modo en que lo dijo recorrió la piel femenina como una caricia invisible. Sintió una punzada de deseo en la pelvis tan intensa que no pudo evitar que subiera hasta sus ojos.

—¿Podrías dejar de mirarme así? —pidió Chris, aunque su voz sonó más a ruego que a queja.

—Es que… me gusta lo que veo —susurró ella, mordiéndose el labio inferior con descaro.

Él soltó una carcajada cargada de deseo reprimido.

—Sí, y a mí —admitió, con la voz cada vez más ronca—, pero también me gustaría desnudarme por completo, y no podré si me obligas a arrastrarte al baño.

Lindsay contuvo el aliento, sin poder decidir qué opción le agradaba más. Lo de los baños sonaba… tan inmediato.

Mientras hablaban, Chris seguía registrando cada objeto que el grandullón les había devuelto: maletas, neceser… Sus manos se movían con precisión, pero su mirada seguía saltando hacia ella, cada vez más encendida.

Hasta que se detuvo.

—¡Te encontré! —repuso en un tono triunfal.

En la base del neceser, entre el forro y la costura, halló otro diminuto dispositivo, casi idéntico al anterior. Lo sostuvo entre los dedos, girándolo a la luz.

Lindsay parpadeó sobresaltada.

—¿Eso es otro…?

—Otro localizador, sí —confirmó él con una sonrisa satisfecha, mientras lo alzaba ante sus ojos.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó perpleja.

—Porque él contaba con que descubriera el del coche desde el mismo momento en que se plantó ante nosotros —opinó, encogiéndose de hombros—, y no nos iba a devolver nuestras cosas por puro altruismo, ¿no crees?

—¿No dijiste que era para ganarse nuestra confianza?

—Sí, eso supuso él que pensaríamos —sonrió—, que era un acto de buena fe. Pero no era solo eso. Y por si acaso, seguro que habrá puesto otro localizador más por si encontrábamos este. Es listo.

Lindsay suspiró, mirándolo con ese brillo entre admiración y deseo que siempre la traicionaba.

—*Bah*, él solo es Moriarty —aseguró embelesada—, yo prefiero mil veces a Sherlock…

Avanzó hacia él, le echó los brazos al cuello y miró sus labios.

—¿Podemos dejar de conspirar por unos segundos y cambiar de género? —rogó, rozando su nariz con la de él—. Prefiero el romántico, ya lo sabes.

Chris la atrajo de la cintura, sonriendo con esa mezcla peligrosa de rendición y deseo.

—El problema —murmuró sobre sus labios— es que pasamos del romántico al porno en cero coma, Linny…, y estamos en una gasolinera, me preocupa provocar un incendio.

—Pues yo estoy dispuesta a arriesgarme —confesó, jugando con la punta de la lengua sobre su labio inferior—. ¿Y tú?

Chris la atrajo hacia sí con fuerza mientras decía con voz ronca:

—Como si tuviera opción de negarme —suspiró, y asaltó su boca un segundo después.

El beso los devoró. De nuevo, no fue suave ni precavido, sino voraz, incendiario, el tipo de beso que roba el aire y enciende la piel desde dentro.

—Sabía que esto era un error… —musitó Chris contra su boca, con la respiración entrecortada mientras sus manos descendían por su espalda hasta su trasero—. Necesito… encontrar el otro…

—¿Eh?… —balbuceó Lindsay metiendo las manos entre su pelo.

—El otro rastreador… —aclaró, rozando su oído con la voz rota por el deseo—. Tiene que haber otro…, ¿recuerdas? —La besó otra vez, más profundo, más desesperado—. ¿Puedes… dejar que lo busque?

—Sí, espera —jadeó—, que te doy una idea de dónde puede estar.

Con una sonrisa peligrosa, Lindsay tomó una de sus manos y la guio entre sus muslos, empujándola hacia arriba con descaro.

Chris rio sobre sus labios y su aliento cálido le rozó la piel.

—No creo que el grandullón haya tenido acceso a esta zona —opinó.

—¿Eso significa… que te la vas a dejar sin registrar? —interrogó con los ojos ardiendo.

—Ni mucho menos —susurró él con una sonrisa torcida antes de lamerle los labios despacio, tentador—, pero tendrá que ser un registro rápido. No tenemos mucho tiempo antes de que él llegue.

Lindsay tragó saliva e intentó apartarse, con evidente esfuerzo.

—Entonces tendré que sacrificarme y renunciar al registro —cedió con pesar—. A cambio…, te quitaré la ropa con los dientes en cuanto entremos en la cabaña.

El estallido de lujuria que asomó a los ojos de Chris le arrancó un gemido de anticipación. Muy a su pesar, tuvo que permitir que saliera de sus brazos.

Se concentró en seguir registrando sus pertenencias hasta que dio con el segundo localizador, que le mostró a Lindsay con una expresión triunfal.

—Muy bien, te ganaste premio doble. —Lo miró con descaro.

—Soy un hombre con suerte —sonrió.

Después entraron en la tienda de la gasolinera y le dejaron al dependiente las llaves del Ford, junto con los dos localizadores, dándole una descripción detallada de la persona que pasaría a recogerlo todo. En un principio el tipo fue reticente a hacerles aquel favor, pero, para sorpresa de Chris, Lindsay solo tuvo que sonreír, bromear con respecto a las horas de gimnasio que era evidente que hacía y, como por arte de magia, no solo aceptó guardar las llaves, sino que les habría vendido a su abuela si ella lo hubiera querido, y a precio de saldo.

—Ya veo que yo soy el único hombre inmune a tus encantos —se vanaglorió Chris con una sonrisa arrogante mientras caminaban hacia el coche.

Lindsay lo miró con una expresión traviesa.

—¿Inmune tú? ¿Puedo reírme ya?

—Guau, qué subidita te veo —bromeó al tiempo que la atraía hacia sí y le robaba un beso sin dejar de caminar.

Ella gritó entre risas mientras Chris se concentraba ahora en mordisquearle el cuello, haciéndole cosquillas, pero pronto pasó de eso a besarla con más intensidad.

—Deja de provocarme —protestó Lindsay—, debemos irnos, no tenemos tiempo para entretenernos en el coche.

Chris suspiró y la dejó alejarse.

—¿Por qué pones ideas en mi mente? —La miró con los ojos cargados de lujuria.

—¡No me mires así! —se quejó ella entre suspiros—. Recuerda que no llevo bragas, me preocupa…

—¿Qué? —la instó.

—…formar un charco en el suelo.

La respuesta de Chris a ese comentario… estuvo a punto de retrasarlos mucho rato. Para su desgracia, vieron al grandullón avanzar a lo lejos.

—Joder, está ágil para ser tan grande —se quejó Chris, resignado —. Será mejor que nos vayamos antes de que se deje llevar por sus deseos de usarnos de diana.

—De usarte a ti, querrás decir —replicó Lindsay subiéndose ya al coche—. Yo solo tendría que alabar sus brazos de gimnasio y…

—Céntrate en alabar solo los míos, ¿sí? —pidió, frunciendo el ceño.

—Vaya —rio—, no te tenía por un hombre celoso.

Chris se inclinó sobre ella para ayudarla a colocarse el cinturón de seguridad y ambos se miraron a escasos centímetros.

—Soy el primer sorprendido —aseguró, y le robó un beso ardiente que la dejó tiritando, antes de encender el motor y salir de allí levantando polvo.

Capítulo 25

Al llegar a la cabaña, tras pasar por un cajero y perder otra hora haciendo compra en un supermercado, Chris descargó la comida, le pidió a Lindsay que se quedara colocando y se empeñó en alejarse de allí unos kilómetros; los suficientes para poder registrar a fondo de nuevo todas sus pertenencias antes de meterlas en la casa.

Necesitaba aire… y distancia para despejar la cabeza y centrarse.

Cuando iban de regreso hacia allí, se habían cruzado con el grandullón, que caminaba de vuelta a su coche, quizá dispuesto a reanudar la búsqueda, y de repente Chris se había sentido muy agobiado.

Aquel tipo era peligroso y muy astuto, no debía cometer el error de subestimarlo y arriesgarse a que los encontrara solo porque estuviera loco por meterse entre las sábanas. Aún sentía el sabor de su boca, el calor de su piel, la imagen de ella jadeando contra él…, y eso lo distraía más de lo que podía permitirse. Moría de ganas de encerrarse con ella en la cabaña y tirar la llave, pero debía controlarse y darle prioridad a su seguridad.

Lindsay había protestado e intentado convencerlo para que se quedara con ella, pero Chris había acabado rogándole que le permitiera hacer las cosas bien, porque jamás podría perdonarse que le pasara algo solo porque él no estuviera a la altura. Se había puesto muy serio de repente, así que Lindsay no había tenido más remedio que acceder.

De modo que allí estaba: solo, en mitad del bosque, con el coche aparcado junto a un claro, una manta extendida sobre el suelo y todo su equipaje desplegado frente a él, tratando de concentrarse mientras el aroma de Lindsay lo asaltaba desde cada prenda. Era imposible escapar de esa fragancia suya, una mezcla de flores suaves y algo más cálido, casi íntimo, que lo desarmaba sin remedio

y le recordaba, en cada respiración, por qué no podía mantenerse lejos.

Revisó a conciencia cada centímetro de las maletas, junto con cada prenda, hasta que al fin se permitió relajarse mientras lo devolvía todo a su sitio. Hasta que tomó entre sus manos uno de los conjuntos de lencería femenina que más le habían llamado la atención, pero que se había empeñado en *no ver* hasta asegurarse de que todo estaba en orden…

…pero ahora lo veía, y demasiado bien.

Era un pequeño conjunto de encaje negro, delicado y perfecto. Lo tomó entre las manos con la intención de guardarlo, pero el tacto de la tela entre los dedos lo paralizó.

Por un segundo dejó volar su imaginación y visualizó las curvas de su cuerpo cubierto por aquel encaje, su piel cálida rozando esa fina tela, los tirantes sobre sus hombros, las braguitas abrazando sus caderas. El pulso se le aceleró de golpe y el deseo regresó, tan feroz que le costó respirar.

Y justo en ese instante sonó su teléfono y Chris estuvo a punto de lanzarlo bosque a través al mirar el visor.

Era Mark. Perfecto.

Y él tenía que contestar con aquella erección del tamaño de Madagascar estallando sus pantalones…, por estar fantaseando con su hermana.

Se pasó una mano por la cara, intentando borrar la culpa, la frustración y el deseo que lo estaba devorando por dentro.

Joder, era patético.

Mientras Mark confiaba en él para que cuidara de Lindsay, él… solo podía pensar en lo impresionante que estaría con cualquiera de aquellos conjuntos de lencería, que querría arrancarle del cuerpo al segundo y medio.

Se obligó a respirar y recomponerse.

Luego, con una resignación que rozaba la autoparodia, contestó al teléfono intentando sonar normal. Claro que solo le duró un instante.

—¡¿Cuándo demonios ibas a decírmelo?! —escuchó rugir a Mark desde el otro lado.

Se quedó mudo. No… podía saberlo, ¿o sí?

—Joder, Chris, entiendo que ella se avergüence un poco —insistió—, pero se supone que tú eres mi mejor amigo.

Chris se obligó a guardar la calma antes de hablar.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, y cuando acabes de desahogarte, agradecería que me dijeras de qué narices me estás hablando.

—Lindsay está embarazada —afirmó sin preguntar, sorprendiéndolo.

Chris respiró hondo, sin saber si sentirse aliviado.

—¿Cómo te has enterado?

—¿Cómo me he enterado? —repitió incrédulo—, la cuestión es por qué no me he enterado por ti.

Chris frunció el ceño.

—Porque no me correspondía a mí decírtelo.

—¡Ah, genial! —soltó un improperio—. ¡Que no estamos hablando de un gato, Chris!

Sí, lo tenía claro, por desgracia.

—Ya no es una niña, Chris…

«A mí me lo vas a contar».

—…y entiendo que siempre te afanes por protegerla, pero esto es muy serio.

Chris estaba a punto de colgarle el teléfono.

—¿Qué quieres que yo te diga, Mark? —acabó suspirando—. Habla con ella.

—Lo haría gustoso —aseguró—, pero no me coge el teléfono. Seguro que Karen le ha escrito para avisarla de que ya nos hemos enterado.

—¿Te ha contado Karen lo del embarazo?

—No exactamente —soltó un improperio—. Mi madre ha encontrado la analítica esta mañana y ha hablado con nosotros, que hemos hablado con Karen…

Al fin parecía algo más calmado y eso lo hacía sonar mucho más preocupado.

—Joder, Chris, ¿cómo está? —soltó aire—, ¿cómo lo lleva? No puedo creer que no haya confiado en mí, en mi madre…

—Si te sirve de consuelo —tuvo que admitir—, yo también me topé con la analítica por casualidad cuando le dio ese mareo. —Le costaba la vida hablar de todo aquello—. Lindsay me pidió algo de tiempo, porque quería ser ella quien os lo contara.

Lo escuchó exhalar con fuerza al otro lado.

—Quién es el padre, ¿lo sabes? —preguntó ahora en un tono bajo.

—No, no tengo ni idea —tuvo que admitir con los dientes apretados—. Es el tipo que conoció en la gala.

—¿En la gala? —Mark sonó algo sorprendido—. Entonces era verdad que estuvo con alguien aquella noche.

—Sí, eso parece…

«…porque la Virgen María no es». Chris sentía una mezcla de rabia y dolor anidando en su pecho. Cada vez le costaba más seguir con aquella conversación.

—¿Y qué opina él? —indagó Mark—, ¿está dispuesto a apoyarla o qué podemos esperar?

—No lo sé, nos está costando encontrarlo.

—¿Perdona?

Solo al escuchar la confusión en su voz supo que había hablado de más. Se apartó el teléfono y pateó el suelo con fuerza antes de poder seguir hablando.

—¿A qué te refieres con encontrarlo?

Chris maldijo de nuevo. Mark era demasiado inteligente como para intentar maquillar aquello con mentiras. Acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Mark…

—No me jodas, Chris, no estás acompañándola en un viaje de trabajo —adivinó, y sonó muy serio—. ¿Intentáis localizar a ese tipo?

Chris suspiró.

—Algo así, pero será mejor que sea ella quien…

—¿Algo así?

Era normal que Mark estuviera furioso, además de desconcertado y preocupado, algo debía decirle. Y su amigo no toleraba las mentiras en absoluto.

—Bueno, es que… no intercambiaron teléfonos —carraspeó.

—¿Lo conoció esa noche?

«Joder, qué puta mierda todo», Chris quería gritar.

—Sí, Mark, eso parece.

—¡Joder, Linny! —lo escuchó mascullar—. Dime cómo se llama, quizá Anthony pueda encontrar un teléfono y…

—Será mejor que hables con ella —interrumpió.

—No me fastidies, Chris —sonó preocupado—, déjame ayudarla de alguna manera.

Chris volvió a blasfemar para sí. ¿Cómo carajos se había metido en aquel lío?

—Por favor, Chris, te prometo que si no encontramos nada que ayude, no le diré a Linny que me lo has dicho.

«Mierda, mierda… Aquello no iba sonar nada bien».

—Le pediré a Anthony que sea discreto —insistió Mark—. Joder, necesito ayudar de alguna forma —sonó abatido—, no puedo dejar de pensar en que no debimos dejarla sola en esa gala.

Aquello fue como retorcer el cuchillo que Chris sentía clavado en el estómago cada vez que pensaba en esa noche.

«Dios, todo esto es culpa mía». Solo que en su caso iba mucho más allá de la culpa. Su conciencia lo mataba cada vez que se permitía pensar en el momento en que la obligó a irse de aquel bar.

—No tengo el nombre que me pides, Mark —tuvo que admitir al fin.

—Pero has dicho que vais buscándolo —le recordó confuso.

—En realidad tenemos que dar con el tipo que los presentó.

Al otro lado se hizo el silencio. Era obvio que Mark estaba desconcertado.

—¿Me estás diciendo que se acostó con un tipo que conoció esa noche, del que ni siquiera sabía su nombre? —Sonaba perplejo.

Chris tuvo que respirar hondo para poder contestar.

—Sí, eso parece.

—¡Venga ya, eso no puede ser! —opinó Mark con absoluto convencimiento—. Linny jamás haría algo así, no es propio de ella.

«Yo la empujé a hacerlo…», se lamentó Chris, pero aquello no podía decírselo.

—No sé qué más decirte —terminó suspirando—, salvo que hables con ella.

Mark acabó soltando aire con fuerza, resignado.

—Vale, veré si consigo que me coja el teléfono —admitió—. Y sé que te lo digo poco, pero te agradezco de corazón que siempre estés tan pendiente de ella, Chris. Estoy mucho más tranquilo al saber que no está sola.

Ya no pudo contestar.

Las palabras le pesaron como una losa. Cada una de ellas lo golpeó en el estómago con una mezcla de culpa y vergüenza que lo dejó sin aire.

Si Mark supiera…

Si tan solo imaginara lo que pasaba por su cabeza cada vez que la miraba, cómo le temblaban las manos cuando la tocaba, anhelando cada poro de su piel…

Sintió náuseas, el asco propio de quien sabe que ha cruzado una línea invisible y que ya no puede retroceder…, o peor, que no quiere hacerlo, porque el simple pensamiento de no volver a tenerla de nuevo le resultaba insoportable.

Y de repente se sintió aturdido por la intensidad de todo lo que Lindsay provocaba en él. Una imagen de ella abrazando el pequeño dragón la noche anterior, murmurando palabras que no estaban destinadas a él…, le atravesó el pecho. Fue una punzada amarga, una mezcla de ternura y celos que lo enfermó, recordándole que, por mucho que gimiera entre sus brazos, era muy posible que su corazón perteneciera a otro. Alguien con quien, a pesar de haberlo conocido solo unas pocas horas, compartía algo demasiado grande.

—Dios, está embarazada de ese tipo —murmuró con la voz rota. Cuanto más lo pensaba, más incapaz era de procesarlo…

…El problema era que se olvidaba de todo en cuanto la miraba. Bastaba con una sonrisa suya, con esa mezcla de ternura y descaro, para que su autocontrol se convirtiera en humo y terminara cediendo como en aquel probador. No importaba cuántas veces se prometiera mantener las distancias. Una vez que se había permitido caer en la tentación y tocarla, Lindsay se había convertido en su droga más

dulce y peligrosa, la más devastadora y adictiva que había probado jamás.

Y podía engañarse todo lo que quisiera diciéndose que a partir de ahora sería fuerte, pero era solo pensarla… y su cuerpo reclamaba una dosis de ella tanto como respirar.

∞∞∞

Lindsay estaba furiosa. Recorría la cabaña con pasos encendidos y el sonido de sus pies repicaba contra la madera, marcando el ritmo de su impaciencia. La furia le chispeaba en los ojos como una hoguera contenida. Cada dos minutos apartaba las cortinas con un movimiento brusco, se asomaba al exterior y maldecía por lo bajo al comprobar que el coche seguía sin aparecer por el camino.

El silencio de la casa se le antojaba insoportable, casi tan sofocante como el torbellino que tenía dentro. Hasta que, por fin, el sonido de un motor quebró el aire. Después, la puerta, los pasos en el porche…

Lindsay se giró despacio, respirando hondo para no estallar antes de tiempo, y se plantó en medio del salón. Cruzó los brazos, alzó el mentón y esperó. Cuando Chris traspasó el umbral, lo recibió con una mirada que podría haberlo partido en dos: fría, afilada y tan llena de ira como de la necesidad de escuchar una explicación convincente antes de decidir si lo mataba o lo perdonaba.

—¡Tú, maldito traidor! —escupió con el fuego ardiéndole en los ojos y el pulso golpeándole la garganta. Sentía la rabia palpitar dentro de ella.

Chris se quedó paralizado unos segundos. Luego dejó caer el último bulto del equipaje con un sonido sordo. La miró con una expresión mezcla sorpresa y resignación.

—Has hablado con Mark —dijo por fin, como quien confirma una obviedad.

—Eres una rata chivata —le apuntó con el dedo, temblando de furia frente a lo que le parecía indiferencia—. ¡¿Cómo se te ocurre contárselo?! Eres…

—Eh, ¡párame el carro ahí! —exigió, mirándola ahora de frente —. Lo del embarazo ya lo sabían. Tu madre ha encontrado tu analítica esta mañana.

La rabia se hizo más aguda.

—¿Y tenías que decirles que no sé quién es el padre? —Quería pegarle en aquel momento, y no solo por haberse ido de la lengua.

La cara de Chris se endureció. Ya no había en ella ni rastro de paciencia o culpabilidad. Ahora también él parecía enfadado.

—Ah, ¿y lo sabes? —preguntó con una mordacidad acusatoria.

—¡Por supuesto que lo sé! —gritó, porque gritar era ahora la única forma de mantener a raya la desazón—. ¡Recuerdo muy bien con quién me acuesto!

Él la miró con incredulidad.

—Pero no tienes ni idea de su nombre ni de dónde encontrarlo —replicó con dureza—, ¿acaso no es lo mismo?

—¡No! —Sacudió la cabeza al borde de romperse—. En cualquier caso, Mark no tenía por qué enterarse de todo eso.

Chris dejó escapar una risita corta y amarga.

—Sí, claro, entiendo que te avergüences de tus actos —repuso con una ironía que quemaba.

—¡Yo no me avergüenzo, imbécil! —bramó—. Pero no quería preocuparlos.

Chris exhaló con fuerza y negó con la cabeza, con la rabia agotándole.

—Lo que demuestra que no es algo de lo que estés orgullosa.

La acusación le dolió, pero no dejó que él lo viera.

—¿Y tú estás orgulloso de ser un chivato? —se defendió, izando el mentón con obstinación.

—Para tu información, solo se me ha escapado un pequeño detalle —explicó con una mezcla de irritación y enfado—, pero lo suficiente para que Mark sospechara.

—Ah, claro, y tú no podías decirle que hablara conmigo ¡porque ese no era tu maldito problema!

—Mira, ya no voy a soportar tus impertinencias. —Tomó su mochila y caminó hacia la cama.

Lindsay fue tras él, incapaz de dejar la conversación allí. La rabia bullía en su interior por ponerla en una situación como aquella, y no solo por… ser un bocazas.

—¡No he terminado de hablar!

—Pues yo sí. Si no querías preocupar a nadie, no haberte acostado con un extraño olvidándote de tomar precauciones —acusó en un tono de evidente irritación—. Se acabó la historia.

—¿Como las que tomas tú? —Lo encaró ahora—. Porque no te he visto intención alguna de ponerte un puto condón en ningún momento, al menos conmigo.

Lo vio blasfemar entre dientes.

—No he tenido sexo sin protección ni cuando era un adolescente —aseguró en un tono bajo, aunque cargado de furia—. Pero te garantizo que estoy sano como una pera, tú analítica demuestra que tú también y ya estás embarazada —le recordó—. Veo innecesario el chubasquero. ¡Fin del alegato!

—Vale, en eso tienes razón, pero que nos estemos acostando no te da derecho a…

—¡Estuviéramos!

—¿Qué?

—Ya me has oído, habla en pasado —la miró con ira ahora—, porque eso ya se ha acabado.

—¡Genial! —exclamó.

Pero de genial no tenía nada, estaba perpleja, A pesar de su furia, aquello no se le había pasado por la cabeza.

—¿Y piensas contárselo a mi hermano en algún momento? —ironizó dolida, y él la miró con una mezcla de rabia contenida—. Ah, no, claro, eso es secreto de sumario, pero mis cosas sí puedes airearlas a los cuatro vientos.

Aquello la enfurecía.

—¡Estaba nervioso, maldita sea! —la enfrentó Chris—, y una cosa llevó a la otra y… ¡sí, fallo mío, hablé de más, ¿quieres fusilarme?! Pero me ha hecho un tercer grado, y cualquier cosa era mejor que admitir que me estoy follando a su hermana, ¿no te parece?

—¡Estabas! —le recordó—. No te dejes el pasado.

Lo miró, herida y aún furiosa, con los ojos brillándole de tantas cosas mal dichas y otras no dichas en absoluto.

Él apretó los dientes.

—Correcto.

Entre ambos flotaba ahora un silencio áspero, cargado de reproches y de algo más profundo: miedo, culpa y una tensión que ninguno terminaba de saber cómo rebajar.

—Entonces ya está todo claro —concluyó Lindsay, esforzándose por mantener la voz firme—. Centrémonos en lo que importa. ¿Crees que podrás encontrar alguna pista sobre Kendrick aquí?

—Aún no lo sé —respondió con una seriedad que parecía tallada en piedra—. Necesitaré tiempo para revisar cada rincón.

Ella se limitó a asentir y guardar silencio, como si no tuviera mucho más que comentar con él hasta que no empezaran la búsqueda.

Así comenzó una de las tardes más largas, tensas y desesperantes de su vida. Incluso mientras comían ninguno pronunció palabra. El silencio los envolvía, espeso y cargado de todo lo que no se atrevían a decir. De vez en cuando sus miradas se cruzaban: unas, duras como el hielo; otras, tan intensas que podrían derretir un iceberg. Entre ambos flotaba algo que ardía y dolía al mismo tiempo, pero que ninguno estaba dispuesto a reconocer.

En un silencio que pareció un acuerdo tácito, después de comer y distraerse un rato, cada uno absorto en su propio móvil, ambos se dedicaron a revisar la cabaña. Buscaban cualquier cosa fuera de lugar, un mínimo detalle que pudiera servirles de pista, pero el tiempo iba pasando y Lindsay empezaba a sentirse cada vez más inútil y al borde del colapso. Ya no era solo la frustración de tenerlo tan cerca y no poder tocarlo; era la impotencia de no saber ni lo que estaba buscando. Cada libro, cada cuaderno de notas le parecía un galimatías sin sentido, y en el resto de la cabaña rezumaba una normalidad exasperante.

Estaba a punto de gritarle que al menos le dijera qué debía buscar cuando sonó su teléfono.

Suspiró al comprobar que era una videollamada a tres y que Maddie y Karen estaban al otro lado. Había hablado con Mark y con

su madre, pero rechazado dos veces aquella llamada, incapaz de seguir dando explicaciones; hacerlo una tercera le pareció de mal gusto. Bueno, eso… ¡y que si no hablaba con alguien en los próximos minutos iba a empezar a lanzar cosas de pura impotencia!

Contestó al teléfono con algo de reticencia al principio.

—Madre mía, nena, es más fácil hablar con Brad Pitt que contigo.

—¿Eso significa que has hablado con él alguna vez? —preguntó Lindsay, esbozando una sonrisa cansada.

—Por supuesto —contestó Karen con un tono teatral—. Y cuando no me coge el teléfono, llamo a Clooney.

—Y siempre se despierta antes de que llegue a contestar —añadió Maddie divertida.

—Eso no es verdad —carraspeó Karen—. Siempre consigo que se teletransporte a mi cama antes.

—Qué afortunada —rio Maddie—, y dejas participar a mi padre o…

—Creo que ya no me gusta esta conversación —interrumpió la mujer al instante.

Todo aquello consiguió su cometido y relajó el primer contacto.

Lindsay había caminado hacia la puerta mientras hablaba. No estaba dispuesta a dejar que Chris escuchara un solo detalle más de la conversación, que sabía que se tornaría en algo mucho más personal en breve. Temía lo que podía salir de boca de Karen, algo que, por otro lado, le preocupaba mucho más mientras Maddie estuviera en la conversación.

Salió al exterior y el frescor de lo que ya era casi noche cerrada le golpeó el rostro, y se sintió algo mejor. Solo entonces fue consciente del calor sofocante que reinaba dentro de la cabaña.

Avanzó unos metros hasta el coche. Las hojas húmedas crujían bajo sus pies y el aire olía a tierra y resina. Solo quería poner cierta distancia entre ella y Chris, respirar sin sentir el peso de su mirada o de todo lo que habían callado durante las últimas horas.

—¿Dónde estás? —interrogó Maddie mirando la pantalla con algo de asombro—. Casi no se ve nada.

—He salido de la cabaña para respirar aire puro.

—¿Cabaña?

—¿Y eso es un bosque?

—¿Estás en una cabaña perdida en un bosque?

—¡¿Con Chris?!

«Mierda», pues sí que era fácil que se te escapara algo que llevara a montones de preguntas más. Se iban turnando con una rapidez que asombraba.

—Creo que me va a empezar a fallar la cobertura como sigáis con tanta preguntita.

Ambas se quedaron en silencio. Maddie carraspeó con evidente curiosidad, y Karen… era tan obvia…

—¡Por Dios, Karen, estás a punto de reventar, ¿no?!

La aludida no se hizo la tonta.

—Nena, por piedad, cuéntanos algo —rogó de carrerilla.

—Pues no te hagas ilusiones, esa cabaña ahora mismo es como el Polo Norte.

—No me creo que aún no le hayáis prendido fuego.

—¡Karen! —intervino Maddie con rapidez, aunque con un evidente tono mordaz acompañado de una sonrisa—. Chris y Lindsay no tienen ese tipo de relación, ¿verdad?

Lindsay se apoyó en el maletero del coche, agobiada, decidiendo muy bien qué debía contar. No podía culparlo a él por irse de la lengua y luego ser ella quien hiciera lo mismo.

—Además, Lindsay ahora está embarazada —insistió Maddie—. Algo que algunos desconocíamos hasta esta misma mañana… Pero lo está —sonrió con más ternura—, o eso me han dicho.

Ahí llegó un silencio y Lindsay tuvo que admitir.

—Lo estoy, sí —suspiró abatida—, pero es a mi cuñada la comprensiva y la guay a la que necesito en este momento. ¿Podrías avisarla?

Maddie también soltó aire con fuerza al otro lado y acabó resoplando.

—Sabes que puedes contar conmigo, amore, y que también podrías habérmelo confiado.

—¿Y obligarte a guardarle el secreto a Mark? —declaró—. Y a él aún no quería decírselo, por razones obvias, y no podía hacerte mi

cómplice.

Y aquello resultaba de una lógica aplastante, y sabía que Maddie también lo agradecía.

—¿Cómo te estás encontrando? —fue la siguiente pregunta.

—No tengo síntomas aún —confesó—, estoy de muy poco tiempo.

—¿Y cómo es posible? —siguió preguntando Maddie.

A Karen le faltó tiempo para intervenir con un tono jocoso:

—A ver, nena, tú tienes un hijo, ¿nunca te preguntaste cómo llegó hasta allí?

—Qué payasa eres —rio Maddie—, pero hasta donde yo sé, ella tomaba la píldora para regular sus ciclos.

Ahora sí fue Karen la sorprendida.

—Uy, eso es verdad —frunció el ceño—. ¿Te saltaste tomas?

—Pues sí, unas cuantas —admitió—, estaba nerviosa con lo de la gala.

—¡Lindsay!

—¡¿Qué?! Yo no me acostaba con nadie, ¿recordáis? —soltó un improperio—, no era un drama olvidarme alguna toma. De hecho, justo cuando me hice la analítica se suponía que estaba en mi semana de descanso, pero desde que tomo la píldora hay meses en los que ni siquiera mancho, por eso no me llamó la atención el retraso.

Se hizo un silencio tenso.

—Lindsay… —dijo Maddie intentando sonar cauta sin ser agresiva—, tú sabes que la píldora no te protege del resto de venéreas.

La chica asintió. No podía decir nada más, pero Karen lo hizo por ella.

—A ver, nena, a lo mejor estaba segura de que el muchacho en cuestión estaba sano —carraspeó—, ¿no?

—¿Y cómo iba a saberlo? —insistió Maddie—. Porque según me ha dicho Mark… —miró con atención a la cámara para conectar con Lindsay—, lo conociste ese día.

—¡¿Quién dice eso?! —se quejó Karen de inmediato, como si estuviera librando una guerra propia.

—Se lo dijo Chris.

—¡Esa rata bocazas! —masculló Lindsay apretando los puños.

—Y olvidadiza, nena… —apostilló Karen—, aunque aún no me explique cómo.

Lindsay tosió con fuerza, como si así pudiera impedir que aquella frase, ya pronunciada, se distorsionara de alguna forma a oídos de Maddie. No estaba preparada para esa conversación. De hecho, intentaba incluso no pensar en ello para no acabar volviéndose loca.

Pero Maddie era demasiado perspicaz.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con el ceño fruncido.

—Nada —aseguró Lindsay de inmediato—, no le hagas caso.

—Has aguantado virgen hasta los veinticuatro —murmuró Karen, a la que si le cosieran la boca le saldrían subtítulos—. ¿Quién en su sano juicio se va a creer que escogiste un desconocido para…?

—Uy, os pierdo… —intervino con los nervios de punta.

—¡Ay, por Dios! —exclamó Maddie con los ojos desorbitados—. ¡No puede ser!

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que acababa de hacer una asociación de ideas… que era mejor no comentar.

—Tengo que dejaros.

—¡¿Ese bebé es de…?!

Tanto Lindsay como Karen sonaron como un sifón al mismo tiempo y casi en estéreo en mitad del silencio del bosque.

—¡*Shhh*!

—¡*Shhh*!

—¡Pero ¿qué ibas a decir, insensata?! —le gritó Karen.

—¿Tú me llamas insensata a mí? —Maddie sonaba desconcertada—. Esa sí es buena, habló doña sensatez.

—¡Es que no podemos decirlo en alto! —insistió Karen.

—Pero…

—¡Que las paredes oyen! —se reiteró la mujer—, o los árboles, en su caso.

Lindsay no sabía si reírse o echarse a llorar.

—¿Los árboles de metro casi noventa, dices? —interrogó Maddie con una expresión abatida—. Porque me ha parecido entender que…

—¡Yo ya tengo que dejaros!

—Lindsay…

—Tengo toque de queda.

—¿Cierran el bosque temprano? —ironizó Karen.

—Pues sí, lo acordonan todo para que no se cuelen bocazas a altas horas de la noche —replicó con resignación.

—Y hay tantos sueltos… —sonrió la mujer con un divertido arqueo de cejas—. Entonces entra en esa cabaña y derrite el hielo. No hay Polo Norte que se resista a tu escote.

Maddie aún parecía fuera de juego, con el ceño fruncido.

—Entonces, para que me quede claro —susurró ahora—, ¿ese bebé es de…?

—¡Que sí, nena, que sí! ¡Que ya se ha enterado todo el mundo menos tú!

Capítulo 26

Cuando regresó a la cabaña, encontró a Chris inclinado sobre uno de los cuadernos de notas, parecía muy concentrado. Apenas levantó la vista al oírla entrar, y aun así, bastó echarle una sola mirada para que a Lindsay se le encendiera el cuerpo de arriba abajo. No hizo falta más. Con solo verlo allí, tan cerca y tan lejos a la vez, lo deseó con toda su alma.

—¿Encuentras algo? —interrogó en un tono frío, caminando hasta él.

«Tengo derecho a preguntar», se dijo para justificar ceder a las palabras.

Chris no levantó ni la cabeza para hablar.

—Aún no —seco, conciso.

—Pues qué guay, qué divertido todo esto —murmuró mientras caminaba hasta su maleta, y se giró a mirarlo de nuevo—. ¿Funcionará el cacharro ese del agua caliente?

—Sí.

«*Ahggrr*, ¡le cobran por palabra ahora!», se exasperó, pero no dijo nada.

Tomó el neceser, un tanga y el conjunto de shorts y camiseta corta que tanto pareció gustarle a Chris la noche anterior en el hotel, y se encerró en el baño, dispuesta a encontrar algo de relajación bajo el agua.

Cuando salió de la ducha, él seguía en el mismo sitio. Ahora se había reclinado hacia atrás en la silla y tenía puestos los pies cruzados sobre la mesa, en una postura que destilaba una calma tan insolente como engañosa. A Lindsay empezaba a irritarla mucho el que pareciera tan tranquilo. De buena gana habría caminado hasta él solo para darle un manotazo en los pies y tirárselos de la mesa.

Se centró en preparar algo de cena para evitar sucumbir a la tentación.

—¿Quieres un sándwich? —ofreció en el tono más seco que encontró.

—No.

¿No? ¡¿Cómo que no?! ¿Iba a rechazarle el ofrecimiento con tan poca educación?

Volvió a callarse, pero sentía la rabia bullir en su interior mientras se comía el suyo.

¿Cómo iba a pasearse con sus shorts frente a sus narices si él no levantaba la cabeza del cuaderno para nada?

A grandes males, grandes remedios, ya estaba harta. Casi sin pararse a pensarlo, nada más terminar su cena, dejó caer al suelo uno de los platos de cerámica soltando una exclamación, como si se le hubiera caído sin querer.

Dos segundos más tarde, Chris estaba frente a ella.

—¿Qué ha pasado?

—Se me ha resbalado de las manos… —mintió, pero para su desgracia, por la expresión de Chris, supo que él tenía sus dudas.

—¿Qué?

—Tienes claro que eres un libro abierto para mí, ¿no? Siempre sé cuándo mientes.

—Ahora no miento —replicó molesta—, así que no serás tan listo.

Él sonrió con mordacidad y cierta arrogancia.

—Si quieres que te preste atención, Lindsay —murmuró, recorriéndola con la mirada—, quizá podrías probar a pedírmelo y ver qué pasa.

Aquello la desconcertó, la irritó… y la encendió a partes iguales, ¿cómo era posible?

—Quiero… —dijo, mirándolo de frente, con un desafío que apenas lograba sostener— que barras el plato. Estoy descalza.

Chris sonrió a medias con un deje cínico y bajó la vista hacia sus pies desnudos. Ella no se movió ni un milímetro.

La sonrisa de Lindsay se tornó insolente. Por un instante lo imaginó barriendo a su alrededor, sin poder evitar contemplarla a

placer, pero ¿cuándo había hecho Chris lo que se esperaba de él? El pensamiento apenas había tomado forma cuando se encontró alzada en el aire, entre sus brazos, con el corazón galopando como un loco. No tuvo tiempo de reaccionar: él cruzó la estancia y la dejó caer sobre la cama sin una sola palabra. Y todo habría sido excitante… si no se hubiera girado acto seguido y alejado de ella para recoger el dichoso plato.

«¿Y qué esperabas, Lindsay? ¿Que no pudiera resistirse solo porque vas medio desnuda? ¿Y por qué quieres que no se resista?… ¡*Puf*, qué pregunta más tonta!». Ya ni siquiera se podía autoengañar. ¿Desde cuándo sus necesidades físicas pesaban más que la razón? ¿Qué demonios le había dado aquel hombre para tenerla así? Esa mezcla de frustración y anhelo la carcomía más que cualquier discusión.

De repente se sintió más irritada que nunca. Tragarse la furia era lo único que le quedaba, porque ni muerta cedería a…

«¡Pero ¿dónde narices va ahora?!».

Lo vio desaparecer dentro del baño sin decir palabra, y escuchó la ducha a continuación.

«La ducha…», suspiró abatida. Se ponía mala solo por imaginarlo desnudo mientras se enjabonaba y el agua acariciaba su cuerpo como deseaba hacerlo con sus manos…

—¡Por Dios, Lindsay, contrólate!, ¿qué te pasa? —se regañó en alto.

Soltó un improperio y decidió que acostarse a intentar dormir era la única forma de no acabar cediendo a sus impulsos y exponerse al ridículo. Él no parecía haberla mirado mucho en toda la tarde, ni siquiera tras cambiarse, ¿y sí había pasado página y decía en serio que lo suyo era pasado?

Se tocó el abdomen ahora con una mezcla de preocupación y ansiedad. Nunca podría ser solo pasado entre ellos, ya no, le gustara a Chris o no.

«Y vas a forzarlo a…». No completó la frase. Él salió en ese momento de la ducha con una toalla atada a sus caderas y sus hormonas le hicieron la ola hasta que incluso ella misma se sintió avergonzada.

«Madre mía».

Él no la miró. Tuvo el descaro de acercarse a la cama, rebuscar dentro de su mochila y sacar tan solo unos calzoncillos.

Lindsay miraba de reojo hasta que lo vio quitarse la toalla.

—¡Eh! —protestó de inmediato, esforzándose mucho para mirar hacia otro lado, pero no lo logró del todo. Por suerte él le daba la espalda.

—No hagas un mundo de todo —replicó Chris con un deje de indiferencia mientras se ponía los calzoncillos, mostrándole un trasero perfecto—. No vamos a hacernos los estrechos a estas alturas.

Lindsay tragó saliva, e iba a protestar cuando él apartó la sábana, dispuesto a meterse en la cama.

—¿Dónde crees que vas? —casi graznó.

—Estoy fundido —repuso con frialdad—. Anoche dormí tres horas y en un sofá.

—¡No vas a meterte aquí!

—Intenta impedírmelo —murmuró en un tono impasible, acomodándose ya entre las sábanas.

Lindsay lo observaba con una mezcla de perplejidad y furia.

—No me mires así —exigió algo más irritado—. Si no toleras compartir la cama, levanta una barrera de mantas y almohadas entre nosotros —sugirió impasible—. O duerme en el sofá, tú verás.

—Yo no tengo ningún problema en compartir la cama —afirmó molesta—, me das igual, pero ¡vístete por decencia, al menos!

—Siento herir tu sensibilidad, pero suelo dormir desnudo.

Lo miró desconcertada.

—Ah, qué bien, ¿y si yo decido hacer lo mismo?

—Tú sabrás —hizo un gesto de desinterés—, pero no creo que haya mucha diferencia con eso que llevas puesto.

—Voy vestida, imbécil.

—Si tú lo dices…

Solo por el puro placer de fastidiarlo, Lindsay gateó por la cama para tomar el pequeño dragón que estaba al pie del colchón, lo abrazó contra su pecho y regresó dispuesta a meterse entre las sábanas.

Para su asombro, Chris le quitó el dragón de un movimiento seco.

—El bicho este duerme en el sofá —gruñó con irritación, y lanzó el peluche por el aire, que fue a parar justo allí—. La cama es pequeña para tanta gente.

Asombrada, Lindsay lo mató con la mirada.

—¡Pues vale! —maldijo para sí—. ¡Qué le den al dragón!

Él soltó una risa cínica.

—Qué raro, ¿seguro que no quieres abrazarte con él para soñar con tu… como sea que llames al tipo ese?

—En este momento le prendería fuego al dichoso dragón —apretó los dientes con furia—, ¡y con gusto arrojaría al *tipo ese* a la hoguera también!

—Tú sabrás —aceptó, y se giró hacia el lado contrario, dándole la espalda—. Que sueñes con los angelitos entonces.

Lindsay bufó. ¿Soñar? Aquello tenía guasa. ¿No había que conseguir dormir primero para eso?

«Es lo mejor, Lindsay», se dijo, acomodándose también entre las sábanas.

Soltó un improperio un segundo después, mirando la enorme bombilla encendida sobre sus cabezas.

—¿Chris…?

Él resopló sin molestarse en disimular el hastío.

—¿Qué?

—¿Dónde se apaga la luz?

Lo oyó bufar por lo bajo antes de salir de entre las sábanas, dar unos pasos hasta el armario y accionar el interruptor. La habitación quedó sumida en una penumbra suave. Después regresó a la cama y se tumbó de nuevo en la misma postura, como si nada hubiera pasado.

Y entonces Lindsay recordó que no se había cepillado los dientes. Salió de la cama, iluminó la habitación con la pantalla de su móvil hasta llegar al interruptor y encendió de nuevo. Algo que sabía que podía haber evitado solo usando la linterna del móvil, pero entonces no le habría tocado las narices y no habría sido tan gratificante.

Lo escuchó gruñir, pero le dio igual. Fue al baño, se lavó los dientes, se pasó la seda dental, se cepillo el cabello, y regresó a la cama, desde donde él ni siquiera la miró. Molesta, a punto estuvo de acostarse y pedirle a él que apagara la luz, pero le pareció pasarse.

En la penumbra el silencio se hizo espeso, incómodo de nuevo. Lindsay intentó relajarse, pero el cuerpo no le obedecía. Se giró hacia un lado, luego hacia el otro; se tapó hasta la barbilla, se destapó; estiró las piernas, las volvió a encoger… Los dedos de los pies se movían inquietos bajo las sábanas, rozando accidentalmente la pierna de Chris, que seguía inmóvil.

Intentó no mirarlo, pero el calor que irradiaba su cuerpo le resultaba insoportable. Lo deseaba con cada fibra de su ser y, al mismo tiempo, se odiaba por ello. ¿Acaso él se había dormido tan campante?

Se revolvió una vez más, soltando un suspiro entre frustrado y nervioso…

…hasta que Chris se giró con brusquedad hacia ella.

—¿Podrías estarte quieta? —espetó irritado.

Lindsay se quedó inmóvil, con el corazón latiéndole tan fuerte que temió que él pudiera oírlo. Por un segundo pensó en disculparse…, pero la sonrisa que se le escapó en la oscuridad la traicionó. De repente recordó una novela donde los protagonistas se quitaban el estrés de un modo muy particular.

—Pues lo siento, pero no puedo parar. Estoy demasiado cansada, pero muy nerviosa —expuso con rapidez—. Es una mezcla que nunca me ha sentado bien.

Hizo una pausa. Luego añadió con una naturalidad que no sentía:

—Si al menos no estuviéramos enfadados, podríamos aliviar tensiones. Algo de sexo me vendría genial ahora mismo. —Suspiró con resignación—. Tanto que incluso estaría dispuesta a olvidar nuestras diferencias… un ratito.

Calló y tragó saliva. El silencio de Chris resultaba atronador ahora.

—Es igual, olvídalo —susurró, volviéndose hacia el lado contrario.

Chris se incorporó y fue él quien se giró a mirarla.

—¿Que lo olvide? —inquirió molesto—. Cuando alguien lanza una propuesta como esa, lo mínimo que tiene que hacer es esperar una respuesta.

Lindsay se volvió de nuevo hacia él.

—¿Quién lo dice?

—El manual de la buena educación y el civismo, lo dice —replicó con una ironía tan seca que provocó que ella contuviera el aliento.

—Has tardado en contestar.

—Estaba valorando la oferta.

—El silencio es una respuesta en sí.

—No en este caso.

Lindsay resopló fingiendo hastío.

—¡*Puf*!, vale, pues a ver, señor cívico, ¿qué dices? ¿Quieres o no echar un polvo?

—¡Por supuesto que quiero! —exclamó con rotundidad.

—Vale.

—Bien.

Hubo un segundo de vacío entre los dos, como si el aire se detuviera, y al instante siguiente se devoraban el uno al otro sin que ninguno de los dos pudiera decir quién dio el primer paso.

—Qué conste… —jadeó Lindsay casi dentro de su boca, jugando con su lengua— que sigo enfadada.

Chris la instó a incorporarse un poco para poder quitarle la camiseta.

—Ahora mismo —murmuró él con una voz grave que la estremeció—, concretamente eso me importa un carajo.

—¿Eso… quiere decir… que hay algo que sí te importa? —susurró, temblando entre sus brazos.

—Sí, qué abras bien las piernas, Lindsay, ¿qué más podría ser?

Aquello provocó un incendio de tal magnitud en ella que lo atrajo con fuerza mientras enredaba las piernas alrededor de sus caderas. Sus manos exploraron su torso desnudo con impaciencia,

—Vale, tienes suerte de que esté… —gimió al sentir su erección en el punto exacto, contra sus braguitas.

—¿A cien? —repuso Chris, reclamando sus pechos con las manos, acariciándolos con maestría.

—Iba a decir nerviosa —protestó, ya al borde del delirio.

—Llámalo como quieras —llevó una mano ahora hasta sus shorts —, pero reconoce que te mueres por esto… —Se meció contra ella.

—Oh, cállate y… —se interrumpió.

—¿Qué? —Lamió sus labios.

—…fóllame de una vez —gimió con fuerza, sintiendo su dureza aún más cerca.

Chris jadeó sobre sus labios, al tiempo que tiraba de sus shorts y murmuraba:

—Algo en lo que estamos de acuerdo por fin…

Bastó una respiración, un roce más, un intercambio de miradas… para que las palabras perdieran sentido. Lo que vino después fue una rendición sin concesiones. Lindsay lo instó a quitarse los calzoncillos y al fin lo atrajo hacia sí con un impulso desesperado, y él se dejó arrastrar, encontrando en su entrega la misma necesidad que lo devoraba por dentro.

Aquella era la primera vez que podían sentirse así, piel contra piel, ambos desnudos y disfrutando de la cálida sensación de pertenecerse. Y el mundo se redujo solo a aquello, a sus cuerpos buscándose, a los latidos entrecortados y a la certeza de que nada podía detenerlos ya. Una vez que se abandonaron al calor del momento, todo rastro de irritación desapareció. Solo quedaron ellos dos, desnudos no solo en cuerpo, sino también en alma, como siempre que se fundían en uno.

Una vez más no hubo sutileza ni paciencia, solo hambre contenida. La urgencia de dos cuerpos que ya habían esperado demasiado y que siempre vivían al límite del deseo.

Lindsay moría de ganas de tocarlo, de saborearlo, de perderse en él, pero Chris se le adelantó. Descendió por su cuerpo venerando cada poro de su piel, usando las manos, los labios, la lengua… de una manera tan exquisita que conseguía arrancarle un gemido a cada segundo. Se deleitó saboreando sus pechos durante largo rato, jugando con sus pezones, torturándola, hasta que siguió descendiendo, besando y lamiendo cada centímetro de piel.

Cuando metió la cabeza entre sus piernas, Lindsay contuvo la respiración. Era la primera vez que experimentaba aquello, que resultó ser una de las experiencias más placenteras de las que había disfrutado jamás. No había duda de que él era todo un experto. Sabía cómo, dónde y con qué presión exacta usar la lengua, los labios… para que ella quisiera gritar de placer a cada segundo…, incluso en francés, si fuera necesario rendir tributo.

«¡*Oh là là*!».

Gemía enloquecida mientras se mecía sobre su boca, perdida en una vorágine de deseo que estaba punto de estallar de un modo ya incontenible.

Cuando lo hizo, cuando el clímax se apoderó de su cuerpo y la recorrió de la cabeza a los pies, Chris aminoró el ritmo lo suficiente para alargar su momento de placer de un modo asombroso. Parecía estar dentro de su cabeza, leyendo cada uno de sus pensamientos, anticipándose a sus necesidades.

Y de repente lo necesitó… no solo dentro de su cabeza. Chris pareció leerle de nuevo la mente y ascendió por su cuerpo, llegó hasta su boca y la besó al mismo tiempo que se hundía en ella de una precisa embestida.

Lindsay soltó un gemido intenso, casi idéntico al que salió de la garganta de Chris, que un segundo después le sujetó las manos por encima de la cabeza y comenzó a moverse de una forma exquisita dentro de ella… mientras reclamaba su boca con besos intensos y calientes. Piel contra piel, ambos ardían cada vez con más virulencia. La necesidad crecía a cada instante, entre gemidos intensos, que por primera vez no tenían que reprimir o acallar…

…Hasta que la intensidad del deseo que los consumía fue demasiada. En ese instante se miraron a los ojos… y el mundo entero voló en pedazos, arrastrándolos con él. Cada uno vio reflejada su propia tormenta en la mirada del otro, y aquella chispa multiplicó por diez cada sensación, cada latido, cada fragmento de ellos mismos, algo que los maravilló, pero también los dejó demasiado expuestos.

Unos segundos después Chris se dejó caer un poco hacia un lado para recuperar el aliento, sin pronunciar una palabra; y Lindsay,

por primera vez, se sintió demasiado vulnerable entre sus brazos. Acababa de darle todo lo que era, de nuevo, y… no podía compartir con él lo más grande y más hermoso que los unía.

Aquello comenzaba a pasarle factura y en ese momento estaba demasiado sensible. Sintió que los ojos empezaban a escocerle, y pronto se llenaron de lágrimas que no podría controlar ni contener mucho tiempo. La penumbra de la habitación la protegía por ahora, pero tarde o temprano él las vería, y lo último que necesitaba eran preguntas que no podría responder.

¿Y si lo hacía? ¿Y si le contaba…?

No, aquello no era una opción. Algo le decía que Chris no iba a encajar nada bien la verdad que le estaba ocultando.

Las lágrimas terminaron por escapar, silenciosas, y para disimularlas optó por usar su supuesto enfado. Sintió cómo él se tensaba cuando se apartó y salió de sus brazos, aunque no dijo nada. Lindsay se giró hacia el lado contrario y se acurrucó al borde de la cama, fingiendo buscar distancia. Pero en realidad solo deseaba que él la abrazara y le asegurara que todo iba a salir bien, que pasara lo que pasara, estaría siempre a su lado.

No supo en qué momento se quedó dormida, ni quién de los dos fue el primero en buscar al otro en mitad de la noche para amarse de nuevo. Solo recordaba el calor de su piel, las manos encontrándose en la oscuridad, el silencio roto solo por gemidos susurrados… Volvieron a amarse sin palabras, como si el sueño y la vigilia los confundieran.

Y volvió a suceder al alba. Cuando la luz del día comenzó a filtrarse por las rendijas de la ventana, se buscaron de nuevo, despacio, con la ternura de quien sabe que tarde o temprano el amanecer traerá también la distancia.

Capítulo 27

Cuando Lindsay despertó a la mañana siguiente, incluso antes de abrir los ojos, de lo primero que tomó conciencia fue de su desnudez, a pesar de estar tapada hasta el pecho. Después giró la cabeza y comprobó que Chris ya no estaba allí, y a juzgar por lo frío que estaba su lado de la cama, hacía mucho rato que se había levantado.

Se incorporó un poco, agudizando el olfato. Olía a café recién hecho y a pan tostado, y el estómago le rugió anunciando que debía ser tarde ya.

Terminó de sentarse en el colchón y miró a su alrededor, hasta que localizó al chico. Estaba sentado en la silla del escritorio, recostado hacia atrás, con una taza de café en la mano. Observaba la cabaña con una calma tensa, casi metódica, como si cada detalle pudiera ser una pista, y cada objeto, la pieza de un rompecabezas que intentaba resolver.

Lo contempló en silencio durante largo rato, incapaz de apartar la mirada. Solo con verlo el pulso se le aceleraba, y una parte de ella deseó con una intensidad casi dolorosa volver a arrastrarlo a la cama.

Suspiró despacio, procurando que él no notara su presencia todavía. No tenía idea de qué podía esperar de Chris aquella mañana. Todo lo ocurrido entre las sábanas seguía ardiendo en su piel, y la sola idea de fingir enfado le resultaba absurda. Por más que lo intentara, sabía que no podría estar enfadada con él… ni aunque quisiera, pero ¿qué quería él? Aquella era la pregunta del millón de dólares. Claro que tampoco le haría la decisión fácil.

Se puso en pie y en lugar de vestirse tiró de la sábana y se la enrolló alrededor del cuerpo. Sujetándosela con un brazo avanzó

hacia él, que aún no la miraba, pero era imposible que no fuera consciente de su presencia.

Cuando llegó hasta él, Chris la miró lo justo.

—Buenos días —dijo con voz grave, más ronca de lo habitual.

Lindsay sintió que el corazón le daba un vuelco y le devolvió el saludo.

—Huele bien —murmuró, refiriéndose al café.

—Tendrás que calentarlo un poco —respondió casi sin mirarla—. Y he arreglado el tostador.

Era evidente que intentaba mantener la distancia, pero aquella serenidad controlada solo la desarmaba más. Sabía que era consciente de que estaba desnuda bajo la sábana, lo fácil que sería atraerla a sus brazos y…

Sintió su cara arder. Si no tenía cuidado, él se daría cuenta, y no quería ser ella quien diera el primer paso. Ya lo hizo la noche anterior… y le salió bien, sin duda, pero necesitaba que fuera él quien se implicara un poco ahora, puesto que había sido el que se empeñó en decir que lo suyo se había acabado y solo era pasado.

—¿Has encontrado algo? —se esforzó en hablar en un tono sereno, exento de emociones de ningún tipo.

—Aún no. —Levantó la mirada apenas un segundo, pero fue suficiente para que Lindsay leyera el fuego en sus ojos, que brillaban con un azul tormentoso inconfundible. Pero apartó la mirada con rapidez, lo que también indicaba que no tenía intención alguna de sucumbir a sus deseos.

Sí, era posible que solo tuviera que sentarse en su regazo y besarlo para ganar la partida, pero no quería que fuera así, necesitaba sentir que también era lo que él quería, no solo algo a lo que no podía negarse porque su cuerpo lo reclamara.

Sin decir nada más, algo decepcionada, caminó de vuelta a la cama. Escogió un vestido informal dentro de su maleta, algo de ropa interior y comenzó a vestirse, aunque tendría que darse una ducha tras el desayuno.

Sintió su mirada incluso antes de verla. Era una de esas miradas que intentan pasar inadvertidas, como quien observa por encima del cristal de unas gafas invisibles. Alzó los ojos justo a tiempo para

pillarlo. Chris apartó la vista con fingida calma, volviendo al cuaderno, pero el leve endurecimiento de su mandíbula lo delataba. Era evidente que no había perdido un solo detalle mientras se vestía.

Lindsay esbozó una sonrisa de satisfacción apenas perceptible, pero por dentro tenía ganas de gritar de pura euforia. Quizá fuera algo nimio, pero lo sintió como una pequeña victoria, que le dio alas para sentirse más optimista, claro que… también la convirtió en una estufa.

Se calentó el café, hizo un par de tostadas y caminó hasta el sofá para disfrutar de su desayuno.

—Esos cuadernos son un galimatías —opinó mientras comía, incómoda frente al silencio—. Y hay demasiadas anotaciones en latín. ¿Crees poder sacar algo en claro de ellos?

Chris izó la cabeza y la miró con una expresión seria.

—No creo que la respuesta que buscamos esté en estos cuadernos —declaró convencido.

—¿Y por qué los estudias como si te examinaras en unas horas?

Él se encogió de hombros.

—Porque ya no sé qué más hacer —confesó con algo de desgana—. He revisado la cabaña entera y no encuentro nada, me estoy quedando sin ideas.

—¿A qué hora te has levantado?

—A las ocho.

Eran las once. Lindsay se sorprendió de no haber escuchado un solo ruido que la despertara antes. Era evidente que él había tenido mucho cuidado. Se preguntó si la habría mirado mientras dormía.

Echó la idea a un lado para no descentrarse.

—¿Y si no encontramos pista alguna…? —le dio miedo hasta acabar la frase.

Él la miró con cierta inquietud.

—¿Sería tan grave?

Aquella pregunta la descolocó.

—¿El qué?

—No encontrar a Kendrick —respondió con cautela, como si temiera lo que ella pudiera decir.

Lindsay sintió que el estómago se le encogía con la sola idea.

«Sería catastrófico», pensó, pero no lo dijo. Solo asintió con un leve movimiento de cabeza, lo justo para que él no insistiera.

Entonces Chris se puso en pie sin añadir nada más y comenzó a revisar la cabaña de nuevo. Empezó por el mueble del salón, abriendo cajones, desplazando objetos, observando cada adorno y cada cuadro con una meticulosidad casi obsesiva. Lindsay acabó de desayunar y decidió hacer lo mismo desde el otro extremo de la estancia. Se centró en las estanterías, comprobando los libros uno por uno, ojeándolos con cuidado por si alguno escondía algo entre sus páginas. El silencio solo lo rompían el roce de los objetos y el leve crujido de la madera al moverse.

Pasaron casi una hora así, entre miradas fugaces y roces accidentales al coincidir junto a una mesa o al girarse al mismo tiempo. Ninguno decía nada, pero la tensión seguía ahí, flotando en el aire, tan densa como el polvo que se levantaba a su alrededor.

Al fin, Lindsay soltó un suspiro y devolvió el último libro a la estantería.

—Nada —murmuró desalentada.

Se dejó caer en la silla del escritorio y tomó uno de los cuadernos para evitar mirar a Chris como una boba, mientras él seguía moviéndose por la cabaña, reacio a rendirse.

—*Vinctum per memoriam, liberum per veritatem* —leyó Lindsay en una de las libretas, y no pudo evitar estremecerse. No era la primera vez que escuchaba aquella frase, aunque no tuviera ni idea de qué significaba.

Para su sorpresa, Chris se lo aclaró un segundo después.

—Atado por la memoria, liberado por la verdad.

—¿Qué?

Él repitió la frase en un latín perfecto, sin leerla, y volvió a traducirla. Lindsay lo miró perpleja.

—¿Hablas latín?

Chris asintió, y de repente parecía incómodo.

—Vaya, pues sí que eres experto en idiomas, sí. —Se ruborizó sin poder evitarlo y carraspeó algo cohibida—. Quiero decir que… no solo imitas los acentos.

Lo vio sonreír a medias, era evidente que por su incomodidad, y acabó encogiéndose de hombros.

—No tiene mucho mérito cuando tienes memoria fotográfica —opinó Chris, restándole importancia.

—¡Y una leche no tiene mérito! —Lo miró con suspicacia, y se le ocurrió preguntar—: ¿Cuántos idiomas hablas?

Pareció costarle admitir.

—Siete.

—¡Siete!

«Entre ellos el francés…, que se le da de maravilla», le gritó la neurona salida que siempre andaba alerta, a la que tuvo que mandar callar.

—¡La leche, Chris, ¿cómo es posible que me esté enterando ahora?!

—No habrá surgido.

—¿En diez años?

Él clavó sobre ella una mirada cargada de intención y repuso:

—Bueno, hay más cosas que… no han surgido en diez años —le recordó, y era evidente a qué se refería.

—¿Cómo qué? —interrogó ella con rapidez, mirándolo con los ojos llenos de fingida inocencia.

Pura fachada. El aire se cargó al instante, denso, eléctrico, como si cualquier palabra de más pudiera prender fuego al espacio que los separaba.

Él sonrió con acidez.

—Es igual.

—¿Seguro?

—Del todo.

Decepcionada, Lindsay jugueteó con un viejo llavero que había encontrado en una de las estanterías para no tener que mirarlo. Si lo hacía en aquel momento, acabaría rogándole cosas que no debía.

—¿Y por qué latín? —preguntó, arqueando una ceja, alejándose de la tentación—. No es un idioma que esté en uso precisamente.

Chris pareció dudar un instante antes de responder. Se encogió de hombros, algo incómodo.

—A mi madre le fascinaba el latín —admitió al fin—. Fue ella quien me enseñó a hablarlo y a entenderlo.

Lindsay lo miró con cierta timidez. Chris casi nunca hablaba de su madre. De hecho, lo único que sabía era que había fallecido cuando él era apenas un adolescente y que cada vez que alguien la mencionaba, su expresión cambiaba.

—Por eso no creo que haya nada relevante en esos cuadernos —continuó diciendo Chris, alejando la conversación hacia otros derroteros.

A Lindsay le entristeció que él no siguiera confiando en ella, pero lo aceptó.

—¿Has leído todo lo que pone?

Él asintió despacio.

—Casi todo, sí.

—¿Y crees que son de Kendrick? —interrogó confusa.

Chris negó con un gesto y soltó un leve suspiro antes de confesar:

—Son de Victor.

Lindsay lo miró perpleja y casi gritó alucinada:

—¿De Victor Wexler? ¿Crees que esta cabaña es suya?

Él la observó en silencio unos segundos, con una expresión difícil de descifrar. Luego su voz sonó más baja, casi contenida:

—No solo lo creo, Lindsay —hizo una breve pausa midiendo sus palabras—. Sé que lo es, porque… es su rastro el que seguimos desde el principio.

Aquella confesión la dejó en shock, aunque no tardó en conectar las piezas.

—Así que es Victor quien tiene que llevarnos hasta Kendrick —murmuró la chica casi para sí—. Por eso el grandullón está tan seguro de que uno le conducirá al otro…, solo que cree que es a Kendrick a quien nosotros le seguimos la pista, no al revés.

Chris se limitó a asentir y Lindsay lo observó con el ceño fruncido.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

Él se encogió de hombros con un gesto seco, como si no valiera la pena justificarlo, aunque añadió:

—Porque en el fondo da igual.

Aquello la inquietaba demasiado. No podía arriesgarse a no encontrar a Kendrick.

—¿Y estás convencido de que estarán juntos? —interrogó con cierta ansiedad.

Él asintió sin ninguna duda.

Lindsay jugueteaba con el llavero, ahora de forma nerviosa. Lo hacía girar sobre su dedo índice una y otra vez, como una carraca improvisada, hasta que se le escapó y salió disparado por el aire describiendo un vuelo torcido, antes de estrellarse contra una estantería. El golpe hizo tambalear una figurita de cerámica, una especie de búho con cara de pocos amigos que terminó cayendo al suelo y haciéndose añicos.

La chica miró el estropicio conteniendo la risa.

—Creo que el búho no ha sobrevivido a la investigación.

Chris no pudo evitar sonreír a medias y caminó hasta la figura.

—Si te pidiera que lo repitieras, jamás serías capaz de acertar de nuevo.

—Eso seguro —rio Lindsay caminando hacia la cocina en busca del recogedor y la escoba.

Cuando regresó con ambas cosas, Chris había recogido el llavero del suelo y lo observaba con atención.

—¿Es tuyo? —Lo alzó frente a ella.

—Estaba en esa estantería —señaló, y se centró en barrer.

Al acabar y devolver su mirada sobre Chris, fue consciente de que él seguía muy concentrado en el llavero. No dejaba de darle vueltas entre sus dedos, muy pensativo.

Lindsay se acercó a ver de cerca qué le llamaba tanto la atención.

El llavero era una pieza de metal antiguo, redonda y lisa, con dos aros concéntricos que giraban entre sí. A simple vista parecía un adorno sobrio, algo pesado, lo suficiente como para cargarse el búho, y con unas letras grabadas en una de las caras que apenas se distinguían. A ojos de Lindsay no tenía nada de particular.

—¿Qué pasa? —le preguntó con curiosidad—. Solo es un llavero y más bien feo, ¿qué te llama tanto la atención?

Chris negó con la cabeza, todavía concentrado. Usó su camiseta para limpiarlo bien, esperando poder leer mejor la inscripción, que estaba muy gastada.

—Son letras muy pequeñas —susurró Lindsay, ya igual de concentrada que él—. ¿Es latín?

—Sí —asintió Chris, y leyó en voz alta—: *Ubi ignis spirat, cor secretum suum servat.*

—¿Sabes qué significa? —indagó intrigada.

—Donde el fuego respira, el corazón guarda su secreto.

—¿El fuego? —frunció Lindsay el ceño—. ¿Crees que se refiere a la chimenea de nuevo?

Él asintió mientras caminaba ya hacia allí.

—Este tipo tiene fijación con las chimeneas —recordó Lindsay la taza que los llevó al cuadro con el mapa.

—El fuego es como la verdad: ilumina o arrasa según en qué manos caiga —opinó Chris en apenas un susurro, y Lindsay tuvo la sensación de que, de alguna manera, él solo estaba repitiendo una frase que no era suya.

Lindsay lo observó en silencio mientras Chris se inclinaba sobre la chimenea, examinando las piedras del marco y la repisa con precisión casi quirúrgica. Pasó la mano por la superficie hasta detenerse en una pequeña pieza metálica incrustada entre dos ladrillos ennegrecidos, que había que fijarse mucho para encontrar.

—¿Qué es? —preguntó Lindsay casi en un susurro, mirando con atención la minúscula muesca de metal. Si te fijabas bien, en ella se distinguía una forma tallada en el hierro, como un pequeño símbolo con tres marcas.

Él frunció el ceño, miró el llavero de nuevo… y una chispa de comprensión se encendió en sus ojos.

—Una cerradura, espero —la sorprendió diciendo mientras giraba el llavero entre sus manos—, y creo que esta es la llave.

Perpleja, Lindsay miraba las manos de Chris moverse sobre el llavero, examinándolo de nuevo a conciencia. Estaba formado por dos anillos metálicos, uno exterior y otro interior, que podían girar entre sí. En la superficie, en la cara contraria a la inscripción, se veían los mismos tres símbolos que en la chimenea, que aparecían

alineados a medias. Chris movió los anillos hasta conseguir la misma forma que se veía en el metal. Después apoyó el llavero sobre el hueco del grabado de la chimenea. Pareció encajar a la perfección, como si estuviera hecho para eso. Giró despacio una de las bandas y escucharon un leve *clic*, apenas audible, seguido de otro más profundo proveniente del interior del muro.

Ambos estaban ahora absortos en la chimenea. Para Lindsay, aquello era toda una aventura increíble.

Chris retrocedió un paso y empujó una de las losas inferiores, justo donde parecía haber sonado. Con un suave crujido la piedra cedió hacia dentro y luego se deslizó de lado, revelando una pequeña cavidad oculta.

—¡Ostras! —No pudo Lindsay contener su emoción, asomándose a mirar el hueco.—. ¿Qué narices es eso?

—Una caja fuerte.

Ambos estaban perplejos.

—¿Y qué crees que hay dentro? —insistió Lindsay, incapaz de callar, a pesar de saber que él no era adivino.

—Ni idea —admitió—, pero tenemos que abrirla. Estoy seguro de que lo que necesitamos está en esa caja.

—¿Crees que ahí dentro está el paradero de Victor? —interrogó alucinada.

Él asintió.

—Al menos debe de haber una pista que seguir —dijo convencido.

Lindsay soltó un suspiro de hastío.

—¡No entiendo a este tipo! —se quejó frustrada—. ¿A qué tanto misterio? ¿Tan difícil es dejar una nota colgada de un imán en la dichosa nevera?

Chris la miró con una mezcla de diversión y ternura.

—No tiene ni teléfono, Linny —le recordó—, es evidente que no quiere que lo encuentren.

—Sí, eso parece… —aceptó con cierto desaliento—. ¿Y ahora qué hacemos? —Era incapaz de disimular su impaciencia—. ¿Le ponemos una bomba a esa maldita caja?

Él soltó un suspiro y se inclinó de nuevo sobre la cerradura. Después se aventuró a insertar una clave en el teclado numérico… El clic que indicaba que era la secuencia correcta, junto con el sonido de apertura de la caja, resonó tan fuerte como la exclamación de Lindsay al escucharlo.

—¡No me lo puedo creer! —casi gritó con los ojos muy abiertos —. ¿Cómo la has sabido?

Chris no compartía su entusiasmo. Permaneció en silencio unos instantes antes de murmurar:

—Es la misma que el Box de la oficina de correos de Littelton — le confió.

Aquello la sorprendió.

—¿Tres, uno, cinco? —Él asintió y ella frunció el ceño—. Pero has marcado cuatro dígitos, ¿no?

—Le puse un cero delante —explicó, y parecía cada vez más inquieto.

Lindsay lo observó y cuando las piezas empezaron a encajar, sintió que el aire se volvía más denso.

—Como si fuera una fecha… —Se detuvo un segundo y luego alzó la vista hacia él con una mezcla de incredulidad y desconcierto —. Quince de marzo —murmuró—. El día de tu cumpleaños.

Chris levantó la mirada despacio. En sus ojos había algo que Lindsay no había visto antes: una sombra de inquietud, pero también una resignación triste, casi cansada. Fue suficiente para que ella entendiera que sus sospechas no iban desencaminadas.

Aun así, necesitaba oírlo.

—¿Es… una coincidencia? —preguntó en voz baja con apenas un hilo de aire.

—No.

—¿Y por qué él usaría esa fecha?

Hubo un silencio que pareció eterno. Al fin, Chris exhaló despacio y confesó:

—Victor Wexler es mi padre.

Capítulo 28

Lindsay lo miró pasmada, con una expresión de absoluto estupor, incapaz de articular palabra.

Victor Wexler, el médico brillante, el hombre caído en desgracia, el que había traspasado los límites de la ciencia y la ética. Ese al que todos admiraban y condenaban a partes iguales, la leyenda de la hipnoterapia… era su padre.

Sintió cómo algo en su pecho se tensaba, no de miedo, sino de desconcierto.

—¿Tu… padre? —casi balbuceó.

Chris asintió apenas, sin dejar de mirarla.

Había en su gesto un abatimiento que la turbó, una sombra en los ojos que no le había visto nunca. Parecía agotado y expectante, como si hubiese estado preparándose para ese momento desde hacía mucho tiempo y esperara ver la condena en sus ojos.

Lindsay lo observó unos segundos más, con el corazón encogido. Al fin entendía en parte por qué para Chris era tabú cualquier tema relacionado con la hipnosis.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —interrogó cuando logró reponerse de la sorpresa.

Chris suspiró con fuerza, como si llevara demasiado tiempo cargando con aquella verdad.

—Porque apenas puedo soportar el parentesco —admitió al fin—. Como ya habrás supuesto, no tenemos una relación lo que se dice filial.

—Entiendo.

—No creo que puedas —aseguró, apretando los dientes, y la mandíbula le tembló un segundo antes de recomponerse—. Pero no tenemos tiempo para explicaciones, y, sinceramente, Victor no es mi tema favorito de conversación.

—¿Por qué lo llamas Victor y no papá?

Lindsay lo vio soltar aire por la nariz y mirar hacia otro lado, como si las palabras le pesaran más de lo que quería admitir.

—Porque hace mucho tiempo que dejé de considerarlo mi padre.

Ella asintió despacio. Sentía un nudo de compasión en la garganta, y algo le decía que le quedaba mucha historia por conocer.

—Ni siquiera compartís apellido —murmuró ahora.

Chris se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—No. Me lo cambié cuando rompimos toda relación —explicó en un tono seco, casi mecánico—. Allen era el apellido de soltera de mi madre.

Lindsay lo observó en silencio. Aquel hombre que solía considerar inquebrantable le parecía ahora más humano que nunca, con una fragilidad contenida que la conmovía hasta hacerle palpitar el corazón aún más rápido. Quería abrazarlo, consolarlo, besarlo hasta borrarle aquella expresión de pesadumbre del rostro.

—Pero centrémonos en la caja, quiero acabar con esto —siguió diciendo Chris, recomponiéndose y hablando en un tono más seco—. Estoy dispuesto a ayudarte para solucionar tu problema; de hecho, creo que eres la única persona por la que haría algo así, pero no voy a involucrarme con él mucho más, te lo anticipo desde ya.

Ella asintió conmovida.

—Lo digo en serio, Lindsay. —La miró con una expresión acusatoria, se conocían demasiado bien—. No hay una relación que recuperar ahí, ni siquiera intentes intervenir. No soy un gatito desvalido.

Y sabía muy bien lo que decía, porque hacía solo dos segundos que Lindsay había estado a punto de decirle que ella daría media vida por poder abrazar de nuevo a su padre.

Se limitó a levantar la mano y susurrar:

—Prometido.

Chris asintió, soltó aire y miró la caja.

—Qué crees que hay dentro —interrogó Lindsay con curiosidad.

—Una pista sobre su paradero —opinó—. Algo que nos permita seguir su rastro, siempre deja uno.

—Para que lo encuentres… si quieres hacerlo —aventuró, aún perpleja.

Él la miró con evidente incomodidad y Lindsay añadió casi con un hilo de voz:

—Por eso todo empieza con las cartas. Solo tú puedes desentrañar la madeja.

Ahora la sorpresa fue de él, que la observó con una expresión mezcla incredulidad y reproche.

—Lo siento —se apresuró a decir Lindsay, y confesó—: Las encontré en la guantera del coche. Me llamó la atención que muchas tuvieran el matasellos de Littelton.

Y ahora entendía por qué Chris sabía el P.O. Box de correos, aunque no estuviera indicado en los sobres. Su fecha de nacimiento…, ¡era de locos!

—No has abierto una sola carta, Chris —susurró ahora como si aquello fuera una información que él pudiera haber pasado por alto.

—Ya.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ningún interés en leerlas.

—Si no sabes lo que dicen…

—Pues fíjate si me importa poco.

—¿No sientes curiosidad?

Chris soltó un bufido.

—No, Lindsay, no soy como tú —respondió con un deje de irritación que no alcanzaba a disimular el hastío—. Y creo que ha quedado claro que prefiero que no te metas en eso.

Lindsay bajó la mirada. Aquella reacción no la enfadó, la entristeció. Era evidente que las cartas no lo dejaban indiferente, y que aquel desdén era solo la forma más triste que conocía de protegerse. Estaba convencida de que, bajo esa coraza, Chris era cualquier cosa menos inmune a todo aquello, y eso le dolía mucho por él.

No insistió. Prefirió dejar que fuera él quien decidiera cuánto contarle, sin presionarlo, aunque le preocupaba lo que pudieran hallar dentro de aquella caja. Y, por el tiempo que se estaba tomando para abordarla, a él también.

—¿Quieres que mire yo? —se ofreció Lindsay con suavidad.

Para su sorpresa, Chris asintió y se hizo a un lado. Aquello en sí mismo fue muy revelador. Ni mucho menos era tan fuerte frente al recuerdo de su padre como pretendía aparentar.

Lindsay se inclinó sobre la caja abierta. Dentro había un pequeño conjunto de carpetas y sobres envejecidos, atados con una cinta raída. Los sacó con cuidado y caminó hacia el escritorio con el bloque completo.

Cuando deshizo el lazo y empezó a ojear el contenido, Chris permaneció donde estaba, de pie, con los brazos cruzados, como si algo invisible lo mantuviera anclado al suelo.

Lindsay pasó los dedos por la primera carpeta y la abrió. Dentro había un montón de cartas, sobres cerrados enviados a Chris, que al parecer él había devuelto sin abrir. Miró al chico con un gesto interrogante.

—Un buen día me cansé de devolverlas —se encogió de hombros—, me limité a arrojarlas en un cajón.

Lindsay asintió y se abstuvo de preguntarle por qué en lugar de guardarlas no las tiraba sin más, el motivo era evidente. En vez de eso se centró en la siguiente carpeta que, para su sorpresa, estaba llena de fotografías. Había decenas de ellas y todas eran de un niño que a Lindsay no le costó identificar. Era Chris, sin duda. Chris con el pelo despeinado y una sonrisa traviesa; Chris con uniforme escolar; Chris en su primera bicicleta, frente a una casa que Lindsay no reconocía… Había algo casi reverencial en la forma en que estaban ordenadas, clasificadas, como si alguien hubiese querido conservar cada fragmento de su vida. Y de forma curiosa, estaba solo en cada una de ellas, algo que también parecía premeditado.

Él recortó ahora la distancia hasta la mesa y observó con asombro las imágenes.

—¡Qué guapo eras! —murmuró Lindsay revisando cada foto con una sonrisa.

—¿Cómo que *era*? —protestó Chris, mirándola de soslayo con una ceja alzada.

Lindsay sonrió sin alzar la cabeza.

—Si quieres que te regale los oídos, tendrás que darme algo a cambio.

Él la miró entonces de frente y en sus ojos brilló una chispa de diversión, mezclada con algo más profundo.

—¿Algo como qué? —preguntó en voz baja.

Sus miradas se encontraron y el aire entre ellos pareció tensarse. Durante unos segundos se olvidaron de las carpetas, de las fotos y de todo lo que acababan de descubrir. Lindsay sintió que el corazón le golpeaba el pecho con fuerza, consciente de lo cerca que estaban, de lo fácil que sería…

Pero no se movió. Ni él tampoco. Solo se quedaron así, atrapados en ese instante suspendido, en el que cualquier palabra habría sido demasiado.

Fue Chris quien apartó la vista para centrarse de nuevo en las fotos. Y Lindsay tomó la siguiente carpeta para concentrarse en algo que no fueran las ganas que tenía de asaltar su boca.

Escuchó la exclamación de sorpresa de Chris en cuanto la abrió, y un segundo después habría jurado que él estaba aguantando la respiración mientras ella repasaba el contenido.

Allí había recortes de prensa, certificados, fotografías de actos, de conferencias, incluso una del día de su graduación, con toga y birrete, estrechando la mano de un decano sonriente.

—Aquí ya habías crecido un poco —sonrió, y señaló una fotografía en la que sujetaba un diploma—. *Summa cum laude*. La verdad es que es impresionante.

Chris no respondió. Sus ojos se movían de una imagen a otra, atónitos, como si cada fotografía fuera una prueba de algo que no sabía si lo reconfortaba o lo destrozaba.

—¿Qué te pasa?

Lo vio apretar los dientes.

—Él no debería tener todo esto —aclaró en un susurro.

—¿A qué te refieres?

—Corté toda comunicación antes de ir a la universidad —aseguró desconcertado.

—Pues te ha seguido de cerca —dijo Lindsay mirándolo con cautela—. Eso no… es malo, Chris.

—Me da igual, me resulta indiferente.

Pero no era verdad. Resultaba obvio el mazazo que acababa de llevarse al descubrir todo aquello.

—Chris…

—¡Te aseguro que nunca ha sido el padre del año! —declaró con rapidez.

Lindsay guardó silencio. No sabía nada de su historia, era mejor no opinar.

Tomó otra de las carpetas, donde había más fotos, y al levantarla una de ellas se deslizó entre el resto y cayó al suelo.

Fue Chris quien se agachó para recogerla, pero al hacerlo se quedó inmóvil. Su rostro pareció perder el color de golpe, y durante un segundo Lindsay tuvo la sensación de que el aire se le había escapado del cuerpo.

—¿Chris? —susurró insegura.

Él no respondió. Se limitaba a mirar la vieja fotografía que tenía en la mano, con la misma expresión de quien acaba de ver un fantasma.

Lindsay se acercó con cautela, intentando no dejarse influir por aquel silencio denso que parecía llenarlo todo.

La imagen mostraba un Chris de unos seis años, con el pelo revuelto y una sonrisa tan abierta que contagiaba alegría incluso a través del papel. Frente a él, un hombre alto, de espaldas, sostenía el hilo de una cometa que danzaba en el cielo.

Por la manera en que Chris la miraba, Lindsay supo, sin necesidad de palabras, que el hombre era su padre. Aun así, preguntó casi en un susurro:

—Supongo que es él…, Victor.

Chris asintió sin apartar sus ojos de la imagen.

—Recuerdo este día —murmuró con amargura tras unos segundos—. Creo que es de los pocos que él se tomó libre para pasarlo conmigo. El único en que me trató como a un niño normal y no como a una cobaya de laboratorio.

A Lindsay se le erizó la piel. La frialdad con la que lo dijo contrastaba con la mirada perdida que tenía fija en la fotografía. Chris notó su desconcierto y dejó escapar una sonrisa amarga.

—Para él nunca fui más que eso, Lindsay —añadió en un tono bajo, casi un susurro—. Una mente prometedora sobre la que trabajar.

Giró la foto para ver si la fecha estaba anotada, pero en su lugar encontró una frase, escrita con letra angulosa, que ambos leyeron a la vez.

Mi mayor experimento
y del que más orgulloso me siento

Lindsay levantó la mirada hacia él.

—Chris… —susurró.

—¿Creías que hablaba en sentido figurado? —sonrió con una triste ironía.

Ella no dijo nada. Solo lo observó en silencio, con el corazón encogido. Aquella foto, que a simple vista parecía un recuerdo feliz, era en realidad para Chris una herida cuidadosamente enmarcada en papel.

Sus dedos se crisparon en torno a la foto, pero no apartó la vista. Y Lindsay comprendió que aquel hombre, que siempre parecía tenerlo todo bajo control, seguía cargando con demasiadas cicatrices que ni el tiempo había logrado borrar.

—Durante años me moldeó a su antojo —contó ahora con una calma que dolía más que cualquier grito—. Si soy brillante es porque me entrenó tal y como dice aquí, como un experimento. Estimulación temprana, pruebas constantes, ejercicios mentales… —esbozó una sonrisa sin alegría—. Nunca aprendí a pensar como un niño, sino como un proyecto. —Alzó la vista hacia ella—. Todo lo que soy… lo construyó él.

Lindsay lo miró en silencio. Era evidente que no había orgullo alguno en sus palabras, sino un peso que lo quebraba por dentro. Y entonces lo entendió: cada habilidad, cada destreza que admiraba en él era también una cicatriz.

—Puede que él te moldeara, pero lo que eres… lo elegiste tú cuando aprendiste a pensar por ti mismo —opinó, perdiéndose en

sus ojos—, cada vez que decidiste usar todo eso para ayudar, no para hacer daño.

Lo vio tragar saliva.

—Pero no siempre fue así, Linny —murmuró con voz apenas audible—. Estuve perdido durante muchos años.

Por un segundo el muro que siempre llevaba alzado se resquebrajó, y a través de la grieta asomó algo más crudo: culpa.

—Pero supiste encontrar el camino de vuelta.

Chris negó despacio.

—Eso no borra los errores —afirmó abatido—, no me convierte en una buena persona, en alguien digno de… —se le quebró la voz y la miró con los ojos cargados de un anhelo doloroso que terminó la frase por él

Lindsay sintió un nudo en el pecho, una punzada tan honda que apenas pudo respirar. El dolor en los ojos de Chris era el de alguien que se castigaba mucho más de lo que el mundo jamás lo había hecho.

—Chris… —susurró dando un paso hacia él, dispuesta a abrazarlo y ofrecerle consuelo, pero él retrocedió al instante con un gesto leve, casi imperceptible, aunque suficiente para marcar la distancia.

—No, Linny —dijo en un suspiro ronco—. Lo último que necesitas en tu vida es… a alguien como yo.

—Al contrario, ¡eres lo único que necesito! —aseguró con la voz rota, y avanzó un paso más hacia él.

—Linny… —sonó a ruego—, déjame hacer… lo único honesto que puedo hacer por ti, mantenerme lejos.

—Pero…

—¿No te das cuenta de que tengo la culpa de todo lo que te pasa? —expuso casi quebrado—. Yo… te hice daño, y por eso buscaste refugio en otros brazos, en los de un extraño, ¡todo es mi culpa!

Lindsay se sintió morir. ¿Cómo le decía que nada de aquello era real? Lo único que quería era abrazarlo, besarlo hasta conseguir borrarle la expresión de angustia, no sumar más dolor.

Se llevó la mano al abdomen, donde casi pudo escuchar a su bebé gritarle que debía devolverle a su papá, y sus ojos se llenaron de lágrimas que no fue capaz de contener. Avergonzada, intentó alejarse, pero Chris la retuvo del brazo, impidiéndole huir.

—Anoche hiciste lo mismo —declaró él con la voz cargada de pesar.

—¿Qué?

—Llorar en silencio —aclaró con evidente desazón—, y matarme con cada lágrima.

Lindsay lo miró con los ojos como platos mientras él la atraía hacia sí y usaba la yema de sus dedos para secar sus mejillas. Después le acarició el rostro con ternura, perdiéndose en sus ojos.

Aquel gesto la desarmó por completo. Tenía que arreglarlo.

—Chris, yo… —se le secó la garganta— necesito decirte algo sobre el bebé…

Capítulo 29

Él suspiró, asintió y aguardó a que ella hablara sin dejar de mirarla, pero a Lindsay se le atragantaron las palabras.

—Dios, hasta llorando estás preciosa —susurró Chris tras unos segundos, apoyando ahora la frente sobre la suya—. No sé cómo… voy a conseguir mantenerme lejos.

—Chris… —Lo intentó de nuevo, pero no le salían las palabras, el miedo a su reacción era mucho más intenso que la verdad que pugnaba por salir. Además, ¿acaso no tenía Chris ya suficiente aquel día? No podía cargarle con algo que de momento no podrían solucionar. Y el instante de debilidad que era obvio que Chris sufría… también la refrenaba. Moría por besarlo, y él miraba sus labios con idéntico anhelo.

—No te juzgo, Linny —admitió ahora—, pero no voy a decirte que no me molesta que me besaras a mí y luego te metieras en la cama de otro —suspiró—, porque solo pensarlo me mata, incluso sabiendo que era lo único que me merecía.

—No.

—Sí, Linny, ambos lo sabemos. —La miró con una expresión cargada de pesadumbre—. Debí ser yo quien te custodiara hasta casa de Mark esa noche. Debí asegurarme de que llegaras a salvo.

Aquello la estaba matando. Si no conseguía que él dejara de hablar, acabaría gritándole la verdad en aquel preciso instante. Y… era egoísta y débil, sí, lo admitía, pero prefería aprovechar las pocas horas que quizá les quedaban a solas para disfrutar de sus brazos, de su piel.

—Chris, yo…

—Lo siento, no te estoy dejando hablar —se disculpó—, querías decirme algo sobre el bebé, ¿qué es?

—Eh…, no, yo quiero… —le miró la boca con anhelo—, quiero…

Él se humedeció los labios.

—¿Qué? —preguntó casi en un susurro—. Dímelo.

—Quiero que me hagas el amor —rogó—, sin descanso, una y otra vez.

El estallido de lujuria en sus ojos se mezcló ahora con la ternura con la que la contemplaba.

—Dios, Linny, debería correr en sentido contrario —se lamentó un segundo—. Sé que eso sería lo correcto…

Soltó un suspiro de resignación mientras posaba las manos en su cintura.

—…pero no soy capaz de resistirme a ti. —La atrajo aún más hacia él—. Me muero por tocarte —sus manos ascendieron por su espalda—, por besarte —le rozó los labios con los suyos—, por perderme dentro de ti a cada minuto del día.

—Sí —murmuró Lindsay, extasiada por sus palabras—, sí, por favor.

Las manos de Chris descendieron ahora por su trasero y la atrajeron con fuerza contra su dureza.

—¿Te parece que necesitas suplicarme? —musitó con la voz ronca, rozándole los labios.

Lindsay sonrió con algo más de confianza, y Chris la contempló con los ojos turbios.

—¿Tienes idea del infierno de mañana que me has hecho pasar? —Sus dedos ascendieron muy despacio por sus brazos, dejando un rastro ardiente a su paso.

Ella contuvo la respiración.

—Mirarte y no poder tocarte es una tortura insoportable, Linny —susurró, hundiendo el rostro en su cuello para aspirar su aroma—, y ya no puedo soportarlo. Me da igual lo que se considere correcto.

Lindsay inclinó la cabeza y gimió, entregándose sin reservas a él, a sus palabras, a sus caricias, a su boca. Cuando Chris trazó un camino de besos hasta sus labios y, por fin, los tomó con urgencia, el resto del mundo se desvaneció.

El torbellino de deseo que se desató entre ellos volvió inútiles las palabras. Chris tomó posesión de su boca con una urgencia que lo

decía todo, y reclamó con un solo beso su cuerpo, su corazón y su alma, que ella le entregó sin resistencia alguna.

Dios, su boca sabía a deseo contenido, su lengua a… todo lo que Lindsay necesitaba en su vida. Y le devolvió aquel beso con toda su alma, algo que acrecentó el fuego entre ellos de forma enloquecedora.

Chris la alzó del trasero y la sostuvo con fuerza. Lindsay se aferró a él, enredando las piernas en sus caderas, y juntos caminaron hacia la cama sin abandonar los labios del otro un solo segundo.

A los pies de la cama, Chris se tomó su tiempo para desnudarla. Tiró de su vestido hacia arriba, aprovechando para acariciar cada centímetro de piel que iba descubriendo.

Después, dio un paso hacia atrás solo para contemplarla, como si necesitara grabarla en su memoria.

—Eres tan hermosa… —susurró con una mezcla de deseo y ternura que hizo que a Lindsay se le encogiera el corazón.

Ella aguardó frente a él, inmóvil, ansiando regresar a sus brazos. Sus pechos, firmes y turgentes, anhelaban sus caricias; su piel ardía; su pelvis rugía de deseo, exigiendo entre sus piernas aquella parte de él que se adivinaba sin problema a través de la fina tela de sus pantalones. El aire entre ambos vibraba, tan cargado de deseo que parecía tener peso.

Mordiéndose los labios para no dejar escapar el temblor que la asolaba, se quitó las braguitas frente a él, sin dejar de mirarlo. Se deleitó con la lujuria que leía en sus ojos, que la recorrían de arriba abajo, extasiados…, hasta que provocó que él al fin perdiera el control que tanto se esforzaba por mantener. Chris acabó soltando un gruñido de impaciencia, recortó el paso que lo separaba de ella y la tomó en sus brazos. Sus manos recorrieron su cuerpo con una urgencia que la dejó sin aliento, una devoción desesperada. Y el beso que siguió fue puro vértigo: intenso, hambriento, cargado de la certeza de que, si el mundo se acababa en ese instante, ninguno de los dos lamentaría nada.

Lindsay se perdió en las sensaciones, atrapada entre la urgencia de sus caricias y la necesidad de devolverle cada una con la misma

intensidad. Embriagada por el deseo, tiró de su camiseta hasta quitársela y un suspiro escapó de sus labios al recorrer su torso con las manos, deleitándose con cada músculo, con la suavidad de su piel, que se moría por saborear. Chris cerró los ojos conteniendo el aliento, y su reacción bastó para encenderla aún más, instándola a soñar ya con acariciar de igual manera… el resto de él. Ni siquiera pudo esperar a quitarle los pantalones para tocarlo. Metió su mano por la cinturilla, se coló por el elástico de los calzoncillos y gimió cuando al fin pudo cerrar la mano alrededor de su erección, que se deleitó acariciando hasta que el propio Chris le rogó clemencia.

Cada roce era ya un incendio, cada contacto una promesa. Ya no quedaba distancia entre ellos, solo respiraciones desbocadas y el temblor de dos cuerpos que se reconocían como dos partes del mismo todo, y que apenas podían soportar la espera para fundirse entre sí.

—Te deseo, Chris…, ahora… —rogó, tirando de sus pantalones y de su ropa interior, de la que él la ayudó a despojarlo. Después lo empujó sobre la cama, embriagada de deseo, sin poder soportar ya el calor, la necesidad. Chris la miró desde el colchón con los ojos en llamas, aguardando a que ella se uniera a él, algo que solo tardó un segundo en suceder. Lindsay ascendió por su cuerpo rozando contra él cada centímetro del suyo, se sentó sobre él y lo tomó con deliberada lentitud, acogiéndolo al completo dentro de ella.

Ambos gimieron con fuerza sin dejar de mirarse a los ojos, y Lindsay comenzó a cabalgar sobre él con movimientos exquisitos, sintiendo que había nacido para eso, para él. Chris la miraba extasiado, con los ojos vidriosos, como si aquella fuera la imagen más hermosa que había contemplado jamás, casi como un sueño, mientras las manos en su cintura la instaban a moverse cada vez con más urgencia.

Lindsay se inclinó sobre él para robarle un beso intenso y feroz que acrecentó el deseo hasta límites de locura. Cuando volvió a sentarse, Chris la acompañó y se abrazó a su cuerpo. Bebió de sus labios, acariciando cada poro de piel al que tenía acceso, mientras la necesidad crecía entre ellos con virulencia. El grado de placer resultaba ya enloquecedor, los envolvía hasta volverlos ingrávidos,

suspendidos en una frontera difusa entre el cielo y la locura. Cada respiración, cada movimiento los llevaba más alto, más cerca del punto sin retorno, donde solo existían ellos y la necesidad de alimentar las llamas hasta las últimas consecuencias.

Y cuando el instante llegó, cuando el brutal clímax los arrastró como un tsunami y todo se volvió luz y vértigo, se abandonaron juntos a esa caída sin miedo, sin contención, sintiendo que el mundo entero se deshacía bajo ellos… hasta dejarlos suspendidos en un silencio perfecto, como si el universo entero se hubiera detenido solo para ellos.

Les costó recuperar el control. Ambos respiraban con dificultad, aún aturdidos por la intensidad de lo sucedido, aunque ninguno se movió. Permanecían sentados, abrazados, sumidos aún en una ligera neblina que los mantenía entre la tierra y una especie de limbo paradisiaco.

Lindsay estaba maravillada, que cada vez fuera mejor que la anterior era algo que no dejaba de asombrarla, y se moría por saber si él lo vivía de la misma manera. Habían pasado tantas mujeres por su vida, todas tan impresionantes, que quizá ella solo fuera un aperitivo que apenas saciara su apetito.

La duda bastó para tensar su cuerpo. Tan solo fue un instante, pero Chris lo notó al momento. Se apartó unos centímetros y la miró a los ojos con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Qué te pasa? —preguntó en voz baja, temeroso—. ¿No… te ha gustado?

Había una fragilidad insólita en su tono, algo que la sorprendió. Lindsay lo miró desconcertada, incapaz de creer que aquel hombre, tan seguro de sí y experimentado entre las sábanas, pudiera dudar de algo así.

—Yo… me preguntaba justo eso —admitió Lindsay, cohibida, en apenas un susurro.

Él la miró un tanto confuso.

—¿Te preguntabas si te ha gustado?

—¡No!… ¡Dios, no! Ha sido increíble —se apresuró a admitir algo azorada—. Más que eso, ha sido… ¡guau!, yo… no sé cómo es posible que sea mejor cada vez, pero así es.

Lo sintió relajarse al instante, al tiempo que una sonrisa asomaba a sus labios.

—¿Entonces te preguntabas…? —insistió él.

Lindsay se sentía cada vez más turbada.

—Bueno, tú has tenido muchas mujeres y… —él amplió su sonrisa, al fin entendiendo, y ella desvió la mirada, avergonzada—. Es igual, déjalo.

Intentó hacerse a un lado, pero Chris no lo permitió. La retuvo entre sus brazos, aún en la misma posición.

—¿Tratas de preguntarme si para mí es igual de alucinante?

Ella lo miró ahora algo más animada. Alucinante… sonaba muy bien. Asintió con una repentina timidez y Chris rio.

—Por Dios, Linny, ¿por qué crees que no puedo quitarte las manos de encima? —preguntó con una sonrisa—. Porque ambos sabemos que lo he intentado de todas las formas posibles, pero aquí estamos.

Ella sonrió a medias, algo más tranquila.

No podía evitar emocionarse. Su corazón palpitaba ahora como un loco, pero hacerse ilusiones con alguien como Chris resultaba peligroso.

—Así que… sí, Linny —admitió, acariciándole el rostro con la yema de los dedos—, para mí es igual de intenso e impresionante. Jamás he sentido nada ni remotamente parecido. —Esbozó una sonrisa sensual—. De hecho, esto… es la primera vez que me pasa.

—¿A qué te refieres? —Lo miró confusa.

Chris la alzó de la cintura… solo lo justo para dejarla resbalar sobre él de nuevo, y Lindsay exhaló un gemido ronco al ser consciente de que su erección, que aún seguía dentro de ella, volvía a estar firme y dura.

—¡Guau! —suspiró Lindsay, gimiendo de pura anticipación.

—Sí, guau —asaltó Chris sus labios—, y todo es culpa tuya.

Giró con ella entre sus brazos, invirtiendo las posturas sin salir de su interior en ningún momento…, y comenzó a moverse con renovada energía, con aquel contoneo de caderas increíble que la enloquecía.

El viaje fue de nuevo algo *alucinante*, que volvió a dejarlos sin aliento, pero con una sonrisa en el rostro.

Chris parecía reacio a separarse de la tibieza del cuerpo de Lindsay, que descansaba pegado al suyo. Había algo en esa quietud, en su respiración acompasada sobre su pecho, que lo sumía en una paz desconocida, densa, hecha de deseo y ternura entremezclados. Pero entonces su estómago rugió con tanta fuerza que rompió la calma, y Lindsay alzó la cabeza, sonriendo contra su piel.

—¿Quieres que te pida algo al servicio de habitaciones? —bromeó divertida.

—Oh, sí, algo parecido a esos chuletones que hay en la nevera. —La miró con la boca hecha agua, y no solo por la carne—. ¿Tú también tienes hambre?

—Podría comer. —Sonrió con picardía y le robó un beso.

Chris no dejó que fuera solo uno.

—Si quieres —la saboreó a conciencia—, puedo saciar primero tu hambre…

—¿Y arriesgarme a que no rindas lo suficiente por falta de sustento?

Él la atrajo hacia sí.

—Eso no pasará —aseguró.

—Pues no, porque pienso poner tu salud por encima de mis necesidades —le frenó las manos—, y voy a hacerte el mejor chuletón que hayas comido nunca.

Arqueó las cejas con un evidente gesto pícaro, le dio un beso breve e intentó salir de la cama, pero Chris tiró de su brazo para impedirlo.

—Yo me encargo de hacer la comida —dijo ahora en un tono sin segundas—. Tú relájate.

—Puedo ayudarte.

Chris le acarició el rostro con ternura.

—Pero es que yo quiero mimarte un poco.

La sonrisa que recibió como respuesta iluminó su mundo.

—Así que ¿tienes mucha hambre? —preguntó, antes de ceder a la tentación de perderse de nuevo en ella.

—Sí… —Se mordió los labios.

—De comida, Linny, carne, patatas, algo de verdura… —sonrió—. Has desayunado tarde.

—Porque alguien no me ha despertado antes.

—Ese alguien y su salud mental necesitaban tiempo a solas antes de que volvieras a torturarlo con tu… precioso cuerpecito desnudo envuelto en una sábana, paseándose por la cabaña. —La miró con una divertida expresión acusadora y ella rio—. ¡Ya te vale! Eres mala.

—Pensé que no te habías dado ni cuenta.

—Siempre estoy muy atento a todo lo que haces —afirmó.

La vio tragar saliva antes de atreverse a preguntar:

—¿Y desde… cuándo estás tan atento?

Chris se perdió en sus ojos, aunque guardó silencio. Tenía claro lo que ella quería saber, pero decírselo era adentrarse en una conversación complicada que podría cargarse la tregua de la que disfrutaban.

—¿Importa eso? —preguntó con su mejor sonrisa.

Aunque se encogió de hombros, Chris supo que a ella sí le importaba.

—Lindsay…

—No, déjalo —sonrió de inmediato.

—¿Qué?

—No quiero escuchar nada de lo que venga después de un Lindsay —repuso con certeza.

—¿Por qué? —Sonó un poco desconcertado.

—Porque siempre que usas mi nombre así es para algo malo.

Él la miró sorprendido. Nunca se había detenido a pensarlo, pero tenía razón. Lo hacía sin darse cuenta, como si pronunciar su nombre completo en lugar del diminutivo cariñoso fuera una forma de ponerse a salvo, de tomar distancia. Resultaba curioso viniendo de alguien tan acostumbrado a controlar cada gesto y cada palabra para no dejar que nada lo delatara.

—Vaya, eres muy perceptiva —aceptó, mirándola con admiración.

—¿Sorprendido? —Sonrió ahora.

—Ni un poco —admitió con sorprendente sinceridad—. ¿Crees que estaría tan colgado de alguien que solo tiene un cuerpo bonito?

«Mierda, joder…», tragó saliva al ser consciente de lo que acababa de decir. Y ella volvió a sorprenderlo:

—Eso solo querías pensarlo, ¿no? —indagó con una sonrisa tan encantadora que Chris la deseó con toda su alma.

—Creo que me das un poco de miedo —bromeó.

Lindsay arqueó una ceja, divertida.

—¿Acaso crees que tienes el monopolio en kinésica? —sonrió de nuevo—. No juego en tu liga, lo admito, pero también se me da bien leer los gestos y las expresiones. —Chris la miraba embelesado—. Por cierto, he visto un libro sobre el tema en una de las estanterías, ¿crees que… alguien lo echaría en falta si me lo llevara?

—Todo tuyo —accedió, ahora algo preocupado—, pero no conviene obsesionarse con leer a las personas. A veces es mejor creer en las palabras, sin más, en lo que alguien quiera o no decirte.

—Pero tú eres experto en comunicación no verbal —le recordó ella, arqueando una ceja.

Chris asintió algo más serio. Sí, aquello no podía negarlo. Victor siempre había sido un obseso de la mente humana, de abrirla y diseccionarla hasta el último rincón, sin importar el método. Y se aseguró de que él siguiera sus pasos, lo entrenó para leer cada gesto, identificar cada emoción ajena y, sobre todo, para ocultar las propias.

—Créeme —intentó sonreír para restarle importancia—, a veces preferiría no tener tanta información

—No veo el problema.

—Por ejemplo, no siempre es agradable saber que te están mintiendo a la cara —dijo con sinceridad—. Hay momentos en que me gustaría no darme cuenta.

Lindsay lo miró con curiosidad.

—Así que es verdad lo que dijiste ayer —frunció el ceño—, que siempre sabes cuándo miento.

Chris soltó una breve risa.

—Contigo es distinto, reconozco que me cuesta leerte —hizo una pausa buscando las palabras—. Me desconcentras, Linny. Me resulta complicado leer tus gestos cuando tengo la cabeza ocupada intentando no mirar… el resto de ti.

Sintió la mirada fascinada de la chica frente a sus palabras, pero lo último que quería era seguir ahondando en sus sentimientos por ella. Ya había dicho demasiado. Sería mejor distraerse… Sus manos se pasearon por el cuerpo femenino.

—Me apasiona la comunicación no verbal —susurró con una sonrisa recortando las distancias—, sobre todo contigo y en todas las posturas.

Lindsay suspiró y se dejó abrazar.

—Deberías haberte dedicado al porno.

—¿Sueles ver mucho?

—¿Porno? —Él asintió mientras jugaba con uno de sus pezones —. No, siempre me decepciona.

—¿Por?

Ella se encogió de hombros.

—Mi vena romántica me obliga a esperar hasta el final para ver si los protagonistas se casan, y no suele pasar.

Ambos soltaron una carcajada divertida mientras la cama se iba caldeando.

—Si vieras porno conmigo… —le aseguró Chris metiendo la mano entre sus muslos—, me pedirías muchas cosas antes que un anillo.

Lindsay abrió las piernas para facilitarle el acceso.

—¿Por qué querría perder el tiempo viendo follar a otros… — gimió cuando sintió sus dedos moverse entre sus piernas— si puedo hacerlo contigo?

Chris hundió sus dedos en ella y repuso:

—Dios, la palabra follar suena tan obscena en tu boca… — murmuró sobre sus labios— que me pone a cien.

—¿Y qué más te pone a cien? —ronroneó jadeante.

—Tú, toda tú.

Sacó sus dedos y la atrajo hacia su erección con fuerza, sintiendo una necesidad imperiosa y primitiva de hundirse en ella, como si llevara años sin poder disfrutar de su calor. Aquello resultaba abrumador. La forma en que la deseaba no dejaba de sorprenderlo, lo enloquecía cada vez más. Decir que era *alucinante* de veras no se aproximaba ni de cerca a la realidad.

Sí, sabía que no era bueno para ella. Lindsay merecía a un hombre mejor, alguien sin las sombras que lo acompañaban, alguien que no cargara con un pasado que podía arrastrarla también a ella. Sabía, incluso, que cuando encontraran a Victor y con él al padre del bebé su papel terminaría, que era probable que quedara relegado a un segundo plano, que podía perder incluso su trabajo si Mark supiera todo aquello…

…pero hasta que todo eso ocurriera, no iba a seguir fingiendo.

Mientras estuvieran en aquella cabaña, ella era suya. Ya no podía evitarlo ni tampoco quería hacerlo.

Llevaba años soñando con tenerla así, respirando contra su piel, ardiendo de deseo entre sus brazos… y aún no iba a renunciar a aquello. No podía.

Se perdió en sus ojos buscando en ellos algo más que deseo, algo que lo anclara a ese instante. Ella le devolvió una mirada brillante, enturbiada por las emociones, cargada de todas las respuestas a preguntas que él ni siquiera se atrevía a formular.

¿Tenía derecho alguno a creer todo lo que leía en sus ojos? Probablemente no, pero en aquel instante nada de eso importaba. Todo le daba igual: el pasado, la culpa, lo que pudiera venir después… Todo, excepto ella.

Capítulo 30

Lindsay intentaba concentrarse en las carpetas de la caja fuerte mientras él se ocupaba de la comida, pero no resultaba tarea fácil. La imagen de Chris cocinando en calzoncillos a pocos metros de distancia tenía un punto erótico que anulaba su capacidad de concentración en otra cosa. No sabía si era por la conversación que había mantenido con Karen o porque él era demasiado… ¡él!, un espectáculo difícil de ignorar, incluso cuando lo único que hacía era remover una sartén.

Dios, se quedaría a vivir en aquella cabaña para siempre si pudiera.

Adoraba estar con él así: sin máscaras, sin prisas, bromeando, provocándose, amándose como si nada más importara. Le bastaba con eso, con verlo moverse por allí medio desnudo, con esa sonrisa descarada que la desarmaba, con la certeza de que, si lo provocaba un poco más, acabaría arrinconándola contra cualquier superficie.

No necesitaba más, aunque sabía que pedía un imposible. El mundo real no tardaría en tocar a su puerta, era inevitable.

Intentó concentrarse en las fotos y las miró con una sonrisa tierna. Ya de niño era encantador: el pelo despeinado, la sonrisa traviesa, esa mirada que parecía esconder siempre algo…

Pasó los dedos sobre una de las imágenes, preguntándose cuántos años tendría allí. La giró buscando una fecha, pero no había ninguna. Solo se veía una letra escrita a bolígrafo en una esquina: una *R*.

Frunció el ceño. ¿Una simple letra? Tomó otra fotografía y, para su desconcierto, encontró una *H*. Repitió el gesto con otra… *N*.

Su curiosidad se encendió y acabó dándole la vuelta a todas las fotos, una tras otra, y comprobó que en varias de ellas se repetía el patrón.

—Se te ve muy concentrada, ¿qué haces? —la sorprendió Chris ahora, llegando hasta ella.

—Hay algo muy curioso aquí —informó enseguida, y le mostró el reverso de las fotos.

Chris les prestó toda su atención, y era evidente que también le generaba desconcierto.

—¿Hay una letra en cada foto?

—No en todas, solo en algunas —explicó—. Están mezcladas. ¿Qué relación puede haber entre la foto y la letra? ¿Es algún tipo de… clave o código que conozcas?

Él se inclinó sobre la mesa y observó las fotos con más atención.

—Es difícil decirlo, cada letra podría corresponderse con muchas cosas —admitió tras unos segundos—, pero no es un código secreto que Victor compartiera conmigo, si te refieres a eso.

—Igual no significa nada.

—O todo —concluyó Chris—, con Victor nunca se sabe, pero vamos a comer antes de que se nos enfríe la comida —sugirió—. Después les echamos otro vistazo.

Y eso hicieron. Se sentaron a la mesa, compartieron la exquisita comida que Chris había cocinado, bromearon, tontearon, se pusieron… tiernos y más de una hora después regresaron a aquel misterio.

Lindsay llevó las carpetas hasta el sofá y entre los dos separaron solo las fotos que tenían letras. Chris las extendió sobre la alfombra, formando una especie de mosaico irregular, anotando la letra trasera en un papel sobre cada imagen. Después las repasó con atención desde distintos ángulos.

—¿Puede ser una sustitución alfanumérica? —sugirió Lindsay, también muy concentrada.

—No parece. He intentado aplicar todos los sistemas que conozco —gruñó algo frustrado—, pero esto no encaja en ningún patrón lógico.

—Así que no se puede traducir en otras coordenadas —entendió la chica algo triste. Aquello era lo que esperaba y lo que más la acercaba a Victor y, por ende, a Kendrick.

—No, por fortuna. Sería mucho más complicado ordenar una secuencia de números —opinó sin dejar de mirar las imágenes.

—Crees que es un anagrama —adivinó Lindsay, algo más animada—, que las letras forman una palabra.

Chris asintió sin apartar la vista de ellas, con ese gesto concentrado que la dejaba sin aliento. Podía ver cómo su mente trabajaba a toda velocidad, cómo el silencio se llenaba de su pensamiento ordenado y meticuloso.

—Diez letras… —murmuró Lindsay para sí—, no está nada fácil, hay demasiadas combinaciones.

—Pero solo una de ellas tendrá algo de sentido.

Lindsay lo observó inclinarse un poco más hacia el suelo, con los codos apoyados en las rodillas, repasando cada foto una y otra vez. Después se puso de rodillas y durante un largo rato no dijo nada. Solo movía las imágenes, las alineaba, las desordenaba, volvía a empezar… Su ceño fruncido, la mirada afilada, todo en él decía que estaba cerca.

Hasta que se quedó inmóvil.

—Espera un segundo… —susurró Chris con una cadencia distinta en la voz.

Lindsay levantó la vista al instante, conteniendo la respiración.

—¿Qué pasa?

—Las fotos… —dijo despacio, como si aún lo estuviera razonando—, puede que sigan una secuencia cronológica. Quizá solo tengamos que ordenarlas por fechas.

—Pero no tenemos las fechas.

Chris sonrió apenas, sin apartar la mirada de las imágenes.

—Yo sí.

Lindsay lo observó, sin entender del todo, mientras él empezaba a ordenar las fotos una a una.

—Recuerdo cada una de ellas —explicó con voz baja, casi ausente—. Victor solía llevar una cámara de carrete. Puedo saber cuándo se tomó cada foto por los detalles: el corte de pelo, la ropa que llevaba, incluso el fondo. —Pasó el dedo sobre una de ellas donde un árbol desnudo delataba el invierno—. Era primavera aquí y verano en esta otra; y solo visitábamos esta casa en otoño…

Se movía con precisión, como si su memoria fuese un mapa perfecto que lo guiara sin titubear.

Cuando colocó la última, se incorporó.

—Listo —dijo, respirando hondo.

Lindsay siguió la línea de letras que formaban las diez fotos y su corazón dio un vuelco al leer con claridad la palabra que emergía ante sus ojos:

CLEARHAVEN

Durante unos segundos ninguno de los dos dijo nada. Solo se miraron, conscientes de que acababan de dar con algo importante.

Lindsay no solo estaba perpleja por tener al fin lo que parecía una pista ante sí, sino porque verlo en acción la dejó sin aliento. Siempre supo que Chris era brillante, pero la parte de él que estaba conociendo durante aquel viaje la fascinaba, y aquello había rebasado todas sus expectativas. Observarlo así, concentrado, con esa seguridad casi magnética, despertó en ella una admiración tan intensa que se mezcló con el deseo, confundiéndole los límites hasta hacerla arder por dentro. Cada gesto suyo irradiaba una calma firme, una autoridad silenciosa que la incitaba más que cualquier caricia.

Y cuanto más lo observaba, más sentía que su inteligencia tenía el mismo efecto que sus manos: la estremecía, la atraía, la hacía querer rendirse.

—Eso ha sido… —se mordió los labios— increíble.

Chris sonrió.

—Aún no tenemos ni idea de qué significa —se encogió de hombros.

¿Humildad? ¿Cómo era posible? Aquello subió el listón aún más y su lujuria se multiplicó.

—¿Puedes dejar de mirarme así? —rogó Chris enronquecido—. Porque voy a mandar al garete las letras para centrarme en otra cosa.

Lindsay se mordió los labios sin poder disimular su anhelo.

—Es que… te mereces un premio de los gordos —recorrió la distancia hasta él y lo instó a incorporarse solo lo justo para empujarlo al sofá, donde se unió a él con apremio.

—No sé si me lo merezco… —jadeó Chris cuando se sentó a horcajadas sobre él y lo besó con ardor—, pero me lo quedo.

Recorrió el cuerpo femenino con las manos mientras Lindsay asaltaba su boca una y otra vez…, hasta que dejó de ser suficiente. Moría por tocar cada centímetro de él, por saborearlo y, para sorpresa de Chris, decidió que había llegado el momento de darse un festín.

Descendió por su torso usando para acariciarlo cada parte de su propio cuerpo. Se deleitó tocando, besando y saboreando el recorrido hasta… concentrarse en aquella parte de él que aguardaba, orgullosa y enorme, su llegada.

—Linny… —lo escuchó gemir cuando lo tomó con la boca—, oh…, joder…

Y ella estaba igual de excitada mientras descubría que el francés era un idioma que no solo le encantaba, sino que se le daba especialmente bien.

Disfrutó de cada gemido, cada jadeo, de la entrega absoluta de Chris abandonado por completo a ella, del modo en que él metía las manos entre su pelo al tiempo que la instaba a continuar, de cada pequeño detalle…

…hasta que Chris tiró de sus brazos con fuerza, la sentó a horcajadas sobre él y ni siquiera pudo aguantar para quitarle las bragas. Se limitó a apartarlas a un lado y hundirse en ella, devorando su boca un segundo después. Lindsay cabalgó sobre él ciega de deseo. Solo sentirlo tan al límite la enloquecía.

Y Chris no tardó en soltar un gemido liberador, mezclado con su nombre, que la arrastró con él con la fuerza de un huracán, provocando en su interior una hecatombe de proporciones bíblicas.

—Joder… —murmuró el chico sobre sus labios cuando pudo hablar—, ha sido el mejor premio que he ganado nunca.

Lindsay rio, ahora un poco avergonzada de su atrevimiento, y él le robó un beso dulce.

—En serio, me siento muy afortunado.

—Sigue así y puede que continúes teniendo suerte.

—Vale, a ver… —carraspeó con comicidad y miró las fotos—. Clearhaven, ¿qué demonios puede ser eso? ¿Algo simbólico? Un refugio de claridad, puerto de lucidez…

—¿Y un lugar? —propuso Lindsay, devanándose los sesos para aportar algo.

Chris arqueó las cejas mientras asentía. Después miró a la chica con una sonrisa canalla.

—Cuidado, Linny, porque me muero de ganas de… premiarte yo a ti —acarició sus muslos desnudos—, y así no avanzamos.

—Habrá que pedirle ayuda a *Google*.

Rio mientras se incorporaba un poco para tomar el móvil de Chris, que estaba en la mesita de café que habían apartado para poder extender las imágenes. Cuando se giró con él en la mano, Chris tenía la vista clavada en el dobladillo del vestido.

—¡Eh, concéntrate! —bromeó dichosa—. ¿Dónde tienes los ojos?

—En el único refugio que me interesa —reconoció, contemplándola con veneración—. No necesito preguntarle a *Google* dónde está.

Lindsay rio de nuevo. Adoraba verlo así, escucharlo bromear sin remordimientos, hacer insinuaciones, mirarla con los ojos cargados de deseo… Suspiró con fuerza.

—Pues este refugio necesita algo de dulce —dijo, aprovechando que estaba de pie para ir a la cocina—. ¿Quieres algo?

—¡Ya te digo! —sonrió mirándola de arriba abajo—, pero todavía necesito unos minutos más para reponerme.

Lindsay posó sobre él una mirada pícara y le tendió su teléfono.

—Te traeré agua —bromeó— o acabarás deshidratándote.

Ahora fue él quien rio y la observó alejarse con una expresión mezcla felicidad e inquietud. La forma en que deseaba a Lindsay comenzaba a preocuparle. Jamás tenía suficiente de ella. Solo tenía que mirarla para que su cuerpo reaccionara sin importar el agotamiento. ¿Cómo podría renunciar a todo aquello? Solo pensarlo lo angustiaba. Sabía que, aunque lo intentara, jamás podría volver a mirarla sin que su mente evocara la calidez de su piel, el sabor de

sus labios… o el modo en que contenía la respiración justo antes de rendirse a un orgasmo.

Miró hacia el otro extremo del sofá, donde el pequeño dragón yacía desde que él mismo lo lanzara desde la cama la noche anterior. Empezaba a odiar aquel peluche. Sabía que había algo oculto en el colgante que llevaba atado al cuello, algo que Lindsay no quería que él viera. Había pasado buena parte de la mañana luchando contra la tentación de inspeccionarlo mientras ella dormía, pero se había contenido. Y podría engañarse pensando que fue por respeto a su privacidad, pero sabía que no era cierto. La verdad era mucho más incómoda: lo había detenido el miedo. Miedo a no ser capaz de encajar lo que podía encontrar.

Seguía sin entender el apego de Lindsay por aquel peluche, por qué era tan importante para ella el regalo de alguien con quien solo había estado una vez, ¿tan especial fue? ¿Más que lo que ellos tenían ahora? No podía ni soportar pensarlo.

«*Draco será el primer regalo para nuestro bebé*». Aún no había superado aquellas palabras, pronunciadas en sueños, y las escuchaba dentro de su cabeza cada vez que miraba aquel maldito peluche.

—¿Has encontrado algo? —interrogó Lindsay, regresando al sofá con un muffin en la mano, un tetrabrik de batido de chocolate y una botella de agua.

Él la miró algo confuso.

—Te dejé el teléfono ahí —señaló, y sonrió—. ¿En qué planeta estabas perdido?

Chris esbozó una sonrisa complicada, intentando olvidarse del dragón. Tomó el teléfono y metió Clearhaven en el buscador.

—¿Hay algo? —Lindsay apoyó la cabeza sobre su hombro para ver mejor la pantalla mientras se comía el muffin.

—Me estás llenando de migas —protestó Chris, aunque sin poder evitar sonreír.

—Luego te las lamo —dijo como si tal cosa, y señaló el móvil—. Clica en ese logo. No, ahí no, en el anuncio patrocinado.

—¿Quieres mirarlo tú? —Le ofreció el teléfono.

—No. Bueno, sí. —Le quitó el móvil y le tendió el muffin—. Sujétamelo.

La impaciencia de Lindsay, lejos de parecerle un defecto, siempre le había resultado encantadora y no pudo evitar sonreír.

—Sabía que me sonaba de algo… —murmuró mientras toqueteaba el teléfono.

—¿El qué?

—¡Aquí está! —sonrió, y le mostró la pantalla a Chris—. Clearhaven Memory & Wellness Center.

Chris tomó el teléfono para estudiar la información.

—¿Crees que puede ser lo que buscamos? —insistió Lindsay esperanzada.

—¿De qué te suena?

—Reconocí el logo del listado de asistentes al evento de Neurothea —explicó—. ¿Crees que Kendrick pudo coincidir con ellos en la gala y que él y Victor estén allí?

—Como posible, lo es —aceptó Chris, concentrándose en el móvil, leyendo toda la información—. Es un centro privado especializado en rehabilitación cognitiva y terapias de memoria.

—Eso explica qué hacían en la gala.

Chris asintió y siguió diciendo:

—No es un hospital al uso, sino… una especie de combinación entre clínica, casa de retiro y santuario natural. —Frunció el ceño, pensativo.

—¿Qué pasa?

—No sé si Victor pinta mucho en un sitio así —opinó.

—Sigue leyendo —pidió—, pero dame mi muffin.

Recibió una expresión culpable en respuesta.

—Me lo he comido.

Lindsay soltó una exclamación y lo miró como si acabara de cometer un auténtico sacrilegio.

—¡¿Te has comido mi muffin?!

—Sí.

—Yo no te he dado permiso para eso —frunció un divertido ceño —. Te dije solo *sujétamelo*.

—Pues lo siento —la miró sin ningún pesar—, pero me encanta… comerme todo lo tuyo, ya lo sabes.

La vio contener la respiración y mirarlo con anhelo.

—Puedo compensártelo si te vas a traumatizar —añadió divertido.

Lindsay contempló sus labios y tragó saliva.

—Sigue leyendo —carraspeó—, pero tomo nota.

—*Ok*. —Se centró en el móvil.

—Pero me lo apunto, eh, que no se te olvide.

—De acuerdo —sonrió ahora con diversión—. A ver qué más tenemos…

—Claro que el que tengas memoria fotográfica no significa que no sea también selectiva… —lo miraba ya con la inquietud propia del deseo contenido—. No sé si fiarme, quizá deberíamos… hacer una parada técnica.

Chris tiró el móvil a un lado y se lanzó sobre ella, arrancándole un grito de sorpresa junto con una carcajada.

—Prefiero pagar mis deudas cuanto antes —murmuró haciéndole cosquillas al besarle el cuello.

¡Y cuánto le compensó que le hubiera mangado el muffin! Sacrificaría una pastelería entera, a pesar de su adicción al dulce.

Capítulo 31

Tras aquel último desliz, se prometieron concentrarse en su investigación.

Chris se adentró en la página de Clearhaven para intentar profundizar en el tipo de clínica que era.

—Este sitio no es tan idílico como parece —concluyó tras leer parte de la información—. Mucho santuario natural, pero a nivel técnico ofrecen programas avanzados de neuroestimulación y terapias experimentales para tratar las pérdidas de memoria causadas por demencias, tumores cerebrales y todo tipo de amnesias.

—Eso tampoco es malo en sí mismo —opinó Lindsay, y recibió una mirada crítica en respuesta—. Lo siento, Chris, comprendo tu reticencia con el tema, pero no todo el mundo será falto de ética en la profesión.

—¿Sabes lo que significa *terapia experimental*?

—Sí, y admito que eso no suena muy bien.

—Pero suena perfecto para Victor —aceptó Chris ahora, y aseguró con certeza—. Ahora sí creo que está en esa clínica. Ya tenemos su paradero.

A Lindsay se le iluminó el rostro.

—¿Y dónde está ubicado ese sitio?

—En Rangeley, como a unas tres horas de aquí —informó—, en el estado de Maine.

Lindsay sonrió ahora algo más tensa. Aquello era cerca, muy cerca. De repente la idea de llegar hasta Kendrick ya no le parecía tan apremiante. Y por la expresión que él tenía en su rostro, juraría que estaba pensando lo mismo.

—Podemos salir mañana por la mañana —empezó diciendo Chris —, o quizá…

—Quizá. Me quedo con lo que viene después del *quizá*, seguro —intervino Lindsay—, siempre y cuando no sea salir ahora mismo, claro.

Se ganó una sonrisa genuina en respuesta y que Chris la arrastrara a su regazo para robarle un beso tierno. Después se miraron a los ojos, ambos igual de tocados.

—Linny, sabes que no podemos quedarnos aquí para siempre —murmuró él con la voz tan baja que apenas rozó el aire.

—Pero sí un par de días más —propuso, acurrucándose en sus brazos, buscando su calor como si ese gesto pudiera detener el tiempo.

Chris suspiró.

—Todo el tiempo que pasemos aquí… nos estamos arriesgando a que él se mueva y perderlo de nuevo —le dijo con cierto pesar—, ¿lo tienes claro?

Ella asintió sin dudarlo. Él la miró con cautela y una tensión silenciosa marcándole el rostro.

—¿Y estás dispuesta a correr el riesgo?

Lindsay volvió a asentir, sin apartar los ojos de los suyos. Y entonces vio un destello fugaz en su mirada, tan claro que no necesitaba palabras. Era alivio, pero también algo más profundo, algo que la enterneció: la emoción contenida de quien se sabe elegido, incluso sin creerse merecedor de serlo.

Y en ese instante Lindsay sintió el peso de todo lo que callaba. Comprendió la carga que suponía para Chris la mentira que se alzaba entre ellos, y un remordimiento agudo le atravesó el pecho.

«Dios, jamás me perdonará que se lo haya ocultado», se lamentó con una certeza que le heló el alma.

—¿Qué te pasa? —indagó Chris enseguida, captando al vuelo la sombra que cruzó su rostro. Su voz sonó preocupada, suave, aunque con un deje de amargura.

Ella negó con la cabeza, intentando componer una sonrisa, pero el temblor de su cuerpo la traicionó.

—No pasa nada, Linny… —susurró él con una expresión de abatimiento—. Nos iremos mañana, si quieres. O ahora mismo, si eso es lo que deseas.

Lindsay lo miró en silencio, con el corazón encogido. ¿Él estaba anteponiéndola a todo, incluso a sus propias necesidades?

«Dios, ¡cómo te amo!», quiso gritarle en ese preciso instante, junto con toda la verdad que llevaba en su vientre, pero el miedo a perderlo en cuanto abriera la boca volvió a jugarle en contra.

—Quiero quedarme —aseguró, rotunda, robándole un beso tierno.

Con gusto habría permanecido callada, disfrutando solo del calor de sus brazos, pero el ambiente se había enrarecido demasiado y necesitaba recuperar algo de normalidad.

—Entonces ¿crees que Victor estará trabajando en ese sitio? —preguntó para cambiar de tercio.

—Tiene pinta, sí.

—Pero creía que le habían retirado la licencia hace años.

—Y lo hicieron —confirmó Chris con un deje áspero.

Lindsay lo miró algo confusa.

—¿Cómo puede ejercer entonces?

—No puede —aclaró, esbozando una sonrisa seca—, pero jamás le ha importado lo que puede o no hacer.

—Pero la persona que dirige la clínica tendrá algo que decir, ¿no?

Chris negó con un gesto cansado.

—Es el gran Victor Wexler —dijo con un sarcasmo tan afilado que le dolió escucharlo—. Siempre habrá alguien dispuesto a venderle su alma al diablo con tal de trabajar con él. Hay quien mataría solo por conocer a fondo su sistema de anclajes verbales.

—¿Qué es exactamente?

—Una forma concreta de usar las palabras para inducir comportamientos específicos —explicó con tono neutro, casi académico.

Lindsay lo observó impresionada.

—¿Quieres decir que puede inducir a una persona a hacer cualquier cosa? —interrogó—. ¿De veras se puede hipnotizar a alguien para… matar, por ejemplo?

Chris negó con firmeza.

—No. Ningún tipo de sugestión puede obligarte a hacer algo en contra de tu propia moral —aclaró con calma—. Un santo

hipnotizado sigue siendo un santo. Solo si dentro de ti hay oscuridad, la hipnosis puede encontrarla y amplificarla.

—Entiendo —murmuró, aunque el gesto de su ceño revelaba lo contrario—. Entonces ¿qué fue lo que hizo para que lo expulsaran del colegio de médicos?

Chris apartó la mirada. Lindsay notó cómo su cuerpo se tensaba bajo ella, el modo en que sus dedos se cerraban con fuerza sobre el respaldo del sofá.

Esa sola reacción le bastó para saber que comenzaba a tocar una herida profunda.

—Victor desarrolló una técnica para ayudar a la gente a recuperar recuerdos o a olvidarlos —empezó Chris con voz baja—, y acabó usando los anclajes verbales para activarlos o desactivarlos a voluntad. Como si la mente humana fuera un panel con interruptores.

Lindsay se estremeció por demasiados motivos.

—Eso suena… peligroso.

—Lo era —asintió él—. A la larga, ninguna mente soporta semejante presión sin romperse.

Mientras hablaba, Chris enredaba distraído los dedos en su cabello, como si aquel contacto lo ayudara a mantenerse sereno.

—Y la cosa fue a peor, porque para él nunca era suficiente, siempre necesitaba ir más allá —suspiró—. Así que no tardó en descubrir la forma no solo de apagar y encender los recuerdos, sino también de manipularlos, de implantar falsos, lo que a la larga le permitiría coaccionar a cualquiera. —Su voz se volvió más grave, casi un murmullo cargado de repulsión—. Eso le dio poder, Linny, el tipo de poder que puede destruir vidas. Y cuando sus superiores empezaron a incomodarse, le retiraron toda la financiación y le cerraron el proyecto.

Chris hizo una pausa y tragó saliva. Lindsay lo sintió tensarse aún más.

—Debería haberse detenido ahí, pero no lo hizo; decidió seguir por su cuenta —prosiguió—. Y sin respaldo ni dinero para comprar voluntarios para sus experimentos, la elección era renunciar a todo o… utilizar al resto de sus pacientes para continuar con su

investigación, sin pedir permiso. —Sus ojos se posaron sobre ella, llenos de vergüenza ajena y rabia contenida—. Y ya debes suponer qué escogió.

Lindsay notó un escalofrío recorrerle la espalda.

—Decidió saltarse todas las normas —susurró Chris sin esperar respuesta—. Éticas, médicas y humanas. Hasta que lo descubrieron. Le retiraron la licencia, lo expulsaron del colegio de médicos… y se convirtió en persona non grata.

El silencio que siguió fue espeso. Lindsay apenas podía respirar.

«Doctor Frankenstein», entendió al fin.

—Y aun así… —dijo la chica en voz baja, intentando asimilarlo—, hay mucha gente que daría lo que fuera por saber cómo funcionan todas esas técnicas, ¿verdad? —adivinó Lindsay.

Chris asintió con amargura.

—El poder, Linny…, es el veneno más adictivo que existe —murmuró con una calma que dolía—. Y Victor siempre fue un adicto.

Hizo una pausa, como si le costara pronunciar lo que venía después.

—Lo que muy pocos saben es que jamás consiguió que su sistema de anclajes verbales funcionara del todo.

Lindsay lo miró sorprendida.

—¿No?

—No —negó—. Quizá hoy, después de tanto tiempo, haya encontrado la fórmula definitiva, pero por aquel entonces le faltaban años de investigación.

Ella lo escuchaba con atención, fascinada por la mezcla de inteligencia y tristeza que desprendía su voz.

—¿Y qué era lo que fallaba? —preguntó en voz baja.

—Que solo funcionaba en ciertas personas —explicó con un tono casi clínico—. Aquellas con alguna fisura mental previa: adicciones, amnesia, traumas, lagunas… Necesitaba apoyarse en una debilidad, algo que el sujeto no pudiera controlar, y para Victor aquello era un lastre. Quería más. Quería ser Dios.

Lindsay bajó la mirada, incapaz de imaginar lo que debía de haber sido crecer con un padre así, que además lo había tratado como un experimento toda su vida. Sí, también lo había convertido

en el hombre brillante que tenía frente a sí, pero estaba segura de que el precio había sido demasiado alto. En ese instante sintió un odio sincero y punzante hacia Victor Wexler.

—El complejo de Dios es una enfermedad peligrosa —susurró Lindsay al fin.

Chris sonrió sin humor.

—Sobre todo si eres médico… —reconoció, y su voz cambió, como si un recuerdo lo atravesara—. ¿Sabes? Mi madre me dijo algo muy significativo el mismo día… que decidió dejarnos.

«¿Decidió dejarnos?», en la mente de Lindsay sonaron todas las alarmas, pero prefirió no interrumpirlo.

—Ella me dijo… ¿*Sabes cuál es la diferencia entre Dios y un médico*?… *Que Dios sabe que no es médico*.

Lindsay asintió despacio. Aquello, sin duda, resumía a la perfección a Victor Wexler.

—Muy cierto —admitió, ahora cohibida, porque necesitaba preguntar—: Chris, cuando dices que tu madre *decidió dejaros*…

Chris pareció leer al vuelo sus suposiciones.

—No se suicidó, si es lo que estás pensando —aclaró de inmediato—. Solo llegó un momento en que no pudo soportar más a Victor y decidió alejarse.

Lo miró perpleja, con el corazón cada vez más dolorido.

—¿Se fue sin más? —indagó—. ¿Y tú?

El gesto de Chris se endureció. El dolor que cruzó su mirada era puro y viejo, como una cicatriz que aún ardía.

—Bueno…, supongo que incluso ella también me consideraba solo el experimento de Victor —murmuró apretando la mandíbula—, y no estaba dispuesta a llevarse nada que le recordara su pasado.

Los ojos de Lindsay se llenaron de lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—Ella lo único que quería era empezar de cero —prosiguió él, conteniendo sus emociones, como si acabar aquel relato ya fuera una necesidad—. Conoció a alguien, se enamoró y… supongo que yo solo era un lastre que necesitaba soltar.

—¿Y se fue sin ti, sin mirar atrás?

Él asintió.

—Pero no le duró mucho —siguió diciendo tras exhalar con fuerza, como si necesitara vaciarse—. Tuvo un accidente de coche el mismo día que nos dejó, cuando iba a reunirse con su amante, y murió en el acto.

—Dios, Chris… —susurró Lindsay, acariciándole el rostro con ternura.

Él intentó sonreír, pero la sonrisa se quebró antes de llegar a formarse.

—No nos enteramos de su muerte hasta una semana después —contó con la mirada perdida—, cuando el tipo con el que se marchó tuvo a bien informarnos.

—¿Una… semana? —repitió ella horrorizada.

Chris asintió con pesar.

—Ni siquiera pude asistir a su entierro.

Lindsay lo miró con los ojos empañados.

—¿Y habrías ido a pesar de que te abandonó?

La respuesta tardó en llegar, como si Chris nunca se lo hubiera planteado y la estuviera valorando en ese instante. Acabó encogiéndose de hombros mientras susurraba:

—Era mi madre.

Aquello bastó. No había nada más que añadir.

Chris soltó una pequeña risa amarga, buscando romper el silencio que había quedado suspendido entre ambos.

—¡Soy un partidazo, eh! —bromeó, intentando aligerar el ambiente.

Lindsay sonrió, pese a todo. Una sonrisa temblorosa, cargada de ternura… y de tristeza. Dos lágrimas rebeldes se deslizaron por sus mejillas antes de que pudiera contenerlas.

Chris las atrapó con los pulgares, con un gesto tan suave que la emocionó.

—Eh… —susurró, mirándola a los ojos—, no llores por mí, Linny. Hay cosas que no merecen lágrimas… ni segundas oportunidades genéticas.

Ella lo observó sin comprender del todo. Él forzó una sonrisa.

—Mis genes son un error de fábrica —bromeó con una ironía seca—. Te prometo que me aseguraré de que nunca se dupliquen.

Lindsay se tensó. Aquella frase, tan casual en apariencia, le heló la sangre. No era una broma, no realmente. Había algo en su mirada, una mezcla de cansancio, culpa y resignación que lo decía todo.

Y en ese instante, mientras él fingía tomárselo a la ligera, Lindsay entendió que no solo hablaba de biología. Hablaba de sí mismo, de no querer dejar un rastro, ni una herencia, ni nada que llevara su nombre.

Lindsay lo miró todavía procesando sus palabras.

—¿Estás diciendo que no quieres tener hijos?

Chris sostuvo su mirada durante unos segundos que se hicieron eternos. Después sonrió sin humor, con esa ironía que usaba cuando quería protegerse.

—Créeme, el mundo no necesita más Wexler.

Lindsay sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—Pero…

Chris negó con la cabeza antes de que pudiera terminar.

—No hay peros en ese aspecto, Linny —dijo con una calma tensa que dolía más que la rabia—. Él me crio, me moldeó, me enseñó todas esas cosas que tanto valoras en mí —tragó saliva—, pero de las que no estoy orgulloso.

Soltó el aire con fuerza, como si las palabras le pesaran demasiado.

—Victor no solo me enseñó a pensar, Linny. También me enseñó a manipular, a controlar, a no sentir demasiado…, a leer a las personas hasta desarmarlas, a usar sus miedos y sus emociones como piezas de un tablero, ¿por qué crees que soy tan bueno en mi trabajo?

Hizo una pausa y la amargura le tiñó la voz.

—Durante años, cuando vivía con él, creí que eso era inteligencia, que ser capaz de prever y dominar a los demás me hacía fuerte, pero no. Solo me convirtió en alguien incapaz de confiar ni de dejarse querer del todo. —El dolor se leía en sus ojos con claridad—. Jamás quise ser como él, y no sabes el miedo que me da que a veces se me dé tan bien.

—Pero tú no eres él —protestó con voz temblorosa, bajando la mirada e intentando mantener el control, mientras su mano temblaba sobre su vientre,

—¿Y si un día no puedo evitarlo? ¿Y si repito sus errores sin darme cuenta? —declaró con la voz quebrada por una mezcla de miedo y rabia—. No, Linny —murmuró con una determinación amarga—, no puedo arriesgarme, no expondré a un hijo mío a alguien como yo, como Victor.

—El simple hecho de que eso te asuste, Chris, ya te hace muy diferente a él —opinó con una calma suave, cargada de ternura.

Aquello pareció golpearlo de lleno. Sus ojos se posaron en los de Lindsay, como si intentara comprobar si de verdad creía aquello. Por un momento, el muro que siempre lo mantenía a salvo se resquebrajó y lo que asomó detrás fue pura vulnerabilidad.

Lindsay levantó la mano y le rozó la mejilla con delicadeza. Chris cerró los ojos ante el contacto, dejándose desarmar por completo, y entonces la besó. Primero despacio, con la necesidad de agradecer, de olvidar, pero aquel beso, como todo entre ellos, se volvió enseguida más intenso, más urgente. La pena, el miedo, la culpa… todo se transformó en deseo con asombrosa rapidez. Y en el breve espacio entre un latido y el siguiente, solo existía el calor de sus bocas buscándose como si la única redención posible estuviera en la piel del otro.

Al terminar, se quedaron tumbados en el sofá, acurrucados en silencio, disfrutando del contacto de sus cuerpos, del latido acompasado de sus corazones… Hasta que el zumbido de lo que parecía una moto llegando a la puerta rompió la calma de golpe. Ambos dieron un brinco y se incorporaron de inmediato, con el pulso acelerado, mirándose con los ojos muy abiertos.

Capítulo 32

Chris se levantó despacio y se puso algo de ropa. Aún descalzo, con los músculos tensos por la alerta, caminó hasta la puerta en silencio, intentando no hacer crujir la madera.

Con cuidado, apartó un poco la cortina y se asomó por una ventana lateral, donde alguien acababa de llegar hasta la puerta.

Frunció el ceño. No era lo que esperaba.

A través del cristal empañado distinguió a un hombre con chaqueta oscura y una gorra, de pie junto a la barandilla. Resultaba obvio que era un mensajero.

Chris abrió la puerta solo unos centímetros, lo justo para asomarse.

—Entrega para el señor Allen —informó el tipo sin levantar demasiado la vista.

El chico vaciló antes de abrir del todo. Cuando lo hizo, el hombre le tendió una carta sin remitente visible, pero en seguida le llamó la atención que el matasellos fuera de Boston.

—¿Quién lo envía? —le preguntó al mensajero antes de aceptarla.

—Ni idea, solo me dijeron que era urgente —respondió el tipo. Aguardó a que firmara el recibí y se largó sin más.

Lindsay esperó a que él llegara al sofá para preguntar:

—¿Qué es?

Chris abrió el sobre, desplegó la carta y la miró con una expresión entre preocupada y molesta.

—Es de nuestro amigo Harry —aclaró, apretando los dientes.

Lindsay soltó una exclamación ahogada.

—¿Del grandullón?

—Sí.

No necesitó pedirle que la leyera en alto, Chris lo hizo sin más.

Tranquilos, no pienso irrumpir esta vez. Consideradlo un voto de confianza… o simple pereza.

Solo quería recordaros que el trato sigue en pie. Quiero a Victor Wexler, espero que me entreguéis su localización exacta en cuanto se la saquéis a vuestro amigo Kendrick.

No me hagáis arrepentirme de quedarme al margen. Mi paciencia no es mi mayor virtud.

Confío en que no me decepcionaréis. Sería una pena tener que ir en persona a comprobarlo, prefiero emplear mi tiempo en seguir mis propias pistas.

De veras, espero no tener que volver a veros.

Chris arrugó la carta entre sus manos mientras Lindsay lo miraba con una expresión angustiada.

—¿Cómo sabe dónde estamos?

Él negó con un gesto tenso y admitió con irritación:

—No tengo ni idea, pero ha jugado bien sus cartas, el muy hijo de puta —murmuró entre dientes, con rabia—. Se ha asegurado de que sepamos que nos lleva ventaja.

Lindsay lo observó en silencio, viendo cómo el músculo de su mandíbula se tensaba una y otra vez, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico por no perder la calma.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó al fin en un susurro, temerosa de lo que podía escuchar.

Chris respiró hondo, mirando el sobre arrugado.

—Esto lo cambia todo, Linny, ya no podemos posponerlo —dijo al fin con voz grave—. No sabemos cuánta ventaja nos lleva… o si solo está jugando con nosotros. Quién sabe si tiene ya alguna pista que lo lleve hasta Clearhaven antes de que lleguemos.

Lindsay lo miró con el estómago encogido, sintiendo cómo el miedo y la ansiedad se entrelazaban dentro de ella.

—¿Estás diciendo que…? —susurró, temiendo la respuesta.

—Que ya no podemos posponerlo —aclaró él con pesar—. Debemos salir hacia Maine mañana a primera hora.

Ella asintió en silencio, intentando mantener la compostura, pero por dentro algo se rompió. No era solo miedo por lo que los esperaba, sino la amarga certeza de que al dejar atrás aquella cabaña, todo volvería a cambiar entre ellos de forma irremediable. Como si lo que habían vivido allí, la calma, la complicidad, el deseo sin máscaras, no pudiera sobrevivir fuera de aquellas cuatro paredes.

La angustia se apoderó de ella, que tuvo que concentrarse en otra cosa para no sucumbir a la tensión nerviosa.

—Chris, ¿tienes pensado… entregarle a Victor? —indagó, muy tensa.

El gesto del chico parecía esculpido en piedra en aquel instante.

—Es que no sabemos para qué lo quiere —insistió ella—, y no deja de ser… tu padre.

Él seguía de pie, inmóvil, con los puños cerrados, como si cualquier intento de relajarse lo amenazara con romperlo por dentro.

—Chris… —susurró con cautela.

Aquello la inquietaba mucho. Era imposible que se sintiera cómodo con todo eso. ¿De veras odiaba tanto a Victor? ¿No quedaba un solo lazo, una pizca de compasión para él?

—Aún no lo he pensado —aseguró ahora, tenso—, pero si tengo que escoger entre él o tú, siempre te elegiré a ti.

Lindsay se estremeció. En su tono, en su expresión, en sus ojos… se leía con absoluta claridad la veracidad de aquellas palabras.

—Dios, espero que no tengas que hacerlo, yo no querría ser el motivo de…

—Nada de lo que pase será culpa tuya, Linny —la interrumpió con firmeza, acercándose a ella—. Lo que sea que ese tipo quiera de Victor, te aseguro que se lo ha ganado a pulso —suspiró, bajando la voz—. Claro que preferiría no ser yo quien lo entregue…, igual que preferí salir de su vida sin hacerlo pagar entonces, aunque lo que se merecía fuera acabar en prisión.

Lindsay frunció el ceño, desconcertada.

—¿De qué estás hablando?

Chris exhaló con fuerza, como si llevara demasiado tiempo conteniéndolo todo. Cuando la miró, había en sus ojos una mezcla de resignación, miedo y dolor.

—Hay una parte de la historia que aún no te he contado, Linny —declaró en un tono cargado de amargura—. Una que no me deja en buen lugar, que es posible que cambie tu opinión sobre mí.

Ahora lo miró perpleja, con el corazón encogido. ¿Aún había más?

Chris tomó asiento a su lado en el sofá, pero la chica recortó la distancia y volvió a acomodarse en su regazo.

—Nada de lo que digas va a hacerme verte distinto —musitó con ternura, rodeándole el cuello con los brazos para jugar con su pelo —. Sé que no debió ser fácil vivir con él tras perder a tu madre.

Chris suspiró.

—La cosa empezó mucho antes de que ella se fuera —admitió—, porque el que lo echaran del colegio de médicos… solo fue el principio de su oscuridad.

Lindsay sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Aquello pintaba mal. La carga de dolor en los ojos de Chris era tan intensa que dolía solo mirarlo. Era un peso antiguo, incrustado en su alma, y ver cómo revivía aquellos recuerdos la mataba.

—Si no te sientes cómodo… —murmuró con cautela, sin querer presionarlo.

—Necesito que lo sepas todo —la interrumpió con una determinación que sonó más a súplica que a fuerza—. Quiero que sepas quién soy, sin más telones de fondo.

Ella asintió, con el corazón encogido, sabiendo que lo que estaba a punto de escuchar no sería fácil.

Chris guardó silencio unos segundos, como si tuviera que ordenar los recuerdos antes de dejarlos salir.

—Por hacerlo breve —exhaló al fin—, digamos que Victor no se resignó a perder el trabajo de toda una vida, pero necesitaba dinero, y mucho, para seguir adelante. Así que… se inventó una fuente de ingresos a la altura de su falta de decencia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lindsay, casi temiendo la respuesta.

—A que toda su experiencia y sus habilidades lo convirtieron en el estafador perfecto —respondió con un deje de amargura.

Lindsay lo miró desconcertada.

—Cuando tienes la capacidad de hurgar en la mente de alguien y careces de escrúpulos, puedes conseguir lo que quieras de esa persona —contó con evidente amargura—. Incluida… su cuenta bancaria.

Lindsay abrió los ojos de par en par, incapaz de pronunciar palabra, y Chris sonrió con amargura.

—Justo cuando creías que no podía sorprenderte más, ¿verdad? —ironizó con voz tensa—. Pues ya ves, con Victor siempre es posible ir a más. —Hizo una pausa, respiró hondo y la mirada se le ensombreció—. Tenía un olfato infalible para encontrar a la víctima perfecta. Las estudiaba a conciencia antes de escogerlas.

Entrelazó los dedos con los femeninos, como si ella fuera su toma de tierra, impidiéndole perder el control.

—Siempre escogía un prototipo muy concreto —dijo con voz baja —. Personas que acabaran de pasar por una tragedia, un duelo, una pérdida o una culpa que no podían superar. Y ahí es donde él entraba en juego… con su versión retorcida de la terapia.

Lindsay lo escuchaba sin moverse, apenas respirando.

—Usando largas sesiones de hipnosis, las guiaba a través de su dolor —continuó—, pero no para sanarlas, sino para… moldearlas. Les hacía creer que podían alcanzar algo llamado *desapego emocional saludable*, que la forma de liberarse del sufrimiento era soltando todo lo que las ataba a su pasado.

—¿Todo?

—Sí. Y cuando decía *todo*, lo hacía de forma literal. —La voz de Chris se volvió más tensa—. Se metía en sus mentes y les hacía pensar que sus posesiones eran el reflejo del dolor. Casas, joyas, acciones, todo lo que habían amado alguna vez. Implantaba en sus cabezas frases como… *al soltar lo que tienes, podrás soltar lo que fuiste.*

Lindsay sintió un escalofrío.

—Y lo hacían —continuó él con amargura y la voz casi rota—. Una y otra vez. Firmaban transferencias, donaciones, cesiones…,

convencidas de que estaban renaciendo, cuando en realidad estaban regalándole su vida a una fundación fantasma creada por él mismo, subdividida en un sinfín de alias distintos.

—Dios mío… —susurró, llevándose una mano al pecho—. ¿Y nadie lo descubría?

Chris suspiró con angustia, muy abatido.

—Lo hacía tan bien que, incluso cuando alguna vez lo descubrían, resultaba casi imposible demostrar que había sido manipulación. Tenía grabaciones, informes clínicos impecables, testimonios de mejora… Era brillante, y eso lo hacía aún más monstruoso —dijo, bajando la voz hasta casi un susurro, incapaz ya de mirarla a los ojos—. Además, siempre usaba identidades falsas, perfectamente construidas. —Sonrió con una acidez amarga—. Dudo de que haya pronunciado su verdadero nombre desde hace años.

Lindsay permanecía en silencio. No sabía si debía consolarlo o dejarlo hablar, y optó por lo segundo. Para él, cada palabra era una herida abierta.

Chris siguió hablando con la mirada perdida.

—Durante los primeros años, mi madre todavía estaba con nosotros —dijo con una calma que dolía—. Era psiquiatra, igual que él, y al principio creyó que podía ayudarlo a reconducir su trabajo, a devolverle un poco de ética a todo aquello. Pero no tardó en darse cuenta de que Victor ya estaba demasiado lejos.

—¿Ella también participaba en las estafas? —preguntó Lindsay con cuidado.

Él asintió muy despacio.

—Sí. Lo ayudaba a preparar los perfiles de las víctimas, a justificar los informes clínicos, a escribir los diagnósticos que daban credibilidad a las sesiones… —contó—. También era muy inteligente y él lo sabía, así que la usaba igual que a todos.

Hizo una pausa. Lindsay vio cómo sus manos temblaban ligeramente.

—Hasta que un día no pudo más —continuó con voz ronca—. Se cansó de mirar a otro lado y bueno…, ya sabes cómo terminó. La verdad es que no puedo culparla del todo por querer irse lejos. No solo a ella, al menos.

Lindsay asintió en silencio, con un nudo en la garganta.

Chris tragó saliva y miró a la chica con una carga de angustia visible.

—Después de eso… me quedé solo con él —reveló, y la vergüenza que leyó en sus ojos habló por sí sola—, y no tuve mucha elección.

La chica supo lo que vendría a continuación y le dolió el alma.

—Te usó para seguir su juego —adivinó.

Chris asintió con pesar.

—Me necesitaba para hacerlo creíble —confesó con amargura—. Yo era su garantía, su rostro limpio. Me presentaba como su asistente, su hijo prodigio, el ejemplo vivo de que sus métodos funcionaban. A veces fingía ser un paciente, otras, solo el testigo de sus *milagros*. —Tragó saliva, con la voz quebrada—. Me usaba porque inspiraba confianza, porque sabía leer a las personas, decir justo lo que necesitaban oír. Era el cebo perfecto. Y Victor era muy bueno usando mi empatía en mi contra, manipulando esa parte de mí que aún quería creer en él. Me hacía partícipe de algo que llamaba *ciencia avanzada*, y yo me lo repetía a mí mismo también, intentando convencerme de que estaba ayudando, cuando en realidad solo estábamos destrozando vidas.

Tuvo que hacer una pausa para poder continuar, ahora se le veía asqueado con el simple recuerdo.

—Y odiaba cada segundo, Linny, pero estaba atrapado —reconoció—. No sé si era miedo, culpa o… esa capacidad tan suya de hacerte creer que solo él podía darte un propósito.

Lindsay sintió que el corazón se le partía en el pecho.

—Chris… —susurró, llevando una mano a su rostro, pero él retrocedió apenas, como si el contacto le pesara.

—Era su hijo —dijo con amargura—. Su mejor creación. Su obra maestra. Y durante un tiempo… también fui su cómplice en parte de sus estafas —insistió, como si necesitara dejar ese punto claro y aquello pudiera hacerla ver su peor versión, una con la que él no había podido reconciliarse. Pero ella solo veía otra víctima.

Lindsay lo observaba con el alma en vilo. La culpa que ardía en los ojos de Chris era tan palpable que dolía solo mirarlo. Tenía el

rostro tenso, los puños apretados, como si cada palabra que pronunciaba le costara sangre. Durante unos segundos pareció debatirse entre seguir hablando o callarse para siempre.

—¿Qué te hizo decir basta? —lo alentó Lindsay con voz temblorosa.

Chris alzó los ojos hacia ella y exhaló despacio.

—Irene y Micah Lanfort… —pronunció aquellos nombres con una mezcla de culpa y dolor tan honda que pareció arrancarle un pedazo del alma.

—¿Quiénes son?

La mueca que torció su rostro no fue solo de culpa, sino de algo más, como un profundo arrepentimiento.

—Irene había enviudado con solo treinta y ocho años y estaba destrozada. —Su voz se volvió más baja, casi quebrada—. Victor la vio en una conferencia médica y supo, en cuanto la escuchó hablar, que era la candidata perfecta. Tenía dinero, soledad y un duelo que no la dejaba respirar.

Chris apretó la mandíbula.

—Pero cuando Victor comenzó a trabajar con ella, pasó algo importante por alto —soltó aire con fuerza—. No solía escoger a nadie que tuviera familia. Victor era muchas cosas, pero no idiota. Sabía que los vínculos lo complicaban todo.

—Y la tal Irene…

—Tenía un hijo —confesó con pesar—. Micah, doce años.

Lindsay sintió un vuelco en el estómago.

—¿Y aun así siguió adelante después de saberlo?

—Sí —respondió con un hilo de voz—. El niño estaba con unos familiares en el extranjero. Cuando Victor se enteró, ya llevaba varias sesiones de hipnosis con ella, ya había implantado en su mente la idea de que su fortuna era la raíz de su dolor, que debía soltarlo todo para poder sanar.

Se pasó una mano por el rostro, tenso, abrumado por la memoria.

—Le pedí que parara. Le rogué que la dejara en paz. Pero Victor… —su voz se quebró— solo me miró y me dijo: *El sufrimiento siempre tiene un precio, hijo. Nosotros solo lo cobramos.*

Lindsay se cubrió la boca con una mano, horrorizada.

—Dios, Chris…

—Cuando regresó, yo pasaba tiempo con el niño mientras él trabajaba con ella. —Su mirada se perdió en algún punto lejano, y Lindsay sintió el nudo que lo atenazaba—. Micah me hablaba de ella, de cómo intentaba mantenerse fuerte. Y yo… lo escuchaba sabiendo que en la habitación contigua mi padre estaba destruyendo lo poco que les quedaba. Hasta que ya no pude soportarlo.

El silencio que siguió fue insoportable.

—¿Interviniste? —preguntó Lindsay casi con un hilo de voz.

—Lo intenté —afirmó al fin—. Me colé en una de las sesiones, rompí el guion que él había preparado y le pedí a Irene que no firmara nada, que se marchara, que se llevara a su hijo lejos —suspiró con pesar—, pero no sirvió de nada. Ella me miró como si fuera la primera vez que me veía y se limitó a decirme: Si dejo ir lo que tengo, dejaré ir mi dolor —exhaló con fuerza—. Era su voz, pero las palabras eran de Victor, demasiado arraigadas ya. No hubo nada que yo pudiera hacer.

—¿Y cómo lo tomó Victor?

—Me dio una paliza de muerte aquella noche —confesó—. Jamás me había tocado hasta ese momento.

—Oh, Dios.

—Eso no importa, Linny, yo me recuperé de esas heridas —declaró con pesar—, pero debería haber tenido las agallas de intervenir antes, cuando la mente de Irene aún podía reaccionar.

Lindsay lo miró con los ojos cargados de lágrimas, contagiada de su dolor.

—¿Cuántos años tenías tú, Chris?

—Diecisiete.

A Lindsay se le escapó una exclamación de horror.

—Tú también eras un niño —le recordó—, uno viviendo bajo la influencia y la manipulación de un monstruo.

—No es excusa.

—No necesitas una excusa, Chris, eres tan víctima de Victor como aquel niño.

—Aquel niño perdió a su madre al día siguiente, Linny…

El horror volvió a asaltarla.

—¿Qué…? ¿Cómo?

—Cuando firmó los papeles donando a la *fundación* cada dólar, no tardó en recuperar la lucidez —reveló—. Un hijo es un vínculo más fuerte que cualquier hipnosis, y cuando fue consciente de lo que había hecho, de cómo le había quitado a su propio hijo lo que debería ser su herencia, no pudo soportarlo. Se tomó un frasco completo de antidepresivos.

Lindsay sintió las lágrimas correr por sus mejillas sin remedio.

—¿Murió?

—No —susurró él—, pero sí quedó con algunos daños cerebrales irreversibles. —Soltó aire para poder continuar hablando—. Un niño perdió a su madre para que Victor pudiera seguir destrozando vidas con sus experimentos.

Se pasó una mano por el rostro, agotado por el recuerdo.

—Aquel día fue la última vez que lo vi como padre —contó—. Después de eso… ya solo fue Victor para mí. —La voz le tembló, pero sus ojos estaban helados—. Lo odiaba, Linny, igual que me he odiado a mí mismo durante todos estos años.

«Y yo te estoy obligando a ir en su busca», se dijo abatida, y se sintió fatal.

—Me alejé de él cuando aún no había cumplido los dieciocho —siguió contando ahora.

—¿Y no has vuelto a verlo?

Chris suspiró.

—De vez en cuando intenta un acercamiento, pero jamás lo he permitido —admitió—. Desde que me emancipé he dado tumbos aquí y allá, sobreviviendo, sin necesitarlo para nada. Sí, tampoco estoy orgulloso de lo que tuve que hacer para lograrlo; ese Chris que fuerza puertas y conduce como en una película no era la mejor versión de mí, pero me esforzaba por no dañar a nadie —explicó algo avergonzado—. A los veinte años logré reunir el dinero suficiente para ir a la universidad, decidido a hacer algo con mi vida.

—Y la enderezaste sin ayuda de nadie —le recordó Lindsay con una nota de orgullo en la voz.

Chris guardó silencio un momento, frotándose la nuca, pensativo.

—La oscuridad es difícil de borrar, Linny, y hay errores que no desaparecen —dijo al fin, con una serenidad que dolía más que la rabia—. Puedo cambiar de vida, de apellido, de ciudad…, pero eso no borra lo que fui. Hay cosas que se quedan contigo, como una marca bajo la piel.

—No puedes castigarte eternamente por algo que hiciste cuando eras un crío manipulado por las circunstancias —protestó ella con voz suave.

—No se trata de castigarme, sino de ser realista —replicó sin dureza, pero con un cansancio hondo—. Y hay demonios que son imposibles de exorcizar.

—Tampoco necesitas hacerlo, Chris, tú eres mucho más que eso —susurró—. Eres alguien que se enfrenta a sus demonios, que los mira de frente y sigue eligiendo ser mejor. Y eso te hace más fuerte, no menos digno.

Él la observó en silencio, sin poder sostenerle la mirada por mucho tiempo, con los ojos cargados de emoción contenida.

—No sé si merezco que me mires así… —murmuró ronco.

—Deja que sea yo quien decida cómo mirarte —respondió ella sin apartar la vista de sus ojos.

Lo vio tragar saliva.

—Linny, todos vosotros sois lo más parecido que he tenido nunca a una familia normal —confesó en un susurro que le tembló en los labios—. Y no sabes lo fácil que sería arruinarlo si diera un paso en falso, algo que, por otro lado, no estoy seguro de no haber dado ya.

—Un paso en falso… —murmuró abatida—. ¿Eso es lo que soy para ti?

—Por favor, no me malinterpretes, necesito que me entiendas.

Y lo hacía, era lo más triste, por fin podía entender sus motivos. Lo observó en silencio, con el corazón encogido. Podía ver en él una mezcla de ternura y miedo, la tensión en sus manos, la culpa clavada en sus ojos. Y de veras comprendió su resistencia, su empeño en mantener las distancias con ella, su respeto casi sagrado hacia su hermano, su obsesión por no hacer nada que pudiera

interpretarse como una traición. Todo cobraba sentido al conocer su historia. Y sí, aquel sentido de la lealtad era admirable, pero… eso no la consolaba, porque ella no podría jamás conformarse con amores prudentes ni a medias. Necesitaba que él la eligiera por encima de todo, sin excusas ni reservas, que se lo jugara todo por ella. Conformarse con menos sería faltarse el respeto a sí misma. Jamás podría vivir con otra cosa que no fuera la rendición absoluta, la misma a la que ella estaba dispuesta a claudicar.

Intentó calmar el temblor en su voz antes de preguntar muy despacio:

—¿Quieres… dejarlo aquí? —Se tensó esperando una respuesta.

Quizá arriesgar tanto justo en aquel momento no era su idea más brillante, pero lo necesitaba. Él debía escogerla a ella antes de conocer la verdad sobre el bebé que llevaba en su vientre, cualquier otra cosa no la aceptaría. No soportaría obligarlo de ninguna manera a estar con ella, si no era por elección propia, y jamás podría estar segura de sus motivos si él no tomaba su decisión en ese instante.

Sintió que se estaba jugando todo a una carta. El corazón le martilleaba como un loco en el pecho.

Ahora, tras su pregunta, él la miraba desconcertado, y no sabía si era porque no esperaba que ella dijera algo así… o porque no tenía ni idea de qué escoger.

—¿A qué te refieres? —Sonó asombrado aún.

—No quiero ni puedo forzarte a nada, Chris, al fin soy capaz de entender tus reticencias —le costó decir sin que se le quebrara la voz—. Así que te doy la oportunidad de cerrar este capítulo, en este mismo instante. —Tragó saliva con el corazón sangrando—. Si es lo que quieres, a partir de este momento correremos un velo entre los dos y nada de lo que ha pasado entre nosotros se sabrá nunca.

Sabía que no era verdad, que su embarazo imposibilitaba aquella opción, pero si no averiguaba en aquel momento qué quería él, jamás sería feliz del todo.

—No me hagas esto, Linny —logró contestar Chris con evidente dificultad.

A ella le costó la misma vida seguir presionándolo. En cualquier otro momento jamás se le ocurriría hacerlo tras haberse abierto en

canal, cuando aún estaba demasiado sensible, pero de aquello dependía en gran parte su felicidad y, por ende, la de su bebé, y no quedaba tiempo. Era posible que al día siguiente… la verdad se interpusiera entre ellos como una condena.

—Lo siento, pero debes darme tu respuesta ahora —insistió—. Mañana esta oferta ya no estará disponible.

El silencio de Chris comenzaba a resultar atronador a sus oídos.

—Nada es tan fácil, Lindsay —dijo ahora en un tono más tenso —. Creo que te estás olvidando del bebé.

—No es verdad.

—Te recuerdo que estamos aquí para encontrar a su padre.

—¿Y qué con eso?

Chris se veía cada vez más desconcertado.

—El padre de mi bebé tiene derecho a saber de mi embarazo, pero nada más —informó con cautela—. El bebé no decidirá mi futuro de pareja.

—Pero…

—Sin peros, Chris —interrumpió—. Jamás aceptaré una relación basada en cosas como la obligación, la responsabilidad o asumir errores. —Clavó una mirada intensa en sus ojos—. Con nadie. Necesito que entiendas eso.

Él la estudió en silencio, escrutando su rostro con una mirada analítica y esa perspicacia que tanto fascinaba a Lindsay, pero que la aterraba en aquel momento.

—¿Qué no me estás contando? —preguntó Chris de pronto, con una certeza que la dejó helada.

—¿Qué?

—Dímelo —insistió.

—Chris…

—¡Chris nada, Lindsay! —Su tono era exigente ahora—. Habla.

Ella contuvo la respiración para calmarse un poco, preguntándose en qué momento había perdido su ventaja. Sentía el pánico subirle por la garganta.

—No hay nada que contar —mintió, aunque su voz tembló lo suficiente como para delatarla.

Él lo notó. Y esa certeza en su mirada fue peor que cualquier reproche.

Sintió que la habitación se hacía pequeña, que el aire no bastaba.

—Será mejor que dejemos la conversación aquí, Chris —se batió en retirada, intentando sonar irritada—. Voy a darme una ducha. Creo que ambos necesitamos pensar un rato a solas.

Aquello era el equivalente a decirle que no sería bienvenido.

Chris no la detuvo, pero su silencio la persiguió hasta el baño.

Cuando el agua caliente comenzó a caer sobre su piel, Lindsay cerró los ojos y dejó que el vapor la envolviera. Se mordió el labio para no llorar, aunque las lágrimas se confundieron con el agua.

«Eres una cobarde», se repitió una y otra vez, con el pecho oprimido. «Díselo de una vez y acaba con el suplicio». Pero cada vez que imaginaba su reacción, el modo en que la miraría al descubrirlo, algo dentro de ella se rompía.

Tardó en salir. Quería creer que el vapor había borrado las marcas de su angustia, pero al regresar al salón supo que era tarde para fingir.

Chris estaba de pie, asomado a la ventana, mirando al exterior sin verlo, puesto que era noche cerrada ya. Su expresión había cambiado por completo: era fría, impenetrable. Cuando la miró, no había ternura ni rastro de la calidez de antes. Solo distancia.

—Saldremos muy temprano —dijo con voz seca, sin mirarla demasiado tiempo—. Será mejor que intentes dormir un poco.

Ella asintió, aunque sintió cómo se le helaba la sangre. No sabía qué había pasado mientras estaba en la ducha, pero algo en él había mutado.

Parecía que él acababa de tomar su decisión… y no la escogía a ella.

Capítulo 33

«Quiero mirarte». Lindsay contemplaba el mensaje dentro del colgante de su pequeño dragón, anhelando con toda su alma poder regresar a la noche en la que había sido escrito y actuar de manera diferente.

Estaban casi llegando a Clearhaven, y el miedo le atenazaba el pecho cada vez con más apremio a cada kilómetro que recorrían.

Miró por la ventanilla hacia Chris, que se movía alrededor del coche mientras echaba gasolina. El sol de la mañana recortaba su silueta, y Lindsay no pudo evitar desearlo con toda su alma. No se habían vuelto a tocar desde aquella conversación y la necesidad se le hacía insoportable. Él estaba allí, tan cerca… y, sin embargo, más lejos que nunca.

La noche había sido un tormento. Chris ni siquiera hizo amago de acercarse a la cama. Permaneció en el sofá, donde era evidente que no pegaba ojo. Lindsay escuchó desde la cama cada ruido, cada cambio de postura, cada respiración contenida, consciente de que él sufría de la misma inquietud que la sobrecogía a ella.

Pasadas las dos, el suave chirrido de la puerta al abrirse la había sobresaltado. Movida por la preocupación, se acercó a la ventana. Lo vio sentado en los escalones del porche, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el bosque. No se movía…, se limitaba a estar allí sin más, como si necesitara el aire frío para no ahogarse en sus pensamientos. Y había pasado horas allí afuera, inmóvil, mientras ella se contenía para darle margen y no salir a buscarlo. Algo que él mismo le había pedido en un tono firme cuando ella había intentado un acercamiento antes de acostarse.

Cuando al fin lo oyó entrar, tras una eternidad, Lindsay fingió dormir. Escuchó cómo dejaba las llaves sobre la mesa, suspiraba y se tumbaba en el sofá, que crujió bajo su peso.

Y al llegar la mañana, el ambiente siguió igual de espeso. Chris estaba más hermético que nunca, evitaba mirarla, respondía con frases cortas, la voz baja y los gestos crispados. No era solo distancia…, sino algo más profundo. Un peso invisible que lo mantenía atrapado y fuera de su alcance.

Durante el viaje apenas habían intercambiado palabra, y aquello tenía los nervios de Lindsay cada vez más de punta y el corazón encogido.

Se apresuró a guardar a Draco en la mochila cuando Chris estaba a punto de subirse al coche de nuevo. Se había demorado pagando dentro de la tienda. Al sentarse al volante, la sorprendió:

—Me han indicado un atajo a Clearhaven —informó en el mismo tono seco que había usado toda la mañana—. No deberíamos tardar más de diez minutos en llegar.

Ella no dijo nada. No podía. De repente sentía la garganta cerrada, reseca, como si las palabras se le hubieran quedado atrapadas. Y aquellos diez minutos se sintieron eternos, una cuenta atrás que la acercaba al lugar donde, quizá, todo cambiaría.

El paisaje empezó a transformarse. La carretera se estrechó, flanqueada por una hilera de pinos altos que parecían custodiar el paso, y el aire se volvió más fresco, impregnado de resina y humedad. El rumor del lago cercano acompañaba el sonido del motor, un murmullo constante que parecía latir con el miedo que llevaba dentro.

Cuando doblaron la última curva, Clearhaven apareció ante ellos. Una imponente mansión restaurada se alzaba entre los árboles, luminosa bajo la claridad del día. Se trataba de una construcción de piedra clara, con tejados oscuros y grandes ventanales que reflejaban el cielo y daban al edificio un aire sereno, casi esperanzador, como si de veras pudiera cumplir su promesa de refugio y paz mental.

Pero Lindsay no sentía nada de eso. Cuando se bajó del coche, su interior era todo lo contrario a aquel paisaje: un torbellino oscuro, espeso, en el que la culpa, el miedo y la necesidad luchaban por ahogarla.

El silencio del lugar los envolvió por completo. El aire olía a pino y a tierra húmeda. El viento apenas rozaba las copas de los árboles, produciendo un murmullo suave que parecía venir de todas partes.

A un lado de la casa se extendía un camino empedrado que conducía a un pabellón más moderno, rodeado de jardines cuidados, con bancos de madera y senderos que serpenteaban entre rosales y lavanda. Más allá, entre los árboles, el agua del lago brillaba con reflejos plateados.

Todo emanaba calma. Demasiada. Algo que Lindsay era incapaz de mantener, por lo cual, de forma un tanto paradójica, aquel lugar comenzaba a enervarla.

Chris se quedó a su lado observando la fachada con gesto tenso.

—Bonito sitio para perder la cabeza —murmuró más para sí que para ella.

Lindsay lo miró en silencio, con el corazón encogido, hasta que se aventuró a preguntar:

—¿Crees que Victor estará aquí?

—Eso espero —repuso entre dientes—, esta pesadilla tiene que terminar hoy.

La amargura en su tono la sorprendió. ¿Pesadilla? No estaba segura de si se refería a la búsqueda de su padre… o a aquel viaje con ella. Prefirió no preguntar. Se limitó a soltar aire despacio, intentando calmar el nudo en su pecho, mientras sus ojos se movían por el entorno.

A su alrededor, quienes suponía que eran pacientes del centro paseaban despacio por los senderos, algunos solos y en silencio, otros acompañados por asistentes vestidos de blanco.

Lindsay frunció el ceño.

—¿Cómo es? —Se le ocurrió preguntar ahora—. ¿Cómo reconoceré a Victor si lo veo?

Chris sonrió mordaz y sin rastro de humor. Tan solo le dirigió una mirada acusatoria que la dejó perpleja, ni una sola palabra.

Caminaron hacia la mansión. Lindsay podía distinguir a la legua la rigidez en los hombros y en el rostro de Chris. Cada paso que daba parecía pesarle una tonelada. No era solo tensión; había en él algo más, una mezcla de furia contenida y temor, como si una parte

de él deseara que Victor no estuviera allí y la otra no pudiera soportar seguir sin enfrentarlo.

—Por aquí —dijo él, señalando un camino empedrado que bordeaba un seto bajo y conducía a una puerta de cristal junto a los jardines.

Chris alargó la mano para abrir, pero se detuvo a medio camino, cerró los ojos y Lindsay lo vio tragar saliva y apretar los dientes con total claridad.

—¿Qué pasa?

A él pareció costarle contestar. Lo hizo tan solo con un movimiento de cabeza, señalando hacia el interior de los jardines que se vislumbraban desde allí.

Confusa, Lindsay miró en aquella dirección… y se le cortó la respiración.

Con el corazón en la garganta, galopando ahora a marchas forzadas, contempló al hombre que estaba sentado en un banco pocos metros más allá, leyendo un periódico. Era Nathan Kendrick.

—¡Está aquí! —exclamó, exhalando aire al fin al mismo tiempo.

—¿Esperabas otra cosa? —ironizó, mirándola con frialdad—. ¿Por qué iba a engañarte?

Lindsay le devolvió un gesto dolido. No entendía tanta animosidad por su parte.

—¿Es necesario que seas tan frío? —sonó a ruego—. Esto no va a ser nada fácil para mí, Chris.

Lejos de ablandarse, la miró con dureza.

—¿Y crees que para mí va a ser una fiesta?

—Chris…

—Acabemos con esto —gruñó entre dientes, echando a andar hacia Kendrick con paso decidido ahora—. Este sitio me revuelve el estómago.

Lindsay estuvo a punto de correr en sentido contrario. Toparse con Kendrick de sopetón había sido un shock. De alguna manera había esperado ver primero a Victor, eso la habría ayudado a prepararse para enfrentarse al hombre que izaba ahora la cabeza por encima del periódico.

—¡Christopher! —se sorprendió al verlo, poniéndose en pie de inmediato.

Avanzó un paso hacia él con la mano extendida en un gesto cordial, casi emocionado, pero Chris permaneció inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro duro como el mármol.

El silencio que se instaló entre ambos resultó incómodo. Lindsay lo sintió en la piel como una corriente eléctrica y deseó poder intervenir, pero no supo cómo.

Kendrick bajó despacio la mano, intentando disimular el desconcierto, y fue entonces cuando sus ojos se posaron en ella.

—¿Señorita Madock? —dijo asombrado de nuevo, perplejo de verla también allí.

Lindsay reaccionó al instante, tendiéndole la mano con una sonrisa amable que no lograba borrar la tensión del ambiente.

—Doctor Kendrick —saludó con educación.

Él estrechó su mano, aún con una expresión de leve perplejidad. Lindsay echó un rápido vistazo a Chris… justo a tiempo para verlo fulminarla con la mirada. La condena en sus ojos era tan evidente que Lindsay sintió un escalofrío.

Kendrick retiró la mano con cierta incomodidad, mientras Chris tensaba la mandíbula y desviaba la vista. Parecía contenerse a duras penas. El aire en el jardín se sentía cada vez más denso.

Lindsay, atrapada entre ambos, comprendió que aquel encuentro iba a ser aún peor de lo que esperaba, y eso aún sin… verdades incómodas y sin que Victor Wexler hubiera hecho todavía acto de presencia.

Se estremeció al pensarlo y miró a su alrededor, temerosa de que el doctor Frankenstein apareciera de improviso y Chris no pudiera soportarlo.

—Es evidente que esto no es una visita social —observó Kendrick con una tensión contenida que apenas disimulaba—. ¿A qué debo tanto honor, Christopher?

La pregunta quedó flotando en el aire. La respuesta de Chris fue un silencio cortante, casi hostil. Se limitó a mirarlo con una expresión impenetrable y, para asombro de la chica, hizo un leve gesto con la mano para cederle la palabra a ella.

El corazón de Lindsay dio un vuelco. Intentó hablar, pero apenas logró exhalar un leve sonido ahogado.

—¿Se encuentra bien, señorita Madock? —interrogó el doctor—. Está muy pálida.

Sintiendo que le temblaban hasta las rodillas, tragó saliva y miró a Chris con angustia, suplicando apoyo, pero él se limitó a observarla con un gesto impasible.

«¡¿Qué demonios pasa contigo?!», habría querido gritarle para hacerlo reaccionar. No era propio de él comportarse de una forma tan fría con ella, y no lo soportaba. Y si ya estaba así…, la aterrorizaba pensar en lo que podía suceder en los próximos minutos.

Inhaló y exhaló aire varias veces esperando que aquello la ayudara a calmarse. Había recorrido tres estados en busca del hombre que tenía ante sí y no había forma de eludir la razón por la que estaba allí.

—Doctor Kendrick… —repuso, y su voz tembló, quebrada por los nervios—. Estoy embarazada.

El silencio que siguió fue tan denso que podía oír su propio corazón retumbando en el pecho.

Kendrick la observó sin parpadear durante unos segundos interminables. Ni una sola emoción se filtraba en su expresión, pero sus ojos, por un instante, parecieron brillar.

—Enhorabuena —concedió al fin con una serenidad demasiado medida, lanzando de reojo una mirada fugaz hacia Chris, que seguía imperturbable

—Gracias —murmuró, intentando mantener la compostura—. El caso es que…, eh…, sucedió en esa gala.

Kendrick se veía cada vez más tenso.

—Sí —dijo con voz baja—. Eso ya lo había supuesto. Dime cuál es el problema.

El estómago de Lindsay se contrajo. Chris seguía a su lado sin pronunciar palabra. Ni una mueca. Ni una respiración alterada. Nada.

—Tengo que hablar con el padre de mi bebé… y…, eh…, el caso es que… —tuvo que esforzarse para seguir explicando— perdí la

tarjeta que usted me dio y necesito recuperar el contenido.

No hacía falta decir mucho más para hacerse entender. El silencio volvió a ser protagonista del momento. Kendrick la miraba con una expresión tan neutra que resultaba inquietante.

Angustiada, con el pulso desbocado, intentaba no mirar a Chris. La sola idea de cruzar su mirada la aterrorizaba. Debía de estar confundido ya…

Tragó saliva y se obligó a concentrarse en Kendrick. Intentaba descifrar su expresión, leer algo en aquel rostro que seguía tan imperturbable como una estatua.

¿Acaso podía haber olvidado… el contenido exacto de la tarjeta? Tan solo había escritas en ella tres palabras, pero debían ser las correctas.

Aquella posibilidad la horrorizó.

—Doctor…, dígame que recuerda con exactitud lo que escribió en esa tarjeta —rogó con la voz quebrada.

Kendrick viró la mirada hacia ella y, durante un segundo, el silencio fue absoluto. Luego asintió despacio, con un gesto grave, cargado de significado…

…y entonces giró la cabeza hacia Chris.

Lindsay sintió cómo el aire se espesaba a su alrededor cuando sus miradas se cruzaron.

El doctor lo observó con una mezcla difícil de descifrar, algo a camino entre la culpa, la tristeza y una vieja determinación, mientras el chico entrecerraba los ojos, devolviéndole una mirada afilada.

—Eres un hijo de puta —masculló Chris, recalcando cada palabra.

Sorprendida, Lindsay dio un respingo, ahogando una exclamación. Lo miró desconcertada, sin entender del todo qué estaba ocurriendo, pero el temblor en la voz de Chris, el brillo furioso en sus ojos… le helaron la sangre.

Kendrick no se inmutó. Permaneció en silencio, observándolo con una serenidad inquietante.

—No voy a negar que lo merezco —respondió al fin con un tono bajo, resignado—. Pero si sirve de algo…, no me diste otra opción.

Los ojos de Chris ardían con una furia escalofriante. Lindsay jamás lo había visto así. Aquella mirada, tan iracunda, tan al borde del estallido, la estremeció hasta el alma.

—Dios… —masculló Chris, con los puños cerrados—, creo que voy a golpearte.

Dio un paso hacia Kendrick, y Lindsay reaccionó al instante, adelantándose y poniéndose entre ambos.

—Chris, por favor, tienes que calmarte —rogó con el corazón desbocado—. ¿Qué te pasa?

Él la miró con una sonrisa helada.

—¿De verdad me preguntas qué me pasa? —repitió con un temblor en la voz que dolía más que cualquier grito.

Ahora fue Kendrick quien intervino, dejando caer una bomba que no esperaba.

—Lo sabe, niña —dijo sin apartar los ojos de Chris.

Lindsay frunció el ceño, sin entender.

—¿Qué… qué dice? —balbuceó confusa.

El silencio se volvió denso y fue Kendrick quien lo rompió, con una calma que solo aumentó la tensión.

—Él tiene muy claro de quién es el bebé que esperas —afirmó—. Y aunque no pueda recordar cómo sucedió…, sí sabe por qué no lo recuerda.

El mundo pareció detenerse. Lindsay sintió que todo el oxígeno se le escapaba de los pulmones. Se giró hacia Chris con el corazón desbocado, buscando negación, una palabra, un gesto que desmintiera lo que acababa de oír, pero lo que encontró en sus ojos heló la sangre en sus venas.

No había desconcierto ni incredulidad. Solo una furia muda…, y debajo de ella un dolor tan crudo, tan humano que le atravesó el pecho. Sus ojos, esos que hacía tan solo unas horas ardían de deseo al mirarla, lo hacían ahora de rabia contenida, cargados de reproches, de condena.

Lindsay quiso hablar, explicarse, pero una vez más las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, ahogadas por la culpa y el miedo.

Él dio un paso atrás, con el gesto endurecido y los labios tensos,

como si la distancia física fuera lo único que podía salvarlo de quebrarse.

Y fue entonces cuando ella comprendió, con una certeza escalofriante, que él conocía aquella verdad desde la tarde anterior. De repente todo encajó: su frialdad, el silencio, la mirada distante. No era simple irritación, sino ira contenida mezclada con un sinfín de emociones magnificadas.

—¿Cómo… cómo lo has…? —atinó a balbucear, apenas capaz de sostenerle la mirada.

Chris soltó una carcajada breve, seca, sin rastro de humor.

—¿Vas a hacerme preguntas, Lindsay? —replicó con los dientes apretados y la voz temblando de rabia—. ¿Tú a mí? Tiene gracia.

Su tono la desgarró. No era el hombre que recordaba. Había algo roto en él, algo que ya no sabía si podría reparar. Y cuando al fin se atrevió a mirarlo de nuevo, solo vio furia… y un dolor tan profundo que la dejó sin aliento.

El aire se volvió irrespirable, denso como la niebla espesa.

—Chris… —murmuró su nombre.

—Tú y yo ya hablaremos cuando no sienta deseos de matarte —afirmó en un tono peligroso, y clavó sus ojos en Kendrick antes de mascullar—: Y tú, arréglalo, ¡ahora!

Kendrick lo observó en silencio. Su rostro no mostraba arrepentimiento, más bien una calma calculadora, como la de quien contempla piezas en un tablero y decide la próxima jugada.

Se tomó su tiempo antes de hablar, valorando cada palabra.

—Muy bien, lo haré —accedió al fin—, pero tengo una condición.

Chris soltó un improperio entre dientes.

—¿Crees que estás en situación de hacer exigencias?

—Solo yo puedo devolverte los recuerdos de aquella noche, Christopher —dijo el tipo con una voz tranquila pero firme—. Eso me suena a ventaja, sí.

Capítulo 34

Lindsay escuchaba cada palabra con una ansiedad creciente. ¿Qué ocurriría si se negaba?

—Por favor… —le rogó con los ojos llenos de lágrimas.

Kendrick la miró ahora con calma.

—Tranquila —dijo con una serenidad desconcertante—, solo tengo una petición sencilla.

Ella aguardó con inquietud, esperando lo peor.

—Lo único que pido es… vuestra promesa de que me permitiréis conocer al bebé cuando nazca.

Lindsay lo miró perpleja. ¿Eso era todo?

—¡Ni hablar! —rugió Chris, adelantándose un paso.

—Vamos, Christopher —intentó calmarlo el hombre, sin éxito—, solo…

—¡Jamás vas a acercarte a mi hijo, y no es negociable! —Apretó los dientes con fuerza—. Aprenderé a vivir sin mis recuerdos si es necesario.

Lindsay los miraba a ambos, sin entender del todo aquella tensión visceral. La petición del doctor le parecía extraña, sí, pero no tan terrible.

—Chris… —intentó apaciguarlo.

—No.

Ella respiró hondo, intentando mantener la calma, e insistió:

—Es algo razonable. No es mucho, considerando… lo que está en juego.

Volvió la vista hacia Kendrick, buscando confirmar.

—¿Solo conocerlo?

El hombre asintió, y Chris lo enfrentó ahora avanzando un paso hacia él.

—Ella es más razonable que tú, Christopher.

—Ella no te conoce tan bien como yo —replicó Chris. Después sonrió con acidez y clavó en él una mirada acerada, cargada de mordacidad—. Hagamos una cosa… Haz una presentación formal y me lo pienso.

El comentario pareció incomodar a Kendrick, que le sostuvo la mirada unos segundos, y entonces algo cambió en su expresión. Su rostro, su cuerpo, todo en él se relajó, como si acabara de tomar una decisión que aceptaba con resignación.

—De acuerdo —murmuró con voz baja—, me parece justo.

Y entonces se volvió hacia Lindsay.

Sus ojos se suavizaron apenas, y cuando habló, su tono fue distinto, más profundo, cargado de solemnidad.

—Señorita Madock, es cierto que aún no hemos sido presentados formalmente.

Hubo un silencio breve, eléctrico. Lindsay no entendía nada.

—Encantado de conocerla —dijo con una serenidad gélida, tendiéndole la mano—. Mi nombre es… Victor Wexler.

El mundo pareció inclinarse bajo los pies de Lindsay. Sintió que el pulso se le disparaba y su estómago se contraía, provocándole una arcada.

No tomó su mano, al contrario. Todo su cuerpo reaccionó antes de que su mente pudiera procesar las palabras. Por instinto, dio un paso hacia atrás… y luego otro, hasta chocar con el cuerpo de Chris.

Se aferró a él con desesperación, buscando un punto de anclaje en medio del vértigo. Le tomó la mano sin pensarlo, con la misma necesidad con la que se busca aire después de un largo buceando. Durante un segundo temió que él la apartara, pero no lo hizo. Al contrario. Sintió su mano apretar la suya con fuerza, un gesto breve, casi imperceptible, pero suficiente para sostenerla en pie.

Ese contacto la reconfortó más que un millón de palabras. Significaba que, pese al abismo que acababa de abrirse entre ellos, aún había algo, un reflejo, una necesidad, que lo impulsaba a protegerla.

—Vaya, parece que mi reputación me precede —murmuró Victor con una sonrisa irónica.

Lindsay lo miró como si de repente se hubiera convertido en un monstruo de dos cabezas. No pudo evitar odiarlo con todas sus fuerzas.

Dios…, aquello elevaba su propia traición hacia Chris a límites que ni ella misma podría perdonarse.

—Solo quiero conocer a mi nieto —acabó suspirando Victor, ahora algo tocado—. No pido mucho.

—La respuesta sigue siendo no —replicó Chris con firmeza, sin un atisbo de duda—. Pero tú mismo me enseñaste el arte de negociar.

Soltó la mano de Lindsay con cuidado y avanzó hacia él, con la furia contenida bajo una calma peligrosa.

—Así que aquí va mi contraoferta… —su voz bajó un tono, afilada como un bisturí—. Tú me devuelves mis recuerdos y yo no le doy tu paradero a toda la gentuza que viene persiguiéndonos desde Boston solo para encontrarte.

Durante unos segundos Victor se limitó a observarlo en silencio. Había algo distinto en su mirada.

Hasta que sus labios se curvaron muy despacio en una sonrisa.

—Touché… —susurró con una mezcla de ironía y, para horror de Lindsay, de genuino orgullo.

El modo en que lo miraba, como quien contempla el resultado perfecto de un experimento, le heló la sangre.

Lindsay sintió náuseas. Jamás permitiría que aquel hombre se acercara a su bebé.

—Cuando quieras empezamos —repuso Chris tras unos segundos—. Supongo que en esa tarjeta de la que hablabais antes estaban anotados los anclajes. —Victor asintió—. Pues espero, por tu bien, que recuerdes cada uno de ellos.

«Los anclajes…». Lindsay se estremeció al comprender. Eran las tres palabras que él escribió al reverso de la tarjeta que le entregó.

—Siéntate —señaló Victor el banco donde lo habían encontrado.

—Estoy bien de pie.

—Vas a sentir un mareo intenso durante unos minutos, Christopher, ya lo sabes —le recordó el tipo sin perder la calma—, así que no seas necio.

Lindsay dio un paso hacia ellos con el corazón encogido.

—¿Por qué? —intervino con el rostro desfigurado—. ¿Esto es… peligroso?

Victor la miró y, por primera vez, su expresión se suavizó un poco.

Pero fue Chris quien respondió, con una frialdad que la hizo temblar mientras tomaba asiento.

—¿Le preguntaste lo mismo cuando me los quitó?

Aquello la golpeó de lleno, y Lindsay sintió que el aire se le atascaba en la garganta.

—Compórtate, Christopher —le advirtió Victor—. La señorita Madock solo se preocupa por ti, y te aseguro que es la última responsable de lo que sucedió aquella noche.

Chris alzó la mirada, y durante un segundo Lindsay creyó ver el dolor detrás de su rabia. Su cuerpo estaba rígido, los nudillos blancos alrededor de los puños cerrados.

Victor se acercó despacio, sin apartarle la vista, y colocó una mano sobre su cabeza.

—Cierra los ojos y céntrate solo en mi voz —indicó con tono clínico, casi quirúrgico—. No luches contra el recuerdo. Si lo haces, la mente lo fragmentará y el proceso será muy doloroso.

—Recuerdo la teoría, no necesitas fingir preocupación.

Lindsay sintió que las piernas le temblaban. El aire olía a humedad, a madera vieja y electricidad contenida.

Chris guardó silencio ahora, ya no podía ocultar su rigidez. Tenía la mandíbula apretada y el cuerpo tenso como un arco a punto de romperse.

Y mientras Victor se colocaba frente a él, con la precisión del hombre que se dispone a abrir una caja cerrada con llave, Lindsay sentía que el aire se espesaba a su alrededor, impidiéndole hasta respirar.

En aquella habitación de hotel necesitó al menos una hora para borrar todo rastro de ella, inducirle recuerdos nuevos y anclar la verdad a las tres palabras que anotó en la tarjeta. ¿Qué debía esperar ahora? Aquella noche apenas le dio instrucciones vagas: si algún día necesitaba restaurar los recuerdos, debía pronunciar esas

tres palabras…, pero en un lugar tranquilo donde pudiera tumbarse, relajarse y dejar que la mente hiciera el resto.

Victor exhaló despacio, como quien se prepara para abrir una herida antigua. Durante unos segundos el silencio se volvió denso, casi reverente. Luego bajó la voz hasta convertirla en un murmullo que apenas rozaba el aire.

—*Vinctum per memoriam, liberum per veritatem…* —susurró con una solemnidad que erizó la piel de Lindsay.

«Atado por la memoria, liberado por la verdad».

Reconoció la frase al instante. La había leído en uno de los cuadernos de la cabaña, escrita con la misma caligrafía meticulosa que ahora temblaba en el aire, y Chris la había traducido para ella. Jamás la olvidaría.

Victor cerró los ojos un instante, como si afinara su respiración al compás de un pulso invisible, y entonces pronunció las tres palabras que lo cambiarían todo:

—*Anima. Ignis. Reminiscere.*

El efecto fue inmediato.

Chris se tensó con un espasmo violento, igual que si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo. Sus manos se aferraron al borde del banco, tan fuerte que sus nudillos se pusieron blancos, su pecho se agitaba en un intento desesperado por contener algo que lo sobrepasaba.

Lindsay sintió el impulso de correr hacia él, pero Victor levantó una mano para detenerla sin apartar la vista de su hijo.

Chris apretó los dientes, con los ojos cerrados con fuerza, y de pronto una exhalación entrecortada escapó de su garganta, mezcla de dolor y asombro.

—Dios… —murmuró, llevándose una mano a la sien.

—Deja que fluyan, Christopher —intervino Victor con una calma tensa, casi paternal.

Durante unos segundos el chico trató de resistirse, aferrado al banco como si el suelo se moviese bajo él. El sudor perlaba su frente; su respiración se volvió entrecortada, desordenada. Entonces Victor dio un paso hacia adelante y le indicó con un gesto que se recostara.

—Túmbate despacio —le ordenó en un tono firme pero sereno.

Chris obedeció sin protestar. Su cuerpo cedió y cayó bocarriba sobre el banco soltando un gemido bajo. Lindsay dio un paso al frente, angustiada, al ver cómo el pecho de él subía y bajaba con un ritmo irregular.

—¿Qué le pasa? —interrogó aterrada, luchando contra la necesidad de correr a consolarlo.

Victor no apartó la vista de su hijo.

—El mareo es una respuesta fisiológica —explicó—. La mente está intentando procesar una avalancha de impulsos eléctricos, recuerdos reactivados, conexiones sinápticas que llevan tiempo dormidas. Es… como reiniciar un sistema saturado.

Lindsay sintió un nudo en la garganta mientras lo observaba estremecerse.

Chris dejó escapar un largo suspiro. Sus párpados cerrados temblaban como si el cuerpo entero se rebelara contra la marea que lo invadía.

Ella dio un paso más, angustiada, hasta quedar junto a él, con la mano suspendida a centímetros de la suya.

—Linny… —susurró él casi sin voz, entre dientes.

Ya no pudo contenerse. Le tomó la mano con suavidad, entrelazando sus dedos con los de él, temblorosos y fríos. Para su asombro, el efecto fue inmediato: Chris dejó de tensarse y su respiración se volvió más pausada, casi serena. Los músculos de su rostro se relajaron poco a poco, y aunque no abrió los ojos, el gesto atormentado desapareció, como si su cuerpo reconociera aquel contacto y se aferrara a él instintivamente, encontrando refugio en su piel.

—¿Por qué no abre los ojos? —preguntó Lindsay en un susurro sin soltarle la mano, comenzando a agobiarse.

Victor la observó con una calma grave.

—Porque ahora mismo está reviviendo aquella noche —explicó despacio—, intentando encajar cada pieza en su lugar.

Lindsay lo miró sin atreverse a respirar. Chris seguía inmóvil, con los párpados temblando, atrapado en algún punto entre la vigilia y el sueño, donde… los recuerdos comenzaban a abrirse paso…

Verla alejarse de él, cruzar la puerta del bar y perderse en el hall del hotel fue un suplicio. Cada paso que daba lo desgarraba un poco más. Le costó la misma vida no ir tras ella, no mandarlo todo al infierno: las normas, la prudencia, el sentido común… Aquel beso en la sala de equipajes había abierto una grieta imposible de cerrar, por la que escapaba sin remedio toda su capacidad de contención. Ceder a él había sido como abrir las compuertas de un dique; imposible detener el torrente que lo arrasaba todo, incluso su determinación de mantenerse lejos y fingir que no la deseaba hasta la locura.

Se obligó a permanecer sentado gracias a que el whisky comenzaba a ralentizar sus sentidos. Acabó bebiendo de la botella a morro, perdido por completo, sintiéndose igual que un vagabundo que necesita adormecerse para poder soportar el peso de su propia conciencia. Cada trago quemaba, pero también lo mantenía a flote, anestesiando en parte el hambre que sentía por ella; ese deseo que no sabía si lo estaba volviendo loco o solo revelando cada vez con más ahínco lo que siempre había estado ahí, contenido desde hacía demasiado tiempo ya.

Cuando salió del bar, el aire acondicionado del amplio vestíbulo lo golpeó en el rostro, algo que le vino bien. El whisky le pesaba en las venas y avanzó a paso torpe, intentando no pensar más en ella…, hasta que la vio sentada en uno de los sofás del vestíbulo.

Durante unos largos segundos se preguntó si podría estar solo en su cabeza, hasta que ubicó a Jasper Avery junto a ella. Aquel imbécil de traje perfecto, sonrisa aniñada y aire encantador la miraba embobado, como si el mundo se redujera a ella. Y, para desgracia de Chris, la chica le devolvía una sonrisa relajada, brillante, mientras charlaba con esa chispa de ingenio, inteligencia y elegancia natural que siempre lograba cautivar a todos a su alrededor.

Un ardor agrio le subió por el pecho. Los celos lo abrasaron antes siquiera de que pudiera fingir indiferencia.

—Vaya, parece que yo no era tan necesario en esta fiesta —murmuró con la voz cargada de ironía, sorprendiéndolos. Y se dejó

caer en el sofá junto a ella, al lado contrario al que estaba Jasper.

Lindsay se puso tensa y su sonrisa se borró al instante, algo que irritó a Chris de un modo ilógico.

—Tú decidiste montarte la fiesta con tu amigo *Jack Daniels* —le recordó ella en un tono ácido—. Así que los demás nos apañamos como podemos.

Chris recortó la distancia hasta su oído para susurrarle:

—Eso convierte a Jasper en un premio de consolación, Linny —declaró, arrastrando las palabras—. Está feo que se lo digas.

—¡Deja de decir chorradas! —se quejó mirándolo con irritación.

Jasper intervino ahora en un tono molesto:

—Vamos, Lindsay, te llevo a casa.

«Por encima de mi cadáver», estuvo a punto de gritarle Chris, pero se contuvo e intentó hablar con serenidad.

—No es necesario, yo voy en la misma dirección.

Ahora Lindsay sí se giró a mirarlo.

—¿Que tú vas adónde? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Donde sea que vayas tú —contestó él con total naturalidad mientras se palpaba los bolsillos—. En cuanto encuentre la llave del coche.

—Ni lo sueñes —replicó Lindsay con firmeza—. No vas a conducir.

—Claro que sí, espera… —Al fin encontró la llave y se la mostró orgulloso—. Aquí está, ¿ves?

En un segundo, Lindsay se la arrebató con un movimiento ágil.

—¡Eh! —protestó

—Unos reflejos estupendos los tuyos —lo atacó—. Ideales para conducir.

—Estaba distraído.

—¿Sí? —ironizó—. ¿Con qué?

Él la observó con una media sonrisa y la mirada brillante.

—Con tus ojos verdes.

Lindsay bufó exasperada.

—Sí, claro.

—Intentando esquivar esas miradas asesinas, Linny —suspiró—. ¿Podrías dejar de mirarme así?

—¿Así cómo?

—Como si quisieras pegarme.

—Es que quiero —reconoció entre dientes.

Él soltó una risa ronca alentada por el alcohol.

—Joder, Linny, la furia te sienta tan bien… que casi estoy tentado a permitirlo.

Ya no controlaba sus palabras. De repente todas sus defensas parecían haber caído. Cada pensamiento cruzaba sus labios antes de que pudiera frenarlo, como si los últimos *whiskys* hubieran borrado la línea entre lo que deseaba y lo que debía callar.

—Lindsay, será mejor que nos vayamos ya —intervino Jasper de nuevo, ahora mucho más tenso.

Chris se asomó para mirarlo.

—Sigues aquí —se sorprendió con sinceridad—. ¿Por qué?

—¡Chris! —lo amonestó Lindsay, pero él alcanzó a ver un atisbo de sonrisa en sus labios, que ella se afanó por esconder.

Chris recortó la distancia hasta su oído para susurrarle:

—Tú también te habías olvidado de él, reconócelo

Lindsay le dio un pellizco en el brazo y Chris protestó por lo bajo. Después se volvió para hablar con Jasper.

—No puedo dejarlo aquí así —le dijo en un tono sereno, cargado de resignación.

—Que pida un taxi —insistió Jasper.

Ahora parecía incómoda.

—Chris es familia —aclaró al fin—. Tengo que hacerme cargo.

—Oye, no soy un bebé… —se quejó Chris de inmediato.

—¿Entonces puedo confiar en que tomes un taxi y te vayas directo a casa?

Él frunció el ceño. Dejarla irse con Jasper no era una opción, ni lo sería nunca.

—Puedo conducir —aseguró solo para exasperarla—. Devuélveme mis llaves y…

Y entonces Lindsay hizo algo que no esperaba. Tomó la llave del coche y la dejó caer por el canalillo, dentro de su escote.

En ese instante Jasper se despidió con pesar, se levantó y se alejó de ellos, que casi ni repararon en él. Chris se moría de ganas

de buscar aquella llave… y apenas podía disimularlo ya.

La erección que desde hacía rato lo molestaba se tornó insoportable ahora.

—Ya no queda más opción que el taxi —opinó ella mordaz—. Porque los dos sabemos que jamás te aventurarías a intentar recuperarla.

Chris clavó la vista en sus pechos y se inclinó para mirarlos desde arriba.

—Yo en tu lugar no estaría tan segura… —murmuró casi para sí, y la veracidad de aquellas palabras se reflejó en sus ojos.

La vio tragar saliva y mirarlo con anhelo, y a punto estuvo de ganarle la partida. Que ella pareciera implorarle con los ojos comenzaba a ser un infierno al que no sabía cuánto tardaría en sucumbir.

—Será mejor que hagas noche en el hotel, Chris —propuso Lindsay de repente—. Usa la habitación libre que nos queda de la gala, está pagada.

«Eso no debería sonar tan bien», se dijo él para sí. No le estaba proponiendo compartirla… Pero no pudo evitar imaginarlo y todo su cuerpo reaccionó al pensamiento como si fuera un hecho.

—Por Dios… —murmuró abatido, agarrándose al sofá para no abalanzarse sobre ella.

—Me llevaré las llaves del coche para evitar tentaciones —siguió diciendo Lindsay—. Mañana te las mandaré con alguien.

—Puedes dármelas —aseguró.

—Solo estás para conducirte hacia la cama, Chris —le advirtió—, incluso dudo de que seas capaz de llegar hasta allí.

Aquel era el momento en el que debería tomar la tarjeta que Lindsay le tendía ahora y desaparecer,

—Tienes razón, este hotel es muy lioso —se sorprendió diciendo casi sin pretenderlo, con el cuerpo acalorado—. Creo que… necesito una buena samaritana que me ayude a encontrarla.

Lindsay soltó un improperio.

—¡Eres muy pesado! —se quejó—. ¿Necesitas una niñera cada vez que te pasas de copas?

Él sonrió a medias, admirando lo preciosa que se ponía cuando intentaba parecer enfadada y los nervios le podían.

—Estoy perdido… —murmuró para sí, sin poder dejar de mirarla embobado.

—No es tan difícil —lo malinterpretó, y soltó un suspiro de hastío —. Ven anda, te acompaño.

Se puso en pie y él se limitó a seguirla, admirando con total descaro cómo se le ceñía aquel vestido al trasero, poniéndolo malo.

«Joder, esto es… doloroso».

Ni siquiera la cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo lograba acallar su excitación. Al contrario, para su desgracia, lo único que el whisky había conseguido era acabar con su capacidad de contención por completo.

Entraron desde el vestíbulo en uno de los pasillos internos, vacío a aquellas horas. Lindsay tiraba de él, protestando por la resistencia que se suponía que él estaba poniendo.

—Oye, pon de tu parte.

Chris sonrió. En realidad se estaba dejando llevar… y lo estaba disfrutando.

—¿No estarás intentando perderme por el hotel, Linny?

Lindsay no pudo evitar sonreír ahora.

—Desde luego no sería difícil —repuso con un punto de diversión en la voz—. Si te dejara aquí, no sabrías regresar al vestíbulo.

—Serías capaz… —se lamentó.

—No me provoques, o haces noche en el pasillo —señaló a lo lejos—. Tenemos que tomar aquellos ascensores.

—¿No servían los del vestíbulo?

—No.

Siguió tirando de él, que se dejaba guiar, encantado de la vida ya a esas alturas.

Pasaron frente a la tienda del hotel, cerrada a esas horas, y Lindsay se detuvo un segundo a mirar el escaparate. En un lateral una avalancha de peluches parecía observarlos con ojitos tiernos.

—Oh, qué monos —suspiró—. Hay un montón.

—¿Cuál escogerías? —se interesó Chris, de repente enternecido por la forma en la que ella miraba cada muñeco.

—No creo que pudiera escoger.

—Pues decide rápido, porque pienso conseguirte uno.

Lindsay soltó una carcajada que le quebró la voz, y Chris tuvo que contenerse como nunca para no besarla justo en aquel instante.

—No es una tómbola, Chris, en la que puedas competir por uno —bromeó divertida.

—Tú solo elige.

La risa cantarina de Lindsay lo extasió de nuevo.

—Creo que estás aún más borracho de lo que pensaba.

—¿El mono, el koala, esa especie de…? —frunció el ceño—. ¿Qué demonios es eso morado?

—Una berenjena —rio.

—¿Y por qué tiene orejas? —La miró algo confuso—. Bueno, es igual, elige cualquiera… menos la berenjena, que me da muy mala espina.

Lindsay lo miró entre risas.

—Escoge tú por mí —propuso—. El que creas que encaja mejor conmigo.

—Vale…

Observó a fondo todos los peluches durante unos largos segundos. Y tuvo clara su elección nada más verlo.

Sonrió, se llevó la mano al bolsillo trasero y sacó su cartera, y de ella una tarjeta de crédito.

—Está cerrado, Chris —le recordó con una expresión risueña.

—Por poco tiempo.

Lindsay sonrió creyendo que bromeaba, hasta que lo vio llevar la tarjeta hasta la cerradura…

—Chris, déjate de bromas —pidió, al principio entre risas.

—Solo será un minuto, y pienso pagarlo.

—Venga ya, ¿de verdad crees que vas a lograr abrir? —Reía Lindsay a su lado—. ¿Crees que el whisky te ha otorgado superpoderes?

—No, esos ya los traía de casa.

De repente se sentía como un adolescente intentando impresionar a la chica que le gusta, pero lejos de avergonzarse, siguió adelante.

—Oh, venga, como broma ya estuvo…

No había terminado la frase cuando la puerta cedió y Lindsay guardó silencio, mirándolo con la boca abierta. Boca que no pudo cerrar mientras lo observaba entrar en la tienda, colarse en el escaparate, tomar uno de los peluches y dejar un billete de veinte dólares en su lugar.

Solo pudo reaccionar cuando Chris salió, cerró tras él y la instó a echar a correr de la mano hacia los ascensores. Ninguno de los dos podía parar de reír, incluso siguieron riendo cuando las puertas del ascensor se cerraron al fin.

—¡Eres un peligro! —le golpeó Lindsay aún entre risas—. ¿Cómo demonios has conseguido abrir esa puerta?

Chris clavó en ella una sonrisa sensual. El punto de adrenalina solo había conseguido acrecentar el deseo hasta un límite poco saludable.

—Si supieras la de trucos que conozco… —susurró con los ojos echando fuego ya.

Y ella le devolvió una mirada idéntica. Ya apenas podían quitarse los ojos de encima mientras el ascensor ascendía.

—¿Y qué peluche has escogido?

Se deleitó con la expresión embelesada con la que Lindsay miró el pequeño dragón que puso en sus manos. Era evidente que había sido amor a primera vista.

—¿Te gusta? —preguntó él con una sonrisa contenida.

Ella asintió con los ojos brillando de emoción.

—Me encanta —murmuró mientras abría el collar que el peluche llevaba al cuello—. Y creo que lo justo es que me lo dediques.

Rebuscó en su bolso y le tendió un bolígrafo mientras ambos salían ya del ascensor en su planta y caminaban por la mullida moqueta del pasillo hacia la habitación.

Chris miraba el dragón y el reducido espacio en el que debía escribir con el ceño fruncido.

—Creo que estoy demasiado borracho para encontrar algo que esté a la altura —admitió. Lo que le venía a la cabeza no debía quedar reflejado en ninguna parte.

Se detuvieron a la puerta de la habitación, ambos con una sonrisa cohibida.

—Mientras se te ocurre algo que poner —lo miró con curiosidad —, dime, con todos los peluches que había, ¿por qué un dragón?

Chris sonrió.

—Porque es igual que tú —explicó—. Fuerte, valiente, impredecible y difícil de domar —sus ojos descendieron hasta sus labios—, y si me acerco demasiado…, me provoca un incendio.

A Lindsay se le escapó un gemido, y Chris la deseó con toda su alma. Y tenía claro que aquel fuego se reflejaba en sus ojos.

—Dios, Linny…, eres… la última mujer del mundo a la que debería mirar así… —susurró casi como un lamento.

Suspiró y se centró en el peluche, donde escribió apenas dos palabras…

«Quiero mirarte».

Cuando la chica lo leyó, la vio contener la respiración. Sus dedos temblaban al sostenerlo. Al alzar la vista hacia él, su voz salió rota, cargada de deseo y ternura.

—¡Y yo me muero porque me mires, Chris!

Y aquellas simples palabras arrasaron con la poca contención que le quedaba. La atrajo hacia él y asaltó sus labios con una urgencia casi dolorosa, con un beso hambriento, desesperado, tan inevitable ya como respirar…

…y del beso a… la rendición absoluta bastó un simple latido.

El deseo los arrastró sin tregua, como una corriente imposible de detener. En cuestión de segundos ya no existía el miedo, ni la cordura, ni el mundo fuera de ellos; solo el fuego y el modo en que se buscaban sin tregua.

Cuando cayeron sobre la cama, piel contra piel, ambos exhalaron un largo gemido. Para Chris, poder tenerla así era como tocar el cielo con las manos. Y el increíble instante en el que se hundió en ella y sintió aquella leve resistencia, tan inesperada, tan pura, lo atravesó por dentro como una descarga. La sorpresa se mezcló con

la ternura y una emoción tan honda que apenas pudo respirar. Lindsay gimió su nombre, temblorosa, y él se detuvo un segundo, aguardando a que el instante de dolor pasara, mirándola a los ojos, pidiendo permiso sin palabras.

Ella asintió, con los labios entreabiertos y el corazón latiendo a mil por hora. Entonces Chris volvió a moverse, con un cuidado reverente al principio, hasta que el temblor se transformó en deseo y el deseo en pura entrega.

El mundo se redujo a eso: a la cadencia de sus cuerpos, a los gemidos ahogados, a la manera en que se reconocían como si hubieran estado destinados a encontrarse desde siempre.

Cuando al fin alcanzaron el clímax, lo hicieron juntos, perdidos el uno en el otro, con la sensación de haber rozado algo sagrado, algo que no sabían si podrían volver a tener.

Después él la abrazó con fuerza, cubriéndola con la sábana, como si quisiera proteger aquel momento del mundo. Lindsay se acurrucó contra su pecho, exhausta, con una sonrisa tranquila, y poco a poco el silencio los envolvió. Las palabras eran innecesarias en aquel instante.

El calor, el cansancio y el efecto del whisky los adormeció hasta caer rendidos, fundidos en el mismo sueño.

Capítulo 35

En aquella habitación, un par de horas más tarde, Chris se despertó sobresaltado. Todo le daba vueltas, la cabeza le pesaba y el sabor del alcohol seguía en su garganta, mezclado con un principio de resaca insoportable. Miró a Lindsay, dormida a su lado, desnuda entre las sábanas, y una punzada de vértigo lo atravesó.

El corazón le latía con fuerza. La lucidez le llegó como un golpe: lo que había hecho, lo que eso significaba, las reglas autoimpuestas que se había saltado. El orgullo, el remordimiento, el miedo. Todo se mezcló en una espiral insoportable, atormentándolo.

Se incorporó despacio y se sentó en la cama, apoyando los codos en las rodillas con la mirada fija en el suelo. Y por primera vez en mucho tiempo se sintió exactamente como él había descrito a su padre una vez: alguien capaz de destruir todo lo que ama incluso sin querer hacerlo.

—¿Qué te pasa? —susurró Lindsay, aún somnolienta, incorporándose apenas.

Chris cerró los ojos con fuerza. Aquella voz, tan suave y cargada de ternura, le atravesó el pecho como un cuchillo.

Sintió su mano rozarle la espalda, cálida, confiada, y el simple contacto lo estremeció. Se apartó de golpe, como si le quemara.

Lindsay lo miró desconcertada y se cubrió con la sábana. Él respiraba con dificultad, con el pecho agitado y la mirada perdida en algún punto del suelo.

—Dios…, ¿qué he hecho? —murmuró casi para sí, con los dedos hundidos en el cabello, mientras su cuerpo entero temblaba.

El silencio que siguió fue tan espeso que dolía. Lindsay lo observaba sin atreverse a moverse, y por su expresión era evidente que algo dentro de ella comenzaba a quebrarse.

—Chris… —intentó temerosa.

Él alzó la vista y no pudo ocultarle todo lo que llevaba por dentro: culpa, miedo y una desesperación tan cruda que parecía devorarlo vivo.

Lindsay salió de la cama de inmediato, apartando las sábanas con un movimiento brusco que hizo temblar el aire. Chris se quedó quieto, observando de reojo cómo se vestía sin mirarlo, con los hombros tensos, los movimientos torpes y el silencio cayendo entre ambos como una losa… No necesitaba verla de frente para saber que estaba herida. Lo percibía en la rigidez de su respiración, en la manera en que apretaba los labios para no decir nada.

Quiso decir algo para reconfortarla, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, ahogadas por la culpa.

Y entonces posó sus ojos sobre el colchón… y sintió que el aire abandonaba sus pulmones. La mancha rojiza sobre la sábana era pequeña, pero imposible de ignorar, y el corazón le dio un vuelco…

…y solo entonces recordó cuánto lo había complacido descubrirla virgen entre sus brazos, el orgullo absurdo y primitivo que había sentido al saberla intacta, solo suya. Y ahora aquella misma certeza lo devastaba, sentía la culpa oprimiéndole aún más el pecho, como si el aire se volviera plomo en sus pulmones.

—Joder… —murmuró con un hilo de voz, llevándose una mano a la nuca, incapaz de sostenerle la mirada—. Lindsay…, yo…

—Por favor, no digas nada —sonó a ruego—. Me basta con mirarte para saber que cualquier cosa que salga de tu boca solo me hará daño.

—Siento mucho todo esto, yo…

—¡No te atrevas a decir que lo sientes! —exigió, ahora furiosa—. Si lo siguiente es que todo esto ha sido un error, puedes ahorrártelo, porque te juro que es lo último que necesito escuchar ahora mismo.

La herida en sus ojos lo atravesaba más que cualquier reproche, y Chris se sintió morir. Jamás en toda su vida se había sentido tan miserable como en aquel instante.

—Dios, acabamos de perderlo todo… por un rato de sexo —se lamentó con pesar—. Nada volverá a ser lo mismo entre nosotros.

La vio apretar los dientes con fuerza antes de apenas musitar:

—Así que solo sexo… —soltó aire para añadir—: Bien, pues no hace falta que lo mencionemos nunca más —sugirió, acabando de vestirse—. Usa tu borrachera para olvidarte de todo.

—Ojalá fuera tan fácil —se lamentó—. Daría lo que fuera por poder borrar todo lo sucedido esta noche.

Se arrepintió de aquellas palabras nada más decirlas, pero era tarde. El dolor en los ojos de Lindsay lo golpeó con fuerza, y fue peor cuando ella caminó hacia la puerta, ya en silencio.

—Por favor, no te vayas así —rogó e intentó levantarse, pero un mareo horrible junto con una insoportable arcada lo lanzaron de nuevo al colchón. Aún estaba muy borracho y el principio de resaca tras las horas de sueño era todavía peor.

Aun así, casi a trompicones, se puso los pantalones y corrió hacia el pasillo.

Se quedó perplejo al encontrarse con Lindsay aún allí, siendo consolada por los últimos brazos entre los que podía soportar verla.

—¡Aparta tus manos de ella! —rugió con una furia que ni él mismo reconoció.

—Son casi las cinco de la madrugada, Christopher —le reclamó Victor en un tono seco—. Baja la voz.

Chris tiró del brazo de Lindsay, pero ella se zafó al instante, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué demonios pasa contigo? —lo enfrentó furiosa.

—Entra en la habitación —pidió, respirando con dificultad—. Me vestiré y te acompañaré a casa.

—No voy a ninguna parte contigo —aseguró, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Linny…, no hagas las cosas más difíciles.

—¿Yo? —Rio con una mezcla de dolor e incredulidad—. Tú eres el que daría lo que fuera por borrar todo lo que ha sucedido —le recordó—. No quiero hacértelo más difícil pasando contigo más tiempo del necesario.

Chris soltó un improperio, abatido.

—No creo que un pasillo sea el mejor sitio para esta discusión —intervino Victor en un tono tenso.

El chico clavó una mirada iracunda sobre él. Lo último que necesitaba era que precisamente él lo viera en su peor momento.

—¿Tú qué demonios haces aquí? Porque si me estás siguiendo…

—¡Eh! Calma, fiera, que solo vengo a acostarme. —Señaló la puerta contigua—. Esta es mi habitación.

—¡Venga ya!

—O quizá me envía la divina providencia —sonrió el tipo con acidez ahora—. Si de verdad quieres olvidar, aprovecha que estoy aquí.

La frase lo atravesó como una cuchilla.

Y, para su propio asombro, el pensamiento cobró forma demasiado rápido en su mente. Aquella posibilidad… retumbó en su cabeza con una claridad aterradora.

Victor lo observaba en silencio, atento.

—De veras te lo estás planteando —dijo ahora, mirándolo con verdadera curiosidad—. Sí que debes de estar jodido.

Chris tragó saliva.

—¿Cuánto… has avanzado con esa mierda que haces?

Padre e hijo se sostuvieron la mirada durante largos segundos.

—Es evidente que llevas alcohol suficiente en sangre como para usarlo de punto débil y la culpa ayudará… —opinó.

Chris lo miró atormentado.

—Puedo anclar tus recuerdos donde no seas capaz de encontrarlos —aseguró Victor con certeza—. Cuando acabe, todo lo que recordarás de esta noche será que subiste temprano a dormir tras pasarte con el whisky.

Chris apartó la vista. La sola idea de poner su mente en sus manos lo repugnaba, pero… también lo tentaba demasiado. En aquel momento la culpa y los remordimientos, mezclados aún con el sabor amargo del whisky, resultaban casi insoportables. Sentía un dolor agudo en el pecho que comenzaba a asfixiarlo.

—Linny… —miró a la chica, que los observaba perpleja—, no es… mala opción.

—¿Qué… dices? —balbuceó apenas—. No entiendo nada.

—Él puede borrar esta noche.

El silencio fue un golpe seco. Lindsay lo miró horrorizada, como si acabara de oír una aberración.

—¿Lo dices en serio? —interrogó casi sin voz.

—Puede hacerlo, sí.

—¡Eso me da igual! —exclamó con la voz desgarrada—. Te pregunto si de verdad te lo estás planteando.

Él tragó saliva con los ojos encendidos de angustia.

—No puedo con esto, Linny… —se lamentó con el corazón en la mano—. Jamás podré volver a mirarte a los ojos, ni a tu familia… —se le quebró la voz—. Acabo de deshonrarte de todas las formas posibles. Me siento… asqueado de mí mismo —tragó saliva y sintió que la falta de aire era cada vez más acuciante—. Si borrar esta noche puede devolvernos todo lo que estamos a punto de perder, estoy dispuesto, pero solo si tú también lo haces, si tú también olvidas.

Avanzó hacia ella, que retrocedió un paso mirándolo como si en aquel momento ni siquiera lo reconociera.

—Por favor, no me mires así…

—Dios, Chris, ¿tan arrepentido estás? —preguntó con la voz rota y los ojos brillando al borde de las lágrimas.

Él la miró y por un instante fue incapaz de hablar. El nudo en la garganta se intensificaba… Todo en ella, su voz, su temblor, la forma en que lo miraba como si aún esperara algo de él, lo destrozaba por dentro.

—Eres la niña de mis ojos, Linny —murmuró con el corazón sangrando—, te he visto crecer… Eres lo único sagrado y limpio que tengo en mi vida, no puedo vivir sin ti.

—No tienes que hacerlo —sollozó—, quizá es momento de dar un paso más.

—No puedo, Linny, yo no soy bueno para ti —suspiró—. Le debo demasiado a la vida como para… merecerme algo tan puro.

Cada palabra le dolía como una herida abierta. Sentía vergüenza, repulsión por sí mismo y una desesperada necesidad de protegerla… incluso de él. Y verla así, temblando, herida por su culpa, lo convencía aún más de que estaba haciendo lo correcto.

—De acuerdo —susurró Lindsay tras unos segundos que se hicieron eternos.

—¿Qué?

—He dicho que sí —repitió con la voz tensa, como si cada palabra la desgarrara por dentro—. Lo último que quiero es que esta noche se convierta en un mal recuerdo. Si esto es lo que necesitas para seguir adelante, bien.

Durante un instante ninguno de los dos se movió. Chris la contempló con un infierno en la mirada.

Victor fue quien rompió el silencio con una calma que sonó casi solemne:

—Entonces que así sea —sentenció—. Olvidar para vivir, recordar para sanar. Todo a su debido tiempo.

Y Chris, sin decir nada más, se dejó arrastrar hacia la oscuridad. El sabor de sus labios, la suavidad de su piel, los susurros entre las sábanas, todo se fundió en un mismo vacío hasta desvanecerse…

…hasta justo aquel instante…

El olor a tierra húmeda y a pino reemplazó al de aquella habitación, y Chris abrió los ojos con un jadeo seco, con el cuerpo tenso y el pecho empapado en sudor.

Por un segundo no supo dónde estaba, hasta que posó sus ojos sobre Lindsay, que lo contemplaba con los suyos muy abiertos y una evidente ansiedad.

—¿Estás… bien? —preguntó ella con una voz tan frágil que apenas se sostuvo.

Chris no respondió. Seguía aturdido, con el corazón golpeándole el pecho y los recuerdos encajando a trompicones dentro de su mente. Se limitó a asentir, torpe, y se incorporó en el banco con la mirada perdida.

—¿Está todo en su sitio, Christopher? —indagó Victor observándolo con una seriedad casi clínica.

Chris levantó la cabeza despacio y la furia que asomó en sus ojos bastó para helar el aire entre ellos.

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? —espetó con voz ronca.

—Lo sabes —aseguró.

El chico apretó los puños, vibrando de rabia contenida.

—Conocías mi opinión sobre tus técnicas —murmuró entre dientes—. ¿Cómo pudiste hacerme algo así?

Victor no apartó la mirada.

—Ya debes de tener claro que tú me lo pediste.

Chris se puso en pie de golpe para mirarlo de frente y a los ojos.

—¿Y te pareció que estaba en condiciones de decidir algo así? —replicó iracundo.

—Sé que no, que el alcohol y la culpa hablaban por ti —admitió encogiéndose de hombros—. Jamás habría podido modificar tus recuerdos sin todo eso, pero sabes tan bien como yo que solo era una solución temporal, solo habrías necesitado unos días más para recuperarlos sin venir hasta aquí, quizá un par de semanas.

Sí, Chris lo tenía muy claro. Habrían sido necesarios varios días trabajando con su mente, atiborrándola de medicamentos, para poder anclar su olvido de forma algo más permanente, pero aquello no lo eximía de responsabilidad.

—Hice lo que pude en el momento —insistió Victor—. De hecho, a pesar de tu confusión, me costó mucho esconder tus recuerdos —confesó—. Resultaba obvio que… en realidad no querías olvidar.

Lindsay contenía el aliento mirando a uno y otro.

Chris apretó los puños y tuvo que controlarse mucho para mantenerse sereno.

—¡¿Entonces por qué lo hiciste?!

—Justo por eso —puntualizó Victor—. No querías olvidar, pero lo necesitabas.

—¡Estaba destrozado! —rugió—. Y era evidente. ¿De qué otra manera me habría saltado todos mis principios para dejarte hurgar en mi mente?

—Hice lo que consideré mejor para ti.

—¿Mejor para mí? —Sonrió con acidez—. ¿Ahora eres capaz de distinguir entre el bien y el mal? ¡No me hagas reír!

Victor soltó aire con fuerza.

—Sé que no voy a ganarme el premio al padre del año a estas alturas —aceptó—, y no espero que me creas, pero juzgué la situación con ojo clínico.

—¿Tienes de eso? —ironizó.

—Antes de… convertirme en lo que vino después, fui un buen psiquiatra.

—Pues esa noche me habría conformado con un padre mediocre —reconoció abatido, sin poder disimular su tristeza—. Uno que se hubiera negado a la peor idea de mi vida y que se hubiera limitado a obligarme a dormir la borrachera hasta que pudiera pensar con claridad.

Victor le sostuvo la mirada y dijo con una clara amargura:

—Jamás he sabido comportarme como un padre, Christopher —suspiró—. Espero que tú lo hagas mucho mejor que yo.

Y justo en ese instante Chris sintió un nudo en el estómago. Lo sabía, lo había sabido desde la tarde anterior…, pero aquellas palabras lo golpearon con una fuerza nueva.

Su mirada se posó sobre Lindsay, descendió hacia su vientre y, por primera vez, la certeza le taladró el corazón.

Era suyo.

Su hijo.

La emoción lo atravesó, pura y cruda, tan real que le temblaron las manos. Cuando alzó los ojos y se perdió en los de Lindsay, una mezcla de emociones se abrió paso en él, todas queriendo gritar al mismo tiempo dentro de su cabeza. En aquel instante no sabía si quería abrazarla o zarandearla por haberle ocultado algo tan grande durante tanto tiempo.

Era obvio que tenían muchas cosas de las que hablar, pero no era el momento.

Se giró de nuevo hacia Victor y soltó un suspiro, estaba agotado en aquel instante, ya no podía con más.

—Será mejor que nos vayamos ya —acabó diciendo.

—¿Ya? —La decepción fue evidente en la voz del psiquiatra—. Quizá podríamos… comer juntos.

Chris soltó una risotada sin rastro de humor.

—Tu capacidad para seguir sorprendiéndome no tiene límites —ironizó.

—Todo el mundo tiene derecho a intentar redimirse, Christopher —dijo ahora en un tono que parecía sincero, tanto que incluso el chico se sorprendió.

Lo miró con una expresión tensa.

—Pues inténtalo… lejos de mí —sentenció.

Victor asintió despacio y exhaló con resignación.

—Si algún día necesitas o quieres hablar conmigo —sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa junto a un bolígrafo—, este es el teléfono de Clearhaven. Pregunta por William Norton.

Escribió algo sobre la tarjeta y se la tendió a Chris, que la tomó con evidente reticencia. Después la observó con atención y la giró entre sus dedos para comprobar el dorso, donde había garabateado apenas unas letras: *lux mea*.

—¿Qué es esto?

—Significa…

—*Mi luz*, soy capaz de traducirla —frunció el ceño—, ¿a qué mierdas viene esto?

Victor lo miró con una expresión que parecía más humana de lo habitual.

—Solo recuerda que eres mi luz —rogó.

Chris apretó los dientes y lo miró intentando no perder los papeles.

—¿Este es otro de tus trucos psicológicos?

El psiquiatra resopló con cansancio.

—No hay verdad más útil que el olvido bien dirigido —murmuró —. Así que… olvídalo.

—Qué gracioso —ironizó.

Ambos sabían que no podría, que su memoria recordaría por siempre todo lo que había escrito en aquella tarjeta.

—Me he alegrado de verte, hijo —aseguró Victor con voz baja, casi apagada.

Chris apretó los dientes. No debería afectarle, no después de todo lo que había pasado…, y aun así, aquella palabra le atravesó como una astilla. *Hijo*.

Victor lo notó. Claro que lo notó. Siempre había sabido leerlo mejor que nadie.

—¿Un abrazo de despedida sería pedirte demasiado? —preguntó con un atisbo de esperanza.

Chris dio un paso atrás.

—Sería pedirme un mundo

—Y…

—Y no te mereces tanto —replicó Chris sin alzar la voz, pero con una firmeza que no dejaba espacio a dudas.

Se giró entonces, decidido a marcharse, y se aseguró de que Lindsay hiciera lo mismo con un leve gesto de la mano.

Ninguno de los dos volvió la vista atrás mientras se alejaban.

Caminaron en silencio hacia el coche, con el sonido del viento sobre los árboles y de sus propios pasos como único testigo.

No hubo palabras. Solo el peso insoportable de todo lo que acababan de dejar atrás… y de todo lo que aún quedaba por decir.

Capítulo 36

Cuando llegaron hasta el coche, Lindsay no podía soportar más la tensión nerviosa. Chris no había pronunciado una palabra, ni siquiera la había mirado, y todo indicaba que pensaba prolongar aquella tortura silenciosa.

Se subió al asiento del copiloto con la esperanza absurda de que él la mirara, de que dijera algo…, cualquier cosa, pero se limitó a girar la llave en el arranque.

El rugido del motor le sonó como una sentencia.

Apretó los labios, impotente, y antes de que el coche se pusiera en marcha, abrió la puerta y bajó sin decir palabra.

Si esperaba que ella respetara aquel voto de silencio hasta Boston, es que no la conocía bien.

Chris bajó la ventanilla y habló entre dientes, con un tono seco que solo avivó el fuego en ella:

—Basta de tonterías, sube al coche.

En lugar de obedecer, Lindsay echó a andar hacia la arboleda que flanqueaba la carretera de acceso. No se paró a comprobar si él siquiera se bajaba del coche, en aquel momento le daba igual. Necesitaba caminar, despejar la cabeza antes de colapsar.

—¡Lindsay! —La voz de Chris tronó detrás de ella, cargada de furia—. ¡Ya basta, maldita sea!

Antes de que pudiera dar otro paso, sintió su mano aferrarla con fuerza.

—¡Suéltame! —exigió, y se giró a encararlo—. No pienso dejar que me castigues con tu silencio hasta Boston, ¿me oyes? ¡Me niego!

Chris la sostuvo de los brazos con el rostro tenso y los ojos encendidos.

—¿Y crees que no tengo algo de derecho? —Clavó en ella una mirada iracunda.

—Ambos tenemos motivos para estar enfadados —le recordó con la voz tensa—, pero yo no me comporto como si callar fuera a solucionar las cosas.

—Tengo demasiado que procesar.

—Pero tendrás que decirme… algo sobre aquella noche. No puedes mantenerme a oscuras —insistió, dando un paso hacia él.

Chris alzó la mirada con un destello de rabia contenida.

—¿Por qué no? Tú lo hiciste conmigo.

Ella negó con la cabeza, dolida, sin poder creer lo que escuchaba.

—No eres justo.

—¿No? —replicó, dando un paso hacia ella con la mirada ardiendo—. ¿Y qué era lo justo, Lindsay? ¿Hacerme creer que te había arrojado a los brazos de otro? ¡Has dejado que me fustigara durante días, joder! —explotó, gesticulando con las manos, incapaz de contenerse.

Lindsay dio un paso atrás, sintiendo el nudo en la garganta y lo miró con angustia.

—No sabía cómo decírtelo…

Chris soltó aire, intentando dominar la ira que lo consumía.

—Puedo entender que te costara al principio —admitió entre dientes—, pero… después… —soltó aire buscando calmarse un poco —. Maldita sea, Lindsay, ayer me abrí en canal frente a ti, ¿es que no me merecía un poco de sinceridad por tu parte? —interrogó con una mezcla de ira y abatimiento—. No estaría tan enfadado si me lo hubieras dicho entonces.

—¡Pues de alguna forma lo hice, al parecer! —se quejó Lindsay, cruzándose de brazos con una ironía temblorosa—. ¿Sería abusar de tu confianza preguntar cómo?

Chris apretó la mandíbula.

—Exigías cosas sin sentido en el peor momento —respondió molesto—. Todo en ti gritaba que me ocultabas algo… y tuve un presentimiento.

—Eso por sí solo no pudo ser decisivo.

Él exhaló con fuerza, exasperado, sin dejar de mirarla.

—No, pero fue lo bastante inquietante como para preguntarle a tu dragón.

Aquello le dio de lleno.

—¡Miraste el colgante de Draco! —acusó dolida, como si la hubiera traicionado de la peor forma.

—¡Sí, lo hice! En cuanto entraste en el baño —reconoció sin el menor atisbo de culpa—. ¿Tienes idea de cómo me sentí al encontrarme con un mensaje escrito de mi puño y letra? —Su voz se quebró un instante—. ¡No me extraña que te tensaras cada vez que tocaba ese maldito bicho!

Lindsay tragó saliva. No podía negar nada de aquello.

—Como habrás adivinado, en cuanto lo vi entendí porque no podía recordarlo y comprendí tu empeño por encontrar a Victor.

Lo miró con el corazón en la garganta. Tenía que preguntar, aunque la respuesta resultara obvia ya.

—¿Entonces… ya te acuerdas de todo? —interrogó con un hilo de voz—. ¿Tú… recuerdas cómo concebimos a nuestro bebé?

—*Nuestro bebé…* —repitió casi en un murmullo, como si las palabras le quemaran por dentro—. Sí. Recuerdo cada segundo de esa noche. —Su voz se volvió áspera—. La cuestión es… ¿por qué lo recuerdas tú?

No esperaba aquella pregunta, pero ya no estaba dispuesta a seguir ocultando nada. Recordaba aquel momento como si acabara de vivirlo ayer mismo…

Jamás tuvo intención de aceptar aquel trato, desde el minuto uno. Cuando Victor terminó de trabajar con Chris y se giró a mirarla, lo primero que salió de sus labios fue un i*ni siquiera lo pienses*!, tan tajante que no dejaba lugar a dudas sobre su postura. El tipo respetó su decisión, le dio una salida para Chris con aquella tarjeta y la acompañó a casa, dado que no estaba en su mejor momento.

—Hicimos un trato —insistió Chris—. Ambos debíamos olvidar.

—Pues según me ha parecido entender, los dos teníais muy claro que nada de aquello sería permanente.

Chris suspiró exasperado.

—Es obvio que no estaba en mi sano juicio, Lindsay —declaró irritado—, no podía pensar con claridad.

—¡Pero yo sí! ¡Y jamás tuve intención de olvidarme de nada! —espetó ella, temblando de rabia—. Quizá a ti todo lo sucedido solo te provocaba vergüenza, pero a mí no.

—Lindsay…

—¡Fue mi primera vez, maldita sea! —gritó con la voz rota, apretando los dientes, mientras el temblor le subía por el pecho—. ¡Llevaba toda mi vida reservándome para ese momento, y tú convertiste mi virginidad en una culpa más con la que cargar! ¿Y además pretendías que lo olvidara todo? —Su voz se quebró al final, ahogada entre rabia y dolor.

No solo se había reservado para ese momento…, sino para él. Para Chris.

El único hombre con el que había querido perderse, con el que había soñado, el único capaz de romperla y reconstruirla con una sola mirada. Pero eso no iba a decírselo. Al igual que tampoco sabría… el intenso dolor que la asoló por dentro cuando él quiso olvidarlo todo sin más, borrarlo, como si hacer el amor con ella hubiera sido algo abominable.

Chris palideció. Tragó saliva, visiblemente afectado, pero la furia lo sostuvo un segundo más.

—¡Haber dicho que no desde el principio! —soltó con la voz cargada de frustración—. Yo jamás habría accedido a toda esa mierda sin tu compromiso de hacerlo también.

—Por suerte rompí mi palabra, ¿no te parece? —Lo miró irritada —. O en este momento estaría muy jodida preguntándome cómo demonios me quedé embarazada, si me habían drogado y violado sin que fuera capaz de recordarlo.

El simple pensamiento la enfermaba.

Chris frunció el ceño, tensando la mandíbula, pero ella no se detuvo.

—Dios, ni te imaginas lo enfadada que estuve contigo esas primeras semanas —masculló, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¡Te habría matado por hacernos aquello a los dos!

—¿Y qué esperabas? —estalló con la voz ronca de rabia—. Te metiste en la cama de un tío que te había rechazado solo una hora antes, sabiendo que sin esas copas de más jamás habrías acabado en aquella habitación. —Su mirada ardía—. ¿De veras esperabas que terminara bien? —Apretó los dientes—. ¿O acaso salió tal y como planeaste?

—¿Qué… dices? —Lo miró con el corazón dolorido—. No me gusta nada lo que estás insinuando. —Se le quebró la voz—. ¿Crees que me quedé embarazada a propósito?

Chris no respondió. El silencio que se extendió entre ambos fue devastador. Lindsay sintió un dolor sordo atenazarle el pecho.

—Chris, contéstame —exigió.

—Yo no he dicho eso —aclaró entre dientes—, pero reconoce que no te repele la idea.

—¿Qué idea? —Su tono se tornó más agudo.

—Es igual —sentenció—, ese bebé solo nos deja un camino, no vamos a darle más vueltas.

A Lindsay aquello no le sonó bien, pero empezaba a estar demasiado saturada para seguir discutiendo. Las emociones de las últimas horas habían sido muy intensas. En aquel momento se habría teletransportado a su casa, a su habitación, de haber podido…

…pero no podía. Y las cinco horas de coche hasta Boston resultaron una tortura silenciosa, un purgatorio compartido, con el rumor constante del motor marcando el ritmo de un silencio espeso, casi insoportable.

Chris conducía con la mirada fija en la carretera y los nudillos blancos sobre el volante. Cada curva, cada kilómetro recorrido parecía tensarlo más, como si luchara por contener algo que no se atrevía a decir.

Lindsay mantenía los brazos cruzados, intentando no mirar su perfil, porque cada vez que lo hacía sentía cómo el pecho se le encogía. La rabia, la tristeza y el amor se mezclaban dentro de ella en un cóctel insoportable.

Durante un momento creyó que él iba a romper el silencio, que iba a decir algo, pero solo alzó una mano para ajustar el volumen de

la radio hasta quitarla.

Ni una palabra más. Ni una mirada. Solo el zumbido del asfalto bajo las ruedas y el eco de todo lo que ninguno de los dos se había atrevido a decir.

El simple cartel anunciando que acababan de entrar en el estado de Massachusetts le aceleró el pulso. Cada vez estaban más cerca de casa, del momento en el que tendría que despedirse de él tras tantos días juntos. A pesar de las discusiones y la tensión nerviosa, debía reconocer que iba a echarlo mucho de menos.

Iba tan absorta en sus elucubraciones que le costó darse cuenta de que no seguían el itinerario que esperaba.

—¿Por qué no has tomado el desvío hacia Osterville? —interrogó, incorporándose de repente en su asiento.

—¿Ahora te das cuenta?

—¡Sí! ¡Deberías haber pillado la interestatal!

Chris no se molestó en mirarla:

—Vamos a Cambridge —informó como si fuera un detalle sin importancia—. Tu hermano nos está esperando.

Lindsay lo miró perpleja.

—¿Qué? ¡¿Por qué?!

—Le he escrito desde Clearhaven para avisarlo.

—¿Y se te ha pasado decírmelo? —Apenas daba crédito a lo que escuchaba.

—A ti se te pasó decirme algunas cosas también —le reprochó sin mirarla.

Las ganas de golpearlo eran cada vez más acuciantes.

—¿Y hasta cuándo tienes pensado usarlo para hacer lo que te dé la gana? —preguntó tensa, e ironizó—. ¿Esas cosas no prescriben o algo así?

Chris sonrió sin rastro de humor.

—No gastes energía, Lindsay —replicó—. No pienso dar la vuelta, así que no te servirá de mucho.

La chica cruzó los brazos sobre el pecho y respiró hondo varias veces para no ponerse a gritar.

—¿Y para qué se supone que vamos a ver a mi hermano? —indagó con acidez—. Si se puede saber, claro, si es secreto de

sumario, entenderé el llegar a su casa como una pelele que no se entera de nada.

Chris fue a abrir la boca, pero ella se le adelantó al añadir:

—Sí, ya sé que yo también he tenido mi propio sumario abierto sin hacerte partícipe —ironizó—, contéstame solo a la primera pregunta, por favor —apretó los dientes—. ¿Para qué mierdas vamos a Cambridge?

Lo vio exhalar con evidente irritación.

—A hablarle a tu hermano del bebé —acabó diciendo.

Lindsay lo miró desconcertada, de repente con el corazón en la garganta.

—¿Vas a decirle que… que…?

—Que hemos encontrado al padre, por supuesto. —El sarcasmo y la rabia eran predominantes no solo en su voz, sino en su expresión, su mirada…

—¡¿Y eso no podía esperar?!

—No —sentenció.

Lindsay soltó un improperio.

—¿Y qué te da el derecho a organizar mi vida y tomar decisiones por mí sin consultarme?

—Deja el drama, Lindsay, y duérmete un rato —propuso mordaz, sin apartar la vista de la carretera—. Aún tardaremos una hora, y prefiero que no vayas comiéndome la oreja todo el tiempo.

—¡No te preocupes, que no pienso comerte nada nunca más! —se le escapó sin pensarlo. La vergüenza le incendió el rostro nada más decirlo y giró la cabeza hacia la ventanilla, fingiendo que el paisaje la hipnotizaba. No volvió a abrir la boca en todo el trayecto.

Cuando el coche atravesó las verjas de hierro del acceso a la mansión de su hermano, el reloj del tablero marcaba las nueve en punto. Era casi noche cerrada ya. Las luces del camino iluminaban el bonito sendero hasta la casa.

Lindsay sintió un nudo en el estómago. Y no era solo el cansancio o la tensión, era esa sensación de estar entrando en terreno conocido…, pero que parecía completamente distinto desde que todo se había desmoronado.

Para colmo, en la puerta de la mansión había aparcados demasiados vehículos conocidos, anunciando que toda la familia estaba allí.

Ambos se quedaron en el coche, mirando el panorama.

—¡Mierda, Chris, ¿has montado una fiesta? —protestó cada vez más nerviosa.

Por su expresión, casi descompuesta en ese momento, resultaba evidente que Chris estaba igual de sorprendido que ella, lo que al menos le arrancó una risotada irónica.

—Vaya, si la sorpresa es mutua —se burló—. ¿A que ya no te apetece tanto esta visita?

Él soltó un bufido de hastío.

—¿Cuándo dije que me apeteciera? —se defendió molesto—. Yo también preferiría estar en cualquier otra parte, pero las tiritas es mejor quitarlas de un tirón y cuanto antes.

Lindsay cruzó los brazos sobre el pecho y se giró a mirarlo.

—¿Qué narices tienes pensado decir ahí dentro?

La expresión acerada de Chris le hizo daño.

—La verdad, sin paños calientes.

∞∞∞

Frente a la verja, entre las sombras, un sedán negro permanecía inmóvil junto a los árboles. El motor apagado y la posición estratégica lo hacían casi invisible. Dentro, el mismo matón que los había acorralado en aquel callejón días atrás se frotaba las manos con ansiedad contenida. Una sonrisa torcida curvaba sus labios tras reconocer el vehículo que acababa de cruzar la entrada al fin.

Llevaba dos días allí. Dos malditos días pegado al asiento, castigado por su torpeza de la última vez, por haberlos perdido en aquel pueblucho de mala muerte. Ahora la rabia y la impaciencia se mezclaban en una calma peligrosa, no pensaba fallar de nuevo.

Levantó el teléfono, marcó un número y aguardó complacido.

—Los tengo —informó en cuanto contestaron—. Están en Cambridge, fue buena idea vigilar ambos puntos.

—Bien, no los pierdas de vista —dijo una voz seca—. Esperaremos el momento apropiado.

—Será mía en cuanto tenga la más mínima oportunidad. —Su voz sonó feroz y casi jubilosa.

—Eso espero —confirmó la otra parte—, pero recuerda no hacerle daño. Si no sacamos la información de ella, necesitaremos que ese maldito de Allen colabore. Ella es nuestro único as en la manga para presionarlo.

—¿No puedo tocarle ni un pelo? —sonó a lamento—. Es un bombón que no te haces idea.

—Será toda tuya cuando encontremos a Lake, Kendrick o como carajos se haga llamar ahora.

Con esa promesa en el aire, el tipo colgó el teléfono y sonrió complacido. No sabía qué le resultaría más placentero: si la idea de disfrutar en silencio de la compañía de aquel bombón o la de obligar al capullo de Allen a mirar, impotente, mientras sucedía.

En cualquier caso… debía tener paciencia. Necesitaba que ella estuviera sola y a su merced para poder actuar.

Capítulo 37

Lindsay cruzó el umbral de la casa como lo haría un condenado en el corredor de la muerte.

Fue Maddie quien les abrió la puerta y los abrazó a ambos, feliz de verlos. Continuó parloteando mientras la seguían hasta la carpa de la piscina, donde al parecer habían decidido cenar.

Sintió un ligero escalofrío al escuchar el murmullo de voces y risas procedentes del exterior. El aire olía a comida asándose en la barbacoa, a vino y hogar…; y aun así el estómago de Lindsay se contrajo con fuerza, tan de repente que tuvo que tragar para ahogar una arcada.

Alzó la mirada buscando el rostro de Chris y el leve alivio que sintió fue casi perverso: él tampoco parecía estar en mejor estado. Se veía pálido, arrastraba unas ojeras marcadas y apretaba la mandíbula con fuerza. Parecía tan fuera de lugar como ella, y por un instante ese reflejo compartido de incomodidad fue lo más cercano a la complicidad que habían tenido en todo el día.

Todos estaban allí reunidos. Mark servía el vino, Karen sonreía desde el balancín y Anthony conversaba con Rachel sentados a la mesa. El pequeño Leo corrió hacia ella en cuanto la vio, alertando de su presencia, y todos se centraron en ellos.

—Vaya… —musitó Lindsay, alzando una ceja con ironía—. ¿Reunión familiar o comité de bienvenida?

Mark sonrió con naturalidad, como si no percibiera el filo en su voz.

—Ambos, supongo. Pensamos que, ya que llegabais tarde, podíamos aprovechar para cenar todos juntos. Mamá se moría de ganas de veros.

Rachel caminaba hacia su hija con una sonrisa radiante y los brazos extendidos.

—Mi amor, ¿cómo no me lo has dicho? —exclamó antes de estrecharla en un abrazo largo, cálido, tan sincero que la emocionó. Al separarse, ambas tenían los ojos brillantes, aunque por motivos distintos.

Para Lindsay, aquella situación era un torbellino de emociones difícil de sostener. Siempre lo había compartido todo con su familia: los logros, los errores, las heridas… Su embarazo debería ser motivo de celebración, de risas y brindis, en cambio sentía un peso extraño, casi una culpa que le oprimía el pecho. Cada palabra amable era un recordatorio de lo que aún callaba, del nombre que no podía pronunciar y de la mirada de Chris, helada y distante. Él seguía ahí, al pie de la carpa, sin acercarse, como si la vergüenza lo mantuviera tenso y al margen.

—Nena, te ves agotada —dijo Karen tomándola de la mano y guiándola hasta una silla—. Siéntate, anda.

Lindsay obedeció sin fuerza. En cuestión de segundos todos parecieron rodearla como un pequeño enjambre bienintencionado: Maddie acercándole una bandeja de canapés, Mark sirviéndole zumo de naranja, Rachel arreglándole un mechón rebelde detrás de la oreja… Sonrisas, voces dulces, preguntas superpuestas…

Y cuanto más la cuidaban, más asfixiada se sentía. Todo ese cariño se le antojaba una manta demasiado pesada, un ruido amable que apenas disimulaba el caos que llevaba dentro. Solo quería desaparecer un momento, tomar aire a solas, dejar de fingir que estaba bien mientras el silencio entre ella y Chris seguía latiendo como una herida abierta.

Posó sus ojos sobre él y, por un instante, sus miradas se cruzaron. Chris seguía muy pálido, rígido, como si se sintiera enfermo y aquel fuera el último lugar en el mundo donde quisiera estar.

Lindsay apartó la vista antes de que el temblor en su pecho la delatara, pero fue tarde.

—¿Qué pasa? —preguntó Mark, soltando un suspiro que rompió el bullicio de la terraza. Su mirada iba de uno a otro, intentando leer entre los gestos contenidos y las palabras que no se atrevían a

pronunciar—. Será mejor que lo hablemos cuanto antes o ninguno podremos relajarnos en toda la noche.

El silencio que siguió fue denso. Lindsay tragó saliva y Chris se limitó a tensar la mandíbula aún más. Y por un instante, todo en la terraza, la luz cálida, los rostros amables, el olor a hogar, pareció volverse incómodo, irreal.

—¿Has podido encontrar al papá de tu bebé, amor? —interrogó Rachel, intentando facilitarle las cosas.

Lindsay se limitó a mirarla como un cervatillo asustado.

—Hija, te juro que no vamos a juzgarte.

Comenzaba a faltarle el aire.

—Mamá…

—Y si tienes que criarlo sola, pues en peores nos hemos visto.

Lindsay se puso en pie, muy agobiada, y miró a Chris.

—El de *la verdad sin paños calientes…* se ha debido de quedar en el coche, ¿no? —dijo con la voz estrangulada, mirándolo ahora con irritación.

Lo escuchó soltar un improperio mientras se acariciaba la nuca con evidente nerviosismo.

—Esto tampoco es fácil para mí —le recordó Chris casi en un susurro.

—¡Pues haberlo pensado mejor antes de ponerme en esta situación! —protestó molesta, y se giró a mirar de nuevo a su familia para decir—: El padre de mi hijo ha resultado ser un imbécil y un cobarde que…

—¡Lo de imbécil te lo tolero, muy listo no me siento ahora mismo —espetó Chris en un tono seco—, pero cobarde no vas a llamarme! Estoy aquí para aceptar mi responsabilidad.

Aquellas palabras cayeron como una bomba en medio de la terraza, incluso el propio Chris se sintió aturdido tras pronunciarlas.

El silencio que siguió fue casi físico, una presión invisible que dejó a todos inmóviles. Lindsay, con los ojos como platos, buscó desesperada una reacción en los rostros que la rodeaban, pero solo encontró sorpresa, desconcierto… y una tensión eléctrica que latía entre Mark y Chris.

Su hermano miraba a Chris sin pestañear. Su expresión era difícil de descifrar, mezcla de asombro e incredulidad. Chris, en cambio, mantenía el pulso de esa mirada sin ceder un ápice, con la respiración contenida, como si esperara un golpe que nunca llegaba.

Nadie se atrevió a hablar. Y en medio de ese silencio cargado, Lindsay tuvo la extraña sensación de que no todo el mundo allí estaba tan escandalizado como debería. Su madre la observaba algo aturdida, pero ni mucho menos leía condena en sus ojos, ni siquiera cuando miraba a Chris.

—Así que… ese bebé… —carraspeó Rachel incómoda.

—Es mío, sí —admitió Chris alto y claro, sin titubear.

Y Lindsay sintió una sacudida extraña, una mezcla de desconcierto y calor en el pecho. Era la primera vez que lo escuchaba admitirlo en voz alta de aquella manera, hasta entonces solo había sido una herida silenciosa entre ambos.

—Vaya, eso es… —Rachel miró de uno a otro, leyendo una seriedad mortal en sus rostros— ¿desconcertante? —carraspeó—. Lo siento, pero se os ve tan serios que no sé si esto es un drama o… qué.

—Es solo una realidad —aclaró Chris ahora, algo menos rígido—. Pero estoy aquí para asumir mis errores y…

—¡Eh! —exclamó Lindsay como una escopeta—. ¡Ni se te ocurra llamar error a mi hijo!

—*Nuestro* hijo —recalcó.

—No, de momento es mío nada más. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Tú participaste lo justo y no muy consciente, como te has encargado de recordarme, así que…

Mark, que había permanecido en silencio, interrumpió al instante:

—¿Qué demonios quiere decir eso?

Los miraba a ambos de forma alternativa, esperando una respuesta.

El gesto abatido de Chris molestó a Lindsay de un modo insoportable. Así que se avergonzaba, ¡pues qué bien! Entonces lo ayudaría a sentirse mejor con todo el gusto.

—No sufras, que yo te cubro —ironizó, y miró de frente a todos los presentes—. Chris llevaba un pedo del quince esa noche —informó en un tono ácido—, así que queda exonerado de todos los cargos.

—Lindsay…

Lo ignoró, tomó aire y continuó:

—La culpa es toda mía. Fui yo quien se metió en la cama de un tío que ya me había rechazado una hora antes, sabiendo que sin esas copas de más jamás habríamos acabado en aquella habitación —repitió las palabras exactas, tal y como él las había dicho en Clearhaven. Lo miró y sonrió con sarcasmo—: Anda, y sin memoria fotográfica —suspiró, fingiendo estar orgullosa de sí misma, y posó la vista sobre Maddie—. ¿Qué hay de cena?

—¡*Hangurguesas*! —gritó Leo, feliz.

—¡*Ñam*! ¡Qué ricas! —le sonrió al pequeño haciendo un esfuerzo —. Pues pienso zamparme dos.

Pero Chris no aceptó el poco sutil cambio de tercio.

—No voy a eximir mi responsabilidad —afirmó alto y claro mirando a Mark.

—No te necesito para nada —repuso Lindsay irritada.

Chris la ignoró por completo.

—Asumo mi parte de culpa —insistió en hablarle a Mark—. Por supuesto que nos casaremos antes de que el bebé nazca y…

Lindsay estuvo a punto de atragantarse con la saliva.

—¡Eh! ¡Pon el freno ahí! —interrumpió, fulminándolo con la mirada, con los ojos encendidos de pura furia.

—De verdad, deja de ser tan impertinente —replicó Chris con cierta impaciencia—. Solo quiero hacer las cosas bien.

—¿Hacer las cosas bien? —bufó ella, incrédula—. ¡Y lo que yo quiero te lo pasas por el arco del triunfo, ¿no?!

—Joder, ¿y cuál es la pega ahora?

Lindsay lo miraba de veras con evidente desconcierto. No podía creer que él lo preguntara en serio.

Cruzó los brazos sobre el pecho e interrogó con evidente irritación:

—¿Qué te hace pensar que voy a casarme contigo?

Chris la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Perdona? —De veras parecía perplejo con la negativa, y aquello la encendió aún más.

—Entiendo que estés desconcertado —ironizó, mirándolo a los ojos—, que no te esperaras una negativa tras hacer la petición de mano más romántica de la historia, pero…

—¡Venga ya, Lindsay! —gruñó molesto—. Estás embarazada, creo que el protocolo sobra.

—Ah, ya, pues ¿sabes qué? —tuvo que respirar para calmar la ira —, ¡bienvenido al siglo veintiuno! Ahora las mujeres podemos ser madres solteras sin que nadie nos señale con el dedo.

—¡Pero tú no eres madre soltera!

—Aún no, pero lo seré en cuanto nazca el bebé —sonrió mordaz —, porque no me casaría contigo ni bajo amenaza de muerte.

Así que a aquello se refería cuando había dicho que el bebé solo les dejaba una salida. Le hirvió la sangre.

—¡No digas tonterías! —protestó Chris, que no estaba mucho más calmado.

—Bueno, ya está bien —intervino Mark por primera vez—. Creo que ambos estáis demasiado enfadados para que salga nada bueno de esta conversación.

Lindsay se giró a mirar a su hermano.

—Ni se te ocurra pronunciar una palabra para imponerme un matrimonio, Mark —dijo alto y claro.

—Jamás se me ocurriría —aceptó el chico—, por supuesto que respetaré cualquier decisión que tomes, pero…

A Lindsay le faltó tiempo para mirar a Chris con una sonrisa.

—¿Lo has escuchado bien?

—¿Podrías dejarle añadir el pero?

La chica apretó los dientes y miró a su hermano.

—Pero… —suspiró Mark, resignado— creo que es una decisión difícil, para la que necesitaréis sentaros a dialogar un poco más tranquilos y sin espectadores.

Aquello ya no pareció gustarle tanto a Lindsay, que en aquel momento estaba demasiado furiosa para atender a razones. Miró a Chris y sentenció:

—¡No necesito diálogo para saber que antes me cortaría la lengua que decirte sí quiero!

Se dio media vuelta dispuesta a alejarse.

—¡Me servirá con que asientas! —insistió Chris irritado.

—Sigue soñando —replicó sin mirarlo, caminando hacia el interior de la casa.

Chris soltó un bufido.

—¿Un sueño? ¡Una pesadilla es lo que eres!

Lindsay no se giró, pero sí alzó una mano con el dedo corazón bien tieso.

—¿Acabas de hacerme una peineta? —Chris no daba crédito.

—¡Qué buena vista! —ironizó, y desapareció dentro del salón sin añadir nada más.

—Pero ¿qué…? ¡Uf! —Pateó Chris el suelo—. Dios, ¡me saca de mis casillas!

Avanzó también hacia la casa.

—Chris, será mejor que le des algo de margen —intervino Mark ahora.

Pero Chris no estaba para escuchar nada. Lo único que oía dentro de su cabeza era la negativa de Lindsay a casarse con él, y no le parecía razonable.

Caminó hacia el interior de la casa a paso rápido, dispuesto a llegar hasta ella antes de que pudiera subir a la habitación que solía usar y cerrarle la puerta en las narices.

Mark se giró a mirar a su madre y a Maddie.

—¿Voy tras ellos o los dejo matarse a gusto? —resopló, algo irritado también.

—Yo no me interpondría en el fuego cruzado —opinó Maddie en un tono sereno, casi risueño.

El chico soltó un improperio y miró a su madre, que acabó encogiéndose de hombros, sonrió y dijo lo último que todos esperaban oír:

—Es solo cosa mía o… hasta discutiendo hacen una pareja preciosa.

Capítulo 38

Lindsay no podía creerlo. El sueño de su vida, ese en el que Chris le ponía un anillo en el dedo, al fin se materializaba frente a sus ojos… y no podía ser más infeliz.

Caminó hacia las escaleras con los zapatos golpeando el suelo con furia y las manos temblando de pura rabia.

—¡¿Dónde narices crees que vas?! —escuchó rugir a Chris, rompiendo el silencio del salón.

Ella no miró atrás.

—¡Déjame en paz! —exigió—. Ya te he aguantado suficientes días.

La voz de Chris resonó aún más cerca, firme, implacable.

—Aún tenemos cosas que discutir —repuso al tiempo que la retenía de un brazo.

Soltando un improperio, Lindsay se zafó de su mano y se giró a mirarlo.

—¿Qué es lo que no tienes claro? —preguntó irritada

—No eres lógica.

—Al contrario, creo que soy la más coherente de los dos —replicó—. Aunque mis opiniones parezcan importarte tan poco.

—¡Ese bebé también es mío! —insistió, como si ese argumento fuera más válido que hacía unos minutos.

—Y nadie dice que no vayas a ser su padre —lo enfrentó con los brazos en jarras—, pero no vas a ser mi marido.

Él frunció el ceño. Parecía molestarle mucho aquella acotación.

—¿Y por qué mierdas no podemos darle a nuestro hijo una familia normal?

Para Lindsay aquello comenzaba a ser desesperante y demasiado doloroso.

—Porque una familia normal… —hizo una pausa— está basada en cosas que no tienen nada que ver con la obligación.

Lo vio apretar los dientes y mirarla con cierta aprensión, como si estuviera guardándose algo que no se atrevía a decir.

—Tendrás acceso razonable al bebé, Chris —se esforzó por aclarar—, pero lejos de mí.

—¿Quieres que sea un padre a media jornada? —se exasperó—. ¡Ni hablar!

A Lindsay se la llevaron los demonios.

—Para empezar, te recuerdo que tú ni siquiera querías tener hijos —declaró entre dientes.

—Esto no ha sido por elección —admitió de mala gana—, pero ya que está aquí, no voy a abandonarlo. Y quiero darle un hogar de verdad.

«Un hogar de verdad…». Lindsay estaba al borde de la histeria.

—Maldita sea, Chris, lee mis labios: *No – voy – a – casarme – contigo* —recalcó cada palabra muy despacio—. ¡Ni loca! ¡Nunca! ¡No! ¡*Ene – O*! ¡No!

Aquella intensa negativa le dio de lleno, y por un segundo Chris pareció mirarla con una mezcla de desconcierto y pesar.

—¿Tan horrible te resulta la idea?

—¡Sí! —Y era verdad. Que él no la amara le resultaba del todo insoportable. Moriría de la pena en un matrimonio como el que él pretendía.

—¡Venga ya! ¿Vas a rajarte ahora que estás a punto de conseguir lo que siempre has querido?

Lindsay soltó una carcajada amarga cargada de sarcasmo.

—Espero que eso a lo que te refieres no seas tú.

—No eras tan cínica mientras intentabas meterte en mi cama —sonrió con descaro.

—¡Eres un arrogante engreído!

Él la atrajo de la cintura con fuerza, sobresaltándola.

—Entre otras cosas, ¿no?

El corazón de Lindsay se desbocó con la simple cercanía.

—Eh… esto… —forcejeó.

—¿Qué? Ponlo en palabras —sugirió con sorna—, o es que eres incapaz incluso de pensar en cuanto te toco. —Le miró los labios—. Sabes tan bien como yo que este matrimonio tendría… enormes ventajas.

A Lindsay le costó la misma vida reponerse, y solo lo logró a medias.

—Ah, que me ofreces un matrimonio con derechos —murmuró en un tono mordaz.

Chris frunció el entrecejo.

—¿Y qué creías que te ofrecía? —interrogó algo sorprendido—. Estoy dispuesto a tenerte… entretenida.

—Ah, ya, que estás dispuesto…

—Sí.

—…como el que hace un sacrificio.

Ahora la miró confuso.

—Yo no he dicho eso.

—¿No? Porque así me ha sonado a mí.

Chris soltó un bufido de hastío, muy irritado de nuevo.

—¡Venga ya! No lo tergiverses todo —espetó molestó—. Los dos sabemos que para ninguno será un sacrificio meternos en la cama.

El calor entre sus cuerpos comenzaba a hacer mella en ambos, cuyos ojos resplandecían cada vez con más intensidad.

—Cuando nos casemos… —la atrajo hacia sí con más fuerza—, podremos…

—No —interrumpió. Mejor no dejarle poner más ideas en su mente calenturienta.

La miró desconcertado, como si tras aquella propuesta ya hubiera descartado el no de la ecuación.

—¿Cómo que no?

—¿De qué te sorprendes? —suspiró crispada, su cercanía comenzaba a pasarle factura—. En esa cabaña te dejé claro que el bebé no iba a decidir mi futuro de pareja —le recordó—, y que jamás aceptaría una relación basada en cosas como la obligación, la responsabilidad o asumir errores.

Chris apretó los dientes con fuerza.

—Vale, basémosla en el sexo entonces —ofreció de inmediato.

—No lo dices en serio.

—¡Por supuesto que sí! —Sonrió con acidez y la atrajo del trasero contra su ya enorme erección—. Hay parejas que se sostienen toda una vida con menos de lo que nosotros tenemos.

Lindsay tuvo que contener un gemido. No podía ceder, lo amaba demasiado.

—Hablas como si fuera algo celestial —ironizó, intentando sonar apática—, y tampoco es para tanto.

Aquello fue como cargar un lanzallamas, ponerlo en sus manos y alentarlo a que lo usara en su contra. La chica se arrepintió en cuanto pronunció las palabras.

—Si lo que buscas es un recordatorio, Lindsay… —murmuró, atrayéndola con más fuerza—, solo tenías que pedírmelo.

—Yo no…, eh…

—Vuelves a titubear, ¿qué te pasa?

—Suéltame.

—¿O qué?

—O… puede que te decepcione encontrarte con… menos de lo que esperabas.

Sí, sonaba absurda hasta para sus propios oídos.

Chris rio con ganas mientras sus manos ascendían por su espalda, quemándole la piel.

—¿Me estás diciendo que no me deseas, Lindsay?

—Sí.

Y con aquel *sí*… fue ya demasiado consciente de que lo estaba provocando de forma más que intencionada.

—Estoy dispuesto a arriesgarme —susurró ya sobre su boca, y un segundo después devoró sus labios con un beso hambriento y voraz, cargado de… demasiadas horas sin su sabor.

Lindsay intentó resistirse segundo y medio, después claudicó sin remedio a sus labios, a la suavidad de su lengua al contacto con la suya, que incendió cada poro de su piel. Y protestó cuando él dejó de besarla para murmurar:

—Repíteme que no me deseas… —jadeó sobre sus labios, conteniéndose a duras penas—, a ver si en algún momento me lo creo…

—No te deseo —se apresuró a decir.

Él volvió a besarla al instante, aún con mayor ferocidad.

—Chris, estamos…

—A cien, reconócelo.

—En mitad del salón de mi hermano —dijo como pudo.

Lo vio mirar a su alrededor y sorprenderse, pero, para su asombro, eso no lo detuvo.

—¿La puerta de la alacena tiene pestillo? —interrogó, besándole ahora el cuello.

—¿Eh?… —Ya no podía ni razonar con claridad.

«*Esta alacena es como un portal a pornolandia*», escuchó decir a Karen dentro de su cabeza. Tanto ella como Maddie… la habían visitado acompañadas.

Su cuerpo se encendió aún más.

—Ni… se te ocurra…

—Mala elección de palabras, ¿aún no aprendiste nada? —replicó él, alzándola del trasero y caminando con ella hacia la alacena con paso rápido, casi desesperado.

—Suéltame —se quejó.

—Si tan solo sonaras algo más convincente…

—¡Que me bajes ahora mismo!

Y obedeció, sí, en cuanto estuvieron dentro de la alacena a puerta cerrada.

—¿Por dónde íbamos…? —terció, acorralándola contra la única pared que no estaba atestada de vajillas.

—Chris… —intentó protestar.

—Ah, sí, iba a demostrarte las bondades del matrimonio…

—No tienes forma de convencerme para que me case contigo —aseguró para dejar las cosas claras.

—Pero puedo intentarlo, ¿no?

«Oh, sí, puedes y… debes», suspiró dentro de su cabeza.

—Ni pienses que… estoy tan loca por ti que la sola promesa de sexo me hará decir que sí…

—¿Al menos estás diciendo que sí al sexo? —susurró con la voz ronca, y sonrió con aquella sensualidad que la volvía loca.

—Tampoco he dicho eso —intentó sonar firme, pero el temblor de su voz la traicionó.

—No hace falta, tu cuerpo habla por ti. —La abrasó con la mirada—. Lo leo en tus ojos, en cada respiración entrecortada, en la forma en que te estremeces cuando apenas te rozó…

Acarició sus brazos desnudos con la yema de los dedos y Lindsay no pudo evitar darle la razón estremeciéndose.

Él esbozó una descarada sonrisa.

—Dios, estás tan bonita con los ojos ardiendo de deseo y las mejillas sonrojadas… —su voz era como una fina caricia— que me muero por seguir descubriendo cómo habla el resto de tu cuerpo…

El corazón de Lindsay latía tan rápido que temió que él pudiera oírlo.

—…por saber qué me dicen tus pechos —murmuró, llevando ambas manos hasta ellos—, que ansían tanto mis caricias que la excitación de tus pezones está a punto de rasgar la tela del vestido… —jugueteó con cada uno de ellos, observándolos con atención—. Joder, me muero por saborearlos…

Para Lindsay ya no era posible contener las emociones. Su garganta emitía pequeños gemidos de placer sin control alguno. Estaba al límite, al borde de la combustión.

—Reconoce que te gusta, Linny… —rogó—. Con palabras.

—Yo… —apretó los dientes intentando ser fuerte— no voy a casarme contigo.

Él sonrió a medias.

—Tienes suerte, hace rato que pienso solo con la entrepierna —le lamió los labios sin previo aviso y Lindsay exhaló un gemido ronco —. Admite que te gusta que te toque así.

—Chris…

—No seguiré descendiendo hasta que lo hagas —avisó, sin dejar de jugar con sus pezones—, y te aseguro que me muero por meter la mano entre tus piernas y acariciarte una y otra y otra vez… hasta que estalles contra mis dedos, así que…

—¡Sí!

—¿Sí qué?

—Me gusta —admitió ya sin ningún pudor, y ahora fue ella quien tomó una de las manos masculinas y la llevó hasta la unión entre sus muslos, necesitando ya aquellas caricias con una urgencia desesperada.

—Oh, sí, me vuelve loco esa impaciencia tan tuya… que me demuestra cuánto me deseas —susurró enronquecido, metiendo ya con rapidez la mano por debajo del dobladillo de su vestido—. ¿Y sabes que más me vuelve loco?

Lindsay negó con un gesto, mareada de deseo.

—El fuego líquido que sé que voy a encontrar entre tus piernas —siguió ascendiendo, se metió dentro de sus bragas y se empapó al instante de la intensidad de su deseo, soltando un gemido de satisfacción—. Dios, Linny, siempre me sorprende tu grado de excitación. —Le mordió los labios con ardor—. Te encuentro siempre tan preparada para mí que me cuesta contenerme y no ceder a hundirme dentro de ti, que es lo único que deseo con toda mi alma… —gimió en su oído mientras la acariciaba ya en profundidad.

—Oh…, Dios… —jadeó moviéndose contra sus dedos, que obraban su magia habitual.

—¿Te gusta?

Esta vez no tuvo que suplicar.

—Me… encanta…

—Sí…

—Oh, por Dios, voy a… —jadeó con fuerza, al borde del abismo —, Chris…

—Córrete para mí, cariño… —casi suplicó—, quiero escucharte.

No tuvo que alentarla mucho más, la contención era imposible ya. El clímax fue brutal y su cuerpo se contrajo y estalló como si cientos de pequeñas descargas eléctricas recorrieran cada parte de él; y aún no había acabado de disfrutarlo cuando exigió:

—Quiero más. —Llevó la mano hasta su pantalón con impaciencia.

—Eso espero… —gimió en su oído mientras la dejaba liberar su erección—, porque no sé si podría contenerme…

A Lindsay le encantó descubrir en él su misma necesidad. Su fuego se multiplicó hasta límites poco saludables mientras jugaba

con su erección, libre al fin, disfrutando de su dureza.

—Te necesito, Linny… —casi rogó Chris mientras le rasgaba las bragas hasta arrancárselas—, ya, ahora…

Alzó uno de sus muslos y se hundió en ella de un movimiento firme pero certero, tanto que Lindsay, asombrada, estalló en otro intenso orgasmo al instante.

—Música celestial de nuevo —jadeó Chris, tomando ya posesión de su cuerpo una y otra y otra vez—. Joder…, cómo te deseo, yo… —la besó con intensidad, como si quisiera apoderarse de cada parte de ella que pudiera hacer suya—. Me vuelves… loco…

Y esa misma locura tomó por completo el control de la situación. El ritmo de sus movimientos, de sus respiraciones, se volvió frenético, casi desesperado, creciendo junto con el deseo hasta rozar el límite y hacerse insostenible. Fundidos en un beso profundo, embriagador, ambos estallaron y exhalaron su clímax dentro de la boca del otro, mientras todo se evaporaba a su alrededor.

«Dios, ¿cómo puedes ser tan increíble…?», pensó Lindsay con una mezcla de deseo y tristeza. En aquel instante habría dado cualquier cosa por poder aceptar su propuesta, por rendirse a la idea de pasar el resto de su vida en sus brazos…, pero la lucidez, cruel y certera, se abrió paso entre el vértigo.

«Quizá él… con el tiempo se enamore también de mí y…».

«O de otra», respondió su conciencia por ella.

No había forma de engañarse. Ningún matrimonio podía sostenerse sobre cimientos hechos solo de piel y deseo, por muy incendiaria que fuera la pasión que los unía. Y ella, para bien o para mal, era una romántica incurable. Necesitaba que el amor de su vida la amara con la misma intensidad, con el mismo grado de locura y entrega con el que su corazón lo anhelaba a él.

—¡No voy a casarme contigo! —dijo alto y claro antes de ceder a la tentación.

Chris, que ni siquiera había terminado de abrocharse los pantalones, endureció el gesto y la miró con irritación.

—Si lo que quieres es que vuelva a follarte, tendrás que darme un rato —replicó a bocajarro, cargado de cinismo.

—Considera esto una despedida —repuso entre dientes, ahora dolida, mientras se acomodaba las bragas… o lo intentaba—. ¡Me las has roto, idiota!

—¿El qué?

—¡Las bragas! —se quejó, intentando que permanecieran en su sitio—. Me has rasgado una de las tiras laterales.

Chris se apartó un poco para observar sus esfuerzos por evitar que se le cayeran.

—Deja de mirarme así —se quejó— y ayúdame.

—Apáñatelas —dijo en un tono seco.

—¡Venga ya, esto es tu culpa! Intenta hacer un nudo con las dos partes… —exigió— o me arriesgo a que se me caigan a los tobillos en el momento menos pensado —soltó un improperio—, para eso sería mejor quitármelas.

—Ninguna de esas opciones es aceptable —protestó Chris con énfasis, y murmuró casi para sí—: Joder, sería un suplicio inhumano.

—Déjate de chorradas e intenta hacer el nudo.

—No pienso agacharme ahí.

—No seas crío, Chris.

—¡Que si lo hago no vamos a salir nunca de esta alacena…, *mon cherie*!

Lindsay se quedó de piedra. Lo miró valorando si era alguna de sus pullas o hablaba en serio. Le sorprendió ver la mezcla de deseo y azoramiento en su rostro.

—Por Dios, tengo que salir de aquí —lo oyó murmurar ahora con irritación—, esto no puede ser saludable.

De alguna forma… Lindsay tuvo claro a qué se refería. Apostaría todo lo que tenía a que él estaba listo para tomarla de nuevo justo en ese instante. El estallido de lujuria que brilló en sus ojos frente a aquel pensamiento fue demasiado obvio.

Chris reculó para evitar tocarla, pero el espacio era tan reducido que terminó chocando contra una de las estanterías, donde el tintineo de platos y vasos anunció durante unos segundos un inminente desastre. Por suerte el sonido fue cesando y todo quedó en su lugar.

—*Puf*, por poco… —murmuró Chris entre dientes.

A Lindsay se le escapó una risa nerviosa.

—Será mejor que salgamos de aquí —insistió tenso.

—¿Y qué pasa con mis bragas?

—¡Deja de recordarme tus bragas!

La chica soltó un improperio, se quitó la prenda, hizo con ella un gurruño y se las metió a Chris en el bolsillo delantero del pantalón mientras pasaba ante él y, sin detenerse, abría la puerta de la despensa.

—¿Y qué quieres que haga yo con ellas? —se quejó, saliendo tras ella con las bragas en la mano.

—¿Buscar unas iguales y reponérmelas?

—Sí, claro.

—Me costaron noventa dólares —informó.

Chris las miró con el ceño fruncido, dándoles un par de vueltas entre los dedos con una mezcla de tensión… e innegable calentura.

—¿Noventa pavos? —repitió incrédulo—, pero si son minúsculas.

Lindsay alzó una ceja, desafiante.

—La calidad se paga, cariño —sonrió mordaz—. No todo el mundo puede permitirse el lujo de llevar encaje francés en lugares estratégicos.

—¿Y qué tendrá todo lo francés… para gustar tanto?

Se abrasaron con la mirada durante unos largos segundos. Lindsay leía promesas en sus ojos que le quemaban la sangre.

—¡Por fin! —exclamó Karen desde un lateral del salón justo en ese instante.

Ambos se sobresaltaron. Chris intentó devolverle las bragas a Lindsay de inmediato.

—¿Y dónde quieres que me las guarde yo? —susurró irritada.

—Joder… —Chris les dio varias vueltas entre las manos con un movimiento nervioso.

—¡Están aquí! —gritó Karen ahora para el resto de la casa y los vecinos colindantes.

—¿Qué pasa? —se quejó Lindsay, mirando de reojo cómo Chris se guardaba al fin las bragas en el bolsillo trasero del pantalón.

—Estábamos preocupados, nena —contó Karen—. No aparecíais por ningún lado.

Maddie entró ahora en el salón, procedente de la cocina.

—¡Menos mal! ¿Dónde estabais?

A Chris le faltó tiempo para batirse en retirada.

—Voy al coche a por tu maleta —informó de inmediato—. Ve practicando: *Oui, je le veux.*

Las tres mujeres lo miraron alejarse hacia la puerta de la calle.

—¿Ahora hablas francés? —interrogó Karen con curiosidad.

—¿Y qué lleva sobresaliendo del bolsillo? —preguntó Maddie con extrañeza—. Es como un lazo de encaje.

Lindsay tuvo que volverse para que no vieran el evidente tono carmesí que había subido a su rostro.

—¿Y piensas decir *Oui, je le veux*? —sonrió Karen al tiempo que le daba un codazo cómplice.

—Ni sé qué significa —admitió, solo con saber que era francés… ya se ponía mala.

—Sí quiero —aclaró Karen.

—¿Qué?

—Quieres a fulanito de tal como tu legítimo esposo… —matizó Karen—, *Oui, je le veux*.

—¡Pues yo *no le veux*! —protestó de inmediato—. ¡Será…i ¡Uf!

Las dos mujeres la miraron un tanto confusas, sin atreverse a preguntar.

—¡¿Qué?! —se exasperó Lindsay.

—Bueno…, ¿estás segura de no querer casarte con él? —tanteó Maddie ahora más seria—. Estáis esperando un bebé y…

—¡Y nada!

—¿Cómo nada? —insistió—. Estás loca por él, amore, todas lo sabemos.

Lindsay suspiró. No era momento aquel para dar explicaciones.

—Ya no —sentenció por si acaso él estuviera escuchando por un agujerito.

—Nena, a mí me gusta una novela *enemies to lovers* como a la que más… —carraspeó Karen—, pero es que vais al revés, ya deberíais estar en la parte del *lovers*…

La chica soltó un improperio.

—No me hables más de novelas románticas —bufó molesta—, esto ya es un *thriller*, a secas, sin *lovers* ni nada, ¡porque os juro que a ratos tengo ganas de matarlo!

—Ah, sí, yo también estuve en esa fase —suspiró Maddie con teatralidad—, solo quería dejar de matar a Mark mientras… —sonrió con picardía— estábamos concentrados en otra cosa.

—¿Se te iba el instinto criminal junto con las bragas? —Rio Karen.

—Muy a menudo, sí —admitió Maddie, y miró a Lindsay—, pero bueno, supongo que no es el mismo caso. Vosotros solo… estuvisteis juntos esa vez…, ¿no?

Las dos mujeres la miraron muy atentas, y Lindsay se ruborizó hasta las orejas.

—Eh…, a ver…, puede que… —tragó saliva.

—¿Puede? ¡Y una leche, nena! —terminó soltando Karen en un tono jocoso—. Que acabo de veros salir de la alacena, y todas sabemos la cantidad de feromonas que flotan en el ambiente ahí dentro.

Maddie rio a carcajadas.

—Qué burra eres.

—Pero ¿miento? —insistió la mujer, divertida.

—No, para nada —aceptó Maddie.

—El acceso a *pornolandia* está tras esa puerta —les recordó—. Así que *lovers* no sé, pero *salseo* del bueno seguro que habéis tenido.

Por suerte para Lindsay, no tuvo tiempo de contestar. Chris entró de nuevo en la casa arrastrando su maleta y no venía solo.

—Tío Devon, ¿tú también estás invitado al sarao? —suspiró Lindsay en un tono resignado.

El hombre sonrió solo a medias, algo nada habitual en él, que solía ser alegre y jovial. Lindsay notó al instante que algo lo inquietaba y se contagió de inmediato. La miraba con una expresión intranquila.

—He venido expresamente para hablar contigo —le dijo en un tono serio, intentando sonreír de nuevo, pero, una vez más, sin

hacerlo del todo. Se giró a mirar al resto de los presentes—. ¿Podéis dejarnos un momento?

Tanto Maddie como Karen asintieron y se alejaron en silencio, pero Chris no se movió de donde estaba.

—Chris, por favor…

—Si esto tiene algo que ver con nuestro bebé, no voy a ninguna parte —aclaró el chico con firmeza.

Devon arqueó las cejas con evidente sorpresa.

—Oh, vaya… —carraspeó, intentando mantener el tono neutral —. Así que…

—Sí —afirmó Chris sin más.

Lindsay comenzaba a estar muy inquieta.

—Tío, ya todos saben de mi embarazo —empezó diciendo, algo cohibida.

—De eso quería hablarte, cariño…

Lo vio tragar saliva y mirarla con una expresión preocupada, que la inquietó mucho más cuando agregó:

—Será mejor que te sientes.

—No.

—Lindsay…

—¿Qué pasa con mi bebé? —exigió saber con el corazón bombeando sangre a marchas forzadas.

—Dilo ya —rogó Chris ahora.

Devon se frotó la nuca mirándolos a ambos con un gesto serio. Incluso acostumbrado a dar las peores noticias, pareció costarle decir:

—Hubo una irregularidad con las analíticas del día que te hiciste la tuya, cariño —explicó intentando sonar sereno—. La persona que las hizo mezcló algunos viales y…, bueno, esta tarde se han vuelto a analizar todas las muestras.

Lindsay lo miraba sin pestañear. Se había ido poniendo más y más pálida a medida que hablaba. No sabía qué podía esperar de aquello…, pero no era bueno.

—¿Qué… pasa, tío? —interrogó apenas en un susurro.

Devon exhaló con pesar, desplegó los papeles que llevaba en la mano y se los tendió a su sobrina.

—Ignoro si esto será una noticia más o menos dura, pero…

Tragando saliva, la chica tomó los papeles, pero no fue capaz de mirarlos.

—Dímelo tú —rogó.

—Lo siento, cariño, pero no estás embarazada —acabó confesando con un tono de pesar—. Esta es una carta de disculpa de la dirección del hospital.

Aquellas palabras cayeron sobre Lindsay como una losa, al igual que el silencio que las siguió. No parpadeó, ni siquiera respiró durante unos largos segundos. Solo sintió un vacío seco, brutal, abriéndose paso en su pecho, dejándola suspendida entre la incredulidad y la tristeza. No sabía si llorar, gritar o reírse de la crueldad, de la ironía de la vida.

Chris dio un paso hacia ella, instintivo, pero en cuanto intentó rozarle el brazo, Lindsay se revolvió con una sonrisa quebrada y los ojos vidriosos.

—No hace falta que digas nada —musitó con la voz cargada de unas lágrimas contenidas a duras penas.

—Linny…, por favor, ven aquí… —intentó abrazarla.

Ella dio un paso atrás, temblando, y esbozó una sonrisa cargada de una ironía amarga:

—No necesito tu compasión —replicó, mirándolo con una rabia contenida que ni siquiera iba dirigida a él—. Me hago cargo del alivio que tienes que sentir en este momento.

Chris la miró como si cada palabra le diera de lleno en el pecho.

—Pero ¿qué dices…? —balbuceó incrédulo.

—Ya no tienes que sacrificar tu preciada soltería —continuó con la voz quebrada—, ni preocuparte por cumplir con obligaciones que nunca quisiste tener.

No pudo seguir hablando. Las lágrimas le ardían en los ojos, el nudo en la garganta le robaba el aire. Giró en redondo antes de romperse del todo frente a él.

—Linny… —intentó retenerla, pero ella se zafó de sus brazos con brusquedad.

—No me toques —exigió con la voz rota—. ¡Nunca vuelvas a tocarme!

Echó a correr hacia las escaleras sin poder contener del todo los sollozos que se le escapaban ya desde lo más hondo.

Para Chris, el eco de su huida resonó como un portazo invisible que le arrancó el alma.

Devon se acercó despacio, dejando escapar un suspiro cansado.

—Dale tiempo —sugirió con tono suave, casi paternal—. Ella necesita asimilarlo. No hace falta que el bebé existiera para sentir que lo ha perdido.

Chris se limitó a asentir, incapaz de hablar. Entendía tan bien aquella frase…, cada palabra se hacía eco en su propio corazón. Y el dolor y la tristeza que había leído en sus preciosos ojos verdes multiplicaba su propio pesar hasta hacerlo insoportable.

En ese momento los pasos apresurados y las voces preocupadas comenzaron a llenar el salón. Rachel y Mark fueron los primeros en entrar, buscando respuestas en los rostros tensos.

Devon le contó algo, pero Chris ya se estaba apartando, sin mirarlos, sin escuchar nada.

Caminó hacia la puerta, casi tambaleándose, con el rostro sombrío y un dolor sordo atenazándole el pecho.

—Chris… —lo llamó Mark desde la distancia en un tono preocupado, pero fingió no escucharlo.

Necesitaba aire, silencio y… soledad para poder asimilar todo aquello sin desmoronarse. Hasta hacía solo unos minutos su vida parecía encarrilarse, como si el destino le hubiera ofrecido por fin una oportunidad para ser feliz, una que él había decidido aceptar. Pero, al parecer, seguía sin estar a la altura.

Lo único que deseaba en aquel momento era acurrucarse junto a ella, secar sus lágrimas y compartir las suyas, su propio dolor, para que supiera que no estaba sola, que a él también le importaba. Pero se había comportado como un capullo en el peor momento. Incluso la pérdida podría ser más llevadera… si solo hubiera pronunciado las palabras correctas.

Salió de la casa sin mirar atrás. La brisa nocturna lo golpeó de lleno cuando abrió la puerta y caminó hasta el coche. Se dejó caer en el asiento soltando un suspiro de agotamiento, apoyó la frente en

el volante y cerró los ojos, intentando detener el torbellino que lo asolaba por dentro.

Estaba agotado, tanto física como emocionalmente, tras uno de los días más largos y demoledores de toda su vida. De no haber estado tan vencido por el cansancio, al salir por el portón habría notado el leve reflejo metálico entre los árboles, el del sedán negro oculto entre las sombras.

Pero no lo hizo…, y aquel fue el tipo de error que podía cambiar el rumbo de una vida.

Capítulo 39

Lindsay esperaba en el despacho de su tío en el hospital, asomada a una de las ventanas del piso quince, aunque no veía nada del mundo que se extendía al otro lado del cristal. Su tío seguía atendiendo una llamada urgente, y ella aguardaba a que terminara.

Acababan de repetirle la analítica para reactivar su donación de sangre. Tras el error cometido días atrás, su tío se había asegurado de que parte de los resultados estuvieran listos de inmediato, para que Lindsay pudiera llevárselos en persona.

El ambiente olía a desinfectante y a rutina, pero bajo aquella calma estéril Lindsay sentía un temblor en el pecho, una ansiedad que no lograba sacudirse desde hacía días.

Le había costado una semana entera reponerse y poder continuar con su vida, o al menos aparentarlo. Se había volcado en el trabajo, ocupando todas las horas posibles, pero aquella era la primera vez que salía sola de casa. Simon, el chofer de la familia, había insistido en acompañarla durante todo el día, algo que a su madre le había parecido una idea brillante.

No estaba bien. Intentaba no pensar en bebés de ojos azules y maravillosos, en lo que pudo haber sido, pero la pena la asolaba por dentro sin remedio más a menudo de lo que debería.

Se había negado a ver a Chris desde aquella noche y lo echaba de menos a cada segundo que pasaba. Él había ido a Osterville cada día, esperando verla, buscando alguna señal de que quisiera hablar con él, pero Lindsay se había negado a recibirlo. Y no era porque deseara castigarlo, ni siquiera lo culpaba de nada, sino porque verlo dolía más que cualquier reproche. No poder tenerlo, no poder estar con él, la estaba consumiendo poco a poco.

No quería su lástima, ni su compasión, ni sus disculpas. Quería su amor, simple y devastador. Y saber que no podía tenerlo, que aquello que los unía nunca había existido, la desgarraba en silencio.

Cada noche, sin falta, él le escribía. Mensajes cortos, torpes, cargados de una desesperación que traspasaba la pantalla. Ella los leía todos, una y otra vez, pero nunca respondía. Se limitaba a dejarlo en visto, con los ojos fijos en el brillo del móvil, como si eso bastara para mantenerlo un poco más cerca. Y entonces sus pensamientos viajaban a aquella cabaña, a la forma en que él la miraba justo antes de besarla, y de ahí… a todo lo demás. El recuerdo de esos días juntos eran un refugio y al mismo tiempo una condena.

Su tío tuvo que ponerle una mano en el hombro para sacarla del trance, y Lindsay dio un pequeño salto, sobresaltada, antes de reírse de sí misma. Devon la miró con esa sonrisa idéntica a la de su madre, que siempre lograba suavizar cualquier tensión.

—¿Dónde estabas?

«Donde no debía», suspiró, pero se esforzó por sonreír.

—Pensando en el trabajo —mintió—. Tras la gala de Neurothea, nos llueven los proyectos.

Aquello no era mentira. Estaban sobresaturadas de trabajo y ella apenas encontraba energía suficiente ni para pasar el día. No estaba en su mejor momento, ni profesional ni personal.

—¿Bajamos a tomar algo a la cafetería? —propuso el médico, observándola con preocupación—. Te vendría bien un café.

—Tengo demasiadas gestiones que hacer, tío —contó Lindsay, pasándose una mano por la frente—. Entre los días que estuve fuera y la semana que he pasado en casa estoy saturada. En cuanto traigan la analítica, me marcho.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —se ofreció el hombre—. Puedo liberar el resto de mi agenda.

—No hace falta, Simon está abajo —informó con una sonrisa cansada—. Se ha empeñado en ser mi sombra y a mamá le ha entusiasmado la idea, al parecer.

—Será que no te ven bien —opinó él con suavidad.

—O que son muy exagerados —bromeó, forzando una sonrisa que no llegó a sus ojos.

En ese momento una enfermera llamó a la puerta y se acercó con una carpeta en la mano.

—Señorita Madock, aquí tiene su analítica —anunció con una sonrisa profesional.

Lindsay tomó el sobre con un leve temblor en los dedos.

—Gracias —respondió, intentando sonar despreocupada, aunque la mirada se le quedó fija unos segundos en el sobre, como si temiera lo que pudiera contener. Cuando cerraba los ojos, aún podía ver aquel otro documento, aquel positivo enorme.

«Esto es absurdo», se dijo, sacando las hojas para enfrentarse a la normalidad de su analítica. Cuanto antes lo encajara, mejor.

Enfocó la vista en los papeles y frunció el ceño. Cerró los ojos, soltó aire… y volvió a abrirlos, convencida de que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Pero no.

—¡Tiene que ser una broma! —exclamó con un principio de irritación en la voz.

—¿Qué pasa, cariño?

—¡Tienes el hospital lleno de incompetentes! —replicó, apretando los dientes—. ¡Eso pasa!

—¿Qué…?

Lindsay se limitó a darle la analítica sin poder disimular un ligero temblor de manos que no sabía si era por rabia o por nervios.

Devon posó sus ojos sobre el papel e incluso él agrandó los ojos al leer:

Beta-hCG: POSITIVO
EMBARAZADA

—No sé qué tipo de ineptos tienes trabajando en el laboratorio —insistió Lindsay con una voz temblorosa cabalgando entre la rabia y el dolor—, pero no se puede jugar así con los sentimientos de la gente.

Sin poder evitarlo, sus ojos se llenaron de lágrimas, empañándole la vista.

Devon guardó silencio unos segundos. Luego habló con ese tono sereno y firme que solo usaba cuando quería que lo escucharan de verdad.

—Lindsay, yo mismo le llevé tu muestra al jefe del laboratorio —explicó despacio—. Le pedí como favor personal que la analizara él mismo. Y, conociéndolo, estoy seguro de que ha comprobado este positivo varias veces antes de enviárnoslo.

—¿Qué… qué…?

Lo observaba perpleja, como si fuera incapaz de razonar. Él sostuvo su mirada con calma.

—No hay forma de que ese positivo sea un error.

El corazón de Lindsay dio un vuelco tan fuerte que le robó el aire. Parpadeó sin saber si reír, llorar o ponerse a dar saltos. Todo dentro de ella se contradecía: el miedo, la esperanza, la confusión… y aquella punzada de emoción que no se atrevía a sentir del todo.

Por un instante el murmullo del hospital desapareció. Solo escuchaba el sonido frenético de su propio pulso, como si el universo entero esperara su siguiente respiración.

Miró al médico con un atisbo de sonrisa temblorosa, que apenas se atrevía a esbozar.

—Oh, Dios…, ¿estoy embarazada? —preguntó con el corazón en la garganta.

Su tío le devolvió una sonrisa franca, risueña.

—Sí, cariño, lo estás —aseguró.

—¿Esta vez de verdad?

—De verdad de la buena —rio el médico—. A no ser que me sorprendas diciendo que como no haya sido por obra y gracia del Espíritu Santo…

Ella negó con un leve gesto sin molestarse en fingir pudor.

—No…, nada de eso.

—No, ¿verdad? —bromeó él, arqueando una ceja.

Lindsay soltó una risa nerviosa.

—Bueno…, pensábamos que como ya estaba embarazada…

Ahora sí se sonrojó. Devon rio y ella bajó la vista, sintiendo cómo el peso de la noticia se asentaba despacio.

Había dejado de tomar la píldora en cuanto supo de su embarazo, y el viaje había sido movidito. Exhaló despacio pensando en todo… *el empeño* que habían puesto en aquel embarazo sin saberlo y su rubor aumentó.

Al fin acabó sonriendo y dejó que la esperanza la inundara sin miedo.

Debía hablar con Chris cuanto antes. No quería que él la acusara de escondérselo de nuevo.

—Así que tú y Chris… —sonrió ahora su tío, mirándola con una expresión pícara.

Lindsay suspiró. Aquí venía la segunda parte, no tan amable como su embarazo.

—Sí, eh…, bueno…, las cosas no son como quisiera, pero es el padre de mi bebé y tiene derechos.

Aquellas palabras eran más para sí misma que para el médico que la miraba un tanto descolocado.

—¿Qué quieres decir? —interrogó de inmediato—. ¿Vosotros no tenéis una relación? Sé que le dijiste algunas cosas algo duras aquella noche, pero pensé que lo habríais solucionado.

Lindsay negó con un gesto, sin disimular su tristeza. No había nada que solucionar. Sí, fue dura con él aquella noche, estaba dolida, y quizá en algún momento debería pedirle disculpas, pero ni eso ni su embarazo cambiaban la realidad.

—Ni tenemos una relación ni la tendremos —afirmó con certeza —. Jamás lo ataría a mí por obligación. No soy de las que se conforman con una relación así, tío.

Devon la miró con ternura.

—Mi eterna romántica —murmuró con una cariñosa sonrisa.

—Sí, y no lo puedo evitar —admitió, bajando la voz—. Nada salvo el amor me haría aceptar una relación, ni siquiera por mi bebé —suspiró con tristeza—. Mi hijo nos tendrá a ambos en su vida, y estoy segura de que Chris será un gran padre, pero nada mío.

Devon observó sus ojos tristes durante unos largos segundos.

—Lo amas mucho, ¿verdad? —adivinó.

Lindsay apenas pudo sostenerle la mirada. El nudo en la garganta le impidió mentir, así que asintió.

—¿Y crees que él no siente lo mismo?

Aquella era una verdad muy dolorosa de aceptar.

—Si me amara, ya me lo habría dicho, ¿no te parece? —Apretó los dientes. Dolía admitirlo—. Lo que siente es culpa por… ser yo quien soy. Quiere hacer lo que considera correcto, asumir su responsabilidad, pero eso no es amor. Y yo no puedo aceptarlo.

—Entiendo —dijo Devon al fin con ese tono que mezclaba comprensión y tristeza.

Eso esperaba, porque ella ya ni podía ni quería hablar más sobre el asunto. En ese momento solo deseaba aferrarse a la dicha frágil de saberse embarazada. Había recuperado a su bebé, si es que podía decirlo así, y por ahora eso bastaba.

—Tengo que irme ya —anunció tras unos segundos—. Creo que voy a incluir una visita a ZenithCorp en mi agenda. —Esbozó una sonrisa tímida—. Quiero darle la noticia a Chris en persona.

Se despidió de su tío, que la acompañó hasta los ascensores, y bajó las quince plantas valorando si debía o no llamar a Chris antes de ir a verlo. En cuanto salió al exterior y la puerta del hospital se cerró tras ella, sacó su teléfono y marcó su número, nerviosa, pero colgó antes de que diera el primer tono.

No. Sería mejor presentarse de improviso. Solo esperaba… tener agallas para pasar de la puerta antes de rajarse.

∞∞∞

Chris acababa de sobrevivir a lo que solo podía describir como una semana de mierda.

En aquel momento era un hombre desesperado. Apenas comía, dormía poco y su mente se negaba a concentrarse incluso en su trabajo. Mark estaba siendo muy paciente con él, pero no tardaría en darle un toque si seguía así y lo sabía, pero… nada salvo Linny tenía cabida en sus pensamientos.

Cada tarde conducía durante casi hora y media hasta Osterville, aferrado a la absurda esperanza de que ella se apiadara de él y quisiera verlo. Y cada vez regresaba con el mismo nudo en el pecho, un vacío que nada conseguía aliviar.

Le había pedido a Simon que no le quitara el ojo de encima aquellos días. Incluso había reforzado la vigilancia de los exteriores de la mansión Madock sin decirle nada a nadie. No quería alarmar a Lindsay ni a Rachel, pero seguía sin sentirse tranquilo. No confiaba en que quienes perseguían a Victor se hubieran dado por vencidos.

Daría cualquier cosa por poder mantenerla a salvo entre sus brazos, día y noche, asegurándose de que ni el aire se atreviera a rozarla…

…pero no podía. Ella no parecía dispuesta a darle ni una tregua, y aquello lo mataba.

Mark entró en ese instante en el despacho, pillándolo de nuevo perdido en sus cavilaciones frente al enorme ventanal. En lugar de reprenderlo por su evidente falta de productividad, soltó un suspiro cansado y tomó asiento en la silla frente a la mesa.

Chris llevaba días evitando un enfrentamiento directo, escudándose en montañas de trabajo que era evidente que no estaba haciendo. Hasta ahora, Mark había respetado la distancia y el silencio que le pedía, y apenas habían hablado de todo lo sucedido. Por suerte, no parecía querer matarlo por haberse atrevido a mirar siquiera a su hermana, aunque Chris seguía esperando el derechazo que aún creía merecer.

Ahora, Mark lo observaba en silencio desde la silla y, muy a su pesar, Chris no tenía ni idea de qué esperar. En los últimos días parecía haber perdido por completo su capacidad para leer a los demás; apenas lograba entenderse a sí mismo. Estaba demasiado agotado, demasiado colapsado emocionalmente como para ser objetivo y ver las cosas con claridad.

—Yo he estado en ese mismo punto —comentó Mark tras unos segundos mirándolo con seriedad.

Chris, aún de pie y con las manos metidas en los bolsillos, intentó sostenerle la mirada, algo que no era nada fácil.

—¿El mismo punto? —interrogó—. No sé qué…

—Estás al borde del colapso, Chris —afirmó con una certeza abrumadora—. Yo pasé demasiado tiempo viviendo entre la desesperación y la locura como para no reconocerlas en ti.

Chris tragó saliva con fuerza, y Mark insistió:

—Admítelo de una vez para que pueda ayudarte, hombre —sonó casi a ruego—. Ella está… —Guardó silencio y apretó los labios, como si de repente se hubiera dado cuenta de que hablaba de más.

A Chris le pudo la ansiedad.

—¿Cómo?

—¿Eh?

—¿Qué ibas a decir?

—¿Cuándo?

—¡Acaba la puta frase, Mark! —exigió al borde de la histeria—. ¡Joder!

Para su asombro, Mark sonrió con sinceridad.

—Antes contesta una pregunta —propuso.

Chris soltó un improperio y caminó hasta la silla tras el escritorio. Se obligó a sentarse para no seguir deambulando como un lunático, pero apenas logró quedarse en el borde del asiento, demasiado inquieto.

—Dispara —exhaló con fuerza, preparado para cualquier cosa… menos para lo que salió de los labios de Mark.

—¿Es mi hermana la mujer de la que me hablabas?

No necesitó explicarse. Ambos se entendieron sin más. Aun así, Mark concretó:

—Dijiste que la mujer que querías… era la única que no podías permitirte ni mirar.

—Sé lo que dije —suspiró.

Y Mark llevaba dándole la murga con aquello desde entonces.

—Bien, pues contéstame —se reiteró—. ¿Esa mujer era Lindsay?

Exhausto, Chris le sostuvo la mirada unos segundos antes de admitir sin rodeos:

—Sí.

El silencio que siguió fue denso. Ninguno apartó la vista. Chris ya no sabía qué esperar de esa conversación…, pero por primera vez

fue consciente de que algo importante había cambiado. Sí, quería estar bien con su amigo, pero no a cualquier precio.

—Vaya… —murmuró Mark sin mover una ceja.

—Te juro que me he estado volviendo loco —confesó Chris con voz baja, tensa—. He intentado de todo para mantenerme lejos.

—Pues está claro que no lo has conseguido —interrumpió Mark, con un tono neutro que no dejaba adivinar si lo juzgaba o se divertía —. Vamos, que solo os ha faltado poner un anuncio en la prensa.

Chris bajó la mirada, sintiendo el peso de la vergüenza.

—Ella afirma que esa noche estabas… muy tocado, ¿es cierto?

Era una forma sutil de decirlo.

—Bueno…

—¿Estabas borracho o no, Chris?

—Sí —admitió, pero aclaró—: aunque tenía muy claro con quién estaba.

—Pero el alcohol pudo con tu contención —adivinó.

Chris se limitó a asentir.

—Entonces doy por sentado que durante el viaje te comportaste.

«Oh, sí, ejemplar he sido…», ironizó para sí.

—¿Me estás haciendo un interrogatorio, Mark? —acabó preguntando en un tono ácido.

—He sido paciente —le recordó sin alterarse—. Llevas toda la semana sin soltar prenda.

Chris se encogió de hombros, cansado, empezando a hartarse.

—Quizá es que hay cosas que solo nos conciernen a Linny y a mí.

Mark lo observó unos segundos en silencio antes de lanzar la estocada.

—¿Y si te pidiera que no volvieras a acercarte a ella?

Chris apretó los dientes mientras una férrea determinación se instalaba en su pecho.

—Entonces te diría que no pierdas tu tiempo —afirmó con una certeza que nacía de lo más hondo de su alma—, porque no tienes forma de mantenerme alejado de ella —reconoció—. Lucharé con todo lo que tengo para ganarme su corazón, ya no puedo vivir con menos, me falta el aire —le tembló la voz, pero no apartó la mirada.

La tensión entre ambos era casi palpable, vibrando en el aire como una cuerda a punto de romperse… o eso creía Chris cuando Mark afirmó:

—Entonces solo me queda una pregunta que hacerte…

Chris se tensó. Esperaba cualquier cosa, una amenaza, un ultimátum, así que asintió con cautela. Y entonces escuchó lo más asombroso del día:

—¡¿Cuándo narices piensas decirle todo eso a ella, pedazo de asno?!

Se quedó perplejo, tanto que no supo reaccionar hasta que vio a Mark sonreír a medias y mirarlo como si estuviera frente al tipo más imbécil del planeta; y así se sintió Chris durante unos segundos, sin duda.

—¿Me estabas… vacilando? —indagó entre el alivio y la incredulidad.

—Es lo mínimo que te mereces, reconócelo —replicó Mark en un tono mordaz—. Pero no te niego que me ha gustado ver cómo pisoteas nuestra amistad para…

—Bueno, a ver…

—No lo suavices —sonrió ahora con sinceridad—, porque eso era justo lo que debías hacer. Lindsay se merece un hombre para el que sea la prioridad absoluta, alguien que luche por ella a muerte si hace falta. Contra quien sea.

Chris lo miró con una determinación limpia, sin una duda.

—Soy ese hombre —dijo con firmeza, aunque la voz se le quebró un instante después—. Ahora solo tengo que conseguir que ella también lo crea.

Mark se recostó en la silla, medio divertido, medio resignado.

—Igual si pronuncias las palabras mágicas…

—¿Hay unas palabras mágicas? —preguntó Chris confundido.

Mark suspiró.

—Sí, son las que vienen justo después de los polvos mágicos.

Hizo una mueca y añadió:

—Joder, nunca creí que haría una broma así que incluyera a mi hermana.

Chris soltó una carcajada, la primera en una semana. Y por un instante sintió algo de optimismo.

—¿Y qué me sugieres? —interrogó después—. ¿Escalo por la enredadera y me cuelo por su ventana? Porque no quiere ni verme.

—Si no te hubieras puesto en plan neandertal con lo de la boda…

Chris frunció el ceño.

—Joder, ya te vale —insistió Mark con una sonrisa crítica—. Tienes suerte de que te aprecie un poco.

—¿Eso significa que vas a apiadarte de mí y ayudarme?

Su amigo pareció valorarlo y acabó mirándolo con cierta resignación.

—Yo me saltaría el hostiazo desde la enredadera y me iría directo al hospital…

—No me caería, ¿tan torpe me crees?

—No, pero si puedes evitarte el brazo roto… —se encogió de hombros y arqueó las cejas con una media sonrisa.

Con el ceño fruncido, Chris estudió su expresión a conciencia y se puso en pie al instante.

—¿Y qué hospital me recomiendas?

—El Brigham, sin duda, y cuanto antes.

No había terminado de completar la frase y Chris ya salía por la puerta, empujado por una urgencia que rozaba la esperanza.

Veinte minutos después… esa misma esperanza se tornó en pesadilla.

Capítulo 40

A Chris le costaba respirar. Sentado en la sala de seguridad del Brigham Hospital, con las manos hundidas en el cabello, intentaba no hiperventilar mientras sentía su pulso palpitando en las sienes.

La pesadilla había comenzado nada más llegar. Simon se disponía ya a entrar en busca de Lindsay tras demasiado tiempo esperándola y sin conseguir que respondiera al teléfono. Juntos subieron a la planta quince y localizaron a Devon Stiles, quien, extrañado, les aseguró que hacía al menos cuarenta minutos que su sobrina se había marchado…

…pero ella jamás llegó al coche.

A aquellas alturas ya habían buscado por todas partes sin encontrar un solo rastro de ella. Ahora estaban a la espera de que el equipo de seguridad revisara las grabaciones de las cámaras en busca de cualquier indicio, una sombra, una pista mínima.

—No puede andar muy lejos —opinó Devon mirando a Chris, y se le ocurrió—: Quizá se ha encontrado a alguien y está en la cafetería.

—Ya lo hemos comprobado —contó Simon con un gesto preocupado.

A Chris le temblaban las manos, algo demasiado visible para todos.

—Cálmate, seguro que está en algún baño o se ha entretenido en algo —insistió Devon—. No tardará en aparecer. No podemos ponernos en lo peor.

Pero Chris sí podía, porque era el único que sabía de la amenaza que los había perseguido durante aquel viaje…, y tenía un mal presentimiento.

Debería habérselo contado todo a Mark, haberla protegido mejor, incluso obligarla a aceptarlo como su sombra, aunque lo odiara por

ello. El odio habría sido mejor que aquella angustia que lo devoraba por dentro. Si le pasaba algo, no lo soportaría.

El agente de vigilancia que él mismo había colocado frente a la mansión Madock también estaba allí, junto a él, con el rostro tenso. Había seguido a Lindsay hasta el hospital y se había apostado en la puerta, atento a cualquier movimiento.

Chris lo interrogó de nuevo con la voz rota por la ansiedad.

—¿Estás seguro de que no la viste irse con nadie?

—Segurísimo —respondió el hombre, firme—. Salió del hospital, hizo una llamada en la puerta y entró de nuevo.

Y jamás volvió a salir. Aquello no tenía sentido. Quizá estaba siendo demasiado agorero al ponerse en lo peor. Si querían llevársela, lo más lógico habría sido hacerlo en la calle, ¿o no?

No podía pensar con claridad. El miedo le atenazaba el pecho, le nublaba la mente.

—Mire esto, doctor —llamó uno de los guardias.

Todos se agolparon frente a la pantalla mientras el hombre rebobinaba las grabaciones y las hacía correr a cámara lenta. El sonido ambiente desapareció. Solo se oían las respiraciones contenidas y el zumbido de los monitores.

Allí estaba Lindsay.

La cámara del vestíbulo la grabó saliendo del ascensor, con el bolso colgado al hombro. Después caminó hasta la salida, donde las imágenes del exterior la mostraban sacando el móvil y haciendo una llamada, que colgaba demasiado rápido como para haber hablado con alguien. Parecía nerviosa. Tras eso entró de nuevo en el hospital.

El guardia cambió la vista a la cámara del pasillo principal y la vieron caminar hasta uno de los baños.

Chris, con el corazón en la garganta, aguardaba a que saliera de nuevo por la puerta, y entonces se fijó en el tipo que estaba apostado unos metros más allá… y sintió un escalofrío subir por su espalda. Llevaba una gorra calada hasta las cejas, pero sus expresiones corporales eran demasiado inconfundibles para él.

—Enfoca a ese tipo —ordenó con la voz tensa, ronca, demasiado convencido de que sus suposiciones eran ciertas como para poder

controlar el pánico que lo invadía poco a poco.

El guardia obedeció y avanzó hacia el rostro. Aunque la imagen se pixeló, bastó para que el estómago de Chris se contrajera.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Devon, extrañado—. ¿Lo conoces?

Sí, lo conocía, muy a su pesar. Era el matón del bar. El mismo que los había atacado en aquel callejón, y… esperaba equivocarse, pero también era la persona que retenía a Lindsay.

—Sigue revisando —rogó Chris, a pesar del pánico que tenía de ver las siguientes imágenes.

Lindsay salía del baño ahora. Caminaba despacio, distraída, hasta que el tipo de la gorra se metía en su campo de visión…

La cámara captó cómo el hombre se inclinaba hacia ella, diciéndole algo. Ella parecía dudar, dar un paso atrás, pero él tipo se llevó una mano al bolsillo de la cazadora…, una cazadora que sobraba dado el calor que hacía, pero que era perfecta para camuflar un arma…

…arma con la que, Chris no tenía duda, estaba apuntando a Lindsay.

—Dios mío… —murmuró sin aire, sintiendo la sangre abandonarle el rostro.

Pocos segundos después atravesaron una de las puertas de emergencia que había en uno de los laterales.

—Van hacia el parking subterráneo —dijo Devon ya muy nervioso también—. Cambia a esa cámara.

El guardia obedeció de inmediato y saltó a la vista subterránea.

El silencio se volvió insoportable.

Un coche negro aguardaba junto a la salida de emergencia. En la imagen el matón de la gorra sujetaba a Lindsay del brazo y la empujaba hacia el vehículo. Ella forcejeó, intentó zafarse, pero otro individuo abrió la puerta trasera desde dentro.

En segundos la introdujeron en el coche y este arrancó perdiéndose en la oscuridad del túnel.

Chris dio un paso atrás con la mirada clavada en la pantalla mientras las luces del sedán se alejaban…, y con ellas, todo lo que le importaba.

∞∞∞

Una hora después había demasiada gente en el despacho del médico.

Mark estaba sentado en uno de los sofás, con los codos apoyados en las rodillas. Maddie intentaba darle algo de ánimos, aunque en realidad no se sabía quién estaba peor. Uno de los dos inspectores de policía que se habían personado tomaba nota de todo lo sucedido, y su compañero revisaba en detalle las grabaciones de seguridad que Devon le mostraba en su portátil.

Chris no podía parar quieto. Iba y venía por la habitación como un animal acorralado, con la mente desbordada de imágenes de Lindsay, asustada y nerviosa, que no podía borrar.

En cuanto la policía terminara con los informes, pensaba contarlo todo: lo sucedido durante el viaje, la persecución, los matones, el grandullón…, incluido todo lo relacionado con Victor, porque al final todo conducía a él.

«Victor…», se dijo ahora, frunciendo el ceño.

Salió del despacho a paso rápido mientras sacaba su teléfono. Marcó un número…, uno que se había aprendido de memoria al primer vistazo de aquella tarjeta y que pensó que jamás usaría.

La voz de una señorita contestó al otro lado al segundo tono.

—Clearhaven, buenas tardes.

—Necesito hablar con William Norton, por favor —pidió intentando sonar más calmado de lo que estaba.

—¿Quién le digo que lo llama?

Chris tragó saliva. Sería mejor asegurarse de que lo pusieran al teléfono.

—Soy su hijo —pronunció en alto por primera vez en años.

Tuvo que aguardar unos largos minutos hasta que volvieron a tomar el auricular, pero no fue la voz de Victor la que sonó al otro lado.

—Su padre no se encuentra en la clínica en este momento —informó la chica con amabilidad—, pero voy a intentar desviar la llamada a su teléfono móvil.

¿Teléfono móvil? ¿Ahora tenía de eso? Pero no se quejó. Aguardó con inquietud a que la llamada no se cortara y de verdad pudiera hablar con Victor.

—¿Christopher? —interrogó el hombre con extrañeza poco después.

Fue directo al grano, no tenía tiempo para juegos.

—Se han llevado a Lindsay —expuso en un tono seco.

—¿Qué? —Parecía perplejo—. ¿Quiénes?

—Esperaba que eso pudieras decírmelo tú —replicó, y le contó a grandes rasgos lo sucedido durante el viaje que los llevó hasta él.

Cuando acabó, al otro lado se hizo el silencio.

—¿Victor?

—Lo siento, pero no tengo ni idea de quiénes son —admitió con pesar.

—¡Venga ya! —se desesperó Chris.

—He molestado a mucha gente, hijo —le recordó en un tono sincero—. Es probable que haya un centenar de personas a las que les encantaría darme caza. Pero sí te puedo decir que tuve que irme de Boston por culpa de esos tipos…

—¿Cuándo?

—El día de la gala —explicó—. Intentaron atraparme cuando llevé a Lindsay a casa, y tuve que exiliarme antes de lo previsto.

Chris apretó los dientes con fuerza, tratando de guardar la compostura y no ponerse a gritar como un loco en mitad del hospital

—¡Tú los llevaste hasta ella, cabrón! —acusó, recordando aquella foto—. Eres…

—No era mi intención —aseguró.

—Joder, no sabes cómo te odio en este momento —repuso entre dientes, sintiendo cada palabra en lo más hondo de su corazón—. Si a Lindsay le pasa algo, voy a asegurarme de que pagues por cada una de tus miserias.

—Chris…

Colgó antes de escuchar nada más. Las ganas de gritar como un loco que lo asolaban en ese momento comenzaban a ser acuciantes. Jamás se había sentido tan impotente y tan asustado, incluso tras haber tenido una vida de mierda.

Su teléfono lo sorprendió al vibrar aún entre sus manos, sacándolo de sus angustiosos pensamientos. Miró la pantalla con gesto distraído… y se quedó helado.

¡Lindsay! ¡Era una videollamada desde su número! Pero algo le decía que no era ella quien marcaba.

Contestó con rapidez, con el corazón en la garganta.

—¿Linny? —preguntó con la voz quebrada por los nervios.

Por un segundo no oyó nada. Luego la imagen cobró forma en la pantalla… y el mundo se detuvo.

La visión de Lindsay, sentada en una silla con las manos atadas a la espalda y una cinta plateada sobre la boca, le taladró el corazón. Tenía la mirada aterrada, empañada por las lágrimas, y la respiración agitada.

El aire se congeló en los pulmones de Chris, y durante un segundo no fue capaz de reaccionar, hasta que se obligó a centrarse y prestar atención a los detalles, que era lo único que podía hacer por ella en ese momento.

Un par de segundos después, el matón de los dientes torcidos que tan de cerca tuvieron en aquel callejón se coló en la pantalla.

—Ni se te ocurra tocarla, hijo de puta —exigió Chris entre dientes.

—No estás en posición de hacer amenazas, niño bonito —sonrió con la valentía que daba la distancia—, así que déjate de heroicidades.

Chris asintió, muy a su pesar.

—Dime qué quieres.

—A Malcolm Lake —sentenció—, ya deberías saberlo.

La cámara temblaba entre las manos del tipo, que parecía estar nervioso. Chris forzó su mente a enfocarse. Cada detalle importaba.

Pared verde apagado. Azulejos. Una jaula metálica abierta detrás de Lindsay. En una esquina, un cartel plastificado con siluetas de perros y gatos.

Un zumbido constante, seguido de un *tic-tic* eléctrico, le erizó la piel.

Era un fluorescente viejo…, señal de que el sitio estaba abandonado hacía tiempo.

—Dame su dirección y la dejo ir —ofreció el matón al otro lado.

—Suéltala y te lo digo —respondió.

—¿Crees que soy imbécil?

Mientras el tipo hablaba, Chris afinó el oído.

De fondo se escuchaban ladridos lejanos, amortiguados, de lo que parecía una auténtica jauría.

—Déjame verla de nuevo —rogó—, asegurarme de que está bien.

—Está tan buena como siempre —sonrió con lascivia, y Chris contuvo una arcada. No podía soportar pensar en que aquel cabrón pudiera ponerle un dedo encima.

—Te conseguiré la dirección de Lake —aseguró mientras el matón se movía alrededor del lugar con evidente nerviosismo, algo que Chris agradecía.

La cámara captó un fragmento de pared. Una placa azul con letras blancas donde solo alcanzó a leer *Sala Quirúrgica*.

Parecía ser un hospital… y por las jaulas no había duda: estaban en una clínica veterinaria abandonada hacía tiempo, dado lo destartalado que parecía todo.

Cerró los ojos, concentrado ahora en escuchar. Debía haber al menos veinte perros ladrando allá afuera.

¡Una perrera! Aquello era lo único que encajaba. Había estado una sola vez en las inmediaciones de una. Diez años atrás, con Lindsay, el día que llevaron a Danger a la clínica veterinaria que había justo al lado…, clínica que llevaba cerrada unos años ya.

¡Era justo allí donde la retenían!

—Dime dónde estáis —exigió para ganar tiempo mientras caminaba ya hacia los ascensores—. Intercambiaré esa dirección por ella, pero solo lo haré en persona.

El tipo soltó una carcajada baja.

—Sigues subestimándome.

Lo vio acariciarle el dulce rostro con las manos y el teléfono tembló entre sus dedos.

—Si la tocas, te juro que…

—¡Pues date prisa en conseguirme esa dirección! —exigió—, porque me muero de ganas de comerme a este bomboncito.

La llamada se cortó un segundo después y Chris estuvo a punto de gritar de desesperación, justo cuando el ascensor se abría en aquella planta.

—Aguanta, Linny… —murmuró con el alma en carne viva—, solo un poco más.

Llamó a Anthony desde el coche cuando volaba ya hacia aquella clínica. No era tan estúpido como para querer hacerse el héroe cuando la vida de Lindsay estaba en juego, y no sabía cuántos tipos podía haber con ella.

Por suerte, no tuvo que esperar para entrar. Anthony, junto a su compañero, el inspector Taylor, llegaron casi al mismo tiempo que él.

Un intercambio rápido de miradas bastó. Nadie necesitaba hablar, sabían lo que tenían que hacer.

Entraron con cautela, armas en mano, avanzando paso a paso por el pasillo silencioso. El aire olía a desinfectante rancio y metal oxidado, y solo se oía el zumbido de un fluorescente parpadeante.

Y entonces… los vieron.

La escena que los esperaba al fondo, en una de las salas, era lo último que cualquiera de ellos habría imaginado.

No había ni rastro de Lindsay, pero sus secuestradores sí estaban allí.

Los tres matones estaban atados y amordazados, sentados en el suelo entre jaulas vacías y charcos de agua sucia. Uno de ellos, el mismo que lo había llamado, tenía pegado en la frente, con cinta americana, una nota garabateada a mano:

Usa la tarjeta

Chris soltó una maldición apenas audible y tiró con fuerza de la cinta americana pegada a la frente del tipo, que dejó escapar un grito ahogado al sentir cómo la nota le arrancaba de cuajo parte de la piel de la frente.

No le quitó la mordaza. Ni siquiera necesitaba preguntarle quién había hecho aquello. Sabía con exactitud quién los había dejado cómo regalo para la policía… y se había llevado el premio.

—Qué hijo de puta… —murmuró entre dientes.

Capítulo 41

Lindsay entró por su propio pie en lo que parecía ser un *loft* reacondicionado como vivienda, un espacio industrial y luminoso que contrastaba con el miedo que le oprimía el pecho. No era un sótano oscuro ni un cuchitril, sino un lugar amplio, limpio, de techos altos y ventanales enormes que filtraban una luz cálida. Diría incluso que era un sitio bonito, pero no sabía si podía llamarlo acogedor, aunque no había duda de que encajaba con el hombre que la había llevado hasta allí.

El grandullón la había rescatado de manos de los matones, si es que podía llamarse rescate… a volver a estar encerrada.

Lo recordaba todo con una nitidez inquietante: cómo irrumpió en la clínica sin avisar; el modo limpio y eficaz con el que redujo a los tres hombres en cuestión de segundos; un golpe seco, un cuerpo cayendo, el gruñido ahogado de otro al ser inmovilizado. Y después, tras desatarla, la orden de ayudarlo a intercambiar los papeles. Y ella lo hizo, con las manos temblando, sin fuerzas para oponerse, aunque no podía negar que sintió una satisfacción enorme cuando amordazó a aquel bocazas que no dejaba de decirle cosas obscenas y mirarla con una lascivia asquerosa.

Ahora estaba sola en aquel *loft*, lejos de los matones, pero no significaba que estuviera a salvo. El grandullón se había limitado a abrirle la puerta e *invitarla* a entrar, y se había largado.

—No voy a hacerte daño —fue todo lo que dijo antes de irse—, pero necesitas quedarte aquí un rato.

Lindsay se giró hacia la puerta metálica que había tras ella y probó a tirar del pomo, pero ni siquiera se movió. No había cerradura accesible, solo un panel electrónico donde introducir un código.

Suspiró y se encontró pensando en si Chris sería capaz de dar con la clave, y no le cupo ninguna duda de la respuesta. Le costaría más o menos, pero estaba segura de que acabaría sacándose un as de la manga para dejarla con la boca abierta y sacarla de allí.

Solo esperaba que su bebé resistiera todo aquello, que no sintiera su miedo, su ansiedad. Se llevó una mano al abdomen, cubriéndolo de forma instintiva, como si pudiera aislarlo así de todo peligro.

«Aguanta, cariño», suplicó para sí con un miedo que le mordía el alma. «Aún tienes que saludar a tu papá. Él nos sacará de aquí, te lo prometo».

Pensó en asaltar la cocina que se veía al fondo para buscar un arma, cualquiera…, pero atacar a aquella mole sin salir herida era casi una utopía, y no quería arriesgarse a dañar a su bebé.

Apenas le dio tiempo a valorarlo. La puerta metálica la sobresaltó, volviendo a abrirse antes de lo que esperaba. Por instinto, se alejó lo máximo posible hacia el otro lado del *loft* y observó.

El grandullón entró cargado con una bolsa y la miró con una expresión neutra.

—Espero que tengas hambre —la sorprendió, caminando hacia la cocina americana.

Lindsay se limitó a seguirlo con la mirada. El tipo se movía por la cocina con asombrosa agilidad para ser tan grande. Lo vio sacar unas pequeñas cajas de la bolsa y le sorprendió que fueran hamburguesas. ¿Había ido a por comida? Lindsay estaba un tanto desconcertada. ¿Qué tipo de secuestro era aquel?

—Ven a comer —le pidió ahora—, no creo que esa gentuza haya sido muy hospitalaria y es muy tarde ya.

A Lindsay le rugió la tripa. El olor a comida rápida inundaba ya la estancia. Con cautela, caminó hacia el tipo, que le sonrió con una amabilidad que no esperaba.

—No voy a hacerte daño —aseguró—, pero necesito que tú también colabores y no hagas ninguna tontería.

Lindsay se limitó a asentir mirando de reojo las hamburguesas, que tenían una pinta de diez.

—Espero que nuestro amigo en común llame pronto —comentó ahora—. Todo dependerá de cuánto tarde en dar con el lugar en el que te tenían secuestrada, pero es listo —frunció el ceño—, demasiado, a veces, para mi gusto.

La chica se sentó en un taburete frente a la isleta y tomó su hamburguesa en silencio, aunque solo fue capaz de dar unos cuantos bocados. A pesar del hambre, sentía el estómago revuelto. ¿Y quién le aseguraba que no hubiera nada raro en la comida? Apartó el plato a un lado frente al pensamiento.

—¿Para qué buscas a Victor Wexler? —se aventuró a preguntar mientras lo veía engullir su hamburguesa.

Le sorprendió que tuviera la educación de tragar antes de responder.

—Solo quiero hablar con él —afirmó.

—¿Hablar? —Arqueó las cejas—. Nadie se toma tantas molestias para encontrar a alguien solo para hablar.

—Hay conversaciones más trascendentales que otras —respondió con una media sonrisa.

A Lindsay le llamó la atención lo mucho que esa sonrisa cambiaba su expresión. Su rostro, por norma duro y hermético, se suavizaba de manera inesperada. Era un hombre atractivo, si una se fijaba bien, y estaba claro que se mantenía en forma, a pesar de superar los cincuenta.

Nada encajaba en aquel tipo, la desconcertaba por completo. No era la primera vez que la salvaba, ya lo hizo en aquel callejón, pero al mismo tiempo la tenía prisionera…, aunque le trajera comida como si fuera una invitada. Y luego estaba el pequeño detalle que llevaba escondido a la espalda, si es que podía llamarse *detalle* al enorme revólver que desmentía cualquier intento de parecer inofensivo.

El teléfono móvil que había dejado sobre la isleta sonó justo en aquel instante, y el hombre miró el visor con cierta sorpresa.

—Vaya, le ha costado menos dar contigo de lo que esperaba —murmuró en un tono que podría ser admiración.

Respondió la llamada sin levantar el móvil de la encimera, y tuvo la deferencia de poner el altavoz.

Las primeras palabras que se escucharon fueron un gruñido tenso:

—¿Qué has hecho con ella?

Lindsay sintió un vuelco en el estómago al reconocer la voz de Chris.

El tipo no pareció alterarse.

—Está bien —respondió con calma—. Está comiendo, de hecho.

—Quiero hablar con ella —exigió.

—Adelante, te está escuchando.

Hubo un instante de silencio al otro lado. Un titubeo apenas perceptible…, pero suficiente para revelar el pánico que atenazaba a Chris por lo que podía encontrar.

—¿Linny…? —su voz se quebró por un segundo.

—Estoy bien —dijo de inmediato, lo más serena que pudo—. No me ha hecho daño.

—Ni se lo haré si sigues mis instrucciones —intervino el tipo, silenciándola con un gesto de la mano. No la tocó, no la amenazó, pero dejó claro que él tenía el control.

Chris soltó un improperio.

—Si le tocas un solo pelo, cabrón…

—Relájate —interrumpió—. Si quisiera hacerle daño, ya se lo habría hecho. Es la segunda vez que la salvo, en realidad.

Se escuchó a Chris blasfemar con desesperación.

Lindsay sintió que el corazón le dolía. No sabía qué odiaba más: que Chris estuviera sufriendo o que a aquel hombre no le importara en absoluto y se tomara la situación como si fuera un intercambio trivial.

Se escuchó a Chris respirar hondo, como amago de contención.

—Sé dónde está Victor —confesó alto y claro, sorprendiendo incluso a la chica.

—No, Chris… —rogó abatida.

No podía permitir que entregara a su propio padre para salvarla. Ella misma no había soltado prenda ni mientras aquellos tres psicópatas amenazaban su integridad.

El grandullón esbozó una sonrisa satisfecha.

—Pero no piensas decírmelo —dedujo sin inmutarse.

—Sería muy estúpido por mi parte darte la única carta de la que dispongo para recuperar a Lindsay —admitió Chris.

—Y contaba con ello —aceptó—. Por mucho que me fastidie reconocerlo, sé que de estúpido no tienes un pelo.

—Entonces tú dirás cómo hacemos el intercambio.

Tras pensarlo unos segundos, el grandullón habló con lo que parecía una sinceridad muy convincente.

—Voy a darte una muestra de buena voluntad —empezó diciendo—. No tengo intención de hacerle daño a tu chica, ni tampoco a Wexler. Para demostrarlo, estoy dispuesto a invitarte a mi propia casa.

Al otro lado se hizo un silencio pesado. Era evidente que Chris procesaba la información, intentando encontrar el engaño oculto. El grandullón aprovechó para continuar:

—A cambio, vendrás solo. No quiero un solo poli cerca —exigió —. Y no soy idiota. Esto es un búnker. Yo decido quién entra, quién sale, cómo y cuándo, así que no hagas tonterías.

—No parece una invitación muy cordial —gruñó Chris.

—Pues lo es. Y no sabes la confianza que estoy depositando en ti al extenderla —respondió con un tono tan neutro que resultaba imposible estar seguro de si hablaba en serio—. Te mandaré la dirección a este número en cuanto cuelgue. Tienes quince minutos para llegar.

Chris solo tardó diez.

∞∞∞

Harrison, tal y como, para asombro de nadie, resultó llamarse el grandullón, observó a Chris a través del monitor situado junto al teclado de la puerta. Se aseguró de que estaba solo antes de poner el código de acceso, y la cerradura electrónica emitió un chasquido seco.

Chris empujó la puerta con cautela, sin bajar la guardia. Miró al tipo a los ojos, enfrentándolo de inmediato. Después dio un paso hacia el interior del *loft* y su mirada recorrió el espacio con rapidez

clínica, analizando que no hubiera ninguna señal de amenaza al tiempo que buscaba a Lindsay con los nervios de punta.

Y entonces al fin la vio. Estaba de pie junto a un sofá, mirándolo con los ojos como platos, con una mezcla de miedo y alivio que le partió el alma. No pudo contenerse y dejó un lado todas las precauciones, sintiendo que necesitaba abrazarla con toda su alma. Corrió hacía ella…

…y ella corrió hacia él.

Se encontraron a mitad de camino y se fundieron en un abrazo desesperado. Chris la rodeó con ambos brazos, hundiendo el rostro en su cuello, comprobando con las manos, con la respiración y con cada músculo que estaba viva, que estaba entera.

—¿Estás bien? —le preguntó con la voz rota y el corazón encogido—. ¿Te han hecho daño? ¿Te han tocado? ¿Estás herida? Dímelo.

—Estoy bien —susurró ella, aferrándose a su camisa con fuerza —. De verdad estoy perfecta, Chris.

Él cerró los ojos un instante, tragándose el temblor que lo recorría. Le acarició la mejilla, la frente, los brazos…, necesitando comprobar cada centímetro por sí mismo.

Solo cuando tuvo la certeza de que no había sangre ni marcas ni nada fuera de lugar, se obligó a separarse… lo justo para poder mirarla a los ojos. Moría por besarla, por abrazarla y no soltarla jamás.

Entonces un leve carraspeo les recordó dónde estaban y ambos se giraron con rapidez.

Harrison seguía allí, imperturbable, apoyado ahora en la encimera de la cocina. Les extendió una mano en dirección a la mesa, invitándolos a tomar asiento con una calma casi desconcertante. No exhibía el arma, pero nadie en aquella estancia era tan ingenuo como para creer que no la tenía al alcance de la mano.

—Bien —dijo—. Ahora que ya habéis tenido vuestro reencuentro, podemos hablar.

Su tono no era una amenaza ni un reproche, era una declaración.

Y Chris entendió que el verdadero motivo de aquella reunión acababa de empezar.

Respiró hondo y, sin apartar el brazo de los hombros de Lindsay, inclinó la cabeza hacia ella.

—Ven —murmuró con suavidad—. Y no te separes de mí.

Le tomó la mano y ella entrelazó los dedos con los suyos al instante, aferrándose a él como si fuera el único punto estable en aquel lugar extraño.

Caminaron juntos hacia la mesa, avanzando despacio. Antes de sentarse, Chris la miró con intensidad. Sus preciosos ojos verdes aún se veían húmedos y aquello lo mataba, aunque parecía más tranquila con su mano cogida entre las suyas. Se limitó a mirarla con los ojos cargados de una promesa muda: *no te soltaré, jamás volveré a hacerlo.* Le apretó la mano y ella respiró un poco más hondo.

Al fin, se sentaron frente a Harrison. La distancia que los separaba del hombre era mínima, y Chris extendió uno de sus brazos por detrás del respaldo de la silla de Lindsay, manteniéndola cerca, protegiéndola sin parecerlo, sin soltarle la otra mano. Necesitaba que ella se sintiera a salvo, aunque era muy consciente de que no lo estaba, no hasta que lograra sacarla de allí.

No entendía a aquel tipo. Jugaba a un juego desconcertante, imposible de descifrar. Pero Chris estaba allí dispuesto a dejar claras sus propias reglas.

El grandullón fue el primero en hablar.

—¿Es cierto que tienes la dirección de Wexler? —Fue al grano sin más dilación.

—Sí.

Lindsay apretó su mano y Chris le devolvió el apretón para tranquilizarla.

Haciendo un gesto mínimo, Harrison empujó un bloc de notas hacia él, junto con un bolígrafo.

—Anótala, y en cuanto envíe a alguien a comprobarlo, podréis iros —propuso en un tono que parecía sincero—. Y prometo que jamás tendréis que volver a verme.

—Chris, no —rogó Lindsay.

—Victor no es santo de mi devoción —declaró el chico en un tono seco, mirando al tipo—, pero no puedes pedirme que lo arroje a los leones sin más.

Harrison pareció valorarlo antes de hablar.

—No soy un león, muchacho —aseguró—. No sufrirá daño alguno por mi parte.

Chris sonrió a medias. Le estaba costando mucho aparentar tranquilidad. Todo lo que deseaba era poner a Lindsay a salvo cuanto antes, pero debía acabar con la amenaza de una vez por todas.

—De verdad que quiero creerte —repuso el chico—, pero teniendo en cuenta que nos retienes a la fuerza…

—¡Vale! —interrumpió irritado—. Eres un verdadero grano en mi trasero, Allen —afirmó, poniéndose en pie—, pero me parece lógico que dudes, así que, una vez más, quiero hacer gala de mi buena voluntad.

Se llevó la mano a la espalda y Chris estuvo a punto de levantarse para ponerse de parapeto frente a Lindsay, pero algo le decía que no era su revólver lo que el tipo iba a mostrarle.

No se equivocó. El hombre sacó una identificación del bolsillo trasero de su pantalón, que abrió sobre la mesa.

Harrison Newman
Detective privado

—¿Eres detective? —se reiteró Lindsay en lo evidente—. No te comportas como uno.

Harrison sonrió a medias, pero no dijo nada. Fue Chris quien declaró sin duda alguna:

—Porque este caso es personal —posó su mirada en el grandullón—, ¿verdad?

El tipo le devolvió una expresión de sorpresa. Era evidente que había dado en el clavo.

—Joder, de veras admiro tu capacidad para leer en los detalles —sonrió con sinceridad—, lástima que también sienta ganas de golpearte cada cinco minutos.

—¿O qué? ¿Crees que podríamos ser amigos? —ironizó.

Lindsay bufó al tiempo que soltaba un improperio.

—¿Podéis dejar de lanzaros pullas e ir al grano? —protestó en un tono ácido—. Estoy cansada y me gustaría irme a mi casa cuanto antes.

Ambos hombres la observaron con una expresión mezcla asombro y admiración.

—Tiene agallas —declaró Harrison mirando a Chris—. ¿Crees que podrás entenderte con ella en algún momento?

Chris miró a Lindsay ahora con el corazón acelerado. Llevaba dos secuestros aquel día, se la veía agotada y ansiosa, y, aun así, estaba preciosa. Tras tantos días de separación moría por abrazarla, por besarla, y necesitaba decirle tantas cosas…

Carraspeó para apartar de su mente aquellos pensamientos del todo inapropiados en aquel momento.

—Regresemos a Victor Wexler —exigió Chris ahora—. ¿Qué quieres de él?

—Su experiencia profesional.

Aquello lo descolocó un poco y frunció el ceño.

—Explícate.

—La persona que paga mis cheques necesita hablar con él —informó—. Es el único que puede ayudar a encontrar una explicación para lo que le está pasando.

—Sigo sin entender —insistió Chris, pero aquello tomaba un cariz interesante—. ¿Tu jefe tiene problemas mentales?

—Podría decirse así, supongo —aceptó.

—¿Qué tipo de problemas?

Harrison suspiró, algo azorado ahora, y Chris lo miró extrañado. Parecía buscar las palabras para explicarse.

—¿Cuánto sabes del trabajo de Wexler? —interrogó el tipo.

Chris no hizo un solo gesto, pero reconoció:

—Lo suficiente como para poder entender cualquier cosa que me cuentes.

—Bien, entonces sabrás que trabaja en un campo muy particular —continuó diciendo el detective.

—Trabajaba —puntualizó Chris—, hace siglos que se retiró.

—Lo sé, o no estaría siendo un dolor de cabeza encontrarlo —suspiró resignado—. Incluso diría que se esconde aposta. La cuestión es que hace años estaba llevando a cabo una investigación sobre hipnoterapia muy particular —se arrancó al fin—. Nadie más ha avanzado en ese campo tanto como él.

—Especifica.

Harrison se tomó su tiempo.

—En realidad ni siquiera sé explicarlo —admitió al fin con una expresión confusa, frotándose el puente de la nariz—. Al parecer, Wexler fue pionero en una técnica peculiar, en la que asociaba ciertas… palabras a los recuerdos, como si fueran llaves que podían abrirlos o sellarlos.

«Oh, joder…», maldijo Chris para sí, comenzando a entender. Sus ojos buscaron los de Lindsay, que le devolvió una mirada cargada de comprensión.

—Parece que sabéis de qué os hablo —dedujo el hombre.

Chris no lo confirmó, pero su silencio lo hizo por él.

—¿Y qué desea tu jefe de Wexler? —preguntó con cautela—. Porque si lo que pretende es financiar de nuevo sus experimentos…

—No —lo interrumpió de inmediato—. Como te he dicho, sus motivos son personales.

—¿Qué le pasa?

El hombre guardó silencio unos segundos antes de responder, parecía estar midiendo la cantidad de verdad que estaba dispuesto a revelar.

—Lleva años luchando contra un problema con su memoria —explicó al fin—. Y hace un año ocurrió algo extraño. Un mensajero llevó hasta su casa una carta. Dentro había un papel con una única palabra escrita.

—¿Y…?

—Y esa palabra fue como una especie de detonante, una chispa… —su voz bajó un tono—. Según me dijo, al leerla sintió un golpe seco en la cabeza, como si algo en su mente se encendiera de pronto. Empezó a ver imágenes sueltas, lugares, rostros, voces. No eran sueños, eran recuerdos. Fragmentos de una vida que no era la suya.

Lindsay tragó saliva. Chris no apartó la vista del detective.

—Seis meses después —continuó Harrison— llegó otra carta idéntica, pero esta vez contenía dos palabras: la primera y una nueva. Y cuando las leyó juntas…, los recuerdos volvieron con más fuerza. Ya no eran destellos, eran secuencias enteras, completas, llenas de emociones que no podía controlar, sobre recuerdos que, a día de hoy, aún no ha podido clarificar. La mayoría son sensaciones que no llegan nunca a materializarse, como si faltara un nexo que las uniera.

El silencio que siguió fue denso, eléctrico, durante unos largos segundos.

—No se puede vivir así —terminó diciendo Harrison con un pesar tan genuino que asombró a la pareja.

Chris lo observó en silencio, perplejo. Aquello era uno de esos misterios que le volaban la cabeza. Y después de tantos años viviendo junto a Victor, la curiosidad era casi un reflejo inevitable.

—Entiendo que ha consultado con más médicos —se interesó.

—Decenas —asintió Harrison—. Pero todos hicieron lo mismo: recetarle pastillas, ajustar dosis, llenarle el cuerpo de mierdas y vaciar la esperanza. Ninguno ofreció una solución real.

—¿Y por qué descarta un problema psiquiátrico?

—No lo hacía —aclaró—, hasta que uno de los psiquiatras mencionó la hipnoterapia. —Soltó un suspiro breve, casi resignado —. Intentaron llevar a cabo una sesión y se toparon con un muro, como si algo bloqueara el proceso.

Bajó la mirada, frotándose la nuca, parecía estar reviviendo el peso de aquel intento fallido.

—Ese mismo médico —prosiguió— le habló de los estudios de Victor Wexler. De las palabras ancladas y toda esa mierda que ni siquiera termino de entender.

Chris asintió despacio, empezando a atar cabos.

—Y tu jefe piensa que Wexler puede ayudarlo a entender qué le pasa.

—Eso cree, sí —confirmó Harrison—. Dicen que el tipo fue pionero, que dedicó años a perfeccionar un sistema basado en esa idea: activar y suprimir recuerdos a través de estímulos verbales.

—Así que tu jefe espera que él pueda ayudarlo a revertirlo.

Harrison lo miró de frente, con una mezcla de ironía y cansancio.

—Si es que hay algo de realidad en todo ese asunto —concluyó, encogiéndose de hombros—. Pero a estas alturas ya no le queda mucho más en lo que creer. Es eso o seguir medicándose hasta convertirse en un zombie.

Chris intercambió una mirada de angustia con Lindsay, que la chica entendió sin palabras. No tenía claro qué hacer y le pedía su opinión.

—Llámalo —sugirió ella—, que sea él quien decida si quiere o no ayudar.

Chris miró de nuevo a Harrison con una expresión preocupada.

—¿Te serviría eso? —preguntó con la voz rasposa y sin demasiada esperanza de que aceptara dejarlos ir.

—Me temo que no —admitió el grandullón, poniendo ahora el revólver sobre la mesa con cierto pesar.

La respuesta no sorprendió a Chris, pero sí indignó a Lindsay.

—No puedes ser tan cuadriculado —lo acusó, clavándole una mirada irritada.

Harrison permaneció en silencio, observándolos. Fue Chris quien intervino, con la voz más fría de lo que se sentía:

—Es personal, Linny —aclaró—. Más de lo que pensaba.

—¿Qué? —Ella frunció el ceño, desconcertada.

—Lo une un lazo a la persona de la que nos habla —concretó Chris—, estamos frente a un hombre desesperado.

La chica miró al grandullón con los ojos muy abiertos. El hombre no desmintió aquellas palabras. Estaban en un callejón sin salida y todos lo sabían.

—Pues créeme que lo siento —insistió la chica algo abrumada—, pero no vamos a darte esa dirección.

—Linny…

—No, Chris.

—Victor no tendría tanta consideración contigo, te lo aseguro —repuso el chico entre dientes.

Lindsay lo miró con aprensión y una determinación que lo golpeó de lleno.

—A mí Victor me da igual, Chris, pero no puedo permitir que tú vivas con la culpa de haberlo vendido —dijo con vehemencia—. Y lo harías, por mucho que se te llene la boca diciendo lo poco que te importa.

Chris era incapaz de pensar con claridad. La decisión moral que tenía frente a sí resultaba imposible. Lindsay tenía toda la razón con sus palabras, pero… había algo que inclinaba la balanza del todo: debía sacarla de allí sin sufrir daño alguno, y daba igual lo que tuviera que hacer para lograrlo.

—Quiero conocer a esa persona —los sorprendió diciendo Chris, rompiendo el silencio. Su voz era firme, sin titubeos—. Necesito escuchar la historia de su propia boca.

Harrison lo miró con resignación, como si hubiera esperado aquella respuesta desde el principio.

—Quieres estudiar su sinceridad —dedujo— y saber si puedes fiarte.

Chris no se molestó en negarlo. Lo miró de frente, sosteniéndole la mirada durante varios segundos que parecieron interminables.

Entonces un sonido corto y vibrante quebró la tensión. Era un mensaje en el móvil de Harrison, aún sobre la mesa.

El hombre lo tomó sin prisa, lo consultó… y por primera vez en toda la conversación pareció realmente sorprendido. Levantó la vista del teléfono, los observó y concretó:

—Acepta.

Chris y Lindsay intercambiaron una mirada cargada de incredulidad y alerta.

—¿Dónde narices está? —Se puso Chris en pie, y miró a su alrededor.

Harrison también se levantó.

—No está aquí —aclaró con calma—, pero sí está escuchando toda la conversación… desde el *loft* contiguo.

Un silencio helado se extendió entre los tres.

Y entonces, como si el universo confirmara sus palabras, sonó el timbre.

Un único *ding* que hizo que Lindsay se tensara de inmediato, y que Chris se colocara de forma instintiva delante de ella, mirando

hacia la puerta.

Harrison, en cambio, se limitó a caminar hacia la entrada con un brillo en los ojos difícil de interpretar.

—Parece que la conversación va a volverse… mucho más interesante —murmuró en voz baja mientras tecleaba el código de acceso.

El sonido del cerrojo resonó en el silencio justo antes de que la puerta comenzara a abrirse… y todos contuvieron el aliento.

Y no era para menos.

Capítulo 42

Al visitante pareció costarle unos segundos decidirse a entrar. Resultaba evidente que dar la cara suponía un paso enorme. Cuando lo hiciera, no habría marcha atrás.

«Pero ¿por qué tanto misterio?», se preguntaba Lindsay, expectante, con los ojos fijos en la puerta.

Cuando la persona al otro lado cruzó al fin el umbral, un estremecimiento la recorrió de los pies a la cabeza… y se le escapó una exclamación de asombro imposible de contener.

—¡Evelyn! —La miró perpleja.

Evelyn Whitmore sonrió con esa elegancia serena que la caracterizaba, aunque sus ojos, por un instante, revelaron algo más: duda, miedo y una vulnerabilidad que Lindsay no había visto hasta ahora.

Pero había alguien en aquella habitación mucho más conmocionado que ella… Chris la contemplaba inmóvil, como si el mundo se hubiese detenido en seco. Su rostro era una máscara de incredulidad. Sus ojos, abiertos de par en par, se clavaban en la mujer, cargados de desconcierto, como si no pudieran procesar lo que veían… Su rostro había perdido el color y sus labios se movieron apenas, sin emitir sonido alguno.

Y cuando la mujer posó sus ojos sobre él…, le devolvió una expresión confusa, cargada de algo que ni ella misma parecía entender.

Lindsay miraba de uno a otro sin comprender nada, pero conocía demasiado bien a Chris como para saber que estaba en shock, y no era habitual verlo así.

El silencio se volvió insoportable, denso, como si el aire mismo temiera moverse.

Chris seguía allí, inmóvil, con la mirada fija en la mujer. El pecho le subía y bajaba con esfuerzo, cada respiración parecía doler. Había una mezcla brutal en sus ojos: incredulidad, miedo, esperanza… y una herida que acababa de abrirse en lo más profundo.

Evelyn se quedó completamente inmóvil, con los ojos abiertos de par en par, como si el tiempo se hubiera resquebrajado y el presente se mezclara con un pasado demasiado lejano, ajeno a ella a ratos. La respiración se le entrecortó y un leve temblor recorrió su cuerpo. En el borde de sus pestañas, una lágrima empezó a formarse, temblando antes de caer.

—Eres… eres… tú… —musitó la mujer con los ojos clavados en Chris—, tus ojos… son…

Estuvo a punto de desvanecerse y Harrison, muy atento, reaccionó al instante para sostenerla.

—Evelyn, será mejor que te sientes —rogó el hombre con una ternura inusual.

Pero la mujer negó despacio.

—Es… él, Harrison, es… el niño que veo en… mis recuerdos… —apenas murmuró Evelyn sin poder dejar de mirarlo, y avanzó hacia él.

Cuando estuvo lo bastante cerca, levantó una mano temblorosa, casi temiendo que al tocarlo se desvaneciera como un espejismo.

Chris se estremeció frente al roce de aquellos dedos, pero no se movió. Con la vista nublada, parecía atrapado entre la confusión, el asombro y una emoción tan intensa que apenas podía sostenerse en pie. Sus labios se movieron, aún mudos, como si la palabra que quería pronunciar pesara toneladas. Con la voz rota y el alma hecha un nudo, apenas alcanzó a susurrar:

—Mamá…

La palabra quedó suspendida en el aire, tan frágil y tan cierta que nadie se atrevió a respirar.

Lindsay sintió un escalofrío recorrerle la espalda, y hasta Harrison apartó la mirada respetando el instante, ambos con la sensación de estar presenciando algo demasiado íntimo, demasiado grande para atreverse siquiera a moverse.

—No puedo encontrarte en mi cabeza, mi niño —susurró Evelyn con el alma rota y los ojos cargados de lágrimas—. ¿Adónde has ido? ¿Por qué no puedo recordarte del todo?

A Lindsay se le partía el corazón al ver cómo Chris miraba a la mujer, con el dolor más inmenso escrito en sus ojos. A aquellas alturas, él también habría atado cabos y tendría muy claro ya adonde habían ido a parar los recuerdos que anhelaba. Por un instante lo vio debatirse entre el amor hacia ella y la rabia ciega hacia el responsable. Acabó rindiéndose a lo primero y abrazó a Evelyn con fuerza. La mujer se aferró a él con desesperación, como un náufrago que hubiera estado perdido durante años y al fin tuviera la esperanza de ser rescatado.

Durante unos segundos solo se oyeron sus respiraciones entrecortadas, y el mundo pareció detenerse en torno a ellos. Y entonces Evelyn emitió un quejido suave, aferrándose a sus brazos mientras parpadeaba con angustia.

—¿Qué te pasa?

—Me duele la cabeza…

Cerró los ojos… y una oleada de imágenes la golpeó con la intensidad de una marea desbordada: un niño riendo entre sus brazos, un jardín al amanecer, una melodía tarareada antes de dormir. Fragmentos de una vida borrada que volvían como destellos cegadores, fugaces, pero tan vívidos que le arrancaron un sollozo.

Sus dedos se aferraron a la camisa de él con fuerza.

—¿Chris…? —murmuró casi sin voz, con un hilo de memoria y emoción entrelazados—. Mi pequeño Chris…

Él se apartó apenas lo suficiente para mirarla con los ojos húmedos, incapaz de articular palabra.

Y entonces la mujer alzó la vista, sonrió con una mezcla de emoción y amor incondicional y suspiró.

—Dios…, cuánto has crecido, mi niño —afirmó, contemplándolo igual que si lo viera por primera vez tras una eternidad—. ¡Qué guapo estás!

Lo abrazó de nuevo, esta vez con el temblor de quien al fin reconoce lo que nunca debió olvidar.

Chris la sostuvo con delicadeza, como si temiera romperla. Su voz fue un susurro ahogado contra su cabello.

—¿Entonces… me recuerdas?

Evelyn permaneció en silencio unos segundos, con los ojos cerrados, intentando retener los destellos que se desvanecían tan rápido como habían llegado.

—Aún no del todo… —admitió con voz temblorosa, y lo miró a los ojos—. No son recuerdos formados, no todavía. Es… una certeza. Sé quién eres, lo siento aquí —se llevó una mano al pecho—, pero casi todo lo demás sigue en la oscuridad.

Chris apretó los dientes con fuerza ahora. Miró a Lindsay, que lloraba a mares un metro más allá, y la chica le sonrió entre lágrimas.

Evelyn se giró para buscar a Harrison. Le tendió la mano con un gesto dulce y una sonrisa se dibujó en su rostro cuando él la tomó y se acercó a ellos.

—Es mi hijo, amor —informó con una nota de orgullo en la voz —. Es Chris.

A pesar de la tensión que aún impregnaba la habitación, Lindsay estuvo a punto de reír cuando las miradas de los dos hombres se cruzaron. Ambos parecían medir al otro en silencio, recelosos, como si ninguno supiera muy bien cómo procesar aquel nuevo parentesco.

—Me hace muy feliz este avance y verte tan dichosa —aseguró Harrison, cuyo rostro se transformaba al mirar a la mujer—, pero seguimos necesitando un milagro. —Clavó sus ojos en Chris y comentó esperanzado—: Quizá ahora no seas tan reticente a decirme dónde puedo encontrar a Wexler.

Los ojos de Chris se llenaron de un odio visceral.

—¿Decírtelo? ¡Ni hablar! —replicó entre dientes—. ¡Quiero matarlo con mis propias manos!

Harrison y Evelyn lo miraron boquiabiertos, incapaces de ocultar la sorpresa.

—Chris… —intervino Lindsay, adelantándose hacia él con cautela.

—No, Linny, ni una palabra amable —rogó cortante—, porque no se merece nada.

—Yo solo velo por ti —afirmó abatida.

La furia que de repente parecía dibujarse en su rostro la preocupaba. Y no porque Victor no se la mereciera, ella misma podría sacarle los ojos, pero no iba permitir que Chris arruinara su vida.

—Cálmate, por favor —le rogó, viendo su intención inminente de salir por la puerta en busca de Victor—. Vamos a escuchar a Evelyn, que nos cuente su verdad —pidió—, y quizá puedas ayudarla de alguna manera.

Aquellas palabras lograron calmarlo un poco. Miró a su madre, que a su vez le devolvió un gesto inquieto.

—¿Qué pasa con el doctor Wexler, cariño? —indagó Evelyn con la voz temblándole de confusión—. ¿Crees que él no querrá ayudarme?

—¡Más le vale hacerlo! —rugió Chris—. ¡Porque fue él quien te hizo esto!

Evelyn soltó una exclamación de asombro, y Harrison fue quien preguntó:

—¿De qué estás hablando, muchacho?

Chris maldijo entre dientes antes de confesar:

—Victor Wexler es mi padre.

Los ojos de Evelyn se abrieron de par en par. Por un instante pareció que aquella pieza no encajaba en ningún lugar de su memoria; luego, muy despacio, un brillo antiguo cruzó su mirada: el rostro de un hombre, un laboratorio borroso…

Se llevó la mano al pecho mientras intentaba ordenar los fragmentos que asomaban como flashes. No era un recuerdo pleno, sino un hilo que tiraba de un pasado incómodo: imágenes sueltas, palabras que abrían puertas, una voz que le susurraba órdenes con suavidad, que le exigía que le permitiera entrar en su cabeza… para reconstruir lo que estaba roto tras el accidente de tráfico.

—Yo… recuerdo un laboratorio —reveló con la voz quebrada, y por primera vez nombró aquello que le quemaba por dentro—. Había un hombre conmigo, pero no veo su rostro. Él estaba siempre ahí, cada día, durante… mucho tiempo tras mi accidente.

—¿Qué accidente? —interrogó Chris.

—Tuve un accidente de tráfico —confesó— y sufrí una amnesia importante.

Lindsay vio a Chris desesperarse, intentando contenerse para poder escuchar.

—Aprovechó tu amnesia para manipular tus recuerdos —aseguró ahora sin ninguna duda, y apretó los dientes—. Serían semanas enteras de terapia y sesiones de hipnosis.

Evelyn entrecerró los ojos, intentando hilvanar los fragmentos dispersos de su historia, y tomó asiento en el sofá. Todos la imitaron con un silencio expectante.

—Sí, eso tiene lógica. Debió liberarme en aquel hotel… —dijo casi para sí—. Una mañana me desperté en una habitación de hotel —contó con la voz aún vacilante—. Sabía que había tenido un accidente…, recordaba el coche, el golpe, la lluvia, a los médicos anunciando que sufría una amnesia temporal, pero no sabía cómo había llegado hasta aquella habitación. Aunque eso era lo único que parecía no encajar dentro de mi cabeza.

Inspiró despacio, como si cada palabra la desgastara.

—Durante meses viví una vida normal. Pensé que había recuperado la memoria. Sabía quién era… o creía saberlo. Era Evelyn Whitmore: soltera, sin familia, con una carrera brillante en psiquiatría y una cuenta bancaria con más ceros de los que podía gastar. En mi cabeza acababa de trasladarme a la ciudad para empezar una nueva vida —frunció el ceño y miró a Chris—. ¿Él… inventó todo eso para mí?… No entiendo nada.

Ni ella ni nadie. Lindsay estaba tan alucinada que su mente daba vueltas.

—Te creó una vida desde cero —murmuró Chris con la voz rota —, lejos de nosotros. Y lo hizo tanto dentro como fuera de tu mente.

—Pero no resultó del todo —aseguró la mujer ahora—. Tenía todo lo que una persona podría desear: prestigio, dinero, independencia, pero dentro de mí… había algo que no encajaba.

Sus ojos buscaron los de Chris y una sombra de ternura se mezcló con el desconcierto.

—Sentía que me faltaba algo. No sabía qué ni por qué, solo… había un vacío. Todo parecía en orden y, sin embargo, cada mañana

me despertaba con la sensación de que me habían arrancado algo esencial. A veces lloraba sin entender el motivo, o me invadía una tristeza absurda al ver un niño o al escuchar una melodía infantil que juraba conocer.

Se detuvo un instante con la mirada perdida.

—Y así pasé muchos años de mi vida, hasta que hace un año llegó la primera carta. Una sola palabra. No entendí el motivo, pero algo se encendió aquí. —Se tocó el pecho—. Empecé a tener flashes, recuerdos vagos, imágenes imposibles de ubicar: un jardín, una risa, una voz de niño llamándome mamá… —Apretó la mano de Chris—. Pensé que estaba perdiendo la razón.

Se detuvo un segundo para acariciar el rostro de su hijo, que la miraba con pesar.

—Y seis meses después —continuó con un hilo de voz— llegó la segunda carta y todo se intensificó. Las imágenes se volvieron más nítidas, las emociones más fuertes… y ninguna medicación lograba acallar la inquietud —suspiró—. Como psiquiatra sabía que algo no era normal en mí, así que busqué ayuda algo más especializada.

Tragó saliva antes de añadir con un temblor apenas perceptible:

—Me recomendaron probar con hipnosis, algo a lo que, por alguna razón, era muy reticente, hasta que se convirtió en mi única opción —soltó un suspiro de resignación—. Y cuando comenzaron a explorar el origen de mis problemas, nos topamos con algo extraño, una barrera. Como si alguien hubiese sellado parte de mi mente y la protegiera con un cortafuegos.

El silencio se volvió espeso, casi reverencial. Evelyn entrelazó las manos, la voz era cada vez más baja, apenas un susurro.

—Contraté a un batallón de médicos especializados en hipnoterapia —continuó—, intentando que alguno lograra atravesar ese muro en mi mente. Pero todos coincidían en lo mismo: mis recuerdos estaban anclados a esas palabras… y la secuencia seguía incompleta.

Hizo una pausa, respiró hondo y se frotó las manos como si aún le temblaran.

—Necesitábamos a los mejores expertos en ese tipo de terapias —prosiguió—, gente con mentes brillantes, con enfoques poco

convencionales. Y creí que la única forma de atraerlos sería ofreciéndoles un proyecto ambicioso, algo capaz de despertar su interés científico y personal.

Sus dedos jugaron nerviosos con el borde de su blusa.

—Con ese fin nació Neurothea —reveló con voz baja—. Una organización lo bastante atractiva y discreta como para convocar a los mejores investigadores en neurociencia y manipulación de la memoria… sin levantar sospechas sobre mis verdaderas intenciones.

Alzó la mirada y su expresión era una mezcla de orgullo y tristeza.

—Y confieso que uno de mis objetivos fundamentales era encontrar a Victor Wexler.

El nombre quedó suspendido en el aire, cargado de peso y memoria.

—Todos coincidían en que era el mayor experto en ese campo —continuó con voz más firme—. Nadie lo había visto en casi veinte años, pero cada investigación, cada teoría, llevaba su huella. Así que envié invitaciones para la gala a todos los lugares donde pudo haber estado. Más de veinte direcciones en distintos países, hospitales, universidades, clínicas privadas…, incluso apartados postales sin dueño.

Sonrió con tristeza.

—Pero jamás imaginé hasta qué punto ese miserable estaba implicado en mi historia —susurró, y miró a Chris—. ¿Estás seguro de que fue él, hijo?

Él asintió sin ninguna duda.

—Pues debemos encontrarlo —insistió Harrison en un tono sereno, y miró a Chris—. Al parecer solo él puede devolverle sus recuerdos, ¿o estoy entendiendo mal?

—Entiendes bien, sí —aceptó el chico—. Falta al menos un anclaje, suele usar tres palabras. Juntas son la llave que abre sus recuerdos, y solo él…

Frunció el ceño y guardó silencio.

—¿En qué piensas? —lo instó Lindsay.

—En que no es solo él, alguien más conoce la secuencia —dedujo, ahora con cierta sorpresa.

Harrison completó la frase por él.

—La persona que envió las cartas con las dos primeras palabras.

—Correcto —asintió Chris—. Y es raro, porque os aseguro que Victor siempre ha trabajado solo.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —interrogó Harrison ahora, atrayendo a Evelyn hacia sus brazos en el sofá y arrullándola con cariño. Se la veía muy cansada.

Chris suspiró abatido y sacó su móvil. Debía marcar aquel maldito número de Clearhaven… por segunda vez en el día.

Capítulo 43

Los minutos avanzaban lentos en la tarde. Lindsay, aún con los nervios encendidos por los acontecimientos, preparaba té para todos en la cocina, intentando encontrar en ese gesto una forma de calmarse.

Evelyn había tenido que recostarse un rato, vencida por un dolor de cabeza punzante, y Harrison permanecía junto a ella, como si velara un sueño frágil.

Todo aquello resultaba desconcertante. Lindsay trataba de imaginar cómo debía sentirse Chris, pero sabía que sería imposible ponerse en su lugar del todo. Llevaba veinte años creyendo a su madre muerta y enterrada, convencido, además, de que lo había abandonado sin mirar atrás, y ni siquiera aquella última parte tenía pinta de ser cierta. No parecía alguien capaz de abandonar a un hijo, así de simple.

Chris llevaba al menos media hora sumido en sus pensamientos, paseando por el salón mientras aguardaba a que Clearhaven cumpliera la promesa de localizar a Victor y pedirle que lo llamara. Lindsay sabía que hacía rato que estaría subido en el coche de camino a la clínica, de no tener tan claro que ya no lo encontraría allí.

Apartó la tetera del fuego y soltó aire con fuerza. La buena noticia, si es que se podía llamar así, era que ya no estaba secuestrada. Ahora se encontraba allí por voluntad propia. Mark había insistido en pasar a recogerla cuando lo llamó un rato antes, pero ella prefirió quedarse apoyando a Chris, aunque fuera desde lejos.

«Oh, Dios…, esto no se siente tan lejos», suspiró cuando notó sus brazos abrazarla por la espalda y su aliento sobre el cuello…

Durante unos largos segundos disfrutó del contacto, hasta que se obligó a reaccionar.

Se giró a mirarlo y lo empujó con suavidad. Bastante tenían sin… confundir más las cosas.

—¿Qué haces, Chris? —susurró apenas, tragando saliva.

—Yo… bueno… —sonrió con una mezcla de descaro y azoramiento—, te he salvado la vida, Linny, creo que me merezco al menos un abrazo.

Ella esbozó una media sonrisa.

—¿Vas a jugar la carta del héroe? —interrogó, intentando ser fuerte y no ceder.

Sería tan fácil dejarse arrastrar…, pero luego tendría que hablarle del bebé que esperaban y todo volvería al mismo punto de una semana atrás.

—Venga, Linny… —intentó atraerla de la cintura—, no hace tanto que querías comprar un bono de mis abrazos.

—Chris, por favor…

—Estoy dispuesto a regalártelos —insistió—. Serán gratis a partir de ahora.

—¿Vas a poner un puesto de abrazos?

—Solo para ti.

A Lindsay le costó un triunfo no dejarse arrastrar.

—Chris, no… puedo abrazarte.

Se zafó de sus brazos e intentó revolverse, pero él puso una mano a cada lado de la encimera, acorralándola del todo.

—Entonces dame un beso —propuso.

—¡Sí, claro!

—Uno pequeño —suplicó, y apoyó la frente contra la suya—. Dios, Linny, no sabes el miedo que he pasado hoy —acabó confesando en un tono de desespero—. No sé qué habría hecho si te hubiera ocurrido algo.

Ella se estremeció. Chris siempre la había protegido, incluso de sí misma a veces, pero el tono de su voz, sus palabras exactas, parecían hablar de mucho más que un protector filial.

—Ya estoy a salvo.

Chris no la soltó.

—Me he estado volviendo loco toda la semana —continuó diciendo, atrayéndola un poco más hacia sí—. Has sido muy cruel conmigo.

—Chris…, no creo que sea momento para esto —rogó, empujándolo, ya casi sin fuerzas para resistirse.

—¡Por favor, deja ya de torturarme! —exclamó con un deje de súplica en la voz—. Solo quiero abrazarte.

Aquello la sorprendió y le costó la misma vida no ceder a la tentación de abandonarse a sus brazos, a sus besos, a… todo lo que le pidiera. En aquel momento ambos estaban con las emociones a flor de piel. Chris no podía estar en su sano juicio con todo lo que estaba pasando. Nada de lo que dijera sería de fiar, ni siquiera… lo que leía en sus ojos azules, que parecían contemplarla como si ella fuera lo único que quería mirar el resto de su vida.

«Está superado por las emociones, Lindsay, por favor no te confundas», se rogó a sí misma.

—Linny…, tengo que decirte algo importante… —titubeó con lo que parecía cierta timidez—. Fui a buscarte al hospital para hacerlo y no quiero posponerlo más. Ha sido una semana de mierda.

A la chica le aterraba lo que podía escuchar de sus labios.

—Yo también quiero hablar contigo —interrumpió, intentando salir de nuevo de sus brazos—, pero no aquí, no ahora. Tú no estás bien, tienes muchas cosas que asimilar. Podemos hablar de eso, si quieres.

—Pero…

—Tu madre está viva, Chris —le recordó—. Debes de estar sobrepasado.

«No puedo sumarle a todo eso… un bebé». Suspiró con cierta melancolía. No sabía cómo podría tomar él la noticia.

El chico la miró ahora con una expresión mezcla tristeza y abatimiento, aunque no la soltó.

—Aún no sé cómo sentirme con todo eso —reconoció en un susurro—. Estoy feliz por encontrarla, claro, pero hemos perdido tanto… Y cada vez que pienso en Victor, me enfermo.

—Todo se va a solucionar —sonrió convencida.

Él la contempló con una expresión embelesada, perdido en sus ojos.

—Gracias por estar aquí, Linny —dijo de repente—, por quedarte a mi lado. No sé si podría enfrentar todo esto sin ti.

—¡Cómo que no! —Esbozó una tierna sonrisa—. Eres el hombre más fuerte que conozco.

—No, Linny, tú eres mi mayor fortaleza —la atrajo de improviso de nuevo hacia él— y mi mayor debilidad al mismo tiempo.

—Chris…

—Por favor, solo un beso —suplicó con un hilo de voz, y bebió de sus labios sin darle tiempo a responder, robándole un beso tierno y apasionado a la vez.

Lindsay ni siquiera intentó resistirse, no podría. Se rindió sin remedio a su calor, a esa forma de decirlo todo sin una sola palabra.

Durante unos largos e intensos segundos el mundo entero desapareció. Las dudas, el miedo, los problemas…, todo se disolvió en el calor de sus cuerpos, el sabor de sus labios…

Por suerte o por desgracia, el timbre de la puerta puso punto y final al pequeño respiro de la realidad.

—Mierda… —murmuró Chris, soltándola de mala gana.

Miró hacia la cama, de la que Harrison se levantaba ya con premura.

—¿Esperas a alguien? —interrogó cuando el hombre pasó ante él.

—No, de hecho, hay muy poca gente que conozca este sitio —admitió el tipo, y recordó—: quizá Evelyn ha llamado a Jasper.

Chris torció el gesto.

—Vaya, el que faltaba, qué ilusión —masculló casi para sí.

Harrison sonrió frente a su expresión, al tiempo que llegaba a la puerta y miraba el visor de la cámara exterior.

—¿Qué demonios hace este tipo aquí? —se extrañó, y se giró hacia Chris con cierto asombro—. ¿Tú lo has llamado? ¿Crees que puede ayudarnos?

—¿Quién es?

La respuesta resonó en el aire como una explosión certera.

—Nathan Kendrick.

El rostro de Chris fue como un libro abierto para Lindsay. En cuestión de segundos lo vio pasar del desconcierto a la incredulidad, y de ahí a una rabia ciega que parecía quemarlo por dentro. No pronunciaba palabra, pero en sus ojos había una promesa muda tan peligrosa como el temblor que recorrió su mandíbula.

—Por favor, contrólate —rogó Lindsay, interponiéndose en su camino cuando lo vio avanzar hacia la puerta.

Chris se limitó a intentar esquivarla, pero ella no lo permitió.

—Piensa en Evelyn —rogó—. Necesitamos que él colabore.

Recibió una mirada cargada de una mezcla de angustia y furia contenida.

—Se llama Penelope… —replicó con la voz impregnada de dolor.

—¿Qué?

—Mi madre —dijo, apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos—, ese es su nombre, Penelope, y ni siquiera puede recordar eso.

El corazón de Lindsay se resintió. Sí, aquello resumía de forma espeluznante la crueldad de lo que Victor había hecho con su familia, pero ella debía velar por el amor de su vida, el padre de su hijo, que podría no reponerse jamás de las decisiones que tomara aquel día.

Inquieta, caminó con él hacia la puerta, donde Harrison lo observaba con evidente desconcierto.

—Ábrele —exigió Chris de inmediato.

—Muchacho, ¿qué está pasando?

Lindsay ya no pudo guardar silencio.

—No permitas que haga una tontería —le rogó al grandullón.

Recibió una mirada confusa.

—¡Abre! —rugió Chris, golpeando con furia la pared junto al visor.

Cuando tecleó los dígitos y aquella puerta se abrió, Victor Wexler miró a su hijo con una expresión atormentada.

—He venido a ayudar —aseguró en un tono cauto nada más verlo, pero le sirvió de poco. Chris lo tomó de la pechera un segundo después, lo arrastró al interior del *loft* y lo acorraló contra la pared con tanta fuerza que casi levantaba los pies del hombre del suelo.

—¡Hijo de puta! —bramó con los ojos inyectados en una furia ciega—. ¡¿Cómo pudiste hacerle algo así?!

—Lo siento…, yo… —casi no podía hablar— puedo ayudarla, estoy aquí para eso.

Lindsay los miraba algo confusa. ¿Victor sabía que Evelyn estaba allí? ¿Cómo era posible? Como fuera, debía intervenir, así que instó a Harrison de nuevo.

—Por favor… —le rogó con los ojos cargados de lágrimas—, es el único que puede ayudar a Evelyn.

Recibió un gesto de desconcierto como respuesta.

—¿Él puede… ayudarla?

No sabía si era muy inteligente aclararle la verdad o se arriesgaba a que fuera el propio Harrison quien acabara el trabajo, pero se quedaba sin opciones.

—¡Él es Victor Wexler! —terminó confesando, observando nerviosa cómo Chris llevaba ahora sus manos al cuello del tipo.

Aquellas palabras fueron como un revulsivo para Harrison, que intervino de inmediato, aunque tuvo que hacer mucha fuerza para reducir a Chris.

—¡Suéltame! —exigió, revolviéndose.

—Yo también tengo ganas de matarlo, muchacho —reconoció, duplicando el esfuerzo para poder retenerlo—, pero no es una opción. Por favor, no me obligues a atarte.

Y era evidente que en fuerza no había comparación. Aquello pareció calmar a Chris, que miró ahora a su padre con los ojos inyectados en odio.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó—. ¿Cómo fuiste capaz?

Victor lo miraba con los ojos cargados de pesar, tanto que incluso a Lindsay le sorprendió, junto con el hecho de que no pareciera tener duda alguna de qué le estaba hablando.

—¿Por qué estás aquí? —interrogó Lindsay sin poder contenerse —. No pareces sorprendido.

—Cuando Chris me llamó porque habías desaparecido, yo ya estaba en Boston —explicó—, dispuesto a… rectificar mis errores.

—¿En serio? ¿Cuál de ellos? —ironizó Chris.

—Todos los que pueda, hijo.

—¡Yo no soy tu hijo, no me llames así! —exigió—. ¿Y cómo demonios nos has encontrado?

—Siempre sé dónde estás, Christopher —confesó algo avergonzado—. Llevas implantado un localizador subdérmico desde el mismo día que naciste.

Para Chris, aquello fue como asestarle un puñetazo, y más cuando agregó:

—Y ella también —suspiró, y no hubo necesidad de que explicara a quién se refería—. ¿Dónde está?

Chris apretó los puños y avanzó un paso en su dirección, dispuesto a volver a cogerlo del cuello, pero la voz de una mujer a escasos metros cortó el aire.

—Contente, Chris —rogó.

Todos se giraron para descubrir a Evelyn a escasos metros de distancia. Estaban tan distraídos con la discordia que nadie reparó en que se había levantado y avanzaba hacia ellos.

Victor posó una mirada vidriosa sobre ella mientras la mujer lo observaba desconcertada, avanzando hasta quedar a un par de metros de él.

—¿Doctor Kendrick?

Todos guardaron silencio. No sería nada fácil contarle la verdad, aún se veía demasiado frágil.

Victor clavó en ella una mirada resignada y susurró:

—*Vinctum per memoriam, liberum per veritatem…*

Evelyn retrocedió un paso, desconcertada, como si aquella simple frase la hubiera golpeado de lleno, haciendo mella en su memoria. Un segundo después, horrorizada, miró al hombre de nuevo y sorprendió a todos diciendo con un hilo de voz:

—Victor…

—Hola, Penelope.

Harrison alcanzó a sostenerla justo antes de que se derrumbara. Un temblor le recorría el cuerpo como una corriente invisible.

—Eres… un monstruo —declaró la mujer aún en susurros.

—Lo sé —asintió en un tono que parecía de sincero arrepentimiento—, pero estoy aquí para intentar enmendarlo.

—Pues llegas veinte años tarde, maldito… —murmuró entre lágrimas.

Victor asintió con una leve inclinación de la cabeza, como quien acepta una condena inevitable.

—Puede ser —respiró con resignación—. Pero la pregunta es: ¿quieres o no que abra las puertas de tu memoria?

Todos lo observaban con una inquietud muda. En su voz había surgido un matiz nuevo, una sombra de arrogancia casi imperceptible, como si, muy en el fondo, le resultara imposible no sentirse orgulloso del poder que tenía entre las manos.

—¿Cómo podemos fiarnos de ti? —preguntó Chris, rompiendo el silencio.

Victor se encogió de hombros con una calma que resultaba insoportable.

—Estoy aquí, ¿a qué crees que he venido?

—¿Por qué ahora? —insistió el chico, apretando los puños.

—Porque al fin ella está lista —afirmó sin dudarlo.

Aquello los dejó a todos en vilo. Y mientras las miradas se cruzaban cargadas de preguntas, Victor informó con una calma que heló el aire:

—Me ha llevado un año prepararla. No podía liberar de golpe veinte años de represión —hizo una breve pausa como si cada palabra pesara—, pero la espera ha terminado.

Lindsay, confusa, alcanzó a ver con absoluta claridad el instante en que Chris comprendió de qué hablaba. Fue un cambio apenas perceptible en su rostro, y el desconcierto dio paso al reconocimiento.

—¡Tú le mandaste esas cartas!

¿Cartas? A Lindsay le llevó unos segundos ubicarse, pero no tardó en entenderlo.

—¿Tú le enviaste las dos primeras palabras? —interrogó incrédula.

Victor asintió.

—Con seis meses de diferencia, sí —reconoció—. Lo justo para desanclar poco a poco, sin que la mente se quebrara en el proceso. —Sus ojos se detuvieron en Evelyn con una mezcla de decisión y

firmeza—. Y ya se han cumplido otros seis desde la última. Estás lista para completar el ciclo.

El silencio que siguió fue denso, irrespirable. Los rostros de perplejidad de todos los presentes resultaban inevitables. El propio Chris parecía en shock, incapaz de pensar con claridad.

—¿Cómo sabemos que estás diciendo la verdad? —preguntó al fin con voz áspera, dispuesto a esperar cualquier cosa de su propio padre.

Todos estaban muy tensos. Harrison había recorrido con Evelyn en los brazos los pocos metros que los separaban del sofá, mientras que Lindsay se quedó junto a Chris, arropándolo, lista para tenderle la mano en cuanto lo viera flaquear.

La pregunta flotó en el aire, suspendida entre todos. Y Victor, con una serenidad que parecía prestada, respondió:

—Es hora de poner mis asuntos en orden —declaró en un tono extraño, como si se empeñara en sonar frío y no lo consiguiera del todo.

Padre e hijo se miraron largo rato, hasta que el rostro de Chris se tensó con un destello de comprensión.

—Estás enfermo —afirmó con una certeza que sorprendió a Lindsay.

A Victor pareció costarle admitirlo, como si fuera una debilidad imperdonable.

—Tengo un glioblastoma en el lóbulo temporal —confirmó en un tono neutro, casi clínico—. Grado IV.

Chris no se movió. No dijo nada. Solo lo miraba, vacío de toda emoción. Fue Lindsay quien rompió el silencio.

—¿Grado IV significa…?

—Inoperable —contestó Victor sin vacilar.

Ahora Chris soltó una risa seca, sin rastro de humor.

—Por eso estás en Clearhaven… —adivinó—, no trabajas allí, eres un paciente.

Victor asintió.

—El tumor afecta tu memoria —añadió Chris con una dureza que no disimulaba el temblor en su voz—. Vas a perderla poco a poco.

—Es inevitable, sí.

El chico sonrió, pero no había luz en su sonrisa, solo un filo helado.

—Vaya… —dijo al fin—, qué puñetero es el karma, ¿no?

Recibió un gesto apático como respuesta.

—Soy un hombre de ciencia, Christopher —se encogió de hombros—, no creo en ese tipo de cosas.

—Pero aquí estás —apostilló el chico—, intentando redimirte.

La voz de Evelyn sonó ahora clara y firme desde el sofá, rasgando el silencio:

—¿Por qué, Victor? —preguntó con un temblor apenas contenido —. Necesito entender qué hice para merecer tanta crueldad.

El tipo se quedó inmóvil. El desconcierto cruzó fugaz por su rostro antes de que lo disimulara torciendo el gesto. No parecía preparado para enfrentarse a esa pregunta, pero algo en su mirada delataba que había decidido contestar.

—No me enorgullece, pero… querías dejarme —admitió tras un largo silencio — y no podía permitirlo.

¿A aquello se reducía todo?

—Increíble… —musitó incrédula.

—Te habría dejado marchar si hubieras aceptado mis condiciones —siguió diciendo en un tono ahora sereno—, pero me negaste lo único que te pedí.

Se volvió hacia Chris con una sombra de pesar en los ojos.

—Solo debías acceder a que Christopher se quedara conmigo — su mirada regresó a Evelyn—, pero te negaste. Dijiste que… tendría que pasar por encima de tu cadáver para que cedieras algo así — respiró hondo—, y eso hice.

El horror en todos los presentes era innegable, pero Chris…, él parecía derrumbarse a cada palabra que escuchaba. Lindsay lo tomó de la mano para intentar darle algo de aliento, pero no parecía funcionar. Él llevaba toda la vida pensando que su madre lo abandonó, que no lo amaba, cuando en realidad… la había perdido por amarlo demasiado.

—Dios…, eres despreciable, Victor —murmuró Evelyn con lágrimas en los ojos—. ¿También provocaste mi accidente? Déjame adivinar: sobreviví…, pero mi amnesia te vino de maravilla para

acabar de destruirme y convertirme, de paso, en el mayor de tus experimentos.

Ahora sí pareció costarle contestar, y acabó haciéndolo con una respuesta ambigua, pero que habló demasiado alto y claro:

—No podía permitir que te lo llevaras contigo —suspiró mirando a su hijo—. Él siempre fue mi mayor logro, lo único que he hecho bien en esta vida —declaró como si aquello justificara todos sus actos—. Y me aseguré de que tú tuvieras una vida digna: dinero, estatus, una carrera brillante… Creé un mundo perfecto para ti.

—¡Y yo lo habría cambiado todo por tener a mi hijo conmigo, monstruo! —gritó Evelyn, y se puso en pie para enfrentarlo—. Pero qué vas a saber tú del amor, si hasta tus razones para retenerlo a tu lado fueron puro egoísmo. ¡Tú, tú y solo tú!

Se tambaleó un poco y Harrison, una vez más, estuvo muy atento para sostenerla. Tenía mal aspecto, los recuerdos la aturdían cada vez más, a medida que la conversación avanzaba.

Lindsay miró a Chris. Estaba tan pálido como la mujer, con los labios apretados y los ojos brillando con una mezcla de incredulidad y dolor. Parecía a punto de derrumbarse de un momento a otro.

Victor dio un paso al frente. Su voz se volvió más suave, casi suplicante.

—Déjame ser altruista por una vez, Penélope. —La emoción le quebró la voz—. Te envié el primer anclaje el día que me diagnosticaron el tumor. El mismo día que me dijeron que me moría. —Inspiró con esfuerzo—. Solo quiero hacer algo bueno por mi familia antes de irme.

La mujer replicó entre dientes:

—Nosotros ya no somos tu familia —masculló, mirándolo con odio—. No te acerques a mí, y mucho menos a Chris.

Harrison la abrazó con fuerza y todos lo escucharon murmurarle casi al oído.

—Piénsalo bien, amor —susurró con la voz quebrada por la preocupación—. No puedes seguir viviendo así. Si de verdad él puede ayudarte…

—Nada garantiza que lo haga.

Victor dio un paso al frente. Su tono se volvió más bajo, casi clínico, pero en sus ojos había una urgencia que desmentía toda frialdad.

—Tus recuerdos pugnarán por salir cada vez con más fuerza —dijo despacio—, pero el muro que los contiene es demasiado fuerte para que logren liberarse por sí solos. Enloquecerás si no te trato, Penelope. Una vez iniciado el proceso de desanclaje… debemos completarlo. —Avanzó un paso en su dirección—. Una palabra más, solo una y serás libre.

Chris se interpuso justo en ese momento, sorprendiéndolos a todos. Se veía angustiado, con el sudor perlando su frente y los ojos cargados de inquietud.

—Christopher, no hay vuelta atrás —aseguró Victor, y sonó a verdad.

—Te he visto destruir a demasiada gente —le recordó atormentado—. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

Victor asintió con un gesto de resignación.

—Bien, hazlo tú entonces —propuso en un tono sereno—. Tienes todas las piezas para abrir esa puerta.

Aquello pareció descolocar a Chris por completo.

—¿Qué?

—Me preocupaba que mi memoria no aguantara hasta que pudiera llegar hasta ella —insistió Victor.

El desconcierto de Chris solo duró una décima de segundo. Después, como si se hubiera encendido una luz dentro de su cabeza, miró a su madre, que estaba acurrucada entre los brazos de Harrison.

—¿Cuáles son las dos palabras que recibiste? —interrogó.

Evelyn se giró a mirar al hombre que la sostenía en sus brazos, que la entendió sin hablar. Harrison se incorporó un poco, lo justo para sacar la cartera de su bolsillo trasero, de la que extrajo un papel que le tendió a Chris.

Escritas justo en el centro, con una letra inconfundible que incluso Lindsay reconoció tras leer decenas de cuadernos en aquella cabaña, había dos palabras:

—¿Qué significan? —se interesó Lindsay, mirando al chico.

—Oscuridad del corazón… —murmuró algo confuso.

—No te quedes con el significado literal, Christopher —apostilló Victor ahora.

Lindsay se giró hacia el tipo y clavó sobre él una mirada acerada, cargada de reproche.

—¡Déjate de cuentos y dile la maldita palabra!

—Ya lo hice —aseguró el hombre.

Aquello colmó la paciencia de Lindsay.

—¡Se acabó! Ya le has hecho sufrir demasiado —replicó furiosa y cansada de aquel impresentable. Dio un paso en su dirección dispuesta a cumplir su amenaza. Había visto demasiado dolor en Chris por culpa de aquel odioso—. ¡O te saco la palabra o te saco los ojos!

Chris la retuvo de la cintura antes de que avanzara más. La atrajo hacia él y sonrió a medias, mirándola con un brillo especial en los ojos.

—Adoro ver que aún te importo un poco —suspiró y le acarició el rostro con ternura—, pero ya tengo la palabra que falta, deja el desmembramiento para después, ¿sí? —Esbozó una sonrisa dulce.

La chica lo miró estupefacta.

—¿En serio sabes cuál es?

Chris asintió y admitió:

—Lo que no sé es si puedo fiarme de él. —Miró a Victor de reojo, y después posó sus ojos sobre su madre—. Tú decides.

Para Evelyn la respuesta estaba clara.

—Si hay una mínima posibilidad de recuperar cada recuerdo de ti —aceptó—, estoy dispuesta a arriesgarme.

A Chris se le humedecieron los ojos. Miró a Lindsay, y ella no solo leyó la emoción que temblaba en su mirada, sino también el miedo a que todo saliera mal. Sabía que nada de lo que dijera podría aliviarlo, así que eligió el silencio.

Se puso de puntillas, recortó la distancia hasta sus labios y le dio un beso dulce, cargado de ternura.

Aquello fue todo lo que Chris necesitó para vencer el miedo. Caminó hacia el sofá, se puso de rodillas frente a su madre y suspiró.

—Esta parte es desagradable —informó ahora.

—Lo sé.

—Muchacho, ¿de verdad tienes clara esa tercera palabra? —interrogó Harrison, de repente temeroso.

Chris asintió y murmuró:

—Desde la oscuridad, pasando por el anhelo del corazón, hasta… llegar a la luz. —Alzó la cabeza y miró a Victor, que sonrió con un orgullo evidente al tiempo que hacía un leve gesto de asentimiento.

Chris regresó la mirada a los ojos de la mujer. Por un instante, el silencio fue tan espeso que pareció tragarse el aire. Al fin, con la voz quebrada y un temblor apenas perceptible, susurró:

—*Tenebra. Cordis*… —exhaló despacio—. *Lux Mea.*

A Lindsay se le escapó un leve suspiro de reconocimiento. Justo aquello era lo que Victor había escrito tras la tarjeta que le dio a Chris cuando abandonaban Clearhaven.

El efecto fue inmediato.

Evelyn parpadeó un par de veces, como si intentara enfocar algo que solo ella podía ver. Luego llevó una mano a la sien y el color se le borró del rostro.

—Túmbala —le pidió Chris a Harrison, que la sostenía también muy pálido—. El mareo acabará venciéndola, y es inevitable.

Entre los dos la acomodaron en el sofá. La mujer respiraba con dificultad, con los párpados cerrados y la frente perlada de sudor.

Chris no se movía. Tenía los puños apretados y los ojos fijos en su madre, como si temiera que al más mínimo movimiento pudiera perderla otra vez.

Victor, en cambio, observaba la escena con una mezcla de ansiedad y remordimiento.

—Necesitará al menos una hora —murmuró casi para sí, con la voz de quien sabe que ya no hay vuelta atrás—. A pesar del año de preparación, es mucha la información que tiene que liberar.

Lindsay sintió un escalofrío recorrerle la espalda. La atmósfera había cambiado. Se respiraba electricidad, algo entre lo sagrado y lo

terrible. Evelyn se estremeció, un sollozo escapó de sus labios… y el pasado empezó a acomodarse en su memoria…

Capítulo 44

—¿Por qué mierdas sigue este tipo aquí? —interrogó Harrison, que ya estaba desesperado tras casi una hora de ver a Evelyn dormitar con una inquietud descorazonadora.

Chris posó una mirada igual de dura sobre Victor. Sí, él tenía las mismas ganas de arrojarlo a la calle, pero aún no podía.

—Si algo sale mal, solo él podrá ayudarla —explicó, mirando de reojo de nuevo a su madre, que estaba tardando en reaccionar.

—¿Eso quiere decir que todavía no puedo cargármelo? —insistió el grandullón soltando un improperio que le arrancó una sonrisa sincera a Chris.

Lo miró con curiosidad. A pesar de su rudeza, resultaba enternecedor ver el mimo con el que trataba a su madre, como si ella fuera… *su todo*, pero lo entendía tan bien… Suspiró y observó de reojo a Lindsay, que tenía sus ojos posados en Evelyn, aguardando con inquietud alguna reacción. Sí, sabía cómo se sentía aquel hombre, lo vivía en carne propia. Se moría de ganas de poder estar a solas con Lindsay para abrirle su corazón, pero no era el momento, nunca parecía serlo. Quizá porque cuando estaban a solas se le iban las manos antes de poder hablar.

Se obligó a apartar sus pensamientos de ella y miró a Evelyn, que parecía moverse con algo más de consciencia. Harrison había insistido en llamar al médico que solía tratarla para que la reconociera en cuanto despertara. Bueno, en realidad había contactado con Jasper para pedirle que se encargara de llevarlo hasta allí, lo que mortificó a Chris. Intentó que le recalcara al asistente que no hacía ninguna falta que viniera acompañando al médico, pero el grandullón se pasó por el arco del triunfo su petición. Solo esperaba que el tipo tuviera algo que hacer y se limitara a ser un intermediario, porque no tenía los nervios para ver

a Jasper Avery revoloteando alrededor de Lindsay, con su traje impoluto y sus blancos dientes.

Evelyn comenzó a abrir los ojos justo en ese instante. El aire en la habitación pareció espesarse mientras todos la miraban con aprensión.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Harrison de inmediato sin poder ocultar la tensión en su voz.

Ella parpadeó, desorientada al principio, hasta que una sonrisa se fue dibujando en sus labios muy despacio. Era una sonrisa luminosa, distinta, que hablaba por sí sola. Las lágrimas que le resbalaban por las mejillas ya no contenían dolor, sino dicha, alivio.

Nadie se movió. Solo Evelyn se incorporó y buscó entre los rostros el que más anhelaba.

Sus ojos se posaron en Chris.

—Mi niño… —murmuró antes de romper a llorar con toda su alma.

Chris se quedó inmóvil, sin aire. Por un segundo no supo si debía acercarse o si aquel milagro podía romperse con un solo paso. Pero el impulso fue más fuerte. Se agachó frente a ella y Evelyn le tomó el rostro entre las manos con desesperación.

—Recuerdo cada primer paso que diste, mi amor… —susurró emocionada—. Por fin lo recuerdo todo.

Entonces él se rindió. Se inclinó hacia ella y la abrazó con fuerza, como si quisiera recuperar los veinte años perdidos en un solo gesto. Sintió el perfume de su madre, el temblor de su cuerpo, el peso de las lágrimas que no había podido derramar aún. Por dentro algo se le rompió y se recompuso al mismo tiempo: el niño abandonado, el adolescente dolido, el hombre que por fin parecía poder sanar…

Nadie pudo contenerse. Harrison se inclinó y besó a Evelyn en la frente con ternura. Lindsay, con los ojos vidriosos, dio un paso hacia Chris, que se alzó todavía conmovido y la abrazó sin pensarlo buscando refugio, gratitud, vida.

Victor, en cambio, los observaba desde su rincón sin decir palabra, con esa calma fría que no era del todo indiferencia, pero tampoco redención.

Todos se contagiaron de la felicidad que irradiaba el rostro de Evelyn; era imposible no hacerlo. Había algo casi sagrado en verla así, renacida, dueña por fin de su pasado. El ambiente en el *loft* se volvió cálido, vibrante, como si cada uno pudiera respirar un poco mejor solo con verla sonreír.

Minutos más tarde, también asistieron, inmóviles, al momento en que se levantó del sofá, caminó hasta Victor y le arreó un bofetón que resonó como un trueno en el amplio *loft*. El tipo ni siquiera reculó. Se limitó a cerrar los ojos, como si tuviese asumido desde el principio que aquello era lo mínimo que merecía.

Evelyn quedó frente a él, temblando, pero más viva que nunca. Después se giró de nuevo hacia su familia y regresó al sofá, donde volvió a sonreír, dejando claro que acababa de sacar de forma definitiva a aquel hombre de su vida.

El timbre de la puerta anunció en ese momento la llegada del médico. Cuando Harrison fue a ponerse en pie, Chris se le adelantó.

—Voy yo.

—De acuerdo —se acomodó de nuevo junto a Evelyn—, la clave de acceso es…

—La tengo clara, no te preocupes —aseguró el chico con una sonrisa.

—De verdad eres un listillo insoportable —se quejó el grandullón.

—Y tú muy poco original —opinó Chris, y señaló a su madre—. ¿Su cumpleaños? ¿En serio?

Se ganó una mirada de lo que parecía irritación, pero demasiado mezclada con un atisbo de sonrisa como para ser creíble.

Cuando Chris comprobó la cámara exterior, apretó los dientes con fuerza. Como era de esperar, el médico no venía solo.

Estuvo a punto de darle acceso al doctor y decirle al tal Jasper que no querían comprar nada, que probara a vender el seguro de decesos en la puerta de al lado, pero, a regañadientes, acabó dejándolo entrar.

El médico caminó por sí solo hasta Evelyn. Chris observó con atención que a Jasper le faltó tiempo para correr hacia Lindsay con una sonrisa de anuncio de dentífrico que Chris le habría borrado de un guantazo.

Se dijo que no era momento para celos, bastante tenían ya con…

«¡¿Por qué mierdas le tiene que toquetear la mano?!», se exasperó.

Caminó hasta ellos, se detuvo a su lado… y le pasó un brazo por la cintura a Lindsay, atrayéndola con suavidad hacia su costado. Jamás pensó que haría algo tan estúpido y primitivo como aquello, pero allí estaba, mirando a Jasper con una expresión de pura inocencia, como si no acabara de marcar su territorio sin demasiada sutileza.

Lindsay alzó la vista hacia él con la sorpresa escrita en sus ojos verdes. Durante un segundo Chris temió que lo dejara en ridículo por completo, y en el fondo sabía que casi lo habría merecido. Pero ella se limitó a seguir sonriendo como si nada… mientras, en represalia, le pellizcaba con fuerza el dorso de la mano que tenía en su costado.

Sin apartarse, Chris se inclinó hasta su oído y le susurró:

—¿Eso es todo? Si te beso y me lo devuelves… te dejo pegarme más tarde.

Mala idea. Lindsay soltó una exclamación ahogada y lo miró con las mejillas encendidas y los ojos muy abiertos. Acabó dándole un golpe en el costado y apartándose, pero incluso eso habló alto y claro. El gesto, el tono, el rubor…, todo había sido un anuncio a gritos. Y Chris, lejos de incomodarse, sonrió y miró a Jasper, quien, para su deleite, ya no parecía el sueño de cualquier dentista.

—Así que vosotros dos… —interrogó Jasper confuso.

Ambos contestaron al unísono…, contradiciéndose.

—Sí —afirmó Chris.

—No —declaró Lindsay.

Chris la miró con descaro.

—¿Cómo que no?

Ella lo asesinó con la mirada y Chris sonrió y aceptó:

—Vale, aún no, pero dame unas horas.

En protesta la chica volvió a darle un golpe en un costado mientras lo miraba con irritación, frunciendo el ceño con un enfado que parecía más un juego que una queja.

—Deja el sado para después, Linny, no es momento —susurró, acercándose un poco más sin tocarla, dejando que la cercanía hablara por sí sola. No podía apartar la mirada de ella, admirando lo hermosa que se ponía cuando se enfadaba. En ese momento le brillaban los ojos con la misma intensidad que cuando gemía entre sus brazos.

Sonrió frente al tono de sus pensamientos. De algún modo, se sentía liberado. Jamás había tenido tan claro que quería estar con ella por encima de todo. Lo sucedido en las últimas horas, para su sorpresa, parecía haber tenido el efecto de un bálsamo sobre sus heridas, ayudándolas a cicatrizar.

—No voy a decir que me alegro de… lo que tengáis o no —se sinceró Jasper ahora, mirándola de frente e ignorando a Chris—, aunque sí estoy feliz de que estés bien y esos matones no te hayan lastimado.

—Gracias —aceptó Lindsay en un tono amable—, la verdad es que ha sido un día largo.

—Imagino —asintió Jasper, y miró a Victor con curiosidad, que observaba el salón desde unos metros de distancia—. ¿Y qué hace Lake aquí?

—Es largo de contar —reconoció la chica.

Chris escuchaba la conversación con atención mientras fingía estar pendiente del médico que atendía a su madre un par de metros más allá. Para su sorpresa, cuando miró a Harrison, este le devolvió una expresión seria como respuesta, demasiado, y el gesto negativo que recibió de vuelta a la pregunta que giraba en el aire fue decisivo.

No hizo falta más, se entendieron sin palabras…

…y un segundo después, Chris tiró de Lindsay hacia él. Ella soltó un grito ahogado, sorprendida y asustada por el impulso repentino, mientras Chris la obligaba a ponerse tras él, protegiéndola con su cuerpo. Harrison también estaba ya en pie, con los músculos tensos, listo para cualquier cosa.

Pero no fueron ellos los únicos en pensar rápido y actuar.

Jasper… tardó la misma décima de segundo en sacar un arma de la parte trasera de su pantalón y asegurarse una posición en la que

controlara a todos de frente.

La expresión de asombro de ambas mujeres era genuina.

—¡Jasper, ¿qué narices…?! —Lindsay no daba crédito.

—¿Cómo lo has sabido? —interrumpió Jasper, ignorándola y mirando a Chris con una expresión feroz que de repente parecía haberlo convertido en otra persona.

Chris apretó los dientes. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Esa era la pregunta que a él lo carcomía por dentro.

—Has cometido dos errores —declaró, asegurándose de que Lindsay permaneciera tras él—. El primero ha sido hablarle de un secuestro que tú no podías conocer.

Jasper sonrió.

—Muy hábil, ¿y el segundo?

—Yo —intervino Victor sin moverse de donde estaba—. Te has referido a mí como Lake.

A Chris no le sorprendió que su padre hubiera leído entre líneas con la misma facilidad. Estaba seguro de que tampoco se le había escapado el intercambio de miradas con Harrison, cuando el grandullón había corroborado con su negativa que nada de todo aquello había salido de su boca, luego solo existía una explicación para que Jasper lo supiera.

—Tú mandaste a los matones que la secuestraron —completó Chris—. Ellos iban persiguiendo a Malcolm Lake.

La risa sin rastro de humor de Jasper fue escalofriante.

—Muy listo, lo reconozco…

Apretó los dientes y miró a Victor con un odio visceral que parecía capaz de devorar todo a su alrededor.

—Pero da igual cómo te llames, ¡jamás olvidaría el rostro de la persona que arruinó mi vida! —gritó, cada palabra estaba cargada de años de rencor, de noches sin dormir y planes obsesivos.

A esas alturas, eso no sorprendió a nadie. Chris lo observaba con los sentidos alerta, la mente calculando cada movimiento, valorando cada intención oculta tras esa furia palpable.

—Llevo años buscándote, pedazo de mierda —continuó Jasper con los ojos encendidos de locura—. Hasta que me vi obligado a ejecutar un plan más elaborado para dar contigo.

Ahora fue Evelyn quien habló con voz ahogada.

—¿Por eso te sumaste al proyecto Neurothea? —interrogó.

Jasper sonrió, pero era una sonrisa dura, afilada como un cuchillo.

—Sabía que era la forma más efectiva de encontrarlo —confesó —. Que alguien como Lake no podría resistirse a acercarse a husmear.

—Eras mi mano derecha… —recordó la mujer con pesar.

—Y no me costó demasiado ganarme ese puesto —admitió con una crueldad fría—. Solo tuve que inventarme un pasado con el que pudieras identificarte. Nada difícil cuando tienes dinero para pagar un buen hacker que consiga cada dato médico —miró a Chris con una sonrisa cruel—. Hacker… que pagaste tú.

Aquello fue como asestarle un puñetazo en la boca del estómago. Chris, cuya mente afilada trabajaba de forma magistral incluso bajo presión, supo al instante a quién tenía frente a sí.

—¡Eres Micah Lanfort! —afirmó sin temor a equivocarse.

El rostro de aquel niño de doce años, que había conocido hacía ya más de quince, se superpuso al del adulto hasta casi difuminarse.

Lindsay soltó una exclamación ahogada y Chris supo que también reconocía el nombre. No hacía tanto que le había contado la historia que acabó motivando que abandonara a Victor para siempre. La historia de Micah también había marcado la suya. La culpa le pesaba aún como una losa, hasta el punto de que llevaba años enviándole dinero mes tras mes para calmar su conciencia; dinero… que él había usado para infiltrarse en Neurothea.

—Micah Lanfort… —musitó Victor con la sorpresa reflejada en cada línea de su rostro.

—Sí, cabrón —rugió Jasper avanzando, izando el arma con determinación—. Hijo de la mujer a la que engañaste, robaste y llevaste tan al límite… que no soportó la culpa, pero que ni para quitarse la vida del todo tuvo fuerzas. ¡Tú eres el responsable de que aquella sobredosis de pastillas la dejara casi como un vegetal! —bramó—. ¡Tú me robaste mi vida, lo perdí todo cuando tuve la desgracia de conocerte!

Victor soltó un suspiro de resignación.

—Si te sirve de consuelo —miró a Chris con pesar—, ese día yo también perdí lo único que me importaba.

Chris apretó los dientes, aunque no se dejó influir por las emociones. Dio un paso hacia Jasper, pero, aterrada, Lindsay tiró de él de inmediato para que tomara distancia.

—Tranquila… —La miró con ternura.

—Tiene un arma, Chris, por favor… —rogó, sujetándolo con fuerza—, no te hagas el héroe, te lo suplico.

La obligó a meterse tras su espalda de nuevo, pero le hizo caso y no se movió, aunque preguntó:

—¿Qué es exactamente lo que pretendes, Micah?

—¡Quiero venganza! —bramó—. ¡Voy a mandar a este tipo al infierno como el diablo que es!

Todos permanecieron en silencio ahora. Las miradas entre Harrison y Chris iban y venían, preocupadas, intentando comunicarse sin palabras, pero el arma frente a ellos era una amenaza latente.

—¡Poneos todos ahí! —exigió ahora Jasper, mirando desquiciado hacia demasiados frentes.

Se echó hacia atrás para tomar perspectiva y señaló para que se juntaran todos frente al sofá, donde los controlaba sin problema.

—¿Vas a matarme delante de tantos testigos? —interrogó Victor ahora, en un tono demasiado frío como para ser real—. ¿O es que acaso piensas cometer una masacre?

—¡Cállate!

—¿Crees que lograrás hacer seis disparos antes de que te reduzcan? —insistió.

—¡He dicho silencio!

—En serio, necesitarías una ametralladora para que te saliera bien la jugada.

Chris sabía que su padre intentaba ponerlo nervioso, buscando que cometiera un error que les diera algo de ventaja. Y era evidente que lo estaba consiguiendo. El sudor perlaba ya la frente de Jasper, hablando por sí solo.

—¡Mis hombres deberían haberte cerrado la boca la madrugada de la gala! —masculló—. Pero perdieron el tiempo mandándome una

puñetera foto con ella a la puerta de una mansión y terminaste escapando.

—Haber contratado a profesionales —repuso, encogiéndose de hombros, y miró a Chris—: Quizá deberías haberle enviado los cheques más suculentos, y es posible que a estas alturas ya te hubieras librado de mí de rebote…

—¡Sigue hablando y voy a empezar por él! —rugió Jasper girando el arma hacia Chris con un movimiento brusco—. ¿O crees que tú te vas a ir de rositas? —Avanzó un paso con los ojos desorbitados—. ¡Te reconocí en cuanto nos presentaron en el hotel! Tú también estabas allí —le recordó, como si Chris hubiera podido olvidarlo—. A ti no voy a matarte, pero sí tendrás que aprender a vivir sin lo único que parece importarte. Ese será tu castigo por permitir que él me robara a mi madre.

La sonrisa que dedicó a Lindsay fue una mueca de locura pura.

A Chris se le heló la sangre. El simple pensamiento de perderla se le clavó en el pecho como una daga afilada, y la empujó aún más tras él, con su brazo extendido a modo de escudo instintivo.

—Ella no te ha hecho nada.

—¡Rechazarme! ¡Una y otra vez! —le gritó iracundo—. Y yo he pasado horas enteras observándola entre las sombras de su propio jardín para nada.

Chris sintió náuseas solo con imaginarlo y entender lo expuesta que había estado a aquel loco, que seguía hablando con el rostro encendido de ira.

—Y si no es mía, ¡tampoco será tuya, maldito! Bajo ningún concepto voy a permitir que estéis juntos. —Sonrió con sadismo, ya desquiciado, comenzando a hiperventilar—. Me pregunto qué pasaría si tuvieras que elegir entre tu propio padre y ella…

—Jamás le dejaría elegir —intervino Victor de nuevo con una certeza que sorprendió a Chris—. Ya le quité demasiado, y yo ya estoy desahuciado.

—¿Desahuciado? ¿A qué te refieres?

La ansiedad en el salón se volvió insoportable. El aire pesaba. Nadie respiraba. Jasper movía el arma de un rostro a otro, incapaz

de contener el temblor de sus manos. Era una bomba de relojería a punto de estallar.

Solo apartó el arma un segundo para secarse el sudor de la frente, pero fue suficiente…

Victor aprovechó ese leve instante para lanzar una patada a la mesita de café que tenía frente a sí, con tanta fuerza que tanto el mueble como todo lo que contenía voló por el aire, provocando el suficiente caos como para que Harrison se abalanzara sobre el tipo y lo derribara.

Después todo ocurrió demasiado rápido. La pistola cayó de sus manos un poco más allá, pero Jasper consiguió arrastrarse hasta ella justo a tiempo para girarse hacia todos en la sala.

Chris solo necesitó una décima de segundo para entender hacia dónde apuntaba el arma: directa a Lindsay. Ella, a su lado, abrió los ojos con un horror tan puro que le heló el alma.

No lo dudó. Chris se puso frente a ella, mirándola a los ojos, y la abrazó con brutal desesperación, envolviéndola con todo su cuerpo, clavando su pecho contra el de ella mientras un disparo seco desgarraba el aire…

—¡No, Chris! —gritó Lindsay con la voz rota, soltando un alarido nacido de lo más hondo—. Tienes que conocer a nuestro bebé…, nuestro bebé…

El sonido de aquellas palabras le cortó la respiración. Con el corazón desbocado, Chris se perdió en sus ojos y la miró estupefacto mientras aguardaba el impacto de la bala entrando en su espalda… Pero el dolor jamás llegó.

Durante lo que pareció una eternidad no se movió. La miró con las emociones a flor de piel, leyendo en sus ojos la veracidad de sus palabras, y el tiempo pareció quedarse suspendido entre ellos. Hasta que Chris tuvo que regresar a la realidad.

Muy despacio se dio la vuelta, sin desproteger a Lindsay, y la escena le golpeó como lo haría un mazo.

Jasper, aún con el arma entre las manos, volvía apuntarlos a todos con lágrimas de miedo y desesperación en los ojos.

A los pies de Chris… Victor yacía desplomado, con una mano en el pecho y la camisa empapada de sangre mientras miraba a su hijo

desde el suelo con los ojos cargados de pesar.

—Quién hubiera dicho que este monstruo era capaz de amar a alguien —masculló Jasper con el pulso tembloroso—. Aunque se me ha adelantado para salvarte, esa bala siempre tuvo su nombre.

Chris estaba conmocionado. Victor había interceptado el disparo, se había interpuesto entre él… y la muerte.

Un latigazo de incredulidad y dolor le atravesó el pecho. Por primera vez en años, una palabra escapó de su garganta con un temblor desgarrador:

—Papá…

Lo miró con los ojos empañados y el corazón hecho trizas al verlo desangrándose en el suelo. Una parte de él, la que siempre había querido un padre distinto, uno que lo amara, deseaba dejarse caer a su lado, sostenerle la mano, acompañarlo en ese último aliento que nunca imaginaron compartir. Quería arrodillarse, abrazarlo, despedirse, pero no hizo nada de aquello, porque a su espalda, aferrada a su camisa con los dedos temblorosos, estaba la única persona a la que moriría protegiendo. Sería su escudo hasta las últimas consecuencias, solo una bala lo arrancaría de ella.

—Me habría gustado ser… el padre que merecías… —murmuró Victor con un hilo de voz, tosiendo sangre—, pero lo único que hice bien… fuiste tú.

Chris sintió cómo algo se quebraba dentro de él, tan profundo que casi lo dejó sin aire.

No había perdón posible para lo que Victor les había hecho, pero esas palabras…, esas malditas palabras pronunciadas al borde del abismo, se le clavaron en el pecho con la fuerza de un golpe seco.

—Permíteme ayudarlo —pidió el médico de Evelyn mirando a Jasper, dando un paso al frente.

—No —rogó el propio Victor.

—Papá…

—Dejadme… morir así, por favor —sonó a súplica y más humano que nunca.

Chris lo entendió en un instante, con la brutal claridad de lo irreversible. Victor prefería entregar su vida ahí, salvándolo, antes que arrastrarse por los meses de tormento que le aguardaban hasta

que aquel tumor acabara con él. Era su último acto de dignidad. Su manera torpe, tardía pero real… de ser su padre.

Victor exhaló un aliento entrecortado, casi un suspiro rendido, y su mirada, que un segundo antes aún lo buscaba, se apagó como una luz que alguien decide no volver a encender.

Chris no gritó, no lloró, no pudo. Solo se aferró a la tibieza del cuerpo de Lindsay, que lo abrazaba con fuerza por la espalda, donde él la obligaba a permanecer. Por dentro, en cambio, algo se quebró sin hacer ruido, provocando una fisura profunda. Sentía el pulso desbocado en las sienes, un zumbido opaco que no sabía si era rabia, miedo o el eco de esa despedida que jamás habría estado preparado para escuchar.

El silencio que siguió fue un corte profundo. Jasper lo rompió con una carcajada rota.

—De poco va a servirle el sacrificio —escupió, volviéndose hacia Chris con una mirada de pura demencia—. Tú te vienes conmigo.

—¡No! —exclamó Lindsay, intentando asomarse tras él, pero Chris no lo permitió y la retuvo a su espalda.

—Llévame a mí —rogó ahora Evelyn, dando un paso tembloroso hacia Jasper—. Si lo que quieres es un seguro de escape…

—¡Y un muerto más! —la interrumpió con una mueca sádica, y señaló a la pareja—. Ellos jamás estarán juntos, ¡no voy a permitirlo! Y ya me he cansado de jugar. Voy a dejar que ella viva, pero para eso él debe morir.

De nada sirvieron los ruegos, los gritos, las lágrimas… Nada lo frenó.

Jasper acabó arrastrando a Chris a la calle, con la pistola apuntándole a las costillas, pero el chico dio por bueno su sacrificio en cuanto la puerta se cerró tras ellos y supo a salvo a las personas que dejó atrás. Podía sentir el metal frío en el costado, el aliento frenético de Jasper, el pulso desbocado de alguien que ya había cruzado el límite de la locura.

—Nos largamos en tu coche —informó, obligándolo a subirse al asiento del conductor. Pasó frente a él sin dejar de apuntarlo a través de la luna delantera, sin importarle nada que alguien pudiera verlo, como si desafiara al mundo entero a detenerlo.

Cuando tomó asiento, Jasper lo miró con un recochineo teatral.

—Parece que ninguno de los dos va a quedarse con la chica… —entonó con un cínico triunfalismo.

Chris apretó la mandíbula, sintiendo cómo la rabia se mezclaba con un instinto puro y primitivo.

—Jamás tuviste una sola posibilidad —aseguró.

Jasper soltó una carcajada breve, incrédula.

—Muy seguro estás.

Y lo estaba, sí, lo que se reflejó en su voz cuando sentenció:

—Ella nació mía, al igual que yo siempre le he pertenecido.

Algo en su voz, en la forma en que lo dijo, era tan verdadero, tan visceral que incluso Jasper parpadeó, descolocado por una fracción de segundo.

Luego se recompuso, ladeando la cabeza con burla venenosa.

—¡Qué poético! —se mofó—. Todo un drama shakesperiano. Y va a acabar igual, te lo aseguro.

El brillo asesino en sus ojos terminó de helarle la sangre a Chris, pero tendría que encontrar la forma de regresar junto a ella, junto al bebé que, como un milagro caído del cielo, latía de nuevo en su vientre.

—Arranca —ordenó Jasper, sin dejar de apuntarle con el arma—, pero espera a que me ponga el cinturón.

Arqueó una ceja mirándolo con superioridad.

—Evitemos que te asalte la tentación de provocar un accidente para que yo salga despedido —añadió con falsa condescendencia mientras se abrochaba el cinturón con un clic firme… que en realidad no lo era tanto como debería si no te asegurabas a conciencia.

Y en ese momento, Chris se alegró de haber postergado su paso por el taller para repararlo. Esbozó una sonrisa apenas visible; una sonrisa que Jasper no supo leer…, pero que fue lo último que debería haber pasado por alto.

—Como digas —murmuró Chris, y encendió el motor.

Salieron disparados del aparcamiento. Jasper le indicó una dirección y Chris obedeció al milímetro: aceleraciones suaves, frenazos contenidos, como un conductor dócil con un arma apuntándole al costado.

Cada instrucción, cada giro, Chris los siguió sin protestar, pero bajo la piel algo vibraba, una electricidad oscura y precisa.

Al doblar una esquina Jasper se acomodó en el asiento, seguro del control que creía tener.

—Más rápido —ordenó.

Chris aceleró.

—A la izquierda.

Obedeció.

—Sigue recto hasta la avenida y… —Nunca terminó la frase. Chris hundió el pie en el acelerador.

El rugido del motor explotó en el habitáculo. Jasper se tensó y tuvo que agarrarse al asa lateral por puro instinto.

—¿Qué haces? ¡Para!

Demasiado tarde.

Chris fijó la vista en el muro al final de la calle. Un bloque de hormigón inmenso, inamovible, y su pie no se levantó del acelerador. En silencio, su mente trabajaba a mil por hora, haciendo cálculos, valorando la velocidad justa en la que podría lograr su objetivo, minimizando sus propias lesiones.

Jasper empezó a gritar.

—¡Frena! ¡Frena, hijo de…!

No frenó. El muro cada vez estaba más cerca…

Chris respiró hondo, pegó la espalda al asiento y apoyó la cabeza en el reposacabezas. Flexionó brazos y piernas, tensó el abdomen y giró apenas el volante, lo justo para que el impacto no le cayera de lleno. Cada movimiento estaba pensado al detalle para preservar su integridad física. En el último segundo retiró las manos del volante, las cruzó sobre el pecho… y aceleró, rezando para que el airbag no fallara, o quizá jamás volvería a ver los ojos verdes que amaba con toda su alma.

El impacto llegó como un trueno. El airbag saltó y lo sacudió con tanta fuerza que sintió que su cabeza se golpeaba contra el plástico duro del reposacabezas…, pero se mantuvo despierto, al menos lo suficiente como para ver a Jasper salir disparado por la luna delantera, atravesando el parabrisas en un estallido de cristales.

Solo entonces permitió que la oscuridad lo reclamara… y el mundo se apagó.

Capítulo 45

Veinticuatro horas. Ese era el tiempo que Lindsay llevaba sin ver a Chris y ya no podía soportarlo más. Recordaba con angustia el momento en el que lo había mirado a los ojos por última vez, antes de que aquel cabrón lo arrancara de su lado y se lo llevara a punta de pistola.

Las horas que pasaron hasta que la policía les informó del terrible accidente fueron una tortura insoportable y asfixiante. Y, aun así, Lindsay resistió, respirando a medias, y se obligó a no derrumbarse… hasta que llegó la noticia.

Ya en el hospital los médicos le aseguraron que, pese al brutal impacto, el estado de Chris era estable y no se temía por su vida. Y, de forma paradójica, ella misma aguantó en pie hasta saberlo a salvo. Poco después se derrumbó, presa de una crisis nerviosa que su tío tuvo que medicar, a pesar de su embarazo. La habían dejado en observación en el mismo hospital, y por fin se veía recuperada como para bajar las dos plantas que la separaban de él.

Ahora, acompañada por su madre y por Maddie, aguardaba a que el ascensor descendiera. Hacía solo unas horas que Chris había despertado y necesitaba comprobar con sus propios ojos que nadie trataba de engañarla sobre su estado de salud.

Jasper no había tenido tanta suerte. Estaba en cuidados intensivos, donde un batallón de médicos habían logrado estabilizarlo. Sobreviviría, pero le esperaban meses de recuperación, solo para pasar después muchos años en prisión. En cualquier caso, Lindsay había decidido que jamás volvería a dedicarle un solo pensamiento. No se lo merecía. No le deseaba la muerte, pero tampoco fingiría que le importaba un destino que él mismo se había buscado.

Pero… Chris…, él sí era todo su mundo.

—Tranquila —le pidió su madre con una sonrisa serena—. Te aseguro que Chris está bien, Mark está con él ahora mismo.

—¿Han hablado? —preguntó con ansiedad—. ¿Estaba despierto cuando llegó?

—No —reconoció Maddie—, pero Evelyn asegura que ha estado conversando con él largo rato.

Lindsay asintió y salió corriendo del ascensor en cuanto las puertas se abrieron. No necesitó preguntar hacia dónde debía ir, divisó a su hermano unos metros más allá, en la puerta de la habitación.

—¿Cómo estás? —se preocupó el chico, observándola con atención—. Sigues muy pálida.

—Quiero verlo —apenas consiguió decir.

—Continúa dormido —informó—. Al parecer le dolía bastante la cabeza y han tenido que subirle la medicación, pero puedes pasar.

Con el corazón en la garganta, preparada para lo peor, Lindsay entró en la habitación. Evelyn estaba sentada en uno de los sillones, pero apenas logró dedicarle un leve saludo, su mirada ya no podía apartarse de él. Y, para su alivio, Chris no parecía estar tan mal como había temido. Tenía el pómulo y parte de la nariz algo amoratados por el impacto del airbag, pero incluso así se veía guapísimo.

Lo observó en silencio hasta que repasó cada centímetro de su rostro. Su sueño parecía algo agitado.

—¿Seguro que está bien? —interrogó en un susurro tras unos minutos.

—Sí, lo está, aunque bastante dolorido —contó Evelyn—, pero tú pareces a punto de derrumbarte.

Tiró de ella hacia uno de los sofás y Lindsay se dejó guiar.

—Estoy mejor.

—El… bebé te necesita recuperada. —Esbozó una sonrisa algo ansiosa—. ¿Es cierto, verdad, Lindsay? Voy a tener un nieto.

La emoción en su rostro era palpable, y la chica no pudo menos que devolverle una sonrisa junto con un leve gesto de asentimiento.

—¡Ay, qué ilusión! —Le tomó las manos—. ¡Y hacéis una pareja tan bonita!

Aquello sí apagó la sonrisa de Lindsay. Había cosas con las que no podía engañarse.

—Nosotros no… somos pareja —confesó con un hilo de voz.

—Bueno, quizá aún no, pero si lo habláis y… —se interrumpió al ver que los ojos de Lindsay se llenaban de lágrimas—. Eh, ¿qué pasa, corazón?

La chica intentó retenerlas, pero fue casi imposible.

—¿Acaso no era mi hijo de quien me hablabas el día de la gala?

Evelyn se quedó inmóvil. Cuando Lindsay asintió, cohibida, su expresión se suavizó.

—Pues dado tu embarazo… —sonrió con un atisbo de ternura—, parece que seguiste mi consejo y ganaste.

Aquello era resumir demasiado una relación tan complicada. Suspiró y admitió:

—No me siento ganadora.

La mujer la miró confusa, pero dejó que Lindsay siguiera hablando cuando estuviera preparada. A la chica le costó escoger las palabras.

—No puedo atarlo a mí por un bebé, Evelyn —afirmó con tristeza —. No es justo para él.

—¿Atarlo a ti? —repitió Evelyn, incrédula—. Lindsay, ¡ese hombre estaba dispuesto a recibir una bala por ti!

Aquello era cierto y le había dado muchas vueltas en las últimas horas.

—Él siempre me ha protegido, desde el momento en que nos conocimos.

—Entonces…

—Sé que me quiere —aceptó con el corazón dolorido—, pero querer y… amar no es lo mismo. No espero que me entiendas, pero…

—Te entiendo a la perfección —la interrumpió con una calma cálida, tomándole las manos—, pero quizá deberías dejar que sea él quien escoja las palabras y te diga cómo se siente.

Sí, sonaba bien, y moría por escuchar las palabras adecuadas, pero estaba demasiado inquieta.

—Él siempre intentará hacer lo que considera correcto para el bebé —insistió con pesar.

Evelyn le sonrió con cierta comprensión.

—¿Y si te ama de verdad?

—¿Y cómo podré estar segura? —interrogó con aprensión, y sus lágrimas se derramaron sin remedio. Aquello la mataba y decidió sincerarse—. Dios, Evelyn, no quiero pasarme toda la vida preguntándome si está conmigo solo por obligación o culpa. Me aterra que esa duda me persiga para siempre, que jamás me permita ser feliz del todo… Por eso no podemos estar juntos.

La mujer acabó suspirando y atrayéndola a sus brazos, brindándole un refugio silencioso donde descargar todo su pesar. Ambas sabían que no había mucho que pudiera decir para arrancarle aquella espinita. Lindsay se permitió llorar sin reservas, dejando que cada lágrima hablara por ella, liberando miedos y angustia contenida.

Cuando comenzaba a calmarse y se secaba el rostro, Chris se revolvió inquieto.

Ambas se pusieron en pie y caminaron hasta él. Lindsay se sentó en la cama, le tomó una mano y su mundo se iluminó con el azul intenso de su mirada.

Chris la observaba como si de repente estuviera contemplando lo más hermoso que había visto jamás.

—¿Cómo estás? —le preguntó la chica con voz estrangulada por la emoción—. ¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?

Él hizo un gesto ambiguo y siguió mirándola de forma extraña.

—Di algo, por favor —rogó abatida. Estaba muy raro. ¿Y si el golpe había provocado daños que aún no conocían?

—Lo siento, pero es que estoy… confuso —aclaró Chris, sin dejar de mirarla, como si recorriera cada facción de su rostro.

—¿Confuso?

—Yo… entiendo que nos conocemos, pero… —tragó saliva con dificultad.

—¿Qué? —Aquello hizo saltar todas las alarmas para Lindsay—. ¿No… no… te acuerdas de mí?

Cuando él negó con un gesto, el aire pareció abandonarla. Lindsay sintió que el mundo se le desmoronaba en un instante. Cada recuerdo compartido, cada roce, cada risa parecía desvanecerse ante sus ojos. Una mezcla de incredulidad, dolor y desesperación le comprimió el pecho. Las lágrimas se le escaparon antes de que pudiera controlarlas, y por un momento temió que su corazón no resistiera aquel vacío que Chris, sin querer, acababa de abrir entre ellos.

Lo vio ahora mirar a Evelyn e interrogar:

—¿No se lo habías dicho?

Evelyn se limitó a negar con un gesto sin dejar de mirar a su hijo con una expresión torturada ahora. Lindsay no podía pronunciar palabra.

Mark se asomó a la puerta muy despacio. Al verlo despierto, entró en la habitación, acompañado de su madre y Maddie.

—¡Eh! ¿Cómo estás? —se interesó Mark con una sonrisa enorme, pero la borró al posar sus ojos sobre Lindsay—. ¿Qué pasa?

Aún conmocionada, Lindsay preguntó:

—¿De él tampoco te acuerdas?

Recibió una negativa en respuesta.

—¿Cómo? —casi gritó Mark—. ¿Tienes amnesia?

—Los médicos dicen que será algo puntual —aseguró ahora Evelyn con la voz cargada de esperanza—. Es consecuencia del golpe. Tiene una ligera inflamación cerebral. Espero que, a medida que vaya cediendo, sus recuerdos regresen poco a poco. Lo más probable es que solo sean unos días.

Solo unos días… Mark intercambió una mirada preocupada con Maddie, cuya amnesia fue larga y complicada.

—Pero no me miréis así —pidió Chris ahora—. Tarde o temprano me acordaré de todos vosotros —afirmó con convicción, y clavó sus ojos en Lindsay—. Y… que conste que de ti me muero por acordarme.

La habitación se quedó muda por la franca declaración de intenciones.

Chris sonrió y le apretó la mano.

—Dime que tenemos… algo, por favor. —Le acarició el dorso con el pulgar—. Y como me digas que somos familia…, me hundes.

Lindsay se estremeció sin remedio y se mordió los labios.

—Confío en que eso sea un sí a ese algo.

—Estáis casados —se apresuró a confirmar Evelyn de inmediato — y esperando un bebé.

El rostro de Chris pareció iluminarse.

—¿Casados? —Le revisó las manos, era evidente que buscando un anillo… que no encontró.

Pero Lindsay estaba muda, demasiado conmocionada todavía para hablar. Y más aún cuando él posó su mano sobre su abdomen.

—Guau, ¡voy a ser papá! —Soltó un suspiro de emoción—. Ojalá pudiera recordar… cómo llegaste ahí, pequeño.

—¡Ay, por Dios, ha perdido la vergüenza junto con la memoria! —murmuró Rachel, que no parecía tener claro si reír o llorar.

El rubor asomó a las mejillas de Lindsay.

—¿Y los médicos están seguros de que recuperará la memoria? —se interesó ahora Maddie, mirándolo con preocupación.

La mujer asintió.

—Evelyn, tú eres psiquiatra —intervino Mark—, y este es el campo de Neurothea. Seguro que podrás hacer algo para…

—De momento hay que esperar unos días —interrumpió la mujer —. Si está tranquilo, recibiendo estímulos positivos, todo debería regresar a su cabeza por sí solo. Nada de disgustos ni… cosas negativas, por favor.

Lindsay no podía apartar sus ojos de su rostro. Él miraba de unos a otros, pero siempre acababa regresando su vista a ella, a la que parecía encantarle mirar. Empezaba a ponerse muy nerviosa. Solo ella sabía leer sus miradas como nadie, y resultaba obvio que Chris estaba… mucho más que interesado en la que creía su esposa.

—Lo llevas muy bien —alabó Maddie ahora—. Es admirable.

—No lo llevaba tan bien cuando despertó antes —confesó Evelyn —, pero parece que conocer a su esposa ha sido una motivación extra —sonrió—. Le ha cambiado el humor por completo.

Todos miraron a Chris, quien no parecía poder apartar sus ojos de Lindsay ni un segundo.

—Seguro que se esforzará por recordar vuestra vida juntos… —siguió opinando Evelyn, y miró a Lindsay con una expresión esperanzada—. Eres el mejor estímulo para su recuperación.

Y solo entonces Lindsay cayó en la cuenta de lo que le estaba pidiendo. ¡Quería que fingiera ser su esposa! No solo eso, estaba pintando un matrimonio feliz y enamorado esperando su primer bebé.

Miró a la mujer con cierta ansiedad y leyó el ruego en su expresión con absoluta claridad.

Cuando regresó sus ojos sobre Chris, él le regaló una sonrisa de las que le hacían temblar las rodillas.

«Dios, me muero por… empezar a fingir», tuvo que admitir con el corazón acelerado.

«Te mueres por ser su mujer, sin fingimientos de ningún tipo», respondió su conciencia, mortificándola un poco. Sí, aquello era evidente, y que moriría de pena cuando él recuperara la memoria también lo era.

—Yo ya me siento el hombre más afortunado del planeta, con o sin memoria… —murmuró Chris, tomando su mano de nuevo y acariciándole la cara interna de la muñeca. Luego miró a su madre —. ¿Puedo solicitar mi alta voluntaria?

Evelyn sonrió a medias.

—No, no puedes —aseguró—. Aún es pronto.

—Todas las pruebas están perfectas y me encuentro bien —se quejó.

—Hasta que intentes moverte —le recordó la mujer—. Y verás cuando te vayan bajando la analgesia.

—Pero…

—Oye, no seas terco —protestó Lindsay de inmediato—. Solo llevas un día aquí.

Chris suspiró y la miró con los ojos vidriosos.

—Pero quiero irme a casa contigo —declaró en un tono ronco—. Seguro que mejoro mucho más rápido.

Lindsay estaba a punto de hiperventilar. ¿Dónde se suponía que iban a vivir juntos si tenían que seguir mucho tiempo con aquello?

—Es posible que no te den el alta hasta que recuperes la memoria —dijo apenas en un susurro.

Eso no pareció ser una opción para Chris, que la miró como si se hubiera vuelto loca de remate.

—¿Y si tardo meses?

—¡¿Meses?! —exclamó la chica con voz estrangulada y una expresión de horror en el rostro—. ¡Eso no es una opción!

—Por supuesto que no —insistió Chris, y bajó la voz hasta casi susurrar—: No puedo pasar meses aquí sin… conocerte mejor. Acabaré volviéndome loco.

—¡O volviéndome loca a mí! —se quejó también por lo bajo—. ¿Podrías dejar de avergonzarme?

—¿Por qué te avergüenzas? —interrogó con una sonrisa divertida —. ¿No suelo ser tan obvio?

¿Lo decía en serio? ¡Mark debía de estar flipando en aquel momento!

—No, y menos delante de mi hermano —murmuró.

—¿No me llevo bien con él? —indagó con curiosidad.

¿Cómo le explicaba todo aquello? No podía. Acabó suspirando con resignación.

—Sí, de hecho, es tu mejor amigo —aseguró—, pero hay cosas que no tiene por qué saber.

Estaba medio inclinada sobre él para poder hablar en *petit comité*, lo que comenzaba a acalorarla demasiado.

—Entonces ¿debo ocultar cuánto… me gusta mi mujer? —preguntó, acariciándole un brazo con la yema de los dedos.

Lindsay se estremeció, cometió el error de mirarle los labios y anheló su sabor de un modo insoportable.

—Eh…, pues…

—Uf…, yo no podré esconderme —afirmó con la voz ronca al ver su reacción—, desde ya te lo aviso.

El resto de las personas de la habitación intentaban mirar hacia otro lado, unos sonriendo, otros algo más avergonzados. Que la pareja creyera estar susurrando lo suficiente como para no ser escuchados… no significaba que fuera cierto, pero estaban tan

obnubilados el uno en el otro en aquel momento que resultaban de lo más encantadores, a pesar de lo duro de la situación.

—Bueno, pues creo que aquí sobramos gente —carraspeó Mark, y miró a su amigo—. ¿No te parece?

Chris miró a Lindsay antes de contestar y recibió una amonestación silenciosa incluso antes de hablar.

—Lo ha dicho él… —se quejó el chico, como si sintiera la necesidad de defenderse por lo que estaba pensando.

A Mark se le escapó una carcajada que acabó arrancando una sonrisa a todos en la habitación.

—Por Dios, Evelyn, ¿qué tipo de medicación le están poniendo? —interrogó divertido.

—Una que lo desinhibe por completo —suspiró la mujer en un tono de resignación.

—¿No me digas? —Rio de nuevo—. Casi no nos hemos dado cuenta…

—Esperemos que cuando se la vayan bajando, eso también favorezca a que regresen sus recuerdos —expuso Rachel ahora. Sonreía, pero se veía preocupada al mismo tiempo.

Lindsay se puso en pie para despedirse, y Chris le tomó la mano de inmediato.

—Imagino que tú te quedarás un poco más —preguntó el chico ahora con una expresión algo abatida.

—Solo si prometes comportarte.

—Define comportarme, porque…

—Será mejor que me marche también —amenazó Lindsay, soltando su mano.

Chris intentó incorporarse por pura inercia, pero dejó escapar un quejido intenso de dolor. Lindsay se abalanzó sobre él al instante.

—¿Estás bien? Dios, no te muevas —rogó, sintiendo su dolor casi como propio—. Me quedo, claro que me quedo, pero ten cuidado.

Aquello pareció gustarle, porque se limitó a sonreír y no agregó nada más, aunque Lindsay no sabía si era por la satisfacción de salirse con la suya o porque el dolor era demasiado intenso y ni siquiera le permitía hablar.

Como fuera, cinco minutos después la habitación quedó en completo silencio, salvo por la respiración entrecortada que los nervios de Lindsay no podían controlar.

«Recuerda que es tu marido», se dijo en un tono mezcla angustia y entusiasmo.

Chris posó sus ojos sobre ella como lo hacía cuando moría por besarla, y Lindsay supo en ese instante… que acabaría representando su papel de esposa a las mil maravillas.

Capítulo 46

Lindsay no fue capaz de dejarlo solo y decidió hacer noche en el hospital, incluso cuando Chris le rogó que se marchara a descansar. Tras quedarse a solas, aunque él había intentado mantener el sentido del humor, los dolores pronto comenzaron a intensificarse hasta hacerse insoportables. Los médicos decidieron que sedarlo era la mejor opción para su recuperación.

Por suerte para Lindsay, había un sofá bastante cómodo en la habitación, aunque pasó media noche yendo y viniendo a la cama, donde el sueño de Chris era demasiado intranquilo. Las propias enfermeras habían pasado varias veces por la habitación para asegurarse de que no surgían complicaciones y todo estaba estable.

Bien entrada la madrugada, Lindsay logró dar una cabezada algo más larga. Cuando abrió los ojos, se sorprendió de que él estuviera de lado en la cama, observándola en silencio, con una expresión que parecía melancólica. Incluso la sonrisa que esbozó a continuación se veía algo triste.

—Buenos días. —Se incorporó y lo miró con cierta timidez—. ¿Por qué no me has despertado?

—Hay algo íntimo y hermoso en verte dormir —admitió con lo que parecía sinceridad.

Lindsay se ruborizó, se puso en pie y caminó hasta él.

—¿Cómo te encuentras? —se preocupó—. Has estado muy agitado toda la noche. ¿Tienes menos dolores?

Él asintió y, para demostrarlo, intentó moverse.

—¡Eh, no! —se alarmó Lindsay al verlo torcer el gesto—. Mejor te subo el cabecero de la cama, si quieres incorporarte.

Les costó encontrar la postura perfecta. En cuanto comenzó a moverse, Chris no tuvo más remedio que dejar de hacerse el héroe y admitir que estaba muy jodido. Aun así, había una expresión de

preocupación y tristeza en su rostro que no estaba ahí el día anterior, la misma que había leído en sus ojos en cuanto abrió los suyos.

—¿Qué te pasa, Chris? —preguntó, tomando asiento en la cama junto a él—. ¿Qué te preocupa?

Él intentó sonreír, pero Lindsay negó con un gesto.

—Nos conocemos demasiado bien —insistió la chica—. Por favor, no te comportes conmigo como si todo estuviera genial.

—Tú… me conoces demasiado bien.

Lindsay suspiró, entendiendo el problema. Algo que veía lógico y que era más normal que su comportamiento del día anterior.

—Seguro que no tardarás en recuperar tus recuerdos —le sonrió, intentando sonar convincente y no mostrarle sus propias dudas.

—¿Y si no?

—Sé positivo —rogó.

Él le tomó una mano y la miró con una ansiedad repentina brillando en sus ojos azules.

—¿Qué pasaría si nunca recuperara la memoria? —interrogó con una expresión de angustia—. Si no pudiera acordarme nunca más de ti, tú… seguirías conmigo o… —tragó saliva, incapaz de acabar la frase.

—No pienses en eso —suplicó al verlo tan abatido—. Estoy segura de que pronto empezarás a recuperarte.

—¿Pero y si no? —se reiteró, mirándola con aprensión—. ¿Estarías dispuesta a crear todos nuestros recuerdos desde cero?

Aquello la trastocó por completo y durante unos segundos se planteó la posibilidad. Si él no la recordaba, pero lograba amarla… Su corazón se aceleró sin remedio, pero luego pensó que entonces debería confesarle que no estaban casados, que ni siquiera eran pareja, y esperar que él lo aceptara y quisiera hacerlo o no realidad.

Se debió poner pálida, porque Chris la miró ahora con una expresión triste.

—Ya entiendo.

—No, Chris, yo…

—Déjalo, no necesitas decir nada —sonrió con tristeza—. ¿Nosotros no… estamos bien?

Lindsay tragó saliva.

—¿Por qué piensas eso?

Él se encogió de hombros y acarició su mano con ternura.

—Para empezar, no llevas un anillo.

Algo preocupada, Lindsay recordó que Evelyn le había hablado de lo importante que era que él no recibiera disgustos, solo estímulos positivos que le hicieran desear recuperar su memoria. Aun así, creyó que era mucho mejor darle algo de verdad, aunque la suavizara un poco.

—Esperaba que solucionaras pronto ese detalle —acabó diciendo, mirándolo con una sonrisa tímida—. Aún estamos formalizando las cosas.

—¿Qué? —Sonrió él a su vez—. ¿Dices que mi yo con memoria es tan idiota como para no haberte puesto aún un anillo en el dedo?

Lindsay agachó la cabeza algo avergonzada.

—Si lo dices por el bebé…

—¿Por el bebé? —interrumpió de inmediato, y rio con sinceridad —. Podría disfrazar mis intenciones con algo tan noble y puro, pero… no estaba pensando precisamente en el bebé ahora mismo.

La mirada que posó sobre ella le dejó muy claro qué pensaba… y con qué. Sonrió sin poder remediarlo. Su propio cuerpo ardió con el simple pensamiento.

—Por el rubor de tu rostro parece que me he explicado bien.

Lindsay esbozó una sonrisa azorada.

—Sí, te he entendido…

—Y… ¿podemos entendernos un poco más de cerca? —Las yemas de sus dedos ascendieron por el brazo femenino.

Con la respiración entrecortada, ella lo dejó acariciarla… mientras se perdía ya en sus ojos.

Estaban tan absortos el uno en el otro que ambos se sobresaltaron cuando la puerta se abrió, dando paso a una enfermera del turno de mañana.

—¿Qué tal todo por aquí? —interrogó con voz cantarina.

—Pues empezaba a ir mejor —murmuró Chris por lo bajo.

Lindsay no pudo evitar reír, y aún más cuando el chico la miró con una expresión de fastidio.

La enfermera le tomó todas las constantes, le hizo algunas preguntas y le pasó la cuña para que no tuviera que levantarse, algo que a Chris pareció avergonzar muchísimo. Una vez cumplido su trabajo, salió de la habitación con la misma rapidez con la que había entrado.

—Bueno, dónde estábamos antes de…

La puerta volvió a abrirse.

—¡*Ahgg*! ¿Y ahora qué? —protestó, y Lindsay no pudo evitar reír de nuevo frente al gesto de desespero.

Esta vez fue la encargada de repartir las bandejas con el desayuno quien saludó con énfasis.

—Señorita Madock —se dirigió a ella, ofreciéndole una bandeja extra—, su tío nos ha pedido que traigamos desayuno también para usted. Él bajará en cuanto pueda despejar su agenda.

Todo un detalle por parte de su tío, que la noche anterior le había llevado en persona la cena.

—Cuando hablan de desayuno en la cama, no creo que se refieran a esto —se quejó Chris con una expresión resignada.

Ambos tenían hambre, así que dieron buena cuenta de casi todo lo que había en las bandejas. Mientras Lindsay las apartaba al fin a un lado, se sintió demasiado observada como para pasarlo por alto. Los ojos de él la seguían a todas partes con un brillo inequívoco.

—¡Deja de mirarme así! —acabó protestando.

—¿Así cómo?

—Sabes cómo.

Chris sonrió y aprovechó para tomarla de una mano en cuanto estuvo a su alcance.

—Es que… me encantas —confesó en un tono ronco mirándola a los ojos.

Lindsay tragó saliva, la mataba cuando la miraba así.

—Lo que te encanta es ruborizarme.

—¿Y por qué te ruborizas? —preguntó divertido—. Es normal que me guste mi mujer, ¿no? Eh…, que me guste muchísimo…

Tiró de su mano y Lindsay cedió a sentarse en la cama.

—Bueno, tú no me recuerdas —dijo cohibida.

—Mi cuerpo sí, te lo aseguro. —Tiró de ella para recortar distancias—. Y estoy deseando… recordar cómo saben tus labios.

—Chris…

Él le miró la boca y aprovechó su cercanía para tirar de su blusa hacia él.

—¿Siempre me haces rogarte tanto los besos? —interrogó casi en un susurro.

—A veces incluso me gustaría negártelos —suspiró, deseando beber de su boca como si estuviera sedienta.

—Pero no puedes —adivinó. Ella negó, recortando la distancia—. Eso suena… a química intensa.

Lindsay apenas podía respirar ya. Era cuestión de supervivencia ceder a besarlo, pero… le preocupaba…

—¿Qué? —leyó él al instante.

—¿Y si… esa química que esperas —tragó saliva— se ha esfumado junto con tu memoria? ¿Y si no sientes nada?

Chris sonrió con tanta sensualidad que a ella se le escapó un gemido, y otro más cuando él añadió:

—Me arde la sangre en este momento… y eso que aún no te he tocado. —Se lamió los labios.

Y ella no pudo soportar ver aquel gesto. Necesitaba ser ella quien lamiera aquellos labios, quien… saboreara su boca. Recortó la distancia y lo besó con todo el ardor que le quemaba las entrañas, buscando su lengua con la suya con apremio. Chris le devolvió un beso intenso y letal que les arrancó un gemido a ambos.

—Joder… —murmuró él sobre sus labios, atrayéndola con más fuerza.

—¿Eso es… bueno…?

La respuesta fue incursionar con la lengua dentro de su boca, como si aquello fuera lo único que quisiera hacer el resto de su vida, mientras jadeaba con intensidad.

Tiró de ella para acomodarla contra él.

—Chris…, estamos… en un hospital —le recordó entre jadeos, pero sin dejar de besarlo.

—Esto es por prescripción médica —murmuró.

Lindsay sonrió sobre su boca.

—¿Es lo que vas… a decirle al médico si nos pilla…?

—Si entra ahora mismo, lo echo de la habitación —gimió mientras apartaba un poco la sábana.

Sorprendida, ella interrogó:

—Qué haces?

Él descendió lamiendo su cuello mientras murmuraba:

—Métete en la cama.

—Pero…

—Joder, necesito…

—Chris… —incluso entre protestas se acomodó aún más, y se dejó arrastrar hasta tomar una postura más cómoda—, esto no… es…

Las manos masculinas se colaron entre sus muslos.

—Deberíamos… parar —rogó la chica, pero se contradijo al tirar de la sábana para cubrirlos un poco—. Vas a hacerte daño.

—Me da igual.

—Pero…

—Necesito tocarte —jadeo, llegando con rapidez hasta su sexo y colándose en sus bragas.

—Oh…

—Joder…, estás muy mojada… —gimió, volviendo a saborear su boca y su lengua con desesperación.

—Chris… —musitó, sin poder evitar abrir las piernas de par en par para sus dedos.

—Te deseo… de un modo… —Volvió a besarla y hundió la lengua en su boca con la misma intensidad que sus dedos dentro de ella.

Lindsay soltó un gemido ronco que se ahogó entre los de él. Después sus manos buscaron su erección dentro de la bata, que ponía poca resistencia.

—Oh, Dios… —exhaló, ciega de excitación, cuando cerró la palma de su mano alrededor de la evidencia de su deseo.

Chris dejó escapar un sonido gutural que no se detuvo mientras ella movía su mano sobre su dureza, una y otra vez, al tiempo que él continuaba obrando su magia entre los muslos femeninos.

—Joder, cariño, necesito… —susurró él cada vez más al límite.

—¿Qué?

—…hundirme dentro de ti, quiero… —gimió con intensidad—, joder, Lindsay…, yo…, ¡madre mía! Esto es… es… —ya no pudo pronunciar una palabra más. Se rindió por completo a sus manos, a la forma en que lo estimulaba, con la misma fuerza con la que él hundía sus dedos en ella.

Al límite de la locura, Lindsay solo tuvo que sentir el líquido viscoso entre sus dedos para caer rendida al clímax más brutal e increíble, mientras ambos ahogaban sus gemidos dentro de la boca del otro.

—Joder… —jadeó Chris sobre sus labios unos segundos después.

Ella sonrió algo avergonzada ahora.

—Usas mucho esa palabra.

—Es que… esto… ¡joder!

La carcajada de Lindsay fue genuina, y Chris rio con ella.

—¿Por qué siento que podría seguir… sin pararme ni a descansar? —interrogó mirándola ahora a los ojos.

—¿Porque eres muy optimista? —se burló—. O igual te sobreestimas un poco.

Chris levantó la sábana, se miró la entrepierna con cierta arrogancia y declaró:

—Creo que eres tú quien me está subestimando.

Ambos sonrieron, pero entonces Chris intentó moverse y no pudo contener un quejido de dolor.

—Me temo que por hoy has abusado demasiado —opinó Lindsay con una sonrisa, incorporándose para salir de la cama

—¿Por hoy? —La miró como si se hubiera vuelto loca—. Por un rato, querrás decir. Llama para que me inyecten alguna droga fuerte y que cierren al salir.

La chica rio mientras se ponía en pie. Suspiró al perderse en su preciosa sonrisa. Daría cualquier cosa porque aquello fuera una relación normal, sin sombras de ningún tipo. Solo una pareja enamorada…

…pero eran una pareja… a la que la convivencia, imprevista, íntima y cargada de secretos, iba a poner a prueba tan solo dos días después.

Capítulo 47

La puerta principal se cerró con un suave clic. Lindsay se quedó parada un instante en medio del amplio salón de la casa de Chris en Beacon Hill y respiró hondo. Aquel lugar siempre le había parecido hermoso y elegante. Tenía ese encanto clásico de barrio residencial que la hacía imaginar una vida tranquila y estable, casi idílica. Pero en aquel momento, la casa y todo lo que significaba estar allí aceleraban su corazón.

Miró a su alrededor, disfrutando por unos instantes del encanto del lugar.

La casa era preciosa, de esas que te atrapan apenas cruzas el umbral. Dos plantas, techos altos y grandes ventanales que dejaban entrar la luz dorada de la calle como si fuese parte del mobiliario. El salón y la cocina compartían un mismo espacio abierto: una cocina americana con encimera de mármol, muebles oscuros y un par de taburetes que daban paso a un salón cálido, con suelo de madera y una chimenea antigua restaurada.

En la planta superior estaban las tres habitaciones: la principal, amplia y tranquila, con vistas a la calle empedrada; una segunda convertida en estudio, llena de libros y alguna que otra maqueta publicitaria; y una tercera que hacía de cuarto de invitados, apenas usada. Todo ordenado, elegante, con ese aire clásico de Boston mezclado con el estilo sobrio de Chris.

A Lindsay le encantaba. Adoraba el barrio, la cercanía al corazón de la ciudad sin perder tranquilidad y… al dueño. No había vez que hubiera entrado en aquella casa que no hubiera deseado poder quedarse para siempre.

Pero ni de lejos habría imaginado jamás que tendría que fingir que vivía allí. Nerviosa, soltó aire con fuerza y se dispuso a comenzar con la tarea. Debía convertir aquella casa en un hogar

antes de que Chris llegara del hospital con Mark, para lo que no faltaba demasiado tiempo.

Por suerte, había llevado refuerzos.

—Nunca había estado aquí —repuso Maddie observándolo todo a su alrededor—. Tiene un encanto especial.

—Sí, y testosterona por todas partes —opinó Karen, suspirando —. Será mejor que nos pongamos manos a la obra. Tenemos mucha faena que hacer si queremos que parezca que aquí vive un solo estrógeno.

Lindsay tenía tal nudo en el pecho que no dijo nada, se limitó a ponerse en marcha.

Entre las tres comenzaron a repartir cosas por la casa: ropa de Lindsay colgada en el armario de Chris, algunos productos en el baño, una colonia suya sobre la repisa, un par de zapatillas junto a las de él, un cepillo en el estante, un libro en la mesita de noche…

El dormitorio se transformó en minutos, como si alguien hubiera detenido el tiempo y tejido una historia de convivencia que aún no existía…, pero que podría haber existido. Lindsay se quedó mirando la habitación, abrazándose a sí misma, sintiendo una punzada dulce y dolorosa a la vez.

En el salón, entre Maddie y Karen habían hecho también un gran trabajo, que incluso incluía cortinas a juego con la funda del sofá y un número absurdo de cojines, como debía ser. El día anterior, Evelyn se había pasado por allí para encargarse de comprar todo lo necesario para la transformación.

—Ha quedado precioso —comentó Maddie, mientras colocaba un jarrón con flores en la mesa del salón.

—Siempre me ha encantado esta casa, y Beacon Hill es de mis barrios favoritos de Boston —murmuró Lindsay, dejándose atraer por las ventanas que daban a la calle empedrada.

—*Ains*, mírala, se le cae la baba solo pensando en vivir aquí con él —suspiró Maddie, observándola desde el sofá.

—Y las bragas, nena, en cuanto él entre por la puerta.

Maddie rio y miró a la mujer.

—Disfrutas haciéndole ese tipo de comentarios, ¿no?

—Nuestra pequeña ha crecido. —Se encogió de hombros con una sonrisa pícara—. Y ese hombre últimamente no se corta ni un pelo. A mí me tiene curada de espanto.

—Podéis dejar de hablar como si no estuviera escuchando —rogó Lindsay, llegando hasta ellas.

Se desplomó en el sofá, exhausta, guardando ahora un silencio que solo interrumpía el latido frenético de su corazón.

—Mark dijo que salían del hospital en veinte minutos —informó Maddie, mirando el móvil—, y ya han pasado.

Lindsay asintió, pero su pierna empezó a temblar sin que pudiera evitarlo.

Las manos le sudaban, el estómago le ardía y sentía una presión en el pecho que no sabía si era miedo, culpa o esperanza. Quizá todo a la vez.

—Dios… —susurró, llevándose las manos a la cara—. ¿Y si algo sale mal? ¿Y si lo nota? —Exhaló con fuerza—. ¿Y si… me echa a la calle en cuanto recupere la memoria?

—Esto lo estás haciendo por él —le recordó Maddie.

—Pues dudo de que él lo vea así —se lamentó muy agobiada—. Mira cómo se puso cuando le oculté lo del embarazo.

—Esto es distinto —opinó Maddie.

Pero Lindsay se encontraba cada vez más angustiada. Tenía la sensación de que saldría muy herida de toda aquella locura.

—¡No puedo seguir mintiéndole! —se lamentó, respirando con dificultad.

—Nena, piensa que es por recomendación médica —le recordó Karen, encogiéndose de hombros—. Tú solo eres una buena samaritana.

—Sí, beneficiándome de… —se ruborizó— mis propias bondades.

—De las suyas, para ser exactas —carraspeó Karen con una sonrisa pícara—, pero él no se corta, te lo pone muy difícil.

—Eso es verdad —intervino Maddie—. Te busca todo el tiempo, Lindsay. Ostras, a veces hasta a mí me avergüenza ver cómo te mira.

Karen rio y apostilló:

—Casi siempre.

—¡Dejaos de tonterías!

—¿Es una cama tamaño *King Size* lo que he visto en la alcoba? —insistió Karen con una sonrisa divertida.

—Oh, sí, y no sé para qué tanto espacio —terció Maddie—, para acabar durmiendo acurrucados en medio metro.

—Nena, para rodar con libertad es ideal —opinó la asistente—, ir cambiando posturas imponiéndose al otro, ahora mando yo, ahora mandas tú…

Lindsay se puso en pie, hiperventilando, y rogó:

—Ay, Dios, ¿podéis callaros?

—¿Aún te avergüenzas? —Rio Karen.

—¡No! —confesó abanicándose con la mano—. Lo que no necesito es que sigáis poniendo imágenes en mi mente. ¡Que está convaleciente aún, por Dios!

—¿Y te preocupa cargártelo?

—Me preocupa que se inmole —acabó sonriendo, y se ruborizó.

—Así que es fogoso… —bromeó Karen.

Lindsay cruzó los brazos sobre el pecho, se mordió los labios y acabó admitiendo.

—Es incansable.

—Uf, nena, pues si a eso le sumas estar a pan y agua en estos días en el hospital…

A ninguna se le pasó la expresión azorada de Lindsay, que evitaba mirarlas con el rostro ardiendo de un modo demasiado intenso como para esconderlo.

—¡Lindsay Madock, ¿no irás a decirnos que en el hospital habéis… hecho uso del matrimonio falso?!

—¿Eh?… No…, yo…

—¡Ay, mi madre, nena! —Rio nerviosa—. Bueno, mi madre no, que la pobre mía se habría escandalizado.

—Mujer, habrán sido unos besitos aquí y allá —supuso Maddie, y ambas la miraron aguardando respuesta.

—Claro, eso… —carraspeó, y tragó saliva. ¿Cómo les decía que Chris parecía tener un problema serio para quitarle las manos de encima y ella para… protestar?

Había preferido no pensar demasiado en aquel hospital, pero durante la convivencia las cosas se pondrían serias, raras…, diferentes, y eso la aterrorizaba. Cuando Chris recuperara la memoria, cuando el bebé los uniera aún más, ¿de qué forma iba a evitar caer en la tentación de aceptar casarse con él? Si es que él seguía dirigiéndole la palabra, claro. Y si lo hacía, ¿podría ser feliz o las dudas le amargarían la vida?

—¡Eh! ¿Qué pasa? —preguntó Maddie, mirándola con una expresión de inquietud.

Lindsay no pudo evitar que la angustia se reflejara en sus ojos, en su voz.

—Me preocupa… pasarme el resto de mi vida llorando cuando esto acabe.

Recibió sendas miradas de pesar.

—Nena, ese hombre está loco por ti —opinó Karen muy seria—. Solo hay que ver cómo te mira para darse cuenta.

—Con o sin memoria —puntualizó Maddie—, eso da igual, esa mirada no es nueva, cariño.

Se moría por poder creerlas…, y a ratos era optimista, recordando cómo la había protegido frente a Jasper, pero otros… se sentía aterrada de equivocarse y estar viendo solo lo que quería ver. Ya en aquel instante se moría por verlo, besarlo, abrazarlo, como si hiciera una eternidad que estaban separados.

—Creo que tengo una adicción preocupante —murmuró casi para sí.

—A ver, nena, has pasado diez años haciendo ganas.

Maddie le lanzó un cojín a Karen a la cabeza.

—¡¿Qué?! —protestó la mujer—. Solo digo que tienen mucho tiempo que recuperar —carraspeó y miró a Lindsay—, aunque tenéis pinta de ir a poneros pronto al día, también te lo digo. Alimentaos bien, porque…

—Estoy a punto de amordazarte —la cortó Lindsay, aunque sin poder evitar reír.

Y en ese momento sonó el timbre y su corazón dio un vuelco.

—¡Ay, Dios!

Karen suspiró con fuerza y miró a Maddie.

—Mira, nena, ya se le han puesto los ojitos golosones…

En esa ocasión recibió cojinazos por partida doble, y la mujer se levantó, muerta de la risa, y caminó hacia la puerta.

—¿Hasta cuándo piensas dejar a ese muchacho ahí fuera?

Cuando Chris, acompañado de Mark, entró en la casa, posó sus ojos sobre Lindsay desde la distancia y le regaló una sonrisa que a la chica le aceleró aún más el pulso.

Ahora sí caminó hacia él. De repente lo único que quería era darle una bienvenida cálida, ya llegarían los remordimientos más adelante.

Sin cortarse, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en los labios que intentó que fuera lo más casto posible, puesto que había demasiados ojos mirando. Trató de hacerse rápido a un lado para no ceder a más tentación.

—¿Qué bienvenida sosa es esa? —protestó Chris, a quien al parecer le importaba un carajo cuánta gente hubiera en la habitación.

La encerró en sus brazos, recortó la distancia hasta su boca y le arreó un besazo que le derritió hasta la capacidad de razonar.

—Eso está mejor —susurró él, enronquecido, y miró de reojo hacia las personas que estaban en el salón—. ¿Tenemos que ser hospitalarios? Porque…

Lindsay soltó una carcajada divertida y le tapó la boca con la mano para que no agregara nada más. Dios, le encantaba aquella versión de Chris, se enamoraba más de él a cada segundo que pasaba, si es que amarlo más era posible. Si pudiera tenerlo así, pero con su memoria intacta…, sería la mujer más dichosa del planeta.

Sintió su lengua lamerle la palma con la que le cerraba la boca y se estremeció.

—No tienes remedio —rio Lindsay quitando la mano.

—Y te encanta, reconócelo.

Para qué negarlo, si solo quería gritarlo a los cuatro vientos.

Caminaron hasta el sofá, donde Chris tomó asiento con cuidado. Los dolores habían mejorado, pero aún no estaba, ni mucho menos, recuperado.

—Tengo una casa bonita —sonrió, mirando a su alrededor.

A Lindsay le preocupó que algo le chocara demasiado. Habían vestido el salón con colores más vivos a través de pequeñas cosas. Solo eran detalles, pero hablaban de presencia, de vida compartida.

Temía que al verlos Chris sintiera que algo no encajaba, que ese hogar recién *habitado* despertara anclas emocionales que su memoria aún no alcanzaba. Y aun así lo había hecho, porque necesitaba que al cruzar la puerta él sintiera, aunque fuera de forma inconsciente, que allí había un nosotros.

Pidieron comida para todos y pasaron un rato entretenido enfrascados en una buena conversación, hasta que Mark y Maddie decidieron que Rachel ya había disfrutado lo suficiente de su nieto como para devolvérselo sin protestar.

Eran cerca de las siete de la tarde cuando se quedaron solos al fin. Los nervios de Lindsay estaban ya a flor de piel, tanto como las ganas de probar aquella cama enorme… que parecía tan cómoda.

Chris se paseaba ahora por la cocina, metiendo los vasos en el fregadero, pero no le quitaba los ojos de encima. Acabó tirando de su cintura hacia él en cuanto pasó por delante.

—Estaba pensando… que me vendría genial una ducha caliente —informó, atrayéndola hacia sí—. Y voy a necesitar ayuda, aún estoy convaleciente.

La simple idea le arrancó un suspiro a la chica.

—¿Eso es un sí? —insistió Chris.

—Solo si va con segundas —sonrió, rodeándole el cuello con los brazos.

—Y con terceras y cuartas… —le acarició la espalda—. El médico me ha recomendado calor humano para recuperarme.

—Ah, ¿sí?

—Lo ha escrito en el informe de alta —aseguró, besándole el cuello, que ella inclinó para darle mejor acceso—. Me ha explicado que ese tipo de calor activa… no sé qué microreceptores termoneurales de respuesta afectiva.

Lindsay rio con ganas.

—¡Te lo estás inventando! —acusó.

—No, en serio, me ha mostrado un documento firmado por toda la comunidad médica de Boston.

Ambos rieron juntos en aquella ocasión, y Chris estrechó el abrazo.

—¿Entonces quiénes somos nosotros para contradecir al colegio de médicos? —suspiró Lindsay rendida a su encanto.

—Nadie en absoluto… —susurró él ahora, mirándole los labios con anhelo—. Dios, Linny, quiero hacerte el amor hasta desfallecer…

El corazón de la chica dio un vuelco tan brusco que casi le cortó la respiración. Hacía días que no lo escuchaba llamarla así y sus ojos se humedecieron sin remedio.

Chris frunció el ceño, notando el temblor de su respiración.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado.

—Me has… llamado *Linny*.

Él parpadeó confundido.

—¿Sí? Pues me ha salido solo —admitió—, ¿suelo llamarte así?

Ella solo pudo asentir, muy tocada.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —interrogó—. Si prefieres que use ese nombre, yo…

—No, por favor —rogó, sin poder contener las lágrimas ya.

Aquel Linny… era la huella más íntima de la versión de Chris que ella amaba, el que la conocía de verdad, el que sabía leerle el alma. Y oírlo ahora en boca de un Chris que no recordaba nada, de alguna forma fue como una caricia y una cuchillada al mismo tiempo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Lo deseaba tanto, lo echaba tanto de menos… que de pronto sintió que lo estaba traicionando, atrapándolo en una historia que él no había tenido oportunidad de elegir.

Aquello la mató. Intentó tragar saliva, pero la voz se le rompió.

—No… puedo seguir con esto… —murmuró antes de que la culpa la ahogara del todo.

—Linny…

—No me llames así —suplicó, incapaz de reponerse.

Él le acarició el rostro con las manos, intentando secarle las lágrimas.

—No necesito acordarme de ti para saber que te elegiría entre un millón. —Apoyó la frente en la de ella.

—Chris…

—Lo digo en serio —se reiteró, e intentó besarla, pero ella giró la cabeza.

—Esto no está bien.

Salió de sus brazos sin poder reprimir el llanto, el dolor sordo que le atenazaba el pecho la estaba matando. Caminó hacia la puerta, luchando por ganar la calle antes de desmoronarse y ceder a lo que su cuerpo y su corazón le pedían a gritos, pero su mente ya no podía tolerar aquello sin enloquecer.

Chris la atrapó por la muñeca con una urgencia casi temblorosa y, en un solo gesto, la envolvió entre sus brazos, impidiéndole ganar la puerta.

—Por favor, no te vayas —rogó con una angustia que le quebró la voz—. No puedo verte marchar de nuevo.

Lindsay lo miró a través de las lágrimas.

—Chris, hay cosas que no… son como crees.

Él la acorraló contra la pared y la miró con un infierno escrito en los ojos, uno que lo devoraba por dentro, pero en aquella ocasión no era deseo, sino lo que parecía una desesperación total y absoluta, casi insoportable.

—Dios, Linny, ¿qué más tengo que hacer para que me aceptes en tu vida? —se lamentó, mirándola con una desolación que dolía

Aquella frase chirrió demasiado dentro de su cabeza y Lindsay frunció el ceño, confusa. ¿Qué demonios…?

Capítulo 48

«*¿Qué más tengo que hacer para que me aceptes en tu vida…*?».

No, definitivamente… aquel no era un comentario coherente.

—Solo pon tus condiciones —insistió Chris con angustia contenida—, y te juro que te daré lo que me pidas, lo que sea.

Lo miró a los ojos, leyendo un destello de verdad en ellos que ya no pudo ignorar.

Lo supo al instante.

—¡No tienes amnesia!

Él no apartó la mirada. No intentó excusarse. Solo respiró hondo, como quien por fin deja caer una máscara que pesa demasiado.

—No.

Aquella simple pero concisa respuesta dio un vuelco a todo su mundo de nuevo, esta vez poniendo cada cosa en su lugar, al fin.

—No le pasa nada a mi memoria —admitió casi con un hilo de voz, con la sinceridad brutal de quien se rinde por completo.

Lindsay lo miró perpleja al principio, hasta que aquella verdad y todo lo que implicaba se fue transformando en rabia, que recorrió su cuerpo hasta estallar dentro de su cabeza. Un segundo después, lo empujó con todas sus fuerzas, tomó distancia y le asestó una bofetada que le hizo girar la cabeza.

Chris no intentó detenerla, ni siquiera protestó. Se limitó a encajar el golpe, asumiendo sus culpas, pero con aquello solo consiguió hacer crecer la furia de una Lindsay que se sentía demasiado burlada en aquel instante.

Alzó su mano dispuesta a repetirlo, pero esta vez Chris sí levantó la suya y le sostuvo el brazo, con una delicadeza que dolía más que cualquier violencia.

—Linny…

—¡Suéltame, maldito mentiroso! —gritó, golpeándolo en el pecho, tratando de zafarse.

Pero él no le hizo caso. Al contrario. Le llevó el brazo a la espalda y la atrajo hacia él con cuidado de no herirla, pero con contundencia para impedir que escapara. Su respiración era áspera, tensa, como si todo su mundo pendiera de ese instante.

—Linny, por favor… —suplicó con la voz rota.

—¡He dicho que me sueltes!

—Solo escúchame —rogó.

—¡No! —estalló—. ¡Eres un…!

—¡Soy un hombre perdidamente enamorado! —confesó con la voz cargada de angustia—, un hombre desesperado que ya no sabe qué hacer para que la mujer que ama lo acepte en su vida.

Lindsay se quedó petrificada, mirándolo con incredulidad. Había visto a Chris desesperado antes, herido, incluso derrotado…, pero nunca así. Aquello no era confusión ni miedo ni dudas, era verdad, una verdad que brillaba en sus ojos con una intensidad imposible de fingir. Y la devastación absoluta que leyó en él transformó aquella incredulidad en esperanza.

—Dios, Linny, no sé vivir sin ti —reconoció con la voz cargada de tormento—, nada tiene sentido si no puedo compartirlo contigo. Solo consigo ser feliz del todo cuando te tengo en mis brazos, me mata la distancia.

Tomó aire como si cada palabra pesara.

—He pasado diez años luchando contra mi necesidad de estar contigo, pero ya no puedo seguir haciéndolo… No puedo ni quiero limitarme a mirarte desde lejos. No lo soporto, mi amor, me falta el aire cuando no puedo tocarte.

Lindsay lo miraba con la respiración acelerada y el corazón golpeándole las costillas, ansioso, desesperado ya por gritarle su propia verdad. Pero sentía cada palabra de Chris calar hondo en su alma, sanando cada herida… y necesitaba tanto aquella cura que lo dejó seguir hablando.

—Sé que fingir mi amnesia ha sido una estupidez —admitió ahora, suspirando con fuerza—, pero cuando desperté en el hospital, te escuché decirle a mi madre que… siempre dudarías de mí, de mis

motivos para querer estar contigo, que jamás podríamos ser felices juntos y… ¡Joder, Linny, me mataron aquellas palabras! —confesó con la voz casi estrangulada—. Si hablarte de mis sentimientos no servía…, me quedaba sin opciones.

Apretó los dientes y tomó aire antes de poder continuar.

—Así que sí, lo admito, se me ocurrió la idea más estúpida del mundo. Pero pensé que, si podíamos empezar de cero, si conseguía que entendieras cuánto te amo y que me enamoraría de ti una y mil veces…, quizá podríamos tener una oportunidad de ser felices.

—Y decidiste mentirme —murmuró en un tono contenido. Algo que le costó la misma vida, porque moría de ganas de saltar sobre él como una loca—. Y no solo eso, obligaste a Evelyn a mentir por ti.

—Sí, bueno…, ella ya me ha echado suficiente la bronca por eso.

—Pues nadie lo diría. Se le dio genial allanarte el terreno.

—Le caes bien, Linny, y antes de dormirme acababa de confesarle que estoy loco por ti —suspiró—, así que entendió por qué lo hacía.

Ella intentó mirarlo con un gesto serio, pero ya casi no podía, y Chris parecía tan afligido…

—A ver…, no fue mi momento estelar, lo admito —la miró con una expresión culpable—, pero en mi defensa debo alegar que estaba hasta arriba de opiáceos.

A Lindsay le costó contener la risa… y las manos, que le ardían ya como si el simple deseo de tocarlo la incendiara por dentro.

—Y cuando pude pensar con algo más de claridad… —carraspeó un tanto avergonzado.

—¿Qué?

—Empecé a descubrir las… *ventajas* de mi amnesia —titubeó—, y sí, quizá me aproveché un poco…

—¿Solo un poco?

Aquello pareció hacerlo dudar y la miró con una expresión de desconcierto.

—Bueno, yo… no te he forzado a nada —tragó saliva—, ¿no? ¿Tú… sientes que sí? —Ahora se veía muy angustiado—. Dios, Linny, si te has sentido acosada…

—No es eso —aclaró, incapaz de dejarlo sufrir más.

Lo vio exhalar un suspiro de alivio.

—Entonces dime qué tengo que hacer para ganarme tu corazón —rogó con inquietud—. Si lo que quieres es romance, encontraré la manera de sorprenderte, aunque tenga que lanzarme en paracaídas con una pancarta gigante…

«Ay, Dios, está fatal este hombre…», suspiró Lindsay, ya incapaz de fingir no solo enfado, sino ni siquiera indiferencia. La felicidad más absoluta galopaba con demasiada intensidad por sus venas.

—Chris…

—Solo pídemelo —se reiteró, y de repente se puso pálido y añadió—: ¿o es que… tú no tienes ningún sentimiento hacia mí?

Pareció faltarle el aire, como si en realidad la posibilidad de que ella no lo amara jamás se le hubiera pasado por la cabeza hasta aquel instante.

—Oh, Dios…, ¿es eso? —insistió, y dio un paso atrás como si lo hubiera golpeado con un bate—. Te ruego que me lo digas, Linny, porque…

Lindsay avanzó el paso que él había retrocedido y le puso un dedo en los labios para silenciarlo.

—¿Podrías hacer una pausa? —pidió con la voz temblándole de emoción contenida.

Chris la miró con esa mezcla de angustia y anhelo que le partía el alma.

—¿Por qué?

—Para que pueda besarte —confesó casi en un susurro.

—Para eso puedes interrumpirme cuando quieras —replicó con un deje de esperanza en la voz—, así que…

Lindsay se arrojó a sus brazos con la urgencia de quien ha estado conteniéndose demasiado tiempo. Lo besó como había deseado hacerlo desde aquel primer y glorioso i*soy un hombre perdidamente enamorado*! El resto de palabras desde ese momento habían sobrado.

Chris la recibió en sus brazos y dentro de su boca con una mezcla de incredulidad, alivio y hambre profunda, como si ese beso fuera la única manera de seguir respirando.

—Vale, si quieres… —jadeó ella un minuto después— ya puedes continuar con lo que estabas diciendo.

Chris la atrajo con más fuerza hacia su cuerpo.

—Exijo una pausa mucho más larga. —Volvió a besarla con intensidad.

—Me parece bien —accedió mientras Chris la izaba del trasero y ella envolvía sus piernas alrededor de sus caderas.

Caminó con ella hasta el sofá, aferrándose a su cuerpo como si temiera que se desvaneciera. La soltó en el suelo y paró de besarla solo para mirarla a los ojos, tomando su rostro entre las manos con una delicadeza que contrastaba con el temblor de sus dedos.

—Por favor, Linny, dime que esto significa algo más que sexo para ti —suplicó con una vulnerabilidad palpable—. No podría soportar que volvieras a salir por esa puerta sin más. Ya no. Te necesito. Completa. Con todo lo que eres… y con todo lo que implica ser el amor de mi vida.

Lindsay no pudo evitar estremecerse y se hundió en la mirada de Chris, en ese océano devastado que ahora brillaba con una esperanza frágil.

—Soy tuya en cuerpo, alma y corazón —murmuró emocionada—. ¿Te sirve con eso?

La sonrisa que él le regaló fue como ver amanecer después de una vida entera viviendo de noche. Iluminó todo su mundo, y quiso devolverle parte de la dicha.

—Te amo, Chris —confesó lo que había querido gritarle durante toda su vida—. Desde siempre y para siempre

—Dios, ¡sí! —exclamó él con la voz entrecortada y cargada de alivio—. Y yo te amo a ti, con cada fibra de mi ser.

El beso al que se rindieron después fue distinto a todos los anteriores. Ya no contenía dudas ni culpa ni sombras, estaba hecho de verdades desnudas, de reconocimiento, de un amor puro que ardía entre sus labios.

Se devoraron con la boca, con las manos, con cada latido, hasta que la necesidad de fundirse en uno fue tan imperiosa para ambos que tuvieron que interrumpir todo preliminar en pos de preservar la cordura.

Cuando Chris se hundió al fin en ella, dejó escapar un gemido de absoluta plenitud y entrega. No era solo deseo, era adoración y la certeza de sentirse completo, de saberse suyo… y poder reclamarla al fin.

—Eres mía…, solo mía… —musitó contra su piel con una devoción que la hacía temblar, mientras se movía muy despacio—, mía al fin… y para siempre.

Le robó un dulce beso y la miró a los ojos, tomando posesión de su cuerpo una y otra vez, con una delicadeza exquisita.

—Dios, te amo, te amo… —susurró, absorto en ella, con el cuerpo enardecido por el deseo.

Lindsay lo abrazó con fuerza, ahogando un suspiro de dicha que la estremeció. Escuchar aquellas palabras de sus labios era como un bálsamo para su dolorido corazón, que ahora saltaba en su pecho como si le hubieran salido alas.

El clímax que los asoló por dentro, cuando ya no fue posible contener la intensidad del incendio que ardía entre ambos, los llevó de la mano hasta un estallido de luz y silencio, donde el mundo desapareció y solo quedaron ellos…, meciéndose en una nube de felicidad absoluta.

Cuando tiempo después, tras una larga y relajante ducha conjunta, Chris abrió el armario de su habitación, el rostro se le iluminó con una sonrisa radiante.

—¿Qué te pasa? —interrogó Lindsay, deteniéndose a su lado ataviada solo con un albornoz.

—Hay ropa tuya en mi armario —declaró emocionado.

—Sí.

—Y un cepillo de dientes y… perfumes en el baño —suspiró, la atrajo hacia sí y clavó una mirada brillante en ella—. Me encanta.

—No te gustará tanto cuando te robe las tres cuartas partes de tu espacio —amenazó divertida.

—¿Tres cuartas partes?

Lindsay frunció el ceño, fingió valorarlo y añadió:

—Sí, tienes razón, es poco —sonrió con picardía—, pero tranquilo, te dejaré un par de cajones.

—Vaya, qué dadivosa —bromeó—, ¿y para qué quieres tanta ropa? Te aseguro que vas a pasar más tiempo desnuda que vestida.

A la chica aquello le sonó a música celestial. Le echó los brazos al cuello y ronroneó:

—¿Me lo prometes?

—Te lo firmo cuando quieras —le robó un beso y la miró algo más serio—, pero podemos vivir donde quieras, Linny, si no te gusta esta casa…

Ella lo silenció con un beso.

—Es perfecta, acogedora, cómoda y preciosa —aseguró feliz—. Y está a un paso del centro, así que al fin podré montar una oficina desde donde dirigir Somnia Corp. Además, el barrio es perfecto para criar a nuestro bebé… —suspiró.

Chris le puso las manos ahora en el abdomen y no pudo contener un suspiro de emoción.

—Dios, vamos a ser papás —murmuró entusiasmado, y la miró un tanto curioso—. ¿Cómo es posible, Linny?

—Porque nos empleamos a fondo.

Él asintió con una sonrisa cómplice.

—Eso lo sé, pero me refiero a si hubo un error en… el error o qué…

Lindsay recordó que no le había contado nada sobre aquello.

—El error del hospital fue real —explicó—, pero durante el viaje nos cundió mucho —lo miró con una sonrisa pícara—, y recuerdo a cierta persona diciendo… lo innecesario que le parecía *ponerse un chubasquero* —repitió sus palabras.

Chris rio divertido.

—Porque se suponía que ya estabas embarazada.

—Como fuera… ¡sorpresa!

Ambos soltaron sendas carcajadas de pura felicidad. Después Chris asaltó su boca y, entre risas, cayeron sobre la enorme cama.

Lindsay reía a carcajadas mientras él le hacía cosquillas mordisqueándole el cuello. Tras unos segundos la miró a los ojos muy callado.

—¿Qué? —Acabó preguntando Lindsay, cohibida, sin poder dejar de sonreír.

Chris le acarició el rostro con la yema de los dedos.

—Una sola de tus sonrisas ilumina mi mundo —susurró con sinceridad.

A Lindsay se le escapó un suspiro.

—¿Cuándo te has vuelto un romántico? —interrogó con el corazón blandito.

—Me sale solo cuando te miró —afirmó, jugando con un mechón de su pelo—, y ya no tengo que contenerme. Al fin puedo decírtelo.

Lindsay estudio su expresión sincera y no tuvo que preguntar, fue el propio Chris quien habló:

—Han sido diez años muy largos, Linny… —confesó con la voz impregnada de nostalgia—. Creo que me enamoré de ti el mismo día que nos conocimos, en cuanto tus ojos verdes se posaron sobre los míos… Ese día no solo le salvaste la vida a Danger, también me rescataste a mí —exhaló aire, perdiéndose en sus ojos—. Encontré sentido a mi vida… en tu sonrisa, y estaba tan perdido…

Los ojos de Lindsay se llenaron de lágrimas.

—Fue ponerte los ojos encima y encontrar mi motivo para vivir —siguió diciendo—, para querer convertirme en la mejor versión de mí mismo, alguien que se mereciera una sola de tus sonrisas. ¡Dios, me quedé embobado mirándote! —reconoció, acariciando su rostro —. Y no era solo que fueras la chica más bonita que había conocido jamás, que lo eras, me cautivaba tu actitud, esa férrea determinación que leía en tus ojos, dispuesta a salvar a aquel chiquitín a toda costa, aun a riesgo de tu propia vida. Eras un encanto —arqueó las cejas y añadió—: un encanto… demasiado joven.

Lindsay esbozó una tímida sonrisa.

—Sí, ya.

—Sabía que lo eras, lo supe desde un principio, incluso mientras tonteaba contigo —admitió con sinceridad—, pero… no esperaba que tanto. Me habría conformado con que estuvieras rozando la mayoría de edad.

Sonrió y se acomodó sobre uno de sus codos para poder contemplarla a placer.

—No te haces idea de lo que tuve que esforzarme para ver a la niña de catorce años que eras —reveló ahora—. A mi mente, y sobre todo a mi cuerpo, le costó mucho trabajo aceptar que eras intocable —suspiró con fuerza—, pero nada de eso impidió que te convirtieras en el centro de mi vida, y protegerte era lo único que podía hacer por ti.

Lindsay esbozó una sonrisa nostálgica recordando aquellos días.

—Pues yo suspiraba por ti hasta por los pasillos —confesó Lindsay en un tono sincero—. Y soñaba con que en algún momento llegarías galopando por la playa a lomos de un caballo blanco…, te detendrías junto a mí y me tenderías la mano para pedirme que me fuera contigo al fin del mundo.

Chris sonrió y la miró emocionado, con los ojos cargados de un amor inmenso.

—Pero nunca viniste —se lamentó—, ni siquiera me mirabas.

Aquello sí le arrancó una carcajada a Chris.

—¿Que no te miraba? —La observó incrédulo y admitió—: Te juro que hubo momentos en los que me sentí… un pervertido.

Lindsay lo observó con una mezcla de diversión y lujuria.

—¿Lo dices en serio?

Él esbozó una media sonrisa y asintió:

—¿Quieres decir que tú… querías…?

—Dios, vale…

—¿Incluso a la Lindsay de catorce años?

Chris parecía avergonzado ahora, aunque sonreía con un azoramiento encantador.

—¡Dímelo! —rogó.

—Ya te he dicho… que me costó aceptar tu edad.

—Así que alguna vez imaginaste… —se mordió los labios.

—Sí.

—¿Cómo de intenso fue?

—¡Linny!

—Vale, hablemos de cuando crecí, si te sientes más cómodo.

Él soltó un suspiro de resignación. Lindsay rio, se impulsó sobre su cuerpo y Chris se dejó arrastrar, hasta que ella se acomodó a horcajadas sobre él.

—¿Cuánto has tenido que contenerte? —interrogó—. Porque… eres fogoso.

La sonrisa de Chris lo dijo todo.

—Mucho —afirmó tras eso—. Joder, muchísimo en realidad, e iba a peor con cada año que cumplías.

—Entiendo.

—No, Linny, te aseguro que no puedes entenderlo —suspiró y contó—: Recuerdo el día que marcó un antes y un después en… mi forma de enfrentarme a ti. —La miró a los ojos—. Me acuerdo que ese gato endemoniado que tienes…

—¿Ese que vivirá aquí pronto, dices?

—Ay, Dios…

Lindsay soltó una carcajada.

—Sigue —pidió—, ¿qué hizo mi chiquitín?

—Honor a su nombre —afirmó—, y se subió al árbol que hay cerca de tu ventana, ¿te acuerdas de ese día?

Ella sonrió y asintió. Por supuesto que lo recordaba, porque había soñado con aquel momento durante meses, quizá años.

—Tú te empeñaste en subir a por él —siguió recordando Chris—. Hiciste varias flexiones para calentar los músculos y al agacharte… me mostraste las tiras traseras de tu tanga, un triángulo perfecto que sobresalía por encima de tu pantalón.

—¿Y eso te gustó? —interrogó con curiosidad.

—¿Gustarme? Fue mucho más denigrante… —confesó—. Fue como si acabara de ver la peli porno más sexi de la historia.

Lindsay estaba un tanto perpleja, pero encantada de la vida frente a la confesión. Le alegraba saber que no se había vuelto loca sola durante años.

—Pues parecías muy enfadado cuando bajé del árbol —rememoró divertida.

—¿Que te bajaste? —Arqueó las cejas.

La carcajada de Lindsay confirmó que ella también recordaba muy bien aquel momento.

—Vale, rectifico. Parecías muy enfadado… cuando me caí del árbol encima de ti. —Rio por la divertida expresión de fastidio del chico y añadió—: Nadie te pidió que me salvaras.

—¿Tenía que dejar que te partieras la crisma?

—A ver… —sonrió—, yo te agradecí el gesto, pero tú estabas…

La mirada mezcla sensualidad y picardía que posó en ella la detuvo en seco. Sonrió, al fin entendiendo algo.

—No estabas… solo enfadado.

—No.

Aquello la maravilló por completo. Ella tendría apenas dieciocho años por aquel entonces y era demasiado inocente como para entenderlo. Recordaba que ambos rodaron por el suelo, hasta que ella quedó encima de Chris. Después lo había mirado a los ojos… y de alguna manera se había perdido en ellos durante demasiado tiempo; hasta que él la arrojó a un lado, mirándola de repente como si la ocurrencia de subirse a aquel árbol fuera merecedora de la pena capital.

—¿Así que tú estabas… —se movió sobre él muy despacio ahora, sintiendo con absoluta claridad la enorme erección dentro de sus calzoncillos— así?

Los ojos de Chris ardían ya de deseo contenido mientras asentía.

—¡Guau!

—Pasé meses soñando con ese momento —reveló ahora—. Para mi desgracia, jamás pude volver a mirarte sin… sentirme igual —exhaló con fuerza y soltó un bufido—. Joder, Linny, han sido años…

—¿Duros?

La carcajada de Lindsay frente a su expresión fue inevitable.

—¡Qué cabrona!

Se impulsó y rodó con ella en sus brazos para ponerse encima, acorralándola de las muñecas contra el colchón.

—Aún tengo muchos años de frustración que cobrarme, ¿sabes? —declaró él con la voz enronquecida.

Lindsay lo miró ahora con una mezcla de lujuria y reproche.

—Pues no parece que tuvieras problema para aliviar la frustración —replicó, recordando la horda de mujeres que habían pasado por su cama.

Ahora Chris la miró más serio.

—Ninguna de ellas logró jamás satisfacerme del todo, siempre me quedaba el mismo vacío —admitió con sinceridad—, pero era todo lo que podía hacer para intentar mantener mis instintos a raya y no ceder a tocarte. —Sonrió a medias y le robó un beso antes de seguir diciendo—: Una vez me preguntaste si para mí estar contigo era igual de intenso, ¿lo recuerdas?

Ella asintió.

Chris la besó de nuevo, breve, hondo, como si necesitara ese contacto para poder seguir hablando. Luego la miró con una seriedad que le erizó la piel.

—Entonces déjame que te diga algo… —murmuró—. Cambiaría toda una vida de sexo con un centenar de mujeres, Linny, solo por tenerte a ti una última vez entre mis brazos.

Lindsay quedó suspendida en un silencio que le agitó el pecho. Las lágrimas le nublaron la vista mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo. El amor, mezclado con un deseo tan intenso que casi dolía, ardía en los ojos de Chris con una verdad imposible de ignorar.

—Te amo, Chris —susurró ella antes de besarlo con anhelo—. No imaginas cuánto significan para mí cada una de tus palabras —suspiró temblando—. Para mí tampoco ha sido fácil. También te he amado desde el mismo instante en que te conocí, pero… era tan joven que no entendía por qué no podíamos estar juntos.

Se detuvo un segundo, buscando valentía entre el temblor de su voz.

—Acabé convenciéndome de que yo no te gustaba de esa manera —confesó, con la voz rota—, y eso me estaba matando. —Acarició su rostro con una delicadeza casi reverencial, como si temiera perderlo—. Porque yo… no podía estar con nadie más. Nunca pude. Tú eras todo para mí, Chris. El único hombre al que quería entregarle mi cuerpo…, porque mi corazón siempre fue tuyo.

Chris la miró ahora con los ojos húmedos por la emoción, pero junto a esa ternura, algo más pesado se dibujó en su expresión: culpa.

—Siento… haberme comportado como un gilipollas aquella noche —declaró con la voz cargada de tormento.

—Olvidemos ya aquello y…

—No, necesito decirlo —la cortó y respiró hondo—. Sé que te hice daño y no sabes cómo lo lamento. Tú acababas de entregarme… algo muy grande, y yo no estuve a la altura —admitió con una tristeza que dolía—. Ahora puedo entender lo que debió suponer para ti que yo quisiera olvidar…

—Chris…, basta.

—No, por favor, Linny, déjame pedirte perdón, de corazón —insistió abatido—. Sé que no hay excusa posible para mi comportamiento, y pasaré mi vida compensándote aquel error, pero también quiero que sepas que no fue solo culpa lo que me impulsó a querer olvidarlo, es que… —una sonrisa temblorosa asomó a sus labios —sabía que después de aquello sería incapaz de mantenerme lejos de ti, igual que lo supe al salir de aquella sala de equipajes.

Ella lo miró sorprendida por la revelación.

—Siempre tuve claro que si cedía —confesó, rozando su nariz con la de ella—, si te tocaba, si te besaba aunque fuera una sola vez…, estaría perdido. Y no me equivoqué, porque solo una hora después de aquel primer beso te arrastré a aquella habitación.

Lindsay rio con el corazón latiéndole fuerte en el pecho.

—No recuerdo haber puesto mucha resistencia.

—Y menos mal —reconoció él con una sonrisa cargada de amor —, porque fue algo… —frunció el ceño, alzó la cabeza para mirarla mejor y abrió los ojos con incredulidad—. ¡No puedo creerlo!

Lindsay parpadeó desconcertada.

—¿El qué?

—¡Que todavía no te haya dicho lo increíble y maravillosa que fue aquella primera vez! —exclamó con una mezcla de ternura y asombro.

Las lágrimas brotaron al instante de los ojos de Lindsay sin que pudiera evitarlo.

—¡Eh! —Chris se alarmó al verla quebrarse—. ¿Qué pasa, mi amor?

Ella trató de controlar la respiración, pero la voz le salió rota:

—Fue… hermoso, sí, y muy duro que quisieras olvidarlo —admitió con un susurro tembloroso —, pero fue aún peor cuando volviste a mirarme días después sin recordar nada. Y cuando… me preguntaste si nuestro bebé era de Jasper, yo…

Chris dejó escapar un quejido ahogado y apoyó la frente contra la de ella, destrozado por dentro.

—Dios, Linny, lo siento tanto… —murmuró, tragando saliva con dificultad —. Si te sirve de consuelo, fue una verdadera tortura imaginarte en brazos de otro —confesó—. Yo solo recordaba nuestro beso, pero me mataba que tras aquello hubieras podido estar con alguien más, o peor, que yo hubiera sido tan idiota como para empujarte hacia él. Y solo pensar que pudieras darle a alguien más algo tan grande como un bebé…

Se le quebró la voz.

—…me rompía por dentro, porque incluso mientras me resistía a aceptarlo, sentía que tú eras mía y sabía que yo siempre había sido tuyo.

La acarició despacio, como si sus dedos quisieran memorizarla una vez más.

—Y luego pasamos juntos los días más increíbles de mi vida —suspiró y una sonrisa suave le iluminó el rostro—. Jamás me había sentido tan pleno, a pesar de saber que no podría durar, que cuando encontráramos al padre del bebé… podría perderlo todo.

Lindsay bajó la mirada, algo cohibida.

—Pues no pareciste encajar nada bien que fueras tú.

—No, no te equivoques —negó de inmediato—, fue que te lo callaras lo que no llevé bien —afirmó—, ni que Victor se aprovechara de la situación para seguir experimentando conmigo, pero saber que el bebé era mío fue una liberación.

Ella frunció el ceño, confundida.

—No me diste esa impresión.

—Lo sé —resopló con frustración— y lo siento. Estaba enfadado y quise devolverte, aunque fuera un poco, la angustia de dejarme pensar que había alguien más entre nosotros —admitió con una sonrisa culpable—. Pero en realidad estaba emocionado, porque el bebé, además de ser algo hermoso, me daba la oportunidad de

reclamarte como mía al fin, por encima de lo que se considerara adecuado o no.

Soltó el aire con fuerza y la miró entre divertido y dolido.

—Lo que no esperaba era que te negaras a estar conmigo —entrecerró los ojos, fingiendo reproche—. Joder, Linny, fuiste mala.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Porque tú fuiste un troglodita.

—Sí, Mark ya se encargó de decírmelo.

La chica parpadeó sorprendida.

—¿Has hablado con Mark de todo esto?

Chris asintió.

—¿Cuándo?

—Cuando me hiciste pasar la peor semana de mi vida —protestó con humor, aunque sus ojos contaban otra cosa.

—¿Buscabas su permiso o… qué?

—No, la verdad es que no le di mucha opción —confesó, encogiéndose de hombros—. Él me pinchó diciéndome que no me acercara a ti… y yo te elegí por encima de todo, que era lo que el muy cabrito esperaba.

Ambos sonrieron, pero el rostro de Chris se ensombreció un segundo después.

—Fui a buscarte al hospital para confesarte mis sentimientos, pero llegué tarde. —La angustia impregnó su voz—. Dios, Linny, qué miedo pasé, jamás había estado tan asustado.

—No pensemos más en eso —rogó.

—Pero todo ocurrió por mi culpa —declaró con angustia contenida—. Pasó justo lo que más pánico me daba: que mi pasado acabara encontrándote.

Recibió un gesto tierno de la chica.

—Pero lo superamos juntos —le recordó—, y eso nos ha hecho invencibles.

Chris asintió, ahora mirándola con ojos cargados de esperanza.

—Me he reconciliado con mi pasado —afirmó, y casi murmuró—: y con… mi padre.

Ella sonrió y asintió, orgullosa de él.

—No sé si en algún momento voy a ser capaz de perdonarlo del todo, lo dudo —continuó él—, pero no quiero que él siga condicionando mi vida ni nuestro futuro…, así que, al menos, elijo dejar de odiarlo.

—Acabó entregándote lo único que tenía…

Chris bajó la mirada un instante. El recuerdo humedeció sus ojos. Jamás volvería a ver a su padre, ni siquiera en su entierro, puesto que Victor había dejado por escrito su deseo de donar su cuerpo a la ciencia, pero jamás olvidaría su sacrificio.

—Me quedaré con eso para terminar de sanar —aceptó, y entonces su voz se volvió fuego y ternura a la vez—. Lo usaré para convertirme en la mejor versión de mí, en el hombre que tú te mereces.

—No hay ninguna versión de ti que no me guste —susurró Lindsay con el amor más absoluto brillando en su mirada—. Amo todas y cada una de tus facetas, Chris —sus ojos se cargaron de lujuria—, incluso me pirra ese tipo que es capaz de forzar cerraduras, ahuyentar matones… ¡Dios, ese tipo me pone como una moto!

Chris sonrió, ya deslizando los dedos para abrirle el albornoz.

—Creí que preferías el romanticismo —sus manos descendieron por su piel—, ¿significa eso que no tendré que lanzarme en paracaídas? —Le robó un beso lento, intenso—. ¿Qué tengo que hacer para que me dejes ponerte un anillo en el dedo?

Lindsay suspiró divertida.

—Ya te has pasado la pantalla del romance…

Él la miró con cierta confusión, y ella agregó con una sonrisa:

—Has fingido una amnesia para poder estar conmigo —le recordó—, ¿puede existir algo más romántico que eso?

Chris sonrió a medias.

—Pues aún me pica el guantazo…

Lindsay rio.

—Lo siento, quizá debiste empezar diciendo que me amas —lo miró risueña—, pero acepto mi parte de culpa, solo dime cómo puedo compensarte.

Para su total sorpresa, Chris se apartó, rodó por el colchón y abrió el cajón de la mesilla. Sacó algo, volvió hacia ella… y se arrodilló junto a la cama. Lindsay se incorporó despacio, sin aire.

—¿Qué… haces?

Su mundo se detuvo cuando se dio cuenta de que él estaba apoyado sobre una de las rodillas, con la espalda recta, y sostenía una cajita entre las manos.

—Ay, Dios… —musitó con la respiración entrecortada.

—Has preguntado cómo puedes compensarme…

Abrió la caja y Lindsay no pudo contener el sollozo ahogado al ver el anillo. Era precioso, pero más precioso aún era él, mirándola como si su destino dependiera de una sola palabra.

—…solo di que sí, Linny, y no volveré a pedirte nada jamás.

Pero ella ni siquiera podía hablar. El nudo de emoción que sentía en la garganta solo le permitió asentir, entre lágrimas.

—¿Sí?

Al fin logró articular, entre suspiros:

—Sí, sí y mil veces sí.

El suspiro emocionado de Chris también habló por sí solo. Tomó el anillo, lo deslizó en su dedo y recorrió la distancia hasta sus labios para darle un beso intenso, cargado de significado.

Lindsay lo arrastró a la cama un segundo después, y ambos rodaron por el colchón entre besos y risas de felicidad.

—¡Me encanta! —suspiró Lindsay, mirando el anillo mientras él le besaba el cuello.

—Lo he paseado hasta Osterville toda la semana —confesó casi avergonzado.

Ella exhaló con fuerza sabiendo lo mucho que ambos habían sufrido esos días.

—Es un sueño verlo al fin en tu dedo —reconoció feliz.

—Bueno, has hecho algo de trampa —sonrió la chica con picardía—. Jamás podré negarte nada que me pidas en calzoncillos…

—¿Así que con desnudarme habría servido?

—Es posible —bromeó pletórica de felicidad—, pero una vez desnudos… puede que exija alguna penitencia más.

—¿En qué idioma?

Ella estalló en carcajadas.

—En el que desees —suspiró—, me gustan todos… contigo.

Le besó la boca con un deseo hambriento y ambos quedaron sin aliento.

—Dios, Linny, jamás he sido del todo feliz… hasta este mismo instante —susurró con la voz cargada de anhelo, mirándola a los ojos con el corazón en la mano—. Te amo con toda mi alma.

Las lágrimas de Lindsay volvieron a desbordarse.

—Y yo te amo a ti, para siempre.

Chris suspiró emocionado mientras se acomodaba sobre su cuerpo… y asaltaba su boca con intensidad. Ya no existían las dudas, la culpa o el miedo, solo una felicidad total y absoluta que convertía el dolor en cenizas y dejaba el pasado atrás… Aquel era, sin duda, el primer segundo de su futuro.

Epílogo

Arya Allen-Madock gorjeaba en brazos de su madre, como si celebrara con risitas dulces el hecho de verla, por fin, vestida de novia.

La pequeña, con apenas cinco meses, ya observaba el mundo con una lucidez despierta que resultaba asombrosa. Sus ojos, tan azules, profundos y maravillosos como los de su padre, brillaban mientras manoteaba en el aire, fascinada por el tul blanco que rozaba sus piececitos. La pequeña lucía un vestidito de muselina marfil, suave como un suspiro, y unas diminutas bailarinas nacaradas, que Lindsay le quitaba de vez en cuando para jugar con sus piececitos y hacerla reír.

—Hoy me voy a casar con tu papá, ¿sabes? —susurró Lindsay, rozando la naricita de la niña con la suya. Arya respondió con un balbuceo alegre y un tirón del velo que la hizo reír.

La puerta de su dormitorio de soltera se abrió entonces, dejando entrar a su madre de nuevo en la habitación, radiante y emocionada, y esta vez venía acompañada de Evelyn, que tenía la misma expresión de felicidad en el rostro.

—Aquí traigo el *algo viejo* que debe llevar toda novia —anunció su futura suegra al entrar, pero se quedó inmóvil en cuanto la vio—. Dios mío, ¡estás preciosa! —exclamó, llevándose las manos al pecho.

—¿A que parece una princesa? —suspiró Rachel, sonriendo mientras observaba a su hija.

Evelyn asintió con un brillo húmedo en los ojos, incapaz de apartar la vista. Luego bajó la mirada hacia su nieta, con quien ya había disfrutado un buen rato aquella mañana.

—Y esta pequeña está cada día más lista y preciosa.

—Y está para comérnosla con ese vestido, ¿a que sí? —añadió Rachel, encantada.

La bebé agitó las manos, feliz de ser el centro de atención.

—Y esas bailarinas en esos piececitos tan perfectos… —añadió Evelyn en un susurro dulce.

—Ay, madre, Arya… —bromeó Lindsay, divertida, y dio un paso atrás—. Cuidado, no vayamos a salir nadando entre babas…

Las tres estallaron en carcajadas. Después, Rachel extendió los brazos hacia su nieta y Arya se inclinó hacia ella sin dudarlo.

—Ven aquí, mi amor —dijo su abuela tomándola en brazos—. No vayamos a manchar ese vestido de novia antes de tiempo.

Lindsay rio, nerviosa y feliz, mientras su madre acomodaba a la niña contra su hombro. Se giró para mirarse en el espejo de nuevo de cuerpo entero… y su reflejo volvió a sorprenderla. No era una persona vanidosa, pero no podía dejar de admirar lo hermosa que estaba.

Su vestido, blanco nácar, era un sueño y caía sobre ella con elegancia, la misma que caracterizaba a quien lo lucía.

Un corsé delicadamente adornado con bordados de hilos de plata se adaptaba a sus curvas recién recuperadas tras la maternidad, y se fundía en un encaje casi translúcido que abrazaba sus hombros con un gesto suave, como si temiera romperla. La falda, vaporosa, parecía suspenderla a unos centímetros del suelo. Caía en suaves capas de tul perlado que se deslizaban como niebla luminosa a cada movimiento. El velo, etéreo y largo, parecía trazar un sendero de luz a su espalda.

Su belleza brillaba bajo la luz cálida de la habitación, y el peinado, un recogido bajo, imperfectamente perfecto, enmarcaba su rostro con una naturalidad casi poética.

Estaba hermosa, sí, pero sobre todo era la felicidad más absoluta la que la hacía lucir radiante y brillar como si la luz naciera desde dentro. En apenas unos minutos caminaría hacia el altar para casarse con el amor de su vida, después de años de espera, heridas y reencuentros.

—Maravillosa —murmuró Evelyn a su espalda—. Lindsay, quería darte algo.

La chica se giró a mirarla con una sonrisa.

—Ah, sí, el *algo viejo*…

Pero las palabras se le atoraron en la garganta. Entre los dedos de su futura suegra descansaba una pulsera sencilla y, aun así, inolvidable. Se trataba de un hilo delicado de oro blanco con pequeños diamantes engastados como si fueran gotas de luz. Era ligera, fina, pero tenía la elegancia silenciosa de las cosas que se llevan con el corazón.

Lindsay la contempló perpleja, sintiendo cómo la emoción volvía a agitarle el pecho.

—¡Es preciosa! —suspiró—. ¿Seguro que quieres dármela a mí?

La mujer esbozó una sonrisa maternal y asintió.

—Es una reliquia de familia —explicó—. Ha pasado de madres a hijas… y quizá algún día también sea de Arya.

Emocionada, dejó que se la pusiera en la muñeca y abrazó a la mujer con cariño.

—Gracias —susurró con el corazón latiéndole con fuerza.

—¡Es increíble! —exclamó Rachel, acercándose para admirarla de cerca. Y le agradeció también a Evelyn el gesto.

Ambas mujeres compartieron una sonrisa cómplice. Habían congeniado muy bien desde el mismo instante en que se conocieron. Incluso quedaban a menudo para ir de compras, almorzar o tan solo pasar tiempo juntas. A veces cuidaban de Arya; otras, tan solo disfrutaban de la cercanía que los lazos familiares y el afecto sincero podían crear.

—La gente empieza a impacientarse, nena —anunció Karen, entrando en la habitación acompañada de Maddie.

Ambas fueron las encargadas de ayudarla a vestirse, pero habían salido unos minutos antes para revisar que todo en la mansión estuviera listo.

La propia Lindsay, junto con Karen, había planificado la boda al detalle, convirtiendo Osterville en una auténtica fiesta para los sentidos. Tanto la ceremonia como el banquete tendrían lugar en los jardines de la mansión, frente al mar, con cada rincón dispuesto con sumo cuidado y mimo para que la felicidad y la belleza del día fueran absolutas.

—Está todo precioso, parece un cuento de hadas —suspiró Maddie, muy emocionada, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Nena, ¿otra vez? —se quejó Karen, aunque con un deje de ternura—. Es la quinta vez que tengo que retocarte el maquillaje.

—Lo siento, son las hormonas —aclaró Maddie mientras se acariciaba el abultado abdomen con delicadeza.

Con casi ocho meses de embarazo, Maddie se encontraba en esa fase en la que cada emoción se amplificaba hasta desbordarse. Cualquier detalle podía hacerla llorar o estallar en carcajadas. Su sensibilidad estaba a flor de piel y, rodeada de alegría y amor, todo la conmovía. Había llorado nada más ver a Lindsay aquella mañana. Después, al mirarla de frente, ya vestida de novia. También al presenciar el abrazo que Mark le dio mientras hablaban de lo orgulloso que estaría su padre si pudiera verla. Incluso se le saltaron las lágrimas cuando aquel grandullón de Harrison Newman envió un enorme frasco de cristal, rebosante de chuches, chocolates y golosinas, encargado expresamente en una tienda perdida de un pueblito llamado Littleton, y que, por alguna razón inexplicable, había emocionado también a Lindsay hasta las lágrimas.

—Nena, tú siéntate —le tendió Karen una mano a Maddie—, no vayas a echar a rodar por la habitación…

—¡Uy, qué leche te meto al final! —se quejó la chica, pero nadie en la habitación pudo evitar reír.

Tras ese momento de risas, Karen volvió a la carga.

—Tu futuro marido empieza a impacientarse —le dijo a Lindsay con una sonrisa sincera—. Creo que no se quedará tranquilo del todo hasta escucharte decir *sí quiero*.

Y en realidad, no iba tan desencaminada…

∞∞∞

Chris se movía de un lado para otro bajo la pérgola donde tendría lugar la ceremonia, intentando aparentar calma mientras su corazón latía como un tambor enloquecido. Conversaba con Mark, quien sería su padrino, aunque apenas escuchaba sus palabras. Sus pensamientos estaban todos en ella, en Lindsay, la mujer que le

había robado el alma y le aceleraba el corazón con cada mirada, cada gesto.

Los invitados, cerca de doscientos, ya esperaban sentados, admirando el paisaje y murmurando lo hermoso que se veía todo, pero para Chris todo se reducía a ese único punto en el mundo: ella. Recordaba los últimos meses como un sueño del que no quería despertar: la magia de convivir juntos, los días iluminados por la risa compartida, el embarazo vivido bajo su cuidado, la llegada de su pequeña Arya… y cómo cada instante había reforzado su complicidad y amor de pareja. Todo había sido perfecto y ahora, mientras la esperaba, cada segundo de anticipación lo llenaba de una mezcla de ansiedad y éxtasis.

—Ya tardan, ¿no? —le preguntó a Mark, consultando su reloj por enésima vez.

—Vendrá —rio su futuro cuñado—, si eso es lo que te preocupa.

—¡Vete al…!

—Vale, mal momento para bromas, lo entiendo —reconoció Mark, y volvió a sonreír mientras observaba cómo Chris se ajustaba el nudo de la pajarita con movimientos tensos, casi rituales.

Para la ocasión, el novio lucía un esmoquin impecable que le sentaba de maravilla. La chaqueta ceñía sus hombros de forma perfecta, la camisa blanca resaltaba su piel y la pajarita negra le daba un aire elegante, sobrio y seductor al mismo tiempo. Cada detalle parecía pensado para resaltar lo mejor de él. Incluso nervioso y expectante, se veía al mismo tiempo dueño de cada mirada que captaba.

Harrison se puso en pie en la primera fila de asientos y caminó hasta él.

—Vas a acabar ahorcándote tú solo si sigues así —intervino y, sin cortarse, tiró un poco del nudo de la pajarita para aflojarlo—. Necesitamos que sigas respirando, muchacho —le recordó—, hasta el sí quiero, al menos, con lo que te ha costado conseguirlo…

Mark soltó una carcajada divertida frente al comentario y otra tras el fingido gesto asesino con el que Chris miró al grandullón.

—¿Estás seguro de haber recibido una invitación a la boda? —gruñó a medias, aunque no pudo evitar acabar sonriendo.

Pero ambos sabían que Harrison estaba justo donde debía. La admiración y el respeto entre ellos eran indiscutibles, fortalecidos con el paso de los meses, aunque ese punto de humor irónico siempre estaba presente y ambos lo disfrutaban sin necesidad de admitirlo.

El pequeño Leo, guapísimo con un esmoquin similar al del novio, tiró ahora del pantalón de Chris para preguntarle:

—Tío Chris, ¿cuándo viene la tía Lindsay?

Chris volvió a consultar su reloj, angustiado, y Mark intervino:

—Ya no tardará.

—Es que tengo que tirar las flores —les recordó el niño, como si pudiera habérseles olvidado.

Y entonces su padre señaló a Rachel, que le hacía señas al pequeño desde el lateral de la pérgola para que fuera con ella. El propio Mark se alejó también para acompañar a su hermana, tras darle a Chris una palmadita de ánimo en la espalda.

Todos los invitados que faltaban iban ocupando sus asientos, murmurando emocionados, mientras Chris sentía cómo la ansiedad bullía en su pecho. Evelyn se acercó, radiante, trayendo en brazos a Arya, que gorjeó y agitó los bracitos al verlo. Chris sintió que el corazón se le encogía de amor y ternura al contemplar a su hija. La pequeña se mostró tan feliz que, sin pensarlo, la tomó entre sus brazos durante unos segundos, besándola con delicadeza antes de devolvérsela a su madre. Evelyn, sonriendo nerviosa, se acomodó en la primera fila con Arya sobre su regazo, dejando que Chris se concentrara en lo que estaba a punto de suceder: su boda, al fin.

Y entonces el pequeño Leo avanzó por el pasillo entre las sillas, lanzando pétalos de rosas con una mezcla de concentración y orgullo que hizo sonreír a todos. Tras él, Maddie, como única dama de honor, apareció radiante, con su abultado vientre, que delataba la vida que llevaba consigo, y un vestido que realzaba su belleza maternal. Cada segundo que pasaba hacía que Chris contuviera más la respiración. Hasta que el silencio absoluto se asentó por completo… y la música nupcial comenzó a sonar, envolviéndolo todo en un halo de magia y solemnidad.

Entonces, por fin, sus ojos encontraron a Lindsay. Estaba acompañada de Mark, y su sonrisa iluminaba el mundo incluso desde la distancia. Chris sintió que el corazón le estallaba en el pecho. Parecía una princesa, su princesa, y la veía más preciosa que nunca; y no era solo el vestido, sino aquella radiante felicidad que brillaba en sus ojos, con tanta intensidad que podía leerse incluso desde lejos. Todo en ella lo atrapaba, lo desbordaba, y sentía que la amaba más a cada segundo que pasaba.

Lindsay avanzó paso a paso, con sus ojos verdes clavados ya en los suyos, y cuanto más cerca estaba…, más sentía Chris cómo la emoción le encogía el estómago y aceleraba su corazón hasta enloquecerlo.

Cuando llegó hasta el altar, Mark unió las manos de ambos con una sonrisa emocionada y se la entregó con un gesto solemne.

Todo su mundo se redujo a ella, a ese instante…, y entonces hizo algo que estaba fuera de todo protocolo, pero que ni a punta de pistola habría podido evitar. Atrajo a Lindsay de la cintura, recortó la distancia hasta su boca y la besó como si hubieran pasado siglos desde que pudo hacerlo por última vez. Para su deleite, ella respondió entregándose por completo, con el corazón en la mano, soltando un suspiro enamorado que él sintió arderle en el alma.

Las risitas nerviosas y los murmullos divertidos de los invitados flotaban en el ambiente, pero la pareja parecía ajena al mundo.

—Estás maravillosa —murmuró Chris cuando al fin encontró las fuerzas para poner algo de distancia.

—Y tú también, mi caballero de brillante armadura —suspiró, mirándolo con adoración.

Chris volvió a besarla sin remedio…, como si diez años de contención hubieran sido su tope y no estuviera dispuesto a contenerse nunca más, bajo ninguna circunstancia.

Y hasta que el oficiante no carraspeó repetidas veces, no fueron conscientes de que se habían quedado absortos el uno en el otro.

—Perdón —se disculpó Chris con una sonrisa que indicaba que no se arrepentía nada de nada, y lo demostró cuando recortó la distancia hasta el oído de Lindsay para susurrarle—: Ya te dije que

eso de no ver a la novia la noche antes de la boda no era buena idea.

La carcajada cantarina de Lindsay inundó el jardín, contagiando a todos los invitados, que en aquel momento, sin duda, se preguntaban qué narices acababa de decirle al oído.

Y al fin se centraron en la ceremonia, que transcurrió para la pareja como si flotaran en una nube. Cada mirada y cada gesto estuvo teñido de magia, alejándolos del mundo que los rodeaba. Cada palabra que pronunciaron en sus votos habló de amor verdadero, de emociones a flor de piel, tanto y con tal intensidad que fueron pocos los invitados que no se conmovieron, algunos hasta las lágrimas.

Cuando el oficiante pronunció el *yo os declaro marido y mujer*…, Chris ni siquiera esperó a que le indicaran que podía besar a la novia. Con un impulso irrefrenable, la tomó entre sus brazos y bebió de su boca. Lindsay se rindió a él, como siempre, hechizada por completo.

—Dios, te amo, Linny —suspiró, y entonces la izó del suelo y giró con ella entre sus brazos, mientras la chica reía a carcajadas.

Entre aplausos, ambos caminaron al fin hacia Arya. La pequeña, que ya se había acostumbrado a ser el centro de su universo, manoteó emocionada. Chris la tomó en brazos mientras Lindsay se colocaba a su lado, y juntos abrazaron a su hija colmándola de un amor sincero que arrancaba suspiros.

Así, entre más suspiros y risas cómplices, pasaron las siguientes horas. Disfrutaron de la fiesta, de sus invitados, incluso de una escapada clandestina al cuarto de la plancha…, donde recordaron, entre besos urgentes, por qué aquel día era el más feliz de sus vidas. Pero, por encima de todo, disfrutaron del amor inmenso que los unía, que ese día se sentía más grande y más eterno que nunca.

Leo se acercó a ellos cuando estaban concentrados en su hija y en el modo en que se le caían los ojos poco a poco, hasta caer rendida al sueño, a pesar de estar rodeada de bullicio. Eran algo más de las ocho de la tarde y el sol se ponía ya en el horizonte, tiñendo la costa de un precioso tono dorado y melocotón.

—¿Por qué se duerme de día? —preguntó el niño con curiosidad.

—Con todo el ajetreo, casi no ha dormido siesta —explicó Lindsay, arrullando a la bebé en sus brazos—, ¿tú no tienes sueño?

—Yo ya soy mayor —proclamó Leo con el pecho henchido de orgullo mientras balanceaba una pequeña mochila azul estampada con dinosaurios.

Chris arqueó una ceja, divertido.

—Oye, ¿y qué llevas ahí dentro?

—Son mis cosas de médico —respondió el niño con total solemnidad—. Por si hay una urgencia.

La pareja rio con ganas.

—Muy bien, siempre hay que ser precavido —lo alabó Lindsay.

—Yo llevo todo el día con el corazón acelerado —declaró Chris esbozando una sonrisa—. ¿Cree que es grave, doctor?

Encantado de la vida, el pequeño abrió la mochila, sacó un estetoscopio de juguete y se concentró en el pecho de Chris.

—Es un poco grave —acabó diciendo—, voy a darte una pastilla.

—Vaya por Dios —suspiró Chris, y miró a Lindsay—. Tú tienes la culpa de que esté tan mal, voy a necesitar unos mimos.

Al pequeño le costó encontrar *las pastillas*. Acabó sacando y poniendo sobre la mesa casi todo lo que tenía en la mochila hasta dar con la caja de caramelos mentolados.

—Aquí están.

Pero la pareja no eran los caramelos lo que miraba, sino la tarjeta que había entre el termómetro de juguete y las tiritas con dibujos de dinosaurios… Tenía un holograma azul en una esquina, parecido al que usaban las acreditaciones hospitalarias para verificar su autenticidad…

Cuando Chris la tomó entre sus dedos, le dio la vuelta de forma automática, convencido de que detrás encontraría tres palabras.

No se equivocó.

Anima. Ignis. Reminiscere.

Leo aclaró de inmediato:

—Esa es mi *creditación* para entrar al sitio donde se opera… —explicó orgulloso, y miró a su tía—. La encontré en un cajón de tu

cuarto cuando un día me pediste *de favor* que te llevara los cascos.

De forma un tanto paradójica, sin poder remediarlo, la pareja se miró a los ojos y ambos acabaron riendo.

—Otro misterio resuelto —repuso Chris, y miró al pequeño, pero en lugar de regañarlo por andar cogiendo cosas que no eran suyas, declaró—: Pues muchas gracias, caballerito.

—¿Por qué? —indagó curioso—. ¿Por la medicina?

—Eso también, pero sobre todo… gracias por tomar esa tarjeta —suspiró y miró a Lindsay—, o quizá nunca hubiéramos hecho ese viaje… y tu prima Arya no estaría aquí.

El niño lo miró orgulloso.

—¿Así que ella está gracias a mí?

Chris sonrió.

—Bueno…, yo también puse algo de empeño.

—¡Eh! No le digas eso al niño —protestó Lindsay, aunque sin poder borrar la sonrisa.

La carcajada de felicidad de Chris fue genuina.

—Lo que está destinado a pasar… es inevitable —afirmó, mirándola con adoración—. La vida se encarga de ponerlo todo en su lugar.

A Lindsay la derritieron aquellas palabras, y el modo en que la miraba le hizo desear que la fiesta acabara ya para poder disfrutar de su flamante marido a solas. Él parecía compartir la misma necesidad.

—Sube a acostar a Arya y que alguien la vigile —propuso él, rozándole la mejilla con un dedo—. Tú y yo vamos a… dar un paseo por la playa. ¿Te apetece?

Sonrió como una adolescente enamorada y asintió sin poder disimular la ilusión. En cuanto entró en la casa con la niña en brazos ya iba soñando con ese plan… Pero cuando regresó, no encontró a Chris por ninguna parte.

Extrañada, recorrió cada recoveco del jardín, sin éxito.

—¿Dónde narices te has metido? —murmuró para sí con una mezcla de impaciencia y un cosquilleo extraño en el estómago.

Entonces alzó la vista hacia la playa… y el mundo se detuvo.

Chris avanzaba por la arena… galopando a lomos de un precioso caballo blanco. La luz del atardecer lo envolvía entero, dorando su esmoquin, su sonrisa, incluso la manera en que la miraba, como si solo existiera ella, y a Lindsay le temblaron las rodillas.

Una oleada caliente le recorrió el pecho, subiéndole a los ojos, provocando que se le llenaran de lágrimas. Se llevó una mano a la boca, incapaz de respirar siquiera.

Todos los invitados miraban maravillados aquel momento, pero para ellos nadie más existía en ese instante.

Cuando Chris se detuvo a su lado, le sonrió desde la montura con un brillo en los ojos que aseguraba que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

—Estás loco —declaró Lindsay entre risas y suspiros.

—Sí —admitió, inclinándose hacia ella —. Loco por ti.

El corazón de Lindsay se desbordó de amor. Era demasiado: la boda, la playa, la brisa dorada del atardecer… y él, allí, convertido en el sueño que había confesado meses atrás cuando apenas se atrevía a imaginar un futuro juntos.

—¿Dónde vamos? —preguntó con la voz temblorosa de pura emoción.

Chris le ofreció la mano desde la montura, con una sonrisa que la atravesó por completo.

—Al fin del mundo —afirmó—. ¿No era allí adonde siempre habías querido ir?

Las lágrimas le nublaron la vista mientras levantaba la mano para tomar la de Chris.

—Eres increíble… —susurró, y sonaba a un *te amo* envuelto en ternura.

Mark apareció entonces por detrás, sonriendo como quien contempla un milagro cotidiano.

—Vamos, princesa —bromeó, y con un impulso firme y cariñoso la ayudó a acomodarse tras Chris.

Lindsay se aferró a su cintura en cuanto estuvo sentada, sintiendo su calor, su fuerza, la seguridad absoluta de pertenecerle en cuerpo y alma.

—¿Lista?

—Siempre —aseguró entre suspiros.

El caballo avanzó despacio por el jardín y, una vez en la playa, arrancó a un galope suave, casi lírico, mientras la arena se deshacía bajo sus cascos y la brisa les revolvía el cabello. Lindsay apoyó la mejilla en la espalda de Chris, riendo entre lágrimas, sintiendo cómo el mundo entero se disolvía tras ellos.

Galoparon así, envueltos en una felicidad limpia y salvaje, hasta detenerse unos minutos después frente al mar, encendido por el ocaso. El sol se rendía a la línea del horizonte en un destello de cobre y rosa, y por un instante todo pareció suspenderse a su alrededor.

Chris se volvió a mirarla con los ojos ardiendo de anhelo y ternura.

—Te amo —murmuró, perdiéndose en su mirada.

—Y yo te amo a ti —respondió ella con la voz quebrada de pura emoción.

Entonces se entregaron al beso más dulce que habían compartido jamás…, un beso que sabía a promesa, a hogar, a amor absoluto.

Y cuando minutos después desmontaron y caminaron juntos por la arena, entre risas bajas y caricias que hablaban un idioma propio, comprendieron que ya habían llegado a su destino. El fin del mundo no estaba al final de la playa ni más allá del horizonte, sino justo ahí, en el temblor de sus manos al tocarse, en la respiración compartida, en la certeza invencible de su amor.

Era ese el lugar al que ella había soñado viajar con él toda la vida; un lugar al que solo se accedía uniendo sus cuerpos, sus corazones y sus almas… hasta que el mundo entero desapareciera.

Nota de la autora:

Gracias por leerme y espero que hayas disfrutado de la historia.

Si te ha gustado la novela, te agradecería mucho un breve comentario en su página de Amazon. Los autores nos nutrimos de ellos para llevar nuestro trabajo a otros lectores, así que tu opinión en muy importante y valiosa para poder seguir creciendo y creando historias

¡Gracias de todo corazón!

Otros de mis títulos







También puedes seguirme en Facebook e Instagram si te apetece comentarme algo o estar al día de las próximas publicaciones.

@keilyfoxescritora

Descubre todas mis novelas en la siguiente página...

Libros de este autor

Descubre El Resto De Mis Novelas Aquí

Si te has quedado con ganas de más, te invito a visitar mi página de autora en Amazon, donde encontrarás todas mis historias reunidas en un mismo lugar.

Novelas de amor, secretos y emociones intensas, pensadas para leerse con el corazón y quedarse contigo mucho después de cerrar el libro.

Gracias por acompañarme en este viaje de palabras, sentimientos y personajes que siempre dejan huella.

Acerca del autor

Keily Fox



Nací en Madrid hace 48 inviernos, ciudad en la que sigo viviendo en la actualidad, y tengo la sensación de haber escrito durante toda mi vida.

Comencé a escribir poesía allá por los 10 años y mi primera novela romántica a los 14, novela que, aunque en aquel tiempo era insufrible, sería la base para una de las más conocidas que tengo: Tentados por el Destino.

Estudié arte dramático, locución y doblaje, así que durante muchos años me dediqué a escribir para teatro y audiovisuales, hasta que escogí precisamente uno de mis guiones para regresar a la novela y escribir «¿Quién Eres? Un solo segundo, un tablero Ouija y una mala decisión», un thriller romántico sobrenatural que publiqué en el año 2018.

Tras esta historia me volqué por completo en la novela romántica,

género que más disfruto leyendo y sobre el que me apasiona escribir, siempre aderezada con tramas secundarias que me permitan trabajar el resto de géneros.

La bilogía "Tentados por el Destino" fue de las primeras en darme montones de alegrías y ahí comenzó realmente a materializarse el gran sueño de dedicarme cien por cien a crear historias. Después llegaron "Tentados por el Deseo", "Te odio, pero solo a ratos", "Tentados por el Amor", "Te Odio, pero dame un beso", "Te Odio, pero dime que me amas", "Suéñame… hasta que me ames", "Enemigo Íntimo", "Tentados por un Beso", "Te Odio, pero abrázame fuerte", "Condéname… hasta que me ames y la última recién publicada: Prohibido Amarte (2025)

Catorce novelas después, estoy feliz y agradecida con la vida y con cada uno de mis lector@s por soñar conmigo y ayudarme a vivir de lo que me apasiona hacer. Esto me recuerda una frase que hace muchos años tomé como filosofía de vida y que jamás pierdo de vista…: "Tanto si crees que puedes hacerlo, como si no, en los dos casos ¡tienes razón!" (Henry Ford)